mas sobre sus cabezas suspendida
sienten la abrasadora hirviente hoguera.

Y se oyen del temor a los gemidos
mezclarse juramentos espantosos,
y retos insensatos van unidos
a quejas y suspiros lastimosos;
jamás tan furibundos alaridos,
lamentos de dolor tan angustiosos,
ni ayes tan tristes, ni blasfemias tales
oyeron las cavernas infernales.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

En tanto Lot, con su familia entera,
guiado por los ángeles camina
del Jordán por la plácida ribera
y hacia el cercano monte el paso inclina;
mas cansado del susto y la carrera,
llegando a descubrir ya muy vecina
de Bala la ciudad, así postrado
se dirige al Señor que le ha salvado:

«¡Señor, Señor! que tu poder mostraste
y tu clemencia ya en tu indigno siervo;
Tú que justo su causa separaste
de la causa del torpe y del protervo:
ve que al sumo temor que me enviaste
y al camino a mis años tan acerbo,
no me puedo salvar donde dijiste,
porque ya el cuerpo débil no resiste.

Más acá de ese monte se levanta
reducida ciudad; allí en sosiego,
pues tu misericordia fué ya tanta,
¡déjame descansar!—Oí tu ruego,
le respondió el Señor; con firme planta
puedes en ella entrar, que yo del fuego
la perdono, y de hoy más será llamada
Segor, pues a tu ruego fué salvada.»

Mas ya la ira celeste descendía
sobre la tierra en torbellinos rojos,
y al terrible rumor, que estremecía
de susto el corazón, atrás los ojos
volvió la esposa del patriarca impía:
y al contemplar los túrbidos enojos
de Jehová, de horror petrificada
en estatua de sal quedó trocada.

CONCLUSIÓN

Alto en el cielo el sol sus rayos de oro
vibraba sobre el mundo,
derramando en espléndido tesoro
vida y calor fecundo:

cuando Abrahán, del perezoso lecho
alzándose al proviso,
a aquel lugar se encaminó derecho
do el Sempiterno quiso,

en el día anterior, de su venganza
anunciarle la hora;
y caminando va sin esperanza,
y aún su clemencia implora.

Y llegado a la cima, con tremante
mirar giró los ojos,
temiendo ver la pompa fulgurante
de los sumos enojos.

Toda aquella feraz amplia comarca,
tan opulenta un día;
todo cuanto Pentápolis abarca,
es soledad vacía.

Nada se escucha; ni rumor de gente,
ni el sólito mugido
del toro, ni del perro el estridente
doméstico ladrido:

ni el rugir de la fiera en lo lejano
que al cazador avisa;
ni el grito del insecto en el pantano,
ni el soplo de la brisa.

Ni el susurro del aura entre las flores,
ni el murmurar de las tranquilas fuentes,
ni del viento los tonos bramadores,
ni el cóncavo rumor de los torrentes.

Sólo mira Abrahán en la desierta
llanura que hay en torno,
de humo y pavesas bocanada incierta
salir como de un horno.

Y en medio, como en costa solitaria,
acaso surge un faro;
sola y triste, se ve la hospitalaria
Segor a Lot reparo.

Sodoma, Seboín, Gomorra, Adama,
¿do fué vuestra grandeza?
¿Qué fué de vuestra pompa y vuestra fama
y brío y gentileza?

¡Ay! todo pereció. Mísero ejemplo
de las divinas iras,
el hombre y animal, teatro y templo,
fuisteis vivientes piras.

Y sólo quedan del mortal estrago,
memoria eterna a los futuros hombres,
sobre las olas fétidas de un lago
vuestro crimen escrito y vuestros nombres.

MARIA

CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN

MARÍA

CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN [42]

POEMA RELIGIOSO ESCRITO EN COLABORACIÓN DE

D. JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO (1)

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MANUEL JOAQUÍN DE TARANCÓN

OBISPO DE CÓRDOBA Y SENADOR DEL REINO

LOS AUTORES.

PRÓLOGO

Este venturoso *siglo de las luces y de la civilización*, en que fué voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro no he tenido más objeto que el de una lucrativa especulación. El nombre de MARÍA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es sólo el cebo de que he discurrido servirme para explotar la devoción del pueblo católico de nuestra España; *pero el siglo de las luces y de la civilización*, a pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.

Yo he escrito este libro bajo la inspiración espontánea de una devoción sincera, con-

(1) Por causas independientes de la voluntad del señor Zorrilla, no pudo éste continuar a tiempo su obra de *María*. Los editores, deseosos de cumplir los compromisos que habían contraído con el público, llamaron, con aprobación del señor Zorrilla, al señor García de Quevedo, para que continuase en unión del primero este poema. Posteriormente, otros acontecimientos, entre los cuales ocupa el primer lugar la muerte del padre del señor Zorrilla, impidieron a éste ayudar a su compañero; por lo cual, todo lo comprendido desde el libro quinto del poema hasta su fin, es único y exclusivamente del señor García de Quevedo.

(Nota de la edición de Madrid.)

cebida desde la niñez a la Madre de Dios, y a la luz de la fe pura y sencilla del Evangelio. He aquí una confesión que el siglo sabio afectará oírme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasión contemplar a mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilización, sin atreverse a confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme a su vez servir de mofa a *la despreocupación*, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituído él solo, y al que se ha visto obligado a adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida a un monstruo, que ha esclavizado a su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima y no miedo a un siglo que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por un temor pueril del ridículo, quimera que sólo existe en su imaginación asustadiza, cuando en su conciencia y en su experiencia está plenamente convencido de que *sin fe, sin creencia, sin religión*, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilización, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto, una vez que es sabio y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido; la de todos los pueblos, la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esa verdad inconcusa.

¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos o las devociones de la religión en que se ha nacido? ¿Por qué esconder en el fondo de la familia y relegar a la soledad de la alcoba las demostraciones de una fe, a la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningún pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia; sólo los católicos en estos últimos años parece que nos proponemos dar a entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones exteriores de la fe que profesamos: como si las ciencias, la civilización y el progreso social estuviesen en contradicción con Jesucristo, apóstol y mártir de la igualdad, cuya religión hace libres a los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio o de la esclavitud. El sabio incrédulo, que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creación, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movible tapiz de las mieses ya sazonadas y los viñedos que comienzan a verdear, busca en su corazón el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos más terribles con que ésta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracán, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar irritado, sino de Dios que puede salvarle de la muerte próxima, y enviar a su alma un rayo consolador de esperanza en las tinieblas de la borrasca. El sabio razonador y el incrédulo filósofo, invocan el nombre de MARÍA con todo el fervor

de que son capaces, cuando ven a los marineros del buque en que navegan, abandonar su casco maltratado a la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando a gritos a la Madre del Redentor, entre los rugidos del trueno y a la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbrarán su sepultura, que ven abrírseles a cada momento entre las olas espumosas, que se desgarran bajo sus pies como una frágil tela de seda rasgada por el mercader.

Si la ciencia, pues, y la despreocupación tienen al fin que acudir con espanto a la luz de sus olvidadas creencias, cuando ven cercana la lobreguez de la tumba, ¿por qué yo, más cuerdo y más osado, no he de consignar en un libro las que, en las amarguras de mi existencia, han vertido sobre mi pobre corazón el bálsamo tranquilizador de la esperanza, sosteniéndome para luchar con la incertidumbre del porvenir nebuloso y las mundanas tribulaciones?

Cuando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamás llegaría un día en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados, volvía mis ojos arrasados de lágrimas a la imagen de MARÍA, invocando su auxilio para que me ayudase a conseguir una gloria profana, que era la ambición de mi juventud, y por la que hubiera dado entonces la mitad de los días que me restaban que vivir. —«Si yo lograse (decía yo a la Virgen en mi infantil desvarío), si yo lograse un gran renombre que me diera crédito para con mi nación, yo cantaría tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaría sobre la atención de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes a la de un río fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.»

¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambición del niño, para que el hombre cumpla a su vez la oferta que hizo el niño a su divina Madre?

Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen *fe religiosa*.

He tenido además otra razón, menos santa aunque no menos poderosa, para dedicarme a la composición de la presente obra. La revolución y las tendencias del siglo, franqueando más ancho y seguro campo al ingenio y al saber, y libertando a la prensa de las trabas que anteriormente la coartaban, debía naturalmente de producir hombres grandes, cuyos pensamientos innovadores y avanzadas teorías cambiaran la faz de nuestra España, abriendo los cimientos del suntuoso alcázar de una civilizadora ilustración, que debió seguir inmediatamente los pasos de la libertad. Esta era la hora de los grandes acontecimientos y reformas literarias, de las luminosas publicaciones, y de las útiles y necesarias fundaciones de escuelas e institutos, donde el plantel de nuestra juventud fecundado al sol de las sanas doctrinas y regado con los veneros de una sabia y prudente dirección, germinara y se robusteciera en la fe y en la ciencia, para elevar mañana a la nación al grado de prosperidad y al lugar digno que ocupó en otro

tiempo entre las demás naciones de Europa. Pero he aquí el siglo. La guerra civil, sin duda, y causas que a hombres más sabios pertenece el escudriñar, vinieron a dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas. El desorden consiguiente a la división del país lo confundió todo en su torbellino, y dos demonios se levantaron en medio de este tumulto para desventura nuestra: *el demonio de la especulación* y *el demonio de la poesía*. Del primero ingenios más profundos hablarán en su día; del segundo voy a decir yo algunas palabras: yo, que debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin a parar en torpe sacerdote de su deforme templo.

El demonio de la poesía se apoderó de la juventud y con ella de todas las clases de la sociedad. Una voz incendiaria se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle; y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trovadores, de los romances de Gaiferos y de la multitud de trovas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadores leyendas que entonces a porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de *periódicos de literatura y artes*, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, después de vivir algunos meses con descrédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edición esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de más atención y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica a favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo también a la exageración y virulencia de la época; pero juzgado con precipitación, o desapercibido entre los demás, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin que se había propuesto. Los periódicos políticos, a imitación de los de Francia, abrieron su folletín a las letras, y un nublado de poesías insulsas y de noveluchas disparatadas se introdujo en las familias para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y romancescas. Éste era tal vez el momento de la regeneración literaria: éste era el crepúsculo que debía haber sido precursor de un día sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí, como siempre, la esterilidad del *siglo de las luces* sofocó las semillas próximas a dar fruto, y la revolución literaria, como la política, por intentar remontarse a más altura de aquella a que podían subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolución literaria, con peor suerte que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que el *demonio de la poesía* embriagó a la juventud, descarriando o embotando su talento, y un enjambre de melenudos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla a nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras imaginaciones calenturientas. ¡Y he aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada sólo de un capitán prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseía. ¡He aquí

el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulación desordenada, y que asiendo con brío el timón de aquella hermosa nave próxima a salir del astillero para ser botada a la mar, la condujese majestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desorden: la juventud se desbandó sin jefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja e inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generación de poetas, se encastillaron en el silencio, o se adormecieron en la inacción indignados o sobrecogidos. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, a cantar imaginarios pesares, en composiciones notables sólo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, el *demonio de la poesía* se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil; y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbión de poetastros. Pronto tuvieron los más que reducirse a ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron a la ribera asidos a las rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reacción comenzaba a efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se había estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y más todavía por la multitud de abortos que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. *El demonio de la poesía* extendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados sólo por sus rizados cabellos, y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los tiempos feudales, o de la favorita de un príncipe musulmán.

Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones: ni a mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya, a Dios gracias, en aquellos lamentables días.

Basta empero lo expuesto para explicar otra de las razones que han influído en mí para emprender la composición de mi libro de *María*. Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos, que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar a la fuerza en el templo de la poesía, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volumen tras volumen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestión de velocidad o de ganar el premio de una carrera. Como cae más fácilmente a las manos un volumen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda; fuí más leído que otros autores que en conciencia valían más que yo, y

los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela a cuya cátedra no he tenido intento de subir jamás: una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona a mis errores y extravagancias, y que pone mis versos a cuestión de tormento para prohijarlos, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía a alguna feliz combinación de palabras, o destruyendo la solidez de construcción, que logro dar alguna vez a pocos de los muchos que he producido: pero sin que en estas correcciones suyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precisión. Lo mismo sucede a los demás escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputación que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparición en la escena literaria: pero mis prosélitos son intolerables y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir a la perdición de sus almas, como he contribuído (aunque involuntariamente) a la perdición de sus ingenios, he determinado variar de rumbo y dedicarme a la poesía sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán a la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario, y al menos sus versos, si los escriben con fe sincera, serán atendidos en el cielo, aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraíso después de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien, puesto que, dando a mi escuela dirección tan santa, mis discípulos le darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y ésta es otra razón de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen *fe literaria*.

En cuanto al mérito e importancia que pueda yo atribuir a esta obra mía, poco tengo que decir: los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos. *María* es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como a sus demás obras: el cristiano la tiene en tanto como a su salvación.

Mi corona poética de la Virgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretensión de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de MARÍA que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro a pasar por erudito a los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra son conocidos de todo el mundo; y la vida de la Virgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en explicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, e insuficiente de todo punto para llevar a cabo el divino pensamiento del libro de *María*, declaro que le someto sin restricción al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra a estampar en el contexto de mi obra al-

guna proposición, alguna idea o alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas y que quiero se las considere como no proferidas.

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 1.° de enero de 1849.

INTRODUCCIÓN

Voy a contaros la divina historia
de una mujer, a quien el alma mía
adora, y de quien son nombre y memoria
objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
no se aparta de mí noche ni día
su casta imagen: mi pasión, mi dueño,
con ella vivo, con su imagen sueño.

Templo es mi corazón en donde mora:
la conocí y la amé desde tan niño,
que de mi infancia dividí la aurora
entre mi madre y ella mi cariño.
Su imagen tuve en mi primera hora
en frente de mi cuna: el desaliño
del lecho maternal me la dejaba
ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
aprendió a balbucear: nombre tan suave,
que se le hiciera al compararle agravio
al son del agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del Universo sabio
otro más dulce componer no sabe:
porque es su nombre bálsamo que calma
el mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura
percibiendo la luz del nuevo día:
vaga en las nieblas de la noche oscura:
reposa en un rincón del alma mía.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
le bendigo en mis horas de alegría;
tres veces cada sol mi fe cristiana
le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano
Satán huyendo amedrentado ruge
y el alma suelta que apresó su mano:
el mar se aduerme, que soberbio muge:
tórnase el huracán aire liviano:
expira el trueno, que rodando cruje:
se disipa en la atmósfera la peste,
y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
sabe ya que le adoro: yo le he escrito
mil veces en mis versos y le quiero
escribir otras mil. Nombre bendito,
luz de mi fe, de mi placer venero,
quiero que halle en mi voz eco infinito,
quiero que dure más que mi memoria,
quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
para que el polvo de mi ser reciba,
sobre la piedra funeral se grabe;
quiero que el dedo del amor lo escriba
sobre mi corazón, para que lave
con su pureza mi maldad nativa:
porque la tierra, a su vital contacto,
deje por él mi corazón intacto.

Y quiero, al dulce son del arpa mía,
celebrar a la faz del universo
de este nombre la santa poesía,
con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonía
de este glorioso nombre, y que disperso
por sus espacios mi cantar resuene,
y que su nombre el universo llene.

Azucenas de abril, dad a mi aliento,
al pronunciar su nombre, vuestro aroma:
auras de la arboleda, el suave acento
dadme del ruiseñor y la paloma,

en palabra al tornar mi pensamiento:
plantas donde su miel la abeja toma,
dadme de vuestros jugos la dulzura
al hablar de su gloria y su hermosura.

Expirad a su nombre, terrenales
cantares y profanas relaciones:
desvaneceos, vientos mundanales
que embravecéis el mar de las pasiones:
venid a oírme y preparad, mortales,
a la luz y al placer los corazones,
porque en verdad os digo que es su historia
más grata que los himnos de la gloria.

Venid a mí, los que creéis que existe
otro mundo mejor que nuestro mundo:
venid, los que buscáis la sombra triste
del solitario altar, en lo profundo
del templo abandonado, que resiste
al vendaval del siglo furibundo:
venid y os bañaréis en la ambrosía
del dulcísimo nombre de MARÍA.

MARÍA, emanación del puro aliento
del infinito Creador: MARÍA,
augusta emperatriz del firmamento,
gozo del triste, del perdido guía,
madre buena del huérfano, alimento
del alma casta, luz que en la agonía
más allá del sepulcro, en lontananza
alumbra la región de la esperanza.

MARÍA, arca sellada, guardadora
del tesoro inmortal de la clemencia
de Dios; ser de su ser, fe del que ora,
santuario del pudor, de la inocencia
pabellón perfumado, sombreadora
palma triunfal del Gólgota, excelencia
de los mundos creados, poesía
del paraíso, y germen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto,
tal es el nombre y la mujer que adoro:
yo me prosterno ante su nombre santo,
y a la señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo a tanto,
que nada soy para quien es no ignoro:
mas me infundió mi madre su cariño
y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del zenit resplandeciente!
Voy a ser el cantor de tu existencia:
mas tus ojos alumbran el oriente,
los astros de placer a tu presencia
tiemblan, corona el sol tu regia frente,
calza tus pies la luna, tu excelencia
no alcanza a comprender la criatura...
¿Qué ha de decir de ti mi lengua impura?

Tú, empero, inspiración vendrás a darme
para hablar de tu gloria soberana:
tú me darás vigor, para elevarme
sobre el turbión de la impiedad mundana;
tú vendrás con tu manto a cobijarme
cuando al morir me den tumba cristiana,
y yo a tus pies invocaré tu nombre
libre al partir de la mansión del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo
y Dios, mi fe para cantar, me ha dado
gigante voz y corazón altivo:
el siglo, pues, me escuchará asombrado
cantar la fe de mi país nativo,
tal vez por su tormenta arrebatado,
mas de la fe de mis creencias lleno
con firme voz y corazón sereno.

PRIMERA PARTE

En el nombre de Dios, a cuyo acento
brotó obediente cuanto alumbra el día,

y cuanto más allá del firmamento
existe, ser tomando en la ambrosía
de su divino creador aliento,
empiezo aquí la historia de MARÍA.
¡Ojalá que la fe de mi palabra
vuestra alma alumbre y el Edén os abra!

—

Dulce Señora, celestial MARÍA,
tu nombre purifica cuanto toca:
tu nombre al pronunciar la lengua mía
haz que sean, amor mi poesía,
fuego mi corazón, oro mi boca.

LIBRO PRIMERO

—

NAZARET

Señor de Roma Augusto, y de Judea
Herodes, extranjero cuya cuna
sombrearon los cedros de Idumea,
gemía lamentando su fortuna
en vil esclavitud la raza hebrea.

Escrito estaba. Sus postreros días
de libertad y gloria señalaron
las antiguas y santas profecías,
y sus días a término llegaron
comenzando a brillar los del Mesías.

El universo ante el poder romano
se humillaba vencido, y de su mano
recibía en silencio nombre, leyes,
ritos, tributos, términos y reyes,
sujeto a su capricho soberano.

Jerusalén, la reina que ostentaba
coronada la frente en algún día
y señora de reyes se llamaba,
sobre su frente impreso como esclava
el sello real de su señor tenía.

Decoraban las águilas romanas
sus puertas, defendidas por soldados
extranjeros; corría en sus mercados
la moneda del César, y ¡cuán vanas
lágrimas de sus ojos desdichados!

El oro de sus ricos mercaderes
iba a Roma con nombre de tributo
para pagar del César los placeres;
y daban, de su amor al dar un fruto,
un soldado romano las mujeres.

Mas esperaba en el silencio un día
de regeneración la raza hebrea:
esperaba aquel sol que la traería
un rey que su poder la volvería,
un rey libertador de la Judea.

¡Mísero pueblo de Judá! Esperaba
un rey que al son de la broncínea trompa
a Roma hiciera de Salén esclava,
y al prometido rey imaginaba
del triunfo ver en la sangrienta pompa.

¡Mísero pueblo de Judá!—delante
de ti tuvistes a tu rey: le vistes
ir entre palmas a Salén triunfante,
y ¡oh multitud imbécil!, tú, ignorante,
al rey libertador no conocistes.

¡Mísero pueblo de Judá! En tus ojos
tu avaricia febril puso una venda,
y Dios te ha condenado en sus enojos
a vender de tu herencia los despojos
de lugar en lugar, de tienda en tienda.

Por entonces, de un valle en la angostura,
entre el monte Tabor y el del Carmelo,
yacía Nazaret, aldea oscura
por un arroyo hendida, que frescura,
sombra y fertilidad daba a su suelo.

Sus remansos ceñidos de espadañas,
umbrosos sauces y sonoras cañas,
eran abrevaderos de palomas;
y huertos mil ornaban sus montañas.
de uvas cargadas y fragantes pomas.

Canastillo aromático de flores
asemejaba la escondida aldea,
guardada entre dos cerros protectores;
y olvidada tal vez de sus señores,
era la más feliz de la Judea.

Y he aquí que en el reino de esta villa
habitaba un varón justo y prudente,
partiendo su existencia sin mancilla
con una esposa que, como él sencilla,
era para con él fiel y obediente.

Entrambos eran de virtud modelo:
la dulce paz de su modesta casa
imagen era de la paz del cielo:
su fe era pura, sin ficción su celo
por la virtud, su caridad sin tasa.

De envidia exentos, de ambición y enco-
[no,
la oración de sus almas ascendía
libre, de Dios hasta el excelso trono:
y Dios al aceptarla bendecía
su secreto dolor y su abandono.

Su secreto dolor: porque en la tierra
¿qué corazón no amarga algún secreto?
¿Qué espíritu un pesar en sí no encierra?
Ninguno: al pecho del mortal se aferra
el dolor al nacer, y a él va sujeto.

Aquel varón justísimo, intachable,
aquella esposa púdica, sencilla,
su morada pacífica, envidiable,
cual raza vil, cual antro abominable
mirados eran en su propia villa.

Nadie a Joaquín con su amistad brindaba:
nadie a su esposa Ana por ejemplo
proponía a sus hijas, ni trataba
con las mujeres ella, ni pasaba
del pórtico exterior cuando iba al templo.

Su ardiente fe, su caridad sincera,
su honda piedad por el Señor bendita,
una existencia de virtud entera,
infamante padrón en ellos era,
cual si les diera ser casta precita.

Y eran, no obstante, los que en tal bajeza
y abandono tal se contemplaban,
oriundos de tal raza y de nobleza
tal, que los primogénitos llevaban
de su casa corona en la cabeza.

Vástagos eran, cuya raza pura
del regio trono de David manaba,
aquellos que vertían en la oscura
soledad por sus ojos la amargura
de la hiel que en sus almas fermentaba.

Ana era estéril: de su sangre fría,
de su inútil amor no nacería
el rey libertador de la Judea:
esa es la hiel mortal que su alma cría:
ese el baldón que su virtud afea.

Por eso lloran de vergüenza llenos
la pena infame, de la culpa ajenos,
en su mansión oscura y solitaria
Ana y Joaquín; mas nunca de los buenos
desoye Dios el llanto y la plegaria.

Dios es justo. Dios ama a los que lloran
resignados el mal que les envía;
Dios escucha benigno a los que oran
con fe leal, y a los que a Dios adoran
no los olvida Dios un solo día.

LIBRO SEGUNDO

LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE MARÍA

(8 de diciembre.)

Es alta noche. En el valle
donde oculta se guarece
y en que eterna prevalece
juventud primaveral,
Nazaret, entre los huertos
donde su ambiente se aroma,
duerme como una paloma
que se anida en un rosal.

Lámpara de eterna vida,
la luna brilla en el cielo
derramando sobre el suelo
argentino resplandor;
y de su Dios en los brazos,
a su luz tibia, reposa
la tierra como una esposa
en los brazos de su amor.

¡Paz nocturna, puro cielo,
pabellón de astros bordado!
Dios os tiende como un velo
de la tierra en derredor;
y detrás del cortinaje
de esa tienda de reposo,
como padre cuidadoso
vela al mundo el Criador.

¡Noche azul! ¿Quién a mirarte
levantar puede sus ojos
sin caer ciego de hinojos
a los pies de Jehová?
Tus estrellas son las lámparas
con que alumbra su santuario,
y el espacio solitario
de su esencia lleno está.

Todo yace en el silencio
de la noche sumergido:
calla el aire adormecido
bajo el césped; el rumor
de las inmóviles hojas
yace mudo, y solamente
se oye del agua corriente
el son adormecedor.

En esta calma solemne,
de vida y de movimiento
exhausta, que ni el lamento
interrumpe más fugaz,
con dulce sueño que aduerme
los pesares en su pecho,
Ana y Joaquín en su lecho
reposan también en paz.

Castos, fieles, cariñosos,
veinte años ha que le parten
como ejemplares esposos
en salud y enfermedad.
Veinte años ha que dividen

el lecho nupcial, y veinte
que vela constantemente
sobre él la esterilidad.

Veinte años ha que al dormirse
demandan orando al cielo
alivio en el desconsuelo
de su soledad sin fin,
y veinte años ha que solos,
al reposo al entregarse
y a la luz al despertarse,
se encuentran Ana y Joaquín.

Y veinte años atestiguan
con bien claro testimonio,
que su infausto matrimonio
bendecir no plugo a Dios:
y se duermen bajo el peso
del baldón que les alcanza,
entrambos sin esperanza,
mas resignados los dos.

¡Míseros juicios del hombre
que en el error siempre vive,
y los juicios que concibe
siempre falsos ve salir!
¡Ay! ¡En su ciega ignorancia
de sí mismo nada sabe!
Sólo Dios tiene la llave
de su oscuro porvenir.

He aquí que mientras en sueño
sumergido yace el mundo,
en el silencio profundo
de aquella nocturna paz,
con vuelo apacible y lento
que movió apenas el viento,
cruzó la atmósfera límpida
un espíritu fugaz.

Su vuelo en el aire diáfano
dejó de una luz de rosa
una huella luminosa
que al ambiente esclareció,
y que cual brillo fosfórico
de exhalación de verano,
sumida en el aire vano
al punto se disipó.

Era el ángel misterioso
del sueño: al rumor sonoro
de las alas, los de oro,
los de hierro hace brotar.
Dios a la tierra le envía
con los tristes o halagüeños,
cuando Dios quiere en los sueños
sus misterios revelar.

Es el ser más vaporoso,
más vago, más indeciso,
que nació en el paraíso:
su ser, su forma y color
son tan indeterminados
que Dios sólo los percibe,
y es el ser que de ÉL recibe
ser de sombra, de vapor.

De los ámbitos celestes
en un apartado espacio,
mora este ángel un palacio
que no visitan jamás
ni los justos, ni los ángeles,
porque su atmósfera espesa
sobre las potencias pesa
y las embarga quizás.

En este alcázar fantástico
donde sólo este ángel vive,

nunca ruido se percibe:
ni una voz, ni un eco en él.
Unos bosques ondulantes
le circuyen en contorno,
y a su parque presta adorno
un quimérico vergel.

Los espíritus más bellos,
las imágenes más puras
de los gozos y venturas,
de la gloria y del placer,
atraviesan silenciosas
estos bosques y jardines,
y una vez por sus confines
se las logra sólo ver.

Las que pasan nunca tornan:
de una vez se desvanecen,
y ningunas se parecen
aunque hermanas todas son;
y si más tenaz alguna
otra vez cruza o asoma,
un contorno nuevo toma
y otra faz, y otra expresión.

Mas tal vez en lugar de estos
espíritus deleitosos,
mil espectros temerosos,
tristes sombras mil y mil
pueblan estos densos bosques,
y al impulso de un encanto
misterioso, dan espanto
al valor más varonil.

Pero todos estos seres
que devoran en silencio
el dolor o los placeres
de esta incógnita región,
y el alcázar y las selvas
en que mora eternamente
este ángel, de la mente
son ficciones, *sueños son.*

De las plumas de sus alas
estos sueños guarecidos,
con él van, y repartidos
a su antojo son por él;
y al pasar sobre la tierra
donde ejerce su destino,
va dejando en su camino
a éste el dulce, el triste a aquél.

Sin ser nunca percibido
se introduce donde quiera,
y en silencio se apodera
de la vida universal;
cuanto en agua, tierra, fuego
y aire existe, le obedece:
todo al soplo se adormece
de su hálito letal.

Y la fiera como el ave,
el reptil como el gusano,
a su influjo soberano
caen rendidos sin vigor:
de él se exhalan contagiosos
los miasmas del beleño,
y a su voz ceden al sueño
desde el hombre hasta la flor.

Silencioso, lentamente
este espíritu invisible,
cernió su vuelo apacible
sobre el ameno confín
de Nazaret un momento,
y batiéndole sin ruido,
se perdió desvanecido
sobre el techo de Joaquín.

A no pesar sobre el mundo
la letárgica influencia
de su mágica presencia
y de su poder letal,
comprendiera, de pavura
y de respeto temblando,
que se estaba allí efectuando
un misterio celestial.

Un globo de luz, que fúlgida
todo el valle iluminaba,
el contorno circundaba
de la casa de Joaquín:
y un aroma desprendido
de sus muros se extendía,
como darle no podía
babilónico jardín.

Un murmullo soñoliento,
tan armónico y tan suave
como sólo en voces cabe
de concierto celestial,
resonaba en todo el valle,
y su místico sonido
no cabía en el oído
de ningún débil mortal.

Aquel globo refulgente
cuya esencia creadora,
cuya roja luz viviente
su morada circundó,
del contacto corrompido
de la torpe raza humana
a Joaquín un punto y a Ana
misterioso separó.

¿Quién rasgar pudiera el velo
de su ardiente cortinaje
y el angélico mensaje
comprender de Jehová?
Nadie: nunca; su palabra
manantial de fe y de vida,
por el ser sólo es oída
a quien dicha por él va.

Del celeste mensajero
los contornos vaporosos
vieron sólo los esposos
en un sueño celestial,
y ellos sólo percibieron
su presencia vagarosa
a la luz de oro y de rosa
de su aureola inmortal.

Dirigida al ser de entrambos,
en su oído solamente
resonó la voz viviente
de la mística visión,
y sus ánimas tan sólo
de su místico mensaje
comprendieron el lenguaje
y el valor de tal misión.

«¡Alegraos!, dijo el ángel
a los cándidos esposos.
¡Alegraos, que dichosos
vuestros días lucirán!
¡Ana, alégrate! Una hija
tu infecundo seno encierra,
que a reinar va en cielo y tierra
bajo el nombre de Miriam (1).

Ana estéril, de mi aliento
tu fecundo ser recibe:
¡Regocíjate y concibe
a la voz de Jehová!

(1) *Miriam*, en siriaco, dama, señora, soberana, y en hebreo estrella de la mar.

De la hija que te nazca
en el tálamo fecundo,
nacerá, Señor del mundo,
el monarca de Judá.»

Dijo el ángel, y a su soplo
fecundado de Ana el seno
concibió, del germen lleno
de la esencia de Miriam.
Tornó el vuelo a alzar el ángel,
y con santo regocijo
sonriendo le bendijo
en su tumba el viejo Adán.

LA NATIVIDAD

(8 de septiembre.)

Y con el nuevo sol se levantaron
los que la voz de Dios soñando oyeron,
y ante la faz de Dios se prosternaron
los que en su gran poder su fe pusieron;
y Ana y Joaquín ante su Dios oraron
cuando tan altos ante Dios se vieron,
y la mujer, hablando en su alegría
con Dios y con el mundo, así decía:

«Oídme: cantaré las alabanzas
del Dios de mis mayores:
del que apartó de mí las asechanzas
de mis perseguidores.
Él descendió desde su inmensa altura
hasta su humilde esclava,
e hizo de mí apartarme con pavura
la muchedumbre prava.

Para que confundiera su malicia,
me dió su omnipotencia
fruto de bendición y de justicia,
fecundo en su presencia.

¿Quién a los hijos de Rubén ahora
dirá que madre es Ana?
¿Cúya será la voz propaladora
del triunfo de la anciana?

¡Oíd, vírgenes, madres y varones
del pueblo preferido!
¡Oíd, extrañas gentes y naciones!
¡La anciana ha concebido!

Venid a ver la milagrosa infanta,
la flor de las doncellas.
Venid a ver la Reina cuya planta
camina sobre estrellas.

¿Quién como yo, Señor, tus santos dones
numerará prolijos?
Adorados serán por las naciones
los nombres de mis hijos.»

Así decía la feliz esposa
fecunda por la gracia soberana:
y así avanzaba la preñez dichosa
de la escogida entre las madres Ana.

Y a su término así, día por día
conducida por Dios, llegó la hora
en que a la luz mortal nació MARÍA
a ser del mundo universal Señora.

¡Oh misterio entre todos inefable!
¡Oh favor sobre todos excelente!
¡Oh beneficio inmenso, inestimable
de la bondad de Dios Omnipotente!
Regocíjate, ¡oh siervo miserable
del pecado y la muerte!, ya el Oriente
alumbra de tus días una aurora
de libertad y gracia precursora.

Aquella de los mundos maravilla,
ángel bajo de humanas vestiduras,
flor de pureza, virgen sin mancilla,
divina entre terrestres criaturas,
belleza que ante Dios ufana brilla
sobre cuantas celestes hermosuras
creó, y de cuya espléndida persona
son la luna escabel y el sol corona,

nació de Ana la estéril; mas nacía
de este mundo al dolor y a la pobreza
sin la pompa, el aplauso y la alegría
con que ensalza su mísera grandeza
el orgullo mortal, porque venía
a quebrantar la bárbara cabeza
de la orgullosa sierpe con la planta
de su casta humildad, de su fe santa.

Nació, como el divino mensajero
de Jehová se lo anunció a la esposa,
la divina Miriam, y el mundo entero
la saludó al nacer Reina gloriosa;
y en el instante de su ser primero,
ante su aparición maravillosa,
la eternidad y el tiempo se pararon
y en muda admiración la contemplaron.

Una escala de luz que desde el cielo
bajó hasta Nazaret, abrió camino
desde la gloria hasta el oscuro suelo
a la corte inmortal del Rey divino.
De adorar a su Reina con anhelo
todo celeste ser por ella vino,
y ante Miriam se prosternó un momento
la excelsa población del firmamento.

La tierra ante su Reina de alegría
saltó como un cordero: la pureza
de su aliento, que aromas esparcía,
la rejuveneció, y su gentileza
recobrando total con su alegría
nuestra madre común naturaleza,
de sus bosques, sus ecos y sus mares
la arrulló con murmullos y cantares.

Suspiró con suavísima dulzura
el aura matinal: de frescas flores
se cubrió de los montes la espesura
y el desierto erial: los ruiseñores,
las palomas y tórtolas, la pura
atmósfera encantaron, y, en primores
compitiendo, ostentóse por doquiera
del otoño a la par la primavera.

Ebrio de gozo el universo entero
bebió el aliento de Miriam hermosa,
en el instante de su ser primero
su presencia al sentir maravillosa.
El solo ser por quien nacía, empero,
sólo el hombre ignoró su misteriosa
aparición, y reales ovaciones
no hicieron a su Reina las naciones.

¡Ay!, los hijos de Adán que la veían
nacer de labradores sin fortuna,
la madre de su Rey no comprendían
naciendo en la humildad sin pompa alguna,
porque colchas de Egipto no cubrían
el puro lecho de su humilde cuna,
ni estaba de oro y nácar enrustada
ni con ricos aromas perfumada.

No artífices famosos la labraron
con maderas preciosas que pulieron;
con mimbres, que en su huerto se cortaron,
las manos de sus padres se la hicieron:
con flores, que en su huerto se criaron,
pabellón campesino la tejieron,

y en la triste región de los dolores
coronada no más entró de flores.

Mística flor de celestial frescura
sembrada en el desierto de la vida,
se abrió de su arenal al aura impura
como silvestre flor desconocida.
Toscos pañales de grosera hechura
ciñeron a la real recién nacida,
de cuyo seno virginal fecundo
nacer debía el Redentor del mundo.

Flor pura y bella más que cuantas flores
pueden criar jardines terrenales,
sus hojas desplegar, dar sus olores
debía entre los duelos mundanales;
por eso, de sencillos labradores
naciendo, de sus labios virginales
las primeras palabras que salieron
para los pobres e ignorantes fueron.

Los de su pueblo rústicos no veían
sino una esclava más que Dios enviaba
entre ellos, y sus hembras se afligían
por el destino de la nueva esclava.
Ana y Joaquín, empero, que sabían
el inmenso tesoro que fiaba
a su cuidado paternal el cielo,
su flor cuidaban con paterno celo.

Ellos solos la mística fragancia
gozaban de su célica presencia:
ellos solos sabían que su infancia
alcanzaba perfecta inteligencia.
Dios derramó sobre ella la abundancia
de sus gracias sin fin, y su existencia
ni pasó por la infancia, ni doctrina
necesitó: nació sabia, divina.

Como de culpa original exenta,
su alma de la ignorancia del pecado
fué libre, y fué sin enseñanza lenta
su entendimiento puro iluminado.
Celeste emperatriz, Dios tuvo en cuenta
el trono a que la había destinado,
y atendiendo a su excelsa jerarquía
Dios la llamó Miriam; Judá, María.

Iris de paz, de dicha mensajera,
sello entre Dios y el hombre de alianza,
fanal que alumbra su vital carrera,
lucero anunciador de la bonanza,
fuente de amor y caridad sincera
y de fe incontrastable, y esperanza
inextinguible, y manantial de vida...
Tal fué Miriam en Nazaret nacida.

EL DULCE NOMBRE DE MARÍA

(13 de septiembre.)

¡Estrella de la mar, virgen María,
de la infinita creación Señora!
Tu nombre es un raudal de poesía,
de fe, vida y placer engendradora:
y al corazón del hombre da alegría,
miel a sus labios, música sonora
a su oído, a su ánima consuelos
en el afán de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música más grata
que cuantas escuchó la baja tierra.
Cuantos ecos la atmósfera arrebata
en bosque o llano, población o sierra;
cuantos el viento en su extensión dilata
robándolos al mar que los encierra,
no imitaron jamás la melodía
del dulcísimo nombre de María.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
sonidos y palabras celestiales
para explicar la melodía santa
que atesora su nombre a los mortales,
¿Mas su nombre inmortal, cómo se canta
con lengua y con palabras terrenales?
¿Cómo ofrecer al paladar del hombre
la miel que mana de su dulce nombre?

No existe ser cuya palabra impura
no manche su esplendor cuando le alabe,
ni encarecer su mística dulzura
torpe la humana inteligencia sabe,
ni en comprensión de humana criatura
la concepción de su excelencia cabe;
ni osar puede a tan gran merecimiento
más que la fe que asalta el firmamento.

Perdona, pues, Emperatriz divina,
si para celebrar tu nombre santo
conceptos de él indignos imagina
mi comprensión al elevar mi canto.
Perdona si mi voz se determina
a ponderar tu nombre excelso tanto,
con miserables símiles profanos
y en el lenguaje vil de los humanos.

Misteriosos incógnitos rumores
que componéis la mágica armonía
del globo universal: susurradores
murmullos de la noche, melodía
de los ecos del valle, zumbadores
gemidos de las auras, poesía
del son con que la hoja, el agua, el ave
en lengua hablan a Dios que ÉL solo sabe:

Prestad a mi garganta
el acordado ruido
de vuestra lengua santa,
de ÉL solo comprendido:
la voz que sólo para DIOS levanta
cuanto con voz por ÉL creado ha sido.
Prestádmela un instante
porque la lengua mía
como vosotros cante,
y mi bárbara y tosca poesía
embelese la tierra,
procurando imitar la melodía
que en sus letras suavísimas encierra
el dulcísimo nombre de MARÍA.

Nombre de bendición y de esperanza,
como expresivo santo,
mayor que todo extremo de alabanza,
de admiración y canto,
abarca y simboliza
en la expresión que encierra
cuanto la débil existencia hechiza,
cuanto del sumo cielo a ver alcanza
el mísero mortal desde la tierra.
Nombre más grato al alma y más sonoro
que la conmovedora salmodía
que, en la nave del santo monasterio,
alza de monjes reverente coro,
la fiesta honrando de solemne día
con los sones del órgano y salterio;
más grato que el árabigo perfume
que allí aventado en incensarios de oro
ante el altar brillante se consume,
cuyo humo azul en espiral se eleva
por el aire incoloro,
que a las sagradas bóvedas le lleva.
Consuelo del que llora,
del extraviado guía,
para el alma apenada que le implora
es ámbar y ambrosía;
y más que nombre bálsamo divino,
el erial de la vida fertiliza

y en la carrera del mortal destino
alivia las fatigas del camino
y las llagas del alma cicatriza.
Más deliciosa que la mansa calma
tras huracán bravío y estridente,
más que en el haz del arenal ardiente
la sombra de la palma.
¿Quién explicar ni comprender sabría,
ni con qué a comparar se atrevería
en el lenguaje mundanal mezquino,
el misterio secreto, peregrino
del dulcísimo nombre de MARÍA?

¿Oísteis por ventura
en la nocturna soledad serena
cantar en la espesura
de la floresta amena
a la alegre y canora filomena?
¿La oísteis en el viento
mezclar el suave acento
de su amoroso pío
con el trémulo son de la onda pura,
con que el sonoro río
fecunda de los olmos la verdura?
Pues más dulce es aún que la armonía
del son del agua y del cantar del ave,
la melodía mística y suave
del dulcísimo nombre de MARÍA.

¿Habéis guiado acaso
del mar de las orillas
el descarriado paso,
las blancas arenillas
con distracción pisando,
la música escuchando
y el manso movimiento
absortos contemplando
del oleaje lento
con que la mar en calma
distrae el pensamiento
e infunde, sus recuerdos inquietando,
memorias melancólicas al alma?
¿Habéis prestado oído
al hervoroso ruido
de la flotante espuma
que deja en el arena,
y que, antes que se suma
entre sus granos, suena
con bullidor murmullo,
a cuyo vago misterioso arrullo
embebecida el alma se adormece?
Pues música más dulce es todavía
que la del mar que arrullador se mece,
para aquel que le invoca con fe pía,
el dulcísimo nombre de MARÍA.

¿Imagináis por suerte
del náufrago expirante
que lucha con la muerte,
cuál es la penetrante
y rápida alegría,
si ve poco distante
la nave protectora cuyo amparo
cable oportuno y salvador le envía?
¿Imagináis el ansia con que avaro
de salvación aprieta el cabo suelto?
¿Concebís el placer con que respira
al percibir que el cable le retira
de la salobre mar, y cuando vuelto
en sí, seguro en el bajel se mira?
Pues es más dulce al corazón humano,
náufrago errante de la mar sombría,
de la miseria y del dolor mundano,
invocar el auxilio soberano
del dulcísimo nombre de MARÍA.

¡Dichoso quien le adora!
¡Feliz quien en él fía!

Dulce será su postrimera hora
y dulce su agonía;
y al cerrarse sobre él la sepultura
para emprender, temblando de pavura,
de la tremenda eternidad la vía,
María, de su alma protectora,
alumbrará su eternidad sombría.

PLEGARIA

María, cuyo nombre
como conjuro santo
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escríbeme en el pecho
tu nombre omnipotente,
porque jamás intente
aposentarse en él.

María, Soberana
de cuanto el orbe encierra,
rocío de la tierra,
estrella de la mar,
tu nombre misterioso
será fanal tranquilo
que alumbrará el asilo
de mi terreno hogar.

María, cuyo nombre
es fuente de pureza
que lava la torpeza
del frágil corazón,
tu nombre será el agua
que el mío purifique
de cuanta en él radique
maligna inclinación.

María, luz del cielo,
cuya brillante esencia
es luz de toda ciencia,
y del saber raudal,
tu nombre sea antorcha
cuyo fulgor ahuyente
de mi acotada mente
la lobreguez letal.

María, cuyo nombre
es música más suave
que el cántico del ave
y que del agua el son,
tu nombre sea fuente
do beban su armonía
mi tosca poesía,
mi pobre inspiración.

María, a cuyo nombre
la divinal justicia
al pecador propicia
se inclina a perdonar,
tu nombre sea, cuando
la eternidad se me abra,
la última palabra
que exhale al expirar.

LA PRESENTACIÓN

(21 de noviembre.)

I

Arrastraba el Cisón sus orgullosas
corrientes, que a los turbios vendavales
del equinoccio hervían espumosas,
sus fértiles riberas deleitosas
inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
de nieves en la cima gigantea

del Carmelo, y la escarcha matutina
cubría con su alfombra cristalina
la llanura feraz de Galilea,

cuando los dos esposos emprendieron
de Salén el camino trabajoso:
y huyendo del invierno riguroso
atravesar los valles resolvieron,
sendero largo, más no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras
y los desnudos montes de Samaria,
cuya tierra fecunda en quebraduras,
torrentes espumosos y en oscuras
cuevas, jamás fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo
por la dulce pendiente embalsamada,
entraron de Sarón en la llanura,
que es el más fértil y salubre suelo
que hay en aquella tierra afortunada.

Ornan sus feracísimas riberas
aromáticos cedros y palmeras
cimbradoras, y espesos abedules,
tilos de flores cárdenas y azules,
ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura
el plátano, delicia de los valles,
y el viejo olivo de inmortal verdura
sombra a las cepas da, jugo y frescura,
formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas,
terebintos, abetos y granados,
brotan allí jaspeadas clavellinas,
renúnculos y rosas purpurinas,
cárdenos lirios y alhelís violados.

Tal era la región, y es todavía,
por donde lentamente caminaban
los venturosos padres de MARÍA:
y por gozar sus auras y alegría
el camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia
para con Dios, sus pechos paternales,
en el tiempo al pensar de aquella ausencia,
sentían asaltar ansias mortales,
su vejez preveyendo y su indigencia.

Así un día tras otro su camino
a la santa ciudad siguiendo fueron,
y desde un cerro a la ciudad vecino,
al resplandor del astro matutino
un día de Salén las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas
del sol del mismo día, por la puerta
entraron de Efraín y por sinuosas
y angostas callejuelas tenebrosas
dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Joaquín bien avanzada,
largo viaje, el camino fatigoso,
de la puerta oriental en retirada
mansión, de gente mísera posada,
se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje,
buscó Joaquín los cándidos presentes
del religioso y sólito homenaje,
de la familia de Ana y su linaje
convocando a la par a los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla
que debía servir de ofrenda pura,

y de harina un gomor, cuya blancura
excedía a la nieve que al sol brilla
del empinado Líbano en la altura;

subió la numerosa comitiva
con espléndidos trajes adornada
del Dios Omnipotente a la morada,
y a su frente marchaba con fe viva,
superior a su edad, la presentada.

En el patio exterior a do primero
llegaron, que jamás traslimitaba
bajo pena de muerte el extranjero,
ante el dorado pórtico severo,
de gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales
eran, los sapientísimos doctores
de la ley, fariseos fingidores,
levitas, magistrados, generales
y matronas ilustres y señores:

pues quiso Jehová que la dichosa
virgen que por recónditos caminos
venía destinada a ser su esposa,
llegase a su morada suntuosa
con pompa conveniente a sus destinos.

II

Detuvo el paso lento
la fausta comitiva
tocando el pavimento
del encumbrado *chel* (1),
y la profana gente
la faz humilló altiva
ante la faz ardiente
del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta
giró sobre sus gonces:
entró Miriam incierta
del sacerdote en pos,
y pudo el pueblo entonces
mirar por un instante
el fondo centelleante
de la mansión de Dios.

Sus bóvedas doradas
con oriental riqueza,
sus piedras afirmadas
con llantas de metal,
sus sólidos pilares
do apoyan en su alteza
los techos tutelares
del santuario real.

El pórtico sagrado
pasó Miriam: su planta
en la comarca santa
siguieron nada más
sus padres y parientes,
y víctima más pura
en su real clausura
no penetró jamás.

En el umbral postrero
de un patio donde crecen
el verde limonero
de amarillenta flor,
el tamarindo umbroso
y el lauro, que estremece
con ruido sonoroso
su perennal verdor,

los viejos sacerdotes
y los levitas graves,
de cánticos suaves

(1) El *chel* era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mujeres.

y del salterio al son,
a recibir salieron
a la sin par MARÍA,
que a Jehová ofrecía
su casto corazón.

Fué el blanco corderillo
sacrificado: el fuego
de sus entrañas luego
la carne consumió:
se hicieron libaciones
de aceite, sangre y vino,
ante el altar divino
do el holocausto ardió.

En platos de oro puestos,
los destrozados restos
de la inmolada víctima
se hicieron repartir,
según de aquellas gentes
costumbre, a los parientes
de Ana, que sus lágrimas
no acierta a reprimir.

Tendieron de MARÍA
sobre la real cabeza
un velo, de pureza
virgínea señal,
como la nieve blanco,
mas de menor blancura
que la inocencia pura
de su alma virginal:

y el viejo Zacarías
que, sacerdote sumo,
entre una nube de humo
sagrado apareció,
desde el umbral, propicio
la víctima aceptando,
de Dios para el servicio
la Virgen reclamó.

Rompiendo entonces todos
los maternales lazos,
tomando entre sus brazos
a la hija de su amor,
condujo a sus pies Ana
a su gentil MARÍA,
tan llena de alegría
como ella de dolor.

«Señor, dijo la madre,
a Dios traigo en ofrenda
de bendición la prenda
que dió a mi ancianidad.
A Dios la consagramos
y Dios nos la reclama:
nosotros acatamos
su santa voluntad.»

El sacerdote, alzando
a la postrada anciana,
la dijo: «Vuelve, Ana,
a tu tranquilo hogar;
al que de Dios guarece
la protección suprema,
bajo su amparo crece
seguro ante su altar.

Vuelve a tu hogar, anciana,
y hasta su puerta amiga
de Jehová te siga
la bendición en pos.
No pierdas tus vigilias
en maternales quejas,
porque a tu hija dejas
encomendada a Dios.»

Diciendo así el pontífice,
con brazos cariñosos
bendijo a los esposos
y al pueblo despidió:
y del sagrado templo
tras de las puertas de oro,
María con el coro
de vírgenes quedó.

LIBRO TERCERO

—

MARÍA EN EL TEMPLO

I

Castísima paloma,
cuyo sereno vuelo
en la región del cielo
a remontarse va:
vapor de suave aroma
que en odorante nube
hasta el alcázar sube
mansión de Jehová:

Flor del Edén preciosa,
cuyo capullo abierto
derrama en el desierto
su celestial olor,
tu esencia misteriosa
permaneció ignorada
en la infeliz morada
del siervo del error.

El hombre es un gusano:
sus ojos son de tierra
y en ellos luz no encierra
para mirarte a Ti.
Nublado el ojo humano
por míseros antojos,
brillar no ve en tus ojos
la luz de Adonaí.

Reina del sol, que germen
y luz da a la campiña,
terreno ser y niña
te cree Jerusalén:
sus razas, que en tinieblas
de vanidad se aduermen,
del vicio entre las nieblas
a Dios en Ti no ven.

Tú, de virtud sagrario,
al templo te acogiste:
Tú, que elegida fuiste
por templo de Emmanuel.
Morar en su santuario
tu corazón quería
cuando morar debía
en tus entrañas ÉL.

De su santuario dentro,
bajo sus techos de oro,
tu ser como el tesoro
de más valer guardó:
y el silencioso centro
de su mansión sagrada,
sondar la vista osada
del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
las horas en el templo?
Tú, de virtud ejemplo
y virginal unción,
creciste cual las flores
que doblan su fragancia
y avivan sus colores
al par de la estación.

Tesoro de las glorias
del Hacedor del día,
rosal de Alejandría,
ciprés de Jericó,
las místicas memorias
de tu niñez dichosa
de sombra misteriosa
el cielo circundó.

Oculta, guarecida
bajo el sagrado velo,
esencia contenida
en hidria de cristal,
joya de Rey guardada
con precavido anhelo,
semilla conservada
debajo de un fanal.

Moraste en los palacios
del dueño de la vida,
a tu Señor unida
con misteriosa unión:
y en Ti su Ser moraba,
y el tuyo a ÉL llegaba,
salvando los espacios
tu férvida oración.

Tú, Virgen escogida
en su saber profundo
para traer al mundo
la fe y la salvación,
sus juicios ignorabas,
mas por tu fe impelida
a Dios le consagrabas
tu limpio corazón.

Tú, Reina de los seres
que el paraíso moran,
Tú, cuya huella adoran
los justos de Sión,
al polvo descendiste
del ser de las mujeres,
y entre ellas te impusiste
grosera ocupación.

Tú, con las otras *almas* (1)
del templo habitadoras,
pasaste largas horas
callando tu alto ser,
en adornar las palmas
y entretejer las flores
del templo, y en labores
humildes de mujer.

Tus dedos trasparentes
hilaron diligentes
los linos de Pelusa,
las sedas del Cedar:
tu mano soberana
tejió la blanca lana
que el sacerdote usa
velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,
al místico servicio
de Dios siempre dispuesta
velabas sin cesar:
y un día y otro día
del cruento sacrificio
en la solemne fiesta
se oía tu cantar.

Leal, caritativa,
sincera y obediente,
con todos indulgente

(1) Llamábanse *almas* todas las vírgenes que se educaban en el templo, lejos de las miradas de los profanos.

y en todo sin igual,
imagen eras viva
de la virtud suprema
que da inmortal diadema
al alma del mortal.

Así creciste, pura
emanación del cielo,
embalsamando el suelo
y el templo de Israel,
Tú, excelsa criatura,
mujer divina y santa,
a cuya regia planta
la luna da escabel.

Así pasando fueron
de tu niñez los días,
en tanto que adquirías
las fuerzas y la edad
para que en Ti cumplida
la ley que te impusieron
de dar al mundo vida,
viera la humanidad.

Pasaron así bellos
los días de tu infancia
en tu apartada estancia
del templo de Salén,
llegando detrás de ellos
los días de amargura
que a nuestra raza impura
franqueron el Edén.

¡Ay!, cuando a luz naciste
para salvar la tierra,
al mal te sometiste
de su fatal mansión:
y del dolor que encierra
la bárbara agonía,
pronto, ¡ay de ti!, debía
herir tu corazón.

En vano consagrabas
la flor de tu pureza
al Dios de quien enviabas
tu corazón en pos:
su rayo se encendía
sobre tu real cabeza,
y que acatar había
la voluntad de Dios.

II

Acercábanse ya los misteriosos
días de llanto, en cuyas lentas horas
se debían llenar los tenebrosos
designios del Señor. Él solamente
penetraba el hondísimo misterio
de nuestra Redención: su sabia mente
percibía no más la luz futura
que, para bien de la terrena gente,
iba a alumbrar la lobreguez impura
de su mansión: su poderosa mano
preparaba a los tiempos el camino:
y momento a momento, grano a grano,
iba en la eternidad inmensurable
arrojando implacable
las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
aguardando el instante pavoroso
en que del gran misterio tenebroso
la justicia de Dios rasgara el velo;
y temblaban las almas
de Abrahán en el limbo detenidas
ansiando, de él para salir, las palmas
por el cielo a los justos prometidas:
y temblaba el monarca del infierno

esperando en sus lóbregas moradas
el punto en que sus puertas quebrantadas
iba a pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavía
su porvenir recóndito ignoraba,
y ya el ángel precito adivinaba
los destinos futuros de MARÍA.
La voluntad de Dios no le dejaba
llegar de la dichosa nazarena
al alma virginal, que vió en el mundo
entrar de culpa original ajena:
y en su saber y en su furor profundo
sentía el pie de la que así nacía
hollar triunfante su cerviz impía.
Ella, empero, ignorante
del porvenir augusto, orando a solas
consigo misma y del Señor delante,
del mar del porvenir no percibía
crecer y embravecerse a cada instante
el viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse a romper todos los lazos
que ligaban su espíritu a la tierra
antes que el germen que su sangre encierra
fecundara el aliento omnipotente,
y recibieran sus maternos brazos
al Rey eterno de la humana gente.
Era preciso que la flor de mayo
sobre su tallo se apoyara sola,
para que el fuego asolador del rayo
cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
bella sin par entre las más hermosas,
que por las sendas de la tierra oscuras,
obediente a las leyes misteriosas
de Jehová, tus huellas
hacia el sangriento Gólgota encaminas,
ya no hollarán tus pies sendas de rosas,
de hoy más tan sólo pisarán espinas!

Antes que sus virtudes salvadoras
de tu alta gracia el talismán ejerza
en pro de nuestras almas pecadoras,
Tú, Madre de los huérfanos, es fuerza
que huérfana te veas, que devores
tu tiempo en soledad, y pues nacistes
para ser el consuelo de los tristes,
fuerza será que con los tristes llores.
Fuerza es, ¡oh Madre del amor divino!,
la hiel que apures del pesar humano:
es fuerza que al dolor de tu destino
no se iguale jamás dolor humano,
para que al darte de su madre el nombre
en su aflicción, tu nombre soberano,
símbolo de tu duelo sobrehumano,
bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales
se corone tu cándida cabeza,
tu duelo es fuerza que a tu gloria iguales:
apresta, pues, tu alma a la fiereza
de tus hondos destinos celestiales.
Tu paz concluye do tu gloria empieza,
y aquí se empieza, celestial MARÍA,
el cáliz a llenar de tu agonía.

—

El anciano Joaquín, la vista fija
en su hermosa Miriam, su domicilio
mudó a Jerusalén, y al pie del templo,
para vivir más cerca de su hija,
compró, de sus parientes con auxilio,
una pobre mansión, donde él y Ana
eran, de amor y de virtud ejemplo,
muestra viviente de bondad humana.

Hacía ya dos lustros que no oía
el rumor de los olmos y las cañas
de Nazaret, cuando al morir de un día
de otoño el tibio sol, sintió que hería
la mano de la muerte sus entrañas.
Su último aliento recogió en el pecho
por alargar un punto la existencia,
su alma con religiosa diligencia
tornando a Dios desde el mortuorio lecho.
Su postrimer deseo procurando
Ana cumplir, al templo fué llorando,
al sumo sacerdote Zacarías
a avisar que llegaba
su esposo al fin de sus cansados días.
Acudió presuroso
el sacerdote austero
a la mansión del moribundo esposo,
mas no llegó el primero:
ya su faz con sus lágrimas regaba
María, que con paso más ligero
de llegar acababa,
y que a las manos de su padre asida
tal vez con sus suspiros intentaba
algún suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
el expirante padre al sacerdote
encomendó cuanto en el triste mundo
dejaba: la hija que a sus pies gemía
y la mujer con quien partido había
en la prosperidad y en la indigencia
el placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquín iluminados
por el Señor en su postrer instante,
el glorioso esplendor, el sol brillante
percibió de los días reservados
a aquella hija divina que le llora,
y una sonrisa iluminó el semblante
del noble viejo, luz consoladora
que le mostró su eternidad radiante:
y sus manos poniendo en la cabeza
de aquella hija del mundo salvadora,
expiró sin congoja ni agonía,
del alma pura la mortal corteza
dejando entre los brazos de María.

Su cuerpo devolvieron a la tierra
la noble virgen y la madre anciana,
y sobre el mármol que a su bien encierra,
lloraron a su bien María y Ana.
Cuando de llanto el natural tributo
pagó al amor su corazón doliente,
del mármol se alejaron tristemente
para esconder su soledad y luto,
la hija del templo bajo el áureo techo,
la viuda al pie de su vacío lecho.

Once lunas después..., es una tarde
apacible y serena;
el sol, de luz en el postrer alarde,
de rojo resplandor el aire llena,
y su esplendente claridad tendiendo
por la extensión del cárdeno horizonte
como un manto de púrpura, derrama
desde la cima del excelso monte
su temblorosa llama,
que como vasto incendio reverbera,
con su postrer fulgor enrojeciendo
valle, bosque, ciudad, río y pradera.

El día de la fiesta de las flores
celebra el pueblo de Judá; se escucha
el suave son del cántico sonoro
del templo y por los aires se levanta
el humo azul del incensario de oro,
que con el aura al elevarse lucha
fugaz lamiendo la techumbre santa.

MARÍA, de las *almas* entre el coro,
acompañada del salterio canta
himnos de gracias al Señor, y el mundo,
en cuanto abarca su ámbito invisible
desde el zenit al báratro profundo,
mudo y atento para oír se inclina
el eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido
derramado se esparce por el viento,
y embelesa el oído
de todo ser, y ahoga todo ruido
que existe en aire, tierra y firmamento;
y a los acentos de su voz suaves,
las rumorosas auras se adormecen,
las sonoras corrientes enmudecen,
el eco olvidan de su voz las aves,
y en su lecho de arena movediza
lentas las olas de la mar se mecen
y el agua amarga que su son hechiza
dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios, que como rey domina
la eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
ningún encanto a su favor inclina
como el poder de los humanos reyes,
las fuentes del dolor abre entretanto
en la alma de Miriam, y en sus enojos
aguarda el fin de su armonioso canto,
segunda vez para anegar en llanto
la casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano levita, a quien seguía
una mujer cubierta con un velo,
la ceremonia al concluir y el día
la instó a seguirle con doliente anhelo.
Obedeció la cándida doncella,
y del materno hogar a la morada
de ambos detrás encaminó la huella.
Al umbral de su puerta aglomerada
reunión de mujeres silenciosa
esperaba, sin duda, su llegada,
compasiva tal vez, tal vez curiosa.
«¿Qué es esto, hermanas mías?,
preguntóles Miriam sobresaltada.
¿Por qué en el más alegre de los días
delante de mis puertas os encuentro
veladas, taciturnas y sombrías?
¿Qué mal se alberga de mi casa dentro?»
Mas las mujeres a su voz callaron
y apartándose ante ella, de la puerta
el paso le franqueron.
Con angustiado afán, con planta incierta
en la morada penetró MARÍA,
y en la primera estancia que halló abierta
donde una turbia lámpara lucía,
a su madre encontró. No estaba muerta
la anciana todavía:
mas con la vista próxima a apagarse
la buscaba afanosa,
incapaz de explicarse
con voz ni con acción más cariñosa.
Sonreír dulcemente
la vió la hija infeliz al acercarse
al solitario lecho,
y al abrazarla con filial ternura
con el postrer aliento de su pecho
un beso maternal grabó en su frente,
y al querer la divina criatura
volvérsele a su vez, su boca pura
apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
por el impulso repentino herida,
de la madre perdida
cayó sobre los míseros despojos,
llenos quedando en su dolor inmenso
su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente día
la misma tumba que a Joaquín encierra
de la esposa el cadáver recibía,
sobre el haz de la tierra
sola quedaba en orfandad MARÍA:
mas de Dios a los fallos resignada,
de religiosa abnegación ejemplo,
a la merced de Dios encomendada
al amparo de Dios volvióse al templo.

III

Serena es la noche:
con luz argentina
la luna ilumina
la humana región,
y el cielo, que de astros
sembrado destella,
despliega sobre ella
su azul pabellón.

Serena es la noche:
su lánguida calma
infunde en el alma
dulcísima paz;
meciendo las hojas
del árbol, suspira
el aura que gira
sonora y fugaz.

Ya duermen, ahogando
las aves el pío:
cerrada al rocío
ya duerme la flor.
Detrás de los astros
que pueblan la altura,
radiante fulgura
la faz del Señor.

Al fuego del faro
por Dios encendido,
en sueño sumido
reposa Israel,
cual rey, que, acampado
en tierra vencida,
reposa cercado
de ejército fiel.

Allí, tras sus muros
de recia espesura,
callada y segura
se duerme Salén:
quebrando los tibios
nocturnos reflejos,
brillar a lo lejos
sus techos se ven.

Sobre una colina
sus torres levanta
la fábrica santa
del rey Salomón,
del templo acotando
los santos confines
de frescos jardines
la amena extensión.

Sus vírgenes *almas*
cultivan en ellos
los árboles bellos,
las plantas sin par
de que hacen fragantes
guirnaldas vistosas,
con que ornan piadosas
el templo y altar.

En cámara, a cuyas
ventanas vecinas
movibles cortinas

los árboles dan,
envía a los cielos
con fe solitaria
su casta plegaria
la triste Miriam.

Allí en su escondida
sombría vivienda,
a Dios se encomienda
con férvida fe,
pidiéndole un aura
de dulce consuelo,
que alivio en el duelo
de su alma la dé.

Su ser, invisibles
arcángeles guardan:
querubes aguardan
su pura oración,
y a Dios se la llevan
tendiendo triunfantes
las alas brillantes
a la alta región.

Según le atraviesa
perfuma el espacio:
la gloria embelesa
su místico son:
y en forma de aroma
que siente y que vive,
aspira y recibe
Jehová su oración.

Mas llora al enviársela
Miriam: que es amarga
su pena y es carga
cruel de llevar,
y sólo contemplan
la tierra sus ojos
cual campo de abrojos
que va a atravesar.

Su espíritu, ignaro
del ser en que existe,
rebelde resiste
tan íntimo afán:
y en sí el gran misterio
que encierra ignorando,
al cielo llorando,
se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente
purísimo lloro
en un vaso de oro
recoge Gabriel.
¡Rocío de gracia!
¡Esencia de fuego
que habrá de ser luego
salud de Israel!

IV

Y en esta misma noche
tristísima, fué cuando
a solas contemplando
su mísera orfandad,
al Sumo Dios hacía
la cándida MARÍA
un voto de perpetua
y fiel virginidad.

PLEGARIA DE MARÍA

«Señor, pues que me dejas
sobre la tierra así,
desde hoy viviré en ella
tan sólo para Ti.

Renuncio a la esperanza
del porvenir: jamás
levantará hombre alguno
mi velo virginal.
Señor, yo te consagro
mi casta soledad[1],
Señor, vuele a Ti puro
mi espíritu inmortal.

Señor, pues que me dejas
sobre la tierra así,
desde hoy viviré en ella
tan sólo para Ti.

Circunde enhorabuena
mi solitario hogar
la niebla infamadora
de la esterilidad.
Señor, a Ti tan sólo
la huérfana amará:
¿ni a quién si no a Ti puede
su corazón amar?

Señor, pues que me dejas
sobre la tierra así,
desde hoy viviré en ella
tan sólo para Ti.

Tú vives en mi pecho
y en él no caben ya
livianas sensaciones
de afecto terrenal.
Mi oído atento sólo
para tu voz está:
mi corazón abierto
para tu amor no más.

Señor, pues que me dejas
sobre la tierra así,
desde hoy viviré en ella
tan sólo para Ti.»

Así en su amargo duelo
decía a Dios Miriam:
mas, ¿ante quién se tuerce
la ley de Jehová?
Sus santas oraciones
hasta su trono van;
pero mudar no pueden
su eterna voluntad.

Escrito estaba, y pronto
su velo virginal
iba a dejar la esposa
colgado ante el altar.

LIBRO CUARTO

MARÍA, ESPOSA

I

Lució para Miriam la misteriosa
edad de los ensueños celestiales:
la edad en que se juzga más dichosa
la mujer en sus sueños virginales.
Edad lejana aun de la azarosa
época de los recios vendavales
de la vida, en que vamos en bonanza
bogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma
la fe con aromáticos olores:
cielo sereno que jamás la bruma,
empaña, ni aquilón con sus furores:
mar de zafir cuya argentada espuma
no a impulso de huracanes bramadores

hierve, sino del aura al suave aliento
se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada
estación de los goces de la vida,
en la cual ni esperanza hay engañada,
ni amigo ingrato ni ilusión perdida.
Pradera de mil flores esmaltada
que a reposo y placer sólo convida:
breve edad de brevísima ventura
que hace más breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,
floridos, inocentes quince años:
en los que ignora el hombre los arteros
lazos del mundo loco y sus engaños:
edad en cuyos días placenteros
se ven y no se creen los desengaños;
vestíbulo dorado de esta vida,
mansión del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam: su seno
de juventud y de vigor henchido,
sintió, aunque a instintos de impureza [ajeno,
del corazón el juvenil latido:
del fuego del amor le sintió lleno
y hacia el amor con fuerza compelido;
mas como era su amor hijo del cielo,
hacia él tendió su corazón el vuelo.

Su alma libre de la carne impura
amorosa a los cielos se elevaba
y en piélagos de amor y de ternura
celestes se perdía y se extasiaba:
y quebrantando la prisión oscura
de la tierra, amorosa se exhalaba
y del divino amor en Dios bebía
torrentes de balsámica ambrosía.

Aquella flor divina, conservada
del templo en el seráfico recinto
y del Señor para el jardín criada,
huía de la tierra por instinto.
Y entreviendo sus riesgos, espantada
resistía del mundo el laberinto
penetrar, y al Eterno consagrada
vivir quería en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso
suben a Dios desde la sacra loma
perpetuas nubes de aromoso incienso,
anida aquella mística paloma.
Allí el arrullo de su amor intenso
al Dios que al mar y las tormentas doma,
bajo forma de místicos cantares
eleva desde el pie de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora
que llena el universo de alegría,
y cuando el tibio sol las cumbres dora
con el reflejo postrimer del día,
y a la luz de la luna inspiradora
siempre de celestial melancolía,
himno perpetuo de su amor levanta
y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera
creyó pasar de su inocente vida,
olvidando la ley, tal vez severa
mas honrada en Judá y obedecida,
que obligaba a las vírgenes, cualquiera
su condición que fuese, esclarecida
o humilde, a sustraerse al afrentoso
celibato en los brazos de un esposo.

II

No la olvidaba en su rencor, empero,
Luzbel que, odiando su inmortal pureza,

poner ansiaba el universo entero
entre el pie de Miriam y su cabeza.
No la olvidaba, y con profunda ira
dejando las mazmorras del infierno,
a la región voló donde respira
la Virgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos
del templo en la vivienda solitaria,
a Dios volviendo los amantes ojos
enviaba a Dios su virginal plegaria.
El rey de las tinieblas sus enormes
alas plegó sobre erial colina,
entre unas ruinas lóbregas e informes
desde las cuales la ciudad domina.

Al extender su perspicaz mirada
por el recinto de Salén dormida,
vió a Miriam por los ángeles velada,
e ir al cielo en sus alas conducida
la oración de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,
en lugar de ceder con miedo santo
sintió crecer su despechado anhelo,
y dió un rugido, a cuyo son de espanto
estremecióse de Salén el suelo:
y ansioso de venganza o de pelea,
volvió a cernerse con siniestro vuelo
por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dió de la ciudad la vuelta
en derredor de sus sagrados muros,
y de su forma colosal, envuelta
en pliegues de vapor densos e impuros,
la masa informe por el aire suelta
dibujó sus contornos inseguros
en la alfombra de mieses y de viñas
que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba
con ojo que penetra cuanto existe,
una infernal sonrisa iluminaba
su faz ceñuda siempre y siempre triste.
Digno tan sólo de él un pensamiento
traidor, que fermentaba en su cabeza,
hízole imaginar por un momento
que podría asaltar su osada mano
y manchar la castísima pureza
de aquella blanca flor, a la que en vano
cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido
entre el cielo y la tierra, en absoluta
torva inmovilidad, embebecido
en meditar su vengadora idea:
y con una señal, vista tan sólo
de sus malditos súbditos y de ellos
no más obedecida,
convocó en torno de él cuantos de un polo
al otro tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,
que sus hondos proyectos infernales
vienen a realizar sobre la tierra,
y bajo el dulce nombre de placeres
a inocular el germen de los males
en el vicioso corazón, que encierra
el pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel a un valle que la luna
no iluminaba ya, y en torno suyo
teniendo a los espíritus, que aduna
su voluntad satánica, y a cuyo
torcido instinto sus proyectos fía,
les dirigió la voz de esta manera,
mas con eco tan débil que se hundía
entre el rumor del aura en la pradera.

«Toda Israel conoce a la doncella
que entonaba en la fiesta de las flores
los cánticos del templo. No hay en ella
más que gracia y virtud, luz y primores;
es fuerza, empero, que su imagen bella,
revestida de impúdicos colores,
de todos los mancebos en la mente
como sombra de amor se represente.

Ornaos, pues, de mirtos y de rosas:
tomad las formas leves y risueñas
de aquellas creaciones licenciosas
de Grecia, al hombre vil siempre hala-
[güeñas:
corred sobre sus alas aromosas
las ciudades, los valles y las breñas,
y el torpe corazón de los mancebos
abrid a un nuevo amor, de instintos nuevos.

Haced que escuche sin cesar su oído
y se alce sin cesar en su memoria,
de su mágico cántico el sonido
y de su vida la virgínea historia;
de su amor, para todos prohibido,
haced que aspiren todos a la gloria,
e inflamad de Miriam por la hermosura
una pasión universal e impura.»

Dijo: su infanda idea comprendiendo,
los infernales genios sus secuaces
se desbandaron, en silencio hendiendo
el seno de la atmósfera fugaces;
y de su rey el pensamiento horrendo
ellos no más de realizar capaces,
de las moradas de Israel el fondo
comenzó a emponzoñar su hálito hediondo.

Empezó su satánica presencia
a turbar las pacíficas mansiones,
y empezó su maléfica influencia
a filtrarse en los torpes corazones;
y cuantos de Israel la efervescencia
del juvenil ardor de las pasiones
dominaba, a la virgen recordaron
y con la imagen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno
intentó su castísima belleza
profanar, ante un soplo del Eterno
se disipó: en su espléndida pureza
se pintó de las almas en lo interno
de los mancebos, y en su ruin vileza
cuantos la imagen de Miriam soñaron
cual celeste visión la recordaron.

III

En alas, no de la pasión liviana
sino de amor respetuoso y casto,
llegóse a demandarla por esposa
la juventud hebrea: los ancianos
ministros del Señor y sus tutores,
la demanda a Miriam participaron,
y la virgen que a Dios se había ofrecido
escuchó sus palabras con espanto.

«Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
podrán unirme conyugales lazos:
de mi virginidad y de mi vida
hice voto al Señor, y quebrantarlo
no osaré.» Los ancianos a tan nueva
revelación de asombro se llenaron,
no comprendiendo un voto que en Judea
era a su parecer voto insensato.

La ley universal de las mujeres
hebreas: la deshonra y el escarnio
de la esterilidad, pues prometían

al pueblo de Israel santos oráculos
que aquel Mesías rey no de otra tribu
que de la tribu de Judá ser vástago
debía: el ser Miriam la más ilustre
doncella de linaje tan preclaro,
imposible en las leyes de su pueblo
hacían de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse a los designios
de Dios, que siglos antes que del caos
brotar hiciera los diversos mundos
que pueblan los abismos del espacio,
por sus fines secretos y recónditos
lo había así en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil
parecía a Miriam un fuego escaso
para su ardiente corazón; mas fueron
sus ruegos y sus lágrimas en vano.
Los severos tutores a sus deudos
a reunión doméstica invitaron,
para elegir para Miriam esposo
digno con ella de partir el tálamo.

—

Había entre los hombres
que de Miriam la mano pretendían,
muchos de ilustres nombres
que de su misma raza descendían;
hebreos poderosos,
que al esplendor de su elevada cuna
unían orgullosos
los timbres de la gloria y la fortuna:
herederos de jefes y magnates,
que volvieron un tiempo, de despojos
cargados, con honor de los combates,
o cubiertos los pechos
de gloriosas heridas;
y que a los propios y extranjeros ojos
eran, por su opulencia o por sus hechos,
las glorias de la patria más queridas.
Hombres, que por su herencia o hechos
[bravos,
poseían palacios esplendentes
y campos florecientes
y vencidos o bárbaros esclavos.

Había agricultores,
de fértiles campiñas y viñedos,
y huertos y olivares
de ganados sin número señores,
y en las riberas del Jordán amenas
eran dueños de mieses y colmenas,
y de tribus enteras de pastores;
y cuyos campos, dehesas y plantíos,
regaban, abundosos
en pescados sabrosos,
turbios arroyos y profundos ríos.

Ricos había osados mercaderes,
que cruzando los mares,
venciendo riesgos, superando azares,
traían de Israel a las mujeres
las turquesas que Irán cría en las faldas
de sus montes y bosques seculares,
de Egipto las costosas esmeraldas,
y las perlas que esmaltan las coronas
de los altivos reyes;
las que entre bosques de coral encierra
en apartadas zonas
el azul golfo Pérsico profundo,
y que el marino audaz, hollando leyes
y buscando la muerte vagabundo,
disputa al fiero mar hasta en sus senos
de raros monstruos y peligros llenos,
para halagar la vanidad del mundo.
Y otros había, en fin, enriquecidos
con los nobles y espléndidos tejidos

dos veces en la púrpura teñidos,
que en aquellas edades
eran orgullo y gloria
y hoy son no más efímera memoria
de Tiro, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
ni entre los en las lides vencedores,
ni entre los de campiñas poseesores,
ni entre los mercaderes opulentos,
ni entre los marineros animosos
que visitan del mundo los confines,
los sacerdotes de Salén, guiados
por el Señor a sus eternos fines,
encontraron aquél que digno era
de aquella Virgen casta y hechicera
del universo mundo soberana,
cuyo sagrado nombre
en las borrascas de la vida humana
más tarde había de invocar el hombre.
Nombre a par del de Dios omnipotente,
que allá en la azul esfera
en su mano eternal apaga el rayo
que ya pronto a partir vibra estridente;
de aquella Virgen cuyo puro aliento,
al despertar la fresca primavera,
el florido tapiz que envuelve a mayo
tiende por la fructífera pradera:
y a cuyo soplo con susurro lento
y amoroso, la ráfaga ligera
en sus tallos meciendo va las flores,
prestando al vago viento
suave son y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores,
el varón elegido
por los sabios ancianos y tutores
de Miriam, el a todos preferido
no fué joven, ni rico, ni gallardo;
ni guerreros o cívicos honores
daban prez a su frente encanecida:
en un oficio laborioso y tardo
las cosas necesarias de la vida
con incesante afán se procuraba:
mas cuanto pobre honrado,
respetado por todos y querido,
de su alta edad desde el albor primero
en su ciudad natal había vivido
y José se llamaba
y era de Nazaret el carpintero.

Esta elección, empero, misteriosa
y para el pueblo todo sorprendente,
hízola el mismo Dios, con milagrosa
disposición, patente
haciendo a los ministros del santuario
su eterna y santa voluntad divina.
Un día de Miriam los pretendientes,
al despuntar la estrella vespertina,
después de alzar al cielo sus fervientes
devotas oraciones,
dentro del templo y cerca del sagrario
secas varas de almendro depusieron,
según de sus mayores
uso fué y tradición que recibieron:
y cuando a la mañana
siguiente juntos al santuario entraron,
verde y cubierta de fragantes flores
la seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linaje,
a quien los más altivos de Judea
tributaban respeto y homenaje,
al ver aquel prodigio portentoso
que apagaba la luz de su esperanza,
rompió su vara en ademán furioso,
y cediendo al impulso de su ira
y ansioso de venganza,

sed que a su alma Satanás le inspira,
atentó de José contra la vida:
mas a tiempo teniéndose por suerte,
del templo se salió, y a la salida
a sí propio intentó darse la muerte.
Empero en el instante
en que al consejo de Luzbel cedía,
vió de Miriam el cándido semblante
en la alta gradería:
y en este mismo instante
aquella aparición, obra del cielo,
devolvió su valor a su alma fuerte;
y volviendo en sí mismo
con los santos discípulos de Elías
se encerró en una gruta del Carmelo,
y vencido Satán volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores
la elección la anunciaron decidida,
y la casta paloma, cuya vida
como raudal de cristalina fuente
se deslizaba mansa y dulcemente,
entre sagrados cánticos y flores;
aquella virginal naturaleza
educada en la fúlgida grandeza
del templo sacrosanto,
se sometió a la vida de quebranto
de ocupación vulgar y rango oscuro
que del pobre artesano en la vivienda
por dilatados años la esperaba;
y de los sacerdotes en presencia,
teñido de rubor el rostro puro
que los rostros angélicos nublaba,
les anunció sumisa su obediencia.

Divina inspiración para consuelo
de su pesar le envió piadoso el cielo:
y entreviendo su espíritu el futuro
alto inefable y celestial destino
en la región del porvenir oscuro,
ante el altar de Jehová postrada
oró con faz tranquila y resignada:
y cual viajero que la selva umbrosa
en noche de borrasca tenebrosa
para seguir aguarda su camino
a ver la luz del astro matutino,
sólo miró en José la protectora
guarda que Jehová daba a su vida
contra la muchedumbre tentadora
de riesgos, seducciones y de engaños
que a la mujer entonces como ahora
cerca falaz en los primeros años.

IV

Días después, en hora en que la luna
atravesando el firmamento azul,
plateaba la tierra con sus rayos
de misteriosa y vacilante luz,

numerosa y alegre comitiva,
cruzando por las calles de Salén,
se acercaba con músicas y antorchas
a la modesta casa de José.

Cedido se la habían sus parientes
para el festín de la función nupcial,
y a casa de su esposo bajo un palio
conducían sus deudos a Miriam.

Animado el semblante venerable
con sonrisa de sincero placer,
la introdujo en la sala de la fiesta
su esposo, y la sentó bajo un dosel.

Allí, conforme al uso establecido
por viejos patriarcas de Judá,
puso José en el dedo de la Virgen
el misterioso anillo nupcial.

Diciéndole: «He aquí que eres mi esposa»,
y cubriendo a Miriam con su taled,
tomó la copa, que cercano deudo
llenó de vino y se la dió a beber.

Gustáronla los dos: arrodilláronse
todos y bendijeron al Señor:
un puñado de trigo derramaron
muestra de la abundancia que da Dios:

y rompiendo la copa un niño, puso
a la solemne ceremonia fin,
pasando los alegres convidados
a la inmediata sala del festín.

Y aquella noche ante su casto lecho
el sencillo José dijo a Miriam:
«Tú serás para mí como mi madre (1):
yo te respetaré como al altar.
Yo hice los mismos votos que tú has hecho,
y ambos los cumpliremos a la par:
así llenamos las terrenas leyes
sin infringir la ley de Jehová.»

Y así su voluntad inexcrutable
llevó a su fin el Dios omnipotente
por oculto camino, impenetrable
a la razón de la mundana gente.
Así llegó a cumplirse el inefable
misterio incomprensible y sorprendente
de que una Virgen Madre concibiera
al que formó la creación entera.

(1) Entre los hebreos era una cosa bastante común estos votos de continencia en el matrimonio. Si un marido decía a su mujer: *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar de los derechos de esposo, y con más razón cuando había hecho intervenir en el voto el altar o el nombre de Jehová, su templo o el sacrificio. Las mujeres también solían hacer estos votos.

V

¡Oh cuánto al corazón es halagüeño,
tras larga ausencia y desde gran distancia,
volver a ver el sitio en que risueño
y en la dichosa paz de la ignorancia
su tiempo vió nuestra feliz infancia!

¿A quién, aunque en alcázares morara
y en merecida esplendidez viviera,
no le fué siempre la memoria cara
del oscuro rincón en que naciera,
y do el albor de su niñez pasara?

Aquel a quien la suerte caprichosa
a la corte llevó desde la aldea,
desde la medianía a la ostentosa
opulencia, en su alcázar se recrea
recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fué a tentar en los azares
de la guerra o del mar a la fortuna
y la alcanzó en las guerras y los mares,
llora al volver a ver en sus hogares
el lugar que ocupó su humilde cuna.

¡Con qué placer, al expirar un día
de otoño melancólico y templado,
a ver volvió la virginal María
a Nazaret de huertos circundado,
donde el albergue paternal tenía!

Al ver aquellos cerros pintorescos,
verdes olmedas y viñedos frescos,
sollozando de gozo se olvidaba
de los ricos tapices y arabescos
de las estancias que en Salén moraba.

El pardo techo de su blanca casa
que cubre el musgo que la lluvia cría,

la puerta hendida por do el aire pasa
ve, a la luz del crepúsculo ya escasa
y a través de sus lágrimas MARÍA.

Y a su niñez tornando el pensamiento,
le recordó desde el primer momento,
porque de culpa original exenta
desde el nacer, sin enseñanza lenta,
claros tuvo razón y entendimiento.

Allí su anciana madre transportada
de gozo, la mecía en sus rodillas:
detrás de aquella puerta escalonada,
creía ver su túnica morada
ribeteadas de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
contemplaba Joaquín con grave aspecto
de la dichosa madre embebecida,
en cuidar de su sueño y de su vida
el tierno afán y maternal afecto.

Todo lo recordó: y arrodillada
sobre el umbral de la mansión paterna,
oró por la memoria venerada
de aquellos de quien vuelve a la morada
por la suprema voluntad eterna.

VI

Paloma fugitiva que vuelves a tu nido,
errante nazarena que vuelves a tu hogar,
por Dios está bendita la cuna en que has
[nacido,
tu casa es el santuario por Jehová elegido,
tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las
[huellas,
el polvo que tú pises el mundo adorará,
tu frente soberana coronarás de estrellas,
y nuestra impura raza, pasando por entre
[ellas,
tras ti al viviente alcázar de Dios ascen-
[derá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol na-
[ciente,
de todo bien origen, de Dios emanación,
hechiza con tu nombre mi canto balbu-
[ciente
para que al mundo inspire cuando tu his-
[toria cuente
la fe con que te adora mi firme corazón.

SEGUNDA PARTE

LIBRO QUINTO

LA VENIDA DEL ÁNGEL

I

Como arroyuelo puro
que al través deslizándose del prado,
protegido del fértil emparrado
por el follaje oscuro,
hasta el bosque vecino
sigue su manso curso, cristalino,
jamás de humanas huellas mancillado,

tal la dulce existencia
se deslizaba de José y MARÍA;
que es fuente inagotable de alegría
la paz de la inocencia:
y los castos esposos

entre el trabajo y la oración dichosos,
miraban transcurrir día tras día.

En su taller mezquino
la voz no oyendo del orgullo vano,
trabajaba aquel místico artesano
sin soñar su destino;
o al bosque sus tesoros
de terebintos, cedros, sicomoros,
disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
a cuyo corazón sobra nobleza,
parte acaso piadoso su riqueza
con el menesteroso:
así el patriarca santo
de los mendigos enjugaba el llanto,
compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
la reina de los cielos elegida,
en grosera labor entretenida,
preparaba gustosa
los humildes manjares,
que al volver el patriarca a sus hogares,
confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
que en lino y oro y seda mil primores
a hacer, en perfectísimas labores,
estaban avezadas,
tosca y humilde estera
tejieron del Jordán en la ribera
de palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
de la sencilla patriarcal morada
a tan altos misterios destinada
cubrió: y aún más violento
trabajo no asustó su fortaleza,
ni marchitó su celestial belleza;
bajo su manto cándido velada,

a la vecina fuente,
con un antiguo cántaro que inclina
bajo su peso la virgínea frente,
el agua cristalina
va a coger, o la túnica azulada
que cubre su persona inmaculada
a lavar en su vívida corriente.

Y al expirar el día,
cuando la filomena su morada
busca bajo la fértil enramada,
colocaba María
sobre una mesa limpia y reluciente
los panes de blancura refulgente,
fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
los lacticinios y la miel hiblea,
al patriarca feliz de Galilea
manjares deliciosos:
y la cena frugal ya preparada
cuando José tornaba a su morada
concluída su tarea:

en el umbral la esposa
le esperaba de pie, y el agua pura,
al fuego ya templada su frescura,
le daba cariñosa;
y él el polvo lavaba
de sus pies, y a la mesa se acercaba,
de amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
a su lado sentábase sencilla,
del mundo y de los tiempos maravilla,
la que es de amor tesoro.

Y el rostro juvenil de gracia lleno
junto formaba al de José, sereno,
un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa
las lentas horas rápidas pasaban,
y los castos esposos se abrasaban
en el amor de Dios: y su afanosa
pobreza enaltecida
con la santa pureza de su vida,
alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
en aquella feliz dulce existencia
de trabajo y de paz y de inocencia;
mas los tiempos llegaron
del Salvador Mesías
que anunciaban las altas profecías,
y en su trono se alzó la omnipotencia.

II

La hora sonó: el Altísimo,
calmado ya su encono
contra el humano, el fúlgido
mirar, desde su trono,
de inmenso amor fecundo,
sobre el terrestre mundo
giró, como relámpago
nuncio de paz y amor;

y entre los siete arcángeles
que a su derecha asisten,
que con las alas cándidas
se cubren y revisten,
a los eternos fuegos
quedar temiendo ciegos,
al que más cerca mírase
así ordenó su voz:

«Corta con vuelo rápido,
Gabriel, el éter puro,
y donde se alza tímido
de Nazaret el muro,
detén la ardua carrera
por la azulada esfera,
y en el humano vórtice
pon el seguro pie.

Allí, en mansión de lúgubre
color, y humilde planta,
que del confuso estrépito
de la ciudad se espanta;
de nadie conocida,
pero de mí elegida,
púdica flor ocúltase
la reina de Israel.

Sé el que feliz anúnciele
mi voluntad divina;
primero en ver la plácida
estrella matutina
que el fausto fin ansiado
del reino del pecado
anuncia al mundo, humíllate
ante su pura faz:

Dile que al fin aplácase
mi cólera severa,
por la soberbia indómita
de la mujer primera;
del mal reparadora
será, e intercesora
entre el humano mísero
y el sumo Jehová.»

Dijo; y el ángel férvido
de las eternas salas
partiendo, al aire nítidas

abre las puras alas;
y al mundo presuroso
dirige el vuelo ansioso,
surco de luz espléndido
dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero,
el rey de los querubes
rompe la capa lóbrega
de las revueltas nubes;
y el rayo diamantino
que marca su camino
es tal, que al verlo, súbito
cegara un serafín.

Moviendo a un tiempo rápidas
las alas de oro y nieve,
deja el inmenso número
de soles muy en breve
detrás, y en la agitada
atmósfera azulada
de nuestro mundo, ciérnese
un punto en Nazaret.

Era aquella hora lánguida
en que el mortal inclina
a su Criador la súplica
piadosa, vespertina;
en que en murmurio suave,
del pez, el bruto, el ave,
del bosque y mar elévanse
mil himnos de placer.

Hora en que al rayo trémulo
del moribundo día,
el alma en ancho piélago
de amor y de armonía
se anega, y sublimada
al cielo, separada
de su prisión corpórea,
se eleva hacia el Señor.

Y en su celeste júbilo
cabe a la suma alteza,
feliz un punto, olvídase
de su mortal flaqueza;
y unida al sacro coro,
al son del arpa de oro,
entona el dulce cántico
de interminable amor.

Mas la inspirada púpila
del ángel que camina
de la inflamada atmósfera
a la ciudad declina:
y dentro al laberinto
que encierra su recinto,
busca la virgen cándida
de sin igual virtud.

Mírala en ruego estático
postrada contra el suelo,
y a la mansión seráfica
dirige el raudo vuelo:
nuncio feliz y santo
del fin de nuestro llanto,
embajador benéfico
de paz y de salud.

III

Penetra en fin en la apartada estancia
de Dios el mensajero,
desparciendo suavísima fragancia
doquier su pie ligero.

Al trascendente olor, la virgen pura
alzó los castos ojos,

temiendo ver en la celdilla oscura
los divinos enojos.

Y vió un mancebo fúlgido que ante ella
inclinando la frente,
en voz cual de amantísima querella,
mas sonora y potente:

«Yo te saludo, dijo, a Ti la llena
de gracia y hermosura;
contigo está el que vibra o encadena
el rayo allá en la altura.

Tú sola eres la Santa y bendecida
de todas las mujeres:
capaz de dar al hombre eterna vida,
Tú sola, Virgen, eres.»

Y María tembló, no comprendiendo
del ángel la voz grave;
mas él en su embajada prosiguiendo
con tono más suave:

«No temas, que has hallado en la pre-
[sencia
de Dios gracia infinita;
sin perder el candor de tu inocencia
serás por él bendita.

Concebirás un hijo en tus entrañas;
Jesús será su nombre:
y en tu tierra será y en las extrañas
salud eterna al hombre.

Grande será, de todos bendecido,
Hijo de Dios llamado;
y será el trono de David, perdido,
por él recuperado.

Sobre la casa de Jacob, fecundo
su reino omnipotente,
cumplidas las edades de este mundo
durará eternamente.»

María, empero, de sorpresa llena,
en su ignorancia pura,
al ángel preguntó con faz serena:
«¿mas cómo tal ventura

puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,
si a Dios me he prometido,
y de virginidad so el puro velo,
varón no he conocido?»

Y el ángel respondió: «Desde el altura,
Aquel tres veces santo
bajará sobre ti; su sombra pura
cual generoso manto

te cubrirá; por esto al santo fruto,
Virgen, que en ti naciere,
pueblos y reyes le darán tributo,
y ¡ay del que no creyere!

Porque creas la nueva soberana
que así te ha sorprendido,
te diré que Isabel, tu prima anciana,
un hijo ha concebido.

Y aunque estéril la juzgan, del preñado
esta es la sexta luna:
no hay imposible al Sumo, al increado
que amor y ciencia aduna.»

Entonces la doncella anonadada,
al nunciador divino
así le contestó, la faz bañada
en rubor purpurino:

«He aquí sumisa del Señor la esclava;
hágase en mí su voluntad divina.»
Y en aquel punto el ángel se elevaba
al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE; de este [mundo
a habitar en la cárcel maldecida,
y rescatar al hombre del profundo,
muriendo para darle eterna vida.

Cumplido ya el misterio incomparable
de la generación maravillosa
de un Dios, en vil materia deleznable,
si bien hecha por él, noble y gloriosa.

Sólo el hombre, en su ciencia envanecido,
no sospechó que estaba tan cercano
el instante feliz y apetecido
del complemento del linaje humano.

Del invierno era el fin (1), la primavera,
derramando raudales de verdura,
al monte, al llano, al bosque y la pradera
revistió con su espléndida hermosura.

Lució del sol más puro el vivo rayo,
y en la flor columpiándose indecisa,
fragante don del prematuro mayo,
con voz más dulce susurró la brisa.

Y de las aves el arpado coro
entonó más armónicas canciones;
y enmudeció del infeliz el lloro
y callaron los turbios aquilones;

mansa mugió la mar, en la ribera
sumisa recostándose adormida;
del bajo mundo a la encumbrada esfera
todo tuvo otro ser y nueva vida.

Y al caer de la tarde, los pastores
los rebaños trayendo a las majadas,
y al volver a su hogar los labradores,
sus rústicas tareas acabadas;

acaso en las orillas deleitosas
confusos se paraban de los ríos,
escuchando armonías misteriosas
que de prados y montes y plantíos,

en la región del aire se elevaban
y sobre ellos un punto se cernían;
y de aquellos prodigios se admiraban
y a sus gentes tal vez los referían.

En tanto que MARÍA, en el estrecho
límite de su estancia, meditaba,
y de santa inquietud turbado el pecho
a obedecer a Dios se preparaba.

LIBRO SEXTO

—

LA VISITACIÓN

I

Era aquella estación de encanto llena,
la estación que los campos engalana,
la que da a cada tallo su capullo
y a cada seco tronco su guirnalda;

y al arroyo su marco de verdura
y murmurio más plácido a sus aguas,

(1) Según varios autores venerables, se cumplió el misterio de la encarnación un viernes por la tarde, día 25 de marzo.

y al día más fulgentes resplandores
y a la noche más sombras y más calma;

Era, en fin, la risueña primavera,
estación del amor afortunada,
en que naturaleza se reviste
de mayor juventud, vigor y gala,

cuando dejando a Nazaret MARÍA,
caminó de Judea a las montañas,
y a la ciudad de Ain, do el sacerdote
Zacarías, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita
de la casta Isabel, aquella anciana,
que, según el celeste paraninfo,
en su extrema vejez fecundizada

por el soplo divino, un gran profeta
alimentaba entonce en sus entrañas;
y anhelaba MARÍA de aquel triunfo
testigo ser de tan ilustres canas.

Circundada de amigos y parientes
salió de Nazaret una mañana,
dejando allí a José, que por entonces
no pudo a su pesar acompañarla.

Penosas y no exentas de peligro
de Nazaret a Ain cinco jornadas
hubo de hacer MARÍA, expuesta siempre
a fatigas y riesgos en su marcha;

que está aquella región por mil torrentes
cortada y asperísimas montañas
y arenosos desiertos, propio asilo
de hombres perversos o de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas
que en posteriores tiempos la romana
industria reparó, se interrumpían
por barrancos o bruscas hondonadas:

piedras resbaladizas al viajero
con caída mortal amenazaban,
o desiguales surcos y hundimientos
que el camello trazara con su planta.

Al caer de la tarde, en un recinto
que con sus tiendas móviles formaban,
deteníase acaso entre temores
y angustias la pequeña caravana,

y una estera de juncos era el lecho,
y una sencilla tienda la morada,
do pasaba la noche temerosa
la Reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino
al término feliz, y sin tardanza
se dirigió a la casa que el levita
con su esposa amadísima habitaba.

E Isabel, que por una de sus siervas
de la ilustre visita fué informada,
a su encuentro acudió, del puro gozo
el rostro lleno que inundaba el alma.

Y la joven entonces, no queriendo
que ella fuera primera en saludarla
«¡la paz del sumo Dios contigo sea!»
la dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, a su cuello
se quiso abalanzar; pero la anciana
súbito un paso atrás retrocediendo
fijó en ella su límpida mirada.

A la expresión de afecto cariñoso
que su franca sonrisa revelaba

pocos momentos antes, un profundo
respeto sucedió: su frente ajada

por el curso del tiempo, tersa y pura
se tornó: sus facciones transformadas
rayos resplandecientes despedían
que de luz el vestíbulo inundaban;

y profético espíritu del cielo
sobre ella descendió, y arrebatada
pronunció, dirigiéndose a MARÍA,
con resonante voz estas palabras:

«¡Salve, tú, bendecida
entre toda terrestre criatura!
¡Salve, corriente pura,
al mortal escondida,
de eterna redención y eterna vida!

¡Bendita tú, y el fruto
de tu vientre purísimo, bendito!
Al túrbido Cocito,
el hombre en llanto y luto,
ya libre, no dará fatal tributo.

¿De dónde la ventura,
de que la madre de mi Dios, piadosa
a mí venga amorosa,
bajando de su altura,
de esta su esclava a la mansión oscura?

Que al llegar a mi oído
su voz, en mis entrañas se ha agitado
de gozo el hijo ansiado.
¡Feliz la que ha creído!
¡El misterio inmortal será cumplido!»

Miriam entonces, plácida, serena,
aunque del Santo Espíritu agitada,
con voz suave de armonía llena
prorrumpió en este cántico inspirada.

II

«¡Gloria, gloria al Señor!... La lengua mía
exclame enajenada;
¡en Dios, que es su salud y su alegría,
el alma transportada!

Que sin ver de su esclava la bajeza
colmóla de bondades;
y admirarán su espléndida grandeza
del mundo las edades.

De corona inmortal ornó mi frente;
¡cubrióme con su manto
aquel temido Ser omnipotente,
el que es tres veces santo!

El que agita del mar y de los vientos
la indómita pujanza;
y vuelve a los furiosos elementos
la paz y la bonanza;

cuya misericordia y cuyos dones
sin límite se extienden,
sobre una y diez y cien generaciones
de los que no le ofenden.

Desplegó el indomable poderío
del brazo prepotente,
y en medio aniquiló al mortal impío
de su furor demente.

Derrocó a los magnates poderosos
del solio enaltecido;
y a los sitios de honor esplendorosos
ensalzó al abatido.

Al pobre enriqueció, y a los hambrientos
colmó de sus favores;
tornándose desnudos, macilentos,
los ricos opresores.

De su misericordia ilimitada,
pompa hizo en su largueza;
y recobró Israel esclavizada
su brío y altiveza:

Según lo que a Abrahán fué prometido
y a nuestros genitores,
y hasta que el fin del mundo haya venido
tendrán sus sucesores.»

III

Treinta soles pasó la Virgen pura
en la región Hetea bendecida,
de Ain a pequeñísima distancia,
en la casta mansión de Zacarías:
allí la nieta de David, dotada
como él también de inteligencia altiva,
en su primer cantar nubló la gloria
del gran progenitor de su familia.

Allí al caer de la apacible tarde,
cuando empieza a alentar la fresca brisa,
miraba acaso el estrellado cielo
de vaporosas nubes intranquilas
cubierto, que a la vista semejaban
diáfanos velos sobre piedras finas;
o del inmenso mar allá a lo lejos
las llanuras sin límites seguía,
ya cuando de sus olas agitadas
del aquilón a las tremendas iras,
en montes de zafir hasta las nubes,
querer llegar osadas parecían;
o ya cuando apacibles, levemente
rizadas por las auras vespertinas,
venían a dormirse en manso curso
sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,
hasta entonce a Miriam desconocidas,
anegaban su ser, aquellas horas
de honda meditación!... ¡Con qué delicia
de la madre común, naturaleza,
contemplaba la pompa y armonía!
Desde el inmenso universal conjunto,
que el mezquino mortal con pasmo admira,
soñando acaso en vanidoso sueño
que sus leyes incógnitas descifra;
y amontonando luego en laborioso
estudio, los sistemas que combina,
cuando el secreto juzga adivinado,
en el punto se ve de su partida;
y una vez y otra vez a soñar vuelve,
y más y más se ofusca y extravía
la orgullosa razón de que se jacta,
que ante un grano de arena se aniquila;
hasta las más pequeñas perfecciones,
hasta las más debilitadas tintas,
que la mano suprema sabia puso
del prado en las postreras florecillas.
Ella amaba los bosques y los campos,
las aguas de las fuentes cristalinas,
las doradas espigas del otoño
y de mayo las flores bendecidas.
Ella, mística flor, en los cantares
del sabio rey llamada; entre las hijas
de los hombres, al lirio comparada,
que crece del zarzal en las espinas,
ella que al mundo fué, cual la paloma
que al arca de Noé llevó la oliva,
señal de salvación en el naufragio,
¡en la muerte señal de eterna vida!

Vecino a la mansión del sacerdote
un extenso jardín cercado había,
do en rica pompa ufanos se ostentaban,
y en fragancia y verdura competían,
los árboles y plantas más hermosas
que produce en su seno Palestina.
Su brillante diadema de esmeralda
sobre todas las otras altecida,
soberbia erguía la feraz palmera,
del dulce fruto ornada, que es delicia
del hombre; allí el naranjo perfumado
de su flor inmortal, se estremecía,
cubriendo el suelo de menudas hojas
de azahar, a la nieve parecidas.
Allí el rojo granado, el sicomoro
de esbelto talle, la copuda encina,
el tamarindo, el abedul reacio,
y el cedro, rey de la floresta umbría;
y el plátano flexible, cuya copa
de verde claro al céfiro mecida,
tan tersa luce al sol y abrillantada,
que a las sedas de Persia diera envidia,
y en fin la pompa y gala y donosura
estaba allí completa y reunida,
con que dotó feraz naturaleza
las fértiles llanuras de la Siria.
En medio, de una fuente saltadora
brotaba la corriente clara y viva,
que desde entonce entre los hombres lleva
el dulcísimo nombre de MARÍA.
Y allí de algunos sauces a la sombra
ambas sentadas, las felices primas
pasar solían las serenas tardes
en plática sabrosa entretenidas.

¡Cuán grave y sazonada y religiosa
aquella dulce plática sería!
Santas las dos, las dos en sexo iguales,
mas en fortuna y en edad distintas:
cual la mujer primera, de este mundo
al nacer a la luz, joven, sencilla,
ignorante del mal, era la una,
al trono más espléndido elegida.
La otra mujer, en años avanzada,
alta en virtud y en experiencia rica,
estimaba en su precio verdadero
los bienes y los males de la vida.
Ambas desde el principio destinadas
a suertes portentosas e inauditas,
la una en su seno, estéril tantos años,
del profeta mayor estaba en cinta;
Miriam, cándido lirio de los valles,
reina de los cantares escogida,
dentro de sí llevaba el germen puro
del sumo Ser, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,
cuando sobre la tierra que dormita
y la tranquila mar, la blanca luna
sus dulces rayos amorosa vibra;
por bajo de una higuera agigantada
o de un parral so la enramada umbría,
con sencillez servíase el banquete
de aquella ilustre patriarcal familia:
el tierno corderillo, alimentado
con la yerba aromática que crían
aquellos altos montes; frescos peces
cogidos de Sidón en las orillas,
y miel silvestre, acaso disputada
al tronco secular de alguna encina;
y en cestas de anchas hojas de palmera
graciosa y diestramente entretejidas,
de Jericó los dátiles sabrosos
que a la mesa del César se servían,
junto con los alfónsigos de Alepo,
los duraznos de Armenia, las sandías
de Egipto, y otras frutas delicadas,
en rica profusión se repartían.

Y el balsámico vino que producen
de la fértil Engaddi las colinas,
en ánforas de piedra conservado
del sumo sacerdote Zacarías;
en vasos de riquísimas labores,
o en copas de topacio y amatistas,
en torno a los alegres convidados,
escanciaban los siervos a porfía.
Circundada de tal magnificencia,
parca empero Miriam, cual la avecilla
que en medio a los racimos del otoño
hace de un solo grano su comida,
de blancos lacticinios y de frutas
se alimentaba, y por final bebía
una taza pequeña de agua pura
en su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegado
para Isabel el venturoso día
de dar la luz al precursor profeta,
fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,
cuando aprestos espléndidos se hacían
a celebrar con la debida pompa
el feliz nacimiento del Bautista,
de aquel mundano, atronador tumulto,
cual paloma asustada huyó María,
y dejando los montes de Judea,
de Nazaret la senda conocida
tomó, después que en su dorada cuna
bendijo y abrazó al moderno Elías.

LIBRO SÉPTIMO

—

LA VIRGEN MADRE

I

De vuelta a Nazaret, la humilde vida
volvió a emprender Miriam acostumbrada,
que pudiera olvidar envanecida
viéndose a tantas glorias ensalzada:
al querer de su esposo sometida,
dulce, activa, prudente, recatada,
la oración, el trabajo y la lectura
toda ocupaban su existencia pura.

Empero, más visibles y patentes
se hacían de su estado las señales,
y amarguísimas dudas y dolientes
recelos, las entrañas paternales
de José desgarraban vehementes;
que aunque ajeno de amores terrenales
su corazón inmenso, en él ardía
místico y puro amor por su María.

Y no ya los rencores que atormentan
los estrechos humanos corazones;
ni las turbias borrascas que alimentan
en el mortal volcánicas pasiones,
que justicia y honor le representan
de un ciego pundonor las sugestiones;
ni el vástago de estirpes soberanas
lloraba aquel ultraje de sus canas.

No; lloraba con llanto inconsolable
del ángel puro la mortal caída;
lloraba con dolor imponderable
su ya perdido amor, su fe perdida:
la dulce paz, el júbilo inefable,
los blandos goces de su santa vida,
perdidos para siempre, lamentaba
y lágrimas amargas derramaba.

Negábase a creer no pocas veces
la vista de sus ojos persuadidos,
y testimonios de comprados jueces
juzgaba el acusar de sus sentidos:
el cáliz del dolor hasta las heces

apurando, con ayes doloridos,
preguntábase a sí, si las señales
que veía no eran sombras infernales.

Mas un día llegó, que ya imposible
la duda fué: los propios habitantes
de Nazaret, del casto e invisible
lazo que había entre ellos ignorantes,
un agudo puñal en el sensible
corazón, con sus plácidos semblantes
y parabienes mil que le ofrecieron,
en su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo
en situación tan triste y tan horrenda?
Según la ley judaica, al ominoso
crimen la muerte sólo daba enmienda,
y de baldón cubríase afrentoso
el varón israelita que en su tienda,
en su hogar, y en su honrosa compañía,
a una mujer adúltera sufría.

¿Cómo al través del tenebroso muro
formado del revuelto torbellino
del duelo amargo y del dudar oscuro,
hallar de salvación algun camino?
En medio al laberinto un rayo puro
José imploraba del fulgor divino;
mas sordo el cielo a su gimiente ruego
negábale la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente
en millares de soles apoyado,
que fundó para sí el Omnipotente,
y está a los mismos ángeles velado,
dirige una mirada complaciente
sobre el esposo triste, el Increado;
y aunque su hondo gemir piadoso escucha,
le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos
fijos los ojos en el noble anciano,
esperan de temor estremecidos
el fin de aquel combate sobrehumano:
y al ver tanto valor, enternecidos,
vueltos a su temido soberano,
del que lucha en favor sumisos oran
y en una voz su omnipotencia imploran.

José, de su Señor abandonado
en la noche sin fin caliginosa
a su propio vigor, mas sustentado
por su alma sublime y valerosa;
de una idea feliz iluminado,
tomó resolución tan generosa,
que si hubiera pasión sobre las nubes
envidiáranla acaso los querubes.

Condenar era justo a la culpable,
repudiándola, al llanto y abandono,
mas era su suplicio inevitable
de sus propios parientes al encono:
quiso, pues, en su amor incomparable,
no sólo perdonarla; el noble trono
darle también que nunca niega el mundo
a la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano
el desprecio y baldón inmerecido
aun de sus propios deudos, el anciano
se preparó a la fuga decidido:
turbia la vista, trémula la mano
trabaja aún en el taller querido,
testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,
hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas
donde le lleva su infeliz destino,
por sendas peligrosas e ignoradas,

irá vagando el pobre peregrino:
leyes, usos, costumbres ignoradas,
¿a quién preguntará por su camino?
¿Acaso algún hogar serále abierto
del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,
un seno amigo, en extranjero suelo;
¿quién habrá que al mendigo solitario
de su perdido amor le dé consuelo?
¿Quién abrirá el asilo funerario
do presto le ha de hundir su desconsuelo?
¿Quién regará con llanto de sus ojos
la tierra en que descansen sus despojos?

Las auras de la patria tan queridas,
sus selvas de azahar embalsamadas,
sus auroras de fuegos encendidas,
sus noches tan serenas y calladas:
las aguas de sus fuentes bendecidas,
sus nubes blanquecinas y azuladas,
los parientes amados, los amigos
que del perdido bien fueron testigos;

y el techo desigual que levantaron
en más felices días sus mayores,
las modestas estancias que habitaron,
recuerdo perenal de sus dolores;
y aquellos toscos muebles que labraron
testigos de su dicha y sus amores,
¡todo, en fin, lo que caro es en la vida,
abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho
en inquieto dormir desahogaba
con hondos ayes el dolor del pecho,
parecióle mirar que iluminaba
una luz celestial el cuarto estrecho,
y un ángel del Señor la derramaba,
el cual con voz suavísima, argentina,
más que el rumor del aura vespertina:

«Hijo del gran David, no acongojado
estés, ni en tales dudas sumergido;
el niño que tus penas ha causado,
en el seno purísimo nacido
de Miriam, del Señor es hijo amado,
y por él será el mundo redimido;
y aunque tiene en el cielo eternos nombres,
Jesús será llamado entre los hombres.»

Dijo y despareció. Del blando sueño
recordando José la gran dulzura,
el rostro antes tristísimo, risueño
se alzó al amanecer del alba pura:
y solícito, amante y halagüeño,
creyendo apenas la inmortal ventura,
con voz llena de encanto y alegría
como a su reina saludó a MARÍA.

II

Como acaso al volver al patrio suelo,
do al través de los mares se encamina,
sobre un altivo escollo el raudo vuelo
detiene la viajera golondrina:
y en el nido fugaz, vecino al cielo,
de donde la extensión del mar domina,
ajena al rebramar del viento airado,
en el antiguo piensa nido amado:

así Miriam ignora del tremendo
rugir de las borrascas de la vida;
pura y sin mancha en medio al torpe estruendo
de la mundana gente corrompida,
notar no pudo aquel martirio horrendo

que, al juzgarla el patriarca envilecida,
rasgó su corazón tan noble y fuerte
con más crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enajenada
en puras e inefables alegrías;
día y noche, confusa y agitada,
escucha misteriosas armonías
que entonan en redor de su morada
en coro las celestes jerarquías,
mientras callan los vientos bramadores
y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo explicar en lenguas terrenales
de senso oscuro y áspero sonido,
la suma de rubores virginales
y de gozo y amor enardecido,
que cuando en sus entrañas maternales
el VERBO del Señor se ha estremecido,
sienten su corazón y su alma pura
llenos de aquella insólita ternura?

¡Amor de madre! amor acá en la tierra
imagen pura del amor divino;
sentimiento clarísimo que encierra
cuanto hermoso del cielo al mundo vino:
iris de paz en la continua guerra
de las pasiones que nos dió el destino,
bálsamo celestial, gozo del alma,
puerto seguro de apacible calma!

¡Divina emanación de un Dios piadoso,
consuelo en los dolores inefable,
amor constante, fino, generoso,
indulgente, benigno, inalterable:
don del Omnipotente el más precioso,
pródigo de perdón para el culpable,
copiosísima fuente clara y pura,
de júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,
de la pobre mortal naturaleza
el lodo vil con su fulgor inflama,
depura y aquilata su impureza:
y en él torrentes de virtud derrama,
y el corazón levanta a tal alteza,
que entonces la mujer, ángel del cielo
parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante
dicha en sacrificar, fortuna y vida,
por ver feliz y del dolor triunfante
la dulce prenda de su amor querida?
¿Qué riesgo a detener será bastante
a quien la misma muerte no intimida?
¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo,
a la que con morir salva a su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa
basta sola a engendrar virtudes tales
y abnegación tan fina y valerosa
en los comunes pechos maternales:
¡cuánto más levantada y poderosa
y fecunda en afectos celestiales,
y abnegación sublime, no sería
en el seno dichoso de MARÍA!

Ella que ama en su hijo al Dios que adora,
al esposo de que anda enamorada;
eterno amor que dentro a su alma mora
desque al vivir del mundo fué creada:
suavísimo recuerdo que atesora
en la región más noble y apartada
del tierno corazón, que Dios le diera,
¡porque en su santo amor se consumiera!

Tierno botón que en el jardín ameno
del aura acariciado fresca y pura,

de viva savia y de perfume lleno,
llega a la perfección de su hermosura;
y sin abrir al roedor veneno
de reptil ponzoñoso o de aura impura
el cáliz virginal de azul y oro,
de su aroma real guarda el tesoro:

Tal el virgíneo pecho de María,
de manchas libre o corporal flaqueza,
puro como la luz del rey del día,
intacta conservaba su entereza;
y el amor maternal que en él ardía,
mayor intensidad, más fortaleza
tuvo y debió tener, que los amores
propios de esta mansión de los dolores.

Virgen de toda culpa inmaculada,
Criatura de Dios mismo elegida,
sobre el mortal caduco sublimada,
sobre el eterno coro enaltecida;
hízola Dios su esposa muy amada,
y entre él y nuestra raza maldecida
ella fué la divina mediadora
del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo
que nació sin la mancha del pecado;
la sola cuyo vientre fué fecundo
sin ser en su pureza amancillado:
misterio santo, altísimo, profundo,
no entendido y empero venerado
por el audaz mortal que impío niega
cuanto no alcanza a ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino
nos llega a iluminar la lumbre pura;
así del sol el rayo diamantino,
sin romper de las aguas la tersura,
penetra en deslumbrante torbellino
tal vez al fondo de la mar oscura,
semejando en sus olas rebramantes
del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre a un tiempo: —Perfumado
capullo y a la vez fragante rosa;
el bien aún de nosotros alejado,
y de aquel bien la posesión dichosa:
la esperanza a la vez y lo esperado;
la anhelante inquietud, la paz sabrosa,
tal el misterio fué que dió fecundo
fruto de vida y libertad al mundo.

BELÉN

III

¿Adónde envanecido
me arrastras, ardoroso pensamiento?
¿Do vuelas, atrevido,
con raudo movimiento,
ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo a escalar te atreves
esa región de tan suprema altura?
¿Cómo en alas tan leves
alcanzar la ventura
de contemplar de Dios la lumbre pura?

Gusanillo ambicioso
del sol, en mariposa convertido,
que al cielo esplendoroso
remontas decidido,
en tan frágiles alas sostenido:

¿Do irás que no te canse
en breve la asperísima subida?
¿Do será que descanse

tu fuerza enflaquecida
en lucha a tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,
esos tus ojos débiles mortales,
que a los solares fuegos
se anublan, los raudales
contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla
al choque más ligero quebrantado,
en cuya mente brilla
un destello emanado
del soberano rey de lo creado.

¿Qué es el mortal en suma?
¡Mezcla de lodo y de fulgor divino!
¡Bomba fugaz de espuma,
que en su raudo camino
hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,
más allá de su ser ansioso mira...
¿Es su esplendor pasado
perdido, el que suspira,
o a más glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,
que su mezquino ser constante agita;
un túrbido mareo,
que sin cesar le incita
y en vórtice sin fin lo precipita.

Y tú, mortal poeta,
de flaca voz y genio limitado;
¿podrás a la alta meta
llegar afortunado,
a tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,
funesto don de la ignorancia humana,
¿aspira tu locura
a ver la soberana
luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente
el vate contra el polvo prosternando
la antes altiva frente,
no orgulloso cantando,
¡las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fe del cielo
en las fulgentes alas sostenido,
¡acaso en raudo vuelo
remonte enardecido
do el sumo resplandor vive escondido!

IV

Las águilas impías
dominaban señoras del romano
sobre naciones cultas y bravías:
el galo y el hispano,
el picto y el indómito germano.

Y el sármata invencible,
en su árido desierto, y el númida
con su corcel terrible,
y el chino, cuya vida
de la lid pasa lejos homicida;

y el elocuente griego,
y el persa en los tejidos afamado;
y el abisinio ciego,
y el copto iluminado
en ciencias tenebrosas iniciado.

Y en fin, desde el Oriente,
cuna del Salvador afortunada,

hasta el rico Occidente;
vecina o apartada,
pobre o rica, desierta o habitada;

región no había alguna
que no rindiese humilde vasallaje
de Roma a la fortuna;
ni viviente linaje,
que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo
de Roma, se humillaba entero el mundo,
¡esclavo de un esclavo!
que Roma, al yugo inmundo
del sensualismo, en crímenes fecundo,

inclinaba la frente
de regiones vastísimas señora:
—La reina prepotente
a quien el mundo implora,
¡al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,
las antiguas virtudes olvidadas,
so el yugo que le oprime,
las leyes conculcadas,
¡las más santas costumbres despreciadas!

—Tributaria Judea,
el trono de David era ocupado
no de familia hebrea;
un extranjero odiado
era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento
del mundo en las edades, de los días
que el fausto nacimiento
del Redentor Mesías
anunciaban las altas profecías,

el César Octaviano
quiso contar la inmensa muchedumbre
esclava del romano;
y de su servidumbre
a aumentar la ominosa pesadumbre,

ordenó que se hiciera
un empadronamiento escrupuloso,
en el cual se inscribiera
con el menesteroso
el altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,
del edicto imperial desapiadado
fieles ejecutores,
al mundo esclavizado
obedecer hicieron lo mandado.

V

Fieles José y María a la costumbre
seguida en Israel desde remotas
edades, de inscribirse por familias
y tribus; la romana ley premiosa
apenas conocida, resolvieron
dirigirse a Belén sin más demora.
Era aquella ciudad patria felice
de David; y José y su casta esposa,
descendientes de aquél, la contemplaban
su nativo país y cuna propia.

Del otoño era el fin.—Torrentes raudos
desde la cima de las altas rocas,
con horrible fragor hasta los valles
llevaban sus corrientes bramadoras:
silbaba el aquilón del norte frío
al través de las ramas ya sin hojas
del cedro y terebinto que en los llanos
se burlan de sus iras destructoras;

y el cielo azul de viajadoras nubes
cubierto, que los astros encapotan,
que se acerca ya el tiempo anuncia al
[hombre
de la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fría
emprendieron la marcha fatigosa
José y Miriam.—La joven cabalgaba
sobre el manso animal, que a las matronas
pobres servía en dilatados viajes
por aquellas comarcas arenosas.
A pie de ella no lejos, caminaba,
vástago ilustre de prosapia heroica,
pensativo el esposo, meditando
en las promesas del Señor gloriosas.
A las cinco jornadas descubrieron,
ceñida de amenísima aureola
de viñas y de olivos inmortales,
la ciudad de los reyes.—Ricas tropas
de jóvenes jinetes, que atrevidos
espolean las yeguas voladoras,
y mujeres ilustres revestidas
de sedas y de púrpuras costosas,
montados en camellos, atraviesan
de Belén por la senda a todas horas;
y al pasar de los pobres peregrinos
al lado, una mirada desdeñosa
acaso les dirigen, ignorando
que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba
edificio de fábrica orgullosa,
cuyas blancas paredes, de aquel marco
de olivos y viñedos que corona
los collados vecinos y montañas,
al sol se destacaban.—Presurosa
dirigió la feliz cabalgadura
a aquel punto José. Mas con zozobra
oyó que ya lugar ninguno había
do descansara su afligida esposa.
Entonce a la ciudad siguió el camino;
mas en vano sus calles tortuosas
en busca recorrió de algún albergue:
todos los belenitas con faz torva
a recibir negáronse al viajero
de apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya extendía
de nubes densas y apiñadas sombras
sobre el altivo monte y la llanura
la noche del descanso protectora:
y José en su aflicción desesperado
de encontrar un asilo, con llorosa
faz, resolvió salir a la campiña,
ya sumergida en las tinieblas hondas.
A la parte del sur y no muy lejos
de la dura ciudad, caliginosa
había una caverna, caro asilo
tal vez en las borrascas bramadoras
de pastores a un tiempo y de ganados.
Allí José y Miriam en fervorosa
oración, juntamente bendijeron
de Dios la omnipotencia previsora.

Y allí, cuando rasgando el negro velo
con que al mundo cubrió la niebla oscura,
señala media noche a nuestro suelo
el astro luminoso en el altura;
sin humano dolor, al rey del cielo
encarnado en terrestre criatura,
dió a la luz la esposa del Señor, María,
llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
mansas las olas de la mar gimieron,
sus fuegos los volcanes apagaron,
los prados de sus flores se vistieron:

las estrellas del cielo se agitaron
y con más viva luz resplandecieron;
y en himnos mil de júbilo, triunfales,
resonaron las arpas celestiales.

VI

Cerca del establo
hay un prado ameno
do muchos pastores,
junto a sus corderos,
pasaban la noche
las iras temiendo
de feroce tigre
o chacal sangriento:
cuando de zozobras
están más ajenos,
he aquí que de pronto
descienden al suelo
de una luz divina
los puros reflejos;
y un joven gallardo,
de la luz en medio,
a quien los zagales
ven de espanto llenos,
con voz más suave
que el blando ceceo
es del hijo caro
al amor materno:

«No temáis, les dijo,
que soy mensajero
de paz y alegría
al vasto Universo.
Hoy mismo ha nacido,
de Belén no lejos,
por decretos altos
quien del mundo es dueño:
y aunque soberano
de tronos e imperios,
da y quita a los hombres
coronas y cetros,
no en sumos palacios
ni alcázares regios
le busquéis: de toscos
pañales cubierto
¡sobre húmeda paja
yace el rey del cielo!
Acudid, pastores;
zagales, id presto:
sed al gran Mesías
en ver los primeros:
no tardéis, dichosos
pastores hebreos,
y en vuestro camino,
más raudos que el viento
llevadle tributos
de amor y respeto:
¡mirad que es nacido
el rey de los cielos!

Y en medio a los aires
un sonoro estruendo
de angélicas voces
contestó a lo lejos:
«Gloria en las alturas
al Señor eterno,
y al hombre sencillo
y de honrado pecho
paz y bienandanza
del mundo en el suelo.»
Y entre blancas nubes
subiendo a los cielos,
más y más remotos
se fueron oyendo
de aquellos cantares
los límpidos ecos.
Cuando de la noche
las brisas gimieron

solas en el prado
y en el bosque ameno,
juntos los pastores,
teniendo consejo,
a Belén dichosa
pasar resolvieron,
sus pobres rebaños
dejando contentos
bajo la custodia
del Pastor supremo,
cuya sombra amiga
cubre a un mismo tiempo
al hombre orgulloso
y al humilde insecto.

Entonces tomaron
algunos modestos
presentes: nevados
corderillos tiernos;
entre verdes hojas
con cuidado envueltos,
requesones blancos
y sabrosos quesos;
leche fresca y pura
en cántaros nuevos;
pieles adobadas,
y en pajizos cestos
los áureos racimos
y frutos diversos
que son del otoño
preciado ornamento.
Y alegres tomaron
el limpio sendero
que recto conduce
de David al pueblo;
mas cuando vecinos
al establo fueron,
por secreto impulso
entráronse dentro:

allí, en cuna humilde
de juncos y helechos,
el rostro cercado
de fúlgido fuego,
al sumo Mesías
reclinado vieron.
Miriam inclinada
cabe el pobre lecho,
extasiada adora
al divino Verbo;
mientras el anciano
de allí no muy lejos,
ante el tierno niño
con hondo respeto
su cabeza cana
inclina hasta el suelo.
Y dos animales,
fieles compañeros
del sabio que huye
del mundano estruendo,
como, si capaces
de luz, muy atentos
mirar parecían
de Dios los misterios;
¡tan pobre y humilde
si leal cortejo
cercaba la cuna
del Rey de los cielos!

Apenas el grupo
los pastores vieron,
puestos de rodillas,
gozosos los pechos,
sus rústicos dones
al Cristo ofrecieron:
y un rayo de luna
pálido y sereno
ilumina el cuadro
con fulgor incierto.

¡Venturoso día!
¡Triunfador momento!
Al débil vagido
del párvulo tierno,
allá en los altares
de sus ricos templos,
los dioses mentidos
del túrbido Erebo
con susto temblaron,
de rabia gimieron,
viendo el fin cercano
de su impuro reino;
en tanto que el mundo
de su dicha ajeno,
tranquilo descansa
en brazos del sueño.

VII

Los sencillos pastores
de Judá, por los ángeles llamados,
a ser de los humanos precursores,
en tributar al gran recién nacido
homenajes de amor, a sus hogares
volvieron asombrados,
el prodigio contando enaltecido
en dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido
el tiempo en que a los hombres otros labios
de más autoridad, noticia dieran
del gran suceso en Betleén cumplido,
Los de sencillas almas han creído,
ahora toca a los reyes y a los sabios.

Siguiendo de una estrella
la marcha caprichosa
al través de la atmósfera azulada,
de Seleucia la bella
capital de los partos afamada,
partió una caravana numerosa:
tres Magos, sapientísimos varones,
de su nación orgullo y altiveza,
de numerosos siervos escoltados,
cabalgando en camellos abrumados
so la alta pesadumbre
de muchos, ricos y preciosos dones,
destinados a aquel que en la pobreza
quiso nacer del mundo, se encaminan
del astro amigo a la esplendente lumbre
a la feliz Belén: a diestra mano
dejan detrás de sí, como declinan
del Eufrates undoso al seco llano
de destrozados mármoles cubierto,
el campo solitario
do en otro tiempo fuera Babilonia.

El viento del desierto
rompe sólo el silencio funerario
de aquella inmensa tumba,
y su alentar que en ecos mil retumba,
con lúgubre ruido
en el campo de muerte despoblado,
semeja a un hondo, fúnebre gemido,
¡de Dios mismo lanzado
sobre los restos del poder pasado!

Delante de los regios caminantes,
tal como la columna luminosa
que a la playa arenosa
del Rojo mar guiara en otros días
las fugitivas turbas palpitantes
del pueblo de Israel; en las sombrías
noches, y cuando el sol en su carrera
de luz inunda la terrestre esfera;
la estrella conductora,
de la dicha del mundo anunciadora,
como mortal viajero, caminando,

ya recta, ya oblicuando
en el campo del cielo esplendoroso,
va en curso caprichoso
su camino a los Magos señalando.

Y cuando del reposo
el hora del viajero apetecida
llega, la clara estrella, suspendida
sobre las tiendas cándidas, parece
que en su lecho de nubes se adormece;
y la aurora venida,
da otra vez la señal de la partida.
Así pasando van por la llanura
tan rica de verdura
de la opulenta Asiria y sus ciudades;
la populosa Arbela,
la altiva Cangamela,
do del gran Macedón al fuerte brío
quedó deshecho el infeliz Darío;
y aquel funesto ejemplo a las edades,
el campo do fué Nínive altanera,
que en inflamada hoguera
del cielo en rojos mares desprendida,
castigo de sus torpes liviandades,
toda quedó en pavesas reducida,
del alto templo a la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura
de la estrella la marcha infatigable,
pisaron la comarca bendecida
de la Mesopotamia: deleitable
región, entre los cauces comprendida
del Eufrates y el Tigris caudalosos;
y luego en los senderos arenosos,
a la lumbre del astro que camina,
entraron de la seca Palestina.

Por fin a la mitad de un claro día,
cuando el sol más fulgente relucía,
las elevadas torres divisaron
de una grande ciudad, cuyas agudas
veletas, en los aires descollaban
sobre las cimas áridas, desnudas,
de las montañas mil que las cercaban.
Y los pechos henchidos de alegría,
«¡Jerusalén! ¡Jerusalén!», gritaron,
y a la Sión terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente
fatigados, llegaron con premura
a apagarla en la linfa transparente
de una cisterna oculta en la verdura
que a la orilla del árido camino
les deparó el destino.
Desalterados ya, la amiga estrella
volviéronse a mirar; mas los cuitados
ni el astro luminoso, ni su huella
pudieron descubrir; desorientados
a la santa Salén se dirigieron:
«Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,
cuna feliz del joven rey Mesías
que anuncian las antiguas profecías.
¿A qué dudar?—Por la primera puerta
que entremos en Salén, las colgaduras
preciadas, las esencias olorosas,
los ramos de palmera entretejidos,
los alegres sonidos
de las arpas hebreas; las ruidosas
danzas, y los triunfales alaridos,
bastante nos dirán, sin duda alguna,
dónde del niño rey yace la cuna.»

Mas al entrar por la ferrada puerta,
de la ciudad famosa,
melancólica, mustia y silenciosa,
cual si de hombres hallárase desierta,
la vieron con espanto. Una espaciosa
calle tomaron, en la cual se vían

de distancia en distancia algunos hombres
que el extranjero séquito miraban
y entre sí recatados departían
o en torno de los sabios se apiñaban.

Entretanto los Magos preguntaban
por el rey inmortal recién nacido:
pero los salemitas se admiraban:
«¿En dónde habéis oído
esa nueva feliz?», les respondían,
y con aire de duda sonreían.
«El que reina en Judá no es el Ungido
del Señor, ni del pueblo el escogido:
es un vil extranjero,
quien del trono a los bárbaros comprado
no tiene por fortuna un heredero.»

Los sabios, con semblantes consternados,
siguieron por la calle populosa
do en más felices días descollaba
con planta majestuosa
de David el palacio celebrado.
De la fábrica antigua esplendorosa
en el recinto ahora destrozado,
levantaron sus tiendas los viajeros
entre espinosas zarzas y entre flores.

Más acaso oficiosos servidores
del rey, fueron ligeros
a contarle de aquellos extranjeros
la venida y sus causas.—Mil temores
asaltaron entonces al tirano.
«¿Acaso un sueño vano
podrá ser de los sabios soñadores?
¿O el verdadero *Schilo* en otros días
por el mismo Jacob vaticinado?»
Entonces de la ley a los doctores
convocó a su palacio sin tardanza.
«*¿En dónde ha de nacer el rey Mesías?*»
les preguntó entre el miedo y la esperanza:
mas ellos no dudaron,
y, «en Belén de Judá», le contestaron.

Herodes, al oírlos, en el pecho
su temor encerrando y su despecho,
a los sabios de Irán llamó en seguida;
y como la serpiente, que escondida
entre las flores del ameno prado,
acaso deja ver el tachonado
cuerpo, mas nunca el arma bipartida
que causa al hombre la mortal herida;
con benévola faz, disimulando
su malvada intención, va preguntando
cuanto ansía saber, y satisfecha
ya su sangrienta saña: «Id en buen hora»,
les dijo a los que libres de sospecha
le escuchan: «a ese niño a quien ya adora
mi pecho, buscaréis con gran cuidado;
y así que su mansión hayáis hallado,
me avisaréis, a fin que el homenaje
le lleve de mi humilde vasallaje.»

Y los Magos partieron,
y presurosos de Sión salieron
por la segura puerta
de Damasco llamada.—En el altura
vieron resplandecer con lumbre pura,
la estrella de sus pasos conductora.

La marcha antes incierta
siguieron por el áspera llanura
de regocijo llenos;
mas cuando más ajenos
de alguna variación, van caminando
del rey profeta a la ciudad, cambiando
de dirección la estrella en su camino,
sobre un establo rústico vecino
entre las blancas nubes descendiendo,

de pronto se detuvo. El portentoso
prodigio los viajeros comprendiendo,
con ademán humilde y respetuoso
de sus cabalgaduras desmontaron
y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido
con riquísinas cintas, desataron,
y el polvo del umbral enaltecido
a las añosas frentes elevaron.
Y al ver el celestial recién nacido,
postrados contra el suelo, le adoraron;
primero en gracia si en amor segundo,
tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos
de preciadas maderas construídos,
sacaron los perfumes olorosos
en los campos del Yemen recogidos
y oro puro; presentes misteriosos,
tesoros y perfumes ofrecidos;
el oro al rey, la mirra al ser humano
y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena
de mundano esplendor que vió María,
cuya primera edad pasó serena
del templo entre la mística armonía:
la otra de pasmos y prodigios llena,
un porvenir le anuncia de agonía,
de tales penas y de angustias tales
que ni decirlas pueden los mortales.

Entretanto los Magos a su tierra
queriéndose volver, se encaminaron
hacia Sión por la elevada sierra;
mas apenas sus torres divisaron,
el paso un ángel del Señor les cierra,
y advertidos por él, atrás tornaron,
para evitar de Herodes implacable
el enojo para ellos formidable.

Del Muerto mar los hálitos huyeron
segun la indicación del ser divino,
y a otro confín sus pasos dirigieron
de más seguro y plácido camino:
y en su rápida fuga prosiguieron
a la lumbre del sol y al vespertino
resplandor, que, curando su fortuna,
blanda les vibra la argentada luna.

LIBRO OCTAVO

—

LA PURIFICACIÓN

I

Subiendo va con trabajo
por una elevada sierra,
reducida caravana
de dos personas compuesta:
mas no son dos; que si osado
las orlas el aire eleva
del cumplido manto oscuro
que reviste a la una de ellas,
tal como acaso la luna
en noche clara y serena
entre blancas nubecillas
asoma la faz risueña:
así entre cándidas tocas
que a los rayos reverbera
del sol, de un hermoso niño
se ve la rubia cabeza.
Mujer es la que en sus brazos
el hermoso niño lleva,
mujer y madre sin duda;
que sólo así la terneza

tener pudiera y cuidado
con que a su seno le estrecha.

Mujer es, y de la vida
parece llegar apenas
al florido umbral, dichoso,
de la humana adolescencia.
Mujer es, y tan hermosa
es la faz que Dios le diera,
que más que mujer humana
parece divina esencia;
y nunca, ni cuando Fidias
halló en la famosa Grecia
vivientes originales
a sus estatuas eternas;
ni cuando allá al primer hombre
en las dichosas riberas
del perdido Edén, llegara
nuestra madre común, Eva;
jamás a mortales ojos
ofreció naturaleza
ni un levísimo trasunto,
ni la más remota idea,
de tan celeste hermosura
en sus obras más perfectas.

Varón es el que delante
va por la escabrosa senda,
y ya toca de la vida
a la estación postrimera.
Vejez lozana es la suya,
pues aunque vivos platean
del sol a los puros rayos
la barba y la cabellera,
en su marcha y apostura
se ve que intactos conserva
el vigor y la energía
que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,
de elevada estirpe regia,
son los que a pie caminando
van a Sión la altanera.
Allá van, de sus mayores
para prestar obediencia
a las leyes que ordenaban
a las mujeres hebreas
purificarse en el templo
después de días cuarenta
del parto, y dar en rescate
una cantidad pequeña,
por la cual libre quedaba
su generación primera.
Que, si bien libre de mancha,
la esposa de Dios excelsa
quiso a la ley sujetarse
de Moisés el gran profeta,
confundiendo entre la turba
de las hembras de su tierra
la sempiterna corona
con que Dios la enalteciera.

II

Apenas los dos esposos
entraron de gozo henchidos
del Salomónico templo
en el sagrado recinto,
contra su seno estrechando
la madre al eterno niño,
y José las dos palomas
llevando del sacrificio,
y los siclos del rescate
por la sacra ley pedidos,
Simeón, un santo anciano,
del espíritu impelido
de Dios, entró presuroso
del templo en el peristilo.

Y al mirar el regio aspecto
de los santos peregrinos,
entre los toscos pañales
del pueblo, al divino Cristo
reconoció; y del regazo
materno tomando al niño,
de lágrimas amorosas
los ojos humedecidos,
exclamó con voz cortada
por sus ardientes suspiros:

«¡Ahora, Señor Dios, venga la muerte,
el anciano la aguarda sin temor,
porque sus ojos vieron al que es fuerte,
al Cristo Salvador!

¡Al que verá la humana muchedumbre
sentado so el espléndido dosel,
a ser del universo eterna lumbre
y gloria de Israel!

¡El que será a millares de millares
salud y libertad y salvación;
y a los que no veneren sus altares
eterna perdición!

¡Objeto santo de perenne culto
será para los puros corazones;
mas de saña feroz y fiero insulto
y afrentas y baldones,

al perverso será, que del pecado
se complace, entre el fétido albañal!
Y de dolor intenso traspasado,
el seno maternal será rasgado
como de un agudísimo puñal.»

Y después de un breve espacio
de silencio entristecido,
a los dos santos esposos
con grave ademán bendijo;
y haciéndoles un saludo
se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante
entró en el sacro recinto
una profética viuda
que en ayunos y silicios
en el templo día y noche
servía al Ser infinito.

Y al ver de Miriam en brazos
el sumo recién nacido,
con llanto de amor gozoso
y en apasionados gritos,
cantó alabanzas y glorias
de Jehovah y de su hijo.

Y así por altos fines,
Belén con sus pastores;
de bárbaros confines
los magos y doctores;
los jóvenes y ancianos,
los fieles y paganos
cantan con alto júbilo
las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora
del despertar del mundo,
donde el Eterno mora
óyese un ¡ay! profundo
de sin igual contento,
¡suavísimo concento,
que entonan los arcángeles
al hijo Salvador!...

III

Del patio postrimer vedado estaba
traspasar a las hembras los umbrales.

y triste allí por tanto se detuvo
del gran rescatador la tierna madre.
El patriarca, de gozo estremecido,
en sus brazos tomando al rubio infante,
a la sala se entró donde ofrecían
el nacido primero a Dios los padres.
Mas dentro del santuario preferido
faltaron profecías y señales
y ojos ningunos vieron el aurora
de aquel sol de justicia fecundante;
que sumidos del vicio en la ceguera
los ministros del templo principales,
dejaban privaciones y virtudes
a los simples levitas; y arrogantes
de las humanas y divinas leyes
reían, y en feroz libertinaje
no como sacerdotes del Eterno
vivían, mas cual pérfidos magnates,
príncipes opresores de los pueblos,
pontífices del oro y las maldades.

Un sacrificador desconocido
recibió de las manos paternales
de José lo prescrito por las leyes,
los argentados siclos y las aves,
sin dirigir ni una mirada sola
al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas
pasó ignorado el vencedor instante
en que un más digno y generoso culto
venía a reemplazar de las edades
anteriores del mundo las creencias,
con doctrinas más puras y durables:
instante en que el antiguo testamento
que en la cumbre del Sinaí a la errante
multitud de Israel dió el Infinito,
sucedía una ley más saludable;
la *buena nueva* al mundo, el evangelio,
que el mismo Dios traía a los mortales:
divina ley, como su autor perfecta,
pura como Él, ¡eterna e inmutable!

Y ni en los de Sión espesos muros,
ni en sus soberbias, populosas calles,
ni en las altivas torres de su templo
adornadas de almenas y baluartes,
ninguna voz se alzó que en son de triunfo
ruidosa al niño rey diera homenaje.
Y al través de la ciega muchedumbre,
muda en su orgullo, en su ignorancia grave,
¡enumeraba ya el divino Cristo
aquellos furibundos criminales
que iban en breve en gritos sediciosos
a clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido
de la ley el precepto, inevitable,
a Nazaret sus pasos dirigieron,
volver a ver ansiando sus hogares.

LIBRO NOVENO

LA HUÍDA A EGIPTO

I

Feliz el hombre cuya vida pasa
dulce y serena en el solar nativo;
feliz aquel mortal que no traspasa
el límite extranjero siempre esquivo.
¡Feliz aquél que en la paterna casa
al frío invierno y al calor estivo,
respira el aura que meció su cuna
hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
los fieros y rudísimos rigores,

cuando a su embate opone un alma fuerte
que defienden los célicos amores
de patria y de familia: ¡y ni la muerte
con su tren de fatídicos terrores,
el corazón espanta enflaquecido
del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la orfandad, ¡con qué ternura
le socorren sus deudos y allegados!
Si del dolor le cerca la amargura,
¡cuán tiernos y solícitos cuidados!
Y en la mayor miseria y desventura,
¿qué dolores no fueran consolados
en pecho de hombre o corazón de niño
con el consejo sabio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable
el hora del morir, ¡con qué consuelo
al expirar el plazo inevitable
se despide el mortal del patrio suelo!
Deja la humana vida deleznable
por la vida inmortal, hija del cielo,
y llanto amigo de dolor retumba
en los callados ecos de su tumba.

Allí incesante el amoroso ruego
le alcanzará el perdón de sus errores;
y allí a despecho del solsticio fuego
y del torvo aquilón, devastadores
del monte y la llanura, al dulce riego
del llanto del amor, ¡cándidas flores
brotarán y aromosas yerbecillas
do a posarse vendrán las avecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
es el duro, tristísimo destino!
De su dolor tan sólo acompañado
por el ignoto y áspero camino,
en el felice tiempo ya pasado,
irá pensando el pobre peregrino,
¡sin mirar ni en remota lontananza
el astro animador de la esperanza!

¿Qué importa que en el monte y la llanura
brille del padre sol el puro rayo,
ni que del prado ameno la verdura
la gala ostente del florido mayo?
Y el murmurar del agua en la espesura,
y de las aves el concierto gayo,
y el rugir de la mar embravecida,
¿qué son al infeliz que va sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada
al dulce clima que nacer la viera,
es a remota orilla transportada
por la mano del hombre dura y fiera,
y allí, lánguida, triste y deshojada,
apenas sombra de lo que antes era,
hacia aquel suelo extraño la mezquina
la mustia copa sin valor inclina;

así el ausente del nativo suelo,
lejos de todo lo que el alma adora,
del destino cruel algún consuelo
a su agudo pesar en vano implora:
muéstrase sordo a su plegaria el cielo,
en vano el triste entre suspiros llora,
y a soledad eterna condenado
llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor a los gemidos,
acude tarde a terminar los males
en que pasan la vida sumergidos
el número mayor de los mortales:
a los que de ella están desprevenidos,
de en medio a los placeres terrenales
impía los arranca, y desatiende
al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida
y al llanto vive eterno aquí en el suelo,
que de sus negros días la medida
prolonga sin cesar airado el cielo:
llama y vuelve a llamar la apetecida
muerte, ya sólo blanco de su anhelo;
mas ella encarnizada no le escucha,
¡y le abandona a su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable
la esposa y el esposo condenados,
una vida de angustia inexplicable
en países remotos e ignorados,
de Dios por el querer inexcrutable,
arrastrarán los santos desterrados,
hasta cumplirse los fijados días
del temporal destierro del Mesías.

II

Vueltos José y Miriam del largo viaje
apenas, a la baja Galilea,
cuando aún las sandalias del camino
conservaban acaso las arenas,
y sus sensibles pechos, no saciados
de mirarse de nuevo en la paterna
ciudad, apenas crédito a los ojos
se atrevían a dar; por la suprema
voluntad del que rige de los hombres
las fortunas, ya prósperas, ya adversas,
a ruta más penosa y dilatada
hubieron de aprestar la planta incierta.

José en los brazos del callado sueño
reparador de sus caídas fuerzas
descansaba en el pobre lecho, humilde,
una noche pacífica y serena;
cuando súbito un alto paraninfo,
enviado de la suma omnipotencia,
cabe al lecho de pie, con argentina
sumisa voz, mas que en el ruego impera:
«Levántate, le dijo, al niño toma,
y a su madre con él; hacia la tierra
de Egipto, presuroso te encamina
y hasta volverme a ver detén la vuelta;
que el fiero Herodes del infante en busca
rugiendo va con intención siniestra.»

De espanto lleno con palabras tales,
el patriarca santísimo despierta,
y a llamar corre a la infeliz María,
que del nuevo infortunio el alma ajena,
el sueño de los ángeles tranquilo
duerme, no lejos de la cuna excelsa
del niño Dios. La cariñosa Madre
miradas de dolor y angustia llenas
dirige al hijo caro, y presurosa
recoge algunas túnicas modestas,
escasas provisiones, y pañales
del niño, al cual en su regazo estrecha;
y precedida del amante esposo,
vertiendo amargas lágrimas, se aleja
de la ciudad natal, adormecida
a la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino
por la difícil tortuosa senda,
turba el dudar sus vacilantes pasos,
hiela el temor la sangre de sus venas.
¿Cómo escapar de Herodes iracundo
a las inicuas tramas encubiertas?
¿Qué valla a detener será bastante
al príncipe feroz en su carrera?
Él, que en las manos con la sangre rojas
de las víctimas mil de su fiereza,
el oro derramando, los furores
de sus viles sicarios recompensa;
¿dónde se detendrá de su venganza

en la cruel, mortífera carrera,
ora que al par defiende de su vida
la púrpura real y la diadema,
cuando simples sospechas castigando,
a tan graves delitos se despeña?

Aún era la estación de invierno frío,
y el cierzo que silbaba en las malezas
cubría de Miriam el rostro puro
con dolorosas y moradas vetas;
mas ella, de sí propia olvidadiza,
cuidados, atenciones y ternezas,
cuanto pueden hacer marchando juntos
del cuerpo y del espíritu las fuerzas,
en torno al hijo de su amor consagra:
Él, monarca del cielo y de la tierra,
a cuyo soplo animador, fecundo,
la creación del caos salió entera;
a cuya voluntad cejan los mares,
y se afirman los polos que sustentan
los infinitos mundos del espacio
para siempre jamás; a cuya inmensa
divina voz, con dos palabras solas
brotó la luz de en medio a las tinieblas:
hora a las duras leyes sometido
de la humana, mortal naturaleza,
en el regazo de la tierna madre
el Cristo salvador de frío tiembla;
¡y del susto, y el hambre y la fatiga
con flébiles vagidos se lamenta!
Y la amorosa madre silenciosa,
cual los despojos fúnebres que encierra
un sepulcro; de miedo tiritando,
más que de frío, de la angosta senda
por las sinuosidades solitarias
sus tímidas miradas encadena;
y al cimbrearse la caña estremecida
al aura de la noche, o de la espesa
enramada al sonar en blando arrullo
de enamorada tórtola una queja;
o si el rumor se escucha en lo lejano
de las secas varillas que se quiebran
al impulso del viento quebrantadas,
o al cauteloso paso de las hienas,
asustada Miriam, a su regazo
con amoroso espanto al niño estrecha,
creyendo ver alzarse ante su vista,
que conturba el temor, la gigantea
figura de un feroz, crudo asesino,
blandiendo airado la segur sangrienta.
En tanto que la luna en curso blando
sigue al través de la azulada esfera,
alumbrando con pura luz, suave,
los cielos y los mares y la tierra.

III

Así días tras días caminando,
huyendo de las sendas pasajeras
y de los pueblos grandes; por las noches
refugiándose acaso en las cavernas;
Amatot ya detrás, se dirigían
a los llanos de Siria, por veredas
estrechas y escabrosas. Una tarde
ya casi oscurecido, de unas peñas
cubiertas ya por las nocturnas sombras,
vieron salir en rápida caterva
numerosos bandidos. El patriarca,
que iba delante, atrás a la indefensa
esposa se volvió, entre cuyos brazos
dormía el niño Dios. Miriam inquieta
se detuvo también; mientra el caudillo
de la salvaje turba, que contempla
el grupo inerme con asombro mudo,
siente que aún hay piedad en su alma fiera:
y bajando la punta de su lanza,
con expresión de cariñosa oferta
tendió a José la mano, un franco asilo

ofreciéndole allá en su fortaleza,
que de una roca en la postrera punta
al nido de las águilas semeja.
José y Miriam gozosos, apreciando
del bandido la rústica franqueza,
le siguieron, y el techo maldecido
fué aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero día,
a pasar los calores de la siesta,
y a la vista de Ramla, hicieron alto,
en un bosque de nópalos e higueras.
Allí sobre un florido entapizado
de narcisos, renúnculos y anémonas,
al de una fuente arrullador murmullo
se adormeció el Señor de cielo y tierra.
Y pasado el calor, de nuevo en marcha
tomaron de Belén la nota senda,
donde encontrar pensaba el santo esposo
un camello, en las áridas arenas
del desierto, animal indispensable.
Miriam y el tierno niño hasta su vuelta
le esperaron, ocultos en las sombras
de una vecina y lóbrega caverna.
Y unidos a mercante caravana,
dejaron los confines de Judea
por fin, burlando así del rey impío
la venganza terrífica y sangrienta.

IV

En tanto no pudiendo de los Magos
averiguar Herodes el camino,
con astucias y pérfidos halagos,
velando de sus iras los amagos,
va mirando el país circunvecino.

Y a todos preguntando cariñoso
va por el niño rey del trono hebreo
que le trae tan inquieto y receloso:
mas burlado creyéndose, furioso,
ruge cual fiero tigre el idumeo.

Y a los torpes satélites inmundos
esclavos que le cercan en su trono,
así ordenó en acentos iracundos:
«Porque ese niño objeto de mi encono
no escape a mis enojos furibundos,

volad hacia Belén la maldecida,
y en ella antes, y luego en cuanto abarca
el extenso confín de su comarca,
¡no escape a vuestra espada enfurecida
ni un solo niño hebreo con la vida!»

Y los crudos malvados asesinos,
del mandato de sangre ejecutores,
en Belén y sus pueblos convecinos,
como devastadores torbellinos
fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron
al filo sin piedad de sus puñales
los niños todos de Judá. Y se oyeron
gritos que el corazón estremecieron
en pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable
lloró Ramá la flor de sus nacidos;
y al oír los maternos alaridos,
un ¡ay! de horror, inmenso, inexplicable,
repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo
surcando van el piélago arenoso
al soplo del *simún* abrasador;
y ambos de amor ardiendo generoso
desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena
aquel cielo de fuego que desploma
sus mortíferos rayos en la arena,
y como al sol la cándida azucena,
se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura
de su regazo oculta cariñosa;
hasta encontrar en la letal llanura,
bajo verde enramada deliciosa,
escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto
en la agonía del soñar despierto,
simula el sol con engañoso halago,
a su sed agua, a su cansancio puerto,
un azulado y transparente lago.

Y cual la rosa de Sarón, levanta
al frescor de la lluvia apetecido
la frente sobre el tallo enardecido:
así alegre Miriam, la tarda planta
del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura
sus frentes y sus bocas abrasadas,
ya tocan del oasis la verdura;
mas ven sólo al llegar, con amargura,
estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,
se detiene la rica caravana
y en sus tiendas aguarda la mañana;
mas sólo el azulado firmamento
cobija a la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados
del diurno sol, al húmedo rocío
nocturno, sienten doloroso frío:
José y Miriam entonces desvelados,
defienden a Jesús del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba
alto clamor de espanto y agonía,
que el aura de la noche conturbaba.
Era que el feroz árabe atacaba
las tiendas: —Blanca de terror, María,

del cuerpo virginal viviente muro
en torno del infante bien amado
hacía, hasta que el riesgo ya pasado,
el escuadrón se pierde allá en lo oscuro,
y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último, tocaron los confines
del país de los sabios Faraones;
y vieron elevarse entre jardines,
sus templos de acerados torreones,
con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas
en el campo azulado de los cielos;
del Nilo las riberas florecidas
y sus ondas de blancos barquichuelos
y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella región afortunada,
por su ciencia y valor tan afamada,
de monumentos y tesoros llena;
¡es a José y Miriam la tierra ajena,
y está muy lejos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso
pasando, a Matarieh se dirigieron;
y allí, tocado el fin del afanoso
camino, aun otra vez en el reposo
y en la paz de los ángeles vivieron.

LIBRO DÉCIMO

LA VUELTA A NAZARET

I

Hora tras hora pesada,
día tras día afanoso,
para Miriam y su esposo
el largo espacio corrió
de siete penosos años,
pasados en la estrecheza
de la más dura pobreza
que el mundo en su seno vió.

Muy luego fué consumido
de los Magos el tesoro,
aquel puñado de oro
que dieron al niño Dios:
y el nieto de regia estirpe
convertido en jornalero,
trabajaba el día entero
con incansable tesón.

Mas a tan ruda fatiga,
el suelo inhospitalario
daba tan corto salario,
que volvió más de una vez
al techo do resignada
Miriam, le aguarda serena,
sin lo bastante a la cena
parca y frugal de los tres.

Y más de una triste noche,
y más de un aciago día,
el Dios infante gemía
por un pedazo de pan.
Y sus lágrimas la madre
recatando al tierno niño,
acaso en voz de cariño
calma su pueril afán.

Mas el venturoso día
se acercaba por momentos
de dar fin a los tormentos
sufridos con tal valor.
Y una noche que tranquilo
José en los brazos del sueño
dormía, ante sí risueño
miró al ángel del Señor.

«Álzate luego, le dijo;
toma al niño y a su madre,
y a la patria de tu padre
marcha con seguro pie:
que los que al niño buscaban
en su saña maldecida
para quitarle la vida,
han muerto ya en Israel.»

Y José al niño tomando
y a Miriam, siguió el camino:
mas a Sión ya vecino,
los cautos pasos torció.
Que Arquelao, hijo de Herodes,
reina tirano en Judea,
y José de Galilea
la nota senda tomó.

¡Cuánto el destierro es amargo!
¡Cuán dulce del patrio suelo
volver a mirar el cielo
que nos cobijó al nacer!
¡Y respirar cuánto es dulce
sus auras embalsamadas,
y de sus fuentes amadas
mirar las aguas correr!

¡Y en el sacro hogar paterno
recordar de nuestra infancia
la feliz, pura ignorancia
que tan fugace pasó!
¡Y las amantes caricias
que nos hizo nuestra madre,
y los consejos que un padre
en su experiencia nos dió!

¡Y los amigos primeros
que en nuestra infancia tuvimos!
¡Y la escuela en que aprendimos
nuestra primera lección...!
¡Santas, queridas memorias
que a pesar de la impía suerte
vivas guarda hasta la muerte
el humano corazón!...

Después de tan larga ausencia,
Miriam y el esposo amado
en su hogar abandonado
van al fin a descansar;
mas roto por varias partes
miran el humilde techo,
y el pobre muro deshecho
deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,
y morenas parietarias,
en las celdas solitarias
crecen frondosas al sol:
y el humilde patiecillo
cubren zarzas espinosas,
y en sus paredes ruinosas,
busca asilo el caracol.

Y en la celda abandonada
do en Miriam inmaculada
se encarnó el divino *Verbo*
para salud del mortal;
como del bosque en las lomas,
se anidan unas palomas,
dichosas allí al abrigo
de la lluvia equinoccial.

Hechos por fin de la choza
los reparos más urgentes,
volvieron los inocentes
días de grato solaz.
Y el ilustre carpintero,
de Jesús mismo ayudado,
de nuevo en su hogar amado
vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
pasaron lunas sesenta,
sin separarse un instante
ni en la visita anual,
que fieles observadores
de la ley de sus mayores,
a Jerusalén hacían
en la época pascual.

EL NIÑO PERDIDO

II

Al aire destrenzada
la blonda cabellera,
la túnica rasgada,
y en llanto de dolor
bañado el rostro puro,
que al sol envidia fuera,
por tu recinto oscuro
va una mujer, Sión.

¿Qué crudo, amargo duelo
lamenta la cuitada?

¿Qué horrible desconsuelo
su pecho laceró?
¿Esposa, vése viuda?
¿O es virgen desposada
que con fiereza cruda
su amante abandonó?

¿O es huérfana que llora
con ayes de agonía,
la sombra protectora
del techo paternal;
en medio al mar del mundo
mirándose sin guía
al soplo tremebundo
del recio vendaval?

Viuda, al caro esposo,
lamenta desdichada;
amante, al cariñoso
objeto de su amor:
y en ayes reprimidos
la madre desolada,
¡buscando entre gemidos
va al hijo que perdió!

Miriam, la Virgen pura,
la madre enaltecida,
la que en la eterna altura
casi es a Dios igual;
de la divina alianza
la prenda bendecida,
la paz y la esperanza
del mísero mortal:

llorosa entonces, mustia
el alma entristecida,
en tan terrible angustia
olvida su virtud...
¿Qué mucho, si se ausenta
el sol que le da vida,
qué mucho, si lamenta
perdido a su Jesús?...

Volviendo a su morada
desde Salén divina,
de gentes circundada
que van a Nazaret;
al ver tras blanco velo
la estrella vespertina,
luciendo ya en el cielo,
cercano a anochecer.

La marcha fatigosa
en rústica posada
detuvo cuidadosa;
que el hijo de su amor
con otros jovenzuelos
sus deudos, la jornada
siguió; y con mil recelos
le tiembla el corazón.

José vendrá sin duda
con ellos; del camino
la marcha larga y ruda
tal vez le fatigó;
mas ya en el patio ondea
su manto blanquecino,
y aun a la luz febea
Jesús no apareció.

Y luego van llegando
los otros uno a uno,
a todos preguntando
Miriam en su inquietud;
mas nadie le responde,
que no le vió ninguno...
—«¿Por qué de mí se esconde
mi gozo, mi salud?»

Ya las nocturnas nieblas
invaden la llanura;
se palpan las tinieblas
del bosque en derredor:
y el campo ilimitado,
y la caverna oscura,
y el aire conturbado,
repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
ni monte ni ladera,
ni precipicio mudo
quedó en aquel confín,
que en eco lamentable
el ¡ay! no repitiera
que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,
apenas respirando
José con su María
de nuevo entró en Sión;
y van de puerta en puerta
del niño preguntando,
la débil planta, incierta,
con miedo el corazón.

Y en vano su recinto
recorren, y es en vano
que en medio al laberinto
pregunten con afán:
y redoblando el lloro,
al templo soberano
en pos de su tesoro
con esperanza van.

Con sencillez vestido
como un vulgar esenio,
el rostro algo teñido
del sol primaveral;
y de sus garzos ojos
de más que humano genio
brotando en rayos rojos
un límpido raudal:

castaños los cabellos
que en ondas bipartidos
de rizos cubren, bellos,
la espalda más gentil;
de ancianos y doctores
que escuchan conmovidos
los tonos vibradores
de aquella voz pueril:

cercado, del gran templo
so el pórtico sagrado
do van a dar ejemplo
los sabios de Israel;
discurre un tierno niño,
y el pueblo arrebatado
exclama en su cariño:
«¿es ángel, o un Daniel?»

«¡Jesús! ¡el hijo mío!»
Clamó una voz suave,
rompiendo del gentío
por el revuelto mar:
voz límpida, argentina,
y al propio tiempo grave,
en que el placer domina
y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,
en cercos de oro y grana,
muestra su rubia frente
la aurora matinal:
sobre la mar dormida
trayendo la mañana,

de luz llenando y vida
sus ondas de cristal:

tal, joven cuanto hermosa,
en lágrimas bañada,
se acerca presurosa
al niño una mujer;
y en voz de gran ternura:
«¿por qué así abandonada,
tan hórrida amargura
me hiciste padecer?»

Y el niño en desabrida
respuesta misteriosa:
«¿Por qué tan afligida,
por qué me buscáis vos?
¿No veis que cumplo, Madre,
mi obligación forzosa,
no veis que de mi padre
me ocupo y de mi Dios?»

A réplica tan dura,
José y Miriam callaron,
que la sentencia oscura
no pueden comprender:
mas luego juntamente
los tres encaminaron
el paso alegremente
de vuelta a Nazaret.

Y allí pasaron días
de gozos celestiales,
de inmensas alegrías
y paz del corazón;
y mientra el niño crece
en días terrenales,
ante su Dios acrece
en gracia y perfección.

MUERTE DE JOSÉ

III

Como en medio a la calma más profunda
suena acaso del trueno el estampido,
en pos de algún relámpago temido
que de rojo fulgor la tierra inunda:
así en la santa paz que le circunda,
José por la vejez enflaquecido,
llegar miró el instante apetecido
del justo. Con mirada moribunda
ve a Jesús y a Miriam que en triste lloro
cercan su lecho, y al momento expira.
Jamás terrestre rey, igual decoro
en torno tuvo a su funérea pira:
lloró Miriam, y del sencillo duelo
al frente, ¡triste marcha el Rey del cielo!

LIBRO UNDÉCIMO

PREDICACIÓN DEL EVANGELIO

I

Sonó por fin la afortunada hora
en el reló del tiempo no cansado
jamás. ¡Lució por fin la limpia aurora,
el momento anhelado,
que había en sus designios señalado
el Hacedor profundo
de eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo
con sus groseros símbolos y altares
se hundiera para siempre en el abismo;
y que en tierras y mares
fundara indestructibles sus sillares,

del mismo Dios en nombre,
aquella religión, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
vacilan los imperios conmovidos;
los prepotentes cetros respetados,
los tronos carcomidos,
caen en menudo polvo convertidos;
y ya el antiguo culto
es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
abandonan sus antros sepulcrales,
y no manchan sus bóvedas tranquilas
conjuros infernales.
Sacerdotes, augures y vestales
no dan torcido ejemplo
bajo los arcos del impuro templo.

Y agitación oculta y misteriosa
hierve en el corazón de los humanos;
volcán que so la mole ponderosa
de montes soberanos,
de la tierra en los cóncavos arcanos
a su pesar sumido,
anuncia su poder con su rugido.

Deplómanse a la vez cultos y leyes,
ruedan confusos pueblos y naciones,
sacerdotes y símbolos y reyes:
—¿Qué inspirados varones,
qué fuertes e impertérritas legiones,
vendrán del mundo muerto
a repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,
de Nazaret, brotó en raudal escaso
un arroyo entre zarzas escondido;
mas que ha de abrirse paso
en breve del Oriente hasta el Ocaso,
al Norte y Mediodía,
llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
apenas a la sed de un pajarillo
bastante: luz que trémula fulgura
de débil lucerillo;
y en breve, mar de luz, ¡a cuyo brillo
esplenden en lo oscuro
lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso
que presenció del hijo de MARÍA
el lento padecer y la agonía,
fué el signo esplendoroso,
lábaro de un imperio poderoso,
al aire tremolado,
do el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fe cristiana,
de eterna vida manantial fecundo,
de donde todo bien copioso mana:
del poder sin segundo
la *buena nueva* prometida al mundo:
y aquella voz divina
dijo al muerto: «¡Levántate y camina!

Y el cadáver se alzó: galvanizada
se irguió la conmovida muchedumbre:
respiró la mujer emancipada:
de abyecta servidumbre,
ya al hombre no oprimió la pesadumbre;
¡y ante su Dios iguales
se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro
suspendido en mitad del firmamento,
al ciego luz, al desvalido amparo:

y el magnate opulento,
y el tirano en sus iras turbulento,
en su maldad temblaron
¡y ante el poder eterno se humillaron!

II

Llegó para Miriam el triste día
de larga ausencia y despedida amarga;
Jesús, el hijo de su amor querido,
salió de Nazaret una mañana,
el paso dirigiendo a las riberas
que del Jordán las amarillas aguas
riegan, y adonde entonces el Bautista
con su misión cumpliendo bautizaba.
La vida de Jesús, no ya secreta,
mas pública va a ser: de la morada
materna se despide, pobre, solo,
en situación humilde, y sin más armas
que su valor, paciencia y mansedumbre.
Con tan débiles fuerzas se prepara
costumbres a atacar, usos y leyes,
a lidiar contra pueblos y monarcas,
y vencerá en la lucha, que su brío
del mismo seno del Señor emana;
¡mas cubrirá el laurel de la victoria,
del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia
rasgaron de Miriam crudos al alma!
¡Ella que ve lanzarse al generoso
joven, de aquella mar tan agitada
en las revueltas, encrespadas olas,
donde tantos profetas naufragaran!
El insensato orgullo, el fanatismo
torvo; la hueste toda sanguinaria
de las malas pasiones, solo, inerme,
va el *Justo* a combatir: —La gente prava
que domina en la torpe sinagoga;
del fariseo hipócrita las tramas,
su feroz ambición, su cruda envidia,
su innoble miedo, su intención bastarda;
¡y del rey de linaje advenedizo
la cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heroica estirpe
que dió a Judá tan célebres monarcas,
vástago indigno, no; en el noble pecho
un corazón impávido alentaba;
mas recuerda las santas profecías,
los anuncios mesiánicos, y el alma
mira ante sí con lúgubres colores
un cuadro aterrador que la amenaza;
por eso al despedirse el hijo caro,
bañado el rostro de copiosas lágrimas,
roto su corazón dentro del seno,
y anudada la voz en la garganta:
cuando el débil rumor ya no percibe
de los pasos de aquel que tanto ama,
cubrióse con su velo, y pensativa,
muda como el dolor, enajenada
quedó, pensando en los pasados días
de ventura y de paz; memoria amarga
de la dicha que fué; ¡presagio triste
del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan días tras días; perezosas,
noches eternas que jamás acaban
a la inquietud materna, y a su asilo
aún no vuelve Jesús. Noticias vagas
anuncian a Miriam que el hijo suyo
ha entrado en las estériles montañas
a Jericó vecinas. El cordero
sin duda al acercarse a la elevada
obra de redención, el trato esquiva
de la turba mortal; y en la plegaria,
y en la meditación, y en el ayuno,
a la lucha tremenda se prepara.

¡Ay! ¡cuánto de temor y pena ruda
desgarran de María las entrañas!
Si acaso de la noche en las tinieblas
suena la ronca voz de las borrascas,
¡qué horrible padecer! ¿Bajo qué abrigo
guarecerá la frente delicada
el amado Jesús? ¿Qué luz piadosa
amiga alumbrará su débil planta,
al borde de los hondos precipicios
donde sólo anidar pueden las águilas?

Así cuarenta soles, que centurias
parecen a la madre acongojada,
pasaron; mas al fin volvió el Mesías,
y de nuevo a Miriam tornó la calma.

LAS BODAS DE CANÁ

III

Entonces en Caná de Galilea
un consorcio feliz se celebró,
y juntos fueron hacia aquella aldea
María y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos
eran, y de la estirpe de Judá,
y a su hijo y a ella, cariñosos,
enviaron un convite muy cordial.

Y había muchas gentes y era escasa
de los recién casados la fortuna,
y en manjares y vinos pobre tasa
había, por demás inoportuna.

Y como a la mitad de la comida
el vino se apuró, Miriam atenta
observó la mirada entristecida
del esposo a la esposa que se ausenta.

Y en voz baja a Jesús, que a su derecha
está, le dice así: «No tienen vino»,
y él, al oír la voz con que le estrecha:
«¡Aún no he llegado al fin de mi camino!»

responde; mas Miriam, que a sus pa-
[rientes
quiere evitar humillación tan dura,
no desespera aún, y a los sirvientes
con voz de acabadísima dulzura,

así les dijo: «Haced cuanto él os diga».
Había para hacer las oblaciones
a que la antigua ley al hombre obliga,
seis ánforas (1) de grandes dimensiones

allí. Mandó Jesús a los sirvientes
que a una vecina fuente las llevaran,
y de sus aguas puras, transparentes,
hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso
vino trocóse el agua en el instante,
y a tal prodigio se asombró el esposo
y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera
que mirase brotar el milagroso
poder, que en tan efímera carrera
iba a ostentar el Nuncio poderoso.

Y todos los presentes se admiraron,
y su inmenso poder reconocieron,
y sus menores signos acataron,
y su misericordia enaltecieron.

IV

Aquel milagro de Caná, seguido
en breve de un millón,

(1) Evangelio de San Juan, cap. 2.

señaló que ya el tiempo era venido
del fin de su misión.

A su voz las tormentas se aplacaban,
los demonios huían,
las dolencias del cuerpo se aliviaban,
los muertos revivían.

Doquiera que en aquel dichoso suelo
su planta descansaba,
cesaba el llanto, enmudecía el duelo
y el odio se calmaba.

Y venían a él desde Judea,
de Tiro y de Sidón,
de la remota Arabia y de Idumea
en rauda confusión.

Y al que con fe profunda, enardecida,
llegaba hasta su pie;
eterna fuente de salud y vida,
vida y salud da él.

Ven de nuevo del sol la lumbre pura
los ciegos afligidos,
y cruzan la montaña y la llanura
los pobres impedidos.

Cura al leporoso, al pecador convierte,
la adúltera perdona,
y arranca de los brazos de la muerte
al niño y la matrona.

«¿Quién es éste, clamaba el fariseo,
que va contra le ley?»
«¿Quién, temblando de susto el idumeo,
éste que aclaman rey?»

«¿Quién es el que aconseja al ultrajado
generoso perdón?
¿Quién es el que combate denodado
la usura y concusión?»

Y así como en la oscura madriguera
por hombres acosada,
se prepara a lidiar la brava fiera
cabe a su prole amada,

el escriba avariento, sobre el oro
al pobre arrebatado,
se apercibe a la lid por el tesoro
a precio tal comprado.

Y el fariseo hipócrita, temiendo
la lid, astuto infama
a Jesús, y en lo oscuro va tendiendo
su tenebrosa trama.

Y el audaz saduceo, que la vida
del alma torpe niega,
a la múltiple hueste maldecida
iracundo se agrega.

Así, sus mutuos odios deponiendo
se adunan los traidores,
torpe amistad, bastardo amor fingiendo,
en pro de sus rencores.

Y el volcán de sus iras contenido
rugía en lo lejano,
como acaso escuchamos el bramido
del remoto Oceano.

Mas al rumor creciente, de MARÍA
temblaba el corazón,
y miraba acercarse la agonía
con triste previsión.

Y siguiendo por montes y laderas
al hijo con afán,

llegó con él un día a las riberas
que fecunda el Jordán.

Y por él fué allí mismo bautizada,
y siguió decidida,
y abandonó su vida acostumbrada
por otra nueva vida.

Y mujeres seguíanla y varones,
discípulos fervientes
de Jesús, de amorosos corazones
y espíritus valientes.

ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALÉN

V

¿Qué júbilo inmenso resuena,
Sión, en tu vasto confín?
¿Qué gozo inefable enajena,
Salén, tu recinto feliz?
¿Dó van tus resueltos varones
cantando triunfales canciones?
¿Por qué suena el laúd?

¿Qué triunfo electriza sus almas?
¿Acaso el romano cayó?
¿Por qué se despojan las palmas
del manto que el cielo les dió?
¿Por qué tu llanura arenosa
reviste esa capa frondosa?
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
los niños en coro pueril,
repiten en cántigas bellas
pulsando del padre David
el arpa de voces tan puras:
«¡Hosanna en las alturas!
¡Bendito el enviado de Dios!

¿Quién es el monarca temido,
que llega a tus puertas, Salén?
¿Quién es ese rey tan querido?
¿De Dios el enviado, quién es?
De inmensa legión circundado,
en carro de triunfo adornado,
¿llega el conquistador?

Sión, tu monarca divino
no viene en un carro triunfal;
ni acero feroz, damasquino
empuña su mano real:
ni en pompa homicida de guerra
le anuncian por rey de la tierra
el fausto y el poder.

En manso animal cabalgando
se acerca del mundo el Señor,
a diestra y siniestra lanzando
benignas miradas de amor.
Por armas la palma y la oliva,
por premio la fe siempre viva,
¡eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,
las madres que acata Israel,
y ancianos y tiernos garzones
confusos en raudo tropel;
y esposas y vírgenes puras:
«¡Hosanna en las alturas,
exclaman, al sumo Señor!»

Y el santo, amoroso concento
que suena en el vasto confín,
llevado en las alas del viento,

llegó cual la voz del clarín,
Sión, a tus calles oscuras,
«¡Hosanna en las alturas,
clamando, al supremo Señor!»

Y el eco del muro callado
y el agua que corre a su pie;
del templo el recinto sagrado
y el viento que gime al través:
y el ruiseñor que en la enramada trina,
y el aura embalsamada matutina,
en puro acento de perenne amor,
clamando van en montes y llanuras:
«¡Hosanna en las alturas,
al que viene en el nombre del Señor!»

LIBRO DUODÉCIMO

MARÍA EN EL CALVARIO

I

Aun no estaba marchito el verde manto
que de *Betania* revistió el camino,
cuando ardiendo Sión en gozo santo
el Cristo a saludar rápida vino;
aun repiten gozosos aquel canto
los ecos del país circunvecino,
y las auras turbadas se estremecen
y aun tibias de sus hálitos parecen;

cuando una voz inmensa, conturbando
los ámbitos del monte y la llanura,
a amigos y contrarios va llenando
de pasmo y de alegría y de pavura:
aquel acento horrísono y nefando,
envuelto en la traición y la impostura,
caro a muchos y a pocos detestable,
anuncia que se ha preso a un gran culpable.

Y en torno a los magnates opresores,
y a los que favorece la fortuna,
viles escribas, pérfidos doctores,
que ahora en torpe alianza el vicio aduna;
del gran templo en los arcos exteriores
se arremolina el pueblo, e importuna
una vez y otra vez al fariseo
por el nombre y los crímenes del reo.

—¿Es ladrón, o falsario u homicida
aquel gran criminal? ¿Su orgullo insano
intentó quebrantar en lid reñida
la suma prepotencia del romano?
¿Escándalo del mundo, el parricida
en sangre paternal bañó su mano;
o en las sagradas bóvedas del templo
dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso a la ley pagó el tributo
que se debe a los reyes de la tierra;
jamás dió su palabra amargo fruto
de infausta división, ni cruda guerra:
la cólera, el rencor, el llanto, el luto,
cuanto mal y dolor el mundo encierra,
huyen al resonar su blando acento,
cual leve arista que arrebata el viento.

Lejos de hacer brotar de ajenos ojos
lágrimas de amargura, amante llora
sobre las penas, lágrimas y enojos
que la vida mortal en sí atesora:
lejos de complacerse en los despojos,
en la humildad y en la pobreza mora;
da vista al que jamás el sol mirara,
cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura
la blanda, salutífera doctrina,
su voz suave de la letra oscura
los profundos arcanos ilumina:
a los de fe más débil asegura,
a los que van a ciegas encamina,
y a do su vista o su palabra alcanza
¡vuelven vida y amor, fe y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores
tiene el profeta crímenes bastantes:
Él, de la ley los llama torcedores;
Él, del templo arrojó a los traficantes:
y a saciar su venganza y sus rencores,
con ronca voz y labios espumantes,
costumbres violan y traspasan leyes,
y pisan los derechos de sus reyes.

De una traición doméstica, comprada
con oro vil, se valen los villanos,
y a poner en la víctima sagrada
van iracundos las inicuas manos.
Velando su impostura refinada
a varones y vírgenes y ancianos
de Israel, con ayunos y con preces,
del Justo se preparan a ser jueces.

Jamás el mundo vió víctima alguna
del odio y el rencor de los mortales,
sufrir tantas afrentas una a una,
tantos dolores, ni tormentas tales:
jamás tan negro fin de su fortuna
vieron los más odiosos criminales,
ni para ajar tan límpida pureza
adunada se vió mayor vileza.

Como a un esclavo vil, por más afrenta
arráncanle sus sacras vestiduras,
y el acerado azote se ensangrienta
en las perfectas formas, cuanto puras;
la ira se dobla y el rencor aumenta,
como doblando van las amarguras
del justo, en los verdugos carniceros,
¡espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana
que fuerte acosa el cazador ardido,
cobarde lucha, y por huir se afana
al antro oscuro do hasta allí ha vivido:
mas si mira teñida en roja grana
de su contrario el pecho, hondo rugido
exhala de placer, y su ardimiento
redobla al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona
de duras y agudísimas espinas,
y la sangre brotando se amontona
sobre las sienes del Señor divinas:
un pedazo de caña le pregona
por rey, y rotas fajas purpurinas,
harapos en el suelo abandonados,
cual manto regio danle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones
entre mofas y risas le saludan,
mientras que los satánicos sayones
cansados de azotarle se remudan:
mas las bellas, purísimas facciones
ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,
y al mirarlos sonríe tristemente,
compadeciendo su furor demente.

La saña a desarmar y el odio fiero
de aquella encarnizada muchedumbre,
en vano el pacientísimo cordero
opone su piedad y mansedumbre:
Él, que bajó a librar al mundo entero
de la más ominosa servidumbre,

ora se ve azotado, escarnecido
del pueblo que en su amor ha preferido.

II

El odio ya saciado
del escriba y del torpe fariseo,
cuando bastante juzgan degradado
al inmortal profeta galileo,
ante la masa estúpida
del pueblo, a consumar el sacrificio
vuelan, que llega el sábado,
y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga
de una pesada cruz los flacos hombros
agobian de Jesús: penosa y larga
y llena de ruinas y de escombros,
es del calvario lúgubre
la triste, funestísima carrera;
mas viendo que la víctima
vacila, su rencor más se exaspera:

y con el asta dura
de las cobardes lanzas le atropellan,
y si cae el lastimado por ventura,
sin piedad le maltratan y le huellan
turba feroz, sacrílega,
de execrables verdugos que se ensañan
contra del Justo, y réprobos
en sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada
llega acaso confusa a nuestro oído,
la voz de la tormenta desatada
que sopla sobre el mar embravecido;
y con el susto trémulos,
aunque remotos del horrendo amago,
dudamos si es más próximo,
y en tierra o viento o mar el fiero estrago,

así en la muchedumbre
que en calles, plazas, techos, miradores,
de la ciudad a la maldita cumbre,
se ve de mil y mil espectadores:
en rudos sones mézclanse
anatemas y gritos de alegría,
cantos de triunfo lúgubres
y ayes de compasión y de agonía.

Allí ván confundidos
con los que de sus males ha sanado,
los que en su contra están enfurecidos;
el aborrecedor junto al amado:
empero, son estériles
de amor y de piedad las emociones,
calladas son las lágrimas,
ruidosas las impías maldiciones.

Cobarde le ha negado
aquel ingrato apóstol más querido;
uno sólo de entre ellos ha quedado,
los demás todos juntos han huido;
no hay una voz intrépida
que acuse la impostura y la malicia,
¡ni un corazón magnánimo
que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada
calle, que a la ominosa puerta guía
Judiciaria, en mal hora así llamada,
sigue la plebe indómita y bravía:
y en medio el Justo, cárdeno
el rostro, y el mirar desfallecido,
sigue con planta trémula
a la cumbre del monte maldecido.

Y he aquí, que una matrona
a la mitad de la fatal carrera,
por do más el gentío se amontona

penetró: su mirada lastimera
no las amargas lágrimas
empañan del dolor: de tal quebranto
en los tormentos hórridos,
¡poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras dolorida,
como un sepulcro helada y silenciosa,
se va acercando a aquel a quien dió vida,
tus mujeres, Salén, en voz piadosa
bajo sus velos cándidos:
«¡POBRE MADRE!» entre lloros exclamaban,
mientras las haces túrbidas
del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros
que al hijo de su amor torvos circundan,
aquellos despiadados extranjeros,
que en la crueldad su orgullo innoble fun-
[dan;
ya de las lanzas férreas
con las terribles puntas la rechazan
y con insultos bárbaros
y palabras de muerte la amenazan.

Entonces de sus ojos
con el pesar intenso amortecidos,
y del llanto anterior, hinchados, rojos,
rayos de luz brotaron, despedidos
como vivos relámpagos,
ante los cuales cejan los soldados,
a los fulgores vívidos,
si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, MARÍA,
a Jesús dirigió la incierta planta,
y al contemplar su angustia y su agonía,
de no morir la mísera se espanta.
Sudor a mares, gélido
brota copioso de la augusta frente
al horrendo espectáculo
del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,
ni una lágrima sola, los dolores
del corazón revelan, dolorido,
de la que es manantial de los amores.
Jesús, en tanto, mírala
a dos pasos de sí, y en blando acento:
«¡Madre!», su voz exánime
clamó y «¡Madre!», repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre
que tanto amor y gozo tanto encierra
al combatido corazón del hombre
en su paso fugaz sobre la tierra;
dando un gemido fúnebre
del fondo de su alma desgarrada,
¡cayó la Madre mísera
sobre las duras losas desmayada!

Y un joven galileo
de bello rostro y de mirar sombrío,
y una joven mujer, del suelo hebreo
fragante flor; por medio del gentío
cruzan con paso rápido
hasta do está la Virgen dolorida,
y con amor solícito
le vuelven a la vez, dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,
de Jesús los discípulos amados,
que a arrancar a Miriam de aquella escena
en su indecible amor van adunados.
Mas su amorosa súplica
no oye la Madre, y bajo un sol ardiente,
del ominoso Gólgota
prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo
que está por altos juicios destinado
la muerte a presenciar del Dios del cielo,
para aplacar al mismo Dios airado.
Al ara ya la víctima
se acerca del más grande sacrificio,
¡y tierra y cielo atónitos
se preparan al hórrido suplicio!

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

III

Allí la homicida turba
como una sierpe gigante
sobre sí misma furiosa
se arremolina, y combate
por contemplar del profeta
el suplicio miserable.
¿Y do está Miriam entonces?
—¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente
en medio a dos criminales:
mira tres cruces tendidas
sobre la tierra culpable,
y hombres de rostros crueles
que abren los hoyos fatales.
—¿Mas dónde está el hijo suyo?
—¡Pobre Madre!

Al fin pareció; ¡mas cielo!
¡Qué vista tan lamentable!
—¡Sin un harapo siquiera
sobre sus desnudas carnes,
de cuyas hondas heridas
brota a torrentes la sangre!
¡Él tan honesto y tan puro!
—¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos
con ciega furia arrastrándole
de la cumbre maldecida
al sitio más culminante,
expusiéronle a la mofa
de aquella turba salvaje.
¡Qué horrendo cuadro a la vista
de una Madre!

Tienden al JUSTO en seguida
sobre la cruz infamante,
lecho de honor que los hombres
de su amor en premio danle:
¡oh ingratitud!, ¡oh demencia!,
¡oh ceguedad lamentable!
¿Dónde está entonces MARÍA?
—¡Pobre Madre!

A una cercana caverna
Magdalena y Juan amantes
la arrastran: sordo murmullo,
tal cual la voz de los mares,
o de borrascas remotas
al rebramar semejante,
¡llega tremendo al oído
de la Madre!

De vez en cuando confusos
elevábanse en los aires
rechiflas y maldiciones,
risotadas espantables
y denuestos furibundos
de aquel pueblo de chacales...
¡Y la infelice los oye!
—¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo
reina por breves instantes:
¿Acaso le compadecen?

¿O alguna nueva barbarie
de la feroz muchedumbre
calma el furor anhelante?
—¡Piedad del tigre no esperes,
pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,
como de golpe que cae
a un tiempo sobre maderas
y despedazadas carnes,
óyese un sordo ruido
allá en la cumbre distante,
y otro después, y otro luego:
—¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida
cual la azucena del valle,
tiembla Miriam convulsiva,
como si agudos clavasen
en su pecho los sayones
sus damasquinos puñales.
¡Y vive, empero, y escucha!
—¡Pobre Madre!

¡Jamás confesor alguno,
jamás valeroso mártir,
en fiero potro extendidos
sufrieron tormentos tales!
¡Y empero de sus dolores
aun va al suplicio a aumentarse!
¡Flaca mujer, infelice!
—¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce
de maderas y cordajes
se percibe, y lentamente
se alza la cruz en los aires:
¡y en ella al Hijo del hombre
cual vencedor estandarte
contempla atónito el mundo!
—¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto Occidente
el desgarrado semblante,
promete a aquellas regiones
que por tan largas edades
aguardan la luz, fecundos
sus generosos raudales.
¿Y do está entonces MARÍA?
—¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo
alzó con voz formidable
un prolongado rugido
de feroce triunfo. «¡Salve,
le gritan, rey poderoso!
Si eres hijo de Dios, ¡baje
tu poder desde esa altura
do ora yace!»

Y a su izquierda un foragido
de otra negra cruz colgante,
de su penosa agonía
en los postrimeros vales,
aún le maldice sañudo;
y Él, con palabras amantes,
así exclama: «¡Padre mío,
perdonadles!»

Mas el momentáneo asilo
deja Miriam, y sin ayes
ni lágrimas, ni sollozos,
pocos a dolor tan grave,
hacia el lugar del suplicio
va con planta vacilante,
como el mármol blanca y fría...
—¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio
a pocos pasos distantes,
los furibundos sayones
tigres sedientos de sangre,
la vestidura inconsútil
por suerte entre sí reparten.
Y Ella contempla el despojo...
—¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvía
del horror insoportable,
hacia el cielo, y la mirada
del Dios moribundo, cae
desgarrando una por una
sus entrañas maternales.
¡Por fin llegada es la hora!
—¡Pobre Madre!

En los anales del mundo
el hora más memorable.
Vencida en ella es la muerte,
vencidos los infernales
espíritus, y aún la suma
justicia, ¡aquel satisface
sumo holocausto, inaudito,
de tal sangre!

En tanto, en medio del día
sanguinolentos celajes
velan el sol: sobre el mundo
caen las tinieblas palpables:
las águilas roncos gritos
lanzan de horror en los aires,
y aúllan sobre la tierra
los chacales.

Y del Calvario maldito
el lóbrego paisaje,
de negro mármol parece
un catafalco gigante.
Reina el silencio del miedo
en las turbas criminales,
y de horror tiemblan unidos
tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo
los que a su amor son leales:
y vuelto a Juan y María
con voz de amor inefable:
«*Ve en él al hijo que pierdes*»,
dice a Miriam, y al amante
discípulo: «*¡Mira en ella*
a tu Madre!

Y luego a mirar cumplidos
los proféticos anales
de las Santas Escrituras,
«*sed tengo*», exclamó: ¡en vinagre
bañada una grande esponja
dieron el crudo brebaje
al que es manantial de vida,
los infames!

Y gustado ya el veneno,
con amoroso semblante
clamó: «*¡Todo está cumplido!*»
Y lanzando un grito grande,
inclinó la sacra frente
y expiró. Trémulos ayes
pueblan el aire confusos...
—¡Pobre Madre!

IV

En el supremo, vencedor momento,
cuando en sus negros templos escucharon
del sumo Dios el postrimer acento,

los ídolos inmundos vacilaron:
del astro de Moisés ya macilento
los fugaces fulgores se apagaron,
y el sol del Evangelio generoso
amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor a los mortales,
ejemplo a endurecidos pecadores,
de enviar al bajo mundo altas señales
de sus justos terríficos furores:
y apenas las tinieblas sepulcrales
que envolvían al mundo en sus horrores
comienzan a aclarar, su voz severa
estremeció la creación entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,
digna luz a tan hórridas maldades,
sucedió un terremoto turbulento
que en Asia derribó veinte ciudades (1).
Con insólita furia silba el viento,
braman con ronca voz las tempestades,
y el velo del santuario enaltecido
miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas
que las marmóreas tumbas revestían,
se lanzan de sus cárceles abiertas
los que en el sueño del Señor dormían:
y en tus calles, Sión, cuasi desiertas,
espanto a los vivientes infundían
los cadáveres vivos aun fajados,
del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto
que resuenan allá en la negra cumbre,
se oye la voz de arrepentido llanto
por sobre la revuelta muchedumbre;
mientra oculta en los pliegues de su manto,
imagen del dolor y mansedumbre,
insensible al tumulto y gritería
inmóvil y de pie se alza MARÍA.

Y la mudable plebe contemplando
en redor los insólitos portentos,
«*¡Este era hijo de Dios!*», iba clamando
como a su hogar volvía a pasos lentos:
y las mujeres de Sión, llorando
entre tristes sollozos y lamentos,
«*¡Mísera Madre!*», en su aflicción decían,
y los ecos sus voces repetían.

(1) Plinio y Estrabón hablan de este terremoto cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.

CONCLUSIÓN

I

La calma renacía
poco a poco en el orbe conturbado,
y del pueblo malvado
en el precito corazón, volvía
el fuego a renacer casi apagado
de su torpe valor: tal carnicero
tigre que en los hircanos arenales
fué terror de mastines y zagales,
tiembla ante el domador como un cordero,
mas si trémulo acaso ve primero,
a aquel que empuña la candente barra,
el instinto feroz recobra luego
y ceba en el cuitado, de ira ciego,
el diente agudo y la cortante garra.

Cruel cuanto cobarde
el pueblo deicida, al ver la guerra
calmada ya en los cielos y la tierra,
iba de nuevo brío haciendo alarde,
y al Redentor divino denostaba
y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran Profeta galileo
nunciado había al rudo pueblo hebreo,
que en el tercero día victorioso
a la vida y al mundo tornaría
del reino de la muerte tenebroso,
una falange armada
del sumo sacerdote allí mandada
en su soberbia impía,
velaba en rededor de aquella tumba
salud y redención del Universo;
que temía aquel príncipe perverso,
maestro en la traición y en la impostura,
que en las tinieblas de la noche oscura
el cuerpo de Jesús arrebataran
los suyos, y a otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero día
la aurora el rubio Oriente coloraba:
Jerusalén dormía
bajo un manto de nieblas que ocultaba
su deicida faz al matutino
sol, que el vasto confín circunvecino
de fulgor y de júbilo inundaba.
Entreabrían las flores
el cáliz matizado de colores
al húmedo rocío;
entre el ramaje umbrío
de la higuera silvestre, sus amores
cantaban los arpados ruiseñores;
y nunca en aquella árida comarca
que de Betania hasta Sión abarca,
ejemplo de tristísima aspereza,
mostró naturaleza
tan delicioso encanto,
tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron
de las cercanas lomas,
cual banda fugitiva de palomas,
unas cuantas mujeres, que torcieron
el paso hacia el jardín donde se hallaba
el sepulcro de Cristo: descollaba
entre el grupo indefenso una matrona,
cuyo pálido rostro, que pregona
más que humano dolor, resplandecía
con más fúlgida luz que la del día:
y mientras al sepulcro caminaba,
a una hermosa ruina semejaba
que al impulso violento
del huracán ajada turbulento,
en la altanera faz del rayo herida
aún muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que a su lado presurosas
caminan, de sustancias aromosas
y gomas delicadas
a embalsamar el cuerpo preparadas,
cargadas van, y a su dolor se mira
que da alguna templanza
la animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira
la dormida región, un trueno ronco
como de gran temblor los aires hiende:
la losa del sepulcro se desprende
como impelida de robusto brazo,
y al rudo estruendo, bronco,
los guardias, semimuertos de pavura
unos sobre otros ruedan al ribazo
los rostros contra el suelo,
en redor de la eterna sepultura.
Y las santas mujeres, cuyo celo
y acrisolado amor no abandonara
a Jesús, ni aún al mismo pie del ara,
retroceden ahora temblorosas,
temiendo repetidas
ver aquellas escenas espantosas
nunca en el bajo mundo sucedidas,

que acompañaron el postrer momento
del Sumo Emperador del firmamento.

Pero un ángel divino,
cuya inmortal, flotante vestidura,
excedía en blancura
a la nieve que el ábrego amontona
en la cumbre, del Líbano corona,
al sol iluminada matutino:
sentado del sepulcro en la ancha losa,
con voz cuanto benigna, cariñosa,
a las santas mujeres animaba
y a penetrar en él las convidaba.
«No temáis, les decía:
sé que buscáis al hijo de MARÍA
que fué crucificado;
mas aquí ya no está: como lo había
dicho, ha resucitado
al alba pura del tercero día:
llegad, y ver podéis dónde pusieron
al Señor, los que aquí le condujeron.»
Y las santas mujeres se acercaron,
y en el sepulcro entraron,
y las fajas de mirra perfumadas
y el sudario vacío, penetradas
de pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso
tronco de un viejo olivo que se alzaba
no muy lejos de allí, su rostro hermoso
de admiración radiante y alegría,
con un joven del pueblo conversaba
en voz que apena el aire percibía.
Aquel que el tosco traje revestía
de un pobre labrador, era el eterno
triunfador del pecado y del infierno:
¡el Redentor, que al mundo
un instante volvía
desde el fondo del báratro profundo!
Miriam en sus estrañas maternales
probó entonces tal suma
de júbilo y placeres celestiales,
que describirlo no es de humana pluma,
ni contarlo de lenguas terrenales;
ni pudieran los míseros mortales
sentirlo ni aun en parte reducida
sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles transcurrieron,
salió Jesús de la ciudad, seguido
de aquellos que en su amor ha preferido:
y juntos dirigieron
sus pasos de Betania a las alturas;
allí de do descubren las llanuras
de Jericó, y las aguas estancadas
del Muerto mar, y las corrientes puras
del Jordán apacible, sus pisadas
detuvo la piadosa comitiva.
Y allí por vez postrera
la fuente de agua viva
a raudales brotó libre y fecunda,
la creación entera
a rescatar de servidumbre fiera,
de aquel que en el error su imperio funda.

LA ASCENSIÓN

II

Las últimas miradas
fijas aún en los que atrás se deja,
las manos levantadas,
bendice y aconseja
la amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
como se va en los aires elevando,
suavísimo concento

del cielo fué bajando,
montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
se ciernen por millares de millares
los fúlgidos querubes;
y las tierras y mares
atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
del mar: callan los vientos bramadores,
y el céfiro dormido
se oculta entre las flores
fijas sobre sus tallos cimbradores;

y hombre, ni bruto, ni ave,
hubo alguno que osado interrumpiera
aquel silencio grave;
y hasta en la azul esfera
detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa
la creación asiste conmovida
a la Ascensión gloriosa;
y un instante la vida
quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
sigue del Redentor el blando vuelo
la santa muchedumbre
con amoroso anhelo;
que van con Él su paz y su consuelo.

Y aún a sus ojos brilla
el suave fulgor de su semblante,
cuando una nubecilla
se puso por delante
entre ellos y el Divino caminante.

¡Oh venturosa nube,
trono en el cual a su feliz morada
el Rey del cielo sube!
¡Oh tierra malhadada
de tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo
de hoy más, sino tinieblas y amargura,
e interminable duelo;
si pierde ¡oh desventura!,
al que es de todo bien la fuente pura?

¿A do volver los ojos
de amarguísimo llanto escandecidos,
que no encuentren enojos;
si están oscurecidos,
de la luz celestial desposeídos?

¿Cómo gozar amores
de aquel inmenso amor abandonados?
¿Ni cómo los furores
burlar de crudos hados,
de tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el Ser divino
en prenda nos dejó de eterna alianza,
¡un faro diamantino
que alumbra en lontananza
la límpida región de la esperanza!

La fe imperecedera,
claro destello de la eterna lumbre,
que en la mortal carrera,
de nuestra servidumbre
aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma
en medio a las borrascas de la vida;
suma virtud del alma

jamás enflaquecida
aún del báratro mismo combatida.

Hija, en fin, predilecta,
del supremo Señor de lo creado;
tan pura y tan perfecta
que el arcángel malvado
aun la aguarda en el reino del pecado!

MARÍA EN ÉFESO

III

En el negro horizonte
del Gólgota, de sangre enrojecido,
miro el *Sol de justicia*, oscurecido;
mas sobre el hondo valle y alto monte
con más benigna llama,
luz y grato calor al par derrama
la *Estrella de los mares*,
del gran rescatador de los altares.

Mas no vibra amorosa
sus rayos puros de la patria amada;
en tierra de Sión muy apartada
con la de *Magdalum* joven hermosa,
y Juan, el preferido,
que al destierro a las dos ha conducido,
vive esperando el día
de a la mansión volar de la alegría.

En Éfeso, altanera
se refugió Miriam, del odio insano
por escapar del opresor romano,
que con soberbia impía y saña fiera
persigue a los que oyeron
la voz del Salvador y la siguieron,
de los dioses mentidos
los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora
la tierra del Señor santificada,
por Juan y Magdalena acompañada,
María, de los ángeles señora;
empero el sumo instante
se acerca, en que ya libre el alma amante
de sustos y dolores,
vuele hacia la región de los amores.

IV

En la ribera undosa
del bello mar Icario,
del astro vespertino
al moribundo rayo,
ocultas en la sombra
al pie de algún peñasco,
se miran dos mujeres
cubiertas con sus mantos.
Miriam y Magdalena
son, que los lares patrios
recuerdan afligidas,
en el confín extraño.
Y Éfeso en vano ostenta
sus torres y palacios,
sus plácidos jardines,
sus muros almenados,
sus límpidos arroyos
y sus feraces campos;
y en vano, en regia pompa,
los montes y los llanos
se cubren de áureas mieses,
pastores y rebaños:
lamentan, ¡ay!, las tristes,
del caro suelo patrio
las abrasadas lomas,
los ásperos collados;
¡que el alma nunca olvida
del pobre desterrado,

aquel hogar paterno
do efímeros pasaron
sin penas ni zozobras
sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras
del arroyuelo claro,
ni el céfiro apacible
que alienta sobre el prado,
ni el poderoso muro,
ni el opulento fausto,
ni, en fin, los bienes todos
del suelo hospitalario?
Allí nada recuerda
del Redentor los pasos;
ni mármoles piadosos
conservan encerrados
allí de sus mayores
los restos venerados.
Por esto en las orillas
del piélago salado,
tal vez siguen sus ojos
algún velero barco,
que en rumbo el mar divide
hacia los lares patrios.
Y acaso entre sollozos
bañadas en su llanto,
recuerdan la alta cumbre
del Líbano argentado,
las encrespadas olas
del turbulento lago
de Tiberíades, donde
Jesús con firme paso
en medio a la tormenta,
al barquichuelo náufrago
llegó, do sus amigos
lloraban angustiados
en la borrasca impía
viendo su fin cercano;
o del feliz Carmelo
los picos azulados,
que acaso se confunden
con el etéreo espacio.
Y brota de sus ojos
amargo y cruel llanto,
mientras el rumbo siguen
de algún velero barco
que en medio al remolino
del piélago salado,
navega majestuoso
hacia los lares patrios.

V

Mas luego de la vida
volvía la celeste desterrada
a laa fanosa realidad; y unida
a la de *Magdalum*, joven amada,
llevaba ardiendo en amoroso anhelo
el bálsamo divino del consuelo
del mendigo a la choza derruída;
a la infeliz guarida
del leproso a la vista repugnante,
como madre solícita, anhelante,
que en el seno materno al hijo caro
guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorría,
y a la llorosa viuda consolaba;
y pobre de tesoros terrenales,
con los menesterosos compartía
los bienes celestiales
que en su gran corazón atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas
de la alma compasión, cuando su pecho
cumplido había, al templo do el cristiano
de contrición en lágrimas deshecho,

a aquel de soberanos Soberano
sus preces elevaba,
con Magdalena y Juan se encaminaba.

Y su divino labio allí a torrentes
de la fe las verdades elocuentes
copioso derramaba
sobre los fieles a su voz unidos,
que escuchaban, de gozo enardecidos,
de su divino acento
el fecundo y piadoso enseñamiento.

Jamás aquella ley hija del cielo,
cuya base más firme y más segura
es el divino amor, tuvo en el suelo
tan elocuente explicación: la impura
doctrina del pagano, combatida
por la palabra de virtud y vida,
de su anterior prestigio despojada
lidiaba aún, feroz, desesperada,
en sus ciegos furores,
moribunda en verdad, mas no vencida.

Aún surgen los altares
de los nefandos númenes traidores
coronados de ofrendas y de flores:
millares de millares
de hombres ilusos al error uncidos
y en el mar del pecado sumergidos,
lidian por el error: la sangre humea
de torpes sacrificios, en las aras
de Moloc y Belial, cuando aun el viento
de la mañana orea
allá del negro Gólgota en la cumbre
la sangre del Señor, y monte y llano
aún repiten su acento soberano,
¡tibios aún de su divino aliento!

El robusto cimiento
de esclavitud y torpe tiranía,
donde estaba sentada
la majestad de Roma, ya cedía
no al empuje violento
de la bárbara plebe amotinada;
ni a la indomable y brusca acometida
del esclavo que rompe su cadena:
en la sangrienta arena
en vano fuertes Catilina y Graco
por la alma libertad, honor y vida
expusieron, y en rapto generoso
su noble sangre derramó Espartaco.
La religión caduca ya vencida
del negro paganismo,
arrastraba el imperio al hondo abismo
desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,
esclava del horrendo soberano
del reino del dolor y la amargura,
ardiendo en saña impura
a combatir se apresta frente a frente
la palabra de un Dios omnipotente:
sus fuertes escuadrones,
sus verdugos prepara y sus leones:
mas, ¿qué son los tormentos,
qué el número infinito de soldados,
de los fieles de Cristo denodados
contra los indomables corazones?
No a la lid turbulentos
ardiendo en torpe cólera se lanzan,
oponen al furor la mansedumbre
del divino Cordero;
la blanda persuasión al crudo acero;
y acaso el triunfo alcanzan
aun so el yugo de férrea servidumbre,
oponiendo al rencor de su tirano
el amor y paciencia del cristiano.

Miriam fué la columna luminosa
que en la borrasca impía

de la noche del mal caliginosa,
fué a la naciente Iglesia claro guía:
cual madre cariñosa
a los sencillos neófitos mostraba
la eternidad y la excelencia suma
de la ley que su labio predicaba.
Y nunca humana pluma,
ni humana voz, ni entendimiento humano,
ni aun de los mismos hombres que vivieron
al lado de Jesús, y de Él oyeron
su celestial doctrina;
ni el indecible encanto soberano,
ni la dulzura y persuasión tuvieron
de aquella voz divina.
Las profundas tinieblas que ofuscaban
aquellas mentes rústicas, cual nieve
acumulada en el invierno frío
que derriten los fuegos del estío,
a la voz de Miriam se disipaban.

Así al ruido de su planta leve
los congregados fieles prorrumpían
en himnos de placer: el crudo lloro
cesaba entonces, y en alegre coro
con unánime voz la bendecían.

VI

Pero ya la fructífera simiente
de aquel divino sembrador crecía,
a pesar de las recias tempestades
que del báratro horrendo la malicia
contra ella suscitó por mar y tierra,
con suma esplendidez y lozanía.
La refulgente luz del Evangelio
en extensas regiones difundida,
no había menester cuidado alguno
para acrecer su llama siempre viva,
y la Reina del cielo, fatigada
de esta mansión de llanto y agonía,
volvió los ojos hacia aquellos campos
de perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos
a este destierro de dolor la unían,
sólo quedaba Juan: ya Magdalena,
compañera leal y tierna amiga,
volado había a la mansión celeste,
en el llanto dejándola sumida;
como una flor que al postrimero rayo
del sol en cuya luz su ser bebía,
cierra el rosado cáliz lentamente
y sobre el leve tallo cae marchita,
Desde la muerte de Jesús, la joven
privada de la fuente de agua viva
en cuyas puras ondas mitigaba
su abrasadora sed; las purpurinas,
rosas de su semblante, que a las flores
del plácido vergel dieran envidia,
perdió. Jamás sus amorosos labios
volvieron a dar paso a una sonrisa;
y poco a poco, sin dolor ni susto
ni esfuerzo, fué apagándose su vida,
como en las ramas de la selva umbrosa
la brisa de la tarde blanda expira.

Mas antes de partir a los eternos
lares, aun visitar quiso María
los santos sitios do la inmensa obra
de nuestra redención se vió cumplida;
y el deseo de su alma conociendo
el amado y amante evangelista,
con Ella se embarcó en velera nao
que enderezaba el rumbo a Palestina.

Serena está la mar: sobre sus olas
que las nocturnas auras leves rizan,
rápida boga la feliz galera
de su carga inmortal envanecida.

Ya divide orgullosa aquellos mares
de plata y de zafir que las divinas
regiones bañan, fortunada cuna
del arte y de la egregia poesía.
Surge *Chio* del piélago espumoso,
cual de un arroyo en la argentada linfa
levanta acaso el cisne su alba frente
que a los rayos del sol fúlgida brilla;
y cuando aún, al fin del horizonte
se ve como una vaporosa cinta,
Lesbos, la patria del sublime Alfeo
y de *Safo* la amante poetisa,
en medio de las ondas se levanta,
cual Venus bella, como Juno altiva.
Después, la patria de *Esculapio* surge,
la noble *Delos; Rodas*, la divina,
y *Chipre*, paraíso del deleite
do fué la religión torpe lascivia.
Y en breve, vacilando en el espacio,
como tal vez el águila atrevida
cuando cerca del sol se cierne, vióse
un punto negro en la región vacía:
era el pico final de la montaña
do levantó un profeta en otros días
altares a Miriam y le dió culto;
al través de las lóbregas neblinas
de lo futuro, alegre contemplando
a la Estrella del mar enaltecida.
Y el viaje prosiguiendo, a la alborada
serena y pura del siguiente día,
a vela y remo entró la leve nao
en uno de los puertos de la Siria.

MUERTE DE MARÍA

VII

Era la noche: en una vasta pieza
de la augusta mansión que viera un día
raudo bajar desde la suma alteza
el fuego de inmortal sabiduría:
esplendente de luz y de belleza
como en su verde edad, se ve a María,
la excelsa esposa del Señor amada,
sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,
en grande multitud, de la divina
ley, los mantenedores valerosos
que ora el dolor más ímprobo domina:
allí oscuros aún los que animosos,
su sangre verterán por la doctrina
del Cristo, aguardan el fatal momento
en que rinda Miriam su último aliento.

Allí Santiago, el *justo*, su quebranto
entre calladas lágrimas devora;
da Pedro suelta rienda al crudo llanto
que su dolor, empero, no aminora;
mientra en los pliegues de su griego manto
oculto Juan, inconsolable llora,
y su dolor exhala en reprimidos
ayes, y dolientísimos gemidos.

Y a la cárdena lumbre, vacilante,
que en rojizos manojos despedían
lámparas que del techo culminante
cadenillas de bronce suspendían,
y que como la péndola oscilante
a compás en lo oscuro se mecían,
más vasta parecía aquella escena,
más lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso
que interrumpiera sólo algún gemido,
rompió un acento vago, melodioso,
no semejante a terrenal sonido:
a aquel acento dulce, afectuoso,

como del seno del Señor nacido,
del cisne celestial postrero canto,
cesó el dolor, interrumpióse el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura
bajo el ramaje de la selva umbría,
ni el ruiseñor que canta en la espesura
al expirar del moribundo día;
ni el céfiro suave en la verdura
del prado, ni la múltiple armonía
que en mañana feliz de primavera
alza a su rey la creación entera:

ni el vago son de los tranquilos mares
cuando las playas besan adormidos;
ni el rumor de domésticos hogares,
bienes del corazón los más queridos,
que en fatigas y túrbidos azares
para siempre juzgábamos perdidos,
y en velada aromosa de verano
percibimos confuso en lo lejano:

ni la voz del amor que al anhelante
pecho asegura la feliz victoria;
ni el clarín de la fama resonante
que canta al universo nuestra gloria;
ni en medio del desierto al caminante
que juzga el fin llegado de su historia,
el creciente rumor, ya de él cercana
que mueve numerosa caravana:

y ni el mismo cantar que en el altura
celestial, la suprema jerarquía
entona al Creador, puede en dulzura,
ni en amor, ni en suave melodía
competir, ni en blandísima ternura,
con las postreras voces de María;
ni voz alguna en tierra o mar o cielo
jamás a tal dolor dió tal consuelo.

Háblales de su amor, divina fuente
que ha de correr perenne, inagotable,
sabroso amparo de la humana gente
en la vida del cuerpo deleznable:
luego, de la bondad omnipotente,
de la futura vida perdurable,
do cabe a Jehovah, los escogidos
serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,
más vivos y fulgentes resplandores
al extinguirse en derredor derrama,
así la Emperatriz de los amores
al expirar parece que se inflama
aun más en los espléndidos fulgores
de aquella eterna, engendradora lumbre
que arde del Empíreo en la alta cumbre.

Y explica a aquellos puros corazones
del porvenir remoto los arcanos:
caerán aquellas ínclitas legiones
en que su orgullo fundan los romanos;
y a pesar de verdugos y leones,
alzarán vencedores los cristianos,
signo de redención al orbe entero,
de Dios el estandarte verdadero.

Y a través de revueltas tempestades
y encarnizadas y sangrientas lides,
triunfarán en desiertos y ciudades
los del Señor preclaros adalides:
azotes del error y las maldades,
de la santa verdad nuevos Alcides,
opondrán el amor y mansedumbre
al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos, la semilla
de los soldados del Señor plantada,
tal como el sol sobre los astros brilla,

lucirá al universo tremolada:
y la palabra de verdad, sencilla,
cual ley universal será acatada,
y en uno refundidos tantos nombres,
a un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó. Los dulces ojos
fijó Miriam en la sublime esfera
sonriendo al dejar tantos enojos
que cercan esta vida pasajera:
y a medio abrir los bellos labios, rojos,
cual si en el seno del amor durmiera,
sin fuerza ni dolor voló su alma
a las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos
de aquel salón los ámbitos poblaron,
y de fúnebre canto los sonidos
trémulos en los aires se elevaron:
los ecos de Sión adormecidos
al rumor pladiñero despertaron,
y sus cándidas alas desparciendo
fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el próximo sol brilló en el cielo,
en grande profusión preciadas gomas,
los fieles compitiendo en santo celo
llevaron y riquísimos aromas.
Y cubierto el cadáver con un velo
de finísimo lino, por las lomas
que de *Getsemaní* cercan el llano
lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar do abierta estaba
la más afortunada sepultura,
el lecho depusieron que encerraba
aquella flor de mística hermosura:
el astro vespertino iluminaba
con trémulo fulgor desde el altura
la triste escena de dolor y luto,
del más piadoso amor postrer tributo.

Y durante los tres primeros días
velaron los apóstoles constantes
del sepulcro en las márgenes sombrías,
con otros fieles de Jesús amantes:
y de noche las blandas armonías
repetían los ecos circunstantes,
que acompañado de sus sistros de oro
cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el día cuarto, un elegido
que de un país tornaba muy lejano,
y era aquél que tocar osó atrevido
de Jesús las heridas con su mano,
y por ver a Miriam era venido,
obedeciendo a impulso sobrehumano
rogó a los otros que la losa alzaran
y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos levantaron
la losa, y con asombro descubrieron
que no estaba Miriam do la dejaron,
y el sudario vacío sólo vieron:
entonces en el polvo se postraron,
y las glorias de Dios enaltecieron,
que quiso sublimar a tanta altura
una mortal, terrestre criatura.

LA ASUNCIÓN

VIII

Es una noche plácida
del abrasado estío (1):
el viento calla indómito,

(1) La Virgen murió en la noche del 4 de agosto.

se aduerme el mar bravío,
y expira el blando céfiro
entre una y otra flor.

En las azules bóvedas
de estrellas mil cercada,
su faz ostenta nítida
la luna nacarada,
el llano y la alta cúspide
bañando en su fulgor.

Mas del Empíreo súbitos
raudales se desprenden
de viva luz: mil ráfagas
de fuego el aire hienden,
y alto cantar de júbilo
se oyó en aquel confín.

Moviendo al par las cándidas
alas de nieve y oro,
cruza veloz la atmósfera
entero el sumo coro,
hacia el estrecho límite
del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea
losa que tanto encierra
alzan, los rostros fúlgidos
humillan a la tierra,
ciegos al astro vívido
que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe
que la falange impera
y que a la diestra ciérnese
de Dios en la alta esfera,
bajo el mirar fulmíneo
pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas
y fajas purpurinas,
tras la borrasca lóbrega
y en tierras ya vecinas,
surge al cansado náufrago
del sol la rubia faz,

así entre lienzos cándidos
y delicadas flores,
bañado el rostro límpido
de espléndidos fulgores,
la reina de las vírgenes
yace dormida en paz.

Entonce los arcángeles,
espíritus guerreros,
que cabe el trono altísimo
de Dios, son los primeros
y en cien batallas hórridas
vencieron a Luzbel,

sobre sus alas rápidas
pusieron a María,
y con cantar melódico
por la región vacía
más breves que el relámpago
vuelan a do está Él.

IX

¡El hijo de su amor, el cariñoso
amigo, el padre y el amante fiel;
el que lloró perdido, tierno esposo,
a cuya planta el sol es escabel!

¡A cuya voluntad generadora
del caos tenebroso y a la par,
lució en el cielo la primera aurora
y la tierra surgió del ancho mar!

¡A cuya voz las roncas tempestades
conturban los dormidos elementos;
y se abisman los montes y ciudades,
convertidos en polvo sus cimientos!

¡Ante cuyo saber la ciencia humana
es miseria y vacía oscuridad,
y a cuya omnipotencia soberana
sólo igualan su amor y su bondad!

Allí la guarda en medio a la cohorte
de espíritus de luz innumerables,
en medio de los grandes de su corte
y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento
estará el Supremo Emperador;
respirará el aliento de su aliento
y anegaráse en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío
por la misericordia y la piedad,
astro Miriam de amor, sereno y pío,
lucirá en la infinita eternidad.

CORONA POÉTICA DE MARÍA

EPÍLOGO

I

Oh tú, cuyo poder creó la luz del día,
inmenso manantial de amor y poesía
y santa inspiración;
un rayo de tu luz a mi anublada mente
envía, y tu vigor le presta omnipotente
al débil corazón.

¿Cómo, sino, cantar en lenguas terre-
[nales
profana inspiración y símiles mortales,
la lumbre perenal,
de aquella blanda luz que cabe a ti deste-
[lla,
fuerte como el amor, cual la esperanza
[bella,
como la fe inmortal?

No es signo del poder que impera y que
[castiga
y cuya fuerte voz a la obediencia obliga
la torpe humana grey:
símbolo del poder que ampara y que per-
[dona,
su cetro es la piedad, de amor es su corona,
la súplica su ley.

Fanal encantador, alumbra en lonta-
[nanza
al mísero mortal cual sueño de esperanza
un plácido jardín;
do cabe al Creador, las almas escogidas
en goces vivirán inmensos sumergidas
y júbilo sin fin.

Da, pues, Sumo Señor, un rayo de tu
[lumbre
a mi razón mortal, porque a la excelsa
[cumbre
pueda feliz volar;
y a mi confusa voz la plácida armonía
que entonan al morir del astro rey del día
el cielo y tierra y mar.

Su esplendorosa luz mi noche tenebrosa
inunde, y tu piedad quebrante poderosa
mi triste esclavitud;

que sólo así alcanzar pudiera el ronco
[acento
que exhala el corazón en afanoso aliento
a tanta excelsitud.

MARÍA, AMANTE

II

Nació Miriam a este mundo
tan perfecta y acabada,
así en las dotes del cuerpo
como en las prendas del alma,

que no ya a los flacos seres
de nuestras razas humanas,
allá en el celeste coro
pudiera servir de pauta.

Mas si en virtud y hermosura
y saber fué la más alta,
a ser en todo perfecta
fué en el amor extremada.

Amor, la ley poderosa
que entre sí encadena y ata
las partes del universo
más distintas y apartadas.

Por la cual, sobre la tierra
brotan fecundas las plantas,
mientras la plata y el oro
se funden en sus entrañas.

Por ella los mansos ríos
a la mar llevan sus aguas,
y vuela el ave en el viento
y el pez en las ondas nada.

Y los mundos infinitos
que en medio al espacio vagan,
en torno al sol que su centro
amantes siguen su marcha.

Y desde el astro fecundo
que es de los cielos monarca,
hasta el granillo de arena
que se confunde en la playa,

no hay viviente criatura
ni átomo en la inanimada
materia, que no se humille
a aquella ley soberana.

Amor es del poderío
supremo, inmensa palanca;
vida allá en la eterna altura,
y en la tierra vida y alma.

Por tanto, la suma ciencia
dió a Miriam parte tan larga
de la llama generosa
que de sí fecunda mana;

que no ya la estirpe impura
enfermiza y limitada
del hombre: ni las eternas
nobilísimas sustancias,

que ante su inmutable trono
en su mismo ardor se inflaman,
de amor en el puro fuego
pudieron nunca igualarla.

Que entre los ángeles mismos
prendió la simiente amarga
que da por amargo fruto
la ingratitud e inconstancia.

Así el arcángel maldito
ardiendo en soberbia ingrata,
arrostró las iras sumas
en sacrílega batalla.

Mas al nacer la doncella
de antemano señalada
a ser feliz mediadora
entre Dios y nuestra raza:

sobre su cándida frente,
de su amor y de su gracia
derramó las aguas puras
la potencia soberana.

Y como a tan altas dichas
después de penas tan arduas,
allá en su mente suprema
Jehovah la destinaba,

como incontrastable escudo
en las terribles batallas,
fe y amor inmensos dióla
y dióla inmensa esperanza.

Y el corazón defendido
con esta triple coraza,
díjole Dios: «¡Nace al mundo,
y serás mi Esposa amada!»

MARÍA, CREYENTE

III

Hija del amor querida,
generadora lumbrera
que guías al débil hombre
de la vida en las tinieblas;

consuelo en el infortunio,
amparo en nuestra flaqueza,
fuego sacro desprendido
de la omnipotente hoguera:

virtud de las fuertes almas
que a la par de Dios sustentas
la frágil humana arcilla,
en las más terribles pruebas:

sublime fe, que en el trono
de Dios, cabe a Dios te asientas,
entre las altas virtudes
la mayor y la primera.

Tú, que siempre en esta cárcel
humana viviste estrecha,
hallaste en Miriam un trono
más grande que tu grandeza.

Que por profundos arcanos
de la suma Omnipotencia
ella sin ti no sería,
ni existieras tú sin ella.

En anteriores edades
eras tú la luz incierta
que así ilumina el escollo
como la amiga ribera:

la luz que al náufrago alumbra
al rugir de la tormenta,
no de salvarse el camino,
sino el riesgo en que se encuentra.

Mas al nacer de MARÍA,
y existiendo al par con ella,
subsiste a ser fe CRISTIANA
de mentida que antes eras.

Y desde entonces al mundo
que sin ti camina a ciegas,
en el cielo, eterno faro,
alumbras la recta senda;

mostrándole en lontananza
allá en la región suprema,
el plácido puerto, amigo,
do hallarán fin sus miserias.

Por eso la casta Virgen
que en sus entrañas maternas
llevó al que es la fuente pura
de la virtud verdadera;

se abrasó en tu ardiente lumbre
con tan insigne creencia,
que ni un punto de su vida
vaciló su fortaleza.

Y fijos entrambos ojos
allá donde el Sumo impera,
al través de los dolores,
males y sustos que cercan

al hombre, y que muy más crudos
desgarraron su alma tierna,
en proporción que excedía
la común naturaleza;

siguió impávida el camino,
si atormentada, serena;
que en tus raudales bebía
más que seráfica fuerza.

Y ora del Hijo cercana
allá en la sublime esfera,
por dosel tiene su trono,
por alfombra las estrellas.

Y a los viajeros mortales
que arrastran sobre la tierra
llenos de pena y zozobras
su miserable existencia;

desde el lugar sublimado
que de Dios mismo a la diestra
ocupa, amante sonríe,
de futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias
y nuestras amargas quejas,
por Ella son recibidas
y presentadas por Ella.

MARÍA, ESPERANTE

IV

De ardiente amor y fe pura
emanación altecida,
como los ángeles bella,
como los cielos divina.

Virtud que el Omnipotente
creó con una sonrisa
cuando sobre tantos mundos
sopló el fuego de la vida.

¡Alma Esperanza!, del hombre
leal y constante amiga,
que de la cuna al sepulcro
su oscura noche iluminas.

Poder que, cuando las otras
fuerzas del alma se humillan,
ante el crudísimo embate
del dolor y la desdicha,

alza la cándida frente
que entonces fúlgida brilla,
y al cansado caminante
sostiene a un tiempo y le guía.

Tal de las roncas tormentas
en medio a las crudas iras,
el flaco arbusto se salva
cuando rota cae la encina.

Empero, hasta que del mundo
pisó la cárcel maldita,
aquella Virgen excelsa
do el Sumo Ser se reclina,

no fué tu amorosa lumbre
sino vacilante chispa,
que al acaso entre tinieblas
brillaba y desparecía.

Mas al posarte en el alma
de la mujer elegida
a ser de la fe del cielo
primera sacerdotisa;

al complemento llegaste
de tu esencia enaltecida,
que ella de ti fué en la tierra
encarnación peregrina.

Como tú, virgen y pura,
casta como tú y sumisa,
como tú hermosa y modesta,
fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna
que allá en la arena intranquila
del desierto, iluminaba
a la nación escogida;

que opaca en las claras horas
del sol, en la noche umbría
inmensa faja de fuego
la marcha trazaba escrita;

así tú al mísero humano,
fanal perenne, encaminas,
al través de este desierto
borrascoso de la vida;

mas nunca desde la aurora
primera que purpurina
anunció al vasto universo
del primer sol la venida,

¡animara humano pecho
tu llama plácida y viva
con fulgor tan generoso
como el pecho de MARÍA!

Que nunca hubo criatura
a quien fueran prometidas,
al través de tantos males,
venturas tan inauditas.

Flaca mujer, engendrada
de carne mortal, que un día
debe ser madre dichosa
de un Dios. pudibunda inclina

la frente, y a los dolores
inmensos, como a las dichas
que el mismo Dios le promete,
valerosa se resigna.

Y esperando el cumplimiento
de las promesas divinas,
en su puro amor se anega
y en su firme fe confía.

MARÍA, DOLIENTE

V

¡Dolor, dolor! Férreo yugo
que la mano poderosa
de Dios impuso en la tierra
contra amor, placer y gloria;

poder de cuya existencia
lució la primer aurora
con el delito primero
que registran las historias.

Aquella primera falta
que en la mansión deleitosa
del perdido Edén, la madre
de la gente humana toda,

a instigación cometiera
de la serpiente engañosa,
cuya implacable malicia
aún nos atormenta ahora.

Crisol donde se aquilatan,
se depuran y valoran
las más ínclitas virtudes
que el humano pecho adornan:

de la fe sublime escuela,
contienda de amor heroica,
do en proporción del peligro
más ilustre es la victoria;

palenque do la esperanza
se ejercita y desarrolla,
pues sin tu embate es inútil
su fuerza reparadora;

contrapeso inevitable
que a domar nuestra orgullosa
naturaleza, dispuso
la voluntad creadora;

poder, en fin, cuya fuerza
a tanto en la vida monta,
que sin estar adunadas
las tres virtudes gloriosas,

que son en el Universo
imagen deslumbradora
de la Trinidad suprema
que el mar y los vientos doma;

a sus tremendos embates
debilitadas y rotas,
sucumbieran una a una
cediéndole la corona.

Tú de Miriam en el alma
hiciste heridas tan hondas;
tales torrentes vertiste
de envenenada ponzoña

en el purísimo seno
de aquella casta paloma,
que entre Dios y los humanos
fué divina intercesora;

que sin la fuerza invencible
de la llama generosa
de eterno amor y fe pura
y esperanza animadora,

que en su pecho inmenso ardía,
trina, incontrastable antorcha,
vencida acaso, doblara
su frente a tales congojas.

Desde el instante supremo
en que de la etérea bóveda
partió el paraninfo, nuncio
de la nueva portentosa

de la redención del mundo,
¡cuántos sustos y zozobras,
cuántos agudos pesares
desgarraron su alma heroica!

Madre, pierde al hijo caro,
huérfana, a su padre llora,
y viuda desolada
es ya la que fuera esposa.

Y estas penas que al humano
tan crudamente acongojan,
cuando en el mar de la vida
vienen distantes y solas,

juntas, terribles, sañudas,
en el corazón se agolpan
de Miriam, y lo desgarran
con ansia devoradora.

Mas en la ruda palestra
triunfa la excelsa matrona,
y el negro báratro gime
confesando su derrota.

VI

Así Miriam fué en la tierra,
que desde la enorme culpa
de nuestra primera madre
yacía en noche profunda,

la llama de amor sublime,
de la fe lumbrera augusta,
y de la blanda esperanza
antorcha serena y pura.

En ella el Omnipotente,
de las humanas angustias
apiadado al fin, envióno
consuelo y paz y ventura,

y en vano allá del Averno
aquella ominosa turba
de arcángeles maldecidos
que bajo el pendón se aduna

del feroz Luzbel, en saña
ardiendo implacable, aúlla,
exhalando en gritos roncos
su torpe, impotente furia.

Y en vano, sobre la tierra
generaciones ilusas,
del negro error defensoras,
contra la alma verdad pugnan,

que como el sol en el cielo
con fulgor más vivo alumbra
de una deshecha borrasca
tras la espantosa pavura:

tal del torvo paganismo
tras la impenetrable bruma,
lució el sol del Evangelio
con luz perenne y fecunda.

Mas al ver su disco claro
brillar en la eterna altura,
los númenes del Erebo
de nuevo a nefanda lucha

se preparan, ostentando
la temeraria bravura
del que en el mortal combate
su sola esperanza funda.

Mas con la primer derrota
que en la lid primera injusta,
sufrió su rebelde brío
contra la potencia suma,

en conciliábulo torpe,
la inmensa falange impura,
a despecho de su audacia
con mil temores fluctúa.

Mas no puede en tantos odios
vencer la pérfida astucia,
y ya al hirviente coraje
la sed de venganza triunfa.

Que en la cruz que allá del Gólgota
domina en la negra altura,
ven los ángeles perversos
de sus altares la tumba.

Como acorralada fiera
que ve imposible la fuga,
y a perros y cazadores
se revuelve furibunda;

así Luzbel maldecido,
a quien su rencor abruma,
prepara el último alarde
de su pujanza consunta.

Y el labio cárdeno, tinto
de sanguinolenta espuma,
a la ardua lid se abalanza
con desesperada furia.

Al grito feroz de guerra
el báratro se conturba,
y las maldecidas haces
se desparraman confusas

sobre la tierra: de Cristo
los soldados fuertes luchan:
corre a torrentes la sangre
en montañas y llanuras;

pero Miriam los acorre
desde el cielo en la ardua pugna,
¡y esplendorosa y triunfante
sale la fe con su ayuda!

VII

María fué la milagrosa fuente
entre espesos zarzales escondida,
de cuya linfa pura y transparente
brotó copioso el manantial de vida:
creóla para sí el Omnipotente,
entre todas las otras elegida,
y a completar su esencia soberana
hízola madre de la fe cristiana.

LA FE CRISTIANA

VIII

«¡Haya luz!», dijo Dios. Aún turba el viento
con terrible rumor su voz divina,
y ya luce en el vasto firmamento
la primera alborada matutina:
mil mundos con pausado movimiento
marchan a do su amor los encamina,
y en un instante el universo adulto
rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes
y a confundirse van al manso río,
y el río con sus diáfanas corrientes
se arroja en medio al piélago bravío:

surgen los montes, brotan los torrentes,
y a la voz del Supremo poderío,
de seres mil, millares de millares
van a poblar el viento y tierra y mares.

¡Hay un Dios! Le tributan homenaje
la encina secular en el altura,
el zumbador insecto entre el follaje,
el cristalino arroyo que murmura;
en su tierno, dulcísimo lenguaje,
le canta el ruiseñor en la espesura,
en su gruta el león con su rugido,
con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hay un Dios!, tierra y mar, y fuego y
[viento
cantando van a un tiempo en su alabanza;
revela su hermosura el firmamento,
la tempestad su túrbida pujanza;
su infinito saber el pensamiento,
su bondad infinita la esperanza,
el almo sol su brillo soberano,
¡su vasta inmensidad el Oceano!

Sólo el hombre infeliz erró el camino,
¡ceguera incomprensible y lastimosa!
El más perfecto ser que al mundo vino,
de Dios la criatura más preciosa;
el Soberano del Edén divino,
aquel a quien su mano generosa
dió un fulgente destello de su ciencia,
¡ese solo dudó de su existencia!

Dudó; —fué más allá—: ¡negó el men-
[guado
que hubiera un Dios, en su febril locura!
¡Negó al Señor, el Rey de lo creado!
¡Renegó del Criador la criatura!
Él, miserable siervo del pecado,
ardiendo en saña y en soberbia impura,
¡no hay más Dios, exclamó en su desatino,
ni más ley ni más freno que el destino!

¡El destino! Dios ciego que un demente
a su antojo formó, como él pequeño;
monstruosa creación de insana mente,
mentida sombra que abortó un ensueño:
al bien como a los males impotente,
mirando sin favor ni torvo ceño
al vicio y la virtud, y así al verdugo
como al que expira so el infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera
es do tiene la muerte su dominio;
divinidad terrífica que impera
sobre campos de sangre y exterminio:
monstruo devorador, cuya hambre fiera
no saciada en el lúgubre triclinio,
le impele a devastar con ciego encono,
y asienta entre cadáveres su trono.

Si a todo pone fin la cruda muerte,
¿a qué el renombre que el mortal ansía?
Si todo ha de parar en polvo inerte,
¿a qué tanto anhelar, tanta agonía?
¿Para qué la virtud del varón fuerte?
¿Para qué la inspirada poesía?
El numen de los cantos inmortales
¿qué busca en tan desiertos arenales?

¿Dejó su asiento en el sublime coro,
abandonó las salas diamantinas,
para cernerse acá con triste lloro
sobre desolación, luto y ruinas?
Y el eterno laúd de cuerdas de oro,
las armonías del Edén divinas,
¿qué entonces fueran, sino duelo y llanto,
digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona
al cerrar a la luz sus tristes ojos;
de fúnebre ciprés mustia corona
que anuncia de la muerte los despojos;
viento que gime en solitaria zona
entre zarzas estériles y abrojos,
¡sin hallar una planta, un eco amigo
que repita su voz y le dé abrigo!

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra,
sin la luz de la antorcha soberana,
sin el raudal de júbilo que encierra
la fuente pura de la FE CRISTIANA?
Muévenle sus pasiones cruda guerra,
y si la débil fortaleza humana
opone sólo a su tremendo embate,
¿cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno,
con la savia del sol vivificante,
gala y orgullo del pensil ameno,
crece olorosa y bella y rozagante;
trasplantada después a suelo ajeno
pierde su esplendidez, su olor fragante,
y a darle nueva vida, extraño fuego
nunca es bastante, ni amoroso riego;

así el débil mortal a la flaqueza
del propio corazón abandonado,
camina de este mundo en la aspereza
de negras sombras y de horror cercado;
víctima del temor y la tristeza,
con la ominosa carga del pecado
pesando siempre en los cansados hombros,
se arrastra entre zarzales y entre escom-
[bros.

Que es su fe vacilante, su amor frío,
su caridad mezquina y limitada,
su pensamiento el caos o el vacío,
tinieblas el fulgor de su mirada:
su ardimiento temor, flaqueza el brío,
miseria su ambición, ¡su ciencia nada!
Júzgase un dios en su delirio insano,
¡y ante el trono de Dios es un gusano!

Todo lo que su escasa inteligencia
crea, pasa veloz. De cien naciones,
¿dónde ahora la fama y prepotencia?
¿Qué fué de los temidos Faraones?
¿Qué del griego poder, la clara ciencia?
Imperios y ciudades, religiones,
y leyes y costumbres, ¿dónde fueron?
¡Ay, en polvo fugaz se convirtieron!

Del Eufrates undoso en la ribera
acaso busca el docto peregrino
dónde fué la metrópoli altanera
del vasto imperio del famoso Nino:
restos, cenizas fúnebres doquiera
embarazan el lúgubre camino,
y el eco de su voz sólo retumba
so el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo y llanto y desventura
en las tinieblas de la noche humana;
el mundo era una vasta sepultura
do reinaba la muerte soberana:
cuando tú, Sumo Dios, tú, fuente pura
do la santa verdad copiosa mana,
del Sinaí celestial bajaste al suelo
a darnos en tu ley vida y consuelo.

Lucha en vano el error. Hombres os-
[curos
se lanzan a la lid con faz serena:
«¡Morir para vencer!», gritan seguros,
y en sangre bañan la ominosa arena;

ya tiemblan los satélites impuros
al ver el entusiasmo que enajena
a las sagradas víctimas, y el fiero
dejan caer, ensangrentado acero.

Y no sólo los fuertes campeones
arrostran el poder de los tiranos;
las vírgenes de tiernos corazones,
las esposas, los débiles ancianos,
inermes al furor de los sayones
se entregan, y a los tigres africanos;
¡y la madre tal vez en santa ofrenda
presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz. Llegó a su complemento
la humanidad maldita y degradada;
la tierra, el mar, los ámbitos del viento
repitieron la *nueva deseada:*
y del báratro al fondo turbulento
la falange de espíritus malvada,
huyendo se lanzó del numen fuerte,
único triunfador contra la muerte.

¡Bella, inmortal, benéfica, divina,
omnipotente fe, siempre triunfante!
Del alma fortaleza diamantina,
que miedo infunde al infernal gigante;
fuente de amor serena y cristalina
que ofrece grata sombra al caminante,
y con sus puras ondas le convida
en medio del desierto de la vida;

faro amigo que surge en lo lejano
al náufrago infeliz en noche oscura,
cuando rugiendo airado el Océano
y llena el alma de mortal pavura,
en vano esfuerza la cansada mano
a luchar con su indómita bravura,
y al ver la luz en la ribera ansiada
cobra vigor y con aliento nada;

sublime fe, del hombre compañera;
a sus trémulos pasos docto guía;
única luz de claridad sincera,
única inspiración que no extravía:
único amigo cuya voz severa
nos consuela y ampara en la agonía,
mostrándonos risueño en lontananza
el puerto que soñó nuestra esperanza:

¡Salve, pura centella desprendida
del foco inmenso de la eterna lumbre!
¡Salve, perenne manantial de vida
que brotaste del Gólgota en la cumbre!
Tú eres el ígneo rayo que intimida,
el iris de la paz y mansedumbre,
de todo bien generador fecundo,
¡ciencia, virtud, poder, alma del mundo!

EPÍSTOLA

EPÍSTOLA

AL SR. D. FERNANDO DE LA VERA ISLA-FERNÁNDEZ [43]

PARA QUE SIRVIESE DE INTRODUCCIÓN A SUS ENSAYOS POÉTICOS (1)

I

Al recorrer los versos que me envías,
Fernando, en el jardín de mi memoria
el árbol inmarchito del recuerdo
entre dolor y júbilo retoña.
En vasto panorama a mis pupilas,
aunque a par con dos lágrimas, se agolpan
todos aquellos sueños de luz y oro
que nuestra juventud engendró loca.
Me parece que, vuelto a aquellos días,
vuelvo, Fernando, a las alegres horas
de aquella vida sin pesar ni afanes,
como audaz e insaciable, vigorosa.
Entonces, al umbral de la existencia,
ajenos a sus duelos y zozobras,
como florido Edén la contemplábamos,
ricos de juventud, ansios de gloria.
Entonces, en quiméricos fantasmas,
que el desengaño desvanece ahora,
creyendo aún, cantábamos la dicha,
flor que jamás sobre la tierra brota,
flor que sólo produce el paraíso:
el hombre de ella solamente goza
el lejano perfume, la esperanza
que el erial de su existencia aroma.
A la influencia del fecundo ambiente
que embalsama su soplo, nuestras obras
germinan, y después tras de nosotros
quedan, cual de los árboles las hojas
sobre el haz de la tierra; a éstas el viento
en átomos vivíficos las torna:
aquéllas, por el tiempo arrebatadas,
tal vez dan frutos en la edad remota.
Ya sabes mi opinión: no me preguntes
si puedes a tus versos dar la forma
de libro, y a luz pública lanzarlos;
del árbol de tu vida son las hojas
y tras ti quedarán; átomos tuyos,
ya del acíbar de tu pena gotas,
centellas de tu fe, de tu mal lágrimas,
fuerza será que el tiempo los recoja;

(1) Esta obra se vende en la librería de Hidalgo y Compañía, rue Pavée Saint-André, n.° 3.

más pronto, si los lanzas en un libro,
más tarde, si al azar los abandonas;
porque todo en el tiempo se confunde,
mas nada en él se pierde ni se borra.
Lánzalos. ¿Para qué los has escrito?
¿Para aliviar no más las melancólicas
horas de tu dolor? Siempre habrá un triste
que su dolor para aliviar los coja.
¿Para arrojar de ti los pensamientos
que en la mente fecunda te rebosan?
Siempre ha de haber alguno a quien le
[falten,
que no andan en el siglo tan de sobra.
Lánzalos: y aunque sea solamente
porque las aguas de tu FUENTE corran,
hazlos correr, que en sus corrientes linfas
ha de aplacar su sed más de una boca.
¡Con qué placer la mía he aplicado
al raudal cristalino de sus ondas!
Otros habrá que como yo las beban,
porque son, ¡a fe mía! muy sabrosas.
¿Temes tal vez la crítica? Tus versos
sin pretensión sus iras no provocan:
son de tu triste corazón suspiros,
ella carece de él y se hará sorda.
Lanza tus versos a la luz, Fernando:
hoy, que la triste enfermedad te agobia,
los dolores del cuerpo miserable
con el vigor del ánimo sofoca.
Lanza tus versos a la luz, Fernando:
en la región de América te nombran
con placer todavía: sus periódicos
aún hoy tus cantos juveniles copian.
Tu nombre un tiempo se escribió entre
[nombres
en nuestra patria célebres ahora,
y aún hay quien halle con placer el tuyo
como un amigo de la infancia. Torna,
pues, a las letras que olvidaste un día
por la estéril política enojosa:
vuelve a la poesía, de las penas
de esta vida mortal consoladora.
Aprovecha tus viajes y experiencia:
y pues tu nave a tan diversas costas
impelió la fortuna, al son del arpa
tus recuerdos poéticos evoca.
Haz como yo, que vivo sin pesares
en el risueño Edén de mis memorias,
y mi mal y mis duelos poetizo
y todo por doquier se me transforma
en bienandanza y en placer, y el cuerpo
flaco cuyo vigor el tiempo agota,
yace a sus pies esclavo del espíritu,
y el alma reina en él libre, despótica:
y de todo me sirvo, y me aprovecho
de cuanto hallo, y mi ser con todo goza,
y es para mí la tierra un regio alcázar,
el cielo un pabellón y el sol su antorcha.
Así a mi cuerpo, como el tuyo frágil,
avasallo y la vida no me enoja,
pues todo en ella a mi deleite sirve
del alto alcázar a la humilde choza.
¿Quieres saber lo que en la Flandes hago?
Lo que ha tres años por doquier: mi obra
avanzar de Granada. A emprender iba
la relación sombría y desastrosa
de la postrer catástrofe, que el genio
del Islam para siempre hundió en la som-
[bra
del vencimiento, y me era necesario
buscar mi inspiración bajo una atmósfera
lúgubre, fría, inerte, bajo un cielo
cuya plomiza y aplanada bóveda
me arrancara un suspiro como el último
que exhaló Boabdil por su corona.
En esta Flandes, española un día,
hallé lo que buscaba: silenciosa
tranquilidad, prosaica existencia

que excite las poéticas memorias
de la oriental España; y aquí marcha
mi árabe carabela viento en popa:
pueblo aquí mi fantástico universo
de miles de quimeras incorpóreas,
que me acompañarán mientras que viva
tornando en poesía la vil prosa
de esta vida de goces materiales,
de cálculo y de niebla, que sofoca
la fe, la inspiración, la poesía,
los instintos del alma generosa,
que la mansión mortal no considera,
cual esta gente ruin, como una lonja.
Hago, en fin, lo que todos: fumo y bebo
en el flamenco cabaret: mas brota
de mí la poesía a pesar mío
y voy al cabaret como iba Hoffmann.

II

¿Visitaste la Flandes algun día,
Fernando? ¿Cobijaste la cabeza
bajo la ahumada bóveda sombría
de un cabaret flamenco?... ¿En esa pieza
cuya atmósfera espesan a porfía
el vapor del tabaco y la cerveza,
el olor de las cubas y el aliento
de la gente que llena el aposento?

Pues bien, es un lugar en donde el ruido
que la apiñada multitud excita,
el calor del ambiente enardecido,
que los quinqués opacos debilita,
y la inquietud con que entre aquel tupido
velo de humo el público se agita,
la fiebre en los cerebros introduce
y el mareo del vértigo produce.

Mas en estas nocturnas reuniones,
en donde sin tumulto ni entusiasmo
se fraguaron tal vez conspiraciones,
donde a través de este aire de marasmo
exterior, han surgido creaciones,
que el mundo intelectual miró con pasmo,
hay, Fernando, a fe mía una secreta,
profunda inspiración para el poeta.

En aquellas flemáticas figuras
que se envían en calma gravemente
el humo unas a otras, las pinturas
de Teniers reconoces; de esa gente
en el habla, ademanes y posturas,
un no sé qué de vago, indiferente
hay, que sus personajes asemeja
a los de una fantástica conseja.

No aquí como en las fiestas tumultuosas
de la gente oriental de nuestra tierra,
se mezcla todo el mundo, estrepitosas
disputas se arman y se toca a guerra;
con su par cada cual trata sus cosas
aquí, en sí mismo cada cual se encierra,
y sólo con su pipa y con su vaso
de los que en torno tiene no hace caso.

Quién, al amigo que le escucha atento,
cuenta las amarguras de su alma
con ademán apático y acento
sordo, apretando en la callosa palma
el horno de la pipa; quién, contento,
libre de penas, con la misma calma
del *faró* sorbe el espumoso zumo
enviando al techo bocanadas de humo.

Quién, que, bajo la frígida corteza
de su apatía nacional, ardiente
encierra un corazón que la fiereza
de un imposible amor sufre valiente,
le pretende anegar en la cerveza

con aire al parecer indiferente,
y roe su pasión que no disipa
el hirviente licor ni la honda pipa.

El empírico ateo, el atrevido
conspirador que aguarda al emisario
del extranjero club, el distraído
filósofo alemán, el visionario
romántico poeta, el aburrido
comunista sin renta ni salario,
como si un mismo ser les diera un alma
beben y fuman con la misma calma.

Yo, que sin ser filósofo profundo
ni observador fanático, poseo
el don de curiosear, y por el mundo
como simple curioso me paseo,
y mis castillos en el aire fundo
con lo que atento escucho y mudo veo,
asisto al cabaret, porque allí dentro
a mi curiosidad pábulo encuentro.

Del pueblo en donde estoy los caracteres
aquí se me revelan verdaderos,
del pueblo en que las penas y placeres
en realidad existen. Los obreros
vienen aquí al salir de sus talleres,
los ricos fabricantes, los renteros,
los que compran, en fin, dinero en mano
el sudor y el talento de su hermano.

El mundo que con fe la verdad trata
porque le vale o cuesta su dinero
salud u honor; el que al placer con grata
satisfacción se entrega, y verdadero
llanto vierte en el duelo que le mata:
el que, a ambición política extranjero,
por sus negocios e interés calcula,
mas con el bien ajeno no especula.

Lejos de embaucadores agiotistas
que colman las doradas sociedades
y espléndidos cafés: de los bolsistas
que vacian con vacías novedades
las bolsas de los tontos, de estadistas,
que ciegos del Estado a las verdades,
con sus combinaciones y doctrinas
los reinos cubren de miseria y ruinas.

Ese mundo es el mismo en todas partes:
es la historia del frac y la corbata:
la *soirée* el lunes, el *raout* el martes,
beneficencia pública, inmediata
protección a las letras y a las artes,
lujo, comodidad, vida barata
para todos, progreso, ciencias, luces...
¡Arranque de caballos andaluces!

Después de estos principios retumbantes
de bailes y esplendentes regocijos,
en que se han prodigado los brillantes,
cortesanos saludos y prolijos
codazos, queda todo como antes:
ni tiene el pobre pan para sus hijos,
ni, a pesar de la gran beneficencia,
sale el pueblo infeliz de la indigencia.

No busca en ese mundo barnizado
su inspiración la noble poesía;
allí está el hombre asaz desfigurado
de como le hizo el Criador un día.
Siempre un abismo entre ellas han hallado
la verdad y la falsa teoría:
siempre, dice el refrán, hay largo trecho
de todo lo que hay dicho a lo que hay hecho.

Yo prefiero otro mundo más cercano
de la madre común Naturaleza;
arrojar por el traje más galano

no puede el hombre su mortal corteza;
lucha la dama por doblar en vano
con diamantes y blondas su belleza:
su rico velo de flotantes rizos
da realce mayor a sus hechizos.

Yo busco los tocados y los trajes
poéticos que pueblan las campiñas,
lo mismo en las Américas salvajes
que de Champagne entre las cultas viñas;
desde las blancas tocas sin encajes
de la pastora Suiza y las basquiñas
plegadas de Aragón, hasta el pañuelo
con que ciñe la negra el rizo pelo.

Otros, ansiando renovar el mundo,
en academias mil oigan lecciones:
yo mi saber y mi delicia fundo
en oír las sencillas relaciones,
con que los pueblos, sin saber profundo,
saben contar su historia y tradiciones:
mejor juzga la gente de estas tierras
que la historia mejor de nuestras guerras.

Por eso paso las nocturnas horas
en el flamenco cabaret, del humo
entre las ondas pardas o incoloras
visiones viendo que crear presumo,
o haciéndome narrar encantadoras
populares leyendas mientras fumo,
o relatando yo las mil que encierra
el oriental rincón de nuestra tierra.

En aquel aposento separado
que se ofrece al curioso forastero,
o a la pareja a quien amor vedado
está por un celoso cancerbero,
en aquel aposento decorado
con lujo no, mas sí con limpio esmero,
es, oh Fernando, donde yo me instalo,
y al estilo flamenco me regalo.

Aquí es donde al amor de un manso fuego
el grato aroma del café respiro:
aquí en las ondas del olvido anego
mis pesares, al par que el humo aspiro
en turca pipa del tabaco griego:
y cual Hoffmann fantástico me inspiro,
y evoco las poéticas visiones
hijas de nuestras cálidas regiones.

Pero de mis delirios no hagas caso,
¡oh Fernando! no hay llama que encienda
nuestra apagada juventud: escaso
de fuerza ya, es inútil que pretenda
henchir la pipa ni apurar el vaso;
lo que te cuento es sólo una leyenda,
mas que te prueba que la vida mía
hechiza por doquier la poesía.

Invócala tú, pues, y tus dolores
conjura con la cítara, y tus males
ahuyenta con tus cánticos: de flores
ciñe otra vez tu sien, los arenales
deja de la política y mejores
horas tendrás: y en goces ideales
tu celestial espíritu embebido,
de tu cuerpo el dolor dará al olvido.

Remitirte un buen prólogo quisiera
para tu libro: mas mi pluma ahora
alguna sura del Korán te diera
tal vez, pues Boabdil la ha vuelto mora;
mas en este papel mi fe sincera
te muestra bien lo que tu fe no ignora:
que te amó en la niñez, que aún te ama
y AMIGO aún mi corazón te llama.

UNA HISTORIA DE LOCOS

UNA HISTORIA DE LOCOS

UNA HISTORIA DE LOCOS

CARTA-CUENTO QUE SIRVE DE PROSPECTO Y DE PRÓLOGO AL

CUENTO DE CUENTOS [44]

MIL LEYENDAS GRANADINAS

AL SEÑOR

D. MIGUEL LAFUENTE ALCÁNTARA

AUTOR

DE LA HISTORIA DEL REINO DE GRANADA

¿Qué es de mí, me preguntas, caro amigo?
¿Por qué, dejando nuestro alegre suelo,
bajo el cielo de Francia busco abrigo?
Nuevas de mí con cariñoso anhelo
me pides... ¡ay de mí! yo de mí mismo
tres años ha que se las pido al cielo.
Tres años ha que en brazos de la suerte
llevar me dejo, y por el mundo vago
como átomo perdido, y voy inerte
sin pedirme razón de lo que hago.
Me acusas de indolencia, de egoísmo,
de ingratitud, de olvido..., y en el nombre
de tu amistad reclamas el derecho
de descender de mi sombrío pecho
hasta el callado y tenebroso abismo.

Tienes razón, Miguel: tu noble mano,
que disipa la niebla en que la Historia
envuelve de los tiempos el arcano;
tu mano varonil que, asiendo un día
de la verdad la luminosa tea,
se dignó conducirme
por el morisco espléndido recinto
de la Alhambra encantada,
y a través del florido laberinto
de los cármenes frescos de Granada,
tiene derecho a descorrer ahora
las tinieblas de un alma, en la que un día
luz derramó tu ciencia indagadora:
luz como la del sol, fecundadora,
de mi fe germen, de mi numen guía.

Mas hácesmo a la par tantas preguntas,
tan precisas, tan íntimas, que creo
no poder contestar a todas juntas,
por más que lo procure mi deseo.
Quieres saber dó estoy, en qué me empleo;
por qué abandono nuestra dulce España;
si riqueza o placer, duelo o hastío
me obligan a vagar por tierra extraña;
si, ahogado para siempre el canto mío,
no alzaré ya mi voz al son del río
que los vergeles de la Alhambra baña.
Quieres saber si espléndida fortuna
de mis hogares para bien me aleja,
o si anuda mi féretro a mi cuna
misteriosa desgracia o importuno
afán que mudo en mi pesar me deja.
Quieres, Miguel, que, si por caso alguno
favorable o fatal, la vida mía
cambia y empieza para mí otra era,
antes de sepultar uno por uno
los dulces sueños en que ayer vivía,
antes de que me lance en la carrera
de mi segunda edad, te dé siquiera
un hilo conductor que sea guía
del laberinto de mi edad primera.
Quieres, en fin, el pliegue más espeso,
el rincón más recóndito y profundo
ver de mi corazón y mi memoria,
y de tu tierno afán en el exceso
conocer de mi espíritu la historia,
con intención tal vez de darla al mundo.

Mas yo no tengo historia. Sepultado
en mi cámara siempre y circuído
de fantásticos seres, he vivido
de sus sombras no más acompañado,
con ajenas historias divertido,
y a enidados ajenos entregado.
He sentido pesares y amarguras:
mas ¿quién hay, si nació, que no las sienta?
He corrido peligros y aventuras:
mas en época tal ¿quién no las cuenta?
Tú crees que una razón desconocida
a la halagüeña sociedad esquivo
me hizo y huraño, que a enterrarme en vida
me obligó acaso roedor hastío,
que me hizo aborrecer las diversiones
de un mundo para mí *sin ilusiones*,
como hoy se dice, y por el cual, mancebo
siendo y social y juguetón y activo,
viví, torvo poeta del Erebo,
ocupado en forjar obras horrendas
que, en nueva forma y en estilo nuevo,
dieron al mundo en páginas tremendas
sangrientos dramas, bárbaras leyendas,
narraciones de impíos sacrilegios,
visiones y nefandos sortilegios,
cosas que el vulgo vil halló estupendas.
Dícesme que sospechas algún caso
siniestro en mi niñez acontecido,
sólo de mi familia conocido;
alguna herida en el honor acaso,
resentimiento de amor propio herido,
un odio o un amor sin esperanza
de conseguir jamás perdón u olvido,
recompensa o venganza,
que me tuvo del mundo retraído:
mas en verdad te digo que te engañas,
que sueñas lo que no es, amigo mío;
no hay en mi vida fábulas extrañas,
ni mis costumbres con el mundo hurañas
menos son hijas de precoz hastío.
Yo no soy de esos mozos mentecatos
de *ilusiones perdidas* y alma seca,
que nacieron ayer, y ya insensatos
decrépitos se creen; en mí no trueca
la romántica moda las edades:
y aunque no vigorosa, sino enteca
por mi constitución y cualidades

físicas, y a pesar del siglo necio
que palpa semejantes vaciedades,
mi juventud es juventud: es recio
mi corazón y joven todavía
y no me cansa la existencia. Aprecio
la esencia que el Señor puso en la mía,
y en mi fe le bendigo humildemente
al sentir que en mi pecho y en mi mente
un alma no se encierra inerte y fría,
que el bien no goza y el placer no siente.
La soledad, Miguel, en que he vivido
hija no más de la costumbre ha sido;
y, libre del poder de otro misterio,
mi carácter no más ha sucumbido
de la costumbre al poderoso imperio.
Dícesme que al leer de mi poema
los cantos que te envié, te ha sorprendido
la fe tenaz, supersticiosa, extrema,
el entrañable e infantil cariño,
la adoración con que hablo de Granada,
que no es al cabo la ciudad amada
donde nací y pasé mi edad de niño.
Tienes razón, Miguel; defecto es ese
de mi obra miserable, que revela
algo de misterioso, aunque me pese
tal confesión; pero en verdad te digo
que no me pertenece ese secreto.
Es una historia ajena a la que abrigo
presta mi corazón, y que conmigo
va siempre como mágico amuleto,
cuyo poder al cielo me hace amigo.
Yo te la contaré más adelante,
de tu curiosidad pues es objeto,
y a mi vida volvamos un instante.
No, no hay en ella nada que acreciente
su valor para el vulgo, ni un ambiente
dramático la envuelve bajo el velo
del misterio que crees. Breve y sencilla,
aunque cual breve triste, es solamente
la de un oscuro hidalgo de Castilla
que, último de su raza, en otro suelo
busca otro nuevo hogar, busca otra gente
a orillas de otro mar, bajo otro cielo
do su pasado mal no halle presente.
No voy en pos de recompensa alguna,
ni de fortuna en pos más venturosa:
yo no busqué jamás a la fortuna.
¿Amiga al fin me buscará? Lo ignoro.
Yo he visto a esa inconquistable diosa
seguirme pertinaz desde la cuna;
me ha ofrecido mil veces amor, oro,
aplauso, gloria, vanidad, decoro,
todo..., y la he dicho desdeñoso: «Pasa:
nada te pido; tu favor no imploro.»
¿Por qué? He aquí la historia de mi casa:
la historia que tú crees maravillosa.
Óyela, y sal de tu ilusión.

—Un día,
de mi paterno hogar ante la brasa
mustia, que chispa a chispa se extinguía
de la desgracia al soplo, reunidos
los solos cuatro seres bien unidos
de mi familia estábamos. Mi madre,
alma llena de amor y de ternura,
para quien todo el mundo se encerraba
en mi profundo amor y el de mi padre.
Débil mujer, mas tipo de hermosura
meridional, de raza verdadera
española: ojos negros, tersa frente,
boca fresca de enana dentadura,
suave acento, sonrisa cariñosa,
tez pálida, morena y trasparente,
aguileña nariz, breve cintura,
casta y noble expresión, marcha ligera,
pequeñísimos pies, corta estatura,
y coronada, en fin, de fabulosa
negra, riza y sedosa cabellera,

que envolvía sus hombros abundosa,
y la medía, en pie, la talla entera.
Frente de ella, mi padre, magistrado
recto, conocedor de los secretos
del turbulento y anterior reinado,
que de expirar entonces acababa
con la vida de un rey y que dejaba
los españoles ánimos inquietos,
en sombrío silencio meditaba.
A su lado un severo sacerdote,
hermano de mi madre, amontonaba
los extraviados palos del manojo
que ardía en el hogar: y en medio de ellos
su silencio y tristeza con enojo
viendo y con inquietud, yo, casi niño,
la moribunda llama contemplaba,
teniendo asida con filial cariño
la mano que mi madre me alargaba.
Era una triste y dolorosa escena
cuya acción en palabras todavía
ningún actor interpretado había;
pero la angustia de que estaba llena,
de los cuatro en la faz se traslucía.
Era noviembre; el sol en el ocaso
doraba con sus rayos postrimeros
el cielo de Castilla, frío y raso;
el viento del otoño, de sus galas
despojando la olmeda, cual plumeros
de militares cascos, sacudía
con furia de los árboles las copas;
y de su soplo ronco entre las alas,
que el hielo del invierno nos traía,
la tempestad política venía.

En la empedrada calle oyóse a poco
el trote de un caballo:
sonoro el eco del herrado callo
de aquel bridón que estrepitoso llega
resonó en el portal de nuestra casa,
y su crujiente son, último y lento,
retumbó por la cóncava bodega
expirando en el último aposento.
Cual por impulso eléctrico impelidos,
todos cuatro a la par abandonamos
nuestro abrigado asiento,
y a la escalera y al balcón, movidos
por el interno afán, nos asomamos.
Mi padre, en cuyo pecho tuvo asilo
el valor más sin tacha (¡todavía
me parece que le oigo y que le veo!),
con voz serena y corazón tranquilo
dijo: «No os azoréis; es mi correo.»
Era, en efecto, el nuestro que venía
de la ciudad cercana. Rompió el sobre
de las cartas mi padre: leyó en calma
las nuevas de la corte que le envía
un amigo leal, mientras el alma
de mi angustiada madre,
que por leer también se la aproxima,
con afanosa incertidumbre lucha;
y al fin, vuelto al hermano que le escucha,
dijo: «Ya está la tempestad encima.»

Aquella noche y antes que la luna
en el cielo brillara, previnimos
nuestros viejos caballos, y oportuna
la ocasión escogiendo en que la gente
se reunía a comentar las nuevas
recibidas, del pueblo nos salimos,
y a comenzar las dolorosas pruebas
de una guerra civil nos dispusimos.
La nueva aurora nos halló muy lejos
de nuestro extinto hogar, y otras extrañas
riberas y el favor de amigos viejos
nos dieron un abrigo en sus cabañas,
entre los enebrales y los tejos
de sus desiertas y ásperas montañas.
Después..., de nuestro siglo las tormentas
que hasta su oculta soledad llegaron,
los padres y los hijos dividieron,

y al mundo divididos nos lanzaron,
como átomos de polvo que arrebata
el huracán, cuyos gigantes brazos
el torbellino asolador desata;
como restos de nave sumergida
que entre las ondas de la mar se anegan,
que en el naufragio errantes se desunen,
y que, aunque todas a la playa llegan,
nunca más en la playa se reúnen.
Transcurrieron diez años;
en ellos..., ¿quién ignora los prolijos
duelos y los amargos desengaños
que apuramos los padres y los hijos
en nuestra inquieta y desacorde España?
Tres veces en los cuatro postrimeros
metió la impía muerte su guadaña
en mi paterno hogar, y en él su saña
tres veces encendiendo sus flameros,
alumbró tres cadáveres. Mi madre
fué la primera que cayó a los filos
de su hierro fatal: luego su hermano,
que oyó su confesión; después mi padre,
por los pesares y la edad anciano.
¡Gérmenes de mi ser, dormid tranquilos
y velad por mi mísera fortuna
en esta patria del dolor humano,
hasta que a vuestro polvo me reúna
el Dios que nos sacó del polvo vano!
Sólo restan, Miguel, breves renglones.
A su fe y su pendón leal mi padre
se arruinó en la política contienda:
yo, por salvar su honor, vendí mi hacienda...
¡Dios la dé un dueño que mejor la cuadre!
Oré al umbral de su mansión mortuoria,
de su triple ataúd guardé la llave,
y abandoné un país do su memoria
poseía no más. Tal es mi historia.
¡A Dios el porvenir, que es quien le sabe!

—

Pasemos a otro asunto. Va de cuento.
Paseábame yo un día
por la ciudad que vió mi nacimiento,
Valladolid, hoy triste y silenciosa,
en otro tiempo alegre y bulliciosa,
y de la corte de Castilla asiento.
Paseábame, digo,
por su antiguo Espolón, solo y apático,
deseoso de hallar algún amigo
con quien trabar conversación sabrosa,
cuando vi que a propósito
me deparaba Dios el más simpático,
el más leal de los que allí tenía,
que allí de paso como yo vivía,
de chistes amenísimo depósito
y elegante doctor homeopático,
amigo de la dulce poesía.
Tendíle al punto y con placer la mano,
y él, con jovial semblante,
con el cariño franco de un hermano,
enlazando su brazo con el mío
«te buscaba, exclamó, y hace un instante
que habiéndome indicado que hacia el río
te vieron descender, calle adelante,
te seguía los pasos.
—En buen hora
me encaminé, repuse, a esta alameda
donde tu compañía me procura
esa feliz casualidad. Me queda
sólo el temor ahora
de que sea algún mal lo que te obliga
mis huellas a seguir con tal premura.
—No sé lo que te diga,
dijo el doctor. El caso tanto tiene
de bien como de mal.
—¿Qué es, pues, el caso?
¿Un nuevo autor que me dedica un drama?
¿Unos versos de un chico que me quiere
leer su padre? ¿El *álbum* de una dama?

¿Un convite tal vez? ¿Un desafío?
¿Una apuesta? ¿Un ensayo?
—Nada de eso:
es un enfermo mío
a quien, de mi amistad en un exceso,
te ruego que visites.
—¿Estás loco,
doctor?
—Él es quien ha perdido el seso.
—¿Es un demente?
—Sí: pero tranquilo
ahora, está en su lúcido intervalo:
seis días ha que le dejó el acceso.
—¿Y dónde vive?
—¡Toma!, en los Orates.
—¡Pues háblale del palo
al que espera sentencia de garrote!
—¿Pues qué hallas que te espante?
—¡Friolera!
¿Pues no quieres, doctor, que me alborote
si me pones el ánima en un hilo
metiéndome en la casa en que me espera
de los poetas el postrer asilo?
—Poeta es, en verdad, del que te hablo.
—¿Y quieres para hacerle compañía
enjaularme con él? ¡Por vida mía!,
creo, doctor, que te aconseja el diablo.
—No, sino Dios tal vez; en mi experiencia,
creo que ha de influir profundamente
de su mal en alivio tu presencia.
—¡Pues tendría que ver!
—Oye en paciencia
y hablemos, si te place, seriamente.
—No deseo otra cosa.
—Pues escucha.
El doliente en cuestión es un mancebo
a cuya triste y liberal familia
mil atenciones desde niño debo.
Ha un año que de Orates en la casa
tuvieron que encerrarle, y aunque sufre
terribles crisis, de descanso goza
cuando el furioso acceso se le pasa.
Él mismo entonces de su mal se duele,
se conoce, y suplica
que en la crisis fatal no le abandonen;
y en sus días serenos
a escribir se dedica
unos cuadernos de tachones llenos
que guarda con afán, sobre los cuales
en silencio tenaz jamás se explica,
y los defiende siempre con empeño,
en calma o crisis, en vigilia o sueño.
Yo no sé quién le dijo el otro día
que en la ciudad te hallabas,
y bien porque tu nombre conocía
o porque le excitó nueva manía,
porque le dejen visitarte clama,
y dice a todos que si de él supieras,
tú mismo al punto a visitarle fueras,
y sin cesar te llama.
Dice que has sido tú de su demencia
la causa involuntaria; que tú sólo
le puedes aliviar con tu presencia,
y que cristianamente
todo el mal que le has hecho te perdona,
porque tú solo puedes a su frente
ceñir si quieres inmortal corona.
Yo te suplico, pues, que me acompañes
a verle, y compasivo y generoso
la manía le sigas y le engañes,
para darle a lo menos,
ya que no la salud, algún reposo
en los días que Dios le da serenos.»
Dijo y calló el doctor. ¿Podía, acaso,
negarme a hacer un bien que iba sin duda
a costarme tan poco?
Vamos, dije al doctor: y a largo paso

dirigimos los nuestros hacia Orates,
el deseo a cumplir del pobre loco.

—

Era un mancebo pálido que apenas
en los seis lustros de su edad rayaba,
y en cuyos ojos negros chispeaba
el fuego de la fiebre en que su mente
ardía y su existencia devoraba
con sus vigilias de delirios llenas.
Ya una arruga precoz se señalaba,
sombría dividiéndola, en su frente:
y a través de la mate y trasparente
piel de sus sienes, de sus amplias venas
el enramado azul se dibujaba.
La vaguedad de su mirada errante,
por la enérgica fuerza contenida
de su empeñada voluntad constante,
la árida sequedad, la contraída
sonrisa de sus labios, a su boca
y a su expresión prestaban cadavérica
y extraña rigidez, falta de vida,
que vendía traidora a cada instante,
con repentina contracción o amago
de involuntaria carcajada histérica,
la violenta y aparente calma
con que ansiaba en su lúcido intervalo
encubrir el desorden de su alma.

Tendióme el infeliz su ardiente mano:
me contempló un momento con ternura
murmurando: «Sí, él es; bien le recuerdo»,
y me cedió su asiento cortesano,
diciéndome con íntima dulzura:
«Ya le habrán dicho a usted que yo estoy
[loco:
es la verdad; mas lo que usted ignora
es que es usted la causa
del mal horrible que mi ser devora.»
Yo callé, y él siguió tras breve pausa.

«Yo, como usted, aunque con otra suerte,
nací en Valladolid; somos paisanos:
tal vez, ¡sábelo Dios!, somos hermanos;
tal vez más..., porque el mundo es un
[abismo
de misterios, que el hombre no penetra
y cuya realidad jamás advierte.
Tal vez somos los dos un hombre mismo:
mas cuya esencia entre ambos dividida,
de ella le han dado a usted la parte buena,
la más noble y brillante, la más fuerte,
la de deleites y venturas llena;
es decir, la salud, la inteligencia,
la fe, la acción, el canto,
la fortuna, la gloria, en fin, la vida;
y a mí sólo me dieron entretanto
la duda ruin, la ceguedad inerte,
la enfermedad, la inercia, la impotencia,
las tinieblas, el mal, en fin, la muerte.
Yo moriré por ambos enjaulado;
usted por ambos vivirá colmado
de libertad, de gloria y de alegría,
uno siendo los dos, y de este modo
cuando a su seno Dios nos llame un día
será común entre nosotros todo;
partiremos entrambos como buenos,
de usted la suerte, y la desgracia mía.»

Yo, al comprender tan loca teoría,
de sonreír al fin no pude menos.
—«Veo que duda usted de lo que digo,
continuó; pero dígnese escucharme
unos breves instantes, y a que vea
clara, palpable mi razón me obligo.
—Hable usted, repliqué; no dudo nada
de lo que afirma usted: por el contrario,
en esa vida doble con que atada
nuestra esencia tenemos, hasta ahora
llevo lo bueno, lo feliz, lo bello,

y en el placer inmenso que atesora
bendice a Dios mi corazón por ello.
Prosiga usted; porque en verdad le digo
que le oigo con placer.
—Pues bien, prosigo.
No sé por qué fatal coincidencia
por el mismo camino, paso a paso,
ha corrido a la par nuestra existencia;
un punto no hay del universo acaso
que haya usted visitado
adonde yo después no haya llegado.
Su familia de usted tuvo en Castilla
casa: también la mía; magistrado
fué su padre de usted: también el mío;
habitó usted en Burgos y en Sevilla
cuando pequeño: yo también. Del río
Guadalquivir, del Arlanzón, del Duero,
del Pisuerga y Genil la varia orilla
que vió usted, hombre o niño, con sus [ledas
odoríferas áureas, sus olmedas
añosas, sus espesos enebrales,
ruinas, castillos, puentes, catedrales,
en mí después, como en usted primero,
inspiró a par iguales
instintos y aficiones, sentimientos
dulces y melancólicos, el mismo
sombrío y vagaroso idealismo;
y las mismas costumbres y lugares
que en nuestra infancia vimos,
las mismas tradiciones populares
y las mismas canciones y los cuentos
mismos con que en la cuna nos dormimos,
engendraron en ambos con los años
la misma gradación de pensamientos,
aunque distintos en edad y extraños
el uno para el otro siempre fuimos.
Estudios a ambos en Madrid nos dieron
los Padres Jesuítas:
a usted en su extinguido seminario
y en San Isidro a mí: y he aquí que em- [pieza
la larga serie de mis negras cuitas:
he aquí do nace el mal que involuntario
me ha originado usted, el fatalismo
que al fin me ha trastornado la cabeza.
Enviáronme mis padres a Toledo
a la Universidad; dos años antes
había estado usted: de usted me hablaron
por la primera vez los estudiantes.
Yo, como usted, vagué por las alturas
de las peñas del Tajo;
como usted admiré las esculturas
y el difuso trabajo
de nichos, agallones, sepulturas,
grecas, orlas, molduras y calados;
las techumbres de cedro, los canceles
de plata, las custodias de mil piezas,
los inmortales lienzos y tallados
bustos e inapreciables joyerías
de los altares santos; los pintados
rosetones, las moras celosías
entoldadas de ricas sederías,
las graves e imponentes procesiones
que ve Zocodover por sus balcones
colgados de sin par tapicerías.
Visité los palacios de Galiana,
el baño de la Caba, los rajados
restos del artificio de Juanelo,
de la puerta del Sol la obra africana,
las ruinas, las ermitas, las murallas,
todas las venerables antiguallas
que la imperial ciudad guarda en su seno;
cuanto puede ser hoy raro y curioso
en restos, monumentos,
cantares, tradición, historia y cuentos
vi, estudié, recogí y adoré ansioso,
con la intención de procurarme un día

con ello y con la noble poesía
un lugar en el templo de la gloria,
y universal y larga nombradía
de este mundo mortal en la memoria.
Trabajé con ardor; de claro en claro
los días y las noches me pasaba,
de los minutos en mi afán avaro.
Ya una canción mediana corregía,
ya la mitad de un cuento cercenaba,
ya cuatro versos duros suprimía,
ya entre dos o tres mil, ciento elegía,
con los cuales un tomo completaba;
y ya a darle a imprimir me disponía
cuando, ¡ay de mí!, cayéronme a las manos
los tres primeros tomos que acababa
usted de publicar, y al hojearles,
todos mis argumentos toledanos,
toda mi idolatrada poesía
en ellos encontré, y al contemplarles
calculé que los míos, mis amores,
fruto de mis vigilias y sudores,
no iban a parecer de todos modos
más que plagio, a los suyos posteriores.
Despechado lloré: quemélos todos,
y dejando las odas y canciones
pensé en mayores obras, y en tres años
tres tomos escribí de tradiciones;
mas, ¿quién previene lances tan extraños?
Ya en la corte me hallaba
y con un impresor acorde estaba
para darles a luz, cuando las tiendas
de la calle Mayor mirando un día,
ocupado en la compra de unas prendas,
vi poner el cartel en que anunciaba
usted otros tres tomos de leyendas.
Busco del editor la librería,
adquiero al punto un ejemplar, le hojeo,
y en la obra de usted absorto veo
los argumentos mismos de la mía.

Un mes estuve en cama
enfermo de pesar, llorando muerta
mi por usted asesinada fama;
empero no cedí. Busqué otra puerta
de su templo inmortal, y en meses cuatro
de trabajo febril, concluí un drama
y conmigo y con él di en el teatro.
—«¿El señor director?, dije al portero.
—Allí le tiene usted en el ensayo.
—¿Puedo entrar? —Sí por cierto, caballero.
Y en mitad de la escena, como un rayo
ciego de gozo me planté de un brinco.
Abordé al director, le di mi obra,
la tomó, la hojeó como hombre ducho,
sus páginas saltando a tres y a cinco,
y me la devolvió sin miramiento
diciéndome después: «Lo siento mucho:
pero ésta es ya una obra inadmisible.
—¿Por qué?, exclamé asombrado.
—Porque con el mismísimo argumento
de vuestro rey don Pedro de Castilla,
en la Cruz anteanoche se ha estrenado
un drama nuevo del señor Zorrilla.»
Y la espalda volviéndome en el acto,
me dejó el director estupefacto.

Otro mes me costó de calentura
semejante aventura;
mas yo ciego, tenaz, firme en mi tema,
determiné luchar con toda el alma,
y con la fe de un mártir me propuse
el argumento inmenso de un poema.
Tenía yo esta idea desde niño
y esperaba a crecer en fuerza y nombre
para emprender cuando me viera hombre
esta obra, cuyo plan desde mi infancia
idolatré con infantil cariño.
Era mi idea capital, nacida
de una superstición y en la que puse
todo mi porvenir, toda mi vida.

Velé, reflexioné, leí con calma
estudiando mi asunto:
coordiné su acción, su plan dispuse,
escudriñé de su época la historia,
y para dar verdad a su relato
los sitios de su acción decidí al punto
partir a visitar. ¡Pobre insensato!
Llego a Granada: veo, estudio, apunto,
dibujo, limo el plan, escribo un canto:
me parece la octava maravilla:
se le leo a un amigo, y con espanto
le oigo decir: «Pero, hombre, eso es lo [mismo
que lo que empieza a publicar Zorrilla.»
Congelóme la sangre un parasismo
al escucharle, y con terror profundo
comprendí que un siniestro fatalismo
me encadenaba a usted en este mundo.

Empezó a darme vueltas esta idea
en el cerebro sin cesar: el sueño
me empezó a abandonar, y los antojos
del delirio, en periódica marea,
en círculo ya grande, ya pequeño,
a girar empezaron,
a crecer y a menguar ante mis ojos
hasta que mi razón debilitaron.

Cuando en mi alcoba por la noche a [oscuras
al reposo invocaba, que me huía,
de vagas y fantásticas figuras
se poblaba su atmósfera vacía.
Ya a lo lejos, disperso en las alturas,
ya junto encima de mi pecho, hervía
todo un mundo de sombras y visiones.
¡Ay!, ¡el de mis poéticas ficciones!

Del vacío en los pliegues incoloros
veía de mis cuentos de Granada
los héroes en acción. Cristianos, moros,
ya la ciudad en fiestas, ya incendiada;
ya corridas magníficas de toros:
allí el auto de fe, la cabalgada
allá: la procesión, la boda, el duelo,
las mezquitas, la Alhambra, el mar, el [cielo.

El monje grave, la modesta dama,
la desnuda odalisca, el niño tierno:
bien, mal, vicio, virtud, en amalgama
torpe, en bullente movimiento eterno,
veía en gigantesco panorama;
y a través del tumulto de este infierno,
fijos en mí como carbones rojos
brillar de usted los pertinaces ojos.

De usted que, dél en el confín sombrío,
mi creador cerebro escudriñando,
las creaciones y el trabajo mío
iba a sus propias obras aplicando;
y este continuo vértigo, este impío
maleficio mi seso trastornando,
fué mi razón matando poco a poco;
y al fin, ya lo ve usted, me he vuelto loco.»

Calló aquel infeliz; y entre sus manos
escondiendo su rostro, la cabeza
sobre el pecho inclinó, con sus insanos
pensamientos luchando una gran pieza.
Yo, ante el extraordinario fatalismo
a que él atribuía su locura,
airado me sentí contra mí mismo;
presa mi corazón de honda tristeza,
en dos espesas lágrimas de fuego
la esencia derramó de su amargura:
dos gotas que en vapor tornadas luego,
por aquella demente criatura
a Dios llevaron mi ferviente ruego.

Alzó por fin la frente, y más sereno
el desdichado mozo, de hito en hito
me miró y exclamó: «Pues está escrito
que de usted sea de los dos lo bueno.

voy a entregar a usted un manuscrito
con mis sucesos y mis obras lleno.
Yo le autorizo a usted a que le imprima,
le publique y le venda,
si de salir a luz digno le estima:
es de mi vida la fatal leyenda.
Y pues yo para usted pienso y escribo
y nada puedo producir que suyo
no sea, tome usted: yo restituyo
mis obras a su dueño positivo.
Vaya usted hilvanando esos retazos,
y cuando haga con ellos una historia,
piense en el infeliz que sus pedazos
arrancó para usted de su memoria.»
Dijo, y al cuello echándome los brazos
se despidió con gravedad notoria,
dándome de papeles un legajo,
producto de tres años de trabajo.

Tal es, Miguel, la relación del loco:
si acaeció en verdad o en su manía
la forjó su locura, importa poco;
mas está tan ligada con la mía,
que en mi memoria con terror la evoco,
y comienza a dudar mi fantasía
si estará a dar razón de su demencia
obligada en justicia mi conciencia.

A fuerza de dar vueltas a sus solas
a esta duda fatal mi pensamiento,
de un mar de confusión entre las olas
fluctúa sin cesar mi entendimiento;
monstruo de mil cabezas y mil colas,
este vigilador remordimiento
entre sus garras mil tenaz me aferra,
mi alma atribula, mi conciencia aterra.

Hasta he llegado a creer que su relato
es el relato de mi propia vida,
y que soy la mitad de ese insensato
sola una habiendo entre los dos partida;
y en fin, por si soy él, de hacerle trato
cuanto bien pueda hacer mi alma afligida,
y a costa de cualquiera sacrificio
ver si consigo devolverle el juicio.

Para esto me aconseja y me suplica
el doctor homeópata, mi amigo
(que a estudiar estos males se dedica),
que identifique a ese infeliz conmigo;
que acepte nuestro ser como él le explica,
cual dos que a sola un alma dan abrigo,
siendo así nuestras obras y manías
las mías suyas y las suyas mías.

Yo no sé, buen Miguel, si tú me entien-
[des,
ni seguro estoy yo de si me explico;
ni sé tampoco si entender pretendes
cómo con otro yo me identifico:
mas que hechizos no son, verás, si atiendes,
ni sueños con que yo te mixtifico:
sin acudir a sortilegio alguno
desde hoy el loco y yo formamos uno.

Más claro, en fin, porque mejor lo en-
[tiendas:
yo escribía un POEMA DE GRANADA
mientras él escribía sus LEYENDAS.
Vamos, pues, a hacer juntos la jornada
y juntos a llevar nuestras ofrendas
a la ciudad por ambos adorada;
y a la par, cada loco con su tema,
él su historia la da, yo mi poema.

Él en sus MIL LEYENDAS, como en cosas
discurridas al cabo por un loco,
en narraciones mil maravillosas

cuenta su vieja historia poco a poco;
él la mece en su cuna de oro y rosas,
yo abriendo su ataúd la muerte evoco;
contrario, en fin, mi cántico del suyo,
él funda su poder, yo le destruyo.

Me pedías, Miguel, mi pobre historia
y mil voy a contarte en vez de una.
Me preguntas si ya de mi memoria
Granada se borró con la fortuna;
que me consagro ves todo a su gloria,
pues me remonto hasta buscar su cuna:
de hoy para siempre con mi suerte unida,
suya será mi voz, suya mi vida.

* * *

Encantada ciudad, cuyas historias
piden del Rey-Profeta el arpa de oro;
sultana del Genil, cuyas memorias
evoco a solas y en silencio adoro;
alcázar oriental, de cuyas glorias
envidioso está el mundo: bien el moro
dijo al decir que la mansión divina
está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo
se ve la faz de Dios que centellea:
no hay quien detrás de tu flotante velo
la omnipotencia de su ser no vea:
no hay quien escrita en tu fecundo suelo
la realidad de su poder no lea:
no hay quien contemple tu nocturna calma
sin alzarte un altar dentro del alma.

Gemela del Edén, fértil Granada,
huerto de aloes donde amor suspira,
donde va con esencias perfumada
el aura sana que en su espacio gira,
tu misteriosa soledad, poblada
de árabes genios, languidez inspira,
y no encierran los senos de tu sombra
el miedo ruin que al corazón asombra.

El canto de los pájaros canoros
que anidan en tus bosques, embebece,
el ruido de tus árboles sonoros
y de tus frescas aguas, adormece:
de tu brisa en los pliegues incoloros
extasiado el espíritu se mece:
todo reposa en ti bajo el imperio
de un oriental incógnito misterio.

¡Tierra de bendición! ¿Quién no te adora?
¡Tierra de amor donde el placer se anida,
en tus dulces recuerdos se atesora
toda la gloria de mi inquieta vida!
¿Quién de ti, si te ve, no se enamora?
¿Quién, si de ti se enamoró, te olvida?
¡Bien hizo el que a tus pies por no perderte
peleando tenaz buscó la muerte!

—

Ya sabes qué es de mí, qué es lo que he hecho
y lo que voy a hacer, ¡oh, Miguel mío!
Ya tu curiosidad he satisfecho
franqueando a tus ojos el sombrío
pavoroso recinto de mi pecho.
No olvides que estas hojas que te envío
son, para ti, de mi cariño prenda:
para Granada, de mi amor ofrenda.

GRANADA

POEMA ORIENTAL

GRANADA

POEMA ORIENTAL

GRANADA

POEMA ORIENTAL [45]

TOMO PRIMERO

PRECEDIDO DE LA

LEYENDA DE AL-HAMAR

AL SEÑOR

DON BARTOLOMÉ MURIEL

EN PRENDA DE AMISTAD

FANTASÍA

Bruselas, 21 de febrero de 1852.

I

¿Imaginas que son, Muriel amigo,
barreras para mí tiempo y distancia?
¿Piensas que porque Flandes me da abrigo
mientras tú habitas en la inquieta Francia,
mi voz no puede platicar contigo,
mi pie no puede visitar tu estancia?
¡Error!, por ti los imposibles puedo,
y aunque de Francia parto, en Francia
[quedo.

¿No sabes que el poder de los poetas
es inmenso, Muriel; que cuanto tocan
hechizan con su magia; que, sujetas
a su poder, las almas se convocan
a oírles; que con prácticas secretas
hablan con el ausente, al muerto evocan,
reedifican de un soplo las ciudades
y hacen retroceder a las edades?

¿Sus órdenes no sabes que obedecen
ejércitos de genios que a millares,
amigos por doquier les favorecen,
haciéndoles los montes y los mares
trasponer: que doquiera se aparecen
sin respetar ni tiempos ni lugares:
para quienes no hay diques, ni barreras,
policías, aduanas, ni fronteras?

¡Mísero amigo mío!, ese medroso
son que a los pies de tu callado lecho
percibes con pavor, que tu reposo
turba agitando tu apenado pecho,
no es del chisporroteo bullicioso
que alza tu lamparilla, en el estrecho
círculo ahogada del cubierto vaso:
es el rumor de mi imprevisto paso.

Soy yo, que los espacios trasponiendo,
de mi secreta magia con el arte
en alcázar fantástico pretendo
tu cairelado lecho transformarte.
Soy yo, Muriel, que, ante tu faz abriendo
su dorado cancel, voy a guiarte
a través de una espléndida morada
por misteriosos seres habitada.

Sí, soy yo quien asalto tu aposento.
Despierta, pues, la inspiración ahora
en mis entrañas inflamarse siento
con fuego creador que las devora.
Incapaz de guardar mi pensamiento
el tropel de delirios que atesora,
va a romper impetuoso sus barreras
y a lanzar en la sombra sus quimeras.

Yo, poeta que al mundo fuí evocado
del fondo de una abierta sepultura,
camino de fantasmas rodeado,
sueños de mi creencia y mi locura.
Manes que sus sepulcros han dejado
para seguirme por la tierra oscura,
conmigo van y con mi aliento aspiran,
doquier me cercan y doquier me inspiran.

Sobre sus alas con errante vuelo
los antros más recónditos visito,
de la pasada edad levanto el velo,
en sus viejos alcázares habito,
el sueño de sus héroes desvelo,
sus caballeros a la lid concito,
y al eco audaz de mi inspirado acento
acuden cabalgando sobre el viento.

A veces a la luz de las estrellas,
por una soledad no conocida
ni habitada jamás, sigo sus huellas
escuchando el relato de su vida,
en una lengua cuyas frases bellas
ûna armonía exhalan nunca oída,
y sin auxilio de palabra o letra
en mi encantado corazón penetra.

En aquellas fantásticas regiones
el tesoro riquísimo se encierra
de aquellas misteriosas tradiciones
que la historia veraz de sí destierra,
mas que de sus recónditos rincones
tenaz la poesía desentierra,
y que, al amparo de la fe y del arte,
forman en su región un mundo aparte.

Allí están las tristísimas bellezas
que lloraron incógnitos amores:
los héroes sin prez cuyas proezas
no ensalzaron jamás los trovadores:
armado el paladín de todas piezas,
coronadas las vírgenes de flores,
tendidos los de oriente sobre chales
ornados con moriscos almaizales.

Allí están las purísimas mujeres
que, encerradas en santos monasterios,
conversaron del cielo con los seres,
de la virtud sondando los misterios:
que oyeron en sus místicos placeres
de los santos Querubes los salterios

y cuyo corazón, libre de amores,
se espigó y se secó como las flores.

En medio de estos seres ideales,
que no están amasados con la escoria
de que fuimos formados los mortales,
la vanidad de la mundana gloria
desprecio, y hallo bálsamo a los males
de nuestra frágil vida transitoria,
tejido espeso de miserias largas,
de días de pesar y horas amargas.

Allí es donde, a la luz de las creencias
de nuestra infancia, quemo a las memorias
de nuestra hermosa patria las esencias
de la fragante poesía. Historias
cuyo relato embarga las potencias
son las de estas visiones ilusorias,
compañeras alegres de mis cuitas,
de edad mejor imágenes benditas.

Espíritus que en torno de mi lecho
velan y por mi bien se multiplican,
la pesadilla ahuyentan de mi pecho,
mis penosos ensueños dulcifican,
del corazón en la impureza hecho
los malignos intentos purifican,
y transforman el campo de mi mente
en un florido Edén resplandeciente.

Ellos en mis vigilias solitarias
me distraen con dulcísimas memorias,
me hechizan con sus himnos y plegarias
y a que escriba me incitan sus historias:
por sus regiones vago imaginarias,
abrazo sus visiones ilusorias,
y en otra creación, con otros seres,
paso mi vida, parto mis placeres.

Por eso elijo las nocturnas horas
para hacer el relato de mis cuentos,
labrando en las tinieblas incoloras
las torres de mis locos pensamientos.
Por eso de sus sombras protectoras,
asaltando a favor tus aposentos,
vengo a hacerte, Muriel, la pobre ofrenda
de esta loca y fantástica leyenda.

Tú que, amigo sincero, mis pesares
cariñoso y leal has consolado:
tú, que del infortunio en los azares
apoyo generoso me has prestado:
tú, que con honda fe de mis cantares
el poder misterioso has invocado
del duelo y el afán como anatema,
escucharás benigno mi poema.

Tú que sabes del mundo retirarte,
sin que pueda el turbión de sus insanos
delirios en su vértigo arrastrarte;
que de una noble sociedad de hermanos
has sabido en tu cámara cercarte
para escuchar mis cuentos africanos (1),
quiero que des tu nombre a la portada
de mi oriental leyenda de GRANADA.

¡Y ojalá dure la memoria mía
cuanto duren los siglos venideros,
y corra este papel, famoso un día,
de la tierra los ámbitos enteros,
para que desde norte a mediodía
vayan nuestros dos nombres compañeros,
y el tuyo brille en la futura historia
al resplandor de mi futura gloria!

Óyeme, pues, Muriel, antes que vuelen
las horas de los sueños y visiones:
antes de que los genios se desvelen

contrarios de mis vagas creaciones,
y las parleras auras les revelen
el oculto poder de mis canciones:
antes, en fin, que el sol con rayos puros
disipe mis poéticos conjuros.

Óyeme lejos del tumulto loco
de la revuelta sociedad, y fía
que no nos faltará, si yo la evoco,
para escuchar mis versos compañía.
Yo, que a mi voz animo cuanto toco,
voy a poblar la atmósfera vacía
de multitud de espíritus atentos
que contigo a la par oigan mis cuentos.

Al soplo de mi aliento poderoso,
va a circundarnos y a prestarme oído
ese mundo de sombras vagaroso
por tus preciosos lienzos repartido.
Ese mundo fantástico en reposo
mantenido hasta hoy, va desprendido
del muro, a hacer de mi velada parte:
porque, ¿qué hay imposible para el arte?

Yo amo, Muriel, los lienzos y esculturas
que tu curiosa cámara guarnecen;
sus soñadas o históricas figuras
amigos de mi infancia me parecen:
de otra vida anterior memorias puras,
recuerdos que mi ser rejuvenecen,
genios tal vez de mi existencia guías,
que la conducen a mejores días.

La causa ignoro, mi razón no alcanza
por qué ha unido, Muriel, mi loca idea
a un porvenir de luz y de bonanza
cuanto el lugar de tu mansión rodea:
mas cuanto en mis delirios de esperanza
mi corazón supersticioso crea,
lo veo de tus cuartos y pinturas
ornado con los muebles y figuras.

Ellos han escuchado los primeros
de mi laúd morisco la armonía,
y, a creer en fanáticos agüeros,
padrinos son de la fortuna mía.
En brazos de esas damas y guerreros
salen mis versos a la luz del día,
y yo de su presencia no renuncio,
crédulo en mi favor, al fausto anuncio.

Yo, en el campo del arte peregrino,
doquier del arte adorador profundo,
que presentado a ser voy imagino
en brazos de las artes en el mundo:
y, pues me trajo entre ellas mi destino
a desplegar las hojas en que fundo
mi esperanza a la gloria que ambiciono,
a ilusión tan dichosa me abandono.

Murillo, Rafael, Salvator Rosa,
Piombo, Teniers, Tiziano, Stein, Morales,
cuyas firmas de mano vigorosa
leo sobre esos lienzos inmortales,
aunque, viles, no logren otra cosa,
para mis pobres cantos orientales
yo de vuestra presencia los auspicios
acepto con afán como propicios.

Y tú, dulce y amante Garcilaso (2),
cortesano cantor de los pastores,
que cuenco pastoril el áureo vaso
hiciste do libaste tus amores:
tú, que entre miel y ámbar a tu paso
sembraste versos que brotaron flores,
ve si a los míos tu dulzura inspiras
desde ese marco en que tenaz me miras.

Y vosotros, bizarros personajes,
seres faltos de ser, a quien del caos
para adornar sus fondos y paisajes
sacó el genio vivífico, animaos.
A mis cristianos himnos y salvajes
sonatas africanas, despertaos:
la poesía en las pasadas eras
movió los montes y domó las fieras.

Vivificaos, pues, y en torno mío
agrupaos, ¡oh imágenes hermosas
del amor, el pesar, la fe y el brío!
Venid ceñidas de fragantes rosas,
o devorado el corazón de hastío.
Visiones del desierto pavorosas,
Diana impura, llorosa Magdalena,
vigorosa Judit, robada Elena (3).

Alba Severo, incógnitos señores
de plegados vuelillos y valonas,
apáticos flamencos fumadores,
zagales cuyas cabras juguetonas
pasto buscan de céspedes mejores,
del marco desprended vuestras personas;
formad una callada fantasía
que auditorio ideal preste a la mía.

Revivid a mi acento, yo os conjuro,
creaciones que estáis en el dominio
de la imaginación: congreso impuro
de dioses ya sin cielo (4), del triclinio
baja a mi voz, y aunque te sea duro
renunciar del parnaso al patrocinio,
ven a adorar en mis severos cantos
la gloria de otros númenes más santos.

Venid, lúbrica Venus, rubia Ceres,
diosas en otros tiempos inmortales,
otros genios a ver y otras mujeres
hollando vuestro altar y pedestales.
Nuevas Divinidades, nuevos seres
de prez y de virtud más celestiales,
dan hoy a una mejor mitología
con más íntima fe más poesía.

¡Gracias, bellas quimeras!, yo os percibo
dejar de mis conjuros al acento
la vil materia en que creó cautivo
vuestro ficticio ser un pensamiento.
Apréstate, Muriel: al soplo vivo
de mi fecundo e inspirado aliento,
voy a abrir a tu atónita mirada
el recinto de la árabe GRANADA.

II

Mas la planta, ¡oh Muriel!, ten un mo-
[mento
antes que huelles su frondosa Vega,
porque traidor me asalta un pensamiento.
Mal retenida entre tus labios juega
la sonrisa del que oye y, caballero,
aunque tenaz no cree, cortés no niega.
Que extrañas, ¡ay de mí!, por ella infiero,
que con sincera convicción cristiana,
hoy en son tan veraz como severo
mi voz resuene, cuando ayer mundana
y de la tierra escándalo profano,
el vicio y el placer cantó líviana.
¿Quieres saber, Muriel, por qué el mun-
[dano
laúd dejando, en harpa vibradora
las glorias de la Cruz canto cristiana?
¿Quieres saber por qué, bebiendo ahora
mi inspiración en el venero vivo
de nuestra Fe, mi voz consoladora
levanto en el tumulto revulsivo
de nuestro siglo turbulento, al duelo
del corazón buscando lenitivo?

Pues voy, audaz, a descorrer el velo
que tal misterio encubre, en una historia
que con orgullo y sin temor revelo.
Reservada y recóndita memoria
del libro inmaterial del alma mía:
historia sólo para mí: ilusoria,
poética y gentil alegoría
nada más para el mundo, a cuyo oído
jamás imaginé que llegaría.
Aparta, pues, del límite florido
de Granada, que estás casi pisando,
tu pie, menos feraz y entretenido
sendero agreste tras de mí tomando,
y avancemos, Muriel..., pero medita
que en la región del alma vas entrando.

LAS DOS LUCES

Es la existencia golfo que se agita
circundando islas mil, cuyo oleaje
de la *nada* en las playas se limita.
Naves las almas son en que el pasaje
hacemos de este golfo, cuyo centro
el punto es de partida en este viaje.
Centro es la cuna: una isla mar adentro
en la mitad del golfo colocada,
do el alma y cuerpo se salen al encuentro.
Al mar cada alma desde allí lanzada
va de una en otra isla escala haciendo,
hasta dar en las playas de la *nada:*
allí, en la inmensa eternidad cayendo,
náufrago el cuerpo en la ribera expira
al Criador su nave devolviendo.
Amor, deleite, lujo, ambición, ira,
gloria, amistad, honor, fama y orgullo,
islas son donde reina la mentira.
Desde ellas nos reclama con arrullo
fascinador: de danzas y canciones
nos envía al pasar manso murmullo:
a ellas con falaces ilusiones
nos atrae y, viajeros perezosos,
vamos haciendo escala en las pasiones.
Fe, ciencia, religión..., son luminosos
faros que por varias latitudes
nos guían de estos mares procelosos.
¡Boga!», nos dicen con su luz, «no du-
[des.
¡Boga!», y, pilotos de arte y experiencia,
vamos haciendo escala en las virtudes.
Por las pasiones va nuestra existencia
sus riquezas gastando, y adquiriendo
por las virtudes va nueva opulencia.
Las naves bien lastradas, al tremendo
vaivén resisten y oleaje fuerte:
las vanas ceden al embate horrendo.

Era yo joven: mi conciencia inerte
dormía, cuando al mundo audaz y solo
salí fiado en la voluble suerte.
Leal, franco, inexperto, extraño al dolo,
creyendo en cuanto vi con fe sincera,
mío el mundo juzgué de polo a polo.
Mi alma entonces, góndola ligera
en manos de señor joven y ansioso
de vida mundanal y placentera,
se dejaba guiar por el undoso
y turbulento mar de la existencia,
ya a naufragar vecina, ya en reposo
bogando de aura mansa a la influencia:
al sol ardiente y a la tibia luna
meciéndose en el mar con indolencia
siguió siempre mi nave y mi fortuna
la dulce poesía, compañera
de mi gozo y mi afán desde la cuna:
y con voz ora humilde, ora altanera,

mis placeres canté, mis ilusiones
hechicé, la ventura pasajera
de la vida fugaz en mis canciones
celebré; y ora crédulo, ora impío,
templé mi lira con inciertos sones.
Abordé en mi demente desvarío
del golfo de la vida las riberas
todas, sin otra ley que mi albedrío.
Sus islas visité más hechiceras:
gloria, amistad, amor, deleite, oyeron
mis insensatas cántigas primeras:
y doquier por el golfo me aplaudieron,
y de lauros cargáronme la frente,
y embriagándome, al fin, me embrutecieron.
Triunfé, amé, disipé, reñí insolente.
¿Qué saqué de esta vida vergonzosa?
Hastiado el corazón, seca la mente.
Mi alma, nave sin lastre, en peligrosa
marcha me conducía abandonado
al oleaje de la mar undosa.
Entonces recordé mi sosegada
niñez: cuando mi madre me tenía
sentado en sus rodillas, y posada
su mano en mi cabeza, dirigía
mi atención al altar donde radiante
se elevaba una imagen de María.
Y entonces recordé la voz vibrante
del monje que en el púlpito exclamaba:
«la existencia más larga es un instante;
»honor, gloria, poder, todo se acaba
»con ella: sólo nuestras obras viven:
»y ¡ay del que con sus obras no se cava
»su tumba! Todos del Señor reciben
»para el bien un talento, y Dios ordena
»que el suyo todos para el bien cultiven.»
Recordé que esto oí en la edad serena
de la cándida fe, cuando la mente
virgen recibe la impresión ajena
que conserva indeleble eternamente.
Hasta entonces jamás mirado había
detrás de mí: tornéme ansiosamente
el rastro a ver de la existencia mía:
¿qué vi?, la inmensidad del océano
que tras de mí desierta se extendía.
La nave de mi alma un solo grano
de lastre no llevaba, ni una sola
flor de las islas conservó mi mano.
El rumor de una ola y otra ola
no más en torno oía, y el profundo
son de la mar que el corazón desola,
blando susurre u muja furibundo.
¿Me comprendes, Muriel?, te voy contando
la historia de mi alma: lo que al mundo
nadie cuenta jamás: lo que llevando
va cada cual consigo, cuidadoso
en el inquieto corazón guardando.
Lo que el hombre no dice vergonzoso,
mas lo que a solas piensa en el momento
en que cierra su párpado al reposo.
Iba yo, pues, al oleaje lento
del golfo de la vida en la barquilla
de mi alma bogando, el pensamiento
tornando a mi niñez, de toda orilla
lejos, el corazón triste y vacío
de lo pasado, viendo que la quilla
del alma no dejaba entre el bravío
oleaje señal, y nuevo rumbo
dar meditando al barquichuelo mío:
y he aquí que de las ondas al balumbo,
avanzando al azar ciego y perdido
de olas en olas y de tumbo en tumbo,
vi una isla a lo lejos; decidido
torné a ella mi proa y tomé suelo
en país para mí desconocido;
la *Isla de la Razón* era, que el cielo
puso en mitad del viaje de la vida.
La rica nave, el débil barquichuelo

que allí aporta sin rumbo, la perdida
brújula cobra y desde allí dirige
su viaje a fácil playa. Guarecida
la *Razón* de esta isla, en ella rige
como reina, teniendo en su ribera
dos luces siempre ardiendo y una elige
de las dos el que arriba, su postrera
travesía al hacer: cada uno enciende
su antorcha en una y, breve o duradera,
con esta luz su travesía emprende,
cuerdo o desatinado, el navegante
que a sí no más en la elección atiende.
De saltar en su isla en el instante,
«de la fe es esta luz, del siglo es ésta»,
me dijo la *Razón:* y, vacilante
en la difícil elección funesta
entre la fe y el siglo, al alma mía
entre las luces de ambos dejó puesta.
La antorcha de la fe no despedía
más que un rayo de luz tranquilo y puro,
que por la limpia atmósfera subía
recto a perderse en el azul oscuro
de la pura región, que el ojo humano
no contempló jamás fijo y seguro.
A la *luz de la fe* nada cercano
sobre el haz de la tierra se alcanzaba:
pero en la altura del zenit lejano
veíase una estrella y se dudaba
si la luz de la fe de ella venía,
o la luz de la fe se la prestaba.
Yo, entre la tierra y la región del día
este rayo común juzgué, y no en vano,
que comunicación establecía.
Circundaba este rayo soberano
rico enjambre de abejas luminosas
con alas de oro, cuanto más cercano
al resplandor su vuelo más hermosas:
y en el centro del rayo refulgente
labraban sus panales oficiosas.

Quemábalas, al fin, el foco ardiente,
y en lugar de en cenizas, convirtiéndolas
en bellísimas aves, de repente
la luz del rayo místico impeliéndolas,
tomaban vuelo hacia el zenit palomas,
águilas, cisnes, garzas y oropéndolas:
y abrasada su miel, suaves aromas
exhalaban que en la aura derramándose
embalsamaban mar, valles y lomas.
La *luz del siglo*, móvil elevándose,
culebreaba con llamas refulgentes
de su foco en redor desparramándose,
formando con sus llamas transparentes
un bello árbol de luz que reflejaba
los colores del iris esplendentes.
Bajo este árbol radiante vegetaba
innumerable colección de flores,
en la que muchedumbre se criaba
de mariposas, ricas en colores,
agradables en forma y movimiento,
y en gala incomparables y en primores.
Susurro vago y apacible y lento
con sus alas hacían y en contorno
de aquel árbol de luz giros sin cuento:
mas al fin deslumbradas y al bochorno
del fuego enloquecidas, acercándose
al foco abrasador, del rico adorno
de sus puros colores despojándose,
poco a poco en la luz se iban lanzando
y unas tras otras en la luz quemándose;
y un poco de humo fétido exhalando,
polvo las mariposas se volvían,
su sitio ante la luz a otras dejando.
Más bellas las abejas renacían
en la luz de la fe, y las mariposas
polvo en la luz del siglo se volvían.
¿Quién de aquestas dos luces misteriosas
la alegoría mística no advierte?
La miel de las abejas oficiosas,

que en aroma a su luz la fe convierte,
son *las obras* del hombre, que embalsaman
su memoria triunfante de la muerte.
El polvo que de sí cuando se inflaman
las mariposas sueltan, son *las horas*
que en el siglo sin fruto se derraman.
Estériles así o germinadoras
son, sin fe, mariposas nuestras vidas
y abejas con la fe trabajadoras;
las almas naves a la mar partidas,
ricas, seguras, con la fe bogando,
con el siglo, sin lastre, sumergidas.
Todas de la *Razón* van arribando
a la isla: en sus luces toman fuego
y siguen a las costas navegando.
Yo, que ha ya siete lustros que navego
por la existencia, a la *razón* arribo
y en su luz tomo de mi antorcha el fuego:
y el escaso talento que recibo
del Señor para el bien, constante abeja
labrando mi panal, con fe cultivo.

Pienso que de mi fe duda no deja
en ningún corazón mi alegoría,
pues mi alma en sus luces se refleja.
¿Qué es un poeta? Un ave en la sombría
selva del mundo por su Dios lanzada
para llenar sus manos de armonía:
mas no para gorjear desatinada
día y noche, la selva ensordeciendo,
malgastando la voz que le fué dada
para elevarla audaz sobre el estruendo
mundanal, y con fe consoladora
la gloria de su Dios enalteciendo.
No al poeta se dió la voz sonora
como engañosa voz a la sirena
ni como al cocodrilo voz traidora;
la del poeta el ánimo serena
del hombre por la tierra peregrino:
dulce y divina voz que le enajena,
la patria celestial de donde vino
recordándole siempre y aliviando
la fatiga mortal de su camino.
¡Ay del poeta que, sin fe cantando,
sólo murmullo efímero levanta
como el agua y el aire susurrando!
¡Ay del poeta que su fe no canta
y la gloria del pueblo en que ha nacido,
enronqueciendo en vano su garganta
mariposa y no abeja! Tal ha sido
la causa que, tenaz, de esta obra mía
en el asiduo afán me ha sostenido.
Cambia con mi *razón* mi poesía
y a *la luz de la fe* recapacito
que he sido mariposa hasta este día.
Ha siete lustros que la tierra habito,
ave insensata que en la selva trina
con inútil gorjear, y necesito
utilizar la inspiración divina
que al poeta da Dios, el sacrosanto
sino cumpliendo a que mi ser destina.
Y he aquí porque cuando hoy mi voz [levanto,
cristiano y español, con fe y sin miedo,
canto mi religión, mi patria canto.
Con mi destino cumplo como puedo;
y si sucumbo por llenarle, en suma
con Dios en paz y con mi patria quedo.

Ahora, Muriel, en alas de mi pluma
volvamos al dintel de mi poema;
(puesto que es fuerza que de tal presuma).
En tanto, pues, que en la jornada extre- [ma
tocamos, ven conmigo hacia GRANADA,
regio florón de la oriental diadema.
Ven de mi narración la no trillada

senda siguiendo: al arabesco estilo
la encontrarás de flores alfombrada.
No es un camino real tirado al hilo
derecho y espacioso, mas conduce
por medio de un vergel al regio asilo
del alcázar Muslim, y se introduce
antes por Bib-arrambla do las flores
verás más bellas que el Genil produce.
Fátima la Zegrí, *perla* de amores,
cual su nombre lo dice: la Azafía
cándida como el suyo: la en labores
extremada Jarifa: *albor del día*,
la dicha así por su beldad, Zoraya:
Zaida, que fuego en el mirar tenía:
la *espejo* de constantes, Almeraya:
Zelinda, la orgullosa alpujarreña:
Borina, prez de la murciana playa:
Zora, la voluptuosa malagueña:
Zobeika, la rival de Sarracina:
Lindaraja, la ardiente zahareña,
y cuantas tuvo, de beldad divina
prodigios humanados, nobles moras
la conquistada corte granadina.
Hallarás en mi libro encantadoras
leyendas orientales fantasías,
que más dulces tal vez te harán las horas:
en rimas pobres, pues al fin son mías,
pero halagüeñas para aquel que aprecia
la hispana gloria y los pasados días.
No encontrarás los númenes de Grecia
invocados en él: genios distintos
asisten a mis héroes en su recia
caballeresca lid; bajo sus plintos
los templos de la Cruz no dan ya paso
a Venus ni a Plutón, ni en los recintos
de la Alhambra jamás trotó el Pegaso:
que el rayo vivo de la Fe Cristiana
cegó a las Musas y quemó el Parnaso.
Hallarás en mi libro, a la africana
usanza, algo excesiva galanura,
pues fiel la lira con la acción se hermana
y el tono que la da seguir procura:
mas no el poema juzgues de la vaga
LEYENDA DE AL-HAMAR por la lectura.
Su narración fantástica divaga,
enfática y difusa a cada punto
por su argumento celestial, que halaga
tal vez, mas tal vez cansa; su conjunto
ni en forma, ni en estilo da, en efecto,
de mi poema idea, aunque su asunto
se encuentra al del poema tan afecto
que, a faltar la leyenda, desmembrada
su acción parecería e imperfecto
su plan, como palacio sin portada.
Tal es mi obra. Ahora penetremos,
Muriel, en el recinto de GRANADA.
¡Y ojalá que a sus términos extremos,
como a risueño fin de alegre viaje,
al compás de mi cántico lleguemos!
¡Y plegue a Dios que el bárbaro ropaje
de mi cuento Muslim vuelva con pompa
manto imperial el albornoz salvaje!
¡Y plegue a Dios que, cuando el canto
[rompa,
se me torne el laúd que me acompaña
la de homérico son épica trompa,
que el eco lleve de mi voz a España!

III

ASPIRACIÓN

¡Cristiana inspiración, hija del cielo,
que diste ser a mi canción primera,
de mi existencia en el placer y el duelo
guía siempre leal y compañera!
Tú, que al vestirme mi mortuorio velo,
dirás conmigo mi oración postrera:

tú, que abrirás con el sepulcro al alma
de la tranquila eternidad la calma:

tú, que al soplo de un aura perfumada,
con mi espíritu errante has recorrido
los desiertos del África abrasada,
pensil de palmas, de serpientes nido:
y los cármenes frescos de Granada,
edén para los árabes perdido:
y los talleres de Albión oscura,
y de París la bacanal impura:

tú, que perenne, con materna mano
conservaste en mi alma por doquiera
de la Esperanza el incorrupto arcano
y de la Fe la inextinguible hoguera;
tú, que al cruzar el arenal mundano,
has templado mi sed rabiosa y fiera
aplicando a mis labios la ambrosía
del cáliz de la dulce poesía:

no me abandones hoy, que necesito
purificar y esclarecer mi idea,
al fuego santo del fanal bendito
do inflamó Dios tu inextinguible tea.
Hoy que anhelo una voz de eco infinito,
que más que de mortal robusta sea,
para enviar a la tierra en que vi el día
en alas de un cantar el alma mía.

¡Inspiración católica, más fuerte
que los tres elementos destructores
de la envidia, del tiempo y de la muerte!
Ciñe mi sien y mi laúd de flores:
mágico encanto en mis palabras vierte
y, en brazos de los vientos voladores,
del turbio Sena al pobre Manzanares
lleva mi corazón en mis cantares.

Vuela y a España di que todavía
sin ira y sin pavor mi voz resuena
sobre el festín de la centuria impía,
que a sus míseros hijos envenena
brindándoles las copas de su orgía,
que la revolución con sangre llena:
dila que hasta que expire en mi garganta
celebrará su gloria y su Fe santa.

CUATRO PALABRAS DEL AUTOR

«Hace cuatro años que emprendí la obra de un poema, cuyo argumento es la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Desde entonces a hoy, los desocupados y los gacetilleros han desperdiciado su tiempo y su tinta en dirigirme anónimos, preguntándome si pienso publicar mi poema el día del Juicio, recordándome la fábula del parto de los montes, y adelantando, con la más sana intención del mundo, sus opiniones sobre mi obra, la cual se ha estado hasta hoy en mi cartera, virgen felizmente de su conocimiento. Yo no acostumbro a ocuparme de estos pobres espíritus, que abandonan caritativamente sus negocios por ocuparse de los ajenos; pero a los desocupados como a los gaceteros, les recordaré, a mi vez, con Cervantes, el cuento de aquel loco de Sevilla, que hinchaba los perros con un cañuto, y dándoles una palmadita en la barriga cuando ya los tenía hinchados, preguntaba a los necios que le miraban: «¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?» ¿Pensarán Vms., digo yo a mis preguntadores, que así se escriben poemas como se hilvanan los chismográficos cuentecillos de sus gacetillas? Estas mezquinas contrariedades, unidas a las desgracias que en estos últimos años me han sobrevenido, y entre las cuales cuento la pérdida de mis padres y de mi hacienda, en lugar de acobardarme y héchome abandonar mis proyectos, han doblado mi fuerza y los han robustecido y ensanchado más cada día; así es que en vez de un poema he emprendido dos; y en lugar de apartar mi pensamiento de Granada, le han hecho abarcar toda su poética historia. A fuerza de pensar en ella, Granada ha venido a ser para mí objeto de una supersticiosa idolatría, la cual ha absorbido todos mis pensamientos; y como el estudio de esta obra ha sido el amuleto místico que ha defendido mi corazón de los golpes del infortunio, he cobrado a cuanto a ella pertenece un profundísimo cariño. Sus recuerdos me han distraído y consolado en las primeras

amargas horas de mi orfandad, y han poblado la solitaria mansión de mi casa paterna con las bellas visiones de sus orientales leyendas, las cuales concluyeron por lanzar de sus aposentos los mustios espectros de mis mayores guarecidos bajo su techo.

Voy, pues, a publicar simultáneamente dos obras distintas, aunque íntimamente enlazadas una con otra. La primera bajo el título de CUENTO DE CUENTOS; la segunda con el de GRANADA, POEMA ORIENTAL.

La primera abraza la historia poética de los personajes granadinos, desde el Rey Al-hamar, su fundador, hasta la leyenda diabólica del Tornadizo, padre del Wazir, de su penúltimo Rey Muley Hacén; y la segunda, que es el poema, abarca el período histórico de la conquista, desde el reinado de este último hasta la ocupación de la capital por los cristianos.»

Cumpliendo con estas ofertas, hechas en mi prospecto de 6 de marzo de 1851, empiezo hoy la publicación del POEMA DE GRANADA. LA LEYENDA DE AL-HAMAR debía, lógicamente, colocarse al frente del CUENTO DE CUENTOS y no a la cabeza del poema; pero estando tan hondamente ligada con éste, no me ha parecido oportuno separarla de él; además de que esta leyenda es una introducción necesaria al POEMA DE GRANADA, pues al emprender el relato de la extinción de la monarquía granadina, era forzoso recordar su origen. El argumento de esta leyenda es una tradición árabe. Éstos cuentan en ella que un Genio descubrió a Al-hamar un tesoro, con el cual pagó las inmensas sumas empleadas por él en edificar el palacio de la Alhambra, los muros de la ciudad y otros monumentos. Su estilo es puramente oriental; difuso en las descripciones, hinchado en los conceptos, hiperbólico en las comparaciones y afectando siempre inspiración y origen divinos. Así cuentan los árabes sus leyendas, pródigos de las flores de su rica imaginación, y así he contado yo la de Al-hamar, la cual no es más que una imitación de las narraciones y libros árabes.

He añadido a ella una biografía de Mahoma con algunos apuntes sobre sus preceptos y religión, porque he juzgado a propósito dar algunas noticias del legislador y de las creencias de uno de los dos pueblos cuya historia cuento, y porque esta biografía me evita la pesadez de muchas notas sobre Mahoma y el Korán, las cuales entorpecerían la narración y enfadarían a quien leyere. Este trabajo no es obra mía; traducción literal en parte y en parte compilación de la vida del profeta, publicada por Sabary al frente de su traducción del Korán, llena completamente mi objeto y sobrepuja a cualquiera otra obra de este género que yo hubiera podido producir.

Para evitar confusión, he colocado las notas de cada libro o canto al fin del tomo al cual pertenecen; y las de la fantasía al señor Muriel, con las de la LEYENDA DE AL-HAMAR, a la conclusión de ésta. Soy, acaso, demasiado difuso en las notas

de esta leyenda por dos razones: la primera, porque los que no conocen el país y monumentos árabes de Granada, no tomen mis descripciones por exageración de mi fantasía, y la segunda, porque si el público acoge favorablemente mi obra, añadiré a ella un tomo de ilustraciones, el cual contendrá las vistas y planos de la Alhambra y Jeneralife y todas las inscripciones legibles de estos edificios, impresas en caracteres árabes y con la traducción castellana al frente, las cuales tal vez difieran de las que copio en estas notas; cuyo trabajo, además de ser útil a los artistas y curiosos que visiten estos lugares, servirá tal vez de estímulo para propagar el estudio de la lengua árabe en nuestro país, y para impedir a los gobernadores y alcaides encargados de la custodia de los monumentos moriscos, embadurnar, encalar y destruir aquellas labores que ellos tienen por caprichos insignificantes y que son las más de las veces datos históricos utilísimos.

El lector hallará alguna variedad en los nombres de los moros, pero puede fiarse de su autenticidad. Además de que el estudio que he hecho de la lengua árabe me permite leer estos nombres en la lengua africana, y escribirlos en la castellana con las mismas letras que en aquélla, los he consultado con personas más entendidas que yo, árabes de raza, educadas en África, y para quienes el árabe es la lengua materna; escribo, sin embargo, muchos en la forma incorrecta que les han dado los historiadores cristianos, para no desfigurar a la vista del lector los que ya están confirmados, por decirlo así, por la tradición. Al fin del poema se hallará un vocabulario de las voces de origen árabe empleadas en él, el cual dará luz sobre el de las muchas que se conservan entre nosotros; aunque en esto no seré muy extenso, pues no me acosa el prurito de hacer ostentación de saber, sino el deseo de apoyar las razones que me han impelido a innovar algunas palabras.

Había pensado anteponer a mi poema un académico y razonado discurso con nombre de prólogo, obra desde luego de algún amigo mío, pero persona de alta reputación literaria y de grande autoridad, para que le sirviese de escudo y protección y previniera en su favor la opinión pública manifestando abiertamente la parcialidad de la suya; pero he desistido de semejante pensamiento, porque he reflexionado que, si el poema fuere bueno, no necesitará de protección; y si fuere malo, no bastarán para protegerle todas las autoridades reconocidas de la Cristiandad y del Islamismo. El que crea, empero, que con él pretendo realizar la novena maravilla (dado que el Escorial sea la octava) y asombrar al mundo con un poema épico, está en un error y me honra mucho suponiéndome tan sobrado de alientos. Mi obra, a la cual notará el discreto que llamo *poema oriental*, no es más que una enorme leyenda, en la cual otro ingenio más competente hallará reunidos los materiales necesarios para construir el clásico edificio de la magnífica epopeya encerrada en la época de la conquista de Granada. Avergonzado al ver que extranjeros autores han llamado antes que nosotros a las puertas de la

Alhambra, ya con el grosero aldabón de la novela descabellada e insulsa, como Florián, ya con el martillo de oro de la juiciosa y galana historia, como Washington Irving, heme arrojado a abrir el cancel de su misterioso alcázar al genio feliz a quien sea dado apoderarse de su encantado recinto. Tales son y no otras, las limitadas pretensiones de mi poema.

A los desocupados escritores de anónimos y a los autores rapsodistas, a quienes apesara desdichadamente la reputación ajena, pero que no pueden labrarse la propia sino royendo los talones de los que van delante de ellos, en su incapacidad de abrirse por sí mismos un camino, les aconsejaré que antes de seguirme a Granada, den una vuelta por Toledo, donde hallarán a mi buen amigo el señor don León Carbonero y Sol, quien con honra suya y provecho de la juventud explica, en aquella ciudad, la lengua árabe, y el cual, con su rica erudición oriental y poética y su excelente método de enseñanza, les pondrá tal vez con el tiempo en estado de caminar conmigo por los senderos montañosos que conducen a la real alcazaba de la Alhambra.

A los literatos que, a pesar de lo expuesto, me supongan más ambiciosos intentos o más vanaglorioso amor propio, dispuestos a no ver de mi obra más que los defectos, hijos naturales de una temeraria osadía o de una quijotesca vanidad, y a los sabios críticos que quieran aprovechar la ocasión de lucir sobre GRANADA sus académicas disertaciones y sus artículos enciclopédicos, les contaré solamente un cuento, que estoy sintiendo corrérseme al papel por los puntos de la pluma: el cual, aunque viejo, espero que les ayude a formar su juicio sobre mi poema, si le leen, que sí le leerán, pues yo procuraré dárselo despacito para que le rumien y digieran.

Lidiaba una tarde en la plaza de Sevilla el famoso Pedro Romero, el diestro de mejor trapo y más certero pulso que pisó jamás arena de redondel. Llegado el caso de estoquear un toro de mal trapío y torcida intención que, empeorado con la lidia, tomaba el bulto y dejaba el capote, comenzó Romero a trastearle cuidadosa y maestramente, arrastrándole la muleta para encariñarle a ella y traerle después sin riesgo a una estocada por los altos y a una muerte de buena ley. Un chusco sevillano, mozo y rico, decidor y zambrero, amigo de los ganaderos y conocedor de las marcas de sus ganaderías, apadrinador de la gente de cuadrilla, acompañador de los encierros y presenciador de los apartados, donde gustaba lucir el potro cartujano, la manta jerezana, la espuela vaquera y el castoreño apresillado, y gran partidario, en fin, de Costillares, hallando, sin duda, largo el juego de Romero, cuyo riesgo no comprendía, y pareciéndole la ocasión oportuna para zumbarle en presencia de su rival, empezó a decirle con no poco esforzadas voces y dejo no menos provocador: «¡Bueno, señor incomparable, bueno: que va a llevar ese toro más pasos que las procesiones de Viernes Santo! De matar

se trata, que no de pasar esa oveja mansa. ¡Que no se diga que por tanto pase se pasa el tiempo y no se pasa la pavura! ¡Vamos: un puntazo por lo que sea!..., y que no haya que dar a esa espada una compañera sacada de las costillas, como nuestra madre Eva.» La alusión a Costillares produjo el efecto que el chusco deseaba, y aplaudieron sus partidarios y rieron los de los tendidos; lo cual oyendo Romero, dejando plantada a la fiera y a los espectadores suspensos, llegóse bajo el palco del zumbador mancebo, la muleta recogida en la zurda y el estoque suspendido en el dedo corazón, y díjole con aquella sorna peculiar de la gente de plaza: «Su mercé parece, por sus razones, profesor del arte, y se ve a la legua lo acostumbrado que está a dar lecciones como maestro: con que no lo deje por poco y tome sin cortedad el lugar que le corresponde, que yo estoy pronto a escucharle. Baje, pues, su mercé y hágame su explicación a la cabeza de la res.»

Y decía bien Pedro Romero: las lecciones de torear se dan a la cabeza del toro.

José Zorrilla.

París, 15 abril 1852.

LEYENDA DE MUHAMAD AL-HAMAR EL NAZARITA

REY DE GRANADA

DIVIDIDA EN CINCO LIBROS

ولا غالب الا الله

LIBRO DE LOS SUEÑOS

INTRODUCCIÓN

En el nombre de Alah, clemente y sumo,
que da sombra a la noche, luz al día,
voz a las aves y a las yerbas zumo;
cuya suprema voluntad podría
tornar de un soplo el universo en humo,
y que atesora en mí su poesía,
escrita os doy para su eterna gloria
del príncipe Al-hamar la regia historia.

Bálsamo que disipa la amargura,
luz del pesar sombrío ahuyentadora,
es su sabrosa y celestial lectura
risueña como fuente saltadora,
grata como del campo la verdura,
bella como la grana de la aurora,
tierna cual de la tórtola las quejas,
dulce como el panal de las abejas.

Destila de sus versos ambrosía
su dulce narración maravillosa:
exhala su fecunda poesía,
grato como la esencia de la rosa,
mágico son de incógnita armonía;
y cual lluvia de abril, que lenta posa
sus gotas en la flor, vierte en el alma
su amena relación plácida calma.

Encierran sus conceptos peregrinos
misteriosa virtud y fuerza varia:
aplacan el rigor de los destinos
elevados a Alah como plegaria:
regalan a quien lee sueños divinos
leídos en la alcoba solitaria,
cuya influencia y compañía amiga
calman del cuerpo la mortal fatiga.

No hay ser bajo el imperio de la luna
que su lección sagrada no comprenda,

ni Alah produjo criatura alguna
que no sienta placer con su leyenda.
El pez a quien abriga la laguna,
el ave que del árbol hace tienda,
la fiera que entre rocas se sepulta,
el reptil que en los céspedes se oculta;

y en su colmena el zumbador insecto,
y en su corteza el roedor gusano,
y el árbol recio en su vigor perfecto,
y el aire inquieto en su vagar liviano,
y el sordo incendio en su humear infecto,
y en su ciego furor el oceano,
prestan oído respetuoso y grato
al armónico son de su relato.

Esculpido en las hojas de sus flores
se guarda en el Edén por altos fines:
y los justos en él habitadores,
los ángeles que velan sus confines,
las huríes que alimentan sus amores
y los genios que pueblan sus jardines,
gozan en descifrar sus caracteres
en la paz de sus místicos placeres.

Tal es la historia peregrina y bella
que os doy en estas hojas extendida,
para que el pasto y el deleite de ella
os alivien las penas de la vida;
pues la luz que en sus páginas destella
despierta el alma a la virtud dormida,
y eleva el corazón y el pensamiento
a la pura región del firmamento.

Y aunque en idioma terrenal y humano
para la humana comprensión la escribo,
de espíritu más alto y soberano
su luminosa inspiración recibo.
Guía mi corazón, guía mi mano
ser a quien dentro de mi ser percibo,
y el genio ardiente que en mi pecho habita
la palabra me da que os doy escrita.

Leedla, pues; y el ámbar que perfuma
del Paraíso la mansión divina,
y el resplandor que de la esencia suma
derramando los mundos ilumina,
y el rumor que levantan con su pluma
las alas de Gabriel cuando camina,
embalsame y alumbre y dé contento
a cuantos lean el divino cuento.

—

Nació Al-hamar y sonrió el destino
contemplándole amigo: la fortuna
fijando un punto su inconstancia vino
amorosa a mecer su blanda cuna:
y, el curso de su carro diamantino
parando en el zenit, la casta luna
tendió desde él con maternal cariño
tierna mirada sobre el regio niño.

Del ángel que custodia su persona
bajo las alas de perfume llenas,
dió sus primeros pasos en Arjona
sobre el tapiz fragante de azucenas
que dan al pueblo natural corona,
sus vegas en redor ciñendo amenas:
y sin dolencia corporal alguna
llegó a la juventud desde la cuna.

Ánimo noble y continente bello,
porque inspirara afecto y simpatía,
dióle el Señor. Espléndido destello
puso en sus ojos de la luz del día:
la gracia de el del cisne dió a su cuello:
dió a su voz de las auras la armonía:

dió a su talle lo esbelto de la palma,
y el temple de los genios a su alma.

Dió el carmín de la aurora y de la nieve
la limpieza a su tez; dió a su cintura
la grave majestad con que se mueve
el león, y del corzo la soltura:
del sabio a su palabra dió lo breve,
la paz del niño a su sonrisa pura,
y al corazón sin miedo y sin codicia
la fe, la lealtad y la justicia.

Diestro en la lid, en el consejo sabio,
seguro en la virtud, fuerte en la ciencia,
modesto en la victoria, en el agravio
perdonador y sobrio en la opulencia;
en la mano la dádiva, en el labio
el consuelo y la paz, de la violencia
castigador, y hermoso en la persona,
nació digno Al-hamar de la corona (1).

Chispa encendida de la fe en la hoguera
su estrella fué. Su celestial influjo
en el erial de la vital carrera
por luminosa senda le condujo.
La ventura tras él fué por doquiera.
su presencia doquier el bien produjo;
amigos y enemigos le admiraron
y la historia y el tiempo le afamaron.

Luchas civiles de la gente mora
le llamaron urgentes a la guerra,
y lidió con honor desde la aurora
hasta que en sombra se sumió la tierra.
Llevó al fin su bandera vencedora
del verde valle a la nevada sierra:
y de un día de abril en la alborada
aclamado por rey entró en Granada.

Pequeña población recién tendida
en el seno amenísimo de un valle,
por donde Darro en sonorosa huida
abre a sus hondas perfumada calle,
era entonces Granada, y parecida
a africana gentil de suelto talle,
que fatigada en calurosa siesta
a la sombra durmióse en la floresta.

Y cuando digo población pequeña
a la de hoy la imagino comparada:
pues no era entonces cual después fué [dueña
de dilatados términos Granada.
Bella ciudad de situación risueña
y de bizarros árabes poblada,
era ciudad no grande, no opulenta,
mas ya por su valor tenida en cuenta.

A una orilla del Darro que mojaba
de sus labradas puertas los umbrales,
(por bajo de la *cádima alcazaba* (2)
ceñida de murallas colosales)
un barrio se extendía que habitaba
raza de los egipcios arenales
oriunda: gente audaz, de miedo ajena,
de negros ojos y de tez morena.

Tribu, como nacida en el desierto,
en sus gustos voluble y pareceres,
de este jardín a su escasez abierto
doblemente apegada a los placeres.
Sus blancas azoteas eran huerto
cuidado con afán por sus mujeres,
y sombreaban sus altos miradores
toldos fragantes de enredadas flores.

Gozaban de sabrosos alimentos,
ocio oriental y cómodo vestido,

cercaban sus alegres aposentos
blandos cojines de sutil tejido;
revestía sus limpios pavimentos
mármol de Macael blanco y pulido,
los muros preciosísimo estucado
y el friso trabajoso alicatado (3).

Sostenían los ricos arquitrabes
de sus claros moriscos corredores
columnas ligerísimas. Sus naves
adornaban arábigas labores,
sutiles cual la pluma de las aves,
tan brillantes como ella en sus colores;
frutales desde el huerto a las ventanas
alargando limones y manzanas.

Sus patios, que en albercas espaciosas
reciben unas aguas cristalinas
al cuerpo gratas y al beber sabrosas,
pilas eran de baño alabastrinas,
sembrado el borde de arrayán y rosas,
donde las bellas moras granadinas
el seco ardor de la mitad del año
ahuyentaban de sí con fresco baño.

Y en las serenas noches del estío,
a la luz misteriosa de la luna,
al son del agua del plateado río,
y al compás de una cántiga moruna,
(dulce recuerdo del país natío
que no se olvida en la mejor fortuna),
sentábanse a danzar en la ribera
la alegre *Zambra*, y la *Jeíz* ligera.

Tal fué la tribu y las mansiones tales
que a una margen del Darro se extendían,
mirándose en sus líquidos cristales
a cuyo son los dueños se adormían;
y tan gratas sus casas orientales
eran, tal el contento en que vivían,
que con justicia los que en él moraron
el *barrio del deleite* (4) le llamaron.

La otra ribera del sonante río
era una verde y desigual colina,
cuya enramada falda daba umbrío
y ancho tapiz al agua cristalina,
y cuyo lomo, seco en el estío,
fundamento a una torre casi en ruina,
que sirviendo a dos términos de raya
era alminar a un tiempo y atalaya.

Domínase en la cumbre de esta altura
la extensión de la vega granadina,
rica alfombra de flores y verdura
que tendió ante sus plantas la divina
mano de Alah: tesoro de frescura,
manantial de salud y peregrina
mansión de toda dicha, cuyas suaves
auras encantan con su voz las aves.

Ven desde allí los ojos embebidos
cien alegres y blancos lugarejos,
que de palomas asemejan nidos
entre las verdes huertas a lo lejos;
y montes cien que, por el sol heridos,
descomponen su luz con mil reflejos
que lanza el agua y el metal que encierra
pródiga madre su fecunda tierra.

Allí anidan al par todas las aves
y se abren a la par todas las flores:
con la rápida alondra águilas graves,
con la murta el clavel de cien colores:
se respiran allí cuantos las naves
de oriente traen balsámicos olores,
y allí da el cielo deliciosas frutas,
y encierran minas las silvestres grutas.

Allí, bajo aquel cielo trasparente
donde vieron su Edén los africanos,
hállase aún en ideal viviente
la mujer de contornos sobrehumanos,
de ojos de luz y corazón ardiente,
de enano pie y anacaradas manos,
cuya generación guardarán solas
las árabes provincias españolas.

Moran allí esas célicas huríes,
que pintan las muslímicas leyendas
reclinadas en frescos alhamíes (5),
sobre lechos de azahar, bajo albas tiendas;
cuyos labios de rosas y alhelíes
guardan, de ardiente amor sabrosas prendas,
palabras que embelesan los oídos
y besos que adormecen los sentidos.

Aquellas celestiales hermosuras
que coloca el Korán en su divina
fantástica mansión de las venturas,
cuya mirada el iris ilumina,
cuyo aliento desparce esencias puras,
cuyo seno y espalda alabastrina,
velando mal sus mágicos hechizos,
negros circundan y flotantes rizos.

Vénse de el cerro aquél gigantes cimas
que eternas cubren seculares nieves,
donde por grietas mil sus hondas simas
ríos destilan en arroyos breves:
y allí cosechas para dar opimas,
refréscanse al pasar las auras leves,
que bajan luego a fecundar la Vega
de las fuentes al par con que se riega.

Vése también por el siniestro lado
el valle de Genil, cuyos raudales
bañan la verde amenidad de un prado
cubierto de avellanos y nopales.
Gózase allí de un aire perfumado
con el subido olor de los frutales,
del cantueso, tomillo y mejorana,
que el aura mueve al revolar liviana.

Y entre este barrio de delicias lleno
y esta florida y desigual colina,
se extiende el valle cuyo fértil seno
fecunda el Darro que por él camina;
y es el lugar más grato y más ameno,
la situación más bella y peregrina
de cuantas río fertiliza y baña
en la extensión de nuestra rica España.

Aquí, pues, a la margen de este río,
en la aromada falda de esta altura,
en una noche límpida de estío,
y al son del agua que a sus pies murmura,
arrobado en extraño desvarío
la alameda cruzaba a la ventura
Al-hamar, que en paseo misterioso
olvidaba las horas de reposo.

Único ser con movimiento y vida
en la nocturna soledad errando,
sin que la tierra por su pie oprimida
crujir se oyera en el césped blando
de que la tierra inculta está mullida,
algún insomne le juzgó temblando
alma que torna a visitar la huesa
del cuerpo en cuya cárcel vivió presa.

Flotaba suelto el alquicel nevado,
blanqueaba del turbante el albo lino,
y relucía en piedras engastado
el puño del alfanje damasquino;
y este blanquear y relucir callado,

a intervalos oculto del camino,
entre los troncos que al pasar cruzaba,
faz de visión a su persona daba.

Y tal avanza silenciosa y lenta
del solitario valle en la espesura,
y al verla canta el ruiseñor que cuenta
sus amores al aura, y a la hondura
del río se desliza soñolienta
la culebra enroscada en la verdura,
y el vuelo tiende a la contraria orilla
espantada la tímida abubilla.

En tanto, el noble príncipe, sumido
en el mar de sus propios pensamientos,
ni atiende al ave que ahuyentó del nido,
ni al reptil que saltó, ni a los acentos
que el ruiseñor ahogó: y embebecido
continúa avanzando a pasos lentos,
hasta perderse en la arboleda oscura
que se espesa del valle en la angostura.

Formaba esta recóndita arboleda
un extendido bosque de avellanos,
guardador de una espesa moraleda
donde sus utilísimos gusanos
daban por fruto delicada seda,
que labrada después por diestras manos,
iba en preciosas telas y tejidos
a todos los mercados conocidos.

Brotaba una sonora fuentecilla
en medio de esta fértil enramada,
vertiendo sus cristales por la orilla
de tilos aromáticos orlada.
Hallábase en redor, con maravilla
de los ojos, la tierra cultivada
y (obra admirable de cuidosas manos)
hechos jardín los céspedes villanos.

Corría allí suavísimo el ambiente
cargado con la esencia de mil flores,
y al respirarle huían de la mente
los pensamientos tristes, sinsabores
y duelos ahuyentando; y la corriente
del manantial, remedio a los dolores
era del cuerpo débil, cuyos males
cedían al beber de sus raudales.

Lugar divino en la región humana
colocado era aquél: retiro augusto
de algún Genio de estirpe soberana
que el sacro Edén abandonó por gusto:
destierro acaso de una hurí que vana
apreció su beldad mas que fué justo:
cita acaso de un Silfo en sus amores:
lecho tal vez del Ángel de las flores.

Allí a Al-hamar inspiración secreta
a hallar condujo solitario asilo,
y allí al mirarse en soledad completa,
erguió la frente y respiró tranquilo:
y a la sombra y al son que esparce inquieta
la extensa copa de oloroso tilo,
sentóse alzando la real mirada
al cielo azul de su gentil Granada.

Y allí, a sus hondos sentimientos dando
pábulo y campo en la mansión del pecho,
con la influencia del lugar hallando
a ellos el corazón menos estrecho,
poco a poco la espalda reclinando
fué de la yerba en el mullido lecho,
y poco a poco deleitosa calma
le aquietó el corazón, le arrobó el alma.

El canto de las aves anidadas
en el ramaje fresco, el campesino
aroma de las hojas, oreadas

con manso son por el errante y fino
aliento de las brisas perfumadas,
y el suave arrullo del raudal vecino,
daban al sitio en que Al-hamar yacía
célica paz y mágica armonía.

Ansiaba el rey grandeza venidera,
gloria, poder, celebridad futura;
ansiaba que su corte la primera
fuese en valor, en lustre y en cultura;
ansiaba darla fama duradera
con prodigios de rica arquitectura;
mas vía al par escaso su tesoro
para hacer realidad sus sueños de oro.

Gozaba su exaltada fantasía
con la bella ilusión de sus intentos,
sus soberbios alcázares veía
llenar la tierra y dominar los vientos;
admiraba la gala y simetría
que daba a sus labrados aposentos,
y en sus doradas letras africanas
leía ya las suras musulmanas.

Pensaba en las mil torres de los muros
que a su noble ciudad dieran confines,
fuerza real y límites seguros;
pensaba en la extensión de sus jardines,
asilos del deleite, y en los puros
baños, y en los ocultos camarines
del voluptuoso harén de las mujeres,
santuario del amor y los placeres.

Y embebecido en pensamientos tales,
y embriagado tal vez con la esperanza
de hacer un día sus proyectos reales,
si la fortuna amiga en la balanza
su ambición y poder ponía iguales,
guiando el porvenir siempre en bonanza,
no percibió el dulcísimo beleño
que iba en sus miembros derramando el [sueño.

Poco a poco sus párpados cedieron
a lenta pesadez, y sus pupilas
la claridad y la visión perdieron;
de los árboles mil las verdes filas,
de las aves y fuentes se le fueron
borrando las imágenes tranquilas;
y su imaginación quedando en calma,
de la vigilia al sueño pasó el alma.

Dos veces intentó los ojos vagos
echar en rededor y a los sonidos
atender, para alzarse haciendo amagos;
pero cedieron otra vez rendidos
sus párpados y miembros: anchos lagos
de sombra cada vez más extendidos,
envolvieron su inquieta fantasía,
y un instante después... el rey dormía.

En calma universal, en paz completa
quedó el frondoso valle, y la vecina
corriente del arroyo y la aura inquieta
le arrullaron con suave y campesina
música. Y en tal cláusula el poeta
interrumpe su historia peregrina,
de agua y aire los sones halagüeños
poniendo fin al Libro de los Sueños.

LIBRO DE LAS PERLAS

En el sagrado nombre del que en el orbe
oculto del espacio tras la cortina azul, [impera
que arregla de los astros la incógnita ca- [rrera,
Señor de las tinieblas, origen de la luz,

del LIBRO DE LAS PERLAS comienza la [escritura
en verso claro y fácil a comprensión común.
Leed; ¡y plegue al cielo que os sea su lec- [tura
raudal de fe sincera, venero de salud!

¡Oh genios invisibles, que erráis en las [tinieblas (1)
en grupos impalpables, sobre alas sin color!
vosotros, leves hijos del aire y de las nie- [blas,
que amigos de las sombras aborrecéis al [sol:
vosotros, cuya ciencia comprende los mil [ruidos
que pueblan el espacio con misterioso son,
y comprendéis los cantos, murmullos y [gemidos,
con que susurra el árbol y canta el ruiseñor:

vosotros, que asaltando con silencioso [vuelo
los áureos miradores del desvelado rey,
llenáis de miedos vagos sus horas de des- [velo
con los siniestros ruidos que a su cristal [hacéis;
vosotros, que a la reja del camarín estrecho
do la cautiva sueña con su perdido bien,
con vuestro aliento puro enviáis hasta su [lecho
mil bellas ilusiones de amor y de placer:

vosotros, favoritos del genio y la armo- [nía,
que a par de las abejas saltáis de flor en flor,
la gota estremeciendo titiladora y fría
con que el rocío baña su virginal botón:

de vuestra poesía verted en mí el tesoro,
lo armónico prestadme de vuestra vaga [voz,
porque mi mano pueda sacar del arpa de [oro
las cláusulas que dignas de mi relato son.

Cercadme, sostenedme con vuestro in- [flujo santo
en la divina empresa que audaz acometí.
¡Oh genios de la noche!, divinizad mi canto,
y el LIBRO DE LAS PERLAS guiad hasta su [fin.

Guiad en él mi pluma,
iluminad mi mente,
y a la belleza suma
de asunto tan gentil
haced que el pensamiento
se eleve noblemente,
y llegue al firmamento
mi acento varonil.

Yo trazo aquí el relato
de tan divina historia,
yo pinto aquí el retrato
de tan divino ser,
que la palabra humana,
ni la mortal memoria
querrán con ansia vana
contar y comprender.

Mi historia es tanto bella
cuanto la lumbre vaga
de solitaria estrella
en recio temporal:
cual la canción doliente
que caprichosa maga

murmura de una fuente
bajo el fugaz cristal.

No hay lengua que la cuente
ni mano que la trace.
el cuadro en vuestra mente
fingid más ideal,
el tono que a vuestra alma
más predilecto place
dadle, y la luz, la calma
que falta al mundo real.

Encima figuraos
de secular colina,
cuando el nocturno caos
platea el resplandor
de la modesta luna,
que, amante sin fortuna,
eterna peregrina
del sol tras el amor.

Fingíos una extensa
riquísima llanura
cubierta de verdura,
y de caprichos mil
llenadla; figuráosla
en la estación viciosa
que abrir hace a la rosa
su pétalo gentil.

El céfiro de aromas
cargado nos orea
la faz: brotan las lomas
con juvenil vigor
mil yerbas, con que el viento
inquieto juguetea
con manso movimiento
y lánguido rumor.

Fingíos una vega,
que parte en cien pedazos
de un río que la riega
el líquido cristal,
que caprichoso extiende
los trasparentes brazos
doquier que el cauce tiende
su lecho desigual.

Fingíos esta vega,
cuya cubierta verde
al horizonte llega
y en su extensión se pierde,
poblada de castillos,
de caprichosas ruinas,
de alegres lugarcillos,
de chozas campesinas;

de huertos pintorescos,
de arroyos cristalinos,
de bosquecillos frescos,
de móviles molinos,
de blancos palomares,
rebaños y yeguadas,
bodegas, colmenares,
establos y toradas:

fingid que en ella alcanza
la vista por doquiera
la campesina danza,
a que en tranquila holganza
y en amistad sincera,
tras del trabajo ociosa
se entrega bulliciosa
la alegre multitud:

fingid este relato
oído al son sencillo
(mas cual ninguno grato)

del tosco caramillo,
y al trémulo y quejoso
balar del cabritillo,
y al canto trabajoso
del soterrado grillo:

fingíos que, lejana,
del monasterio antiguo
doblando la campana,
con su clamor despierta
al perro que está alerta
en el redil contiguo,
y en demostrar se afana
ladrando su inquietud:

y atento el ojo tiende
al campanario viejo
de donde el son se extiende;
y ve el móvil reflejo
del esquilón que gira,
y el resplandor le admira
del bronce que repele
los rayos de la luz:

fingíos este suelo
tan bello coronado,
con un hermoso cielo
de trasparente azul,
en cuyo fondo puro,
quebrando el horizonte,
sobre el perfil oscuro
del apartado monte,
por cima del convento
mansión de la virtud,
pomposas, salutíferas, inmarcesibles ramas
del árbol sacrosanto de la eternal salud,
destácanse en el campo del limpio firma-
[mento
los dos abiertos brazos de la cristiana Cruz.

¿Tenéis en la memoria
tan mágica pintura?
¿Miráis esta llanura
tan bella cual mi pluma pintárosla intentó?
Pues es más halagüeña,
más plácida y risueña
la celestial historia
que en este libro frágil os voy a contar yo.

El Libro de las Perlas
encierra en sus concetos
la historia y los secretos
de un Ángel favorito de su inmortal Señor.
Venid a recogerlas:
que Dios, que el Paraíso
por cuna darle quiso,
dió a par a sus palabras de perlas el valor.

De perlas elegidas
en las de más pureza,
más precio y más belleza:
las *perlas de la Gracia*, las *perlas de la Fe;*
las perlas que, vertidas
por su divina mano,
harán del ser humano
que recogerlas sepa un ángel como él fué.

Todo en silencio duerme
en la arboleda umbrosa
donde Al-hamar reposa:
en calma universal
yacer parece inerme
naturaleza entera,
cual si a sopor cediera
de atmósfera letal.

La cuádriga argentina
del carro de la luna
su curso al mar declina:

y de su carro en pos,
sombría, taciturna,
su negro velo tiende
la lobreguez nocturna
ante la luz de Dios.

La escasa y vacilante
que radian las estrellas,
da apenas expirante
su postrimer fulgor:
reflejo moribundo,
que cuando expire en ellas,
hará del ciego mundo
un bulto sin color.

Ya lo es. Doquier se carga
de espesa sombra, y queda
sumida la arboleda
en densa oscuridad.
Indefinible encanto
doquier la vida embarga;
exhala pavor santo
la muda soledad.

Y he aquí que en este punto,
del fondo de la fuente
que arrulla mansamente
el sueño de Al-hamar,
la faz resplandeciente
de un Genio, que ilumina
la linfa cristalina,
se comenzó a elevar.

Tocó en el haz del agua
su cabellera blonda:
quebró la frágil onda
su frente virginal:
dejó el agua mil hebras
entre sus rizos rotas,
y a unirse volvió en gotas
al limpio manantial.

Como vapor ligero
del lago se levanta:
cual de aromosa planta
exhálase el olor:
cual del albor primero
del día que amanece
fantástico aparece
el vago resplandor:

del agua cristalina
así elevó serena
su aparición divina
el Genio celestial,
cuyo contorno aéreo
rodea alba aureola
que el valle tornasola
con luz matutinal.

Al fuego repentino
que en torno a sí derrama,
soltó su alegre trino
despierto el ruiseñor:
su voz de rama en rama
las auras extendieron,
y en cánticos rompieron
mil aves en redor.

Dió un paso en la pradera,
y al agitar el viento
su rica cabellera,
el aire se aromó;
dejó escapar su aliento,
y cuanto allí vivía
su aliento de ambrosía
con ansia respiró.

Y entonces la callada
blanca visión llegando
donde por sueño blando
vencido está Al-hamar,
los céspedes por lecho,
la mano perfumada
le puso sobre el pecho,
y así le empezó a hablar:

«Ilustre y venturoso
caudillo Nazarita (2),
tu místico reposo
bendice al despertar.
Tu espíritu, que lucha
con mi visión, se agita
medroso en vano: escucha
mi voz, rey Al-hamar.

»Mi voz es la armonía
cuando habla a un ser amigo
de Dios, y es lo que digo
más dulce que la miel:
mi origen es el cielo,
mi edad es la del día,
mi esencia es el consuelo,
mi nombre es Azäel.

»Yo soy un ángel, y era
el ángel más perfecto,
el ser más predilecto
del sabio Criador.
Moraba yo en la esfera
más alta y más vecina
a la mansión divina
de mi inmortal Señor.

»Un día..., ¡día aciago!,
cruzóme fugitivo
la mente loca un vago
delirio criminal:
pensé, mirando altivo
mi esencia y mi hermosura,
que no era criatura
a las demás igual.

»Imaginé que origen
más puro y soberano
me pudo dar la mano
del Hacedor tal vez:
mas, ¡ay!, los que su mente
por su altivez dirigen,
verán cuán torpemente
soñó su insensatez.

»Apenas un momento
tan orgullosa idea
brotó en mi pensamiento
y en él lugar la di,
tiniebla inesperada
cegó mi mente rea,
y ante la faz airada
del Criador me vi.

»Desnudo ante la vista
del Dios que le llamaba,
como arrancada arista
mi ser se estremeció;
la luz de su presencia
mi nada iluminaba:
juzgóme, y su sentencia
así me fulminó.

«Tres siglos es preciso
»que llores por tu yerro:
»sal, pues, del Paraíso:
»el globo terrenal
»te doy para destierro:
»tus nobles atributos

»te dejo: nobles frutos
»de tu hálito inmortal.

»Que broten de tus lágrimas
»en el lugar que mores
»el germen de las flores
»y el manantial del bien;
»sé allí su luz vivífica,
»sé tú su astro benigno,
»y vuelve al cielo digno
»del celestial Edén.»

»Dijo: y tendí mi vuelo
llorando hacia la tierra:
caí sobre este suelo,
y en este manantial
do tengo mi retiro
mi espíritu se encierra;
yo soy el que suspiro
de noche en su raudal.

»Yo soy el que velando
en esta margen bella,
pródigo vierto en ella
la vida y la salud.
Tú en ella sin respiro
me vienes estrechando,
y yo la fe te inspiro,
la ciencia y la virtud.

»Tú luchas por la gloria
de tu falaz creencia,
y espléndida existencia
preparas a tu grey:
y yo que sé tu historia,
tu origen y tu sino,
arreglo tu destino
por misteriosa ley.

»Sí, tú eres una espada
que blande ajena mano;
tú a impulso soberano
obedeciendo vas;
tú siembras la simiente
que encuentras apilada;
mas siembras diligente
para quien va detrás.

»De aquí me desalojas
cuando estos sitios pueblas,
de aquí conmigo arrojas
la gracia y el pudor:
mas yo vi en las tinieblas
resplandecer tus ojos,
te conocí, y de hinojos
di gracias al Señor.

»Su vista rutilante,
que el universo abarca,
posada en tu semblante
desde tu cuna está:
y el dedo omnipotente
sobre tu noble frente
grabó la regia marca
que a conocer te da.

»Naciste favorito
del genio y de la gloria;
tu nombre es la victoria,
tu voluntad ley es.
Tu tiempo es infinito,
tus huellas indelebles,
los montes son endebles
debajo de tus pies.

»¿Tú anhelas un tesoro?
Mis lágrimas son perlas:
el Darro te trae oro:

plata te da el Genil (3):
cien minas en tu suelo
posees: despierta a verlas,
y haz de este valle un cielo
para tu grey gentil.

»Encumbra este hemisferio
con el poder de oriente...
Yo en él haré a otra gente
plantar su pabellón.
Yo te daré un imperio,
mas tú para pagarme
tendrás, al fin, que darme
tu fe y tu corazón.

»Adiós, ¡oh Nazarita!,
mi aparición recuerda
cuando el pesar te muerda
con aguijón de hiel:
no olvides en tu cuita
que abrió sobre este suelo
la fuente del consuelo
el ángel Azäel.»

Tal dijo: y el divino
ser misterioso alzando
la mano que posando
tenía en Al-hamar,
al fondo cristalino
volvióse de la fuente,
que su cristal bullente
sobre él volvió a cerrar.

El ámbar que exhalaba
su aliento de ambrosía,
la luz que derramaba
su forma, la armonía
de que su voz llenaba
la selva, y el encanto
con que su influjo santo
divinizó el vergel,

como neblina leve
que desvanece el aura
al punto que se mueve,
se disipó con él:
dudar pudiendo en suma
la mente deslumbrada,
si fué visión soñada
el ángel Azäel.

Tornó a la antigua calma
y soledad primera
el bosque y la pradera;
y el príncipe Al-hamar,
sintiendo libre el alma
del fatigoso ensueño,
de su tenaz beleño
se comenzó a librar.

Su mente oscurecida
se iluminó: la historia
del sueño en su memoria
se comenzó a aclarar;
y al fin, el cuerpo suelto
de su sopor y vuelto
a la razón y vida,
se despertó Al-hamar.

La vista echando en torno
del sitio solitario,
reconoció el contorno,
mas como al ángel no,
sonrisa de desdeño
mostrando el juicio vario
que forma de su sueño,
en la ciudad pensó.

Pensó que de ella ausente
pasó la noche entera:
pensó en su inquieta gente
y se aprestó a partir,
Mirando tras el monte
rayar la luz primera
del sol que al horizonte
comienza ya a subir.

Compuso en la cintura
la faja tunecina;
la suelta capellina
sobre la espalda echó,
y el aura respirando
del bosque y la frescura
del alba, el césped blando
con leve planta holló.

Dió un paso en la pradera,
y alzando repentina
la brisa matutina
su vuelo en el vergel,
como una mies ligera
dobló el ramaje umbrío,
y sacudió el rocío
depositado en él.

Surcaron desprendidas
sus gotas el ambiente,
cual lluvia transparente,
espesa, universal:
el aire deshacerlas
no pudo, y esparcidas
quedaron como perlas
sobre la yerba igual.

Ráfaga, empero, errante
la brisa fué: su impulso,
durando un sólo instante,
sin fuerzas expiró.
Irguióse la arboleda
con rápido repulso,
y todo al punto a leda
tranquilidad volvió.

Vertió desde la cumbre
del monte al hora misma
el sol su nueva lumbre;
deshizo su arrebol
la atmósfera en su prisma
de múltiples colores,
y abriéronse las flores
a recibir al sol.

Debajo de la tienda
de sus plegadas hojas,
las clavellinas rojas,
los rojos alhelís,
mostráronle con franca
exposición su ofrenda
en otra perla blanca
cercada de rubís.

Detuvo la indecisa
planta Al-hamar: su labio
bañó dulce sonrisa
su sueño al recordar,
e incrédulo, si sabio,
juzgándolo quimera,
tornó por la ladera
el paso a enderezar.

Y por mostrar desprecio
de sueños infundados,
los céspedes mojados
pisaba sin temor,
con indignado y recio

paso truncando altivo
el tallo inofensivo
de una y otra flor.

Mas pronto perturbado,
su corazón de nuevo
latió desconcertado,
y comenzó a creer
la aparición soñada
del celestial mancebo
inspiración enviada
por celestial poder.

De cada flor que rota
derriba, ve que intacta
la desprendida gota
resbala, y sin perder
su redondez compacta,
en la mullida yerba
entera se conserva,
maciza al parecer.

Tendió la regia mano
a la que más vecina
halló; mas al cogerla
reconoció Al-hamar
su sino sobrehumano:
la gota cristalina
era una gruesa perla,
cual nunca las dió el mar.

Su limpia trasparencia,
su peso, su tamaño,
su origen, tan extraño
a cuanto oído fué,
aclaman infinita
en número, inaudita
en precio la opulencia
del rey que las posee.

No tiene en las ignotas
minas que avara encierra
tesoro igual la tierra
ni en piedra, ni en metal:
cada una de las gotas
del celestial rocío,
de plata vale un río
en precio a un reino igual.

¡Bendito al que tesoro
tal poseer le cabe!
¡Bendito el que le sabe
empleo digno dar!
¡Dichoso el Nazarita
Amir (4) del pueblo moro,
en quien está bendita
la estirpe de Nazar!

Cayó Al-hamar de hinojos,
y alzando al firmamento
las manos y los ojos
con exaltada fe,
«Señor, dijo, yo admito
un don tan opulento,
y a don tan infinito
corresponder sabré.»

Y así Al-hamar diciendo,
y el don agradeciendo
que liberal le envía
la mano del Señor,
las perlas recogía...,
y acaba al recogerlas
el LIBRO DE LAS PERLAS.
¡De Alah sea en loor!

LIBRO DE LOS ALCÁZARES

¡Granada! Ciudad bendita
reclinada sobre flores,

quién no ha visto tus primores
ni vió luz, ni gozó bien.
Quién ha orado en tu mezquita
y habitado tus palacios,
visitado ha los espacios
encantados del Edén.

Paraíso de la tierra,
cuyos mágicos jardines
con sus manos de jazmines
cultivó celeste hurí,
la salud en ti se encierra,
en ti mora la alegría,
en tus sierras nace el día,
y arde el sol de amor por ti.

Tus fructíferas colinas,
que son nidos de palomas,
embalsaman los aromas
de un florido eterno abril:
de tus fuentes cristalinas
sulcan cisnes los raudales,
bajan águilas reales
a bañarse en tu Genil.

Gayas aves entretienen
con sus trinos y sus quejas
el afán de las abejas
que en tus troncos labran miel:
y en tus sauces se detienen
las cansadas golondrinas,
a las playas argelinas
cuando emigran en tropel.

En ti como en un espejo
se mira el profeta santo,
la luna envidia el encanto
que hay en tu dormida faz:
y al mirarte a su reflejo
el arcángel que la guía,
un casto beso te envía
diciéndote: —«Duerme en paz.»

El albor de la mañana
se esclarece en tu sonrisa,
y en tus valles va la brisa
de la aurora a reposar.
¡Oh, Granada, la sultana
del deleite y la ventura!
Quien no ha visto tu hermosura
al nacer debió cegar.

¡Alah salve al Nazarita,
que derrama sus tesoros
para hacerte de los moros
el alcázar imperial!
¡Alah salve al rey que habita
los palacios que en ti eleva!
¡Alah salve al rey que lleva
tu destino a gloria tal!

Las entrañas de tu sierra
se socavan noche y día;
dan su mármol a porfía
Geb-Elvira y Macael (1);
ensordécese la tierra
con el son de los martillos,
y aparecen tus castillos,
maravillas del cincel.

Ni un momento de reposo
se concede: palmo a palmo,
como a impulso de un ensalmo,
se levanta por doquier
el alcázar portentoso
que, mofándose del viento,
será eterno monumento
de tu ciencia y tu poder.

Reverbera su techumbre
por las noches, a lo lejos,
de las teas a la lumbre (2)
que iluminan sin cesar
los trabajos misteriosos,
y a sus cárdenos reflejos
van los genios sus preciosos
aposentos a labrar.

¿De quién es este palacio
sostenido en mil pilares,
cuyas torres y alminares
de inmortales obra son?
¿Quién habita el regio espacio
de sus cámaras abiertas?
¿Quién grabó sobre sus puertas
atrevido su blasón?

¿De quién es aquella corte
de galanes africanos
que le cruzan tan ufanos
de su noble Amir en pos?
En su alcázar y en su porte
bien se lee su nombre escrito:
Al-hamar. ¡Alah bendito,
es la ALHAMBRA! ¡Gloria a Dios!

AL-HAMBRA

¡Salud, favorita bella
del Amir más poderoso!
¡Salud, tienda de reposo
de la gloria y el placer!
¡Vele Dios tu buena estrella,
dichosísima señora!
¿Quién de ti no se enamora
si una vez te llega a ver?

Al-hamar vertió en tu seno
de sus perlas los tesoros,
te hizo perla de los moros,
puso reinos a tus pies.
Noble Reina, de labores
tu real manto arrastras lleno,
y cada una de sus flores
un soberbio alcázar es.

Hermosísima africana,
ríe y danza voluptuosa:
tu albo seno es una rosa
en lo fresco y lo gentil.
Regocíjate, Sultana,
ríe y danza sin pesares,
que el compás de tus danzares
llevarán Darro y Genil.

Ríe y danza: ¿quién descuella
como tú en poder y gala?
¿Quién compite, quién iguala
tu opulenta majestad?
Donde tú sientas la huella
van sembrando los amores
la semilla de las flores
que perfuman tu beldad.

¿Dónde está la altiva reina
que a la par de ti se ostente?
¿Dónde está la que su frente
se corone como tú?
Son jardines tus cabellos,
que aromado el viento peina
cuando mayo prende en ellos
tocas de verde tisú.

Diadema con que se ciñe
tu Granada, son tus brillos
del color en que se tiñe
roja el alba al purpurar;
tus diamantes son palacios

engastados en cintillos
de murallas de topacios,
que deslumbran el mirar.

Y esas bóvedas ligeras
cual prendidos cortinajes,
y esos muros como encajes
delicados en labor,
de las manos hechiceras
de los Genios han salido,
que en secreto ha sometido
a su dueño el Criador.

¡Regia Alhambra! ¡Aureo pebete,
perfumero de Sultanas!
Tus arábigas ventanas
son las puertas de la luz.
El Oriente se somete
a tus pies como un cautivo,
y hace bien estar altivo
de tenerte el andaluz.

JENERALIFE (3)

Y GRANADA A VISTA DE PÁJARO

Entre lirios mal velado
el galán Jeneralife
da al ambiente enamorado
dulces besos para ti;
como Ondina que ligera
huyendo desde su esquife,
vuelto el rostro a la ribera,
se los da a quien queda allí.

¿Qué Sultán su alcázar tiene
de jardines enramado,
de una peña así colgado
en mitad del aire azul?
Con los siervos que mantiene
el del Bósforo sonoro,
no hará nunca a fuerza de oro
otro igual en Estambul.

Del peñón en la alta loma
semejando está que vuela,
como rápida paloma
que se lanza de un ciprés:
mas si el ojo se asegura
de que inmoble está en la altura,
le parece una gacela
recostada entre una mies.

Sus calados peristilos,
sus dorados camarines,
sus balsámicos jardines
de salubre aire vital,
de los Silfos son asilos,
que, meciéndose en sus flores,
cantan libres sus amores
en su lengua celestial.

Y en las noches azuladas
del verano, oculta cita
trae amantes a las Hadas
sus caricias a gozar:
y al rayar el alba hermosa
que interrumpe su visita,
en sus alas de oro y rosa
tornan vuelo a levantar.

Atalaya de Granada,
alminar de excelsa altura,
de la atmósfera más pura
colocada en la región
¿qué no ven de cuanto agrada
tus ventanas por sus ojos?
¿Qué se niega a los antojos
del que asoma a tu balcón?

Junto a ti los Alijares (4)
ataviados a lo moro,
en el río de aguas de oro
ven su gala y brillantez;
más allá, sobre pilares
de alabastro, *Darlaroca* (5)
con su frente al cielo toca,
que la sufre su altivez.

A su par los frescos baños
de las Reinas granadinas,
cuyas aguas cristalinas
se perfuman con azahar
y se entoldan con las plumas
de mil pájaros extraños,
que se van con grandes sumas
a las Indias a comprar.

A tu izquierda el montecillo
cuyo pie Genil evita,
reflejando en sí la ermita
de los siervos de la Cruz (6):
a tu diestra el real castillo
sobre el cual voltea inquieta
la simbólica veleta
del bizarro Aben-Abuz (7).

Más allá los cerros altos
(cuyo nombre y cuya historia
dejarán dulce memoria)
del Padul y de Alhendín:
y allá más los grandes saltos
de las aguas de la sierra,
cuya eterna nieve cierra
de tus reinos el confín.

A tus pies Torres-Bermejas (8)
con sus cubos pintorescos,
que avanzadas y parejas
aseguran tu quietud:
y bajo ellas, el espacio
respetando del palacio
de su rey, los valles frescos (9)
donde habita la salud.

¡Oh pensil de los hechizos,
bien amado de la luna!
¿Qué echa menos tu fortuna
en la gloria en que te ves?
Abre, avaro, antojadizos
tus moriscos ajimeces,
y ve qué es lo que apeteces
con Granada ante tus pies.

¿De tu vista caprichosa
qué no alcanzan los deseos?
Sus mezquitas, sus paseos,
su opulento zacatín (10),
su Bib-rambla bulliciosa
con sus cañas y sus toros:
de valor y amor tesoros
Albunest y el Albaycín (11):

sus colmados alhoriles,
sus alhóndigas reales,
sus sagrados hospitales,
regias obras de Al-hamar,
todo está bajo tu sombra
¡oh florón de los pensiles!,
de tus plantas siendo alfombra
y encantándote el mirar.

¡Oh palacio de la zambra,
camarín de los festines,
alto rey de los jardines,
de aguas vivas saltador,
real hermano de la Alhambra,
pabellón de auras suaves,

favorito de las aves,
y del alba mirador:

de los pájaros el trino,
de las auras el arrullo,
de las fiestas el murmullo
y del agua el manso son,
dan al ámbito divino
de tu alcázar noche y día
una incógnita armonía
que embelesa el corazón!

Encantado laberinto
consagrado a los placeres,
tú, escalón del cielo eres,
tú, portada del Edén.
En tu mágico recinto
escribió el amor su historia,
y a los justos en la gloria
las huríes se la leen.

AL-HAMAR EN SUS ALCÁZARES

Liberal de sus erarios,
protector del desvalido,
fiel, leal para el vencido
y del sabio amparador:
por amigos y contrarios
estimado en paz y en guerra,
es la egida de su tierra
Al-hamar el vencedor.

En la paz, rey justiciero,
oye atento en sus audiencias
y da recto sus sentencias
por las leyes del Korán.
En la guerra, compañero
del soldado, buen guerrero,
por valiente va el primero
como va por capitán.

Ostentosa en aparato,
costosísima en su porte,
a los ojos de su corte
muestra su alta dignidad:
pero al dar con tal boato
real decoro a la corona,
niega sobrio a su persona
lo que da a su majestad.

No dejado, mas modesto
en su gala y vestidura,
da a su cuerpo limpia holgura
y elegante sencillez:
y recibe a su presencia,
donde quiera al bien dispuesto,
con cordial benevolencia
al dolor y a la honradez.

Franco, afable, igual, sencillo
en su vida y ley privada,
en su pecho está hospedada
la leal cordialidad;
y depuesto el regio brillo,
los amigos de su infancia
en el fondo de su estancia
hallan siempre su amistad.

Sus más fieros enemigos
los Amires castellanos,
le visitan cortesanos
y le piden protección:
y él les trata como amigos,
con sus nobles les iguala,
les festeja y les regala
sin doblez de corazón.

Moderado en sus placeres
cual frugal en sus festines,
da opulento a sus mujeres

mesa opípara en su harén (12);
pero no entra en sus jardines
tierno amante o fiel esposo
hasta la hora del reposo,
como a un príncipe está bien.

El Korán cuatro sultanas
le permite, y como tales
en sus cámaras reales
alojadas cuatro están.
A las cuatro tiene vanas
el amor del Nazarita,
mas ninguna es favorita
en el alma del Sultán.

Las almées y los juglares (13)
de más gracia y más destreza
tiene a sueldo, con largueza
atendiendo a su placer:
y en sus fiestas familiares
las prodiga el noble moro
cuanto pueden amor y oro
por espléndido ofrecer.

Es su harén del gozo fuente
y de fiestas laberinto:
estremece su recinto
siempre alegre conmoción,
y resuena eternamente
por los bosques de la Alhambra
el compás de libre zambra,
de las músicas el son.

Al-hamar en tanto, a solas
con sus íntimos cuidados,
en el bien de sus estados
piensa inquieto sin cesar;
y sobre las mansas olas
de aquel mar de dicha y calma,
brilla el faro de su alma,
vela el ojo de Al-hamar.

Afanoso, inquieto, activo
mientras dura el día claro,
de los débiles amparo,
peso fiel de la igualdad,
sin quitar pie del estribo,
sin dejar puerta, ni torre,
ni mercado, ve y recorre
por sí mismo la ciudad.

Por doquier con recta mano
la justicia distribuye,
por doquier sagaz se instruye
de las faltas de su ley,
y la enmienda soberano
del bien de su pueblo amigo,
por que sirva de castigo
y de amparo de su grey.

Así el noble Nazarita,
rey y luz del huerto ameno
de Granada, Edén terreno
modelado en el Korán,
sus alcázares habita
de virtud siendo rocío,
siendo rayo del impío,
y decoro del Islam.

Vencedor, nunca vencido,
rey piadoso, juez severo,
en la lid buen caballero,
y en la paz sol de su fe:
de sus pueblos bendecido,
de enemigos respetado,
y de fieles rodeado,
el excelso Amir se ve.

Y así mora el Nazarita
sus alcázares dorados,
misteriosamente alzados
del placer para mansión.
Mas ¿quién sabe si él habita
su morada encantadora,
y el pesar oculto mora
en su regio corazón?

Triste, insomne, solitario,
como sombra taciturna
que a su nicho funerario
un conjuro hace asomar,
a las brechas angulares
de su torre de Comares
en la lobreguez nocturna
tal vez asoma Al-hamar.

Apoyado en una almena
de la gigantesca torre,
del río que a sus pies corre
oye distraído el son,
y contempla en los espacios,
que la espesa sombra llena,
de su corte y sus palacios
el fantástico montón.

Pertinaz a veces mira
del fresco valle a la hondura,
sombra, espacio y espesura
anhelando penetrar:
muévese allí el aura mansa
no más: de mirar se cansa,
y el rostro vuelve y suspira
melancólico Al-hamar.

¡Cuántas veces en la almena
le sorprende la mañana,
y al afán que le enajena
treguas da su resplandor:
y sin dar un hora al sueño
de Granada vuelve el dueño
de sí a echar lo que le afana,
de sí mismo vencedor!

Mas, ¿quién lee sobre su frente
el oculto pensamiento
que tras ella turbulento
lleva al alma de él en pos?
Sólo aquél que da igualmente
las venturas y los males,
y las dichas terrenales
con el duelo acota. —Dios.

Dios, que tierra y mar divide,
la eternidad sonda y mide,
del espacio sabe el límite,
y del mundo ve el confín.
Dios, cuya grandeza canto,
y con cuyo nombre santo
al LIBRO DE LOS ALCÁZARES
reverente pongo fin.

LIBRO DE LOS ESPÍRITUS

RECUERDOS

¿Qué flor no se marchita?
¿Cuál es el fuerte roble
que el huracán no troncha
o el tiempo no carcome?
¿Qué dicha no se acaba?
¿Qué hora veloz no corre?
¿Qué estrella no se eclipsa?
¿Qué sol nunca se pone?

¿Adónde está el alcázar
en cuyas altas torres

la tempestad no ruge
cuando el nublado rompe?
¿Quién es el que ha cruzado
el piélago salobre
sin que su nave un punto
la tempestad azote?

¿Quién fué por el desierto
pisando siempre flores?
¿Ni quién pasó la vida
sin duelos ni pasiones?
¿Ni quién es el que en calma
durmió todas las noches
sin que el pesar un punto
tenido le haya insomne?

Ninguno. El rey altivo
como el esclavo pobre,
al reclinar cansados
su frente por la noche,
ya en mendigada paja,
ya en ricos almohadones,
perciben que un gusano
el corazón les roe.

Es el afán secreto
que agita eterno, indócil
al corazón, y gira
con la veleta móvil
del pensamiento vano.
¡Dichoso el que conoce
que Dios tan sólo llena
el corazón del hombre!

Por eso el Nazarita,
que aunque de Dios favores
sin tregua ha recibido,
a humanas condiciones
sujeto está, va presa
de afanes interiores
rumiando pensamientos
que su atención absorben.

Va solo, atravesando
el enramado bosque
que cubre el fresco valle,
donde el mullido borde
de fuente cristalina
que mana entre las flores,
un sueño misterioso
le embelesó una noche.

Va solo, meditando
los agrios sinsabores,
que dánle de su reino
civiles disensiones.
De Dios pesa la mano
sobre su pueblo: y torpe
tal vez contra sí mismo
va a dirigir sus golpes.

¿Qué han hecho, al fin, sus sabios
proyectos creadores?
¿Qué, al fin, han producido
tesoros tan enormes
como él ha dispendiado
para elevar el nombre
de su gentil Granada
sobre el de cien naciones?

Cubrió los verdes cerros
de gigantescas moles:
tornó en frondosos cármenes
sus valles y sus montes:
mas la soñada dicha
de sus intentos nobles
¿dó está, si a los humanos
no pudo hacer mejores?

Riqueza dió a los moros,
con la riqueza dióles
poder, victoria, fama...,
mas dió a sus corazones
con ella más deseos
y orgullo y vicio dobles:
y al fin, ¿qué es lo que logra?
Doblar sus ambiciones.

Con ellas la discordia
germina al par: mayores
triunfos tal vez alcancen
sus armas: tal vez logren
a empresas más gloriosas
dar cima, y sus pendones
clavar sobre los muros
que a los contrarios tomen.

Mas ¡ay cuando su fuerza
contra ellos mismos tornen!
Mas ¡ay cuando su ciencia
se emplee en invenciones
de pérfida política,
de códigos traidores
que, leyes pregonando,
su destrucción pregonen:

y el reino que él fundara
de tanto afán a coste,
por él seguro acaso
de extrañas invasiones,
tal vez consigo mismo
luchando se destroce,
y abra a un sangriento circo
su alcázar sus balcones!

Tal vez un rey cristiano,
sagaz y fuerte entonces,
desde Castilla viendo
los árabes discordes,
la hoguera de sus iras
certeramente sople
y al frente de Granada
presente sus legiones.

Así Al-hamar discurre,
con cálculos precoces
llorando por Granada,
la flor de sus amores.
Así Al-hamar se aflige,
y a solas por el bosque
se mete, absorto y triste
con sus cavilaciones.

Era una hermosa tarde
de abril: los resplandores
del sol, que a ocaso baja
manchando el horizonte
con tintas de oro y púrpura,
los pardos torreones
alumbra de la Alhambra
con rayos tembladores.

Ya la última montaña
a largo andar traspone
el sol: ya dora sólo
los altos miradores
de los palacios árabes:
cayendo al fin se esconde
tras la montaña entero,
y allá la mar le sorbe.

El pálido crepúsculo,
que va tras él, recoge
la luz que al día resta:
da un paso más, y el orbe
con cuanto bello abarca
en lúgubres crespones,

emboza poco a poco
la silenciosa noche.

Nubló su espesa sombra
los ojos brilladores
del distraído príncipe,
y al mundo real volvióle;
volver quiso él las bridas
de su caballo, dócil
a su llamada siempre,
pero rebelde hallóle.

Era el caballo de árabe
raza, leal y noble;
mas por la vez primera
su origen desmintióse.
La voz de su jinete
desconoció: aplicóle
la espuela y, al sentirla,
feroz encabritóse.

Mira Al-hamar en torno
si hay algo que le asombre,
y al extender la vista
el sitio reconoce;
junto a la fuente se halla
a cuyo son durmióse
años atrás, soñando
con célicas visiones.

La idea más recóndita
de su cerebro entonces
se levantó, espantando
su corazón. Las dotes
divinas del espíritu
que allí le habló: los dones
que recibió del cielo
desque a él aparecióse:

su celestial historia,
sus celestiales órdenes
que obedeció arrastrado
de impulsos superiores;
de gloria y de opulencia
las altas predicciones,
en todo con sus místicos
oráculos conformes,

todo fué cierto; todo
cual lo soñó cumplióse.
¿No será, pues, su raza
quien sus afanes logre?
¿No es, pues, el Dios que adora
el Dios de sus mayores,
y él hizo una diadema
con que otro se corone?

Su mente oscurecieron
densísimos vapores:
dudó: tembló dudando:
el corazón turbósele,
y así exclamó en la sombra
con temerosas voces,
que ahogó el murmullo manso
del manantial y el bosque:

«Espíritu, que el fondo
»de ese raudal esconde,
»yo obedecí sumiso
»tus misteriosas órdenes
»y soy la sola víctima
»de tu presencia; tórname,
»pues, a la fe primera,
»o con tu ley abóname.»

Dijo: y, como acosado
por invisible golpe,
saltó el caballo fiero

con repentino bote,
por medio de las sombras
lanzándose a galope:
y el rey arrebatado
a su pesar sintióse.

LA CARRERA

I

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
ganando a saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje
a riesgo de la vida de su jinete real.
Él con entrambas manos le recogió el ren-
[daje
hasta que el rudo belfo tocó con el pretal;
mas todo en vano: ciego, gimiendo de co-
[raje,
indómito al escape tendióse el animal.

Las matas, los vallados, las peñas, los
[arroyos,
las zarzas y los troncos que el viento des-
[cuajó,
los calvos pedregales, los cenagosos hoyos
que el paso de las aguas del temporal
[formó,
sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
cual si escapara en circo a la carrera,
[abierto,
cual hoja que arrebatan los vientos del
[desierto,
el desbocado potro veloz atravesó.

Y matas y peñas, vallados y troncos
en rápida, loca, confusa ilusión,
del viento a los silbos, ya agudos, ya
[roncos,
pasaban al lado del suelto bridón.
Pasaban huyendo cual vagas quimeras
que forja el delirio, febriles, ligeras,
risueñas o torvas, mohinas o fieras,
girando, bullendo, rodando en montón.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
las copas ligeras de palmas y pinos,
las varas revueltas de zarzas y espinos,
las yedras colgadas del brusco peñón,
medrosas fingiendo visiones perdidas,
gigantes y monstruos de colas torcidas,
de crespas melenas al viento tendidas,
pasaban en larga fatal procesión.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
de la ilusión: fantásticos e informes
abortos del pavor: mudas y enormes
masas de sombra sin color ni faz.
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
pasaban aturdiendo su cabeza
con diabólico impulso y ligereza,
en fatigosa hilera pertinaz.

Pasaban y Al-hamar las percibía
pasar, sin concebir su rapidez,
en más vertiginosa fantasía,
en más confusa y tumultuosa orgía,
más juntas, más veloces cada vez;
y atronado su espíritu cedía
a la impresión fatídica, y corría
frío sudor por su morena tez.

Y en su faz estrellándose el viento,
la ponía en nerviosa tensión,
y cortaba el camino al aliento,
y prensaba el cansado pulmón;
y, golpeando en sus sienes sin tiento
de su sangre el latido violento,

sus oídos zumbaban con lento
y profundo y monótono son.

Ya creía que, huyendo el camino
del corcel bajo el cóncavo callo,
galopaba sobre un torbellino,
mantenido en su impulso no más;
ya creía que el negro caballo,
por la ardiente nariz y los ojos
despidiendo meteoros rojos,
rastro impuro dejaba detrás.

Ya sorbido por denso nublado,
con la lluvia, el granizo y centellas
de que lleva su vientre preñado,
cree que va fermentando a la par;
nubes cruza tras nubes, y en ellas,
del turbión al impulso sujetos,
mira mil nunca vistos objetos
remolinos eternos formar.

De este vértigo horrible transido
caminaba a las riendas asido,
en los corvos estribos seguro
y entre el uno y el otro borrén
empotrado, dejando abatido
por el bruto llevarse en lo oscuro;
y empezaba a perder el sentido
del escape mareado al vaivén.

Rendido y las fuerzas perdiendo
al vértigo intenso cedió;
y loco el cerebro sintiendo,
los ojos cerrar no pudiendo,
la ciega mirada fijo,
tenaz contracción manteniendo
no más su equilibrio, y corriendo
cual otro fantasma siguió.

Y espacios inmensos cruzando,
y atrás a la tierra dejando,
las vallas de sombra saltando
que cercan el mundo mortal,
creyóse su mente perdida
en tierra jamás conocida,
región de otra luz y otra vida,
de atmósfera limpia e igual.

Y vió que un alba serena
con blanquísimos reflejos
amanecía a lo lejos
en esta nueva región:
y el alma, exenta de pena
cruzando el éter tranquilo,
volaba a un eterno asilo
en otra inmortal mansión.

Suavísimo arrobamiento,
deliquio dulce invadióle,
y encima del firmamento
en el Edén se creyó.
Luz vaga alumbró su mente,
y ante los ojos pasóle
el Paraíso esplendente
que Mahomad visitó.

El místico y nocturno
viaje del Profeta
juzgó que iba a su turno
sobre el Borak a hacer (1),
y la ilusión sujeta
a lo que de él relata,
la bóveda de plata
de un cielo empezó a ver.

Los astros vió suspensos
de auríferas cadenas
y sus lumbreras llenas

de espíritus de luz:
espíritus inmensos (2)
en formas de caballos,
de corzos y de gallos
de enorme magnitud.

Vió islas encantadas
flotando en los espacios,
con templos de topacios
y muros de marfil:
y casas fabricadas
de nácar, cuyas puertas
de ébano dan abiertas
sobre jardines mil.

Allí sobre alhamíes
de cedro y palo-rosa,
bajo la sombra undosa
del tilo y del moral,
yacer vió a las huríes
que, a mil amores tiernas,
conservarán eternas
su gracia virginal.

Y atravesó campiñas
fresquísimas y amenas,
de bosques de ámbar llenas
y cerros de cristal,
y prodigiosas viñas,
que en frutos dan ópimos
las perlas en racimos
en tallos de coral.

Vió grutas pintorescas
por Sílfides moradas,
cubiertas sus portadas
bajo el flotante tul
de mil cascadas frescas
que, atravesando prados
de hermoso añil sembrados,
van tintas en su azul.

Caer las vió en riberas
donde reposan mansos
los monstruos y las fieras
de tierra, viento y mar:
y en plácidos remansos,
el sueño entreteniéndolas,
vió cisnes y oropéndolas
bañarse y juguetear.

Y vió dorados peces
en tumultuoso bando
a flor del agua a veces
pacíficos nadar,
y a veces elevando,
por cima de las olas
los lomos y las colas,
la orilla salpicar.

Vió luego estos ríos
crecer sin vallares,
perdiéndose en mares
de leche y de miel:
y en ellos navíos
do van los amores
meciéndose en flores
de uno a otro bajel.

Murmullo tras ellos
levantan sonoro
mil góndolas de oro,
de concha y marfil,
do van Silfos bellos
bogando con velas
de chales y telas
de seda sutil.

Espuma levantan,
inquietos remando,
los mil gondoleros
que van tripulando
los barcos veleros;
y danzan ligeros
y armónicos cantan
alegre canción:

Y mil gayas aves,
que siguen las naves,
al sol esponjando
sus plumas distintas
de mil varias tintas
de azul, gualda y oro,
imitan en coro
del cántico el son.

Al lejos el viento
responde a su acento
allá en la arboleda
moviendo rumor:
y el eco, que atento
en lo alto se queda,
burlón le remeda
cual sabe mejor.

El cuadro divino,
la paz, la ventura,
perfume, frescura
y luz celestial
de aquel peregrino
país, torna pura
al rey granadino
la calma vital.

Y en rápido vuelo
pacífico y blando,
los aires surcando
se siente llevar:
y ve que, sin suelo
do fije el caballo
el áspero callo,
cruzando va el mar.

Del líquido el fondo
contempla pasando
y alcanza mirando
del agua al trasluz
el álveo redondo,
que puebla radiante
cohorte flotante
de peces de luz.

Sutiles vapores
le impelen suaves,
y costas y naves
se deja detrás:
y espacios mayores
cruzando en su vuelo,
aborda del cielo
las costas quizás.

Avanza, y niebla
pálida ve
que el aire puebla,
según pie a pie
ganando va
aquel extenso
espacio inmenso
do errando está:
y le parece
que se ennegrece
mar, niebla y viento
en torno de él,
y que se acrece
cada momento

el movimiento
de su corcel.
Anochece,
y oscurece
más apriesa
cada vez
el ambiente,
que se espesa
con creciente
lobreguez.
El camino
desparece:
y, sin tino
ni destino
que comprenda,
sobre senda
audazmente
carrilada
por un puente
de movible
tirantez,
tan delgada
como el hilo
en que se echa
descolgada
una oruga,
como arruga
que en tranquilo
lago tiende
como hiende
su agua el pez,
tan estrecha
como el filo
de una espada,
como flecha
disparada,
cual centella
desatada,
va sin huella
perceptible
el perdido
Nazarita,
con horrible
e infinita
rapidez.

Es el puente
de la vida (3),
que la gente
a luz venida
ha por fuerza
de pasar.
El que intente
y haga entera
su carrera,
y de frente
sin caída
la salida
logre hallar,
por las puertas
celestiales
a las huertas
inmortales
como un ángel
ha de entrar,
las delicias
eternales
y los gustos
perenales
de los justos
a gozar.

A este paso
tan estrecho,
(cuyo escaso
corto trecho
es camino
tan dudoso

de cruzar,
pero fallo
riguroso
del destino
y ley santa
que acatar),
se adelanta
vigoroso
el caballo
misterioso
de Al-hamar.

Temeroso
de mirar,
espumoso,
siempre hirviente,
rebramando
eternamente
y azotando
siempre el puente
con horrísono
bramar,
bajo de él
hierve el mar.
ISRAFEL
allí está
para ver
el que va
sin caer,
y pasar
no dejar
al infiel:
y he aquí
que por él
va a pasar
el corcel
de Al-hamar.

Llega, avanza:
ya se lanza,
ya en él entra,
ya se encuentra
suspendido
sobre el puente
sacudido
por el piélago
bullente,
cuyo cóncavo
rugido
se levanta
sin cesar.
Aturdido,
sin mirar
a la indómita
corriente
que le espanta,
sin osar
aspirar
el ambiente
que le anuda
la garganta,
sin que acuda
tierra o cielo
en su ayuda,
vuela y pasa,
justiciero
Rey prudente,
juez severo
y valiente
caballero,
el primero
de la casa
de Nazar.

El puente
vacila:
el príncipe
oscila,
perdido

el sentido,
demente,
transido
de horror.

Ya toca
la opuesta
ribera:
ya poca
carrera
le cuesta.
¡Valor!
Ya llega:
le ciega
el pavor.
¡Ah! ¡Dadle
favor!
¡Salvadle,
Señor!

Saltó.
Pasó
con bien
y allá
cayó
de pie.
Salvo
fué.
¡Oh!
Ya
¿quién
ve
do
va?

LIBRO DE LAS NIEVES

INSPIRACIÓN

No hay más que un solo Dios (1). Él solo es grande,
solo infinito, omnipotente solo.
Nada hay que para ser no le demande
licencia: Él pesa la virtud y el dolo,
y el premio envía o el azote blande.
Todo lo oye y lo ve de uno a otro polo,
y cosa no hay por elevada u honda
que a su mirada universal se esconda.

No hay más que un solo Dios, cuya creencia
luz es y salvación: doquier la marca
brilla de su poder y de su ciencia.
Dios solo es triunfador (2); solo monarca
del universo es Él: su omnipotencia
con ley universal todo lo abarca;
su presencia inmortal todo lo inunda,
todo lo vivifica y lo fecunda.

Él los mundos arregla o desordena
según su excelsa voluntad divina:
Él al tiempo dirige: Él encadena
los elementos a sus pies: domina
el huracán: tras el nublado truena:
luce a través del alba purpurina:
entapiza con nieve las montañas
y abrasa con volcanes sus entrañas.

El murmullo del agua, el son del viento,
el susurro del bosque estremecido
por sus inquietas ráfagas, el lento
arrullo de la tórtola, el graznido
del cuervo vagabundo, todo acento
por ave, fiera o eco producido,
el nombre santo de su Dios pronuncia,
su gloria canta, su poder anuncia.

Él los errantes astros encamina:
Él azula la atmósfera serena:
Él crea y Él destruye, alza y arruina:

Él, infalible juez, salva y condena:
Él sólo ni envejece, ni declina:
Él sólo el hueco de los mundos llena:
el orbe encima de su palma cabe:
sólo Él no yerra nunca: sólo Él sabe.

No hay más que un solo Dios. Los que [le niegan
con altivez blasfema, palidecen
cuando al umbral de su sepulcro llegan;
los que en su ciencia ruin se ensoberbecen
y de Él se mofan, al morir le ruegan.
Por Él existen y por Él perecen
todos. No hay más que un Dios. Ante su [nombre
¿qué es el orgullo y el saber del hombre?

Siglo, que audaz el de la luz te llamas
y por miles de plumas y de bocas
el manantial de tu saber derramas:
siglo de ciencia, que el error derrocas,
la virtud premias y el ingenio inflamas:
siglo, que dices que a la cumbre tocas
de la dicha, que el mundo civilizas
y tu raza de sabios divinizas:

siglo de prensas y de bolsa y agio,
que, en carros de vapor, hasta la luna
intentas difundir el gran contagio
de la ciencia, y parar a la fortuna
con tus empresas mil... ¡Siglo de plagio
que, en solos nueve lustros, en sí aduna
más *maestros*, *artistas* y *doctores*
que hubo en ciento estudiantes y lectores!...

¿De dónde vienen los que nacen? ¿Dón- [de
van los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano
lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconde
la luna de su luz? ¿Cuál es la mano
que les guía a los dos? Habla, responde,
orgullo necio del saber humano,
hojea el libro de tu ciencia osada:
¿qué es lo que sabes de tu origen?—NADA.

No hay más que un solo Dios, que [nada ignora:
Él conoce las puertas de la tierra;
abre las de la cuna y de la aurora:
las de la noche y de la tumba cierra.
Más allá de las dos Él sólo mora,
Él sólo sabe lo que allá se encierra;
de allá viene, allá va quien nace y muere.
¿Por qué? Su voluntad así lo quiere.

Mas detente ¡oh Espíritu divino!
¡Oh Arcángel de la Fe! Tú, cuyo paso
buscando un día al corazón camino
ahogó a las Musas y aplanó el Parnaso:
único fuego que del cielo vino,
calma tu inspiración en que me abraso:
no ensayes en el arpa del poeta
los cantos del salterio del Profeta.

Mi limitada comprensión humana,
mi ruda voz y tosca poesía
eleve, sí, tu inspiración cristiana
y dignas sean de la patria mía.
Enaltece mi ingenio, porque ufana
pueda hijo suyo apellidarme un día,
y de mi nombre, si al olvido vence,
la tierra en que nací no se avergüence.

Mas dejemos al siglo ir desbocado
de los pasados siglos tras la herencia,
en el carro del oro arrellanado,
o suspendido en alas de la ciencia.
Dejémosle seguir la ley del hado

según su voluntad o su conciencia,
sin que perturbe su insensata orgía
el himno audaz de la creencia mía.

Tiéndeme, pues, tus alas de zafiros,
y lejos de él transpórteme tu vuelo
donde sus carcajadas y suspiros
no desgarren del aire el puro velo.
De él a través con luminosos giros
álzame adonde, con eterno hielo
cubriendo su cerviz, Sierra Nevada
salutíferas auras da a Granada.

Llévame a los recónditos asilos
de aquellas misteriosas soledades,
cuyos monstruos de nieve ven tranquilos
nacer y perecer razas y edades.
Muéstrame las cavernas y los silos
donde van a dormir las tempestades,
por cima del peñón desconocido
en que suspende el águila su nido.

Del Supremo Hacedor la sabia mano
no creó sin destino esos lugares
inaccesibles al orgullo humano:
ni, envueltos en sus mantos seculares
de nieve espían sin cesar en vano
esos gigantes blancos tierra y mares.
Subamos, pues, sobre las auras leves
al misterioso alcázar de las nieves.

LA CARRERA

II

En las desiertas cumbres que la sierra
a las legiones de la luz levanta,
paso al cielo tal vez desde la tierra:
allí, donde árbol, animal, ni planta,
ni vegeta, ni vaga, ni se encierra
bajo la eterna nieve, y se quebranta
cuanto vida o calor toma del suelo
al peso de una atmósfera de hielo,

se abre por las montañas un camino,
más bien un tajo, que sus breñas parte
como una faja de planchado lino,
el cual dirige al colosal baluarte
de la nieve. Jamás tan peregrino
sendero supo fabricar el arte,
ni inspirarle a la mente más risueño
maga oriental en hechizado sueño.

A ambas orillas de su senda blanca
labra caprichos mil el aire helado,
que el ampo trae que el remolino arranca,
dejándole doquier cristalizado.
La agua congela y el vapor estanca
y cincela sutil filigranado
del hielo en el cristal, cuyas labores
descomponen la luz en mil colores.

Mas como sus espléndidos reflejos
de la nieve se estrellan en la alfombra,
y en el mate cristal de sus espejos
mata al color la blanquecina sombra,
todo es blanco doquiera, cerca y lejos:
todo el país descolorido asombra
con su igualdad la vista: blanco el suelo,
blanco el espacio puro, blanco el cielo.

Y allá del peñascal en la estrechura,
por el lugar do empieza este sendero
a blanquear en el fin de la llanura,
comienza a negrear bulto ligero.
Crece... se aclara como va la altura
ganando. Es un mortal: un caballero
moro: y, conforme lo veloz que sube,
parto fué su corcel de alguna nube.

El campo de la nieve no desflora
con el herrado casco en su carrera,
y, al ver la forma aérea y voladora
de jinete y corcel, se les tuviera
mejor por ilusión fascinadora
que por seres de vida verdadera:
pues ¿quién sino fantásticas visiones
osarán arribar a estas regiones?

Mas ¿quién bajo los pliegues ve espumo-
[sos
del mullido tapiz de copos leves?
¿Quién conoce los seres vaporosos,
que la región habitan de las nieves?
¿Quién sabe qué destinos misteriosos
les dió aquel que, con dos palabras breves
cuando hizo el orbe, al hielo cristalino
del sol su destructor puso vecino?

Él solo, Dios. Recóndito misterio
envuelve los contornos luminares
de aquel helado y silencioso imperio
escondido entre rocas seculares.
Sólo Él ve lo que encierra este hemisferio,
por entre cuyos blancos valladares
la ardua ascensión al último acomete,
cual suelta nube, el Árabe jinete.

De peñón en peñón, de risco en risco,
el tortuoso camino va siguiendo
sobre su negro potro berberisco,
y a los nublados bajo sí va viendo
fermentar en sus vientres el pedrisco
de invisibles torrentes al estruendo,
y según sube hacia la azul esfera,
va aflojando el caballo su carrera.

¿Quién es?—Vuela perdido en la distancia:
su forma es vaga sombra todavía.
¿Do va?—¿Y quién su poder o su arrogan-
[cia
sabe? Tal vez a la mansión del día.
Genio, tal vez allí tiene su estancia:
mortal, de un filtro acaso se valdría;
mas ya trepa al confín: ya poco a poco
modera su corcel su ímpetu loco.

Ya
se
ve
que
dando
se va,
más blando
al freno.

Ya no bota
de ira lleno,
ni va ajeno
de derrota
desbocado,
como mata
que arrebata
desbordado
rapidísimo
turbión.

Ya se dilata
su fauce henchida
de comprimida
respiración,
y, violento,
lanza el aliento
que le sofoca
de su pulmón,
con resoplido
de dolorido
cóncavo son.

Doble columna gruesa
de fatigoso aliento,
que hace vapor el viento
sutil de esta región,
cual humareda espesa,
por la nariz opresa
vierte tras sí en la atmósfera
el árabe bridón.

Ya deja la boca herida
más libre al bocado obrar,
y más siente ya la brida
que pudo el señor cobrar.

Ya el vértigo loco cediendo
que ciego siguió a su pesar,
va su ímpetu fiero perdiendo
y empieza cansancio a mostrar.

Ya su rápido escape acortando
detenerse pretende quizá:
ya se templa, e igual galopando
va en un aire pacífico ya.

Y aunque de espuma y de sudor
[blanquea,
relincha audaz e inquieto cabecea;
y aunque jadeando de fatiga está,

aún piafa y se encabrita y escarcea,
y los ijares con la cola airea,
y corvos saltos de costado da.

Ya cambia: ya el trote medido levanta,
y, el cuello engallado, segura la planta,
altivo en la sombra mirándose va.

Ya lenta y suavemente su dueño le refrena:
se acorta; ya en el paso su marcha va se-
[rena,
recógele: obedece: paró. ¡Loado Alah!

¡Vertiginoso vuelo! ¡Fantástica carrera!
Más rápido su impulso que el de las nubes
[era:
caballo y caballero volaban a la par
en alas de un nublado. La alondra más
[ligera,
ni el águila más rauda, pujante y altanera,
pudieron un instante su rapidez tomar.
Al fin cesó.—Las bridas en el arzón de-
[jando,
los miembros extendiendo, con ansia res-
[pirando,
repúsose el jinete sobre la silla al fin:
y absorto las miradas en derredor ten-
[diendo,
se halló de extensas nieves en un desierto
[horrendo,
océano de hielo sin costa, ni confín.

¡Ni flor, ni fiera, ni ave por la región ex-
[traña
do se contempla aislado!—Sólo hay una
[montaña
que gruta cristalina taladra por el pie.
¿Y un mar y un paraíso, que ha visto el
[caballero,
de espíritus y genios poblados? ¿Y el sen-
[dero
por do hasta allí ha subido?—Delirio,
[sueño fué.

Sobre la nieve intacta ni rastro ve ni
[huella,
ni marca de camino en rededor sobre ella;

todo es una explanada inmensa, sola, [igual.
No hay más que nieve. Es blanca la cla- [ridad del cielo:
blanco el espacio: blanca la inmensidad [del suelo:
los horizontes blancos. ¿Qué busca allí un [mortal?
¿Adónde esta comarca estéril y desierta
da paso? ¿De qué silos recónditos es puerta
su misteriosa gruta? ¿Qué mano la labró?
Tal vez en ella moran espíritus dañinos
que a los mortales odian, y los fatales sinos
en dirigir se ocupan del que mortal nació.

Tal vez es la risueña y espléndida morada
de alguna dolorida y encantadora fada,
que el vano amor lamenta que puso en un [mortal.
Tal vez es la bajada del reino del olvido,
adonde caen las almas después de haber [salido
de la penosa cárcel del cuerpo terrenal.

¿Quién sabe? El caballero al pie de la [montaña
ante esta gruta, que ornan de arquitectura [extraña
labores y arabescos de nácar y cristal,
permanecía inmóvil: cuando he aquí que [el eco,
hendiendo sonoroso su embovedado hueco,
le trajo estas palabras en canto celestial:

«Ilustre y venturoso
caudillo nazarita,
la gloria y el reposo
te aguardan a la par.
Tu mente, que no alcanza
misterio tal, se agita
dudosa en vano.—Avanza,
avanza, ¡oh Al-hamar!»

Es Al-hamar: el noble monarca granadino.
Es él, que arrebatado sobre las auras vino
a dar en esta helada e incógnita región.
Es Al-hamar: su nombre retumba por el [hondo
cóncavo de la gruta, cuyo vacío fondo
repite de su canto el fugitivo son.

A este eco, en la sonora profundidad per- [dido,
cual de invisible fuerza magnética impe- [lido
el árabe caballo feroz se encabritó.
Asir quiso el jinete las bridas, mas fué [tarde:
piafando y relinchando con orgulloso [alarde
por la sonora gruta el palafrén entró.

ALCÁZAR DE AZAEL

Lanzóse el bruto indómito,
con arrogante empeño
luchando con su dueño,
que cede a su vigor,
por bajo de una bóveda
de fábrica divina,
tan pura y cristalina,
de tan sutil labor,

que su techumbre cóncava
de transparente hielo
la claridad del cielo
deja a través gozar,

y, en un inmenso pórtico
de regia arquitectura,
más diáfana y más pura
la viene a derramar.

Mas ¿qué mirada humana
a penetrar se atreve
en esta soberana
morada celestial?
¿Qué mano alza profana
el pabellón de nieve,
que los misterios debe
velar de un inmortal?

El techo, almohadillado
con planchas de diamantes,
la lumbre en mil cambiantes
del sol vierte a trasluz,
y el suelo, trabajado
sobre cristal de roca,
su brillantez provoca
volviéndole su luz.

Los límpidos pilares,
do asienta la segura
soberbia arquitectura
su peso colosal,
en torno, transparentes,
reflejan a millares
los círculos lucientes
del Iris celestial.

Y de este centelleante
alcázar encantado,
que en hielo está labrado
y entre la nieve está,
al interior radiante,
do alguna maga habita,
el noble Nazarita,
adelantando va.

Del luminoso pórtico
del diáfano edificio,
apena el frontispicio
magnífico pasó,
entró bajo una espléndida
colgada galería,
que a un patio conducía
que a su remate vió.

El firme pavimento
retiembla estremecido
bajo el galope unido
de su veloz corcel,
su paso y movimiento
el eco prolongado
del hueco artesonado
marcando detrás de él.

De aquella galería
cruzó la luenga arcada:
pasó de otra portada
por bajo el arco: entró
al patio, que veía
de lejos, y el ardiente
caballo de repente
plantóse y relinchó.

Cual la espiral flotante
del humo que despide
pebete en que fragante
perfume ardiendo está,
y ráfaga perdida
por bajo la divide,
y la mitad partida
leve a la altura va:

poder así invisible
en paso imperceptible
caballo y caballero
sin fuerza separó;

y el bruto cual ligero
vapor desvanecido,
de él libre y dividido
el príncipe se vió.

Miró Al-hamar en torno
y, al contemplar de cerca
la fábrica y adorno
del patio de cristal
hecho o tallado en hielo,
halló que era un modelo
del patio de la alberca
de su palacio real.

Aquel es el arranque
de su alta torre: aquellos
los ajimeces bellos (3)
que sobre el patio dan:
aquel es el estanque:
los arrayanes estos
que, por su mano puestos,
en su redor están.

Aquellos los pilares
del corredor: aquellas
las bóvedas de estrellas
de cedro y de marfil;
la estancia de Comares
aquélla, do su magia
dejó la *comaragia* (4)
en su labor sutil.

Los ricos tiene enfrente
calados pabellones
del patio de leones,
con su oriental jardín:
y allí está el mar bullente,
que al Hierosolimita (5)
de Salomón imita;
es otra Alhambra en fin.

Es otra Alhambra, pero
más que la Granadina
hermosa; una divina
alhambra celestial.
Alcázar hechicero,
labrado con vivientes
materias transparentes
de germen inmortal.

Los muros trabajados
con ricos arabescos
y flores y estucados
prodigios del cincel,
los gabinetes frescos
que adornan escrituras
divinas, miniaturas
del oriental pincel,

son obra misteriosa
de soberano artista,
que ni en humana vista
cabrá, ni en comprensión:
y aquellos tan macizos
muros, y quebradizos
calados de su hermosa
y aérea mansión,

en su materia mística
encierran una esencia,
que infunde una existencia
a su insondable ser:
y toda aquella fábrica
tan pura y transparente
es creación viviente
de incógnito poder.

Mirábala embebido
el Nazarita príncipe,
cuando llegó a su oído

la deliciosa voz,
que oyó de la caverna
en la extensión interna
sonar, cuando detúvose
su palafrén veloz.

Y la escondida música,
que en torno de él resuena,
de júbilo le llena,
le embriaga el corazón,
y la palabra mística
de aquel cantar de gloria
le trae a la memoria
antigua aparición.

Dibújase en su mente
un valle de Granada
con una fresca fuente
de lánguido rumor,
en una perfumada
noche, sin nube alguna
el cielo, de la luna
plateada al resplandor.

Y cuanto más escucha
su armónico concierto,
un rumbo va más cierto
tomando el corazón,
triunfante de la lucha
con la ilusión pasada
del valle de Granada,
al comprender su son.

—«Salud ¡oh Nazarita!
Bien llegues a las nieblas
cuya región habita
tu genio protector.
Ha visto en las tinieblas
resplandecer tus ojos:
te conoció, y de hinojos
dió gracias al Señor.

»Su vista rutilante,
que el universo abarca,
posada en tu semblante
desde tu cuna está,
y el dedo omnipotente
sobre tu noble frente
grabó la regia marca,
que a conocer te da.

»Naciste favorito
del genio y de la gloria;
tu nombre fué victoria,
tu voluntad ley fué.
Tu tiempo es infinito,
profundas son tus huellas,
propicias las estrellas
son a Nazar: ten fe.

»Avanza, Nazarita;
radiante aquí tu estrella
con viva luz destella,
aquí en tu Alhambra estás:
aquí mana infinita
la fuente del consuelo.
Avanza, aquí del cielo
más cerca reinarás.»

De la celeste música
la letra así decía,
y, atento a su armonía,
el príncipe Al-hamar
permanecía atónito
sin voz ni movimiento,
en dulce arrobamiento
gozando sin cesar.

El agua, de que llena
la alberca está, ondulante
refleja cada instante
más vario resplandor,
cual si una luz serena
bajo la linfa clara
recóndita radiara
con trémulo fulgor.

Debajo de su planta
percibe que el divino
concierto se levanta,
del manantial detrás,
y al borde cristalino
de la colmada alberca,
que está a sus pies, se acerca
cada momento más.

Y he aquí que en este punto
del fondo transparente
del agua donde siente
la música sonar,
de un ser resplandeciente
el rostro, que ilumina
la linfa cristalina,
se comenzó a elevar.

Tocó en el haz del agua
su cabellera blonda:
quebró la frágil onda
su frente virginal:
dejó el agua mil hebras
entre sus rizos rotas,
y a unirse volvió en gotas
al limpio manantial.

Aéreo, puro, leve,
cual nube vaporosa
que mansa el aura mueve
y transparenta el sol,
ciñendo de oro y rosa
flotante vestidura,
como el del alba pura
suavísimo arrebol:

la paz en el semblante,
la gloria en la sonrisa,
apareció radiante
el ángel Azael;
y sus mortales ojos
fijando en la improvisa
aparición, de hinojos
cayó Al-hamar ante él.

Del agua se alzó fuera
y, al esparcir el viento
su blonda cabellera,
el aire perfumó:
dejó escapar su aliento,
y cuanto allí existía
su aliento de ambrosía
con ansia respiró.

Del suelo a la techumbre
el místico palacio
reverberó la lumbre
de su divina faz,
cuya fulgente aureola
purpúrea tornasola
el aire del espacio
y de las aguas la haz.

Y he aquí que su alba mano
el ángel extendiendo
y alzando y atrayendo
al príncipe hacia sí,
con plácida sonrisa
y acento soberano,

que armonizó la brisa
fragante, hablóle así:

«Yo visité en un sueño
tu espíritu en la tierra,
mostrándote halagüeño
tu porvenir en él.
Tesoros te di y gloria,
tu esclava hice a la guerra,
grabando en tu memoria
la imagen de Azael.

»Iluminé tu ciencia,
colmé de sabios planes
tu humana inteligencia
y al logro te ayudé.
Cual tu ambición lo quiso
cumpliendo tus afanes,
terreno paraíso
tu rico imperio fué.

»Yo inoculé en tu alma
el germen de la duda
para turbar la calma
de tu creencia vil:
para que espuela fuera
con cuya lenta ayuda
a la verdad se abriera
tu corazón gentil.

»Brotar hice en tu suelo
para calmar tus penas
las aguas del consuelo,
que a conocer te di:
mas de tristeza llenas
cien noches has pasado,
y al agua no has llegado
cuyo raudal te abrí.

»Al verte victorioso,
temido y opulento,
tu corazón atento
solo a la tierra fué.
Dudaste, mas dudando
no osaste perezoso
el rostro a mí tornando
poner en mí tu fe.

»Y hacia el fatal destino
a que traidora guía
la falsa fe, te veía
adelantar Luzbel:
y el fin de tu camino
mostrándome decía:
Caer era su sino:
le pierdes, Azael.

»Lloraba yo abismado
en mi amargura, viendo
mi afán tan malogrado,
tan sin valor mi fe:
y, en mi pesar y enojo
postrer esfuerzo haciendo,
con temerario arrojo
entre ambos me lancé.

»Luchamos: el Eterno
de mi dolor movido,
caer dejó en su oído
su nombre y dió a mis pies.
Sumíle en el infierno:
y en alas de un nublado
te trajo arrebatado
adonde en paz te ves.

»Los pérfidos espíritus,
que en pos de ti traías
las vanas fantasías

de tu creencia ruin
mostrábante. ¡Quiméricos
esfuerzos! ¡Sueños breves!
Aullando, de mis nieves
se quedan al confín.

»Mas ¡ay! yo te conquisto
los cielos... y ¡cuán caro
me cuesta a mí el amparo
que liberal te doy!
Dos siglos ha que existo
aquí, expiando un yerro,
y añado a mi destierro
uno, por ti, más hoy.

»A condición tan dura
tu salvación compraba,
Nazar, mas yo te amaba
tanto que la acepté;
no supe resignarme
a arrebatar dejarme
tan noble criatura,
y tu alma rescaté.

»¡Oh! juzga bien en cuánto
me es cara tu alma buena,
cuando a mi larga pena
cien soles añadí
por ella. Ahora el santo
fallo, inmutable, extremo,
oye que el Juez Supremo
fulmina contra ti.

»Hoy mismo, en apariencia,
perecerá a las manos
de incógnita dolencia
tu cuerpo terrenal:
mas junto a mi existencia
tendrás, hasta que ufanos
habiten los cristianos
tu alcázar oriental.

»Yo les haré a Granada
cercar como un enjambre:
con ellos vendrá el hambre,
la muerte y el baldón:
y talarán tus tierras,
y en sanguinarias guerras
tu raza aniquilada
será sin compasión.

»Tú lo verás: estrella
fatal para tu gente,
tú verterás sobre ella
roja, siniestra luz:
y lidiarás conmigo
en pro del enemigo,
sobre el pendón de oriente
hasta clavar la Cruz.

»Ahogado el Islamismo
y desbandada y rota
tu raza, gota a gota
su sangre en ti caerá:
su sangre es tu bautismo,
y este de afán y duelos
misterio, de los cielos
las puertas te abrirá.

»No hay más que un Dios. Justicia
en Él no más se encierra.
Tu empresa fué en la tierra
DIOS SÓLO ES VENCEDOR:
por eso te es propicia:
mas nadie entra en su gloria
sin pena expiatoria
hasta del leve error.

»Tal es nuestra sentencia:
tal es el purgatorio
que la alta Providencia
nos señaló a los dos.
Obra de nuestras manos,
en don propiciatorio
se han de ofrecer, cristianos,
un rey y un pueblo a Dios.

»Tú el Rey: el pueblo el tuyo.
Tan sólo dignamente
así me restituyo
al cielo que dejé.
Apróntate obediente
a dividir conmigo
la gloria y el castigo
que para ti acepté.

»¡Sús, pues, oh Nazarita!
De Dios al pie del trono,
rogándole en tu abono,
le respondí de ti.
¡Sús, pues! a la bendita
empresa apresta el brío;
mortal, te hice igual mío;
sé digno tú de mí.»

Dijo Azael: estático
a su divino acento,
embebecido, atento,
estúvose Al-hamar:
cedió su noble espíritu
al celestial destino,
y se empezó el divino
misterio a efectuar.

«Mira», le dijo entonces
el ángel desterrado:
y (hacia el lugar tornado
que el ángel señaló)
el muro en dos partido,
sobre invisibles gonces
girando dividido,
el Nazarita vió.

Se abrió sobre un espejo
en cuyo misterioso
cristal, con el reflejo
de un matinal albor,
se alumbra una campiña,
que mayo lujurioso
con su fecundo aliña
primaveral verdor.

Una ciudad, fundada
al pie de una alta sierra,
domina aquella tierra
por donde arroyos mil
serpean: es Granada,
su vega, sus alturas
y las corrientes puras
de Darro y de Genil.

Espléndida cohorte
de moros atraviesa
por su alameda espesa
llevando un ataúd,
y a la muralla corva
de la morisca corte,
se agolpa a verles torva
callada multitud.

Llegáronse a la puerta
de Elvira aquellos fieles
muslimes; allí abierta
la turba les dejó
paso, y subiendo a espacio
la cuesta de Gomeles,

entrada en el palacio
Bib-el-Leujar les dió (6).

La multitud atenta
y silenciosa iba
en pos su marcha lenta
siguiendo: y, al tocar
la puerta judiciaria,
la triste comitiva
paróse voluntaria
dejándose cercar.

Entonces elevando
el ataúd en hombros
los que le van llevando,
y puesto junto a él
un Alfakí, inspirando
doquier pavor y asombros,
«¡llorad! (dijo, él llorando)
»con lágrimas de hiel.

»¡Llorad toda la vida,
»¡oh huérfanos muslimes!
»¡La flor de los alimes (7),
»la palma de Nazar,
»la gloria del Oriente,
»cayó del rayo herida!
»¡Llorad eternamente,
»llorad sobre Al-hamar!»

Así con ronco acento
el Alfakí clamando,
del ataúd alzando
el paño funeral,
al pueblo los despojos
del rey mostró; y al viento
el pueblo, al caer de hinojos,
dió un ¡ay! universal.

A este eco de agonía,
que atravesó perdido
el aire hasta su oído,
se estremeció Al-hamar.
Quitóse del espejo
do escena tal veía,
y se tornó el reflejo
del vidrio a disipar.

«¡Ea!—Azael le dijo.
»Monarca de la tierra,
»el ataúd encierra
»tu polvo terrenal;
»mas, de los cielos hijo,
»del ataúd te exhalas.
»Despliega, pues, tus alas,
»espíritu inmortal.»

Entonces el rey árabe
sintióse aéreo, leve,
cual luz que el aire mueve,
cual nube que va en él.
SÓLO ERA YA UN ESPÍRITU,
UNA VISIÓN LIGERA,
UN ALMA COMPAÑERA
DEL ÁNGEL AZAEL.

El silencioso vuelo
ambos a dos alzando,
en el azul del cielo
perdiéronse los dos;
y, entre sus auras leves
su rastro abandonando,
el LIBRO DE LAS NIEVES
concluye. ¡Gloria a Dios!

EPÍLOGO

¡Gloria a Dios! De Al-hamar el Granadino
así la historia celestial concluye:

llámala el musulmán *cuento divino*,
y en *libros* su relato distribuye.
Su sacra inspiración del cielo vino
y al cielo desde aquí se restituye;
tradición oriental, es la portada
del oriental poema de GRANADA.

Cual dos cisnes que, al par atravesando
el mar azul con encontrado vuelo,
isla apartada en su extensión hallando
en ella toman anhelado suelo,
reposan juntos, y a partir tornando
tornan la anchura a dividir del cielo,
y de su voz un punto los sonidos
se elevan en el aire confundidos:

como dos peregrinos que una tienda
dividen del desierto en la desnuda
soledad, de Al-hamar en la leyenda
dos poetas ocúltanse sin duda.
Uno a Alah en sus cantares se encomienda,
otro al Dios de la Cruz demanda ayuda.
¿Quién no percibe en ella confundidos
brotar de sus dos arpas los sonidos?

Dióles a ambos el Genio soberano
la misma inspiración, el mismo aliento:
mas pasando tal vez de una a otra mano
de uno y otro el armónico instrumento,
el árabe poeta y el cristiano
sacan de él a la par distinto acento:
exhalando mezclada su armonía
la árabe y la cristiana poesía.

Confundidos así sus dos cantares
entonan a una voz los dos cantores,
y de la Cruz divina los altares
el poeta oriental orna con flores
que tejen las hurís sus tutelares;
pero de un solo SER adoradores,
«NO HAY MÁS QUE UN SOLO DIOS —dice el [cristiano;
«NO HAY MÁS DIOS SINO DIOS»—el africano.

Tal es la historia peregrina y bella
que os dan sobre estas hojas extendida.
Leedla sin temor: nada hay en ella
que la razón rechace, o la fe impida;
la luz que de sus páginas destella
despierta el alma a la virtud dormida,
y eleva el corazón y el pensamiento
a la pura región del firmamento.

Leedla, pues: y el ámbar que perfuma
de el paraíso la mansión divina,
y el resplandor que de la Esencia suma
derramando los mundos ilumina,
y el rumor que levantan con su pluma
las alas de Gabriel cuando camina,
embalsame y alumbre y dé contento
a cuantos lean el *divino cuento*.

FIN DE LA LEYENDA DE AL-HAMAR

GRANADA

POEMA ORIENTAL

Cristiano y español, con fe y sin miedo
canto mi religión, mi patria canto.

LIBRO PRIMERO

EXPOSICIÓN

I

INVOCACIÓN

بسم الله الرحمان الرحيم

En el nombre de Dios omnipotente
cuya presencia el universo llena,
cuya mirada brilla en el Oriente,
nutre las plantas y la mar serena,
canto la guerra en que la Hispana gente
al África arrojando a la Agarena,
selló triunfante con la Cruz divina
las torres de la Alhambra granadina.

¡Espíritu de Dios único y trino,
Ángel custodio de la Fe Cristiana,
único fuego que del cielo vino,
única fuente que incorrupta mana,
único rayo de fulgor divino,
única inspiración que soberana
eleva al Criador la poesía,
yo invoco tu favor para la mía!

Sostén mi voz, mi espíritu aconseja:
mas tolera que en carmen africano
recoja alguna flor con que entreteja
cairel morisco a mi laúd cristiano:
ni juzgues que mi fe de Ti se aleja,
si algunas veces del harén profano
las alkatifas perfumadas piso,
o invoco a las huríes del paraíso.

Voy la gloria a cantar de dos naciones
por religión e instintos enemigas,
que, fieles a la par a sus pendones,
prodigaron al par sangre y fatigas,
rojas brotar haciendo sus legiones
con la sangre común aguas y espigas:

y cual la de las dos corrió mezclada
junta debe su gloria ser cantada.

Pues no porque en su límpida entereza
conserve yo la fe de los cristianos
que hicieron del desierto a la aspereza
volver a los vencidos africanos,
del vencedor loando la grandeza
trataré a los vencidos de villanos.
No: siete siglos de su prez testigos
los dan por caballeros, si enemigos.

Lejos de mí tan sórdida mancilla:
antes selle mi boca una mordaza
que llame yo en la lengua de Castilla
a su raza oriental bárbara raza.
Jamás: aún en nuestro suelo brilla
de su fecundo pie la extensa traza,
y, honrado y noble aún, su sangre encierra
más de un buen corazón de nuestra tierra.

¡Augusta sombra de Isabel!, perdona
si mi ruda canción osa atrevida,
llegando irreverente a tu persona,
del féretro evocarte a nueva vida.
Sé que la gloria que inmortal te abona
no puede por mi voz enaltecida
ser: mas yo bajo a tu mansión mortuoria
no a engrandecer, sino a adorar tu gloria.

Díselo así al católico Fernando,
si en medio de las dichas celestiales
alguna vez, por el Edén vagando,
recordáis vuestras glorias terrenales,
la oscura tierra desde el sol mirando:
y al escuchar mis cánticos mortales,
mirad a vuestra gloria que me inspira,
no al rudo canto de mi tosca lira.

Y vosotros, guerreros de Castilla,
honor de sus más ínclitos solares,
nobles condes de Cabra y de Tendilla,
Merlos, Téllez, Girones y Aguilares,
Cárdenas y Manriques de Sevilla,
fieles Vargas, intrépidos Pulgares,
Córdovas generosos de Lucena,
impávidos Clavijos de Baena.

Mendozas de alta prez, Portocarreros
y Ponces de León, de cuya historia
sus anales jamás perecederos
henchidos guarda la española gloria:
y vosotros también, ¡oh caballeros
árabes!, dignos de gentil memoria:
Muza, postrero campeador del Darro,
indeciso Boabdil, Zagal bizarro.

Aly-Athar insepulto, Hamet rondeño,
lince de las fronteras castellanas,
Reduán inalterable y zahareño,
Gazul, de las doncellas africanas
querido, Hacén tenaz, Ozmín trigueño,
Tarfe, horror de las crónicas cristianas;
y vosotras sultanas granadinas,
de nombres y leyendas peregrinas:

Aija la varonil, matrona osada
jamás rendida a su fatal destino:
Zoraya, la cautiva renegada,
por cuyos hijos la discordia vino
a derribar el trono de Granada:
Moraima la de Loja, a quien su sino
obligó a encomendar sin esperanza
vida y honor a castellana lanza;

perdonadme también si mis canciones,
a través de los mármoles tendidos

en vuestros solitarios panteones,
hieren en ronco son vuestros oídos.
Sé que merecen más vuestras acciones
que elogios en mi voz mal atendidos:
mas si, en fuerzas escaso, a tal me atrevo
es porque sé lo que a mi patria debo.

Sé que es la empresa donde me he em-
[peñado
dédalo oscuro, inmensurable abismo,
do sólo penetrar han intentado
necia temeridad o alto heroísmo:
conozco que, en mi orgullo, demasiado
fío en mi corazón, fío en mí mismo:
mas supera la fe mi atrevimiento,
y fío en Dios que abonará mi intento.

Deliciosos recuerdos de otros días
de honor y de placer, de amor y gloria,
que envuelta en romancescas fantasías
guardáis oculta vuestra bella historia,
exhalada en confusas armonías
de himnos de amor y gritos de victoria,
dad a mi corazón, dad a mi aliento
generoso poder, canoro acento.

Águilas que os cernéis con corvo vuelo
sobre el Atlas y el Cáucaso: pastores
que sesteáis a la sombra del Carmelo
y bajáis al Jordán los baladores
ganados: y vosotros, los que en pelo
montáis salvajes potros voladores,
hijos de los ardientes vendavales
que barren los egipcios arenales;

tribus perdidas y a las de hoy extrañas,
para quienes la Europa no se ha abierto,
que incendiáis al huir vuestras cabañas
y en la Zahara avanzáis el paso incierto:
gacelas de las árabes montañas,
apareadas palmas del desierto,
caravanas errantes a quien ellas
dátiles dan y leche las camellas;

palomas de los cármenes floridos
que bordan las colinas de Granada:
golondrinas leales que los nidos
en la Alhambra colgáis: enamorada
raza de ruiseñores que escondidos
gorjeáis de su bosque en la enramada:
arroyos que, a su sombra, bullidores
laméis su césped y mecéis sus flores;

sierras que cubre el sempiterno hielo
donde Darro y Genil beben su vida:
valles salubres, transparente cielo
de la Alpujarra aún mal conocida:
de Málaga gentil alegre suelo
de la hermosura y del amor guarida:
mar azul cuyo lomo cristalino
a las quillas de Agar prestó camino:

abridme los tesoros encantados
de vuestras glorias mil tradicionales;
dadme a beber los que guardáis sagrados
de inspiración inmensos manantiales;
germinad en mi mente, no estudiados,
vuestros cantos de amor meridionales,
porque pueda brotar del arpa mía
vuestra oriental y virgen poesía.

De sus cuerdas despréndanse sonoras
esas modulaciones nunca oídas
por los pueblos de Europa, y de las moras
tribus por nuestros pueblos aprendidas;
esas notas ardientes, tentadoras,
que aun hoy por tosca mano repetidas,
renuevan en los huertos de la Alhambra
la de veloz compás morisca zambra.

Venid en torno a mí, generaciones
ateridas del Norte, que con pieles
vestís nuestras moriscas tradiciones,
rasgando sus bordados alquiceles:
venid a oírlas en sus propios sones
y lengua original de bocas fieles,
al pobre son de bárbara guitarra
debajo de un peñón de la Alpujarra.

Venid, aprenderéis del medio día
cuál el origen es de los cantares
que jamás comprendió vuestra alma fría;
sabréis cómo entre bélicos azares
nació la abrasadora poesía
de nuestros bellos cantos populares:
y en el lujo oriental de su riqueza
considerad su bárbara grandeza.

Pues por hijos de bárbaros osada
vuestra historia nos da, sea enbuenhora:
no esa bárbara estirpe renegada
será por mí; mas a admirar ahora
venid el rastro que dejó en Granada
la ilustración de nuestra estirpe mora:
y en el lujo oriental de su riqueza
adorad nuestra bárbara grandeza.

Sí: yo os voy a contar la historia bella
de esos a quien llamáis fieros salvajes,
y fío en Dios que entenderéis por ella
que puede despreciar vuestros ultrajes
quien Alhambras dejó sobre su huella,
quien labró fortalezas como encajes,
y quien colmó por cóncavo arrecife
las albercas del real Jeneralife.

Yo os voy a hablar del mágico recinto
de esta por ellos habitada tierra,
y a mostraros lo que este laberinto
de jardines y alcázares encierra.
En llanto y sangre le dejaron tinto,
pero tan fértil con su amor y guerra,
que la flor más silvestre aromatiza
y el más vulgar recuerdo poetiza.

Yo os haré ver, de nácar, concha y oro
sobre arcos, sus balsámicos pensiles,
do brotan junto al cedro el sicomoro,
junto al nudoso abeto las gentiles
palmeras, junto al álamo inodoro
el plátano aromado, las sutiles
hebras de la ancha pita entre rosales,
y el fragante limón entre nopales.

Yo os haré ver su pueblo primitivo
mitad rudo pastor mitad guerrero,
cuyo robusto labrador activo,
cambiado en la ocasión en caballero,
lidió, veloz Numida al golpe esquivo,
con el jinete colosal de acero;
y aplazando con él treguas extrañas
corrieron toros y jugaron cañas.

Yo os haré oír sus cuentos populares
y sus caballerescas tradiciones
en torno y al calor de sus hogares;
vendréis a sus nocturnas reuniones
conmigo, sus combates singulares
juzgaréis, sus civiles disensiones
lamentaréis, saldréis a sus campañas
y testigos seréis de sus hazañas.

Vendréis a sus palacios construídos
para la guerra a un tiempo y los placeres,
y leeréis en sus muros, revestidos
de miniaturas, de oro en caracteres
con sacra fe caballeresca unidos,

los nombres de su Dios y sus mujeres:
sin que halléis en la casa que fué suya
nada que en pro de su saber no arguya.

De fakíes, de reyes, y vasallos
os contaré los gozos y las cuitas:
os haré penetrar en sus serrallos
y asistir a sus rondas y a sus citas:
y sus muebles, sus armas, sus caballos,
sus bazares, sus baños, sus mezquitas,
desde el hogar hasta la móvil tienda,
todo lo vais a ver en mi leyenda.

Que es del poeta grande a maravilla
el poder, y radiante su mirada,
como un fanal que las disipa, brilla
en las tinieblas de la edad pasada.
Venid, pues: con las lanzas de Castilla
os voy a conducir hasta Granada:
y, a pesar de sus fieros africanos,
en la Alhambra entraréis con los cristianos.

Tal es, tan grave, tan inmensa y alta
la empresa nueva y colosal que intento:
tal es la altura que atrevido asalta
descarriado tal vez mi pensamiento;
mas si del vuelo en la mitad me falta
fuerza al impulso o a las alas viento,
siempre sabré sin deshonor que, en suma,
no me faltó el valor, sino la pluma.

¡Tierra oriental, mansión de la alegría,
favorita del sol y de las flores,
santuario del valor, cuna del día,
paraíso del ocio y los amores,
tesoro y manantial de poesía,
voy a cantar tu gloria y tus primores!
¡Tierra de bendición, al cielo santo
pide la suya tú para mi canto!

¡Salve, ciudad del sol, Granada bella,
amor de Boabdil, huerto florido
que entre nieves estériles descuella,
taza de nardos, de palomas nido,
diamante puro que sin luz destella,
edén entre peñascos escondido,
ilusión de esperanza y sueño de oro
que halaga aún al corazón del moro!

¡Salve, vergel en donde el alba nace
y donde el sol poniente se reclina,
donde la niebla en perlas se deshace
y las perlas en plata cristalina:
donde el placer sobre laureles yace
y Dios sonríe y la salud domina!
Divino objeto de mi canto rudo,
yo al empezar mi canto te saludo.

Heme aquí, vueltos hacia ti los ojos,
descubierta al nombrarte la cabeza,
con amoroso afán puesto de hinojos,
rendido adorador de tu belleza,
ofrecerte mis cantos por despojos
si dignos son de tu inmortal grandeza;
tiéndeme, pues, bellísima Granada,
al elevar mi voz una mirada.

Y ¡plegue a Dios que mi amoroso acento,
por cima de los montes y los mares,
lleve a tu Alhambra sonoroso viento
que armonía mejor dé a mis cantares!
Y si te dan a ti contentamiento
y algún premio por ellos me buscares,
dame a tu vez, ¡oh flor de mis amores!,
sepultura al morir entre tus flores.

II

NARRACIÓN

Un siglo de desorden y abandono
para mal de Castilla había corrido,
y cinco reyes afirmar su trono
bajo el regio dosel no habían podido;
y todo un siglo, con civil encono
en contiendas sacrílegas perdido,
sólo dejaba al pueblo castellano
ira en el corazón, sangre en la mano.

Débil el rey, el prócer insolente,
hecho el soldado a la rapiña, al oro
aficionado el clero irreverente,
rico el judío y descuidado el moro,
fué la justicia inútil e impotente:
nadie atendió al honor, nadie al decoro:
nadie seguro en tan infanda tierra
al deber acudió, sino a la guerra.

Constituyóse el noble en soberano
y el soldado en señor: el caballero
se hizo juez, el obispo cortesano,
soldado el labrador, aventurero
el holgazán, bandido el artesano:
y, mucha la ambición, poco el dinero,
robó al débil el fuerte, y en la oscura
tienda el judío vil se hartó de usura.

Rebelde a su monarca la nobleza
alzó banderas y allegó parciales:
cada solar cambióse en fortaleza,
cada escudo en pendón: y por leales
todos dándose a par y con fiereza
temeraria batiéndose, a los males
abrieron ancha puerta, y fué la España
confusa lid, universal campaña.

Hasta el rey portugués entró en Castilla
su esposa haciendo a su sobrina Juana,
y dividióse en bandos cada villa
en pro o en contra de la unión profana.
Airado el Santo Padre a tal mancilla
la sacrílega unión declaró vana:
mas, al rayo de su ira, el vulgo ciego
en lugar de extinguir avivó el fuego.

La fe apagada y el honor extinto,
perenne manantial de desconsuelos,
denso caos, confuso laberinto
de pasiones, de crímenes y duelos,
de la España infeliz era el recinto:
y hundiérase su gloria, si los cielos
no la enviaran un astro de ventura
que la alumbrara en noche tan oscura.

Grande, digna, legítima, valiente,
cual repentino el sol tras un nublado
aparece más puro y refulgente,
apareció Isabel. Tronó indignado
sobre el clamor de la confusa gente
su regio acento, y su pendón sagrado
alzando en el tumulto de improviso,
postróse el pueblo y la acató sumiso.

De ella en pos el Católico Fernando
al frente apareció de sus legiones,
en las banderas de Aragón mostrando
las garras a la par de los leones.
Todo el que noble se juzgó, a su bando,
por honor o por miedo, sus pendones
unió: y el porvenir con luz más pura
comenzó a esclarecer la edad futura.

Monja en Coimbra la princesa Juana,
sin fe su causa y sin valor su bando,
vencida la arrogancia lusitana,

rey de Sicilia y Aragón Fernando,
reina Isabel en tierra castellana,
quietos los nobles y seguro el mando
bajo el doble poder de entrambos reyes,
tornó España a su prez, tornó a sus leyes.

Acotó la licencia y el cinismo
de las viejas costumbres relajadas
la Inquisición severa: el judaísmo
sepultó su avaricia en las moradas
de sus oscuras lonjas: a sí mismo
volvió èl honor hispano sus miradas,
y un siglo entero sin virtud ni gloria
vió que manchaba su cristiana historia.

Avergonzada entonces la nobleza,
entregó a los monarcas los castillos
con que a la rebelión dió fortaleza:
y, arrancando sus puentes y rastrillos,
la plebe licenció que la pobreza
llevó a su bando: y, libre de caudillos
tales, volvió el labriego a sembrar grano
y volvió a su taller el artesano.

Vióse libre el erial de bandoleros,
de cohechos el foro, de judíos
el mercado, la plebe de usureros,
la sociedad de vagos y de impíos
la Fe: vióse el erario con dineros,
con disciplina la milicia, y, bríos
dando a Castilla el genio de otra era,
tornó a su fuerza y dignidad primera.

Generación, empero, entre el bullicio
de eslabonadas y feroces guerras
nacida, y avezada al ejercicio
de entrar por muros y trepar por sierras,
llegó en ésta el valor a ser un vicio
y el pelear costumbre: y en sus tierras
no hallando ya enemigos a las manos,
pensó, al fin, en los fieros africanos.

Como león que hambriento se despierta
y, al tender la mirada adormecida
de la llanura en la extensión desierta,
a lo lejos cruzar mal conducida
la lenta caravana a ver acierta,
y avanzado la garra entumecida,
crespa la greña y la mirada fosca,
para asaltarla en el jaral se embosca:

así tendió famélica mirada,
despertando al honor, el castellano
hacia el florido reino de Granada,
embalsamado harén del africano.
Así Castilla alerta y emboscada
de Isabel bajo el trono soberano,
sólo esperaba su orden impaciente
para caer sobre la mora gente.

La católica reina, sus enojos
con varonil prudencia refrenando,
fijos tenía los atentos ojos
en el redil del agareno bando:
y, resuelta a arrancar sus granos rojos
a Granada uno a uno, con Fernando
esperaba en el cielo oír la hora
del exterminio de la raza mora.

Y tenía ya Dios determinado
el desastroso fin de aquella gente,
y al término fatal era llegado
el poder de las tribus del Oriente.
El trono de Al-hamar había ocupado
su penúltimo rey y, a su Occidente
tocando ya la berberisca luna,
huía hacia Castilla su fortuna.

La discordia civil vertido había
el licor de su copa envenenada
en la alma de los árabes, y ardía
el cráter de un volcán bajo Granada:
mas oculto en la tierra todavía
el fuego asolador, aposentada
parecía en la Alhambra la ventura,
firme su solio, su quietud segura.

Reinaba allí Muley Hasán: guerrero
más que rey y político, su mano
nunca el cetro empuñó, sino el acero:
no temió nunca, sino odió al cristiano.
Ni nunca treguas respetó altanero,
ni manchó su decoro soberano
el tributo pagándole rendido
por su padre Ismael que fué vencido.

En diez años de próspero reinado,
al porvenir mirando y al decoro
de su trono, Muley había logrado
su ejército doblar y su tesoro.
De África con los reyes coligado,
prevenido a la lid se había el moro:
y, de víveres y armas hecho apresto,
en pie sus plazas de defensa puesto.

Numerosos sacó de Berbería
escuadrones de tropas auxiliares,
del desierto veloz caballería,
saeteros de Fez almogavares:
y un pie de sus fronteras no tenía
sin avanzados puestos militares,
ni un cerro de sus reinos a la raya
sin el ojo sagaz de una atalaya.

Seguro como un águila en su nido
en Granada Muley, por sus fronteros
guardado, y de sus súbditos temido
por los decretos de su ley severos,
reinaba en celebrar entretenido
con sus enamorados caballeros
justas, zambras, saraos deslumbradores
en honor de la hurí de sus amores.

Es ésta la cautiva seductora
que Isabel de Solís niña y cristiana
en Martos se llamó, y a quien ahora,
en el serrallo de Muley Sultana,
Zoraya llaman, en la lengua mora
lucero precursor de la mañana:
astro en verdad de amor y de hermosura,
mas precursor de asolación futura.

Por el ardiente amor de esta cautiva
olvidado Muley de Aija su esposa,
de su presencia y de su amor la priva:
y Aija, como oriental, fiera y celosa
y, como reina y afrentada, altiva,
disimula la rabia que la acosa
alentada no más por la esperanza
de tomar en los dos feroz venganza.

Un hijo tiene, Abú-Abdilá llamado (1)
del rey versátil, y por ella propia
en odio de Muley amamantado:
mozo gallardo, de su padre copia,
mas contrario a su padre por el hado
fatal en que nació, traidor acopia
el odio hacia Muley que Aija respira,
y el que su estrella personal le inspira.

Guárdale la Sultana con desvelo
y témele el monarca por instinto:
ódiale la Zoraya, con recelo
de que a sus hijos dañe cuando, extinto,
del amor de Muley la prive el cielo:
y Abú-Abdilá entretanto, en el recinto

de Granada parciales allegando,
sagaz se forma poderoso bando.

Sospéchalo Muley; la favorita,
en el amor del árabe fiada,
diestra su odio a su rival excita:
pero menos contra ambos osa a nada
cuanto más el monarca lo medita.
Nace así la carcoma de Granada,
y Hasán en el peligro se adormece,
y el tiempo vuela, y el peligro crece.

¡Escrito estaba y del amor fué pena!
Perdió Eva al padre de la raza humana,
a Hércules Deyanira, a Troya Elena,
Lucrecia al solio y majestad romana,
Florinda a don Rodrigo; y la agarena
gente perdióse por la vil cristiana
que, dando impura a Boabdil hermanos,
dió a sus almas rencor, hierro a sus manos.

¡Escrito estaba!, comprendiólo luego
el postrimer monarca granadino:
y, según el Korán, el hombre ciego
torcer no puede su fatal destino.
¡Escrito estaba!, lágrimas de fuego
vertiendo del Padul sobre el camino
lo dijo Abú-Abdil, hacia Granada
triste volviendo la postrer mirada.

Y escrito estando e inmutable siendo
el fallo del destino, hacia su ruina
arrastrado por él iba corriendo
sordo y ciego Muley, a la divina
e inexcusable voluntad cediendo:
y esclavo del amor que le domina,
en mantener no más piensa a Granada
esclava de su hermosa renegada.

Sólo por eso su grandeza estima,
su prez en mantener piensa por eso:
por eso ardor de combatir le anima,
triunfos soñando su amoroso exceso.
Por eso de su alcázar desde encima
del muro y agobiado bajo el peso
de su amante ambición, se le veía
mirar la vega al trasponer el día (2).

Desde el adarve real de su alcazaba
de la Alhambra, Muley con complacencia
del granadino reino contemplaba
la amenidad y próspera opulencia:
y al cristiano poder desafiaba
con desdeñosa y bárbara insolencia,
al lejos divisando los pajizos
muros de sus castillos fronterizos.

Sonreía el infiel con arrogancia,
mirando las montañas guardadoras
de su tierra, y en fértil abundancia
las tribus de sus pueblos moradoras.
Sonreíase al ver en la distancia
del África arribar las naves moras,
sobre un mar que parece en lejanía
un ceñidor azul de Andalucía.

Embriagábase el árabe de orgullo
contemplando la espléndida hermosura
de su vega, y servíale de arrullo
el misterioso son con que murmura
la sociedad, y el singular murmullo
que armoniza doquier el aura pura,
cuando orea con ala sosegada
la región por los hombres habitada.

Absorto contemplaba el noble moro
la vega granadí, huerta extendida
de su corte a los pies, rico tesoro

de ocio y placer y manantial de vida:
y el alma de Muley, en sueños de oro
con pereza oriental adormecida,
se gozaba en mirar desde la altura
por milésima vez tanta hermosura.

En aquel cielo azul y transparente,
pabellón de cristal sin mancha alguna,
lucen sobre la tierra eternamente
sereno el rojo sol, blanca la luna.
Allí Genil su límpida corriente
vierte con Darro y Monachil a una,
brotando a sus regueros creadores
en vasta profusión frutos y flores.

Allí el cedro fragante y los almeses
amados de los pájaros campean
de Jericó a la par con los cipreses;
las vides de Falerno allí se orean
entre pajizas y preñadas mieses,
que magnolias espléndidas sombrean:
y allí las cañas del Jordán sonoras
zumban entre las palmas cimbradoras.

Las de la humana ciencia más ignotas
salutíferas plantas allí quiso
Dios fecundar, y de las más remotas
tierras los frutos dió a su paraíso:
los sagrados laureles del Eurotas,
los poéticos tilos del Pamiso,
de Estambul los ardientes tulipanes,
de Cartago los frescos arrayanes.

Por sus fragantes y purpúreas rosas
sus rosas la cediera Alejandría:
por sus morenas hijas voluptuosas
sus hijas la Circasia la daría:
el zumo de sus vides deliciosas
la campiña de Chipre envidiaría,
su frescura los bosques de la Ausonia,
sus árabes pensiles Babilonia.

Tal es la vega de Granada: tales
las delicias que encierra, y que el monarca
desde sus ajimeces orientales
con mirada de halcón ufano abarca.
Tal es su reino entero; y en sus reales
alientos le parece ofrenda parca
que llevar a los pies de la que adora,
de Zoraya, lucero de la aurora.

Por eso se extasía contemplando
sus tierras y su corte defendida
por las bravas legiones de su mando,
de mil y treinta torres guarnecida:
y al pensar en la corte de Fernando
en sus tierras aún no establecida,
«¡venga a pedir, exclama, si se atreve
el vil tributo que Muley le debe!»

Y he aquí que, concluyendo en estos días
el plazo de unas treguas especiales,
que acotaban las locas correrías
lícitas por las treguas generales,
no pasando la empresa de tres días,
no batiendo tambor, ni alzando reales,
presentóse en la vega una mañana
un escuadrón de gente castellana.

Corto, pero a la lid apercibido,
componíanle apenas cien jinetes
que estatuas parecían de bruñido
sonante acero. El rostro en los almetes
bajo de las viseras escondido
traían: sobre malla coseletes
de triples pasadores barreados,
los caballos de hierro encubertados.

Mazas de nueve puntas y afiladas
hachas de desarmar en los arzones:
puñales de Milán y anchas espadas
de Toledo en la cinta, los lanzones
al brazo y, en lugar de las rizadas
plumas, una cruz de oro en los crestones
y otra al pecho, diciendo en un letrero:
A SU LUZ VIVO Y A SU SOMBRA MUERO.

Del cristiano escuadrón a la cabeza
marchaba un caballero de Santiago
comendador, templando la fiereza
de un potro negro, que al continuo halago
de su señor responde con nobleza
cabeceando orgulloso, y al amago
del acicate esquivo, a cada instante
quiere escapar con ímpetu pujante.

Era este capitán don Juan de Vera,
del solar de Mendoza: castellano
de recto juicio y de virtud severa,
celoso asaz del esplendor cristiano.
Conoce y teme la morisma entera
su audaz valor y su pesada mano:
y en el tumulto de la lid confusa
quien héroe no es, su encuentro excusa.

Con paso grave y continente altivo
por entre el moro pueblo, que le mira
con ojo torvo y ademán esquivo,
llegó don Juan al torreón de Elvira:
y vuelto a un renegado que cautivo
trae, con voz que majestad respira
y en español, mirando a su decoro,
dijo, aunque sabe bien la habla del moro:

«Di al capitán del puesto, en africano,
que de estas puertas al umbral espera
licencia para hablar al soberano,
en nombre de su rey, don Juan de Vera:
y que para él y su escuadrón cristiano
pide hospitalidad franca y sincera
por una noche; pues, su real mensaje
cumplido, torna a continuar su viaje.»

El renegado en árabe tradujo
lo dicho al capitán, el cual montando
una yegua que Córdoba produjo
y en sus dehesas pació su césped blando,
por la árabe ciudad les introdujo
hasta que, el alto Bib-Leujar pasando,
de sus bosques cruzando el laberinto
les dejó de la Alhambra en el recinto.

Regia hospitalidad y alojamiento
cómodo el moro rey, de su alcazaba
en una de las torres al intento
dispuesta, dióles: muchedumbre esclava
a sus órdenes puso, cuyo atento
cuidado pronto a su obediencia estaba:
y les sirvió en opípara comida
con caliente manjar fresca bebida.

De ella al fin un kadí, severo anciano
de barba luenga y paternal mirada,
llegó a don Juan y díjole: «Cristiano,
la luz de Alah te alumbre. Tu embajada
recibirá mañana el soberano.
Huéspedes del monarca de Granada
sois tú y los tuyos esta noche; mide
por tu deseo su largueza, y pide.»

«Anciano, replicó don Juan de Vera,
da gracias a tu rey por su hospedaje,
y dile que jamás de otra manera
a caballeros de mi fe y linaje
que tratara esperé: que a la primera
luz del próximo día mi mensaje

que oiga le ruego: pues la misma tarde
debo partir. He dicho: Dios te guarde.»

Retiróse don Juan a su aposento:
mas no sin ver si su cristiana gente
tenía cerca de él alojamiento
a caballeros tales conveniente;
y, con todo el rigor del campamento
guardado el torreón militarmente,
después de haber sus oraciones hecho
tendióse armado en el morisco lecho.

LIBRO SEGUNDO

LAS SULTANAS

I

EL CAMARÍN DE LINDARAJA

Era una noche azul, pura, serena
del fructífero mayo, perfumada
con el aroma de sus flores, llena
de la armonía mística exhalada
por las auras y fuentes, que en la amena
soledad de los bosques y los huertos
misteriosas susurran, y alumbrada
por la luna creciente con inciertos,
trémulos y argentinos resplandores:
era una noche, en fin, de esas hermosas
noches de paz, inspiración y amores,
en que derrama Dios sobre Granada,
africana dormida entre las rosas,
los rayos de sus ojos creadores
y el aura de su aliento embalsamada:
la misma noche en que don Juan de Vera
huésped del moro en sus palacios era.

Y era un regio y magnífico aposento
de la oriental Alhambra, donde el oro,
el cobalto y el nácar, en labores
mágicas trabajadas a lo moro,
brillaban desde el techo al pavimento,
a los suaves y tímidos fulgores
que una aromada lámpara esparcía
que en una taza de alabastro ardía.

A un lado de esta cámara ostentosa
y por bajo de un arco que cubría
damasquino tapiz, se abría paso
una estrecha y cruzada galería,
formada de esta estancia por el muro
y un balcón, por do entraba misteriosa
de los astros la luz, el aire puro
y el son del agua que, en raudal escaso,
vertía Darro por el valle oscuro.

El suelo de esta estancia deliciosa
era de blanco mármol, a pedazos
cubierto de alkatifas argelinas
y cojines de raso azul y rosa:
sus puertas se cerraban con cortinas
de telas de oro y seda, que con lazos,
broches y trenzas de ámbar y corales,
se recogían en profusos pliegues
al gusto de los pueblos orientales:
y en el segundo cuerpo de los muros
se abrían dos moriscos ajimeces
de exquisita labor y árabes, puros,
elegantes contornos
y calados y espléndidos adornos.

Tras de sus celosías iba a veces
el rey ocultamente, de sus serios
afanes esquivándose un instante,
a sorprender los íntimos misterios
de las mujeres moras
de esta cámara real habitadoras;
gozando así en secreto

desde aquellas arábigas ventanas
las voluptuosas danzas, las moriscas
cantigas y nocturnas diversiones
a que, con sus esclavas y odaliscas,
se entregaban alegres las sultanas.

El balcón, que en el fondo
de la estancia se abría
más allá de la estrecha galería,
era otra especie de ajimez, labrado
con el más exquisito y rico adorno,
por arquitectos moros inventado:
y un deleitoso camarín fingía,
cuyas ventanas rodeaba en torno
de cedro una movible celosía.

Era, pues, el balcón de aquella estancia
regia y maravillosa
un mirador calado, que aspiraba
de su ajimez morisco por los huecos,
de los vecinos huertos la fragancia,
la música del agua rumorosa,
que en la sombra corría,
y el canto de las aves que albergaba
la arboleda del río, y cuyos ecos
murmurador el aire allí traía.

Entre este camarín y este aposento,
con caracteres de oro (en una faja
de púrpura y azul que se tendía
por bajo el circular cornisamento
del ajimez) escrito se veía
un rótulo miniado, que decía:
«MIRADOR DE LA HERMOSA LINDARAJA» (1):
y a fe que el mirador es un portento
de la elegante arquitectura mora
y un santuario de amor y poesía:
regalo, al fin, de un árabe opulento
a la mujer feliz que le enamora.

En esta regia cámara moruna,
de aquella hermosa noche en las primeras
horas, al suave claro de la luna
y al rumor de las ráfagas ligeras
que entraban por las árabes ventanas,
yacía, al parecer sin pena alguna,
hada gentil de su mansión divina,
la más bella y feliz de las sultanas
que habitaron la Alhambra granadina.

Los mullidos cojines, apilados
bajo su cuerpo leve, sostenían
muellemente sus miembros delicados:
sus perezosos brazos se tendían
sobre la pluma sin vigor: caían
sus rizos de la faz por ambos lados
sobre sus blancos hombros: ancho, lleno,
del morisco jubón bajo la seda,
al aspirar con hálitos pausados,
se dibujaba su redondo seno
cual dos montones de apretada nieve
que en la redonda copa de ancho pino
el aire cuaja lento y manso mueve:
y a través del calzón, de cuyo lino
los pliegues mil su cuerpo peregrino
ceñían, bien bajo el tejido leve
podíanse admirar, y a pesar de ellos,
de su cintura y muslo alabastrino
la pura tez y los contornos bellos.

Su enano pie calzaban
chinelas de brocado: sus tobillos
ajorcas primorosas adornaban
hechas de gruesas perlas, que horadaban
por su grueso mayor áureos arillos:
sus brazos dobles sartas de corales,
sus orejas riquísimos zarcillos:
y, a usanza de las moras principales,
ostentaba sus uñas nacaradas
con azul costosísimo miniadas (2).

Era en verdad bellísima la mora,
y merecía bien tanta riqueza,
y ser de tal estancia moradora,
y mandar con despótica entereza,
y obedecida ser como señora.

Una mirada de sus negros ojos
más que un alcázar para el rey valía:
por sólo un beso de sus labios rojos
una ciudad frontera vendería:
por el más infantil de sus antojos
la cabeza más noble inmolaría:
no tenía su amor precio ni raya
en la alma de Muley. Es la Zoraya (3).
Es ella, la sultana favorita
que a solas en su cámara le espera:
y aunque parece que feliz dormita
y que nada la acosa ni la altera,
secreto afán su corazón agita
y sueña..., ¡como sueña la pantera
con la sangre caliente
en que espera aplacar su sed ardiente!

Entoldada la luz de sus pupilas
con los cerrados párpados conserva,
sus facciones inmobles y tranquilas:
grata molicie al parecer la enerva;
pero su corazón guarda un intento
harto feroz, cuya afición proterva
se oculta en su reposo soñoliento
como un áspid letal bajo la yerba.

Imagen bella, voluptuosa y pura
de las huríes que colocó Mahoma
en su eternal Edén, por su hermosura
parecía una cándida paloma
en la forma ideal de su figura:
un cuerpo de mujer en que se encierra
el puro ser de un ángel, a la oscura
región mortal de nuestra baja tierra
enviado, a perfumarla con su aroma
y a derramar en ella su ventura.
Pero la torva luz de su mirada,
la cortina de sombra que en su frente
tiende su ceño cuando mira airada,
la contracción apenas perceptible
con que el extremo de su labio ardiente
arruga su sonrisa,
de la escondida peligrosa hoguera
que arde en su doble corazón avisa,
y en la faz de la mora
con resplandor siniestro reverbera.
Muley, por su belleza seductora,
luz de la aurora la llamó..., y tal era
la luz de este *lucero de la aurora:*
tal es Zoraya que a Muley espera.

Oyóse, al cabo, en el jardín vecino,
bajo el abierto mirador cercano,
el dulce son de un cántico africano
que una morisca guzla acompañaba:
son que la anunciaba de contino
la llegada del rey atenta esclava.
Estremeció los miembros de la mora
movimiento nervioso: mas tan leve
que resbalar no hizo
por su cuello, más blanco que la nieve,
el más ligero descompuesto rizo:
ni de su blando lecho
un pliegue solamente descompuso:
ni con respiración más presurosa
se hincharon los contornos de su pecho.
Inmóvil, silenciosa,
cual si no le sintiera ni aguardara,
en su aparente sueño y perezosa
e incentiva postura
dejó la hermosa que Muley llegara
el veneno a beber de su hermosura.

Envuelto en su alquicel, bajo el plegado
pabellón de la azul tapicería,
apareció Muley; tendió callado
una sagaz mirada escrutadora
por sobre cuanto en derredor había,
y dilató su labio desdeñoso
sonrisa de placer, viendo a la mora
que sobre los cojines en reposo
con abandono tentador yacía.

Llegóse a ella y contempló un instante
la tranquila expresión de sus facciones,
por milésima vez con ojo amante
recorriendo voraz las perfecciones
de aquel cuerpo, velado escasamente
por el leve ropaje transparente
sobre los apilados almohadones.

Llegóse y admiró bajo la pura
nívea tez, a través de su blancura,
la red sutil de las azules venas,
cuyo tejido transparente indica
que aquella piel purísima y nevada
encubre el alma ardiente y vivifica
la complexión fogosa, enamorada,
que a su tez atribuyen las morenas;
y percibió el aroma con que el baño
su cuerpo perfumó, de que las moras
granadinas usaban todo el año;
y el rumor escuchó, sensible apenas,
de su respiración igual y suave,
y sin poder con su amoroso exceso
sobre su boca de coral, que sabe
y trasciende al aloe de Corinto,
depositó Muley un amplio beso
que crujió de la estancia en el recinto.

Abrió Zoraya los ardientes ojos,
y al fijar su mirada
sobre la faz del árabe, cambiada
de colérica en tierna, con acento
más grato que el murmullo soñoliento
que levanta la brisa en la enramada,
díjole, disipando los enojos
que acaso al despertar fingió indignada:

«Te esperaba, Señor: aunque dormía
»mi corazón velaba, y en mi sueño
»la leve huella de tu pie sentía
»que a mis amantes brazos te traía,
»bizarro Amir, de mi existencia dueño.»

«Apenas en los altos alminares
»(contestóla Muley) la voz sonora
»del *muezin* anunció la última hora (4)
»de la oración del día,
»a favor de las sombras tutelares
»vengo a ti, manantial del agua pura
»en que templa su sed el alma mía:
»y héme a tus pies, LUCERO DE LA AURORA
»que me alumbras doquier con tu hermo-
[sura.
»Llamásteme en secreto,
»sol de mi corazón, y aquí me tienes
»a tu absoluta voluntad sujeto.
»Habla; ¿qué quieres de tu esclavo? ¿Bie-
[nes?
»Mi reino es tuyo: véndele. ¿Deseas
»regocijos y zambras? Mis juglares
»llama, mis nobles árabes convoca;
»y aquellos con mil juegos malabares,
»y éstos con toros, cañas y torneos,
»en fiesta interminable, libre y loca,
»sacien en Bib-arrambla tus deseos.
»¿O tal vez algún vil desventurado
»tu enojo excita? Nómbrale, y aunque haya
»mi amigo sido o su niñez pasado
»junto a mí, y yo partido mi grandeza

»con él, te juro por tu amor, Zoraya,
»que te enviaré mañana su cabeza.»

Decía así Muley, en la locura
de la pasión que el alma le devora,
y sonreía oyéndole la mora
de la pasión del árabe segura.

Sus dedos de marfil entre la cana
barba de Hasán con infantil cariño
pasó y con complacencia la sultana,
dejándola aromada con su mano:
y con caricia tal, propia de un niño,
trajo a sus pies sobre el cojín liviano
trémulo de placer al africano.

Zoraya entonces, su gentil cabeza
en el hombro del moro reclinando,
y el fuerte talismán de su belleza
contra el alma del árabe empleando,
así le empezó a hablar, el suave aliento
de su boca balsámica de intento
hasta la boca de Muley enviando,
diálogo tal entre los dos trabando.

ZORAYA

Sabes cuánto te amé. Niña y cautiva
me crié al lado tuyo entre las flores
de los jardines de tu Alhambra: esquiva
después a los halagos tentadores
de tus bizarros nobles granadinos,
negué mi juventud y mi belleza
a cuanto no eras tú con entereza...
¡sentía ya ligados nuestros sinos!
Hizo en ti de los astros la influencia
su efecto al cabo: me encontraste hermosa,
cediste del destino a la sentencia,
y pagaste mi amor, y fuí dichosa.
La tierra en que nací y el amoroso
dulce calor del maternal regazo,
el acento del padre cariñoso,
su castillo feudal que, en el ribazo
de un cerro, se levanta pintoresco
cercado de alamedas, cuyo arrullo
salud le daban y armonía y fresco
de despeñadas aguas al murmullo,
todo lo eché, por fin, de mi memoria:
y, del nombre y la fe de mis mayores
renegando, las puertas de su gloria
perjura me cerré por tus amores.

MULEY HASÁN

¿Y cuándo lo olvidé, luz de la aurora?
¿No comprendí tu abnegación y entero
mi corazón te dí? Tú eres señora
dél todavía; lo que quieras quiero.

ZORAYA

Quiero, señor, decirte lo que acaso
no te deje otro afecto libremente
comprender y juzgar: porque traspaso
los límites tal vez de lo prudente
con tan audaz revelación; empero
más que el respeto y la prudencia fuerte
mi cariño por ti, salvarte quiero
aún a peligro de mi propia muerte.

MULEY HASÁN

¡Salvarme! ¿Y de qué riesgo? Habla.

ZORAYA

Un instante
oye en calma, señor. Yo, que las horas

de tu existencia en vela paso amante,
sé por tu bien lo que imprudente ignoras.
Tienes, señor, un hijo cuya estrella
a Granada es fatal, según los sabios
que su horóscopo hicieron.

MULEY HASÁN

La luz de ella
pende no más de un soplo de mis labios.

ZORAYA

Y el soplo de tus labios sólo pende
de un acero traidor que en tu garganta
le corte.

MULEY HASÁN

¿Abú Abdil...?

ZORAYA

Señor, atiende.

MULEY HASÁN

Prosigue.

ZORAYA

De él y de su madre es tanta
por reinar la impaciencia, que a estas horas,
traidores a su rey y de él parciales,
bajo los techos de las casas moras
se afilan en silencio mil puñales.

MULEY HASÁN

Sé que Aija...

ZORAYA

Me detesta.

MULEY HASÁN

¡Ay, si te mira
sólo un momento con semblante torvo!

ZORAYA

¡Y ay de ti, si la rabia que la inspira
no sofocas, Muley! No será estorbo
ya ni el filial ni el conyugal cariño
para intentar el crimen: la serpiente
da emponzoñados huevos, y el que niño
para su padre fué desobediente,
traidor para su rey será mañana.

MULEY HASÁN

Desecha tu temor, Zoraya mía:
les conozco a los dos: mas será vana
su obstinada ambición: se les espía.

ZORAYA

¿Pero ignoras, señor, que está plagada
tu corte de los suyos?

MULEY HASÁN

Sé sus nombres.

ZORAYA

¿Y sabes que propalan por Granada
que Dios está por él?

MULEY HASÁN

Pero los hombres
crédito no les dan.

ZORAYA

Rey, te equivocas:
Aly-Athár, el de Loja y la Alpujarra
toda con él, sus esperanzas locas
apoyan con la fe y la cimitarra.

MULEY HASÁN

La fe y mis cimitarras a sus breñas
les volverán.

ZORAYA

Te engañas: los villanos
reniegan de su fe, según las señas,
pues pactan contra ti con los cristianos.

MULEY HASÁN

Zoraya, sus delirios ha venido
a contarte algún loco. Te detestan
y ambicionan reinar: mas nunca han sido
del Nazareno amigos.

ZORAYA

Pues se aprestan
los nazarenos a su voz...

MULEY HASÁN

¡Patrañas
por derviches lunáticos vertidas!

ZORAYA

Empresas ciertas, aunque asaz extrañas
peligrosas, Muley, mas emprendidas.
Yo, por ti en vela, presentí el estrago
de este huracán que nubecilla asoma;
sé que es tu hijo y te dirán que lo hago
por amor a los míos: pero toma.
Tal diciendo Zoraya, de entre el raso
de los blandos cojines tunecinos,
prevenidos sin duda para el caso
de antemano, sacó dos pergaminos:
y con aquella singular sonrisa
en cuya móvil expresión graciosa
algo tal vez siniestro se divisa,
a Muley presentóseles la hermosa:
y al tomarles Muley: «Mira, le dijo,
»a través de esta tinta venenosa,
»el alma de la madre y la del hijo.»

Desplególes Muley, aproximándose
al vaso de alabastro transparente
donde la luz ardía, demudándose
su semblante al leer: con ojo ardiente
la mora le espió, de su creciente
cólera apercibiéndose, y su flecha
viendo herir en el blanco, dulcemente
en el mullido lecho reclinándose,
tornó a la antigua calma, indiferente.

Más torvo, más feroz a cada instante
según adelantaba en su lectura
se tornaba del árabe el semblante.
Fulguraban sus ojos: insegura
plegaba una sonrisa repugnante
su desdeñoso labio, y la amargura
de la hiel que el escrito rebosaba
en su lívida faz amarilleaba.

«¡Traidores!, dijo al fin, el pergamino
con los crispados dedos estrujando.
¡Traidores! En buen hora, en su destino
con ceguedad estúpida fiando,
abrirse intenten al poder camino
y astutos formen revoltoso bando:
¡pero poner por escalón del trono
al cristiano!... Jamás se lo perdono.
Jamás, jamás.» Y con ahogado acento,
repitiendo «jamás», como una fiera
enjaulada, cruzaba el aposento
de uno a otro lado, cual si presa fuera
de vértigo infernal. Sagaz, atento
y abierto apenas de la mora el ojo,
por más que indiferente pareciera,
seguía con afán su movimiento,
la progresión pesando de su enojo.

De repente Muley frente a la mora
paróse, y cual si en ella se aprestara
la cólera a estrellar que en sí atesora
el exaltado corazón, la dijo
con destemplada voz y cara a cara:
«¿Y por qué medios, tan sagaz, penetras
los secretos de Aija y de su hijo?
¿Quién te trajo las llaves
del misterio encerrado en estas letras?
Si esto es una verdad, ¿cómo la sabes?

—«Señor, dijo Zoraya levantando
la cabeza con calma,
desecha tu temor, templa tu ira:
quien vendió a Abú Abdil vendió su alma
al padre del pecado y la mentira.
Este secreto de tu raza infando
yace en la tumba ya: libre respira,
Muley; la esclava te veló tu sueño
y el mensajero vil de esa escritura,
al descolgarse audaz de tu alcazaba
por la torre del agua, sepultura
a demandar no más bajó a tu esclava.
—¡A ti, Zoraya! —A mí; porque yo vivo
tan sólo para ti. —Mas... no comprendo...
—¿De qué me sirve, pues, tanto cautivo
como me das, Muley? De los traidores
Argos les hice yo: de ellos aprendo:
y como ellos también, compro traidores;
me acechan sin cesar, y les acecho:
tus secretos espían y yo el suyo
bajo a buscar al fondo de su pecho.
No tienen mis esclavos otro oficio,
ni Abú Abdil ni Aija un pensamiento
oculto para mí: mi ser, mi vida,
consagrados están a tu servicio.
En esos pergaminos te presento
la desnuda verdad: está cumplida
mi obligación. Desde hoy nuestra exis-
[tencia,
señor, está en tu mano.
Lee y lee sin pasión: juzga y sentencia:
castiga justo, o liberal perdona:
tú eres el soberano:
mas escoge entre el hijo y la corona.
En cuanto a mí, señor, yo soy tu esclava;
que en la balanza igual de tu justicia
no sea yo jamás peso, ni traba.
El noble amor, que abrigo
en mi pecho por ti, no es de cristiano
cobarde corazón; yo, pues, contigo
triunfaré o moriré como sultana
que tu lecho y tu amor no partió en vano,
Amir: porque mi sangre es castellana,
pero mi corazón es africano.»

Calló Zoraya y se tornó en el lecho
a reclinar tranquila;
y el rey quedó como de mármol hecho

contemplándola, inmóvil y derecho,
dilatada de asombro la pupila.

Jamás la vió ni la creyó dotada
de corazón tan varonil y entero,
ni sospechó que su alma apasionada
atesorara amor tan verdadero.
Indolente, pasiva, abandonada,
henchida la juzgó de amor sincero
siempre; mas siempre tímida, indecisa,
y a toda intriga al parecer ajena,
con el cariño de su rey pagada
de su dorada esclavitud, precisa
por los preceptos de la fe agarena.

Hombre Muley de cabellera cana,
pero de joven corazón y aliento
heroico y viril, halló contento
un alma varonil en la sultana.
Absorto de ello en el primer momento
en creer vaciló lo que veía,
bajó a su corazón su pensamiento
y ahogó su voluntad con la alegría:
y cuanto más dudaba
tanto más en la duda se engreía:
y cuanto más crecía
la inacción que su ser paralizaba,
el fuego del amor que le hechizaba
más violento en su pecho se encendía.

Conocíalo bien la artificiosa
y astuta renegada, y contemplando
llegada la ocasión, que codiciosa
preparó en muchos años con constante
mañoso afán y con prudencia mucha,
la máscara arrojó de su semblante
y cara a cara se aprestó a la lucha.

Ya era Muley su esclavo: sus antojos
leyes eran para él: sólo tenía
para adorarla corazón, y ojos
sólo para mirar lo que veía
por sus ojos Zoraya. Era ya tarde
para que su razón iluminara
su avasallado corazón: yacía
ciego esclavo a los pies de su señora:
y el monarca despótico, el guerrero
indomable, el león de las arenas
abrasadas de Zahara,
esclavo de la esclava a quien adora,
era no más que tímido cordero
amarrado de amor con las cadenas.
Pero, ¡así estaba escrito, y aún lo llora
la gente del desierto que en sus venas
la sangre guarda de la raza mora!

Por eso fascinado, enloquecido
por su pasión, Muley veía sólo
de la mora el amor apetecido
tanto por él, pero jamás el dolo,
mas nunca la ambición de soberana:
y por eso rendido
a tal fascinación, con ambas manos
tomó los pies enanos
de la mora gentil, y enardecido
por su insana pasión, puso sobre ellos
muchas veces sus labios soberanos.
«Sí (exclamó): tú lo has dicho, que conmigo
vencerás o caerás como sultana:
y has dicho la verdad; tú soberana
conmigo reinarás: yo te lo digo.»

Volvió la renegada la cabeza
hacia el rey otra vez con la sonrisa
de un ángel (y la aureola de belleza
de una visión que en sueños se divisa
circundaba su faz), y en el sonoro
idioma de los árabes le dijo:

«Amir, tú eres mi dueño y yo te adoro.
Te dije la verdad: mas es tu hijo.»

Agolpóse la sangre a la mejilla
del rey a estas palabras, y con rabia
concentrada, exclamó: «No es hijo mío
quien favor contra mí pide a Castilla.
De la palma jamás la dulce savia
fecundó la mortífera cicuta:
no es hijo mío quien mi fe mancilla,
y yo, sin vacilar, contra el impío
alzaré de las leyes la cuchilla.
—Piénsalo, Amir. —Mi ley es absoluta.
—Muley, en su favor habló el destino.
—Yo haré mentir la predicción aciaga,
y su estrella fatal, que nos amaga,
apagaré en mitad de su camino.»

Reverberaban de Muley los ojos
y chispeaban los ojos de la mora
con vívidos destellos:
éstos de la ambición devoradora
con el triunfante resplandor, y aquéllos
con el torvo fulgor de los enojos.
Pasaron todavía unos instantes
de plática en secreto
uno de otro en los brazos: el objeto
de tal conversación le comprendía
el corazón no más de ambos amantes:
sólo el susurro de su voz se oía.

A poco, de los brazos de la mora
desprendiéndose el árabe, embozóse
en su blanco alquicel y hacia el calado
arco del mirador adelantóse.
Siguióle hasta el umbral la encantadora
sultana, con un beso regalado
sellando el labio de Muley, quien presto
a desaparecer por la excusada
galería la dijo: «Alah te guarde,
lucero de la aurora.
—Él te acompañe, Amir, dijo Zoraya:
perdona, empero, al alma enamorada
si duelo te causó. —La llama que arde
inextinguible, inmensa
en mi pecho, Zoraya idolatrada,
al amor que en el tuyo se atesora
digna procurará dar recompensa.
—Los destinos, señor... —Yo haré que
[fijos
en tu favor los astros permanezcan:
yo te lo juro, luz del alma mía,
tú reinarás y reinarán tus hijos:
deja que el tiempo corra y ellos crezcan.»

Dijo el rey y tomó la galería:
y por verle cruzar el lindo huerto,
a donde oculta la escalera baja
y la esclava le espera al entreabierto
postigo, descorrió la celosía
del dorado balcón de Lindaraja
Zoraya, y saludóle muchas veces,
mientras en el jardín le distinguía
desde los arabescos ajimeces.

Y he aquí que mientras ella contemplaba
el jardín, y la espalda al aposento
para mirar a su señor tornaba,
bajo la celosía que se alzaba
de una de las ventanas que en el muro
lateral de la cámara se abrían,
sagaz, osado, atento,
como a la voz secreta de un conjuro
asomó un rostro pálido un momento:
un rostro de mujer en que lucían
dos ojos como rayos en lo oscuro.
Clavaron estos ojos en la mora,
vuelta hacia el huerto aún, una mirada

rencorosa, tenaz, devoradora:
y las palabras lúgubres dejando
una a una salir con voz ahogada,
cual sin querer la idea formulando
en la palabra apenas pronunciada,
murmuró la mujer allí asomada:
«¿Tú reinarás y reinarán tus hijos,
»porque hará que los astros permanezcan
»en tu favor resplandeciendo fijos?...
»¡Deja que el tiempo corra y ellos crezcan!»

Dijo: y, volviendo el rostro la sultana
hacia el rico aposento,
tornó a desaparecer en un momento
el rostro de mujer de la ventana.

II

EL SALÓN DE COMARES

Amanecía apenas: los reflejos
de la rosada luz del sol naciente
a dorar comenzaban a lo lejos
de la ancha sierra la arbolada frente:
y empezaba la aurora purpurina
ostentosa a tender su velo de oro
prendido en el oriente,
sobre la extensa vega granadina,
ceñidor de verdura,
morisco chal que envuelve la cintura
de la ciudad en donde reina el moro.

Comenzaba a sus cárdenos fulgores
la tierra fértil a tomar colores,
exhalando de sí el aroma suave
de la humedad nocturna, y comenzaba
la flor a abrirse, a gorjear el ave,
y la brisa del alba revoltosa
a estremecer del bosque, donde erraba,
la cabellera verde y rumorosa.

Fresca, gentil, risueña,
a la primera luz de la mañana
se despertaba la ciudad sultana,
de cien ciudades orgullosa dueña:
la ciudad del amor y de las flores:
la ardiente y hermosísima africana,
que reclina su frente soberana
sobre el fresco tapiz de mil colores
que a sus pies tiende su florida tierra,
y cuyas orlas por doquier remata
con caireles de lázuli y de plata,
ya el mar que en torno de ella se dilata,
ya la nevada fronteriza sierra.

Asomado a un balcón de la alta torre
llamada de Comares, cuyo asiento
el Darro besa que a su planta corre
regando huertas mil en curso lento,
esperaba el rey árabe la hora
de recibir al castellano Vera,
quien no quería que en la corte mora
la venidera aurora
su embajada sin dar le amaneciera.

La gente granadina
con la nueva alarmada
de aquella ceremonia, aglomerada
ante Bib-el-Leujar la matutina
luz aguardaba con afán, curiosa
de conocer el fin de esta embajada,
más misteriosa cuanto no esperada.

Mil interpretaciones
daba a su objeto el vulgo: comentaban
los viejos y santones
las causas y políticas razones
que pudieron mover al rey cristiano
a enviar a la ciudad del africano
la enseña militar de sus legiones:

mas fatigaban el discurso en vano;
ignoraba hasta el rey las intenciones
con que vino a su corte el castellano.

Éste a su vez y en tanto, prevenido
para cumplir con su misión, oía
desde la torre que ocupaba el ruido
que de ella al pie la multitud hacía.
Ya antes del alba con atento oído,
ojo sagaz y espíritu mañero,
la situación inspeccionado había
de la árabe ciudad el caballero.

De pechos en la almena
de su torre moruna,
al resplandor de la creciente luna
la contempló de fortalezas llena,
de muros bien cercada,
bajo un clima feliz y en cultivada
campiña rica, saludable, amena,
por tres ríos a par fecundizada,
y favorita, en fin, sin duda alguna
del amor de la próspera fortuna:
y el noble castellano, inteligente
en el arte y estudios de la guerra,
vió que estaba en su tierra
bien prevenida la africana gente.

Comprendió de don Juan el buen sentido
en la quietud de su nocturna vela,
que había el moro rey, muy entendido,
coronado sus torres y alminares
por uno y otro atento centinela,
y diestra y sabiamente repartido
sus vigías y puestos militares:
concluyendo, por fin, don Juan de Vera
de la ciudad entera
la nocturna revista,
diciéndose a sí mismo sin reparo
cuánto iba a ser al castellano caro
lograr de aquella tierra la conquista.

Hallábase en la torre todavía
el buen comendador, rectificando
a la primera luz del nuevo día
el juicio que hecho por la noche había,
cuando vió que a su torre aproximando
un escuadrón de moros se venía,
la plaza del aljibe atravesando.
Dejó la almena, convocó su gente
y, a la plaza bajando,
la tendió de los árabes enfrente.

Entonces el wazir, que administraba
la justicia del reino
y el gobierno interior de la alcazaba
del granadino rey, ante la fila
de los jinetes árabes saliendo,
fuese para don Juan, con faz tranquila
y sosegada voz así diciendo:
«La fe de Alah te alumbre, castellano.
»Has demandado con la luz primera
»al rey hablar: ven, pues, que ya te espera
»del consejo en presencia el soberano.»
Encontrando la arenga algo altanera
y contemplando al árabe un momento,
«vamos», dijo no más don Juan de Vera:
y a paso noble, majestuoso y lento,
de la ancha plaza atravesó el espacio
que apartaba no más su alojamiento
de las doradas puertas del palacio.

De la soberbia torre de Comares
en la ostentosa cámara, alfombrada
con alkatifas persas, perfumada
con pebeteros de oro y con millares
de extrañas, ricas y olorosas flores
que en sus pensiles dan los Alijares,

esperaba Muley al castellano
en medio de su corte y su nobleza,
queriendo ante los ojos del cristiano
hacer ostentación de su grandeza.

Con la rosada luz de la mañana
resplandecía en toda su hermosura
la labor africana
de aquella estancia regia, que figura
un pabellón de rica filigrana,
trabajo de algún Genio por ventura
según la tradición mahometana.

En torno de Muley, sobre divanes
de púrpura, los viejos consejeros,
los kadís y los nobles capitanes
del ejército, estaban los primeros.
De su rey menos cerca,
de pie, con respetuosos ademanes,
los demás cortesanos caballeros
ocupaban el patio de la alberca
a sombra de sus frescos arrayanes.

El estanque y las fuentes del palacio,
ornadas con vistosos surtidores,
poblaban el espacio
de caños de cruzados saltadores
que, deshechos en gotas en la altura,
doblaban del ambiente la frescura
como perlas cayendo entre las flores,
que al borde crecen de la alberca pura
llena de pececillos de colores.

Del wazir precedido
y de diez caballeros castellanos
por decoro seguido,
armado de los pies hasta las manos,
del manto de Santiago revestido,
con apostura grave y altanera,
por medio de los nobles africanos
el patio atravesó don Juan de Vera.

Torva mirada de los ojos fieros
del círculo de moros caballeros
pesó sobre don Juan desde su entrada,
manteniéndose en él, tenaz, clavada,
hasta los pies de el granadino trono;
bien revelando el animoso encono
con que su roja Cruz se ve en Granada.

Don Juan, empero, en ademán tranquilo,
y mesurado aunque orgulloso porte,
avanzó hasta el marmóreo peristilo
que da entrada al salón do está la corte:
llegó hasta el trono de Muley, y en tierra,
sin humildad, hincando una rodilla,
presentóle una caja en que se encierra
su regia credencial dada en Sevilla.

Tomóla sin abrirla el africano
con altivo desdén, y del prolijo
ceremonial haciendo al castellano
amplia merced, lacónico le dijo:
«Ya te escucha Muley: habla, cristiano.»
Púsose en pie don Juan y con pausada
voz, que pudo entender el más lejano,
de esta manera expuso su embajada:

«Yo, don Juan de la Vera, caballero
»Comendador del orden de Santiago,
»en nombre de mi rey vengo: primero,
»a reclamar el atrasado pago
»de tu tributo anual íntegro, entero,
»y después, de Castilla con Granada
»la tregua a prolongar, que es acabada.»

Dijo don Juan y enrojeció el semblante
del árabe la cólera: en la estancia

rumor universal cundió al instante
de indignación terrible, la arrogancia
de tal mensaje oyendo: más de un guante
se alzó en contestación de su jactancia:
más de un moro dió un paso hacia adelante
puesta la mano en el alfanje: empero
sus iras atajó Muley severo.

«Cristiano (dijo el rey con voz airada),
»ve a decir a los reyes castellanos
»que han muerto ya los reyes de Granada
»que pagaban tributo a los cristianos:
»que la moneda entonces acuñada
»no conocemos ya, ni nuestras manos
»labran ya más metales que el acero
»de que forja su arnés el caballero.

»Oíste: parte, pues. Yo te perdono
»la vida y la embajada. A la frontera
»del reino salvo llegarás: mi encono
»no infringirá mi fe: mas la postrera
»colina al trasponer donde mi trono
»se respeta y tremola mi bandera,
»de mí hablar oirás, yo te lo juro,
»castellano. Ve en paz, que vas seguro.»

«Moros, dijo don Juan con altanero
»mas tranquilo ademán, si mi mensaje
»os ofendió, ved bien que el mensajero
»mi un punto le ha añadido: mi lenguaje
»fué exactamente el de mi rey: y espero
»que ninguno por él me hará el ultraje
»de esquivar con desdén, si es que me halla,
»el bote de mi lanza en la batalla.»

Dijo don Juan. Los nobles africanos
de los valientes siempre apreciadores,
abrieron en silencio a los cristianos
paso, ahogando en el pecho los rencores
de raza y religión. Los castellanos
volvieron a montar sus piafadores
corceles: y, dejando a rienda suelta
la ciudad, dieron a Castilla vuelta.

—

Cuando el sol de aquel día en occidente
irradiaba sus últimos reflejos,
ya trasponía la cristiana gente
los cerros fronterizos. A lo lejos
les vió desde sus torres impaciente
el árabe monarca, cuyos viejos
más perspicaces ojos todavía
penetran la confusa lejanía.

El brillo de las lanzas castellanas
apenas se sumió en el horizonte,
y apenas, embozada en sus livianas
sombras, la noche a descender del monte
comenzó, cuando Hasán sus africanas
armas pidió diciendo: «Que se apronte
»una hueste elegida y numerosa
»a partir en la noche silenciosa.

»Yo la conduciré.» Llamó en seguida
a su wazir Abú-l'Kazin, que era
gobernador de la ciudad, y «cuida
»(le dijo) bien de que se cumpla entera
»mi voluntad. Después de mi partida
»pon a Aija en una torre prisionera
»con su hijo, y a habitar manda que vaya
»en el Jeneralife la Zoraya.

»Ten a ésta como mi única sultana,
»a Aija y Abú Abdil como traidores.
»Yo a tocar a una villa castellana
»una alborada voy con mis tambores,
»y tardaré lo más una semana

»en volver a la Alhambra. ¡Ea, señores,
»a caballo y silencio!, los soldados
»en Bib-arrambla esperan convocados.»

Dijo Muley, su intimación postrera
dirigiendo a sus guardias: y, montando
en su caballo de batalla, que era
un árabe veloz, partió tomando
la cuesta de Gomeles, con guerrera
planta en la plaza real desembocando;
y, al frente de su hueste, de Granada
salió a empresa de todos ignorada.

LIBRO TERCERO

ZAHARA [46]

I

GONZALO ARIAS DE SAAVEDRA

Está Zahara en una altura
entre montaña y colina,
sentada en la peña dura
que asoma la cresta oscura
por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos
de noche hogueras en ella,
no distinguen los paisanos
si son sus fuegos lejanos
luz de atalaya o de estrella;

y cuando el alba naciente
dora la almenada villa,
se confunde fácilmente
con la armadura que brilla
el rielar de la fuente.

Sus atalayas pusieron
los moros en ella un día,
de fosos la circuyeron,
y apriesa la abastecieron
porque el invierno venía.

Tuviéronla muchos años
de los cristianos guardada,
con mil ardides extraños
causándoles muchos daños
en guerra tan prolongada.

A la sombra guarecidos
de sus breñas y pinares,
bajaban como bandidos
y robaban atrevidos
alquerías y lugares.

Toleraban los cristianos
en silencio sus desmanes:
pero pensando a las manos
coger a los africanos
de aquel peñón gavilanes.

Estaban los insolentes,
aunque pocos, confiados,
conociéndose valientes:
los cristianos, más prudentes,
les cogieron descuidados.

Todos los de aquella tierra,
procurándose en secreto
mil utensilios de guerra,
atravesaron la sierra
de asaltarla con objeto.

Y una noche la asaltaron
y guardarla no supieron
los moros que la fundaron;

cinco veces la cobraron
y otras cinco la perdieron.

Entonces los vencedores
doblaron su alta muralla,
y abrieron fosos mayores
para guardar, previsores,
la prenda de la batalla.

Estrecha y sola una senda
dejaron en todo el cerro,
porque mejor se defienda,
si se empeña otra contienda,
su sola puerta de hierro.

Por eso en sus torreones
y en sus anchos murallones
guardó la morisca villa,
sobrepuestos, los blasones
de los reyes de Castilla.

Tal es Zahara: y en la altura
del cerro en que está fundada,
y por la fragosa hondura
de sus barrancos guardada,
siempre estuviera segura

de los moros, como el nido
de un águila suspendido
en inaccesible peña,
si menos la hubiera sido
su fortuna zahareña.

Pero su alcaide cristiano
nació con estrella aciaga,
y Dios apartó su mano
del infeliz castellano,
y el rayo de Dios la amaga.

Porque, ¡ay!, ¿qué la han de valer
su muro y torres de piedra,
si los ha de mantener,
sin fortuna y sin poder,
Gonzalo Arias de Saavedra?

¡Desventurada es la historia
de este buen gobernador,
bravo capitán sin gloria,
blanco de mala memoria
y de fortuna peor!

Desdichada fué su raza (1):
no hubo cálculo ni traza
que al revés no le saliera,
ni bando, opinión o plaza
que, suya, prevaleciera.

Siguió su padre Hernán Arias
de Enrique el rey las banderas
a las de Isabel contrarias,
y perdieron las primeras
sus empresas temerarias.

Del de Cádiz se allegó
Hernán a los partidarios,
y el encono se extinguió
de los grandes sus contrarios,
y Hernán Arias se fugó.

De los moros amparóse
y por los moros mantuvo
a Tarifa; mas tornóse
la suerte: capitulóse,
y Arias que entregarse tuvo.

Caballeros en Castilla
intercedieron por él,
y, olvidando su mancilla,

le indultó doña Isabel
confinándole a Sevilla.

Bien único hereditario,
en su aljarafe tenía
un torreón solitario,
y allí su infortunio vario
fuese a llorar noche y día.

Mas he aquí que maltratado
por el tiempo el edificio,
y él imposibilitado
de gastar sólo un cornado
de su hacienda en beneficio,

en un temblor que agitó
las tierras circunvecinas
su torre se desplomó,
y Hernán Arias pereció
sepultado entre sus ruinas.

¡Desventurado Hernán Arias!
Las estrellas tan contrarias
le fueron en paz y en guerra,
que hasta se le abrió la tierra
sin exequias funerarias.

Su hijo Gonzalo, heredero
de su fortuna fatal,
aunque habido por guerrero
valiente y buen caballero,
lo pasó siempre bien mal.

De su padre la memoria,
lo siniestro de su historia
y proverbial desventura,
le hicieron, sin prez ni gloria,
pasar una vida oscura.

Dotado de alto valor,
de ciencia y destreza rara
en la guerra, con honor
de alcaide gobernador
le enviaron, al fin, a Zahara.

Dióle la reina Isabel
compadecida este cargo:
pero dándosele a él,
el mejor panal de miel
se le hubiera vuelto amargo.

Era Gonzalo un valiente
y entendido capitán,
tan audaz como prudente:
mas ¿qué hará si no le dan
ni bastimentos ni gente?

«Tu lealtad y tu bravura
»tendrán a Zahara segura»,
le dijeron, y le enviaron
a Zahara; mas no contaron
con su innata desventura.

Sin víveres y sin oro
con que pagar sus soldados,
no puede ni su decoro
sostener, ni contra el moro
tenerles subordinados.

Su gente se le rebela:
y él, sólo, en continua vela,
su fortaleza recorre,
y hace a veces centinela
él mismo en alguna torre.

«Si no por obligación
»por vuestro bien ayudadme»,
les dijo en una ocasión:

y su alférez Luis Monzón
contestóle ebrio: «Pagadme.»

Y el pobre gobernador,
sin influencia y sin pan,
se vió inútil capitán
de gentes que sin temor
ni amor hacia él están.

Pedía al Gobierno amparo
de víveres o dinero:
pero el Gobierno reparo
no ponía, y el frontero
seguía en su desamparo.

Dos veces quiso salir
a correr la mora tierra:
mas sus gentes, al oír
que se trataba de guerra,
no le quisieron seguir.

Tal era la situación
de Zahara en esta ocasión;
tal es el afán que arredra
el brío del corazón
de Gonzalo Arias Saavedra.

Por eso sus castellanos
se están mal entretenidos
en casa de los villanos,
en pensamientos livianos
con las mozas divertidos;

pues por demás licenciosos
son siempre nuestros soldados,
cuando en puestos apartados
les dejan vivir ociosos,
por libres o mal pagados.

El rey moro, que sondara
su abandono y su pobreza,
se dijo: «Es cosa bien clara
que me da la fortaleza
quien así la desampara:

conque tomarla es razón.»
Y Hasán dispuso a este fin
misteriosa expedición,
dándole gente en unión
la Alhambra y el Albaycín.

Salió, pues, de la ciudad
Muley en la oscuridad,
sin decir de esta salida
la razón desconocida,
para más seguridad.

Y es fama que el africano,
de Bib-arrambla al pasar
bajo el arco, dijo ufano:
«Le tengo de festonar
con cabezas de cristiano.»

Era una tarde nublada
de tormenta amenazada:
el viento ronco mugía,
y en anchas gotas caía
a espacios lluvia pesada.

Cerróse en oscuridad
el cielo: la tempestad
desgarró las nubes pardas,
y brilló en las alabardas
el relámpago fugaz.

Entre la enramada espesa
de un pinar de que se ampara,
con la gente de su empresa

iba Muley a hacer presa
de la descuidada Zahara.

Caídos los martinetes
sobre las mojadas telas
revueltas a los almetes,
caminaban los jinetes
el lodo hasta las espuelas.

Mohino el rey por demás,
de los pasos el compás
oyendo con mal humor,
iba: junto a él un tambor
y los peones detrás.

Tras éstos, los saeteros
y hasta cien arcabuceros:
luego los escaladores,
luego trompas y atambores,
y luego los ingenieros.

Tras ellos, en pelotones
flanqueados por dos alas
de jinetes con lanzones,
muchos negros con escalas
para entrar los torreones.

La media noche sería
¡espantosa noche a fe!,
cuando de la roca umbría
sobre que Zahara dormía
se detuvieron al pie.

Contó el rey cuidosamente
las hogueras y señales,
en que convino prudente
con sus guías, y la gente
partió en dos bandos iguales.

Guardando el cerro dejó
los jinetes: apostó
los saeteros mejores,
y él con los escaladores
por el peñasco trepó.

La oscuridad, la tormenta,
patrocinan su ascensión
ardua, silenciosa y lenta:
todo Muley lo hubo en cuenta
con astuta previsión.

El ruido de sus pisadas
sofoca el ruido del viento,
y las aguas despeñadas
por las ásperas quebradas
con estrépito violento.

Tal vez descienden rodando
de roca en roca chocando
pedazos de las montañas,
pinos, chozas y alimañas
consigo al valle arrastrando.

Tal vez una encina añosa,
arraigada en un peñón
todo un siglo, estrepitosa
se rompe con temerosa
y atronadora explosión.

Tal vez algún lobo, fuera
de su cueva sorprendido,
bajo una peña cogido
invoca a la muerte fiera
con un espantoso aullido.

Tal vez por algún torrente
arrastrada una serpiente
de un precipicio a la hondura,

rasga la atmósfera oscura
con un silbido estridente.

¡Horrible noche es aquella
en que, mientras contra Zahara
ronca tempestad se estrella,
de la tempestad se ampara
Muley audaz contra ella!

La villa desventurada,
por el viento sacudida,
por el turbión anegada,
y en las tinieblas velada,
reposaba adormecida.

Apena en un torreón
de su vieja ciudadela,
encogido en un rincón
murmura escasa oración
un cristiano centinela.

Tal vez duerme sin afán
al calor de su gabán
en su garita, al arrullo
que viento y agua le dan
con su continuo murmullo:

y tal vez, sobre la mano
la barba y en la rodilla
el codo, sueña el cristiano
una aurora de verano
en un lugar de Castilla.

II

¡Tremenda noche!, la lluvia,
desgajándose a torrentes
por las quebradas vertientes
de la Sierra, con fragor
a la hondura de sus valles
consigo arrastrando baja
los árboles que descuaja
del vendaval el furor.

¡Tremenda noche! Iracundos
los rebeldes elementos
amagan de sus cimientos
las montañas arrancar:
y, en la cresta de la roca
donde se halla suspendida,
con ímpetu sacudida
tiembla Zahara sin cesar.

A una aspillera asomado
de su antigua ciudadela,
el buen Arias está en vela,
ocupado en escuchar
los rumores que a su oído
en sus alas trae el viento,
y un fatal presentimiento
no le deja sosegar.

Nada sus tenaces ojos
ven en noche tan cerrada:
no percibe ni oye nada
en la densa lobreguez,
mas que el velo tenebroso
y la voz de la tormenta,
cuya furia se acrecienta
con horrible rapidez.

A sus pies reposa Zahara:
sus tejados ve, a la lumbre
del relámpago, en la cumbre
donde el pueblo se fundó:
mas la roja llamarada
que el relámpago refleja,

le deslumbra y no le deja
comprender lo que a ella vió.

Al resplandor instantáneo
con que el pueblo se ilumina,
cree tal vez ver la colina
con el pueblo vacilar:
y a veces, en el instante
de iluminarse de lleno,
cree ver de Zahara en el seno
vagas visiones errar.

Blancos bultos, misteriosas
sombras, móviles reflejos
tras los muros a lo lejos
moverse y lucir cree ver;
cual si, haciendo de ellas vallas,
los espíritus del monte
de sus torres y murallas
se quisieran guarecer.

¡Delirios vanos, quimeras
de su débil fantasía!
Pasa el pobre noche y día
en continua agitación,
y, con fe supersticiosa
creyendo en su fatalismo,
recela hasta de sí mismo,
trastornando su razón.

¡Ilusiones! Arias sólo
oye el vendaval que brama,
y el agua que se derrama
por los tejados rodar,
y en los muros del castillo
el rumor acelerado
de los pasos del soldado
que acaban de relevar.

Oye el sordo remolino
con que rueda la tormenta
haciendo girar violenta
las veletas de metal,
y zumbar estremecida
la mal sujeta campana,
y temblar en la ventana,
el desprendido cristal.

Todos reposan en Zahara
la atalaya de Castilla:
sólo se oyen por la villa,
en la densa oscuridad,
el agua de las goteras
y el rumor del vago viento,
que ruge con el acento
de la ronca tempestad.

Sólo en apartada torre
del mal guardado castillo,
con el fugor amarillo
de una lámpara al morir,
velan algunos soldados
y se siente desde fuera
el rumor de una quimera
y jurar y maldecir.

Óyense sus carcajadas,
sus apodos insolentes:
pues en esto han tales gentes
contentamiento y placer:
se juntan en borracheras
para acabarlas riñendo,
y vuelven en concluyendo
desde reñir a beber.

Y en el calor de las orgías
y el vapor de los licores,
disertan de sus amores

en obsceno platicar;
pues su lengua irreligiosa,
sin respetos y sin vallas,
sólo de sangre y batallas
o mujeres ha de hablar.

De éstas se miran algunas,
con los soldados más mozos
en impúdicos retozos
y deshonesto ademán,
que, osadas y descompuestas,
o blasfemando o riñendo,
hasta embriagarse bebiendo
desatinadas están.

La trémula llamarada
de una hoguera agonizante
presta a su rudo semblante
una expresión más feroz;
y, recibiendo la bóveda
la algazara en su ancho hueco,
remeda con largo eco
la desentonada voz.

Harto de vino y de amores,
en dos bancos apoyado,
cantaba un viejo soldado
al son de un roto rabel,
e hiriendo a compás la mesa
con plato, jarra o cuchillo,
aullaban el estribillo
ellos y ellas con él.

Brindaban, y a cada brindis
insensatos blasfemaban,
y reían y danzaban
completando la embriaguez:
y sus sombras, en silencio,
gigantescas, agitadas,
cual fantasmas convidadas
erraban por la pared.

«¡A ellos!», gritaron voces:
y entraron al aposento,
diez a diez y ciento a ciento,
los moros del rey Hasán;
y apenas a las espadas
acudieron los cristianos,
les cercenaron las manos
en donde tan mal están.

Lidiaron acaso algunos:
pero tantos les entraron,
que al fin les acuchillaron
con las hembras a la par.
A los gritos de los moros
los cristianos despertaban:
¡pero los tristes se hallaban
cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
prestaba crédito apenas
a las cuerdas y cadenas,
con que atados dos a dos
por los árabes se vieron,
a quienes con lengua y ojos
pedían piedad de hinojos
en el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
de los niños los sollozos,
los esfuerzos de los mozos,
el dolor de la vejez,
son inútil resistencia:
porque a todos los infieles,
atados como lebreles
les arrastran a la vez.

En vano lucha la virgen
desesperada con ellos,
que con sus propios cabellos
mordaza o cordel la dan;
en vano niños y enfermos
yacen sin fuerzas postrados:
en tropel como ganados
todos a los hierros van.

Fueron tristísimas horas
las de noche tan sangrienta.
¡A quien de ella pidan cuenta
malas cuentas ha de dar!
Mas no Arias, a quien el mundo
con su fe abandona en Zahara,
porque Dios no desampara
a quien de Él se va a amparar.

Corazones como el suyo,
almas cual la que le anima,
Dios tan sólo las estima
en su pristino valor:
aniquilado bien pronto
el cuerpo que les encierra,
vuelve su polvo a la tierra
y su esencia al Criador.

Creyó, al fin, Gonzalo Arias,
desde la torre en que vela,
sentir en la ciudadela
un verdadero rumor
de voces y de pisadas,
y distinguir en la sombra
muchas gentes agolpadas
a la muralla exterior.

Iba el caracol de piedra
a tomar del muro, cuando
por él su escudero entrando
dijo: «¡Los moros, señor!»
Asió al punto Arias Saavedra
un hacha y un triple escudo
que halló a mano, y torvo y mudo
lanzóse hacia el corredor.

Por el caracol torcido
se hundió como una callada
sombra, y la puerta cerrada
de las almenas abrió.
Confuso tropel de moros
llenaba el adarve estrecho:
Gonzalo Arias derecho
a los moros se lanzó.

Tendió del primer hachazo
los dos que halló delanteros,
y al querer tirar del brazo
la mano de otro segó.
A tan repentino ataque
la morisma, acorralada,
abrió círculo espantada
y en el centro le dejó.

Mas Arias, que no veía
de vergüenza y de ira ciego,
cerróse con ellos luego
con ímpetu asolador;
y, al ver el horrendo estrago
que en ellos su brazo hacía,
ninguno se le atrevía,
embargados de pavor.

Pero sobre ellos cargaba
Gonzalo Arias con tal brío,
que adelante les llevaba
sin dejarles revolver;
y uno, que frente arrestado
le hizo, entre dos almenas

le derribó atravesado
y en el foso fué a caer.

Aquel hombre despechado,
de mirada centelleante,
de colérico semblante
y de fuerzas de Titán,
sin más que un broquel y un hacha,
pálido y medio desnudo,
peleando solo y mudo
con desesperado afán:

aquel hombre aparecido
de repente en medio de ellos,
erizados los cabellos,
cual de un vértigo infernal
poseído, hizo a los moros
concebir honda pavura,
contemplando en su figura
algo sobrenatural.

Un instinto irresistible
de temor supersticioso,
de aquel hombre misterioso
en tropel les hizo huir,
cual si vieran, bajo el rostro
de aquel hombre temerario,
un espíritu contrario
de Mahoma combatir.

Abandonó, pues, el muro
todo el pelotón alarbe,
y dejó sobre el adarve
solo a aquel hombre fatal.
Crispado, calenturiento,
a las almenas de piedra
asomóse Arias Saavedra
presa de angustia mortal.

Allá abajo, en las tinieblas,
por las calles de la villa
en la lengua de Castilla
invocar a Dios oyó.
«¡A Dios (dijo con desprecio),
a Dios invocáis ahora!
¡Miserables!, ya no es hora:
sucumbid, pues, como yo.»

Y a largos pasos tomando
del castillo la escalera,
fué a dar como una pantera
en el patio principal.
Un capitán de Granada
allí amarrados tenía
cuantos perdonado había
la cimitarra fatal.

Arias, de un salto, se puso
delante del africano
y, asiendo con una mano
las bridas de su corcel,
le dió en el frontal de acero
tan descomunal hachazo,
que caballo y caballero
vinieron a tierra de él.

Los árabes que más cerca
del capitán se encontraron,
sobre Gonzalo cargaron
con gritería infernal:
pero dieron con un hombre:
y el primero que imprudente
se llegó a Arias, en la frente
recibió el golpe mortal.

El capitán, desenvuelto
de su caballo caído,
vino como tigre herido

sobre el alcaide a su vez:
recibió su corvo alfanje
el castellano forzudo
dos veces en el escudo,
con serena intrepidez;

y al verle ebrio de coraje
descargarle el tercer tajo,
metióle el hacha por bajo
y el brazo se cercenó.
Saltó el pedazo partido
con la cimitarra al suelo,
y el moro, con un aullido,
de dolor se desmayó.

Saltó Arias de él por encima
y, del caballo tendido
quedándose guarecido,
volvió la lid a empezar.
Acométenle los moros:
mas ningún golpe le ofende
por delante, y se defiende
la espalda con un pilar.

Entraba en esto en el patio
el viejo rey de Granada:
mas detúvose a la entrada
a admirar el varonil
aliento de aquel solo hombre
que, sin casco ni armadura,
tiene a raya la bravura
de los hijos del Genil.

Estaba Gonzalo Arias
de sangre y sudor cubierto
tras del caballo, que muerto
a sus plantas derribó,
anhelante de fatiga,
descolorido y rasgado,
como un espectro evocado
del panteón que le guardó.

Al ver con cuánta destreza
de tantos se defendía,
de tan alta bizarría
pagado el viejo Muley,
«¡teneos!», gritó a los moros;
y, yéndose al castellano,
le dijo afable: «Cristiano,
ríndete: yo soy el rey.»

No pudo Arias de cansancio
contestar. «Quien quier que fueres
(añadió el rey) valiente eres:
ríndete a mí y salvo irás.»
Arias, ronco de fatiga,
pero con alma serena,
dijo: «Muerto, enhorabuena:
pero rendido, jamás.»

«Cristiano, repuso el moro,
yo soy Muley y rendirte
a mí no será desdoro.»
Y Arias dijo: «Y yo, Muley,
soy Gonzalo Arias Saavedra,
y mientras me quede aliento
y en Zahara quede una piedra
la mantendré por mi rey.»

Ahogó la piedad del moro
respuesta tan arrogante
y, colérico, «¡adelante,
saeteros!», exclamó.
Atravesado de flechas
hincó Arias una rodilla
gritando: «¡Cristo y Castilla
por los Arias!» Y expiró.

Cortáronle la cabeza,
y en el arzón delantero
la ató un negro de Baeza
por trofeo de valor.
Tal fué el fin desventurado
del bravo alcaide de Zahara:
la suerte le negó avara
todo, menos el honor.

II

Cuando del día siguiente
comenzó a lucir la aurora,
daba a Granada la vuelta
la morisma victoriosa.
Marchaba Muley delante,
y, en el centro de su tropa,
dos mil cautivos atados
al carro de su victoria.
Mandó el rey que los cristianos,
guardados por buena escolta,
fueran delante a Granada
por la vereda más corta;
pero prevenido habiéndole
que, por si las tierras próximas
se levantan, con presteza
caminar es lo que importa:
«—¿En que está, dijo, el retraso?
—En los cautivos que estorban.
—Pues bien, dijo con desprecio,
obligadles a que corran,
y lleguen los que llegaren:
los mozos a las mazmorras,
las muchachas al harén
y los viejos a la horca.»

III

Era la noche del siguiente día
en que el fiero Muley salió de Zahara,
vencedor insolente. Era una oscura
y nebulosa noche; no lucía
en el cielo la luna; venda impura
de nubarrones cárdenos cubría
la luz serena de su antorcha clara.
Ceñían por doquier el horizonte
negros grupos de nubes apiñadas
de vapores eléctricos preñadas,
y alcanzábanse a ver de monte en monte
del frecuente relámpago, azuladas,
arder las repentinas llamaradas.

A un balcón de la torre de Comares
asomada en silencio, la altanera
Aija escuchaba con el alma entera
lejano son de gritos populares
que, por la densa atmósfera perdidos,
traía a sus oídos,
de cuando en cuando, ráfaga ligera.
Tras ella Abú Abdilá sobre su hombro
el noble rostro juvenil tendía,
como su madre oyendo con asombro
la confusa y extraña vocería
que, en las tinieblas de la noche, el viento
con eco sordo resonar hacía
bajo el techo del cóncavo aposento.

«¡Oyes, hijo Abdilá!, con ansia dijo
la sultana. —Sí, madre y no comprendo...
contestó Abú Abdil. ¡Tal vez maldijo
nuestra fortuna Alah!» Con ojo fijo
la espesa sombra penetrar queriendo,
Aija le interrumpió: «Calla: estoy viendo
moverse algo en el bosque..., ¿oístes, hijo?
—¿Un ruiseñor? —Sin duda: mas no canta
tan recio el ruiseñor..., escucha atento.
¿Le oíste? —Sí. —Pues bien, hijo, ese
[aliento
de un pájaro no cabe en la garganta.

—Oíd, señora, oíd; más cerca el pío
del ave se oyó ahora. —Es una seña
que viene de las márgenes del río.
—Sí, y en hacerse comprender se empeña.»
Acercáronse más a la calada
barandilla exterior del antepecho:
mas Aija, de repente y sin ser dueña
de sí misma, cubriendo con su pecho
el pecho de Abú Abdil, gritó: «¡Hijo mío!»
Silbando entró por el postigo estrecho
del balcón una flecha disparada
desde el bosque, y, tocando en la labrada
piedra del arco, rechazó, en el lecho
de Abú Abdil cayendo despuntada.

«¡Traidores!, exclamó Aija, a nuestra [vida
también atentan!» Mas alegremente
la interrumpió Abdilá, teniendo asida
la flecha: «Madre (dijo) trae cosida
una carta. —Lee, pues.» Rumor de gente
se oyó en el corredor en este instante,
y una esclava, asomándose a la puerta,
dijo: «¡El wazir!» Para la audaz sultana
fué cosa nada más que de un momento
en el pecho ocultar la carta abierta,
la flecha devolver por la ventana,
y serena quedar sobre su asiento.

Al punto mismo Abú-l'Kazin, ministro
de las venganzas de Muley, entraba
el nocturno registro
a hacer que en el salón acostumbraba,
desque la torre de Comares era
del granadino príncipe y su madre,
por orden de Muley, prisión severa.

Saludó Abú-l'Kazin con afectada
ceremonia, mostrando que lo hacía
con respeto y en pura cortesía:
Aija, en sus almohadones recostada,
ni volvió la cabeza desdeñosa,
ni le otorgó siquiera una mirada;
Abú Abdilá, imitando a su orgullosa
madre, no contestó tampoco nada.
Abú-l'Kazin, entonces, en sombrío
silencio y con feroz torvo semblante,
la estancia registró con vigilante
y prolija atención. «Es deber mío»,
dijo al fin, dirigiendo a la sultana
una mirada donde el odio brilla,
y añadió: «Nuestro rey llega mañana
vencedor de las armas de Castilla.»

Aquí, consigo sin poder, la mora
díjole: «¿Son por ello esos clamores
que turban el reposo? —Sí, señora:
el pueblo aplaude, como siempre, ahora
a los reyes que vuelven vencedores.»
Una mirada le lanzó de fuego
la mora y con desdén le dijo luego:
«Tienes razón, Abú-l'Kazin: mañana,
si volvieren vencidos, por traidores
les silbará la multitud villana.
—¡Vele Alah por el rey, y no permita
que el pueblo tenga por traidor, sultana,
a quien abrigue sangre Nazarita!
—Eso te digo yo. Los hijos tienen
la sangre de los padres y el que incita
al padre contra el hijo, lo previenen
las suras del Korán, a Dios irrita
y su raza por Dios será maldita.
—Sultana, tus palabras... —El anuncio
son del desprecio en que te tengo. —Hol- [gara
la razón en saber. —Está muy clara.
—Pronúnciala, sultana. —La pronuncio:
tu padre, Abú-l'Kazin, fué tornadizo

y traidor a su Dios, y yo detesto
a los hijos de padre que tal hizo.
No lo olvides jamás. —¡Oh!, lo protesto.
—Déjanos, pues, en paz. —La vez pos-
[trera
volveré nada más, cuando el severo
rey de Granada de su ley el yugo
imponeros me ordene. —Aguarda fuera
sus órdenes en tanto, carcelero,
hasta que hayas de entrar como verdugo.»

Salió el wazir, brillando en su pupila
el fuego del rencor: y la sultana,
luego que oyó el rumor de los cerrojos
de la postrera cámara lejana,
la carta a desplegar volvió tranquila,
devorando lo escrito con los ojos.
Mirábala Abdilá con impaciencia,
procurando leer en su semblante
lo que ella en el escrito. En apariencia,
si el wazir la acechara en este instante,
no pudiera, al mirar su indiferencia,
sospechar que el papel era importante.
Leyó con avidez, pero serena:
y aquella alma viril, que dominaba
del placer el exceso y de la pena,
no dejó percibir a quien miraba
el gozo inmenso de que estaba llena.
¡Tanto era altiva, perspicaz y brava!

«Hijo mío Abdilá, dijo tras breve
pausa, vas a partir. La muerte fiera,
de tu padre a la vuelta, aquí te espera,
y abajo espera quien salvarte debe.
No el cielo señaló tu real cabeza
para ceñir una corona en vano;
tu destino de rey he aquí que empieza:
cumple, pues, tu destino soberano.»

Dijo y le dió la carta, que decía:
«Vuelve tu esposo vencedor, sultana,
»y la guadaña de la muerte impía
»su mano trae; no aguardes a mañana:
»cuando oigas luego que en silbar porfía
»el ruiseñor al pie de tu ventana,
»descuelga a tu hijo Abú Abdilá por ella,
»y un buen caballo le valdrá y su estrella.

»No temas ni vaciles: los vergeles
»de este valle, a tu vista tan tranquilo,
»a un escuadrón de abencerrajes fieles
»dan a estas horas misterioso asilo.
»Mi escritura conoces: no receles,
»sultana, una traición: pende de un hilo
»del príncipe la vida: mas, burlada
»la muerte, volverá... rey de Granada.

»Aunque en firmar sé acaso que aven-
[turo
»mi cabeza, la suya es lo primero:
»sírvate, pues, mi nombre de seguro
»y alumbre tu razón Alah infinito.»

Al pie de este renglón, claro y entero,
de ALY-MACER el nombre estaba escrito.

Leía Abú Abdilá, y a la lectura
de la carta fatal palidecía:
y, leyendo en su rostro su pavura,
la madre el ceño varonil fruncía.
«Hijo de reyes, como rey procura
obrar, le dijo al fin. ¿Fortuna impía
te acosa? Acosa, pues, a tu fortuna:
mala es mejor tenerla que ninguna.»

Tal diciendo la intrépida sultana
llamó en voz baja a sus esclavas. Quiso
Abú-l'Kazin dejárselas, por vana

demostración de libertad y viso
de autoridad y pompa soberana,
en la prisión. Entraron al aviso
todas de su señora, y la severa
sultana las habló de esta manera.

«Necesito una escala: en el momento
desgarrad vuestras tocas y almaizales;
los tapices que tiene el aposento
trizas haced: mis lienzos y mis chales
rasgad, y hasta que lleguen al cimiento
de la torre, anudad los desiguales
pedazos: no os paréis en necias dudas:
rasgadlo todo, aunque os quedéis desnu-
[das.»

Hechas a obedecer, sin más demora
rasgaron la oriental tapicería
que la ostentosa cámara decora,
el chal con que cada una se ceñía,
el rico pabellón de crujidora
seda que el lecho de Abdilá tenía:
cuanto a las manos se las vino asieron,
y, formando un cordón, le retorcieron.

La sultana y el príncipe, afanosos,
en tal ocupación las ayudaron,
y de esta ocupación con los curiosos
incidentes, que alegre la tornaron,
del alma de Abdilá los temerosos
tristes presentimientos se ahuyentaron:
y rebosaba en gozo y osadía
cuando el largo cordón se concluía.

A poco un ruiseñor en la enramada
los tres largos silbidos de su trino
precursores lanzó. Corrió agitada
la sultana al balcón, y más vecino
volvió a silbar el ruiseñor: callada
e inmóvil escuchó: su oído fino
y ojo avaro alcanzaron, en la hondura,
de un hombre el movimiento y la figura.

Un momento después, en la maleza
que al mismo pie del torreón crecía,
el ruiseñor silbó: la fortaleza
y la continuidad con que lo hacía
su voz, de la que dió naturaleza
al ruiseñor un tanto desdecía
de cerca oída: pero al libre viento
era bien fácil confundir su acento.

Ató Aija a Abú Abdil por la cintura
la punta de los lienzos anudados,
de su firmeza y solidez segura;
los brazos un momento entrelazados
tuvieron madre e hijo con ternura
cordial: los labios trémulos, rasados
de lágrimas los ojos, no encontraron
palabras, mas sus lágrimas hablaron.

Deshízose la madre la primera
del cariñoso lazo, y saltó el hijo
por la baranda del balcón afuera,
teniendo el lienzo las mujeres fijo.
«Madre, dijo él, ¡adiós por vez postrera!
—¡Hijo de mi alma, adiós!, ella le dijo,
y, bajando la voz: honra tu nombre
no vuelvas si no rey: lucha y sé hombre.»

Dijo: y, a una señal, franqueza dando
las esclavas al lienzo, por la oscura
región del aire, suelto, fué bajando
el príncipe Abdilá: justa pavura
le acongojó cuando se vió colgando
sobre la inmensa tenebrosa hondura;
vaciló su cerebro y, los antojos
del miedo por no ver, cerró los ojos.

Un momento después cuatro forzudos
brazos en las tinieblas de él asieron:
una daga cortó junto a los nudos
el lienzo, a hombros tomáronle, y huyeron.
Los brazos de las moras, a tan rudos
esfuerzos no hechos, libres se sintieron
de repente del peso, y la sultana
se echó con ansiedad a la ventana.

Miró, escuchó, sin voz, sin movimiento,
parando en su atención hasta el latido
del corazón y el curso del aliento:
pero ni gente, ni señal, ni ruido
se percibía: a la merced del viento
el lienzo por abajo desprendido
flotaba, y era todo allá en la hondura,
silencio, soledad, sombra, pavura.

Apartóse en silencio la Sultana
del ajimez: la tela recogida
poco a poco volvió por la ventana:
mas al entrar la punta suspendida
por fuera del balcón, de la africana
el corazón mortal volvió a la vida;
la punta trae de salvación un gaje
infalible: el blasón abencerraje.

Besóle la sultana, y su altanera
tranquilidad cobró; despidió luego
sus esclavas y, sola, dijo, fiera
reverberando en su mirada el fuego
del corazón: «Que venga cuando quiera
Muley.» Y en los cojines con sosiego
tendiéndose, al pesar y al miedo ajena
segura de Abú Abdil, durmió serena.

IV

Y he aquí que la sultana
cual reina soberana,
y acaso en su ventana
detrás de la persiana
oyó sobrecogida
que por la peña hendida
diez hombres que, en huída
corriendo a toda brida
que el real Jeneralife,
en esta noche mora,
velaba en esta hora,
tendida en un diván,
cruzar el arrecife,
conduce hacia la sierra,
veloz y son de guerra,
hacia la sierra van.

El rostro peregrino
Zoraya hacia el camino
de polvo un remolino
sombra el país vecino
¿Quién puede a estos parajes
lanzarse en tan salvajes
tan ásperos pasajes
los diez abencerrajes
llegando a la ventana,
miró: mas ¡vana empresa!,
velaba con espesa
al ojo más sutil.
(se dijo la sultana)
caballos, audazmente
salvando? Solamente
que salvan a Abú Abdil.

NOTAS DE GRANADA

TOMO PRIMERO

FANTASÍA

AL SEÑOR DON BARTOLOMÉ MURIEL

(1) Habiéndome algunos amigos manifestado en París deseos de conocer mi poema de Granada, antes de su publicación, se reunieron una noche en casa del señor Muriel para oírme leer algunos de sus libros o cantos, a pesar de mi propósito de no manifestar su manuscrito. La circunstancia de hallarse presentes a esta lectura don Fernando de la Vera y don Cayo Quiñones de León, cuyos antepasados tomaron en la conquista de Granada no poca parte, y a cuyas hazañas consagro en mis versos no pocos recuerdos, me obligaron a continuar en siguientes noches la lectura de mi obra, a cuyo objeto reunió el señor Muriel una corta sociedad de amigos en su elegante casa. La amistad cordial que al señor Muriel me une y las agradables horas pasadas en sus aposentos, cubiertos de preciosos cuadros y llenos de artísticas curiosidades, me inspiraron esta fantasía: procurándome la ocasión de darle con ella un público testimonio de mi amistad, y de lo caras que son a mi corazón las memorias de la suya.

(2) Retrato del famoso poeta Garcilaso de la Vega: obra del Marone, discípulo del Tiziano, existente en casa del señor Muriel.

(3) Bella copia del famoso cuadro de Allori (1535) existente en Florencia, y representando a Judith, la espada en una mano y la cabeza de Holofernes en la otra.

(4) Lienzo de Cornelio Poelembourg, representando la cena de los Dioses, y en el cual Júpiter, Venus, Minerva, Neptuno y otras divinidades del paganismo aguardan los frutos que va a servirles Ceres. Los demás nombres propios citados en estas octavas hacen alusión a diferentes cuadros, bustos o esculturas que existen en casa del señor Muriel: como el retrato de Diana de Poitiers, por Bernadino Lucini; el del Mariscal de Biron, por Mignard; la estatueta en bronce del duque de Alba, paisajes, bodegones, batallas y marinas de Tierry Van-Bergen, Brawer, Palamedes, Morales, Stein, Salvator Rosa, David Teniers, etc.

LEYENDA DE AL-HAMAR

LIBRO DE LOS SUEÑOS

(1)

Nació digno Al-hamar de la corona.

«El destino que menguó y deshizo el vasto imperio de los Omiades y que entregó la antigua corte y la gran mezquita rival de la Meca a los soldados de Cristo, hizo revivir en Granada días de gloria, de galantería y de placeres, bajo los auspicios de un príncipe comparable en genio con Abderramán I, y en bravura con Almanzor. La fundación de la Alhambra, la felicidad de un pueblo numeroso, la protección de las

ciencias, el resultado de una política conciliadora, la estrecha amistad con el rey Santo y el respeto de audaces enemigos, son los títulos que inmortalizan a Al-hamar. Su valor, su actividad, su filantropía, su delicado gusto por las artes parecerían exageraciones a los hombres del siglo XIX, que se abrogan la palma del mérito y de la sabiduría, si no subsistiesen los monumentos, testigos irrecusables de su gloria, y verídicos anales que la confirman. El carácter y costumbres de Al-hamar pudieran servir de modelo a príncipes: afable en su trato privado, era vigoroso y enérgico desde el momento que montaba a caballo o empuñaba la lanza al frente de sus escuadrones. En campaña atendía más a la seguridad y satisfacción de sus soldados que a su propio regalo y conveniencia: frugal y económico en el arreglo interior de su palacio desplegaba el lujo y magnificencia de un príncipe asiático cuando tenía que presentarse a sus pueblos con la investidura de rey. Su gallarda figura, su animado rostro, su perspicaz mirada, sus modales agradables despertaban tanta simpatía como respeto: su gentileza le granjeó mucha fama entre todos los caballeros moros y cristianos: no se presentaba en la plaza del torneo jinete mejor plantado, ni se veía una lanza más segura, ni un brazo más firme para refrenar el caballo o coger la mejor cinta: sereno en el campo de batalla cargaba al frente de sus soldados y sus armas eran las primeras que se teñían en sangre enemiga. Al volver de sus gloriosas expediciones oraba en las mezquitas antes de pisar los umbrales de su harén. Sus mujeres eran señoras de muy alto linaje, a las cuales prodigaba finísimas atenciones, construyendo para solaz y honesto esparcimiento de ellas jardines y gabinetes preciosos, regalándolas con igualdad aderezos riquísimos, y apaciguando las discordias que suscitaban los celos en el recinto de sus asilos misteriosos.» (LAFUENTE ALCÁNTARA.—*Hist. de Granada*).

Mármol ilustra los nombres y linaje de Al-hamar: «Mahomad Abu-Said, primer rey de Granada de esta casa, fué natural de Arjona y alcaide de ella, el cual era muy rico y muy estimado entre los moros: su origen era de un pueblo que los alárabes llaman Hagez, que quiere decir advenedizos, porque no son naturales alárabes, sino los que se juntaron con ellos y tomaron su secta: y según dice el Giouhori, escritor árabe, en su *toga* en la letra H, el Hamara era un pueblo que ocupó la ciudad de Cufa en el mar Mayor y después pasaron muchos hombres principales de él a las conquistas de Africa y de España, en servicio de los halifas de Damasco, y a su tribu y parentela llamaron Ibni Aben-Al-hamar, que tanto quiere decir como los hijos del linaje de los Bermejos; y ésta es la etimología de su nombre y apellido y no por ser bermejo color como algunos quisieron decir.» (*Descr. de Afr.*, lib. 2, ca. 38). «Asentó Aben Al-hamar su silla y corte en Granada dando principio a aquella casa y reino tan poderoso, cuya corona duró por espacio de doscientos cincuenta y seis años, ofendiendo y defendiéndose contra la más fuerte nación del universo. Fué llamado este rey Mohamad Aboadbille, Aben-Azan, Aben-Al-hamar; y de la significación de su nombre usó por armas en sus escudos reales la banda bermeja con letras árabes, como hoy se ven en el palacio real del Alhambra en el cuarto de los retratos de los reyes moros, y en las doblas de oro que corrieron en el reino de Granada con su divisa.» (ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza*, lib. I, cap. 97)

Al-hamar tomó por armas, en escudo campo de plata, banda azul cuyos extremos salían de boca de dragones, y en ella estas palabras:

ولا غالب لا الله.

Las cuales significan: «No es vencedor sino Dios.» Porque sus pueblos solían saludarle con el título de غالب (vencedor), y él respondía: ولا غالب لا الله «No hay más vencedor que Dios». (CONDE, *Hist. de la dom. de los Arabes en España)*, cuyas palabras son la empresa o divisa de los reyes de Granada y el epígrafe de mi leyenda.

(2) Por bajo de la *cádima alcazaba*.

القصبة قديمة *Al cássabah cádima*: fortaleza vieja. Casa de los señores de Granada antes de la fundación de la القصبة الحمرا alcazaba Alhambra.

(3) Y el friso trabajoso alicatado.

Alicatado: mosaico hecho con azulejos.

Los árabes llamaron a este género de mosaico فسيفسا *fosey fasa*, y su invención se atribuye a los griegos. EDRISI, en su descripción de la mezquita de Córdoba, afirma que el alicatado de las paredes del Mihrab fué traído de Constantinopla, y colocado por trabajadores griegos, a quienes hizo venir a España con este

objeto Abderramán. Es sabido que en Andalucía había muchas fábricas de este mosaico, llamado الفصّ *el mefssas*. (MACCARY, *traducción del* señor don PASCUAL GAYANGOS. *Tom. I, pág.* 33-496-498.)

Este género de mosaico, del cual los árabes andaluces hacían grande exportación para el Oriente, servía principalmente para los suelos, los frisos, los techos y las pilas de las fuentes. Hoy se designa simplemente con la palabra *azulejos*, derivación del árabe الزلّ azulaj.

(4) El barrio del deleite le llamaron.

Aún hoy conserva este nombre.

(5) Reclinadas en frescos alhamíes.

Alhami الحمي Hueco espacioso abierto en el grueso del muro, cuyo suelo se elevaba uno o dos pies sobre el pavimento, y estaba generalmente cubierto de prolijos alicatados. Servía para colocar los lechos.

LIBRO DE LAS PERLAS

(1) Oh Genios invisibles, que erráis en las tinieblas.

Los Genios, según los árabes, son una raza de seres intermedios de los ángeles y de los hombres; hijos según unos de Eblis (Satanás), y según otros del viento y de la niebla. Antes de Adán habitaban la tierra, pero Dios, indignado de los crímenes que cometían, envió contra ellos a los ángeles, que les obligaron a guarecerse en las rocas de las montañas y en las islas desiertas. Jelâl-êd-dyn, autor árabe, dejó una curiosa historia de estos seres, de los silfos, de las hadas y de otras creaciones fantásticas de la superstición oriental.

(2) Caudillo Nazarita.

Después de la derrota de las Navas, la más completa anarquía se enseñoreó del país árabe-andaluz. Mahomad el verde, vencido en esta batalla, murió envenenado por sus ministros, dejando por heredero a su hijo Almostansir, niño de once años, cuya minoría aprovecharon sus tíos para repartirse sus estados. Abul-Melik, su tío, se apoderó del trono de Marruecos; Abdaláh Abú Mahomad, pariente suyo, fué proclamado en Murcia; Sidi Mohamad en Córdoba, Jaén y Baeza; y en Sevilla, en fin, Almamun, príncipe esclarecido por su valor y su ilustración; el cual, para reprimir la excesiva autoridad de su *diván*, escribió un libro contra las prácticas establecidas por el Mehedí, fundador de la secta Almohade, y demostrando los desórdenes y anarquía inherentes a su doctrina. La aristocracia africana, conociendo que sus intenciones eran las de constituirse en autoridad superior a todos los poderes, proclamó que su elección había sido violenta, ensalzó por sucesor legítimo a Jahía Ben-Alnassar y le hizo pasar a España con un ejército para destronar a Almamun. Vencido primero por éste y luego aprovechándose de favorables circunstancias, allegó numerosas huestes en la Alpujarra y Arjona, se dirigió contra Aben Hud, señor de Murcia, y murió de un flechazo combatiendo a Jaén, instituyendo heredero de sus tierras, derechos y pretensiones, a su sobrino Muhamad ben Al-hamar ben Nassar, quien, después de vencer a sus enemigos, fué proclamado primer rey de Granada. Este es el principio y establecimiento de la familia Nassarita en España.

La palabra Nassar o Nazar ha sido el objeto de largas controversias entre los historiadores y los intérpretes de las leyendas árabes granadinas: pero su interpretación no es dudosa teniendo en cuenta el origen y la historia de Al-hamar. La familia real de Granada se llamaba generalmente نصرى Nasrí, familia Nassarita o hijos de Nassar. En las inscripciones que decoran los aposentos de la Alhambra, se aplica este título a los reyes moros, como descendientes de Al-hamar, a quienes llaman sus versos por todas partes ابن نصر Ibn Nasr, hijos de Nassar; مولانا بن نصر nuestro dueño el hijo de Nassar. En varias monedas granadinas se dan también sus reyes el título de بن نصر hijo de Nasr, como nombre patronímico. En París existen algunas, y una entre otras que tengo a la vista cuya inscripción dice así:

عبد الله الغالب بالله على بن سعد بن على بن يوسف بن

محمّد بن يوسف بن اسمعيل بن نصر ايده الله ونصره

«El servidor de Dios, el vencedor por Dios, Aly, hijo de Saad, hijo de Aly, hijo de Jussuf, hijo de Mohamad, hijo de Jussuf, hijo de Ismail, hijo de Nasr: que Dios le sostenga y le proteja.»

Los poetas granadinos gustaban mucho de hacer juegos de vocablos y equívocos poéticos con la palabra نصر que significa *victoria*. De éstos se hallan varios en las inscripciones de la Alhambra.

(3)

El Darro le trae oro,
plata le da el Genil.
Cien minas en tu suelo
poseen.

Los ríos Darro y Genil traen positivamente oro y plata. Los antiguos cronistas de Granada han deducido de aquí el origen de la palabra Darro, corrupción según ellos del *Dat aurum* latino. Ello es cierto que Genil tiene plata en sus arenas, pues cerca de su nacimiento se explotan a la presente minas de este precioso metal. En cuanto al oro de las arenas de Darro es evidente. El autor de la presente obra lleva continuamente una sortija gruesa de oro recogido en las *angosturas*, y ha conocido a una familia que se mantiene desde tiempo inmemorial lavando arenas y recogiendo granos, especialmente después de las riadas. Mi amigo don José Giménez Serrano, que me sirvió de introductor con estas buenas gentes, les ha comprado algunas veces pepitas como granos de trigo. Al Emperador Carlos V le regaló la ciudad de Granada una corona de oro del Darro; el antiguo retablo de San Gil estaba dorado también con metal de igual procedencia. Los reyes moros ocupaban muchos cautivos en lavar las arenas de este río, esencialmente en las angosturas, después de las avenidas.» (Mármol, *Rebelión de los Moriscos.—Echeverría, paseos.—Manual del artista*, por don José Giménez Serrano).

(4) Amir del pueblo moro.

Amir. Príncipe. Jefe de tribu أمير.

LIBRO DE LOS ALCÁZARES

(1) Geb-Elvira y Macael.

Sierras contiguas a Granada. De Macael son la mayor parte de los mármoles empleados en los edificios de Alhambra y Generalife. Tiene un color y una transparencia tan agradables, que se asemeja al nácar.

(2) De las teas a la lumbre.

Alhambra. Significa *la-roja*. Al-Kattib dice que se llamó así por haberse empezado a fabricar de noche a la luz de teas encendidas, con cuyo reflejo parecía roja la tierra. Algunos han deducido la etimología de Alhambra del nombre de su fundador Al-hamar, que la comenzó por la torre que hoy se llama *de la Vela*; otros de la voz Medina-Alhambra, ciudad rubia, como la llamaba el mismo fundador; y muchos, en fin, por estar fundada como las *Torres-Bermejas* en cerros de tierra colorada. Lafuente Alcántara dice esto de acuerdo con los cronistas árabes y cristianos. Tal vez pudo llamarse *Kassabah-Al-hamra* por ser continuación de la antigua Kassabah-Al-hamra (Torres bermejas). Así lo cree al menos el señor don Pascual Gayangos *(Historical notice of the Kings of Granada, etc.)*. Ello es que sobre el origen y sobre el nombre de este palacio encantado, se cuentan mil tradiciones bellísimas, publicadas algunas por Washington Irving y por mi amigo don José Giménez Serrano.

(3) Jeneralife y Granada a vista de pájaro.

Generalife. Significa en lengua árabe *casa de recreación*. Mármol explica la misma palabra diciendo que es la *casa* o *huerta de el Zambrero*, porque en ella celebraban los reyes moros bailes y zambras. Le fundó el príncipe Omar, cuyas costumbres eran tan blandas y voluptuosas, y cuyo carácter tan amable, que labró este retiro para pasar una vida muelle y tranquila dedicada al amor, al encanto de la música, a los placeres campestres, y libre de los ruidos y cuidados de la corte. Yo tengo para mí con el señor Gayangos, que es *Jennah-al-arif* jardín del arquitecto: جنة العريف

La leyenda de Al-hamar es, por decirlo así, la decoración en que se representa el poema de *Granada* y no tiene otro objeto que el de dar a conocer al lector el lugar en que van a pasar las escenas que forman su argumento. He atribuido a Al-hamar la fundación del Generalife, para abarcar de una vez todos los

objetos que completan la descripción de Granada, sin fastidiar al lector con detalles históricos, que le interesarían poco, y que entorpecerían la narración de los hechos. En cuanto a las descripciones de Alhambra y Generalife, nada exagero: los escritores cristianos y árabes y los viajeros de todas las naciones y épocas, convienen en que estos dos edificios son la realización de los palacios encantados de los cuentos orientales. El estado actual del Generalife, se halla bien descrito en los diversos trozos que voy a copiar a continuación, así quedará demostrada la verdad de mis descripciones.

Los lectores que hayan visitado a Granada no necesitan seguir leyendo esta nota; pero me importa, que los que no conozcan esta bella población, no tengan por fantásticas mis descripciones: el exceso de poesía que hay en ella no está en mi pluma, sino en el país de que escribo.

«Ni hay decorador de teatro, por rica que sea su imaginación, que llegue a imaginar tan ricos y variados cuadros. En medio de una montaña de flores se sigue un sendero estrecho, por donde apenas pueden pasar dos caballerías, hasta llegar a un delicioso valle, o más bien, precipicio de ruinas esmaltadas de flores que se halla al pie de la montaña de Generalife; después, subiendo siempre, y pasando por bajo de arcos moriscos, de galerías de árboles entrelazados, se llega a los jardines de aquel fantástico sitio, en que toda la imaginación morisca parece haberse agotado para formar un conjunto celestial.

»Del antiguo palacio apenas queda un precioso pabellón trabajado con el mismo primor y delicadeza que la Alhambra: pero los jardines que le rodean, las fuentes, los estanques, las cascadas, los bosques floridos de naranjos y limoneros, la abundancia y variedad infinita de las flores, todo el conjunto en fin de aquel recinto mágico es realmente prodigioso. La naturaleza domina generalmente en el Generalife, así como el arte en la Alhambra: y si yo he gozado en aquél más que en ésta, es porque esperaba menos; aquí no cabe encarecimiento: la naturaleza es aún más rica que la imaginación.» *(Semanario Pintoresco.)*

«Saliendo al plano del jardín hay a la derecha de la escalera un templete (renovado con pésimo gusto), en el que se conservan dos columnas, en cuyos primorosos capiteles se advierten inscripciones de pintura ya muy borrosas: en el suelo hay una taza de figura de concha marina, con un saltador, y a los costados quedan dos arcos muy graciosos en cuyas enjutas se ven ajaracas, flores y labores arabescas. Esta estancia, afeada con mezquina obra moderna, comunica con la calle de los cipreses.

»A la izquierda corre una galería con diez y siete ventanas arqueadas, en longitud de sesenta pasos. Al asomarse a cualquiera de ellas queda el espectador embelesado, cual si de repente se hallase en la región del paraíso. ¿Qué podremos decir nosotros que no sienta el que contemple el magnífico cuadro que desde esta galería se descubre? A donde quiera que se vuelvan los ojos aparecen motivos de admiración: jardines, bosques de verdura, el alcázar árabe con las caprichosas formas de sus torres envueltas en espesos vergeles; más abajo las apiñadas casas de la ciudad; a lo lejos la vega con su claro horizonte. ¿Quién no participa de un indecible deleite al permanecer silencioso contemplando tanta maravilla?

»Hacia el medio de la galería se halla la puerta de la capilla, construída en el mismo sitio en que estaba el oratorio o mihrab de este retiro. En ella se dice misa alguna que otra vez, y enfrente de la misma entrada se conserva aún parte del templete árabe y la forma de su antigua puerta. El arco afestonado, las ajaracas y labores de sus enjutas, la faja con la inscripción repetida: *Dios es grande*, los demás adornos de estuco representando galerías, y las fajas seguidas con letreros religiosos, dejan adivinar el paraje en que estaba la capilla moruna. Por la parte que mira al jardín se conservan los adornos y la primitiva hechura de la puerta. En frente de ésta hay un hermoso cenador rústico, por bajo del cual corre con grato murmullo una grande acequia que atraviesa todo el patio...» *(Libro del viajero.)*

Sigamos ahora con fragmentos de otro libro.

«En el fondo se ve otra galería con cinco arcos, sostenidos por columnas de mármol, con miniaturas azules. Tiene sesenta pies de larga y diez y ocho de ancha. El jardín tiene 225 pies de longitud y 61 de anchura, y no necesita más encomios que los que se repiten en las inscripciones que después traduciremos; está dividido por un canal de dos varas de profundidad, con fuentes de mármol blanco en forma de conchas en sus extremos y se eleva un rústico templete en su centro, cubierto de rosas de Italia, de arrayanes, jazmines y cipreses.

»En las enjutas figura un gracioso enrejado de hojas y flores, y cada uno de los arcos está embutido en un recuadro que dice: «Sólo Dios es vencedor. La gloria sea de Dios. La esperanza en Dios.» Y por cima de todo corre una inscripción en caracteres africanos: «Alabado sea Dios: el alto, el poderoso, el sabio y después de él nuestro gran profeta el señor de los musulmanes, el justo, el enviado de Dios, y después de él su sucesor el rey enaltecido, el emperador de los moros, el sublime Abul-Hagiag, defensor de la ley santa y de sus creyentes, y después de él los piadosos y buenos que guardan la ley. Y decid: »No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su enviado. Alabado sea Dios. El poder, la sublimación y la gran-

»deza sean dados a Dios y el ensalzamiento al gran emperador nuestro. ¡Oh rey decantado, vencedor de »tus enemigos! Entras en la batalla como el rayo, y cabalgando tan veloz como Alborak, parece que ca»minas ligero para atravesar el mundo de un extremo a otro. Sálvete aquel que caminaba en una noche »espacios inmensos, y sea tu guía el ángel que le guiaba. Sí: después de haber defendido la secta, oja»seas recibido en el paraíso con el profeta santo.»

»El friso de madera está labrado también con prolijidad.

»El ornato interior de la galería es muy semejante al exterior, y termina con otra inscripción que está llena de máximas morales, sacadas en su mayor parte del Korán. El techo es de casetones de primorosa ensambladura, y conserva restos de algunos colores; a la izquierda hay un alhamí o alcoba con una gra»ciosa decoración en su exterior, y adornada con fajas de colores y motes, con columnitas y arcos pendientes, y boveditas en su interior, todo muy encalado: el techo es a manera de estalactita. El alhamí de enfren»es igual, aunque más destruído por servir de entrada.

»Ofrecen paso a la primera habitación, donde es necesario penetrar, tres arcos que descansan sobre columnas de mármoles con capiteles preciosamente labrados. Encima hay cinco ventanas cubiertas de un precioso calado, y sobre el arco de en medio esta inscripción en letras africanas, tan menudas que parecen franja de encaje: «Alcázar hermoso y de gran primor se representa aquí en toda su majestad; todo lo baña »su resplandor con luces de grandeza. Nubes de claridad y bienandanza le rodean por todas partes con mag»nificencia: digno es de que se le ofrezcan dones de alabanza, como que tiene algo de divino su adorno. »Su jardín adornado de flores plantadas con extraña fantasía, exhala suaves aromas. Mueve el aire sus ramos »y forma dulce armonía como la de la música concertada. El campo espacioso por todos los alrededores, »se deja ver ameno y en una verdura continua. Abul-Walid, el mejor de los reyes, temeroso de la ley »de Dios, el que da reposo a los justos; el poseedor de las dos progenies, el que protege a los descendientes »de Mahoma, el que se hace valer y respetar, el que desprecia lo transitorio y pone sus esperanzas en »Dios y en sus reyes, es el objeto de mi estimación. Sálvete Dios y dete buen hado, señor, y confirme en ti »sus altos favores con los que subas al estado más alto. Siempre tengas acrecentamiento, nunca te falten »primores, pues has ennoblecido estas obras. Este aposento a ti dedicado, tiene tanta perfección, altura y fir»meza, que puede compararse en su duración a la secta nuestra; es un milagro, un triunfo del arte. Y por »eso Dios, soberano apoyo de todo lo grande, ten a bien aceptar esta obra: que tu amparo le dará firmeza, »y con él se hará digna de ti y de tu imponderable ventura y brillará en ella la luz, el reposo, el resplan»dor, el respeto, la honra y la bondad de su señor, que será la última perfección de su nobleza.»

Esta habitación tiene de largo 60 pies y 24 de anchura, con dos separaciones formadas por arcos embutidos en recuadros, que tienen fajas de inscripciones piadosas. En la pared divisoria hay dos ventanas cerradas o alhacenadas sobre las cuales corren unos letreros que dicen:

«Ismael es entre todos el mayor, el más grande y el más aventajado. Dios le dió fama y reinos para »mandar y donde alcanzar gloria excelsa. Si a su grandeza sirvieres, serás honrado como lo son los reyes »que él procreó, y cuya descendencia hoy le imita. Él da vida a los sedientos como las constelaciones del »invierno, y con la fuente inagotable de su ciencia fomenta la unión y mantiene la secta. La ventana que »está primera en este palacio dichoso, es para regocijo y uso de la nobleza. Su vista llena de encantos entre»tiene los ojos y lleva el corazón para dar a Dios gracias. La fuente que desde ella se descubre, con su agua »y su frescura, es la ensalzada de todos, y no se puede mejorar, sólo la presencia de su rey y señor la »hace más preciada. Encima de este letrero hay una galería de arquitos y una especie de cornisa formada »por arcos pendientes.»

En lo interior de los grandes arcos hay otra inscripción menuda, sacada en su mayor parte del Korán. Los adornos que restan en la estancia son galerías fingidas, polígonos, motes, círculos, ventanas caladas con estrellas, nexos, hojas y flores, y una faja con esta sentencia en grandes letras: *Alabado sea Dios*. En los costados, sobre columnas embutidas, se levantan dos arcos elegantes que parecen la entrada de una caverna estalácticas, con labores persas en sus enjutas. El techo es de ensambladura, y ha sido pintado posteriormente.

De esta antesala se pasa a una estancia moderna donde hay varios retratos, cuyos letreros están maliciosamente trocados. La mayor parte son ascendientes de los Granadas y Venegas, y entre ellos son los principales el de Cid-Hiaya, el de Muley Hasán, penúltimo rey de Granada y el de su hijo Boabdil, el de don Alonso Venegas, famoso por su valor, y el de otras señoras hijas o esposas de aquellos caballeros. A esta familia, por casamiento de doña María Rengifo de Ávila, pertenece el mayorazgo de Jayena y Campotejar, en el que estaba incluída la Alcaidía de Generalife, desde tiempo de Felipe IV.

Desde esta sala se pasa a un templete central, lo mejor conservado del edificio.

Su adorno comienza con una galería muy pequeña, con cornisita de arcos pendientes y con hojas y flores en los claros: después siguen tableros con estrellas y polígonos diestramente combinados sobre ellos una inscripción piadosa; encima una galería de arcos redondos, con columnillas esbeltas y pareadas, labrada de *comarajia* en las enjutas y en los claros con el mote: *No es vencedor sino Dios*, entrelazado. En cada uno de los costados hay, en seguida, cuatro ventanas fingidas con inscripciones por cima, sacadas del Korán y el friso de madera sobre que descansa el techo, también tallado y con letras de oro borradas en campo rojo.

El techo es en forma de cúpula con embutidos. A los lados hay dos arcos muy adornados, que tienen puerta en el fondo: el de la izquierda nos ha servido para entrar: el de la derecha da a otra sala, donde están los retratos de los Reyes Católicos, de su hija doña Juana, de don Felipe, apellidado el Hermoso, de Felipe II, muy joven, de la hermosa emperatriz Isabel, de Felipe III, de Felipe IV y el de un caballero y una dama desconocidos, con sus *marinas*, que algunos atribuyen con escasísimo fundamento a Juan de Toledo.

Después de subir una escalera se encuentra *el patio de los cipreses*, rodeado de jardines con setos de arrayanes grandes, adelfas y acacias, y en cuyos estanques derraman innumerables fuentes sus contrapuestos raudales; en el centro hay una isleta con un saltador de prodigiosa altura, rodeado de otros que forman lazos y coronas. Las paredes están pintadas al fresco, pero no merecen ser examinadas.

A la izquierda hay tres colosales cipreses, de los cuales el mayor es conocido con el nombre *del ciprés de la sultana*. Se cuenta vulgarmente, apoyándose en algunos romances y antiguas leyendas, que allí fué sorprendida la esposa de Boabdil en los brazos de Abenamet, caudillo abencerraje. La extraordinaria elevación de este árbol y las poéticas circunstancias del suceso de que se cree fué testigo, realzadas por muchas plumas hábiles, en nuestros días, han hecho tan célebre este árbol monumental, que los viajeros han ensanchado considerablemente la cavidad de su tronco, arrancando astillas que conservan como una preciosa memoria.

Subiendo una escalinata, y dejando a la derecha un jardín primoroso por la variedad de sus flores y las riquezas de sus frutales, se da en una bóveda de espesa enramada, entretejida con laurel, que no deja penetrar los ardientes rayos del sol del estío, convirtiendo aquel cenador en un delicioso recinto. Una escalera se encuentra después con flores a todos lados, sombreada de laureles, cipreses o frondosos álamos, con tres saltadores en las paradas de sus tramos, y cascadas a los costados. Este palacio de recreo, con ligeras alteraciones y mayor esmero, sería uno de los más deliciosos de España.

Sus adornos son menos grandiosos que los ya descritos en el Alhambra; pero tienen, si cabe, más primor y están más en armonía con el objeto a que lo dedicó el voluptuoso Omar. (*Man. del art.*, por don José Giménez Serrano.)

(1)

Junto a ti los Alijares
ataviados a lo moro, etc.

Según todos los cronistas, el palacio más hermoso y adornado de los Reyes moros de Granada estaba por cima del barranco de San Cecilio, y no en el cerro de Santa Elena, como han dicho otros. De este palacio, torreado como una alcazaba, hace mención aquel sentido romance antiguo, que se lee en las *Guerras civiles* de Pérez de Ita:

«Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida:
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira...
—No te la diré, señor,
aunque me cueste la vida...
—Yo te agradezco, Abenámar,
aquesa tu cortesía;
¿qué castillos son aquéllos,
altos son y relucían?
—El Alhambra era, señor,
y la otra la Mezquita,
los otros los *Alijares*,
labrados a maravilla.
El moro que los labraba

cien doblas ganaba al día
y el día que no los labra
otras tantas se perdía...»

En una canción que corre en boca de la gente antigua, y que ha recogido Mr. de Chateaubriand en el *Ultimo Abencerraje*; se habla también de los Alijares. He aquí una estrofa del original castellano que debo a mi amigo don José Giménez Serrano:

En los castillos dorados
de los ricos Alijares
crecerán las yerbecillas,
y se anidarán las aves
en las pintadas labores
de sus paredes de encaje.

(5) Más allá, sobre pilares
de alabastro, Darlaroca, etc.

«Encima de Generalife había otra habitación deleitosa llamada Darlaroca, o palacio de la Novia; próximo a las tapias de la huerta, y con mucha inmediación a la moderna torre, hay un estanque casi cuadrado, defendido por el monte y sostenido por un murallón. Puede verse con mucha facilidad saliendo por la puerta que tiene al campo dicha obra moderna, y caminando un poco hacia levante por la orilla misma de la tapia. Llámase vulgarmente *el albercón de las damas*. Junto al *albercón*, y avanzando un poco sobre la huerta, hay un edificio que se llama entre las gentes *el peinador de las damas*, cuya tradición indica que era una estancia contigua a los baños, para comodidad de las personas que moraban en tan delicioso lugar.» *(Libro del viajero*, por don Miguel Lafuente Alcántara.)

De estos baños y del albercón del *Necro*, que está más arriba, se cuentan tradiciones moriscas muy poéticas, enlazadas con la historia de Generalife.

(6) Reflejando en sí la ermita
de los siervos de la cruz.

«Sobre una altura, a la izquierda del Genil, hay una ermita que tiene planta de Basílica, célebre en otros tiempos por sus cuadros y sus piadosas tradiciones: llámase *del santo sepulcro* y debe visitarla el viajero por las pintorescas vistas que desde ella se descubren.» *(Manual del artista*, por don José Giménez Serrano.)

(7) A tu diestra el real castillo
sobre el cual voltea inquieta
la simbólica veleta
del bizarro Aben-Abuz.

Ben-Abuz Amudafar, tercer señor de Granada, para demostrar su vigilancia hizo la Alcazaba antigua (cádima) en lo más alto de la ciudad (y que hoy se llama *casa de la Lona)*: fabricó en ella una torre y colocó en ella una estatua de bronce representando a un caballero árabe armado de lanza y adarga, que giraba como veleta a todos vientos, y tenía al través un letrero que decía:

Dice el sabio Aben-Habuz
que así se ha de guardar el andaluz.
(Id. Hist. de Granada.)

(8) A tus pies Torres-Bermejas.

Este es el Cassabab-al Hamra de que hemos hablado ya; está separado de la Alhambra por una cañada, que es ahora el camino que comienza en la puerta de las Granadas, antes de Bib-Leuxar.

(9) ...Los valles frescos
donde habita la salud.

«Desde la fuente del Avellano, se ofrece a la vista un valle risueño, una serie no interrumpida de jardines y casas de recreo, de espesos bosques de avellanos, de cabañas pobres, pero de aspecto agradable

La Colegiata del Sacro-Monte descuella al frente cual gótica abadía. Hasta las pendientes de los cerros son fertilizadas por las filtraciones de las acequias, que sus cumbres llevan y apenas se divisa el suelo, sino álamos corpulentos, frutales, fresca yerba y flores permanentes. Tanta frondosidad despierta sensaciones poéticas, creyéndose la imaginación transportada a un rincón de aquel vergel amenísimo, que el Génesis nos pinta como obra maravillosa de Dios, para servir de recreación y asilo al padre de los mortales. Como si la Providencia hubiese querido prodigar en estos parajes todos los gérmenes de vida, nacen en ellos fuentes y arroyos de agua cristalina, muy celebrada por su virtud de disipar algunas dolencias inveteradas; tales son la Agrilla y la de la Salud. Los moradores de estos sitios ofrecen ejemplos de larga edad: el aire, purificado con una vegetación lozana y embalsamado por sus efluvios aromáticos, comunica a la sangre elementos de vida, y aleja la muerte del lecho de los moribundos. Los moros africanos venían a este remedio del paraíso, y en él desechaban las dolencias contraídas en sus ardientes costas; y el gran Cardenal Cisneros, consumido por trabajos asiduos, prolongó su vida recreado en las delicias de los cármenes, y aspirando sus aires purísimos. En las huertas, que formando escala se divisan enfrente de la subida que conduce a la fuente del Avellano, había jardines y palacios de los reyes y magnates moros: aún quedan vestigios de uno de éstos en la casa ruinosa que subsiste a la derecha del camino del Sacro-Monte, al final de la cuesta del *chapiz*, en la puerta llamada del Lavadero.» *(Lib. del viaj.*, de don MIGUEL LAFUENTE ALCÁNTARA.)

«Famosas han sido y serán las angosturas del Darro, pobladas de frutales, de avellanos y de flores, ornadas con festones de parras, bordadas de cármenes que sirven de recreo y solaz a los granadinos. Aquí venían a curarse los árabes del fastidio de su vida enervada, aquí cobraron su salud perdida el Cardenal Jiménez de Cisneros y el Gran Capitán; aquí escribió las floridas páginas del *Ultimo Abencerraje*, Chateaubriand.» *(Manual del Artista*, por don JOSÉ GIMÉNEZ SERRANO.)

(10) Su opulento Zacatín.

«Zacatín, en árabe *casa de comerciantes*. Es una calle que conserva su moruna forma irregular, a pesar de las reformas hechas en ella por Fernando de Zafra, secretario de los Reyes Católicos, y no obstante algunas novedades posteriores. Por la derecha desembocan en el Zacatín varias calles tortuosas y estrechas y por la izquierda pasa el río Darro lamiendo los cimientos de las casas hasta el puente de San Francisco. Una de estas calles conserva aún el nombre de calle de Aben-Amar, porque en ella vivió un célebre y rico candilo de este nombre, cuya casa está hoy renovada en la placeta del colegio eclesiástico.» *(Libro del viajero.)*

(11) Albunest y el Albaycín.

Albunest, *delicia*.—Albaycín, *nido de halcones*—, según Casiri. Todos los cronistas de Granada, Conde y Garangos, dicen que Albaycín viene de *Rabadhu-l-baycín*, barrio del pueblo de Baeza, por haberse poblado este arrabal con los fugitivos que se acomodaron en Granada, después de su conquista; pero ello es que mucho antes estaba poblada esta collación.

(12) Da opulento a sus mujeres
mesa opípara en su harén.

Harén (sitio prohibido), habitación de las mujeres, entre los árabes. Su entrada está permitida solamente al marido, que va allí a pasar las horas de después de comer, para recrearse en medio de sus hijos y sus mujeres. Los árabes sienten mucho que les llamen para negocios cuando entran en el harén, y Mahoma reprende la grosería de algunos que le llamaron en voz alta en ocasión semejante, en el cap. 49 del Korán, cuyas palabras son: «El interior de tu casa es un santuario: los que le violan llamándote cuando estás en él, faltan al respeto que deben al intérprete del cielo. Deben esperar a que salgas de allí: la decencia lo exige.»

(13) Las almées y los juglares.

Almées, de علما plural de عالم. —Muchachas sabias.—Bailarinas y cantoras con cuyas danzas y música se divierten las mujeres en Oriente en sus festines. Visítanse éstas frecuentemente (con especialidad en Egipto), y se dan saraos, de los que están excluídos los hombres. Admiten sólo en ellos las esclavas necesarias para el servicio, y se dan a los placeres del baile y de la música, en vez de los de la mesa. Las *Almées* cantan himnos en alabanza de los convidados, y concluyen por canciones amatorias, ejecutando al fin bailes voluptuosos, que pasan muchas veces los límites de la decencia.

LIBRO DE LOS ESPÍRITUS

(1) Sobre el Borak a hacer.

El Borak.—Cabalgadura fantástica sobre la cual visitó Mahoma el paraíso. *(Ver la vida de Mahoma, al fin de las notas).*

(2) Espíritus inmensos.

(Ver la vida de Mahoma. Descripción del viaje nocturno.)

(3) Es el puente de la vida.

El puente Sirath. *(V. la vida de Mah. al fin.)*

(4) Israfel.

Israfel, o Israfil. Ángel que el día del juicio final tocará la trompeta a cuyo sonido resucitarán los muertos, colocándose sobre una montaña cerca de Jerusalén. Esta trompeta será tan larga como desde Jerusalén al monte Sinaí. Al eco de esta trompeta, las almas de los hombres saldrán de la tierra como un enjambre, y marcharán por su superficie en busca de sus cuerpos. Los resucitados acudirán al sitio que este ángel les designare por punto de reunión *(Jahia)*.

LIBRO DE LAS NIEVES

(1) No hay más que un solo Dios.

Primeras palabras de la profesión de fe de los mahometanos. Estas palabras árabes, لا اله الا الله ومحمد رسول الله, que significan *no hay el Dios único sino Dios, y Mahoma es su Profeta*, forman la profesión de fe de los árabes, que la repiten siempre que entran en la Mezquita, o que van a emprender alguna cosa a la cual dan alguna importancia. El Korán la recomienda en el capítulo XIV, y los expositores árabes la interpretan de varios modos. Jelá-lê-dyn, comentariando la Sura del Korán que dice que Dios *afirmará la fe de los creyentes en esta vida por medio de la palabra inalterable*, explica así este pasaje: «Dios afirmará la fe de los creyentes en esta vida, haciéndoles pronunciar estas palabras: لا اله etc.; y la afirmará en la otra, haciéndoles responder acordemente a las preguntas de los dos ángeles que interrogarán a las almas en los sepulcros, antes de que se desprendan de sus cuerpos. *(Ver la vida de Mahoma al fin.)*

(2) Dios sólo es triunfador.

Empresa de Al-hamar. *(Ver la nota primera del libro de los Sueños.)*

(3) Los ajimeces bellos.

Ajimez. Ventana de dos arcos dividida por medio por una ligera columna. Estas ventanas árabes son graciosísimas. No existiendo esta clase de ventanas más que en los edificios de arquitectura árabe, la palabra *ajimez* no tiene correspondencia con ninguna de nuestra lengua que exprese su verdadera significación; y he aquí la razón de hallarla continuamente usada en el discurso de esta obra.

(4) Dejó la comaragia.

Comaragia. Labor riquísima que se halla solamente en los aposentos de los reyes moros; la más vistosa y complicada de las labores de la arquitectura árabe. El salón de embajadores o de Comares en la Alhambra, está cubierto con esta labor.

(5) Que al Hierosolimita de Salomón imita.

Dícese que la fuente del patio de los Leones se hizo con intento de imitar el famoso mar de bronce del templo de Salomón en Jerusalén.

Bib-el-Leujar les dió.

(6)

Bib-el-Leujar. Hoy puerta de las Granadas: es la puerta que da paso a la fortaleza de la Alhambra, en el remate de la cuesta de los gomeles. Sobre la etimología de esta palabra existen muchas controversias. Actualmente, la entrada a los bosques de la Alhambra por esta puerta es verdaderamente encantadora. Su descripción se halla en el lugar conveniente, en el cuerpo del poema.

La flor de los alimes.

(7)

Alimes. Sabios. De عالم, plural: علما y علاءة.

GRANADA

LIBRO PRIMERO

Un hijo tiene Abú Abdilá llamado.

(1)

Boabdil, Buadilin, Buabdil, Bu-abdila. Todos estos nombres dan los escritores cristianos al último rey de Granada, los cuales son corrupción de محمد ابو عبد الله الصغير Mahomed Abu Abd-Allah es-saguir (el chiquito), que era su verdadero nombre. Yo hago uso de todos indistintamente, según me conviene para la armonía o la metrificación.

Mirar la vega al trasponer el día.

(2)

Vega: significa, en árabe, llano extendido entre montañas; palabra que se conserva en español: بكة bekah. Asimismo la palabra *cármen*, que significa *viña*: كرم karm, la cual plantaban los moros en sus jardines.

LIBRO SEGUNDO

Mirador de la hermosa Lindaraja.

(1)

Este camarín y la sala de *las dos hermanas*, cuyo fondo ocupa, son los más bellos aposentos de la Alhambra. En el tomo de ilustraciones que añadiré a mi poema, y en el cual traduciré las inscripciones de esta suntuosa habitación, se verá que mis descripciones nada exageran, y que me he quedado muy corto en hipérboles respecto de los poetas árabes que las escribieron. Uno de los versos de estas inscripciones dice que la constelación Géminis la saluda con la mano (a esta habitación), y la luna se la acerca para hablarla al oído en voz baja.

Con azul costosísimo miniadas.

(2)

El lujo de las damas moras en los últimos tiempos de la monarquía árabe era excesivo y su refinamiento rayaba en locura, según cuenta Alkatib en su Historia granadina. Entre otros afeites de que usaban para realzar su hermosura, era uno el de miniarse las uñas con algún color costoso, para cuya operación tenían esclavas muy hábiles en esta clase de pintura.

En la alma de Muley—Es la Zoraya.

(3)

Llamo *lucero de la aurora, albor del día, y luz de la mañana* a Zoraya, siguiendo la interpretación de todos los autores en su mayor latitud. Zoraya, en árabe, es ثريا *pléyade:* vulgarmente la constelación de las *siete cabrillas.*

(4) Del muzein anunció la última hora.

Muezín o Muezen مؤذن el que anuncia las horas llamando a los fieles a la oración desde los alminares de las mezquitas.

LIBRO TERCERO

(1) Desdichada fué en raza.

La leyenda de Gonzalo Arias de Saavedra es histórica y mi narración en nada aumenta su poesía.—«Zahara, villa que conquistó el Infante de Antequera, estaba al cuidado de Gonzalo Arias de Saavedra, hijo de Fernán Arias. Había éste seguido la parcialidad de don Enrique contra la reina Isabel y la del duque de Medina Sidonia contra el marqués de Cádiz; empobrecido en tales contiendas y perseguido de muerte, tuvo que refugiarse a tierra de moros conservando a Tarifa. Intercedieron algunos señores y alcanzaron su indulto, por cuyo favor entregó la plaza y se retiró a vivir tranquilo en el Aljarafe de Sevilla, en un torreón solitario. Quebrantado el edificio con algunos terremotos, no pudo Fernán Arias restaurarle por su miseria, cuyo accidente ocasionó un total hundimiento y la muerte del mismo caballero y de su familia entre los escombros. Había Gonzalo conservado por merced de la reina a Zahara y vivía en ella afligido con la desventura de su familia y sin recursos para abastecer el castillo de víveres, ni sostener el necesario presidio.» (BERNÁLDEZ, LAFUENTE ALCÁNTARA.)

MAHOMA

Mahoma nació en la Meca el año 578 de Jesucristo, el 53 antes de la egira, el 6163 del pecado de Adán (según Abú-'l Feda). Fué hijo de Abdalláh, y nieto de Abdel-Motaleb, y descendiente por padre y madre de la tribu nobilísima de los coreishitas. Entre los árabes se conserva su genealogía desde Adán por Abrahán e Ismael.

El nacimiento del Profeta fué acompañado de raros prodigios. En el momento de nacer, una radiante claridad iluminó las ciudades y pueblos de los alrededores de la Meca. El fuego sagrado de Zoroastres que ardía hacía mil años se extinguió. El palacio de Cosroes, rey de Persia, se estremeció y cuatro de sus torres se desplomaron. Secáronse varias lagunas y brotaron en el desierto manantiales de frescas aguas. El recién nacido, poniéndose de rodillas y elevando las manos y la vista al firmamento, exclamó con voz varonil: *Dios es grande. No hay más Dios que Dios, y yo soy su Profeta.* El sonido de su voz precipitó en los infiernos a los espíritus de las tinieblas y a los genios enemigos del género humano, que estaban guarecidos en los planetas y en los signos del zodíaco; y cuando su madre le tomó en sus brazos para darle el pecho, reconoció con asombro que había nacido circuncidado. Por cuyas maravillas se le dió el nombre de Mahomet o Mahomad, que significa lleno de gloria.

Su madre Amaena le confió a una nodriza campesina, llamada Halima, quien le pidió para criarle después de haberlo rehusado otras nodrizas por razón de su pobreza; pues su padre Abdalláh, que murió a los dos meses de su nacimiento, no le dejó más que a Baracca, esclava etíope, y cinco camellos, único caudal que poseía. Halima llevó consigo a Mahoma al desierto de los Saaditas, su país, huyendo de la insalubridad del aire de la Meca, donde pasó los tres primeros años de su vida en compañía de otro hijo de Halima llamado Masruht. En esta época fué cuando, vagando por el campo los dos niños, les salieron al encuentro dos personajes vestidos de blanco, quienes asiendo de Mahoma le tendieron en tierra y le abrieron el pecho; y uno de ellos, que era el Ángel Gabriel, le sacó el corazón, le lavó y purificó, le inspiró la virtud, la fe y la sabiduría, y volviéndosele a colocar sin dolor dentro del pecho, desapareció con su compañero. Este prodigio, contado por Masruht, espantó de tal manera a la nodriza, que devolvió el niño a su madre.

Murió ésta a poco, y Abdel-Motaleb recogió a su nieto en su casa, criándole como a sus propios hijos; pero muerto éste a los cinco años, Abú-taleb, su tío, se encargó de él y le llevó a Siria para que se instruyera en el comercio. En uno de los viajes que con él hizo, habiéndose hospedado en el Monasterio de Bosra, un santón llamado Bahira le predijo un brillante porvenir. Vuelto a la Meca, su conducta ejemplar, su talento y su varonil belleza le granjearon la voluntad de todos los amigos de su tío, hasta que sus invectivas contra la idolatría les hicieron recelar de su corazón ambicioso. En sus primeras controversias con los sabios prevalecieron siempre sus opiniones; y en las primeras campañas que hizo, teniendo aún solos quince años, la victoria siguió constantemente su partido.

Los coreishitas, que guardaban la Caaba o casa de Dios, edificada, según se dice, por Abrahán, quisieron construirla de nuevo con más magnificencia. Hízose la argamasa con agua del pozo de Zemzem, que es la fuente que mostró el Ángel a la madre de Ismael fugitiva; mas cuando llegó el caso de colocar la famosa *piedra negra*, todas las tribus se disputaron el honor de colocarla. Conocido es el origen maravilloso de esta piedra sagrada. Cuando reconciliados Ismael y Abrahán construían la Caaba, faltándoles los andamios para levantar las paredes, el Ángel Gabriel los trajo una larga piedra que se sostenía en el aire milagrosamente sin apoyo alguno, elevándose o bajándose según la necesidad de los arquitectos. Esta piedra era entonces un jacinto blanco; pero habiéndola tocado más adelante una mujer en estado impuro, se volvió negra. Después de largas disputas sobre sus derechos al honor de colocar la santa piedra, las tribus árabes se convinieron en cederlos al primero que entrara en el templo. Mahoma, que acertó acaso a pasar por allí, hizo poner la *piedra negra* sobre una alfombra extendida, de cuyo borde asió un hombre de cada tribu, y cuando la levantaron entre todos, él mismo la colocó en su lugar.

Imposible era que este joven no llamara sobre sí la atención universal. Una viuda noble y rica, que comerciaba con gran fortuna, le encargó de la dirección de sus negocios: entró Mahoma en casa de Cádiga, no como algunos dicen para conducir sus camellos, sino en calidad de asociado. Los intereses de Cádiga le obligaron a emprender un viaje a la Siria, y mientras atravesaba los abrasados desiertos de la Arabia, un Ángel le hacía sombra con sus alas. Cuéntase que cerca de Bosra, habiéndose sentado al pie de un árbol seco, reverdeció de repente llenándose de hojas y flores; y que este milagro convirtió a dos monjes cristianos que reconocieron en Mahoma el Profeta de Dios. Volvió Mahoma felizmente de su viaje cargado de riquezas: Cádiga le ofreció su mano, y él la aceptó; tenía entonces Mahoma veinticinco años, y Cádiga cuarenta. Ésta fué la primera que tuvo fe en la misión de su marido y él la amó constantemente, negándose mientras ella vivió a tomar otras mujeres, como la ley de su país se lo permitía. Pasó en la soledad los quince años primeros de su matrimonio meditando la religión que debía someterle el Oriente. Estaban por entonces sumidos los árabes

en la más ciega idolatría, y el templo de la Meca, consagrado en su origen a un solo Dios, encerraba más de trescientos ídolos. Mahoma, resuelto a destruir tan absurdas creencias, determinó componer el Corán para presentarse a su nación protegido por un libro divino; y conociendo bien al pueblo para quien escribía, lo hizo en un estilo gracioso, lleno de brillantes imágenes y de seductoras promesas que halagasen sus inclinaciones, publicándole diestra y políticamente en el espacio de veintitrés años, por capítulos, y según las circunstancias. Mahoma declaró que no sabía leer ni escribir; afectó el tono y maneras imponentes de los Profetas, y anunció que el Ángel Gabriel dictaba sus palabras (1).

A los cuarenta años de su edad juzgó llegado el momento oportuno para predicar su religión. Retiróse como lo hacía todos los años a una gruta del monte Hara; y allí en medio de la noche el Ángel Gabriel descendió del cielo y le dijo: *lee.—No sé*, respondió Mahoma.—*Lee en el nombre del Dios Criador, lee*, replicó el Ángel, presentándole los primeros versículos del capítulo 96 del Korán, que Mahoma repitió de memoria; y subiendo a lo alto de la montaña, oyó una voz celestial que le dijo estas palabras: *Mahoma, tú eres el Profeta de Dios, y yo soy su Angel Gabriel.* He aquí el maravilloso origen del *Islamismo*, título que dió Mahoma a su doctrina, y que significa *consagrar a Dios.*

Aly, hijo de Abú-taleb, Zaid, Abú-becre, Otmán, Aberhomán, Saad, Zobair, Telha, Abú-Obeida, Said, Abdalláh, Amer, ciudadanos notables de la Meca, se unieron bien pronto al Profeta; reunió todos sus parientes, les anunció una nueva revelación de Gabriel, y les dijo: «Os ofrezco la dicha en este mundo y la felicidad en el cielo. ¿Quién de vosotros será mi visir? (2) ¿Quién de vosotros será mi califa? (3). Viendo que todos callaban, Aly indignado levantóse y dijo: «Yo, Profeta; yo partiré contigo tus trabajos, y exterminaré a tus enemigos.» Abrazó Mahoma al ardiente Aly, y dijo: «Ved aquí a mi hermano, a mi vicario y a mi califa; escuchadle y obedecedle.»

Esta primera prueba de Mahoma no obtuvo gran éxito: el pueblo se indignó contra el que destruía sus dioses; toda su familia le abandonó, y sólo sus discípulos le quedaron fieles. Los coreishitas, que eran en la Meca lo que los levitas en Jerusalén, se reunieron para aniquilar al que derribaba sus altares. Declararon al viejo Abú-taleb, que si no hacía callar a su sobrino tomarían las armas para exterminar la secta naciente. Aterrado Abú-taleb se abocó con Mahoma, pero el Profeta le dijo: «Aun cuando armaran contra mí al sol y a la luna, y viera yo a estos dos astros venir contra

(1) Una paloma, enseñada por él, venía a comer en sus hombros el trigo que colocaba dentro de su oído, con lo cual persuadió al pueblo que el Angel Gabriel le hablaba al oído bajo la forma de este ave.

(2) Consejero. Aly fué el primero que obtuvo este título.

(3) Sucesor. Aly no obtuvo éste sino después de Abú-becre, Otman, y Omar, a quienes los persas miran como usurpadores. Esta diversidad de opiniones sobre el Califato produjo luego sangrientas guerras entre los otomanos, sectarios de Abú-becre, y los Persas, sectarios de Aly.

uno por la derecha y otro por la izquierda, no retrocedería.» Admiróse Abú-taleb de tan firme resolución, y prometió a su sobrino no abandonarle jamás.

La tribu entretanto reunida decretó el destierro de Mahoma y de todos los que habían abrazado el islamismo. El Profeta se retiró al monte Safa; Abú-gehel fué a buscarle allí y le llenó de injurias, a las que Mahoma no contestó. Pero Hamza, su tío, decidido a vengarle, mató al insolente en medio de la asamblea de los coreishitas, y se hizo musulmán: fué esta conversión un triunfo para el Profeta; y viendo sus enemigos que la persecución no intimidaba a los sectarios del islamismo, decidieron echar mano de un hombre bastante determinado para quitar la vida a su jefe. El feroz Omar se ofreció a ello, y salió armado a buscar al Profeta en su retiro. Detúvose en el camino en casa de una hermana suya, a la cual encontró leyendo un capítulo del Korán. Esta lectura cambió de tal manera la disposición de su ánimo, que haciendo lugar en él al entusiasmo el furor y la violencia, corrió al monte Safa, donde halló a Mahoma rodeado de cuarenta fieles. «Yo vengo a ti, le dijo Omar, para creer en Dios y en su apóstol»; y abrazando en aquel punto el islamismo, abandonó la idolatría, y fué el más celoso defensor del Profeta, pero conservó siempre su natural ferocidad. Era ésta tal, que le apellidaron El-faruk (el divididor), porque partió en dos de una cuchillada a un musulmán que se atrevió a reclamar contra una sentencia de Mahoma. La deserción de Omar puso el colmo al miedo de los enemigos del Profeta; su persecución se hizo general; toda la familia y los partidarios de Mahoma fueron proscriptos.

El decreto de proscripción escrito en un pergamino se depositó en la Caaba; al cabo de tres años Mahoma, que no se había apartado de Abú-taleb, le anunció que el cielo había dado a un gusano victoria sobre el decreto de los coreishitas. Abú-taleb dijo a los principales del pueblo que un gusano había roído toda la acta de destierro, a excepción del nombre de Dios. Los coreishitas acudieron al templo, abrieron la caja en que estaba el decreto, y hallaron con espanto que no quedaba de él más que un poco de polvo, y el sitio en que estaban escritas estas palabras: «En tu nombre, oh gran Dios». Abolióse desde este momento la ley de proscripción, y Mahoma y los suyos volvieron a presentarse en público.

En esta época hizo Mahoma un gran milagro. Los coreishitas, para confundir al Profeta, le mandaron comparecer ante un sabio anciano encargado de examinar su misión. Este viejo, príncipe de su tribu, llamado Habib, había sido judío, cristiano y mago, y conocía todas las religiones. Colocóse en un trono alzado en el campo y rodeado de todos los príncipes árabes. Presentóse Mahoma sereno delante de su juez, quien para prueba de ser enviado de Dios, le propuso que cubriese el cielo de tinieblas, y que hiciese bajar a la luna sobre la Caaba. Se hallaba el sol a tal punto en mitad de su carrera. Mahoma llamó a las tinieblas, y la noche se extendió por el firmamento; apareció en él la luna que, abandonando su marcado curso, se cernió en

los aires, se paró sobre el techo del templo de la Caaba, dió siete vueltas a su alrededor y se situó después sobre un monte vecino, desde el cual pronunció un discurso en alabanza del Profeta. Metióse en seguida por la manga derecha de su vestidura, salió por la izquierda, y se dividió en dos pedazos, que fueron uno por Oriente y otro por Occidente a reunirse en el cielo. Abú-'l Feda, el mejor historiador del Profeta, no hace mención de semejante milagro. Mahoma mismo no se atribuyó jamás el poder de obrarlos, y dice en diferentes capítulos del Korán, que él sólo está encargado de la predicación. Poco tiempo después de abolida la ley de proscripción, perdió Mahoma a su tío Abú-taleb, cuyo afecto había siempre conservado, aunque no pudo nunca reducirle a abrazar el islamismo. Cádiga, su mujer, murió por el mismo tiempo. Los coreishitas hicieron morir a ambos, y Mahoma puso el colmo a su furor con la relación de su prodigioso viaje nocturno, del que damos en seguida un resumen.

VIAJE NOCTURNO DE MAHOMA

Dormía yo (dice el Profeta) en el valle extendido entre las colinas Safa y Merva, cuando el Ángel Gabriel me despertó. Traía con él a El-borak (resplandeciente), yegua de un gris plateado, cuya marcha es tan rápida que avanza en cada paso lo que la mejor vista no puede alcanzar. Sus ojos brillaban como estrellas. Desplegó sus dos inmensas alas de águila; acerquéme a ella y empezó a cocear. «*Estáte quieta*, la dijo Gabriel, *y obedece a Mahoma*». La yegua respondió: «El Profeta Mahoma no cabalgará sobre mí, si no me promete que entraré en el Paraíso el día de la resurrección.» Yo se lo prometí. Dejóse entonces montar, y en un instante nos hallamos a las puertas de Jerusalén.

Al entrar en el templo hallé a Abrahán, a Moisés y a Jesús. Oré con ellos, y acabada la oración cayó del cielo de repente una escala de luz, por la cual atravesamos la inmensa extensión del aire con la rapidez del relámpago.

Llegados al primer cielo llamó el Ángel a la puerta.

—¿Quién va?—preguntaron.

—Gabriel, respondió el Ángel.

—¿Quién es tu compañero?

—Mahoma.

—¿Ha aceptado su misión?

—Sí.

—Sea, pues, bien venido.

A cuyas palabras la puerta, más grande que la tierra, giró sobre sus goznes y entramos.

Este primer cielo es de plata pura; y en su hermosa bóveda están colgadas las estrellas en gruesas cadenas de oro. En cada una de estas estrellas está de guardia un Ángel, para impedir a los demonios que escalen el firmamento.

Un anciano decrépito vino a abrazarme llamándome el mayor de sus hijos; era Adán. No tuve tiempo para hablarle; distrájose mi atención con una multitud de ángeles de todas formas y de todos colores; los unos tenían forma de caballos, los otros de lobos, etc. En medio de estos ángeles vi un gallo de una blancura más brillante que la nieve, y de tan sorprendente magnitud, que su cresta toca con el segundo cielo, distante del primero las jornadas de quinientos años. Todo esto me hubiera maravillado mucho, si Gabriel no me hubiese dicho que estos ángeles están allí, bajo la forma de animales, para rogar a Dios por todas las criaturas de la misma especie, que viven sobre la tierra; y que este gran gallo es el Ángel de los gallos, cuya principal obligación es la de alegrar a Dios todas las mañanas con su canto y con sus himnos.

Dejamos atrás el gallo y los ángeles animales para entrar en el segundo cielo, que es de acero limpio y pulimentado. Allí encontré a Noé, que me recibió con los brazos abiertos; Juan y Jesús se me acercaron en seguida, y me llamaron el mayor y el más excelente de los hombres.

Subimos al tercer cielo, que está más lejos del segundo que éste del primero. Para soportar la brillantez deslumbradora de este cielo, hecho de piedras preciosas, es preciso ser a lo menos Profeta. Entre los seres inmortales que le habitan, vi un Ángel cuya altura está fuera de toda comparación, el cual tiene a sus órdenes cien mil ángeles, cada uno de los cuales es solo más fuerte que cien mil batallones de hombres armados para el combate. Este Ángel colosal se titula el confidente de Dios: su talla es tan prodigiosa, que tiene setenta mil jornadas de un ojo a otro. Tiene este ángel delante de sí un inmenso escritorio, sobre el cual, y en un gran libro, no cesa nunca de escribir y de borrar. Gabriel me dijo que, siendo al mismo tiempo secretario de Dios y Ángel de la muerte, está continuamente ocupado en escribir los nombres de todos los que nacen, en calcular los días que deben vivir, y en borrarles del libro conforme llegan al término que a cada cual fija su cálculo. Volaba el tiempo, y era fuerza aprovecharle; pasamos, pues, al cuarto cielo. Henoc, que se hallaba en él, se manifestó embelesado con verme. Este cielo es de plata tan fina y tan transparente como el cristal más puro; está poblado de ángeles corpulentos, uno de los cuales, menor que el Ángel de la muerte, tiene, sin embargo, quinientas jornadas de altura. El destino de este Ángel es muy triste; su ocupación es llorar los pecados de los hombres y predecir los males que por ellos se les preparan.

Sus lamentaciones no me agradaban ciertamente para escucharlas por largo tiempo; así que entramos prontamente en el quinto cielo. Aarón salió a recibirnos y me presentó a Moisés, el cual se recomendó a mis oraciones. Este quinto cielo es de oro purísimo; los ángeles que le habitan casi nunca se ríen; y tienen razón, porque son los guardadores de las venganzas divinas y del fuego asolador de su cólera celestial. Están asimismo encargados de los suplicios de los pecadores endurecidos, y de preparar tormentos horribles para los árabes que rehusen abrazar mi religión. El triste espectáculo de su

presencia me hizo apresurar mi camino, y me remonté con mi guía al sexto cielo. Allí volví a encontrar a Moisés, que se echó a llorar al verme, porque, según me dijo, yo había de conducir al paraíso más árabes que él judíos. Mientras que yo le consolaba sentíme arrebatar sin saber cómo, y con un vuelo más rápido que el pensamiento llegué al séptimo y último cielo. No se puede formar idea de la riqueza de este hermoso paraíso; satisfaceos, pues, con saber que está hecho de *luz divina*. El primero de sus moradores que en él hallé es mayor que toda la tierra. Tiene este ser setenta mil cabezas; cada cabeza tiene setenta mil bocas; cada boca tiene setenta mil lenguas, que hablan continuamente, todas y cada una setenta mil idiomas diferentes, para celebrar las alabanzas de Dios.

Después de haber admirado esta gigantesca y celestial criatura, arrebatado súbitamente por un soplo divino me hallé sentado al pie del granado inmortal. Este hermoso árbol está plantado a la derecha del trono invisible de Dios; de ese trono ante el cual arden sin cesar catorce cirios, que tienen de altura las jornadas de setenta años. Las ramas del granado, que tienen de largas la distancia que hay del sol a la tierra, dan sombra a una multitud de ángeles más numerosa que los granos de arena de todos los mares, de todos los ríos y de todos los arroyos. En las ramas de este granado están guarecidos los pájaros inmortales, ocupados en considerar los sublimes pasajes del divino Korán. Las hojas de este árbol se parecen a las orejas del elefante; sus frutos son más dulces que la leche: uno sólo bastaría para alimentar durante un día a todas las criaturas de todos los mundos. Cada pepita encierra una hurí; estas vírgenes divinas están destinadas a los placeres eternos de los musulmanes. Las hay de cuatro especies, blancas, de color de rosa, amarillas y verdes. Su cuerpo encantador tiene la transparencia del cristal. Sus ojos son tan hermosos que si una de ellas echase una mirada sobre la tierra en la noche más tenebrosa, la alumbraría con mayor luz que el sol en su mayor brillantez. La saliva de una hurí bastaría para hacer la mar tan dulce como la miel. Las hurís se entregarán a las caricias de los fieles sin perder jamás su virginidad.

Cuatro ríos brotan del pie de este granado; dos corren hacia el Paraíso, y dos hacia la tierra; estos dos últimos son el Nilo y el Éufrates, cuyo origen no había antes que yo conocido nadie. Aquí me dejó Gabriel por no serle permitido penetrar más adelante, y cedió su lugar a Rafael, quien me condujo a la casa divina de la adoración, donde se reúnen cada día en peregrinación setenta mil ángeles de la más alta jerarquía, y cada día son diferentes. Esta casa, construída con jacintos rojos y cercada de lámparas que alumbran eternamente, se parece exactamente al templo de la Meca; y si, desde el séptimo cielo donde se halla, cayera perpendicularmente sobre la tierra, lo que puede muy bien acontecer algún día, caería necesariamente sobre el templo de la Meca, lo cual es tan cierto como extraordinario.

Apenas fijé la planta en la casa de la adoración, un Ángel me ofreció tres copas; la primera estaba llena de vino, la segunda de leche, la tercera de miel. Yo elegí la de la

leche, y entonces una voz más fuerte que diez truenos hizo resonar en los aires estas palabras: «¡Oh, Mahoma! bien has elegido; porque si hubieras bebido el vino, tu nación hubiera sido tan viciosa como desdichada.»

Un espectáculo nuevo desvaneció mi vista. Con más rapidez que puede concebir la imaginación humana, Rafael me hizo atravesar dos mares de luz y otro de tinieblas de extensión inmensurable, pasados los cuales me sentí en la inmediata presencia de Dios. El terror sobrecogió mis sentidos, y una voz más estrepitosa que la del mar en la tempestad me dijo: «Llega, ¡oh Mahoma!, acércate al trono de la gloria.» Obedecí, y a un lado del trono leí estas palabras: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.* Al mismo tiempo puso Dios su mano derecha sobre mi pecho, y la izquierda sobre mi espalda: sentí un frío agudo sobre mi cuerpo que me heló hasta la médula de los huesos; pero este dolor fué seguido felizmente de inexplicable delicia que embriagó mi alma, y que no puede ser conocida por los hijos de los hombres.

Tras este enajenamiento tuve con Dios una conversación familiar y larga. En ella me dictó Dios los preceptos que os doy escritos en el Korán; ordenándome expresamente que os exhortara a sostener con las armas y a defender con vuestra sangre la santa religión que os predico.

Cuando Dios concluyó de hablar, Gabriel volvió a unirse conmigo: desplegó sus ciento cuarenta pares de alas brillantes como la luz del sol, y empezamos a descender de los siete cielos, deteniéndonos a cada paso para oír los cánticos que los espíritus celestiales elevaban en alabanza nuestra.

Habíame Dios ordenado orar cincuenta veces por día, y al pasar por el cielo de Moisés le di a conocer la orden que había recibido: «Vuelve al Señor, me dijo el libertador de los hebreos, ruega a Dios que dulcifique semejante precepto: tu pueblo no podrá jamás cumplirle.» Volví a remontarme al cielo del Altísimo, y le rogué que disminuyera el número de oraciones, que redujo a cuarenta. El sabio Moséis me aconsejó que le hiciese nuevas instancias y después de repetidos viajes míos, Dios redujo a cinco el número de las oraciones diarias.

Vueltos en fin a Jerusalén, volvió a elevarse al firmamento la escala de luz que nos había llevado hasta él: El-borak me esperaba; todavía era de noche, volvióme a llevar, agitando dos veces solamente sus inmensas alas de águila, al lugar donde me había encontrado. Entonces dije a Gabriel: «Mucho temo que mi pueblo se niegue a dar crédito a la relación de este viaje. —Pierde cuidado, me respondió el Ángel; el fiel Abú-becre, y el fiero y justo Aly mantendrán la verdad de estos prodigios» (1).

Creyeron muchos desde luego esta maravillosa relación y los doctores mahometanos

(1) Dicen algunos autores musulmanes que salió Mahoma de su habitación para ir al paraíso, y que recorrió todos sus siete cielos con tan prodigiosa velocidad, que después de haberlos visitado exactamente, volvió a su lecho a tiempo aún de impedir que se vertiera enteramente un vaso de agua, que el Ángel Gabriel había volcado con un ala al levantar su vuelo.

la exornaron después con voluminosos comentarios; mofáronse empero de ella los coreishitas poniéndola en ridículo, lo cual hizo perder a Mahoma algunos discípulos, a quienes la firmeza de Abú-becre hizo volver a su creencia. De todos modos motivó este relato nuevas y violentas persecuciones.

Progresaba, sin embargo, el nuevo culto en Medina y la mayor parte de la ciudad había abrazado ya el islamismo. Mosaab, su jefe, condujo en peregrinación a la Meca sesenta y tres de sus principales moradores. Juraron ser fieles a Mahoma, y el Profeta les prometió el Paraíso. Mandó a los nuevamente convertidos que escogiesen doce de entre ellos para velar sobre el pueblo de Medina. «Yo os constituyo defensores del pueblo con el mismo poder que tuvieron los discípulos de Jesús, porque yo soy el defensor y el jefe de todos los verdaderos creyentes.»

Previendo la tempestad que fermentaba contra él en la Meca, persuadió a todos los musulmanes a que se retirasen a Medina; hizo conducir allí a su familia, y se quedó solo en la Meca con Abú-becre y Aly, no queriendo huir él mismo sino de un peligro real. Creyéndole abandonado los coreishitas se reunieron en una asamblea, y doctores hay que aseguran que el diablo, habiendo tomado la figura de un anciano, fué también de esta reunión, y que refutó todas las opiniones de los que propusieron alguna avenencia entre los partidos. Decretóse, pues, la muerte de Mahoma, y la ejecución de este decreto se aplazó para la noche siguiente. Conociendo el Profeta el peligro en que su vida se hallaba, mandó al generoso Aly que envolviéndose en su caftán verde se acostase en su lecho en lugar suyo, y aprovechándose de las tinieblas fugóse de la ciudad con Abú-becre. Esta es la época célebre en que empiezan los orientales a contar su era llamada la *egira*, que vale tanto como la *fuga*.

Llegó la noche, y a la hora convenida entraron los asesinos en casa del sentenciado con los puñales en la mano; mas detuviéronse al encontrar a Aly solo y cubierto con las vestiduras del Profeta. Asegúrase que el fiel amigo de Mahoma les adormeció echándoles polvo sobre la cabeza, pronunciando al mismo tiempo algunos versículos del Korán. Convencido Mahoma de que sería perseguido, echó por un camino extraviado, y ocultóse en una caverna. Cuando los asesinos que le buscaban se disponían a entrar en ella para registrarla, encontraron obstruída su entrada con una espesa tela de araña sobre la cual había puesto sus huevos una paloma. Volviéronse, pues, atrás, y el Profeta continuó su camino. Soraka, sin embargo, seguido de unos cuantos, alcanzándole bien pronto, dió sobre él lanza en mano. Mahoma le llamó por su nombre: a su voz el caballo de Soraka cayó derribado en tierra boca arriba, con cuyo milagro, aterrado el asesino se hizo musulmán.

El viernes siguiente entró Mahoma en Medina, conducido por sus discípulos bajo un dosel de flores. En el sitio en que se detuvo su camello, hizo construir una mezquita. Ocupóse seriamente en asegurar su poder, atrajo para siempre a su partido a Abú-becre dándole por esposa a su hija Aiesha; mandó a sus discípulos que se amaran como

hermanos, y a todos los creyentes que volvieran el rostro hacia el templo de la Meca para hacer oración, dando al *Muezin* la fórmula con que debía convocar al pueblo para hacerla (1). Instituyó el ayuno o cuaresma del mes de ramadán, porque en él recibió del cielo el primer capítulo del Korán, que está escrito en él eternamente, aunque hay doctores que afirman que Dios escribió sus augustas páginas en la piel del cordero que le sacrificó Abrahán en lugar de su hijo Isaac. Publicó finalmente el capítulo que manda combatir contra los idólatras, y por primera vez defendió su religión con las armas en la mano. Con trescientos trece hombres, dos caballos y setenta camellos, salió al campo contra dos mil coreishitas idólatras; arengó a sus soldados llenándoles de sagrado entusiasmo, y los mostró tres mil ángeles prontos a combatir por ellos, triunfando así de sus enemigos. Jelâl-êd-dyn asegura que esto fué un milagro portentoso, y dice que los ángeles vestidos de largos y flotantes mantos, ceñida la frente con turbantes amarillos, y montados en caballos manchados de blanco y negro, pelearon a la cabeza de los creyentes; y añádese también que dos idólatras que presenciaron el combate desde una colina, vieron un nublado preñado de escuadrones de ángeles, y oyeron los relinchos de sus caballos y la voz de Gabriel que animaba a *Haisum*, su hermosa yegua de batalla.

Colígese claramente que Mahoma fué recibido en triunfo en Medina después de esta victoria. Aumentaron otras muchas el número de sus partidarios, y Aly se distinguió tanto en todas ellas, que el Profeta le dió por mujer a su querida hija Fátima. Tenía ésta quince años, y eran tales sus perfecciones, que mereció ser contada por una de las cuatro mujeres perfectas que dió a la tierra el Criador (2). La noche en que se consumó este matrimonio, el Profeta llevó a Fátima a casa del joven Aly. Él iba delante de ella; Gabriel a su derecha, Miguel a su izquierda, y les seguían setenta mil ángeles que les cantaron himnos hasta la mañana siguiente.

Renováronse bien pronto los combates, y alentó el islamismo con nuevas victorias: los creyentes, sin embargo, sufrieron una gran derrota; Mahoma mismo salió herido en el rostro, y el valiente Hanza perdió la vida; pero Gabriel reveló al Profeta que Hanza moraba en el séptimo cielo. Mahoma hizo sepultar a los muertos, mandó orar por ellos, los colocó en el número de los mártires, y volviendo a caer de repente sobre sus enemigos, los desbarató. Inauditos horrores se cuentan de estas guerras. Viendo Mahoma los terribles efectos de la embriaguez en las tribus árabes, prohibió el vino. Promulgó muchas leyes prudentes, que dejó consignadas en su Korán. Salió ileso de multitud de traiciones, burladas por su intrepidez y sangre fría. Un idólatra cayó sobre él espada en mano

(1) «Dios es grande. No hay más Dios que Dios. Mahoma es su Profeta. Venid a orar. Venid a adorarle. Dios es grande. Dios es único». Estas son las palabras que dice el Muezin al pueblo desde los alminares de las mezquitas cinco veces al día: al rayar el alba, al medio día, a las tres de la tarde, al ponerse el sol y dos horas después.

(2) Estas cuatro mujeres son: la hija de Faraón, la Virgen María, Cádiga y Fátima. Esta última fué madre de doce Profetas, sin perder por eso su virginidad; y su cuerpo fué arrebatado al cielo después de su muerte.

mientras reposaba en un lugar apartado. Miróle Mahoma fijamente y sin moverse; el asesino, admirado de su tranquilidad, se detuvo fingiendo que jugaba con su espada, y preguntó al Profeta si no había tenido miedo: «¿Y qué tenía yo que temer?», respondió el Profeta. Huyó atónito el idólatra, y los árabes aseguran que un Ángel le derribó en tierra cuando iba a herirle.

Los enemigos del Profeta venían sobre Medina para sitiarla. Mahoma mandó cavar un foso alrededor de la ciudad, y siendo el suelo una durísima peña, volvióla blanda derramando sobre ella una bocanada de agua, lo cual se atribuyó a milagro. Fatigábase el bravo Salmán para romper una enorme piedra: Mahoma, tomando de sus manos el martillo, dió sobre ella tres golpes y despidió la piedra tres relámpagos; y preguntándole la significación de estos relámpagos, respondió: «El primero me pronostica la sumisión de la Arabia feliz, el segundo la conquista de la Siria y del Occidente, el tercero la del Oriente.»

Sitiaron al fin los enemigos a Medina, y dícese que el Profeta alimentó a los sitiados con un cesto de dátiles que multiplicó maravillosamente. Con un cordero asado y un pan de cebada dió otra vez de cenar a más de tres mil hombres, que quedaron hartos. Su tranquilidad sobrenatural consternó a sus enemigos, que levantaron el sitio: persiguiólos Mahoma y derrotólos completamente. Enamoróse de Zainab, la bella esposa de Zaid, su hijo adoptivo; éste, que lo supo, la repudió, y el Profeta se casó con ella, después de haber autorizado este matrimonio por un capítulo del Korán. Andando el tiempo, su favorita Aiesha fué acusada de adulterio con Sawán, general del cuerpo de reserva. Tenía Aiesha quince años, era hermosa y elocuente, y supo justificarse; Mahoma hizo bajar del cielo el capítulo 24 del Korán, *que no deja mancha alguna en la reputación de Aiesha*. La Meca capituló, las guerras continuaron, y cada paso del Profeta se marcaba con un prodigio: entre ellos se cuenta la cura maravillosa de los ojos de Aly con un poco de saliva. Casóse después con dos judías, Riana y Safía, que se hicieron musulmanas por el honor de ser mujeres de un Profeta. Algunos autores dan a Mahoma quince mujeres legítimas, otros veintiséis; pero sólo doce son conocidas.

Zainab quiso envenenarle con un cordero asado. Mahoma conoció el veneno, que era violentísimo, al primer bocado. Bashar, uno de sus compañeros, murió en cuanto lo probó; y los doctores musulmanes aseguran que la paletilla del cordero reveló a Mahoma el autor de este atentado. Preguntó a Zainab el motivo que tenía para atentar a su vida. Zainab respondió: «Pensé que, si eras Profeta, conocerías al momento el veneno, y que, si no lo eras, libraría al pueblo de tu tiranía.» Mahoma perdonó generosamente a Zainab, contentándose con volverla a enviar a casa de su padre. La malignidad del veneno abrevió sin embargo su vida, causándole vivos dolores hasta su muerte.

Aumentaba su poder, a pesar de todo, de día en día. Después de haber sometido a los árabes y deshecho a los judíos, envió a los reyes sus embajadores, sirviéndose de un sello que decía: *Mahoma enviado de Dios*. En calidad de tal escribió a Cosroes, rey

de Persia, que indignado le trató de esclavo. Murió Cosroes a poco, y su muerte se atribuyó a milagro. Su hijo Siraes le asesinó, y abrazó después el mahometismo. El Profeta escribió a varios soberanos de Oriente, y los que no se convirtieron al islamismo, respetaron al fundador.

Prosiguió en sus conquistas con fortuna, y hallándose harto poderoso para mandar como señor en la Meca, derribó las estatuas de los ídolos, quitó del templo los retratos de mujeres, que los árabes adoraban creyendo que los ángeles eran mujeres hermosas, cuya opinión, generalmente recibida en Arabia, contribuyó sin duda a que fuese bien admitida la creencia de las hurís. Su vida fué un combate perpetuo; sucumbieron en él sus más bravos compañeros; Zaid, Abdallah y Jafar, murieron en el mismo día defendiendo el estandarte sagrado. Mahoma dijo a sus discípulos que lloraban: «No lloréis por Jafar, ¡oh musulmanes! porque su suerte es envidiable; Dios le ha dado dos alas, y con ellas recorre la extensión inmensa de los cielos, franqueados a sus caprichos.» La guerra no le distrajo de la religión. Cuando cumplió sesenta y tres años, tomó siete piedras, se las tiró a Satanás, sacrificó a Dios setenta y tres víctimas, e hizo bajar del cielo estas célebres palabras: «*Hoy he sellado vuestra religión.*» Y se afirma que la camella que montaba el Profeta se prosternó doblando las rodillas, abrumada bajo el peso de esta revelación. Dió libertad a sus esclavos, ordenó todos sus negocios y sostuvo su dignidad de Profeta hasta su muerte que aconteció poco más tarde. Cuando sintió debilitarse su cabeza, mandó a Aiesha que quedase sola con él; y ésta contó que el Ángel Gabriel visitaba continuamente al Profeta en sus tres postrimeros días, y que este Ángel le dijo al fin del tercero: «*Mahoma, el Angel de la muerte pide permiso para entrar; tú eres el único mortal con quien ha tenido semejante atención y no la usará con ningún otro.*» Mahoma respondió: «*Que entre*». Presentóse el Ángel, y cumplió respetuosamente su misión.

Consternóse el pueblo con la noticia de su muerte. El Profeta no ha muerto, dijo Omar; ha ido a hablar con Dios como Moisés, por cuarenta días; y amenazó con la muerte al que creyera lo contrario. Fué, sin embargo, preciso calmar la fermentación: Abúbecre reunió los capítulos del Korán, los publicó en colección, celebró las exequias del Profeta de Dios con fastuosa pompa, y sostuvo bizarramente la religión mahometana. Sofía, tía suya, pronunció su oración fúnebre sobre su tumba, que está en la Meca. Abú-becre fué elegido califa a pesar de la adopción de Aly, y los demás jefes se repartieron el imperio, que abarcaba ya la mayor parte del Oriente.

Tenía Mahoma mediana estatura: la cabeza grande, espesa la barba, el color tostado, los ojos negros, las mejillas graciosas y el cuello elegante y blanco como el marfil. Dotado de superior inteligencia, de claro juicio y de prodigiosa memoria, su conversación era agradabilísima, y su carácter siempre igual. Justo y equitativo con todos, hablaba poco, escuchaba con paciencia, y no se despedía nunca el primero, ni retiraba su mano de la de quien le daba la suya hasta que éste se la dejaba libre. Vivía con suma sencillez. Decía que Dios había criado dos cosas para la felicidad de los hombres, las

mujeres y los perfumes; y que después de haber hecho la creación, hizo la mujer y descansó. Procuró Mahoma dar a su Korán todo el encanto de que es susceptible su lengua, la más rica y armoniosa de todas las de la tierra, y que por la composición de sus verbos es capaz de seguir el pensamiento en su más poética extensión, y de explicarla con la más precisa claridad. La lengua árabe imita con la maravillosa armonía de sus sonidos el murmullo de las aguas, el canto de las aves, los aullidos de las fieras, el rumor de los vientos y el estallido del trueno; y todos los relatos de Mahoma tienen doble interés en su lengua original. Compónese el Korán de ciento catorce capítulos, divididos en versículos, cuyo número debe saber todo buen musulmán. Cada capítulo tiene un título, que muchas veces no tiene relación con la materia que en él se trata, y todos, fuera del noveno, llevan por epígrafe estas palabras, que son el lema o divisa de los musulmanes: «*En nombre de Dios clemente y misericordioso*». Publicó Mahoma este libro por capítulos, según la necesidad que tenía de hacer hablar al cielo en su favor, en el espacio de veintitrés años, parte en la Meca y parte en Medina. Dictó el Profeta sus versículos a sus secretarios, que los escribieron en hojas de palmas y en pergaminos que se guardaban revueltos en una caja. Reuniólos Abú-becre en un volumen, muerto Mahoma; pero tan sin orden, que el último capítulo que hizo el Profeta bajar del cielo es el noveno de su colección; y los primeros versículos que le fueron revelados por Gabriel, resultan los primeros del capítulo 96. Esta confusión oscurece muchas veces el mérito del Korán, en el que a cada paso encuentra el lector sublimes pasajes. La mayor parte está escrita en la prosa rimada de los árabes; pero muchas veces, remontándose Mahoma a más elevado estilo, describe en sonoros y majestuosos versos al Criador, que desde el trono de los mundos da leyes al universo. Sus versos son armoniosos y fáciles cuando pinta los placeres eternos del Paraíso; vigorosos y enérgicos, cuando describe los eternales castigos.

Tienen los musulmanes además consignados sus dogmas en otros libros, y uno de los más seguidos por sus teólogos, es *la Exposición de la fe musulmana por Mohammed-Ben-Pir-Alí* El-berkevi, traducido recientemente al francés por Mr. Garfin de Tasy, cuyas curiosas noticias orientales se han aprovechado para esta biografía de Mahoma. En esta exposición citada de la fe musulmana se lee: que Dios no tiene ni compañero ni igual; que él sólo debe ser adorado; que ni ha nacido ni ha engendrado; que no tiene ni mujer, ni hijo, ni hija; que es invisible, inmutable y eterno; que todo lo sabe, y todo lo ve, y todo lo siente, hasta los pasos de la negra hormiga sobre una piedra negra en la noche más tenebrosa; que es omnipotente; que el Korán es la palabra de Dios, cuyo libro es eterno e increado; que los ángeles ni comen, ni beben, ni tienen sexo; que el Ángel Gabriel baja en una hora del cielo a la tierra; que el Ángel Azrael tiene la comisión de recibir las almas; que Israfil tocará dos veces la trompeta al fin del mundo: al sonido de la primera perecerá todo, y a la segunda, que sonará cuarenta años después, todo resucitará; que los libros escritos por Dios son el Korán, el Pentateuco, el Evangelio, el Salterio y otros, hasta ciento cuatro; pero que el Korán es el más sublime y

divino de todos; que Eblís es el jefe de los demonios, Adán el primer Profeta, y Mahoma el último; que dos ángeles, llamados Monkir y Nekir, interrogan a los muertos en sus sepulcros, y que a sus preguntas es preciso contestar con estas palabras: «Nuestro Dios es Dios, Mahoma nuestro Profeta, y el islamismo nuestra religión»; que las almas tienen que pasar por un puente más estrecho que el filo de una espada, llamado Sirath, y los que no puedan pasar caerán en el infierno; que los infieles arderán eternamente; que todo está escrito en el cielo, y que nadie puede evitar su destino a pesar de lo que el diablo tienta a los hombres; que no es permitido a nadie desenvainar la espada contra los Reyes, por tiranos que sean; que es preciso no escuchar a la puerta, ni mirar por el ojo de la cerradura, ni procurar en manera alguna descubrir los secretos del pudor; que el que diga «yo creo en todos los Profetas, pero dudo si Adán lo es», es infiel; que es infiel asimismo el que crea que las contribuciones son propiedad del Sultán, porque pertenecen al pueblo, que pertenece a Dios; que si alguno dijere «más vale ser cristiano que judío», es infiel, porque es preciso decir «los judíos valen menos que los cristianos»; que hay ciento veinticuatro mil Profetas, y que al pasar por el valle de Mina es preciso hacerlo tirando piedras en memoria de Abrahán, que al ir a sacrificar a su hijo, echó de allí a pedradas al demonio que le tentaba para que no obedeciese a Dios, etc., etc.

Los curiosos detalles sobre el antiguo culto de las estrellas, establecido en Arabia antes de Mahoma, y las poéticas noticias sobre las costumbres de los árabes, sus ayunos, sus oraciones y ceremonias religiosas, sobre las huríes, los genios, los demonios, el paraíso, etc., pueden encontrarse en la lectura del Korán, y en las notas eruditas que en su traducción francesa ha puesto el sabio orientalista Sabary. [47]

GRANADA

TOMO SEGUNDO

INVOCACIÓN [47]

Dixit autem Dominus: si habueritis fidem, sicut granum sinapis, dicetis huic arbori moro: Eradicare, et transplantare in mare: et obediet vobis.

EVANG. SEG. LUC., CAP. XVII.

Fe, de toda virtud inspiradora,
manantial del valor y el heroísmo,
del tiempo y de la muerte vencedora,
espanto de los genios del abismo,
el ser en quien tu fuego se atesora
lleva el poder de Dios consigo mismo:
los prodigios, las glorias, las hazañas,
herencia son de los que tú acompañas.

Nada en el mundo tu poder resiste;
a la luz de tu antorcha luminosa
el Edén a los mártires abriste:
de Oriente a la región caliginosa
las legiones de Cristo condujiste,
y, a través de la mar tempestuosa
alumbrando su espíritu profundo,
descubriste a Colón un nuevo mundo.

Nada hay grande sin ti, nada completo;
desde Nembrod a Napoleón, tu esencia
del genio ha sido el talismán secreto:
nadie logró sin ti grande existencia,
ni fué grande sin ti ningún objeto:
polvo fué cuanto fué sin tu asistencia:
de la fuerza de Dios tu fuerza viene
y en tus hombros el orbe se sostiene.

Tu soplo es impetuoso torbellino
que, al alma ardiente a quien su impulso lleva,
hasta la eternidad abre camino
y sobre el polvo terrenal la eleva.
Del fuego santo manantial divino
que en el fuego de Dios sus fuentes ceba,
tú das irresistible atrevimiento
a ser a quien inflamas con tu aliento.

Para ese son efímeras empresas
las más peligrosísimas hazañas:
disípanse a su voz como pavesas
las torres, las ciudades, las montañas:
las marcas de su pie conserva impresas
la tierra para siempre, y sus entrañas
cobran fecundidad bajo su paso,
y un reino brotan donde había un raso.

Alma del universo, cuanto existe
con tu poder se crea y robustece:

cuanto a tu influjo creador resiste
como leve vapor desaparece:
a la nación do tu favor no asiste
sorbe otra a quien tu mano favorece:
y así es como del tiempo en los misterios
pasan unos sobre otros los imperios.

¡Desdichada nación la que te olvida!
Su esencia mina la carcoma lenta,
y no siente que se hunde carcomida
la débil base que su pie sustenta;
otra nación que aguarda su caída
la empuja al fin y en su lugar se asienta:
y así Castilla, por su fe amparada,
pasó como un turbión sobre Granada.

Dame, ¡oh potente fe!, tu auxilio santo:
tú por quien pudo rescatar a España
la ilustre reina cuya gloria canto,
dame su fe para ensalzar su hazaña:
y, el himno rudo que en su honor levanto
al entonar, mi espíritu acompaña,
porque me escuche en la celeste esfera
la augusta sombra de ISABEL PRIMERA.

LIBRO CUARTO

AZAEL

I

Zahara cayó: sus tristes moradores
víctimas van de tan fatal jornada
esclavos de los moros vencedores,
de ganado ruin como manada.
Muley envió delante corredores
de su victoria nuncios a Granada,
y, con victoria tal alegre y fiera,
al vencedor Hasán Granada espera.

Preparan las familias principales,
a los guerreros y sangrientos fines
del anciano monarca más parciales,
zambras, saraos, himnos y festines,
unas en sus salones orientales,
otras en sus balsámicos jardines:
prodigando sin duelo sus tesoros
para ensalzar el triunfo de los moros.

Los cadís, a su vez, tienen dispuestas
de fuegos, de pandorgas y de cañas,
de sortija, de toros y de apuestas,
de bohordos, de gallos y cucañas,
para la plebe revoltosa fiestas,
cual nunca alegres, como nunca extrañas:
porque deje tal triunfo en su memoria
largo recuerdo de placer y gloria.

Engalanan los altos miradores
lujosas colgaduras y doseles,
flotantes plumas, enredadas flores,
lazos de palmas, arcos de laureles,
damascos de vivísimos colores,
tapices festonados de caireles,
y ocupan ajimeces y ventanas
nobles, jeques, walíes y sultanas.

Viejos, mancebos, niños y mujeres
abandonan curiosos sus hogares:
dejan los artesanos sus talleres,
olvidan los sederos sus telares,
cierran su mostrador los mercaderes,
los armeros sus fraguas: los lugares
vecinos se despueblan, y doquiera
bulle la muchedumbre novelera.

Corren plazas y calles tañedores
de sonajas, adufes y panderos,
rawíes de romances narradores (1)

al compás de la guzla, cuadrilleros
de diversas comparsas conductores
y parejas de enanos, y gaiteros
de Marruecos y Fez, cuyos cantares
recuerdan del desierto los adoares.

Circulan por doquier profusamente
roscones de Jaén, tortas de Alhama,
el alhajú de Ronda, largamente
saturado de especias, a quien llama
el mostillo su hermano, y el caliente
buñuelo hinchado que la sed inflama:
y, pese al libro del Korán divino,
templa la sed el malagueño vino.

En la jornada de tan fausto día
de fiesta real y universal holganza,
la ley a la licencia da franquía
y destierra el placer a la templanza:
y la plebe, sin coto en su alegría,
canta ruidosa, descompuesta danza:
pues nada hay que desdore o avergüence
al celebrar sus triunfos a quien vence.

Es ley universal. ¡Ay del vencido!
Cantad, pues, ¡oh triunfantes africanos!
¡Ignominia y baldón para el rendido!
¡Mengua y esclavitud a los cristianos!
Mas no olvidéis que encomendada ha sido
de la venganza a las sangrientas manos
la ley de los vencidos inhumana.
¡Ay de vosotros si lo sois mañana!

¡Gloria a Muley! La multitud que llena
las torres y alminares ve a lo lejos,
a través de la atmósfera serena,
de las moriscas armas los reflejos.
Un grito inmenso de placer resuena
con nueva tal: mujeres, niños, viejos,
se agolpan a las puertas de la Vega
a recibir al rey que en triunfo llega.

Ya avanzando en hileras ondulantes
se ven los ordenados escuadrones:
parecen con el sol cintas brillantes
las filas de los árabes peones:
sobre el blanco montón de sus turbantes
tremolan sus enseñas y pendones,
y desgarran la atmósfera sonoros
los atabales y clarines moros.

He allí a Muley Abul-Hasán. Su frente
sombrean los flotantes lambrequines
de su penacho real: cuelga esplendente
su escudo del arzón: y, hasta las crines
embarrado, el caballo bufa ardiente
y piafa, conociendo los confines
de los cotos reales y la dehesa
donde, potro, pació la yerba espesa.

«¡Alahú akbar! ¡Loor al rey valiente! (2),
gritó la multitud al divisarle,
y aglomeróse atropelladamente
bajo su estribo mismo a victorearle:
mas la mano de Dios omnipotente
que hasta este día se dignó ampararle
le retiró su auxilio, y en su seno
del infortunio derramó el veneno.

Tornóse contra él cuanto en pro era:
cambióse en vencimiento su victoria,
su popularidad en pasajera
fama de un día, y en baldón su gloria.
La muchedumbre, en su verdad entera
al leer de Zahara la sangrienta historia,
retrocedió, por Dios iluminada,
el porvenir leyendo de Granada.

Con repugnante ostentación impía
un gigantesco negro de Baeza,
del pelo asida, junto al rey traía
del buen Arias la lívida cabeza.
Un escuadrón entero le seguía,
en cuyas lanzas con brutal fiereza
se ostentaba sangriento igual trofeo,
medroso al alma y a la vista feo.

En medio de los árabes soldados
y los gomeles negros, lastimeros
suspiros arrancaban despechados
los cautivos cristianos, por sus fieros
vencedores heridos y arrastrados
en confuso tropel como carneros:
y a marchar o morir les obligaban,
y dichosos al fin los que expiraban.

Las fuerzas de los viejos no bastando
a soportar ultrajes tan crüeles,
al Dios de las venganzas invocando
caían a los pies de los corceles:
sin compasión sobre ellos, espoleando
sus caballos, pasaban los gomeles,
apresurando su postrer instante
la aguda lanza, y yatagán cortante.

Traían muchas madres en los brazos
los hijos muertos, y ocultar querían
su fin bajo los sórdidos retazos
de los rotos harapos que vestían,
pues sus tiernos cadáveres pedazos
los guardias negros de Muley hacían,
y con horror de los maternos ojos
quedaban insepultos sus despojos.

La mora multitud, aunque villana
civilizada (3), a compasión movida,
del rey maldijo la impiedad tirana,
en odio la alegría convertida.
Circundó a la feroz guardia africana
con agresivo impulso, y, encendida
la furia popular, por un instante
el paso barreó del rey triunfante.

Arrebatando las mujeres moras
sus hijos a los míseros cautivos,
«dádnosles, los dijeron: sus señoras
os les tendrán esclavos, pero vivos».
Comenzaron cien manos vengadoras
de las bridas a asirse y los estribos,
y a brillar comenzaron los puñales
debajo de los jaiques y almaizales.

A cundir comenzó la infausta nueva
entre las turbas y a crecer la ira:
doquier la multitud, que se renueva
y que sus fuerzas acrecienta, gira
del rey en torno, quien sus olas prueba
con su caballo a hender y torvo mira
venir la tempestad y acrecentarse
el popular furor, pronto a inflamarse.

Sus feroces gomeles, que le vieron
afirmarse en la silla, adivinaron
su resuelta intención, se rehicieron,
y a sostenerle fieles se aprestaron.
«¡Adelante!», gritó: tras él vinieron
a alinearse y las lanzas enristraron.
Se abrió la plebe: y, rota ya la valla,
dijo Hasán: «Dispersad esa canalla».

La multitud, compuesta de artesanos
inermes, de mujeres sin defensa,
de cobardes ociosos y de ancianos,
tan débil e impotente como densa,
se abrió ante los jinetes africanos,

retrocediendo en oleada inmensa
como el círculo que abre el haz del río
ante la quilla corva del navío.

Turba que ceja un pie, fuerza vencida,
la hueste de Muley siguió adelante
y en la ciudad entró: mas, convertida
la alegría en terror, fué con semblante
sombrío y en silencio recibida
por el vulgo, o medroso o inconstante:
y Hasán, seguido de sus negros fieles,
subió al trote la cuesta de Gomeles.

Deshízose del pueblo: mas siguióle
hasta el recinto real su descontento,
y a par con él su indignación mostróle
de modo asaz visible el firmamento.
Repentino nublado encapotóle,
se negreció su azul, rebramó el viento,
con la fortuna de Muley en guerra
declarándose a un tiempo cielo y tierra.

En la Alhambra real los cortesanos
le vitorearon al llegar: empero
¡ay del rey a quien guardan los villanos
odio o temor! Apenas el postrero
de los temidos guardias africanos
traspuso el bib-Leujar, el pueblo entero
rompió en inmenso sedicioso grito
que en el espacio azul vibró infinito.

Aparecieron por doquier audaces
cabezas de motín: gestos feroces
que revelaban ánimos capaces
de realizar los planes más atroces.
Santones venerados y sagaces
dervichs alzaron por doquier sus voces:
y el populacho en grupos dividido
dió a sus discursos por doquier oído.

Y he aquí que, en el centro de la plaza,
se alzó sobre las turbas de repente
viejo santón de venerable traza,
famoso asaz entre la mora gente.
Era el severo Aly-Mazer, de raza
noble, de vida austera y penitente,
quien por causas recónditas y extrañas
retirado vivía en las montañas.

Hombre a quien solamente se veía
en los grandes peligros y ocasiones,
y de quien siempre el pueblo recibía
oportunos consejos y lecciones.
Siniestra aparición que precedía
siempre a las populares convulsiones
que, en su postrera edad desventurada,
estremecerse hicieron a Granada.

Hombre doquier temido y respetado
por su severidad y por su ciencia,
de la virtud muslímica dechado,
sincero amparador de la indigencia,
leal consolador del desdichado,
prosternóse la plebe en su presencia:
y callaron ante él respetuosos
los demás oradores sediciosos.

Tomando entonces por mimbar la fuente (4)
que el centro de la plaza decoraba,
paseó sus miradas tristemente
sobre la multitud que le cercaba;
y con lúgubre voz, cuyo doliente
tono en el hondo corazón vibraba,
profética, inspirada, lastimera,
el discurso rompió de esta manera:

«¡Ay del pueblo muslím! ¡Ay de Granada!
»Para escarnio y baldón de las edades
»será no más su historia consignada.

»¡Regia ciudad, sultana de ciudades,
»estás por tus cimientos horadada!
¡Va sobre ti a llover calamidades
»el cielo sin piedad a quien provocas,
»y contra ti se volverán las rocas!

»Musulmanes, Hasán está hechizado
»por el nefando amor de una cristiana:
»Aixa, de fe cual de virtud dechado,
»es esclava en su harén y no sultana;
»el príncipe legítimo encerrado
»llora en los hierros de prisión lejana.
»¿Y en provecho de quién tal tiranía?
»De una extranjera, renegada impía.

»Ya lo veis: impolítico atropella
»cuantos derechos y principios fijos
»hasta hoy se respetaron, y degüella
»los rendidos y esclavos. Tan prolijos
»crímenes, ¿a qué fin? Sólo por ella:
»por coronar a sus bastardos hijos,
»que, lobeznos de raza castellana,
»como ella al fin renegarán mañana.

»¿Comprendéis?, ¡oh muslimes! Esa im-
[pía,
»que ni cree en Jesucristo ni en Mahoma,
»de nuestra desdichada monarquía
»es con sus hijos la mortal carcoma.
»Ella al cristiano os venderá algún día
»si en sus proyectos incremento toma:
»porque en el odio universal que encierra
»incendiará, a poder, toda la tierra.

»Pero, ¿creéis tal vez que los cristianos
»la sangre olvidarán vertida en Zahara?
»Como Hasán, en sus triunfos inhumanos,
»vendrán con sed de vuestra sangre avara.
»La que hoy vertieron sus inícuas manos
»del pueblo moro goteará en la cara:
»y en todas ocasiones y parajes
»nos considerarán como a salvajes.

¿Ois ese huracán? Horrorizada
»de tan inútil y brutal fiereza,
»truena contra nosotros indignada
»la madre universal naturaleza.
»¡Ay del pueblo muslím! ¡Ay de Granada!
»El rayo amaga su imperial cabeza,
»la ponzoña mortal hierve en su seno,
»y Alah se torna en pro del Nazareno!»

Dijo así Aly Mazer. Como evocados
al son de sus fatídicos accentos,
la tierra conmovieron desatados
en furioso huracán los elementos.
Torrentes de las nubes desgajados
inundaron las calles, y los vientos
arrebataron arcos y doseles,
lazos, flores, damascos y caireles.

Huyó la población supersticiosa,
siempre en agüeros a creer dispuesta,
y encerróse en sus casas pavorosa
la ira de Dios creyendo manifiesta.
Desierta la ciudad y silenciosa
quedó en redor, se interrumpió la fiesta:
y en vez de los aplausos y canciones
doquier se oyeron ayes y oraciones.

Duró la tempestad la tarde entera,
y entre el rugido cóncavo del trueno
y el estridor de la tormenta fiera,
de los oscuros barrios en el seno
una voz incesante y lastimera
exclamaba aterrando al agareno:
«Alah torna a su grey la faz airada.
¡Ay del pueblo muslín! ¡Ay de Granada!»

Campo desierto de olvidadas ruinas,
medroso despoblado cementerio
parecían las calles granadinas
de tal desolación bajo el imperio:
y cual si se efectuara en las divinas
regiones algún lóbrego misterio
fatal para los moros, agobiada
de pánico terror quedó Granada.

II

Era en verdad así: que en tal momento,
de la fortuna y la existencia mora
en la esfera inmortal del firmamento
íbase a señalar la última hora:
y el arcángel que rige el movimiento
de la aguja fatal, niveladora
de los tiempos, el fin del reino moro
iba a marcar en su cuadrante de oro.

No en vano entre los cielos y Granada
un velo de nublados se extendía:
con la luz a sus ámbitos negada
otra región feliz resplandecía.
Su cresta secular, Sierra-Nevada,
con una aureola de fulgor ceñía,
y el misterio que Dios obra en la Sierra
permitido sondar no es a la tierra.

En el seno glacial de aquellas cumbres
cuya paz no turbó la voz mundana,
lloraba celestiales pesadumbres
ser de divina estirpe soberana.
Lanzado de las célicas techumbres
siglos hacía a la región humana,
para su habitación labró en la nieve
de su helado cristal palacio leve.

Lejos de su alma patria luminosa
fué condenado, expiación de un yerro,
su forma pura, celestial y hermosa
a sepultar en terrenal encierro,
dando cima a tarea misteriosa
por Dios impuesta en su mortal destierro;
mas ya a su fin la expiación tocaba
y su tarea al concluir estaba.

Treinta afanosas décadas había
en preparar el ángel empleado
su difícil labor, y ya veía
su éxito misterioso asegurado:
y, para darla fin, en este día
iba por Jehovah purificado
a recobrar su blanca sobreveste,
su ser divino y su poder celeste.

Tal es, en suma, el celestial portento
que va el Señor a obrar sobre la Sierra,
y cuya vista vela en tal momento
el nublado a los ojos de la tierra.
La tempestad que entolda el firmamento
es un crespón que sus espacios cierra:
y tras aquellas fulgurantes nubes
cantan un himno santo los Querubes.

Sobre sus alas con rumor sonoro
las cohortes angélicas descienden,
y al dulce son de su celeste coro
troncos y rocas de placer se hienden.
Los serafines en mecheros de oro
de la divina fe la luz encienden,
sobre el alcázar místico de hielo
rasgado el seno cóncavo del cielo.

Del zenit en el punto culminante,
en medio de una luz deslumbradora,
del sumo Dios apareció el semblante
y tronó la palabra creadora.
Al eco inmenso de su voz gigante

la celestial cohorte voladora,
con las alas cubriéndose los ojos,
para escuchar se prosternó de hinojos.

«¡Azael!», dijo Dios, al ser divino
desterrado en la tierra interpelando,
y al umbral de su alcázar cristalino
el ángel bello pareció temblando;
y el eco gigantesco y montesino
de las cóncavas peñas, despertando
al acento de Dios, volvió medroso
el nombre del espíritu glorioso.

«¡Azael!, repitió el Omnipotente;
»torna a tu antiguo ser y poderío,
»cobra tu vestidura refulgente
»y obra sobre la tierra en nombre mío.
»Toda a tu voluntad está obediente:
»sus destinos gobierne tu albedrío:
»completa mis designios soberanos:
»Yo bendigo la obra de tus manos.»

Dijo el Señor. El ángel desterrado,
recobrando su gracia primitiva,
levantóse a su voz transfigurado,
revestido de gloria y de luz viva.
Orna su cuerpo ceñidor alado,
ciñe su sien inmarcesible oliva,
y de la fe la luminosa tea
en su diestra purísima flamea.

Un séquito de espíritus potente,
que deja sometidos a sus santas
órdenes el Altísimo, obediente
y a su voz pronto se ordenó a sus plantas;
ante el Señor el ángel reverente
se prosternó tres veces, y otras tantas
el eco del hosanna y los salterios
conmovió con su son los hemisferios.

Tornó Dios a sumirse en su santuario:
tornaron los arcángeles el vuelo
a tender, el vacío solitario
trasponiendo los límites del cielo:
y de la eternidad en el horario
brillando el fatal número, hacia el suelo
moro, dijo, la mano nacarada
extendiendo Azael: ¡Ay de Granada!»

¡Ay!, repitió en el cóncavo y profundo
seno del monte aterrador el eco;
¡ay!, repitió siniestro el vagabundo
viento que rueda en el vacío hueco;
¡ay!, repitió el nublado, en tremebundo
trueno rompiendo desgarrado y seco;
¡ay!, repitió la voz desesperada
que gemía fatídica en Granada.

A este medroso universal lamento,
de la voz del Señor eco en la tierra,
desgarró con estrépito violento
sus entrañas marmóreas la sierra,
y abrióse el misterioso monumento
que su cimiento colosal encierra:
fábrica de materia indestructible,
a los humanos ojos invisible.

Es el alcázar de Azael: divino
palacio transparente y encantado,
de nácar y de hielo cristalino
entre nieves eternas fabricado.
En él oculta el ángel peregrino
un ser, aunque mortal, predestinado
a que con él su porvenir divida
en la terrena y la celeste vida.

En este alcázar níveo, modelo
de la oriental Alhambra granadina,
bajo la eterna bóveda de hielo

que corona la cumbre al sol vecina,
envuelta yace en encantado velo
la regia sombra de Alhamar divina,
a quien letargo místico y profundo
encadena a este límite del mundo.

No tienen a este ser bajo su imperio
la vida ni la muerte: su existencia
fantástica protege hondo misterio
que sondea no más la omnipotencia.
Su ser no pertenece a este hemisferio,
y, ni celeste ni mortal, su esencia
tiene el poder del ángel defendida
del poder de la muerte y de la vida.

Misterio incomprensible para el hombre,
a toda humana explicación resiste
y a la ciencia mortal fuerza es que asom-
[bre:
obra sabia de Dios, por Dios existe:
no tiene historia, explicación, ni nombre,
ni mi pluma en buscárselos insiste:
la inspiración divina del poeta
no está a mortal explicación sujeta.

Yace bajo el poder de tal encanto
de Alhamar la fantástica existencia,
de aquel alcázar luminoso y santo
debajo de la nítida apariencia.
Todavía le cubre el regio manto,
humean todavía en su presencia
pebetes de ámbar, y su real persona
circunda el esplendor de la corona.

En medio de un salón prolijamente
decorado con cúficas labores,
a estilo de los reyes del Oriente,
sobre un tapiz de espléndidos colores
y en trono de marfil, radia su frente
bajo un dosel de plumas y de flores:
y, símbolo del mando soberano,
el cetro abarca aún su augusta mano.

Su vista empero inmóvil que no mira,
su insensibilidad, que no percibe
lo que en su rededor resuena o gira,
le delatan por sombra que no vive.
Un aura triste en su redor suspira:
una aureola eléctrica describe
círculos mil sobre su real cabeza,
y aún ostenta su faz torva belleza.

Azael, de sus ángeles cercado,
llegando ante el monarca Nazarita,
sobre su pecho de calor privado
la antorcha puso de la fe bendita:
al reflejo viviente derramado
por esta llama que sobre él se agita,
deshecho el hielo que su esencia pasma,
movimiento a cobrar volvió el fantasma.

Giraron en las órbitas sus ojos,
llenó el aire su pecho, su garganta
paso a un suspiro dió, y, otra vez rojos
sus labios, sonrió e irguió la planta;
mas juzgando tal vez del sueño antojos
de aquellos seres la presencia santa
y del encanto aún preso en los lazos,
tendió entre él y los ángeles sus brazos.

Entonces Azael «torna a la vida»
dijo: «del cielo la sentencia sabes:
»tu existencia mortal interrumpida
»en década inmortal fuerza es que acabes.
»Alma sin cuerpo, espectro sin guarida,
»ve de tu Alhambra a recoger las llaves.
»¡En el nombre de Dios, he aquí tu hora!
»Prevén la tumba de la raza mora.»

Al mandato del ángel obediente,
el ser de los fantasmas adquiriendo,
incoloro, impalpable, trasparente,
su esencia de la tierra desprendiendo
elevóse Alhamar en el ambiente:
y, cual vapor que en él se va meciendo,
a través de la atmósfera nublada
se dirigió siniestro hacia Granada.

III

Era la hora en que expirando el día,
con la sombra al luchar breves momentos,
entre la luz crepuscular envía
al corazón mortal presentimientos
funestos: esa hora misteriosa
que al hombre pensador melancolía
infunde, al criminal remordimientos,
y al poeta solemne, religiosa
inspiración y santa poesía;
era la hora, en fin, de las historias
tristes y de las lúgubres memorias.

Tendido en los bordados almohadones
del rico camarín de Lindaraja,
cediendo a las sombrías impresiones
de la luz del crepúsculo, que en vano
por repeler su corazón trabaja,
a solas con sus negras reflexiones
yacía de Granada el soberano.
La sombra, más espesa a cada instante,
su manto de tinieblas desplegando
por la arabesca estancia, condensando
iba su oscuridad, y vacilante
la postrimera claridad del día
al pintado cristal de las ventanas
trémula se asomaba y confundía
cada momento más las africanas
labores de oro que el cristal tenía.
Los plegados tapices de las puertas,
los jarrones magníficos de flores,
todos los muebles que la estancia ornaban,
con extraña ilusión, formas inciertas
movimiento y fantásticos colores
a tomar en la sombra comenzaban;
y empezaba a girar en el vacío
recinto opaco de la estancia oscura
ese turbión fascinador y umbrío
de objetos sin color, forma, ni nombre,
que la superstición o la pavura
hacen en las tinieblas ver al hombre.

El rumor de los árboles vecinos
y de las fuentes del jardín, los trinos
de las aves en ellos anidadas,
y los lejanos sones campesinos
que en revoltoso vuelo descarriadas
allí traían las nocturnas brisas,
de la cóncava bóveda los huecos,
los arcos, las acústicas cornisas
poblaban con las voces exhaladas
por misteriosos y fugaces ecos.
Por su impresión fatídica evocados,
en su febril meditación sentía
Muley, que en sombra y soledad yacía,
tumultuoso tropel de ya olvidados
recuerdos asaltar su fantasía,
donde por siempre los creyó enterrados.
¡Vaporosos recuerdos aflictivos,
irritados espectros vengativos,
que en luengos años por la vez primera
veía con pesar que aun eran vivos,
acíbar para ser de su postrera
edad y de su suerte venidera!

Recordaba las penas ignoradas
que turbaron los últimos momentos
de su padre Ismael, ocasionadas
por las locas empresas empeñadas

por su fogosa juventud: los cuentos
y pronósticos tristes propagados
al nacer Abdilá (5), de cuya madre
los numerosos deudos, apartados
de su corte, tal vez en la montaña
en bien del hijo y para mal del padre
acopio hacían de razón y saña.
Recordaba a Abdilá que, cuando niño
hermoso como un ángel, le tendía
sus tiernos brazos, con filial cariño
su dulce abrazo paternal pidiendo,
y que él con esquivez le repelía
en su fatal horóscopo creyendo;
y el niño, su esquivez no comprendiendo,
cobrándole temor de día en día,
concluyó por llenar su sino horrendo
y hoy su rencor nefasto le volvía.
¿Y quién sabe si, más que de su sino,
efecto fué del paternal encono
el odio de Boabdil al granadino
rey? ¿Y quién sabe si el fatal destino
que pesa sobre el príncipe, es acaso
no más que el odio de Muley que al trono,
fanático o feroz, le cierra el paso?

Aun no se le ha borrado de la mente
a Muley el amor sincero, ardiente,
de Aixa (6), su legítima sultana,
altanera como él, como él prudente,
venerada como él entre la gente
por su pura, real sangre africana:
y aun se le acuerda el popular disgusto
con que vió el moro su desdén injusto
por ella y su pasión por la cristiana.
¿Y quién sabe si el astro que preside
a los destinos de su raza y vierte
en ella su fatídica influencia,
triste fanal de asolación y muerte,
de destrucción y deshonor sentencia,
que con odios sacrílegos divide
de padres y de hijos la existencia,
no es más que la influencia derramada
por su feroz política? ¿Quién sabe
si este arcano de sangre y de rencores
no tiene otro secreto ni otra llave
que del rey los políticos errores,
que han dado luz, ¡en hora bien menguada!,
a la estrella fatal de sus amores?

Por la primera vez lo advierte acaso
y se espanta Muley, con ansia viendo
imposible hacia atrás volver el paso,
por la primera vez rugir oyendo
la tempestad del porvenir horrendo.
Acordósele el torvo y silencioso
aspecto de la plebe, cuando entraba
aquella misma tarde victorioso
por las puertas de Elvira, ante la esclava
muchedumbre de Zahara: y penetrando
su vista el horizonte nebuloso,
comprendió que a su vez el africano
rehusaba, como él supersticioso,
besar servil su ensangrentada mano.
Comprendió que las lívidas cabezas
de Saavedra y sus nobles zahareños,
no fueron para el pueblo de proezas
testimonios sin par, sino visiones
que empañaron del triunfo las grandezas;
fueron, en fin, proféticos ensueños
que trocaron para él los corazones.

Y al fin el moro comprendió, con pasmo
mortal y con hondísima congoja,
que aquella multitud, cuyo entusiasmo
se extinguió ante su faz de sangre roja,
y tornó sus miradas compasiva
a la cristiana multitud cautiva,
no vió sobre el laurel de la victoria
el reflejo del astro de la gloria,

sino el reflejo torvo y fugitivo
de la hoja del alfanje vengativo.

Comprendió que, en su ausencia, entre [la plebe
germen de rebelión vertido había
la callada traición con soplo aleve:
y, si hasta entonces escondido y leve,
cuanto más encubierto más seguro,
vió que el volcán de la discordia hervía
de su regia ciudad dentro del muro.

Por la primera vez de su existencia
tembló mirando al tenebroso abismo
de la pasada edad: de su conciencia
el primer grito oyó, y, al fatalismo
sometido de la árabe creencia,
cuando a solas se vió consigo mismo,
vió su regio poder en la agonía
y que el rostro la suerte le volvía.

Rota la tregua con el rey cristiano,
la plebe a la revuelta provocada,
comprendió, aunque muy tarde, el africano
que estaba su política burlada,
falseado su poder de soberano;
y, su crueldad despótica exaltada,
trocándose de bárbaro en villano,
del generoso rey soltó la espada
y se armó del puñal del rey tirano.

»Mueran, dijo: sería empresa vana
»cejar un paso ya: ciña en redondo
»de mi trono los pies lago sin fondo
»de sangre mixta mora y castellana.
»Mueran cuantos me busquen enemigo
»y que avance el pendón de los cristianos:
»los árabes ante él se harán hermanos
»y a la muerte o al triunfo irán conmigo.
»Si no quiere Granada ser vasalla
»respetuosa, intentando a cotos fijos
»reducir mi querer: si bien no se halla
»con mi amor a Zoraya y a sus hijos
»y quiere de mi ley saltar la valla,
»bajo la cimitarra vengadora
»nueva estirpe real, nueva señora
»recibirá temblando la canalla.»

Dijo, y abandonando los cojines
enderezó sus pasos a la puerta,
que daban del salón a los jardines
del patio de Leones; pero yerta
sintió al umbral la planta y erizado
el cabello el rey moro cuando, abierta
al tenerla, miró del otro lado
avanzar por la estrecha galería
horrenda aparición que hacia él venía.

Pálida, lacrimosa, descompuesta,
la vaporosa imagen de un rey moro
era en su forma la visión funesta (7).
Su sien ceñía la corona de oro
y en sus hombros traía el regio manto:
arrastrábale, empero, sin decoro
y con sus orlas enjugaba el llanto.
Vaga aureola de azulada lumbre
radiaban los contornos transparentes
del fantasma real, y ayes dolientes
de mortal profundísima agonía
mostraban la angustiosa pesadumbre
del fatídico ser que así gemía.

Enclavados los pies al pavimento
y sostenido en el pilar apenas,
parado el corazón, roto el aliento,
sintió Muley paralizar sus venas
el hielo del terror. Quiso un momento
huir de la visión que así le espanta,

mas sus miembros halló sin movimiento;
quiso gritar, mas muda su garganta
no acertó a producir ni aun un lamento.

Poco a poco hacia él adelantando
por la oscura y angosta galería,
tristísimos suspiros exhalando,
la aparición en tanto se venía.
Paralizado en el umbral estrecho
el moro y avanzando hacia adelante
la aparición, se hallaron un instante
el fantasma y Hasán pecho con pecho.

Soplo glacial, emanación helada
del pecho de aquel ser, penetró agudo
en el pecho de Hasán como una espada
y a su impresión, que soportar no pudo
de pavura y dolor lanzó un gemido.
Entonces, acercándose a su oído,
dijo aquella visión desconsolada
con tristísimo acento dolorido:
«¡Escrito estaba! La postrera hora
»llegó para la gente desdichada
»de mi gentil ciudad habitadora.
»¡Ay de la gloria de la gente mora!
»¡Ay de los de Nazar, ay de Granada!»

Dijo la aparición y, suspirando,
el corredor tomó que al huerto guía,
y el rey hasta el balcón fuese arrastrando,
tendiendo una mirada de agonía
sobre el jardín. Por él atravesando
vió que la lenta aparición seguía:
mas a través del murallón macizo
sumida entre las piedras se deshizo.

El alma de Muley, amedrentada,
abandonó un instante sus sentidos,
derribando su cuerpo en la bordada
alfombra del balcón: mas sus oídos
zumbaban con la voz de la angustiada
visión, que repetía entre gemidos:
«¡Ay de los de Nazar, ay de Granada!»

Sus densas sombras espesado había
lenta la noche y silenciosa en tanto,
y cobijada la ciudad yacía
bajo los pliegues de su negro manto.

IV

Astro de bendición para el Hispano,
una ardiente mujer nació en su suelo,
y avivada la fe del castellano
brotó cuando a su faz la trajo el cielo.
El fulgor de su genio al africano
en el alma infundió siniestro duelo,
y de su luz el misterioso influjo
la estrella mora a oscuridad redujo.

Por siete siglos alumbrado había
la estrella del Islam la gloria mora,
y en el zenit aun resplandecía,
de la región ibérica señora.
Desesperada ya, lucir la vía
la raza de Jesús adoradora,
condenada creyéndose en el cielo
a partir con el árabe su suelo.

Clara, constante, perceptible y bella,
mostró el Señor al ánimo cristiano
su refulgente y protectora estrella
bajo la forma real de un ser humano;
lábaro santo de victoria en ella
recibió al recibirla el castellano,
y, al ver la aureola que en su frente brilla,
su estrella en Isabel miró Castilla.

Dios en la eternidad marcó su hora
de púrpura y de luz con caracteres,
y esta estrella radió deslumbradora
orgullo para ser de las mujeres.
De paz y de bonanza precursora,
ajustó los opuestos pareceres
y dió fin al rencor y enemistades
que turbaban sus campos y ciudades.

Isabel, en cuya alma generosa
puso Dios cuanto bien lo humano encierra,
pura, modesta, noble y piadosa,
fué la reina más grande de la tierra (8).
Dulce y tierna a la par que vigorosa,
diligente en la paz, sabia en la guerra,
dió al bueno premio, al infeliz consuelo,
y de damas y reinas fué modelo.

Dió su aliento real valor a España,
gloria a su sexo y a su edad decoro:
para empresa de honor, propia o extraña,
no rehusó jamás fatiga ni oro.
Cada memoria suya es una hazaña:
del cristiano fué prez, terror del moro:
Dios, en fin, a su aliento soberano
abrió no más el mundo americano.

Dios a su corazón dió una fe ardiente
con una voluntad dominadora,
para que en uno y otro continente
derramara su luz consoladora;
y la adoró la americana gente,
y se humilló a sus pies la gente mora,
y de ambos mares en la opuesta orilla
clavó los estandartes de Castilla.

Tuvo en su alma varonil asiento
a virtud inflexible y verdadera:
nueva edad comenzó a su nacimiento;
fué su genio la antorcha de otra era,
su victorioso nombre llenó el viento,
su gloria vivirá imperecedera:
con orgullo español mi voz la canta,
mi fe venera su memoria santa.

Tal fué Isabel. Su grande pensamiento
concibiendo su espléndido destino,
a su secreto y colosal intento
con gran prudencia preparó el camino;
e invocando el favor del firmamento,
con fe esperando en el favor divino,
su escrutadora y perspicaz mirada
tenía sin cesar fija en Granada.

Es ya la media noche: rasa y fría
la atmósfera ostentar al firmamento
deja su manto azul, de pedrería
salpicado, al fulgor amarillento
de la menguante luna; ya no pía
ni susurra en el bosque ave ni viento;
todo, desde el palacio hasta la choza,
sueño reparador en calma goza.

Todo tranquilo yace en el recinto
de Medina del Campo, donde mora
del católico rey Fernando Quinto
la esposa ilustre, del país señora.
Doquier el fuego y el rumor extinto
por la cristiana villa, que la adora,
único de su alcázar centinela
el castellano honor su sueño vela.

No por barreadas puertas defendida,
ni cercada de guardia numerosa,
duerme Isabel inquieta por su vida
en torreón con barbacana y fosa;
en cámara modesta, guarnecida
de tapiz sencillísimo, reposa

a la luz de una mustia lamparilla
la virtuosa reina de Castilla.

Su aposento y su lecho no decora
de genovés brocado, ni de encaje
flamenco, ni de seda crujidora
de Francia, cairelado cortinaje;
lino salubre y lana guardadora
del natural calor, de su mueblaje,
su lecho y su vestido son la tela:
nada allí el lujo mundanal revela.

Isabel, aunque hermosa y soberana
y con glorioso porvenir nacida,
reconoció desde su edad temprana
la vanidad de la terrena vida;
y su sincera educación cristiana
de la era turbulenta trascurrida
en el aciago y anterior reinado,
la experiencia ha después fortificado.

Y por eso no hay lujo en su aposento,
y es común y modesto su vestido,
y es frugal y sencillo su alimento,
y su dispendio personal medido:
y, el fausto de su alcázar opulento
del orden de su casa dividido,
es, digna al par de imitación y fama,
reina opulenta y laboriosa dama.

Da a su suprema dignidad decoro
con regia pompa y ostentoso porte,
al extranjero al recibir y al moro
en ceremonias y actos de su corte:
vacía sin pena su real tesoro
en todo caso que al honor importe:
mas desnuda en su cuarto su persona
del pomposo esplendor de la corona.

Por eso su alma, que altivez no abriga,
tiene franca y leal correspondencia
en la adhesión de sociedad amiga:
los afanes que agobian su existencia
de reina amistad íntima mitiga:
y tiene en los que admite a su presencia
amigos fieles, defensores bravos,
no aduladores sórdidos y esclavos.

Del amor de sus súbditos por eso
segura, y más segura que entre lanzas,
de sus regios deberes lleva el peso
libre de rebeliones y asechanzas;
y del pueblo el honor guardando ileso,
y en su honor con inmensas esperanzas,
abrigando una fe que no vacila,
en su lecho Isabel duerme tranquila.

De un crucifijo santo la escultura
pende sobre la augusta cabecera
de su lecho real, donde segura
reclina la cerviz: su cabellera
recoge casta toca, y la blancura
de su cuello y sus brazos con severa
honestidad envuelve en blanca bata,
que su pudor ni aun para el rey desata.

Su postura modesta y recogida,
la serena expresión de su semblante,
muestran que orando se quedó dormida
y que al remordimiento vigilante
su corazón leal no da guarida:
de sus virtudes el vapor fragante
en torno de su lecho se respira,
y su casta beldad respeto inspira.

¡Su aposento real cuán diferente,
cuán distinto su púdico reposo

del sueño de las reinas del Oriente,
inquieto en camarín voluptuoso!
De torpe desnudez el aliciente
atrae allí no más al torpe esposo,
y sobre el cieno del placer reposa
sólo el cariño de la infiel esposa.

Allá en torno del áurea alcazaba
rugen la rebelión y el descontento,
y asalariada muchedumbre esclava
contiene al pueblo de respeto exento;
aquí, del miedo sin la odiosa traba,
las puertas sin cerrar de su aposento,
duerme del pueblo la señora hermosa,
reina querida, respetada esposa.

Allá las salas del alcázar moro
pueblan las inquietudes y traiciones,
la voz de la discordia, el son del lloro,
el terror y las lúgubres visiones;
aquí, de bien y de placer tesoro,
sólo abrigan los regios artesones
el casto amor, la plácida esperanza,
sueños de paz y días de bonanza.

Allí en la sombra, de la muerte huyendo,
corre el hijo del padre, fugitivo;
allí medita parricidio horrendo
supersticioso el rey y vengativo;
allí un espectro sin cesar gimiendo,
de tumba falto y al reposo esquivo,
turba el sosiego de la real morada
y augura el fin de la oriental Granada.

¡Cuán distinto el alcázar de Medina
en la nocturna sombra se levanta!
Vela sobre él la protección divina
y orea su recinto una aura santa.
Aquí la paz benéfica domina,
la esperanza feliz el alma encanta,
y de la religión bajo el imperio
se efectúa en la noche un gran misterio.

Un ángel bello, del Señor enviado,
de la reina Isabel llegando al lecho,
su aliento de los cielos emanado
introduce en el fondo de su pecho;
y con su hálito puro y perfumado,
cual del Edén con los aromas hecho,
aleja los espíritus malignos
y los delirios de su sueño indignos.

Es Azael: en su rosada mano
de la alma fe la antorcha centellea:
su vivífico soplo soberano
la faz risueña de Isabel orea:
un canto, en cuyo son nada hay humano,
su oído no, su corazón recrea:
luz celestial su espíritu ilumina,
y su alma ve la aparición divina.

De pacíficos ángeles un coro
el casto lecho de Isabel circunda:
un suavísimo albor de grana y oro,
como una aurora boreal, inunda
el aire: rumor plácido y sonoro
de harpas lejanas la quietud profunda
de la noche armoniza, y la fragancia
de la mirra trasciende por la estancia.

Un misterioso encanto indefinible
por el palacio y la ciudad se extiende,
cuyo mágico efecto incomprensible
de su cámara regia se desprende,
y en sueño delicioso y apacible
sume la población, que no comprende
la celestial incógnita influencia
que envuelve en tal deleite su existencia.

Cuanto aliento vital goza en Medina,
fecunda en germen y en raíz vegeta,
esta influencia mágica y divina
a su poder recóndito sujeta:
y bajo este poder que la domina,
en calma universal, en paz completa,
la tierra de Isabel goza ignorante
las dichas del Edén por un instante.

De Jehovah el espíritu en tal hora
al alma de Isabel se comunica,
y del Señor la fuerza triunfadora
en su valiente corazón radica.
En su pecho magnánimo atesora
santo fuego Azael, y centuplica
el humano vigor que en él encierra
Dios, que la trajo a dominar la tierra.

El ángel a quien ÉL ha encomendado
la grande empresa que a Isabel destina,
se la acerca, su término llegado,
y sobre el pecho de Isabel se inclina:
y del Señor con el poder armado,
va de la antorcha de la fe divina
a encerrar de su pecho en lo profundo
chispa capaz de iluminar el mundo.

Abrió Azael sobre el augusto lecho
sus dos nevadas alas, abarcando
de muro a muro el camarín estrecho
y a Isabel bajo de ellas cobijando:
y de su antorcha, que acercó a su pecho,
una chispa con su índice arrancando
que, al brotar, un relámpago produjo,
en el real corazón se la introdujo.

A su contacto abrasador sintióse
su corazón mortal regenerado,
y su cuerpo de barro iluminóse,
al fuego de la fe purificado.
El ser humano de Isabel cambióse
en más sublime ser divinizado,
y comenzó a gozar con nueva esencia
mejor que la mortal nueva existencia.

Al soplo de Azael, que fecundiza
en su mortal naturaleza humana
los gérmenes celestes, la ceniza
voló de toda inclinación liviana;
y de materia vil y quebradiza
exenta ya su esencia soberana,
dijo a Isabel el ángel, con la palma
sobre su corazón que late en calma:

«¡En el nombre de Dios, de su fe santa
»prenda en tu corazón esa centella!
»En su nombre inmortal la cruz levanta,
»y convoca a tu grey en torno de ella.
»Espanto del Islám, bajo tu planta
»la frente infame de Mahoma huella:
»astro de los cristianos, aparece:
»Dios en tu luz sagrada resplandece.»

Al poder de este acento sobrehumano,
levantóse Isabel transfigurada
y al ígneo corazón llevó la mano,
al fuego celestial no acostumbrada;
mas de misterio tal en el arcano
por Dios al punto penetró inspirada,
cuando al tender en su redor los ojos
vió a sus pies a los ángeles de hinojos.

Entonces en su mente, prevenida
por celestial intuición, brotaron
los pensamientos mil que en su guarida
hasta entonces ocultos fermentaron;
a su vista, por Dios esclarecida,

del porvenir las nieblas se rasgaron,
y, al sentirse por ÉL predestinada
para rendirla, dijo: «¡Ay de Granada!»

Y al salir a las auras exteriores
las armónicas notas de su acento,
se transformaron en fragantes flores,
y en mariposas áureas sin cuento,
y en pájaros de luz de mil colores
los átomos vivientes de su aliento:
los genios de Azael los recogieron
al brotar, y en el aire se perdieron.

«Partid, dijo Isabel, sus transparentes
»formas perderse en el azul mirando:
»partid, y al corazón de los creyentes
»id con los ecos de mi fe llamando:
»mis encendidos átomos vivientes
»por mis ciudades id desparramando:
»id en nombre de Dios, id por Castilla
»de mi fe derramando la semilla.

»¡Espíritu de Dios!, ya en mí te siento:
»ya señalarse en el cuadrante de oro
»de la honda eternidad veo el momento
»propicio al español, fatal al moro.
»Heme pronta a tu santo llamamiento:
»obedezco tu voz, tu ley adoro.
»¿Quién me resistirá de tu fe armada?
»Yo plantaré la Cruz sobre Granada.»

Dijo Isabel. Los átomos divinos
de su aliento, por Dios purificado,
mensajeros de su alma, peregrinos
por la región del aire purpurado
ya con arreboles matutinos,
al término que Dios les ha marcado
partieron. Dios, haciéndoles fecundos,
transforma leves átomos en mundos.

V

Antes que el sol su esplendorosa hoguera
de la luz de los astros alimento,
mostrara en el Oriente, su carrera
misteriosa acabando en un momento,
de Castilla hasta la última frontera
de su señora se esparció el aliento:
y doquier que sus átomos posaron,
chispas de fe, las almas alumbraron.

Al influjo de este hálito divino
regenerose la cristiana tierra
con nuevo ser y cambio repentino;
los nobles turbulentos, que con guerra
doméstica ensangrientan su destino,
sintiendo el nuevo ser que su alma encierra,
sintieron sus alientos belicosos
bajo instintos brotar más generosos.

El pueblo, por sus próceres armado
en pro de asoladoras banderías,
contempló su valor desperdiciado
en contiendas inútiles o impías;
y, por la nueva fe iluminado,
pensó en borrar de tan nefastos días
con páginas espléndidas de gloria
del libro de los tiempos la memoria.

El soplo de los ángeles fecundo
inoculando la feraz semilla
de la fe de Isabel en lo profundo
del alma de los hijos de Castilla,
la progenie evocó que, un nuevo mundo
del mar buscando en la encontrada orilla,
iba en sus carabelas viento en popa
las llaves de otro mundo a traer a Europa.

Un vapor luminoso, perceptible
no más a los espíritus del viento,

a la mirada de Satán terrible,
y a las del Hacedor del firmamento,
alfombra en punto tal la haz apacible
del católico reino, en tal momento
recibiendo sus pueblos, que en paz duer-
[men,
de la celeste inspiración el germen.

De los jefes católicos, en sueños,
el generoso corazón se agita
a impulso de presagios halagüeños
que el soplo en ellos de Azael excita.
Temerarios y heroicos empeños
ya delirando cada cual medita,
y, a la voz de los cielos obediente,
pronto al combate cada cual se siente.

Uno entre todos, héroe futuro
de la conquista en que la Cruz se empeña,
con el asalto de agareno muro,
por Azael arrebatado, sueña,
y el fondo ve del porvenir oscuro
que con la fe alumbrándole le enseña.
Es Ponce de León, el caballero
mejor, en fe y en armas el primero (9).

Él, de la ira de Dios rayo inflamado,
de su divina cólera instrumento,
el primero en su mente inoculado
percibe de Isabel el pensamiento;
como ella por el ángel instigado,
penetrar en su ser siente su aliento,
y que en él a su soplo se levanta
de la cristiana fe la llama santa.

Del corazón le advierten los latidos
del invisible genio la presencia,
y el placer con que gozan sus sentidos
el soberano bien de la existencia;
y oye en su corazón, no en sus oídos,
una voz que relata a su conciencia
de una era de fe, de honor y gloria
la venidera y encantada historia.

El ángel Azael, ante sus ojos
del negro porvenir el libro abriendo,
con sangre escrito en caracteres rojos
del árabe le muestra el sino horrendo.
Mensajero se ve de los enojos
de Jehovah en Granada combatiendo,
desplegado un momento ante su vista
el cuadro colosal de la conquista.

Él, de su panorama misterioso
reconoce los sitios y figuras,
y ve doquiera su pendón glorioso
tremolando el primero en las alturas;
siempre descubre su corcel fogoso
recorriendo triunfante las llanuras
que abandonan ante él los africanos
y que tras él ocupan los cristianos.

La fiebre de su espíritu guerrero
a este ensueño de gloria se enardece,
y al envidiado honor de ir el primero
en su noble ambición se desvanece;
y soñando que blande el ancho acero
que tira el primer golpe le parece,
y el rudo brazo al descargar exclama:
«En honor de mi Dios y de mi fama.»

Poniendo entonces Azael su mano
sobre su ardiente y generoso pecho,
díjole, del honor y la fe arcano
su noble corazón dejando hecho:
«El primero serás: Dios soberano
»acuerda a tu valor ese derecho.
»Levanta el grito y el pendón de guerra:
»tala, rayo de fe, la mora tierra.»

Dijo Azael: y abriendo en el ambiente
sus alas de vapor, por un momento
dejando tras de sí fosforescente
rastro, perdióse en el azul del viento.
Despertó el castellano de repente
la puerta oyendo abrir de su aposento,
y presentóse en ella a don Rodrigo
de un cristiano adalid el rostro amigo.

Es el valiente escalador Ortega,
de la guerra avezado al ejercicio,
donde su vida cada día juega
de *escucha* haciendo el peligroso oficio (10).
Del territorio de los moros llega,
y su presencia siempre algún servicio
promete al de León, quien en campaña
siempre de él se aconseja y acompaña.

Reconoció de Dios al mensajero
en él el piadoso don Rodrigo,
y el gaje espera que le trae primero
de las promesas de Azael consigo.
Incorporóse, pues, el caballero
diciendo alegre: «—¿Qué me traes, amigo?
—Traigo una prenda que os dará gran fama:
traigo una villa mora. —¿Cuál?—Alhama».

«—¡Alhama! Es la más rica del rey moro.
—Sí, señor: de su reino está en el centro.
—¿Dicen que en ella guarda su tesoro?
—Sí, señor: y yo de ella os pondré dentro.
—¿Sabes lo que prometes? —Nada ignoro,
señor; mas cuando ofrezco es que me en-
[cuentro
en posición de dar. Venid conmigo,
y sois dueño de Alhama, don Rodrigo.»

«—Ortega, en una empresa tan osada
es preciso que Dios guíe tu huella.
—La voluntad de Dios está marcada
y nos la brinda a nuestra buena estrella.
Yo no me he contentado en mi emboscada
con rodar por la noche en torno de ella:
señor, yo he estado dentro de la villa:
Dios por mi mano se la da a Castilla.»

«—Yo veo la de Dios tras de tu mano.
Basta: aguarda mis órdenes afuera.»
Salió Ortega: el ilustre castellano
del lecho se arrojó, y, con fe sincera
puesto de hinojos, con fervor cristiano
dijo: «Mi fe, Dios mío, en vos espera:
si en Alhama, Señor, me dais entrada,
yo llevaré la Cruz hasta Granada.»

LIBRO QUINTO

INTRODUCCIÓN

لا تحزن فالذى قضى الله يكون

(Sentencia árabe) (1).

¡Escrito estaba así! Dios en su mano
tiene los corazones de los reyes,
y sus profundos cálculos políticos
la voluntad de Dios acota siempre.
Esa nación, que poderosa nace
de las ruinas de aquella que perece,
al mandato de Dios brota y se encumbra
y en alas sólo de su aliento viene.
Los pueblos y las razas se renuevan,
devorando el que nace al que fenece,
como en la inundación bajo las aguas
se renueva el país que se sumerge.
La gloria y el poder de las naciones
nace, se eleva y cae, cual se suceden
las semillas y frutos de la tierra,
hijas de la estación que les da germen.

El invierno corona las montañas
con blancas tocas de apretada nieve,
y el aire de sus copos infecundos
la lluvia extrae para regar las mieses.
Cuna y sepulcro al par de cuanto en ella
vegeta y se consume, nace y muere,
fúnebre ¡adiós! o alegre bienvenida
da la tierra a quien parte y a quien viene;
y lo mismo que el manto se desciñe
de vida y flores en que abril la envuelve,
se despoja insensible de sus pueblos,
y sus razas olvida indiferente.
Así han nacido y perecido todos
bajo esta ley universal, y quieren
explicar los políticos en vano
los misterios del tiempo y de la muerte.
Mane, Tézel, Farés, escribió el dedo
de Dios de su palacio en las paredes,
y se hundió Baltasar y Babilonia:
y así se hunden los pueblos y los reyes.
En vano achaca el sabio a su política
el viento que a su ruina les impele:
al pueblo que a su fin mísero toca
su propio peso hacia su fin le vence:
y el rey que nace de su raza el último,
por mucho que afanoso se desvele
por la prez y la gloria de sus pueblos,
al fin sus pueblos y su gloria pierde.
Nínive así, Jerusalén y Roma
fueron: y así las razas del Oriente
que encantaron los valles de Granada
fueron: sombra de sauce, inquieta y breve,
aroma de jazmín que dura un día,
humo de mirra que borró el ambiente,
nube formada del vapor del alba
que a los rayos del sol se desvanece.
Tal fué Granada: y al dejar sus muros,
filósofa o fanática su gente
escrito estaba así, dijo partiendo:
¡Alahú-akbar! ¡Dios grande, tú lo quieres!»
Y yo, que al relatar su última historia,
en empolvados libros y papeles
roídos por el tiempo, voy sus hechos
al olvido robando, siento a veces
preñárseme los párpados de lágrimas,
viendo la abnegación de aquellos seres
que al África partieron resignados,
más que a su patria a su creencia fieles:
y cuando leo los cristianos libros
que les tratan de bárbaros y aleves,
digo en mi corazón: «Escrito estaba:
¡Alahú-akbar! ¡Dios grande, tú lo quieres!»
Mas volviendo a tomar mi torpe pluma,
y tornando a elevar mi canto débil,
torno al relato de su antigua historia
y vuelvo de Granada a los vergeles.

NARRACIÓN

I

Más allá de la selva de avellanos,
a cuya sombra misteriosa mana
murmuradora fuente cuya historia
cuento parece de orientales hadas:
más allá de los cármenes que alegran
de los cerros del sol la verde falda,
y más allá de las rojizas lomas
que a Darro obligan a torcer sus aguas,
hay un tajo que forman dos colinas
donde la arcilla estéril, de las plantas
secando las semillas, el arraigo
de yerbas, flores y árboles rechaza.
De este tajo en la cóncava hendidura,
del moro y del cristiano abandonada
y objeto de pavor para ambos pueblos,
hay una vieja torre solitaria.
Fábrica, según unos, de un mal Genio

que, teniendo en las nubes su morada,
robó audaz una hurí del paraíso
y al mundo la bajó sobre sus alas,
encerrándola luego en esta torre
que fabricó con piedras encantadas.
Obra de un parricida, según otros,
de quien no quiso Satanás el alma,
y la enterró con el nefando cuerpo
debajo de la arcilla emponzoñada,
vuelta después en fuente pantanosa,
turbia, insalubre, fétida y amarga.
Mas cualquiera que fuere el misterioso
origen ignorado de su fábrica
que en los siglos se pierde, es esta torre
objeto del terror de la comarca.
Al amor de la lumbre los ancianos,
de las noches de invierno en las veladas,
a sus vecinos y parientes de ella
mil leyendas quiméricas relatan.
Ni pastor llevó nunca su ganado
por aquellos contornos, ni serrana
por recia tempestad sobrecogida
se abrigó de sus bóvedas rajadas.
Ni nunca las doncellas campesinas
se casaron con hombre que pasara
en la luna anterior al matrimonio
por bajo de esta torre condenada.
Ni cazador alguno su ballesta
disparó sobre el ave o la alimaña
que se acogió a las grietas de sus muros,
o en su cresta posó desalmenada.
El padre al revoltoso rapazuelo
con la torre fatídica amenaza,
y el muchacho, medroso, se guarece
bajo el regazo maternal y calla.
Dicen que en las tinieblas de la noche
en torno de ella apariciones vagas
se perciben tal vez, y se iluminan
los huecos de sus lóbregas ventanas;
dicen que un moro, o alquimista o santo,
de triste voz y venerable barba
la torre habita, y que curó con filtros
a una pobre mujer endemoniada;
y cuentan, aunque nadie le designa,
que un mancebo del pueblo, que idolatra
a una infanta real, clavó una noche,
caprichos por cumplir de la que ama,
en el viejo postigo de la torre
el velo de la hermosa con su daga:
y la hermosa a otro día halló clavados
el velo y el puñal en su ventana.
Un mercader del Zacatín, muy rico,
muy limosnero y de costumbres santas,
consultó escrupuloso con un sabio
santón el fundamento de estas fábulas.
Y el sabio Aly-Mazer, que penitente
en los montes habita una cabaña
que nadie vió, y a quien el vulgo dice
que cuida allí de alimentar un águila,
su plática al oír sobre la torre
dijo con vista torva y voz airada:
«¡Ay del que pise de su umbral la piedra!
allí afila la muerte su guadaña.»
Y esto el sabio santón diciendo a voces
al mercader, atravesó la plaza,
dejándole aterrado y circuído
de inmensa multitud estupefacta.
Dícese, sin embargo, aunque se dice
entre amigos no más y en voz muy baja,
que algunos han llegado hasta esta torre
de consejos o filtros en demanda,
y que el viejo dervich que habita en ella
satisfizo sus dudas o sus ansias:
y aun dicen que debajo de las piedras
de aquella torre vacilante se hallan
camarines suntuosos, alumbrados
con candelabros de coral y de ámbar,

y una fuente que aduerme los sentidos
al dulce son de sus bullentes aguas.
Dios sabe la verdad; el vulgo siempre
da formas temerosas y fantásticas
a lo que no comprende, y esta torre
le es en sus sueños pesadilla ingrata.

Era la última tarde de febrero:
ya el crepúsculo en sombra se cerraba,
de los vientos de marzo comenzando
a zumbar en los árboles las ráfagas.
Ya recogido el labrador su yunta
cansado había y el pastor sus cabras,
y el humo de las chozas y alquerías
a su frugal banquete le llamaba.
Se hundían en sus cuevas los reptiles
y acudían las aves a las ramas,
llamando a la vecina primavera
que más de lo que anhelan se retarda.
La tierra, en fin, en brazos de la noche,
yerta, en silencio y soledad quedaba
y al lejos la ciudad se distinguía
sólo ya por la luz de sus ventanas.
Era una noche fría y tenebrosa:
crecía el viento y, de la luna falta,
la bóveda del cielo parecía
con fúnebres crespones enlutada.
Era una de esas noches en las cuales
la voz del miedo al corazón nos habla,
y de infantil superstición al soplo
quimeras mil en nuestra mente se alzan.
Noche agradable para oír historias
junto a la lumbre del hogar contadas,
o para hacer castillos en el aire
bajo el triple doblez de espesa manta.
Mas no siempre a su antojo goza el hombre
plácida ocupación, cómoda estancia,
y alguno hay siempre que afanoso vela
mientras el mundo universal descansa.

He aquí por qué del arcilloso tajo
donde la antigua torre está fundada,
a pesar de la noche pavorosa,
la soledad del hombre atravesaba.
No se alcanzaba a ver en las tinieblas
ni aún el contorno de su forma humana,
mas se oía su aliento fatigoso
y el compás desigual de sus pisadas.
Sonoro el rosetón de sus espuelas
tal vez por caballero le acusaba,
y por hombre de guerra el son metálico
con que bajo el caftán crujen sus armas.
Llegó a la cima del repecho, donde
la puerta da del torreón: ahogada
tos de cansancio le saltó del pecho,
mas sofocó su ruido en la garganta.
Breve silencio luego, hondo, absoluto,
indicó que dudoso vacilaba,
y que tal vez en el momento crítico
le abandonaba el corazón su audacia.
Con larga aspiración tomar aliento
oyósele después, y de la daga
con el pomo dos golpes dió en la puerta,
secos, iguales, firmes: no temblaba.
El corazón que daba a aquella mano
tan sereno vigor latía en calma,
y el hombre que llamaba a aquella torre
resuelto en ella a penetrar llegaba.
Si a su secreto huésped conocía,
su relación con él era harto franca;
si la creía habitación de espíritus,
con temeraria fe les provocaba.
El doble son de su doblado golpe
los ecos de la torre abandonada
cóncavos repitieron, hasta ahogarles
en la desierta cavidad lejana,
y un momento después otra voz ronca
tras de la puerta preguntó: «¿Quién llama?
—Un hombre solo», respondió el de fuera.

EL DE DENTRO

¿Qué quiere?

EL DE FUERA

Quiere hacer una demanda
al espíritu sabio que aquí mora.

EL DE DENTRO

¿Su ciencia sin saber de quién dimana?

EL DE FUERA

Del cielo o del infierno: importa poco;
con que me sepa responder me basta.

EL DE DENTRO

¿Resuelto traes el corazón?

EL DE FUERA

A todo.

EL DE DENTRO

¿Tienes bien la pregunta meditada?

FUERA

Sí.

DENTRO

¿Sabes que la ciencia nunca miente,
y que desnuda la verdad espanta?

FUERA

Favorable o fatal, saberla quiero;
pon precio a tu respuesta, pero dámela.

DENTRO

La ciencia no se vende: y quien el cáliz
osa apurar de la verdad amarga,
en el veneno que al saberla bebe
la compra por su mal bastante cara.
Entra. Abrióse la puerta: pasó el hombre,
y fué todo silencio, sombra, nada.

En medio de un morisco gabinete
que, a juzgar por su bóveda cerrada,
pertenece sin duda a alguna obra
desconocida, oculta y subterránea,
al suave resplandor con que la alumbran
de pulido alabastro cinco lámparas,
hay una fuentecilla que se vierte
de mármol trasparente en una taza.
El desborde del líquido impidiendo,
un sumidero que su fondo horada
le conserva en nivel constante siempre,
la que sume igualando a la que mana.
Su ancho tazón que sobresale apenas
del pavimento, a la arabesca usanza,
cercado está de blandos almohadones
y tupidas alfombras toledanas;
mas parece que sólo se destinan
por el rico señor de aquella estancia
a que gocen sus huéspedes la vista
y el grato son de la corriente mansa:
y la luz de las lámparas, que recta
en su cristal a reflejarse baja,
para alumbrar también parece sólo
la transparente linfa preparada.
Radia, empero, esta luz por todas partes

en rededor de la ostentosa cámara
sobre mil preciosísimos objetos,
que la opulencia del señor delatan.
Ricos jarrones del Japón que ostentan
indicas flores que en su seno arraigan,
plumas costosas de chinesco origen,
y talismanes y amuletos y armas
por su rara virtud o precio enormes
de enriquecer capaces a un monarca,
decoran el fantástico aposento
que aroma un ancho perfumero de ámbar.
Exquisitos damascos, cairelados
con anchos flecos y tejidas randas,
cubren los muros cuyo friso adornan
minuciosas labores africanas;
y del techo estaláctico, de cedro
y olorosas maderas cinceladas,
los huecos casetones laberínticos
miniaturas espléndidas esmaltan.
El murmullo continuo de la fuente,
la suave luz en ella reflejada,
y el aroma oriental del perfumero
que armoniza, ilumina y embalsama
el aire de este asilo misterioso,
embebecen el ánimo y embargan
los sentidos, y el alma a las delicias
de beáticos éxtasis preparan.
Al respirar su atmósfera vivífica
la cavidad del pecho se dilata
con placer inefable: y, cual si en ella
un bálsamo vital se inoculara,
corre la sangre renovada, al cuerpo
comunicando ligereza extraña,
como si el soplo de benigno Genio
su peso terrenal aligerara.
Este deleite, empero, inexplicable,
este placer magnético que embriaga
el ánimo y el cuerpo en este sitio,
anta delicia infunde que aletarga.
Aura parece del Edén, divina
fruición de la gloria que, arrastrada
a la tierra de impuro sortilegio
por la virtud, deleita pero daña.
Mansión es ésta singular: acaso
en ella con sacrílega amalgama
el ambiente vital del paraíso
y el aliento satánico se hermanan.
Mansión que está sujeta a algún encanto,
o por algún espíritu habitada,
o por un sabio mago está dispuesta
para abusar de la razón humana.
Fantástica mansión, cuyo recinto
se encierra oculto en la maciza fábrica
de los hondos cimientos que mantienen
la torre secular que al vulgo espanta.

Como visión que se aparece muda
a la voz del conjuro que la evoca,
como la mancha que proyecta móvil
la nube que ante el sol cruza la atmósfera,
así apartando la crujiente seda
que el subterráneo camarín decora,
en su oriental recinto penetraron
en sombrío silencio dos personas.
Hombres las dos; el uno, revestido
de luengas, anchas y talares ropas,
bajo el morisco capuchón plegado
la edad oculta y el semblante emboza.
Debajo el otro de caftán turquesco,
rica armadura y cimitarra corva
deja admirar: mas el cerrado almete
su faz resguarda de atención curiosa.
Ser el primero en su ademán revela
de esta mansión el dueño: indagadora
inquietud, mas no miedo, del segundo
muestra la continencia cautelosa.
Busca el primero entre los mil objetos
que allí se ven, de aplicación incógnita,

algo que necesita, y el segundo
sagaz espía sus acciones todas.
Un talismán y un libro, cuyos usos
sólo tal vez su posesor no ignora,
tomó por fin el sabio y puso el libro
en un atril de laboreada concha.
Era el libro un volumen con respeto
guardado en un cajón de palo-rosa,
y el talismán representaba un áspid (2),
el cuerpo de oro y de coral la cola.
De un candelero de oro salomónico
encendió luego la bujía roja
el silencioso encapuchado, y dijo
volviéndose al guerrero: «Ya está pronta
el ara de la ciencia y arde en ella
la luz de la verdad. Ese áspid toma,
pregúntale; divide de ese libro
las páginas con él y, sobre la hoja
que abras, lee la respuesta a tu pregunta,
y... espera todavía: si te importa
tu secreto guardar, que por tu lengua
hable tu alma: la palabra sobra.»

Obedeció en silencio el caballero:
y dejando en un mueble sus manoplas,
con la desnuda mano asiendo el áspid
se aprestó a la tremenda ceremonia.
Hizo en secreto su demanda, y luego
metiendo el talismán entre las hojas
del libro, en el atril por ambos lados
caer partidas al azar dejólas.
A través de las barras del almete
tendió a lo escrito la mirada ansiosa:
leyó, y el estertor que hinchó su pecho
mostró de su alma la mortal congoja;
Mas hombre a dominar acostumbrado
sin duda al corazón, una tras otra
leyó todas las líneas de la página,
su acíbar apurando gota a gota.
Acabó de leer, y cabizbajo
permaneció un momento: escrutadora
entretanto del sabio la mirada
sobre él en vano pertinaz se posa;
porque el tejido espeso de las barras
de la celada penetrar le estorba
hasta su rostro que, indiscreto acaso,
revelara su idea más recóndita.

Alzó al fin el armado la cabeza,
con un suspiro desechando la honda
fatídica impresión del sortilegio,
rompiéndose el silencio en esta forma.

EL SABIO

¿Has concluído?

EL CABALLERO

Sí.

EL SABIO

¿Qué trae el libro?

EL CABALLERO

Una encantada y peregrina historia.

EL SABIO

La tuya.

EL CABALLERO

Puede ser: pero la escrita
tiene cierto sabor a fabulosa.

EL SABIO

En vano quieres con fingida calma
ocultar a mis ojos tu zozobra;

yo sé que la verdad de tus palabras
está en tu corazón y no en tu boca.
Yo sé que espanta el porvenir: que acíbar
guarda no más de la verdad la copa,
y que, por más sereno que la apures,
te fermenta en el alma su ponzoña.

EL CABALLERO

Un alma varonil con su destino
lucha: una fe tenaz todo lo arrostra.

EL SABIO

La fe de quien a oráculos acude
sólo es superstición que la fe ahoga.
Voy la historia a leer con que ese libro
respondió a tu demanda, y si aun dudosa
tu alma desea explicación más clara,
pídela y la tendrás, palpable y pronta.
Dijo: y fijando su mirada el sabio
sobre el libro fatal, con pavorosa
voz empezó a leer: el caballero
prestando, a su pesar, atención honda.
«Un celestial espíritu encantado
»tiene al rey Alhamar; su augusta sombra
»sobre los leves rayos de la luna
»baja a la Alhambra en las nocturnas [horas.
»Mudo, invisible, su fantasma regio
»se mostrará una vez y una vez sola
»hablará: mas ¡ay triste del que entonces
»vea su faz y sus palabras oiga!
»Él será engendrador del rey postrero
»que en la Alhambra real ciña corona:
»y ¡ay de los de Nazar!, ¡ay de Granada!
»con ese rey fenecerá su gloria.»
Leyó el sabio, y quitándose del libro
dirigió así la voz conminadora
al caballero, que encerrado le oye
mudo e inmoble en su armadura cóncava:
«¡Ay de los de Nazar!, ¡ay de Granada!
»Su rey ha visto la tremenda sombra,
»y ¡ay de ti, rey Hasán!, ¡ay de tu sangre,
»de raza tan fatal engendradora!»

A estas palabras el sombrío armado
dando un paso hacia el sabio, con voz [ronca
pero resuelta, dijo levantando
la celada que el rostro le encapota:
«Yo soy Muley Hasán: tú lo dijiste:
»yo he visto esa fantasma aterradora,
»cuya verdad de confirmarme acaba
»la virtud de tu ciencia misteriosa.
»Yo soy Hasán: pero desde este punto
»para que tal cual soy me reconozcas,
»oye a tu vez la predicción que te hago
»en cambio de tu oráculo y tu historia.
»Yo soy el rey Hasán: pero primero
»que mi raza consume tal deshonra,
»todos mis hijos, todos, uno a uno
»ahogará sin piedad mi mano propia.
»Ya lo sabes: adiós; y abre, pues creo
»que el aire de este cuarto me sofoca.»
Dijo Muley Hasán, y la salida
buscó bajo el tapiz, ebrio de cólera;
mas tomándole el sabio por la mano
le detuvo diciendo: Rey, tú ignoras
lo que el cielo te guarda, y es preciso
desvanecer tus esperanzas locas.
Tu hijo Abú-Abdil...

MULEY HASÁN *(Interrumpiéndole)*

Preso en la Alhambra
yace, y cadáver le hallará la aurora.

EL SABIO

Te engañas: en Guadix contra su padre
junta sus partidarios a estas horas.

MULEY HASÁN

¡Mientes!

EL SABIO

¡Mísero rey!, tú ignoras solo
la desventura inmensa que te agobia:
mas yo te haré agotar hasta las heces
de la horrenda verdad la amarga copa.

MULEY HASÁN

Déjame: basta ya: sé lo bastante;
y siento que mi mente se trastorna,
y de alegría imbécil o satánica
mi inmenso mal el corazón me colma.
¡Déjame!

EL SABIO

No, Muley: esa alegría
insensata la bebes en la atmósfera;
desde que en este camarín entraste
en ti de un fieltro la influencia obra (3):
y esa febril exaltación que sientes
va a llevarte, en las alas vagarosas
de una ilusión quimérica, a unos sitios
cuyos sucesos conocer te importa.
—Déjame, exclamó Hasán como luchando
con alguna impresión vertiginosa.
—Obedece, mortal, exclamó el sabio
con elevada voz dominadora.
Magnetizado Hasán desde este punto,
obedeció a su voz como un autómata:
«Siéntate», dijo, y se sentó: «contempla
el agua de esa fuente». Y en sus ondas
fijó la vista fascinada. Entonces
cerrando el caño por do el agua brota
y el sumidero que la taza horada,
posarse el sabio encantador dejóla.
Deshízose en el mármol el postrero
círculo que formó su última gota,
y quedó el haz del agua tersa, inmóvil,
reflejando en su fondo de la bóveda
las múltiples labores que, alumbradas
por las lámparas, fingen con sus combas
ángulos, radios, casetones y arcos,
grupos de casas, árboles y rocas.
Sentóse el sabio junto al rey, y asiendo
su yerta mano y de su oído próxima
la boca colocando, «duerme, díjole,
»duerme Muley a tu pesar, reposa:
»mas recibe los sueños que te envío
»y dales un asilo en tu memoria,
»para que cuando vuelvas de tu sueño
»recuerdes sus visiones vaporosas.
»Sueña, feroz Muley, y mis palabras
»de sueños vagos en quimeras torna:
»sueña que ves debajo de esa fuente
»lo que en tu sueño de mis labios oigas.
Y aquí el encantador encapuchado
comenzó a relatar con voz monótona
una historia: confusa, como un sueño
en que un millar de imágenes se agolpa
vaga, como unos versos sin cadencia,
que parece tal vez que nunca logran
en su armonía dar con un sonido
que con otro sonido corresponda;
historia, en fin, cuyo relato hecho
en la inflexión y guturales notas
del árabe dialecto, semejaba
al susurro del agua y de las hojas.

III

«Mira, escucha y comprende lo que pasa
en torno tuyo, ¡oh rey! ¿Ves esas sombras
que como en alas de los vientos cruzan
esos llanos y montes con que sueñas,
de esa oscura ciudad saliendo todas?
Los corredores son, que el rey cristiano
envía a sus alcaides fronterizos.
Esa ciudad de donde parten, cuyo
mudo recinto en las tinieblas yace
al parecer pacífico y tranquilo,
es Medina del Campo. Desde aquellas
torres los reyes de Castilla miran
hacia Granada, el pensamiento fijo
en su desolación y la memoria
en el fatal horóscopo, que anuncia
a Abú-Abdil como el postrer monarca
que reinará en la Alhambra; sus jinetes
por eso envían en secreto, y sólo
caminando de noche, a sus mejores
adalides. ¿Y sabes el mensaje
que les llevan, Muley? Que, pues rompiste
las treguas tú, cayendo sobre Zahara,
den por abierto el campo de la guerra
y metan por tus tierras sus pendones,
talando sin piedad y destruyendo
mieses, viñedos, torres y ciudades.
Vuelve ahora la vista hacia este lado:
¿ves ese cerro sobre el cual blanquean
las almenadas torres y los muros
de una morisca villa? Son las torres
y las murallas de Guadix. ¿Ves ese
pendón que en ellas vagarosa agita
el aura de la noche? No es ya el tuyo;
es el de Abú-Abdil. ¿Ves esos hombres
que, envueltos en sus blancos alquiceles
y jaiques africanos, uno a uno
entran en la segura fortaleza
do le hospeda tu alcaide? Todos esos
son los parciales de Abdilá, que acuden
a ofrecerle su brazo y sus tesoros
contra su mismo padre: y son los mismos
que tus inicuas leyes desterraron
de Granada; los hijos y los nietos (4)
de aquella ilustre raza degollada
por el infame padre del que ahora
es tu primer wazir, tu consejero,
del tirano tal vez que por ti reina:
de Abú'l-Kasin Ben-Egas, hijo digno
del renegado vil a quien llamaron
moros y castellanos con desprecio
el *Tornadizo:* y todos alimentan
sed de venganza contra él, y el odio
hierve en su corazón contra la impura
cristiana a quien adoras, y detestan
toda la estirpe vil de renegados
que te cerca, Muley, y al pueblo impulsan
hacia la rebelión, que ya fermenta
hasta en tu misma corte, y cuyo fuego
puede atajar tal vez Dios solamente,
¡Alahú-Akbar!, así está escrito. Vuelve
la vista hacia ese valle: es el de Dona.
¿Ves esa multitud de gente armada
que por él atraviesa?, son cristianos
que a Alhama van. A Alhama, donde tie-
[nes
tus más ricos tesoros: donde acuden
con tus anuales rentas tus alcaides:
donde almacenas los inmensos víveres
a tus tropas fronteras necesarios.
A Alhama van: la llave de Granada
como los granadinos la apellidan:
a Alhama van. Repara cómo trepan
por los peñascos en que está fundada,
como astutos reptiles, los cristianos
escaladores: mira cómo llegan
de los muros al pie sin ser sentidos,

mira cómo aproximan las escalas,
mira cómo en silencio en las almenas
aseguran las manos, cómo tienden
los cautelosos ojos al recinto
del muro y del adarve abandonados;
mira cómo el primero salta dentro
y sesenta tras él. Ese maldito
es Ortega del Prado, ese famoso
escalador cuyas sorpresas tienen
en vela eterna a los alcaides todos
de tus castillos fronterizos. Mira
cómo asesina al centinela y corre
a sorprender la guardia de las puertas;
mira cómo un enjambre de cristianos
por la murallas entra. ¡Ay de tu Alhama!
¡Ay de los que no ven que están cercados
de lobos nazarenos! Mira, mira.
Aquel jinete que a su frente viene
a emboscarse traidor junto al postigo,
es Ponce de León, marqués de Cádiz,
maldecido de Alah y azote nuestro.
Aquel otro de arnés empavonado,
es el rico Asistente de Sevilla
Diego de Merlo: aquel que con el hacha
el barreado rastrillo hace pedazos
con fuerzas de titán, es Juan de Robles
alcaide de Jerez, que mató un toro
dándole en el testuz un puñetazo.
Y no creas que es gente allegadiza
poco diestra en la lid y mal armada;
no, Muley, son guerreros avezados
a pelear: ilustres por sus hechos
y por su sangre generosa: todo
cuanto encierra mejor Andalucía
de castellanos capitanes. Mira,
¿ves aquel joven cuyo bozo apenas
sobre su labio superior apunta?
Bien puedes con el alba que esclarece
divisarle, jinete en un morcillo
que piafa de impaciencia: ese es un hijo
de aquel conde de Cabra cuyo brazo
teme no más Aly-Athar de Loja;
es su hijo don Martín, prez de la raza
de Fernández de Córdova. Aquel otro
que monta un potro negro y que tremola
un pendoncillo cárdeno en la lanza,
don Pedro Enríquez es, Adelantado
Mayor de Andalucía. Toda entera
la tienes ya sobre tu reino: toda
tiene la voz de alarma y se dispone
para vengar a Zahara. ¡Ay de tu Alhama
que tienen ya por suya! ¡Oh!, mira, mira.
Aquel que gana el caracol estrecho
del torreón y baja a dar entrada
a los que aguardan del postigo fuera,
es el comendador Martín Galindo,
que ha jurado inmolar treinta muslimes
a la implacable sombra de un hermano
muerto a sus pies por el Zegrí de Vélez.
Mira cómo ayudado de Estremera
su escudero y de Pedro de Valdivia,
alcaide de Archidona, desatranca
los pesados barrotes de la puerta
y sube las cadenas del rastrillo.
Ya logró levantarle: ya una hoja
franqueó del postigo; apresurados
mira cómo por él se lanzan todos
sedientos de oro y sangre. ¡Alah clemente,
compadece a los árabes! Escucha.
¿No oyes el repentino clamoreo
que ensordece la villa? ¡Desdichada!
Su gente anoche se acostó tranquila
y en brazos de la muerte se despierta.
Mira aquel que en la torre de homenaje
de la alta ciudadela ha enarbolado
la bandera cristiana: oye cuál grita,
agitando frenético los brazos,
¡Alhama por Castilla!..., ya la tienen.

Mas no: mira los tuyos cómo acuden
a la pelea: todavía es suya
la villa, y el castillo solamente,
de los cristianos es. ¡Alah bendito!
Mira cómo coronan las murallas,
una nube de flechas arrojando
sobre los siervos de Jesús. ¡Cuál caén
entre los muros de ambos fuertes! Cejan,
se encierran otra vez en el castillo
la tierra con su sangre enrojeciendo.
¡Ah, leales muslimes, degollados
primero que rendidos! Viejos, niños,
mujeres, cuantos ciñen el turbante
africano, pelean por su patria.
Mira, van a intentar una salida:
ya están acorralados los cristianos
en el castillo, y a su vez ahora
van a ser los sitiados. No hay tronera,
ni lucerna, ni almena, ni resquicio
por donde asome un ojo castellano,
que cubierto de dardos no se vea
en el instante mismo. Ya los tuyos
comienzan a salir: mas, ¡cielo santo!,
en tumulto, sin orden y sin jefe,
como muchachos de una escuela salen.
¡Oh!, van a ser pasados a cuchillo
si los cristianos dan en ellos. ¡Pronto,
desdichados!, ¡atrás!, ¡atrás! Es tarde.
Un lienzo de muralla derribando
los cristianos se lanzan de repente
sobre su ciega multitud, y en ellos
como en ganados en redil se ceban.
Huyen: la puerta los de dentro quieren
cerrar: mas se aproximan unos y otros
en confuso tropel: todo es en vano:
todos al par se precipitan dentro.
Oye cómo a la avara soldadesca
autorizan los jefes al saqueo,
para animar sus bárbaros instintos.
¡Ira de Dios! La muerte por las calles,
por las plazas, las casas y mezquitas,
corre hambrienta de víctimas humanas
y se harta de cadáveres. En vano
unos pocos valientes, prefiriendo
la muerte al cautiverio, se resisten
como leones del desierto. En vano
en tu regio *mirab* encastillándose,
ante el ara sagrada del Profeta
forman una muralla con sus pechos.
Un impío cristiano, una embreada
tea aplicando a la dorada puerta,
sopla la llama arrodillado, en tanto
que otros con sus escudos le protegen
de los árabes tiros. Ya la llama
prendió en la puerta cincelada: el humo
en espirales pardas culebrea
por cima de los cascos: ya las chispas
saltan a impulso del seguro soplo
de la adarga de cuero con que aventan
el incendio naciente, y ya rechina
la primorosa ensambladura hendiéndose.
Mira cómo abrasada se desploma
la mezquita y sepulta a los muslimes;
mira cómo el incendio se propaga
por tus bazares y almacenes; mira
las lagunas de sangre, en cuyo fondo
la voz de todo un pueblo degollado
al justiciero Alah contra ti clama;
mira cómo el incendio, porque veas
mejor, extiende en derredor su llama
encendiendo a tu honor mortuorias teas:
mira la cruz sobre el peñón de Alhama!...
Desventurado rey, ¡maldito seas!...»

Dijo y calló la voz del nigromante;
de la frase final lúgubre el eco
en pavoroso son zumbó un instante
bajo el morisco artesonado hueco.

Un momento después la luz brillante
se extinguió de las lámparas: un paso
lento, mas firme, gravitó en la alfombra:
sintióse en los tapices un escaso
rumor... y todo fué silencio y sombra.

IV

Despuntaba la luz de la mañana:
el sol, detrás aún del horizonte,
tendía ya su resplandor de grana
como un inmenso schal de monte en monte.
Alfombraba la escarcha las laderas
de los valles de Darro, y argentinas
del árbol desprendíanse ligeras
las perlas del rocío, a las primeras
ráfagas de las auras matutinas.
Diáfana, en fin, la atmósfera, sereno
el cielo y quieto el aire, se anunciaba
un día claro y de alegría lleno
que al perezoso mundo despertaba.

En la loma del cerro abandonado,
donde se eleva el torreón oscuro
que al vulgo atemoriza, un hombre armado
yacía al pie del solitario muro,
de espaldas en sus piedras apoyado.
Verde caftán de damasquina tela,
cuyo valor y forma la elevada
clase y poder del portador revela,
cubría su armadura cincelada,
el calado antifaz de su celada
no permitiendo ver si duerme o vela.

Allá en el valle y a la torre vuelto
de espalda, un negro y colosal nubiano
dormía echado, en su alquicel envuelto,
a precaución habiéndose revuelto
las bridas de dos yeguas a la mano.
La hermosa raza del desierto en ellas
se dejaba admirar, y en sus mantillas
de seda tunecí, y en las hebillas
de plata de su arnés, bien claras huellas
se veían del lujo de su dueño,
cuya venida retardaba acaso
dulce el placer, o descuidado el sueño.

El sol, apareciendo de repente
tras de las cumbres de la helada sierra,
derramó su esplendor sobre la tierra,
y un rayo de su luz hirió el luciente
casco de la armadura en que se encierra
el hombre que en la torre al pie del muro
yace, su oculta faz dando al Oriente.
Su calor o su luz, si es que dormía,
le desvelaron: si aguardaba su hora,
le avisaron puntuales que era día.
Entonces el armado, la pereza
o el sueño desechando, en torno suyo
revolvió lentamente la cabeza:
dió tensión a su cuerpo entumecido,
y con señales claras de sorpresa
reconoció el lugar: mas de la torre
viéndose a los umbrales, como herido
de repentina idea, o tal vez presa
de una locura, alzóse, y una gruesa
piedra cogiendo entre sus brazos, corre,
y con cuanto vigor halló en su pecho
lanzándola en impulso bien medido
contra el postigo de madera estrecho,
le descuajó del quicio carcomido.
Cayó dentro la hoja levantando
una nube de polvo, revocada
por su hueco en espesa bocanada;
al temeroso ruido, despertando
el negro que esperaba en la alameda,
volvióse con pavor: mas no vió nada
en medio de la densa polvareda.
Inmóvil el nubiano contemplaba
desvanecerse el polvo que impelido
por el aura corría, y esperaba

sin duda hallar detrás de su cortina
aquel maldito torreón hundido
y abrasada o desierta la colina,
cuando a manera de marmóreo busto
que, abandonando su sepulcro, asoma
del panteón a la puerta, vió con susto
bajar hacia él por la empinada loma
una radiante y colosal figura,
tras sí dejando el torreón vetusto
del cual la vió salir con gran pavura.

Ya para huir despavorido acaso
las manos a la crin y el pie al estribo
iba a llevar, cuando atajó su paso
la voz de su señor (cuya armadura
brillaba al sol con resplandor tan vivo
que deslumbraba), y dándole el nativo
nombre gritóle. «¡Zil, pronto, a caballo!»
Y montando de un salto, a toda brida
lanzó su yegua. Zil, como él activo,
sacó en escape volador tendida
la suya de él en pos, y esclavo y dueño
se hundieron en su rápida corrida
entre el polvo, cual sombras de un ensueño.

V

Media hora después caía muerta
de fatiga a los pies de su jinete
la yegua del fiel Zil, ante la puerta
de la Alhambra: tras él Muley llegando,
a contener la suya no bastando
desenfrenada y en carrera abierta,
con ella por el pórtico se mete.

Sujetaron a un tiempo veinte manos
al fogoso animal: a tierra echóse
el fatigado Amir, y en medio hallóse
de su guardia de negros africanos.

Como una torva y rencorosa hiena
que olfatea con ansia en el desierto,
buscando el tronco del viajero muerto
que enterró el salteador bajo la arena;
tal el fiero Muley el zurdo paso
enderezó a la torre de Comares,
con el designio de manchar acaso
con un nefando crimen sus hogares.
En su rostro, de cólera amarillo,
la decisión horrenda se leía
en su sangriento corazón forjada,
y el infernal placer de su alma impía
en sus trémulos labios y en el brillo
siniestro de su lúgubre mirada.
Los negros, su furor adivinando
en su ademán y rostro descompuesto,
paso le abrieron con temor callando:
él en vez de palabras empleando
un imperioso irresistible gesto,
abrir mandó la cámara africana
que sirve de prisión a la sultana.

En sepulcral silencio, más terrible
que la voz más furiosa, entró en la estancia
de Comares Muley: con impasible,
desdeñosa y sultánica arrogancia,
serena faz y fulgurantes ojos,
a Aixa halló que acercarse le veía
en pie y desafiando sus enojos,
silenciosa como él, como él sombría.

Como audaz cazador que, asegurado
de la muerta leona, hallar espera
sus cachorros sin riesgo, y confiado
avanza hasta la oculta madriguera;
mas en su boca lóbrega, imprudente
los cachorros dormidos reclamando
escarba, y con terror ve de repente,
su ondulante espiral desarrollando,
salir con un silbido una serpiente;
tal se encontró Muley bajo la altiva
e imperiosa mirada de la mora,

a quien débil juzgó como cautiva,
e insolente encontró como señora.
Miráronse un momento frente a frente
Aixa y Muley Hasán: mas no hay quien
[pueda
la mirada arrostrar resplandeciente
de esta mujer, cuyo ánimo valiente
tanta virtud como valor hospeda.
Con los brazos cruzados sobre el pecho
preguntó al rey impávida: «—¿Qué quieres?
—Tu hijo», exclamó Muley. «—¡Qué imbé-
[cil eres!,
»repuso con desprecio la sultana,
»dominando a Muley a su despecho,
»¿Cuándo has supuesto que albergado viva
»en el pecho viril de una africana
»el villano temor de una cautiva,
»ni el corazón servil de una cristiana?
»Tú te olvidas que Dios reina me ha
[hecho.
»¿Mi hijo a pedirme vienes? ¡Insensato!
»Libre partió: mas si seguir su huella
»deseas, de ocultártela no trato.
»Corre a tu villa de Guadix y en ella
»de Dios y de tus pueblos con la ayuda
»alzado rey le encontrarás sin duda.
»—¡En Guadix!, dijo el rey, ¡no lo he so-
[ñado!»
Y, de pavor mortal sobrecogido,
ante la mora en pie quedó aterrado,
mudo e inmóvil, cual del rayo herido.
Ella le contempló por un instante
sin comprender lo que por él pasaba;
mas suponiendo que algo meditaba
contra el fugado príncipe, arrogante
díjole, dél poniéndose delante:
«La bestia más feroz jamás se encona
»con sus hijos cual tú. ¿Qué esperar debo
»del tigre que a sus hijos no perdona?
»Ya a todo yo por Abdilá me atrevo:
»tigre, te encontrarás con la leona.
»De hoy, pues, no lograrás, feroz tirano,
»ni tocar al menor de sus cabellos
«sin que, cual tú feroz, mi regia mano
»meta un puñal entre tu mano y ellos.»
Dijo, y una insolente carcajada
soltó, la espalda con desdén volviendo:
no la volvió Muley ni una mirada
ni la escuchó tal vez, sólo atendiendo
a la duda fatal en que vacila:
y la sultana, hallándola entreabierta,
con noble majestad pasó la puerta
y a su cámara real fuese tranquila.
Vióla Muley el patio de la alberca
cruzar, volviendo en sí: mas no dió un paso
contra ella, ni el gesto más escaso
hizo, aunque la guardia el patio cerca.
En silencio, los brazos sobre el pecho
cruzados e inclinada la cabeza,
a solas con su mal o su despecho,
presa permaneció por largo trecho
de ruin superstición u honda tristeza.
Mas notando el monarca de repente
que sus guardias le estaban contemplando,
miró a su dignidad, irguió la frente
y cobrando su indómita fiereza,
al patio se lanzó, donde llegando,
tendió la vista en derredor, ansioso
de encontrar una víctima a su saña.
En pie, junto a un pilar del peristilo,
vió un hombre cuya cara le era extraña,
pálido, ensangrentado, silencioso,
y de torvo ademán, pero tranquilo.
Sonrió al divisarle, satisfecho
de hallar en quien la cólera del pecho
descargar, y con calma aterradora
fuese Muley a él. De pie derecho,
contemplándole audaz con ojo fijo,

el hombre le aguardó, y hasta él llegando
el iracundo rey así le dijo:
«—¿Quién eres? —Nadie ya», repuso el [hombre.
De la ira Muley sintió la llama
subirle al rostro y de furor temblando,
«¿Tu raza, dijo, tu país, tu nombre?»
Y con acento de tristeza lleno
al rey el hombre contestó sereno:
«No tiene nombre ya, país no tiene,
»ni familia ni tribu le reclama
»por suyo aquel que, su país dejando
»esclavo, huyendo de su patria viene
»a contar el baldón con que se infama.
»Mi pueblo yace, Amir, muerto o cautivo,
»y él sólo ves en mí que escapó vivo
»de la tremenda asolación de Alhama.»

Palideció el monarca de pavura
a esta nueva fatal: su mensajero
sonrió con sardónica amargura
así siguiendo: «Amir, mi alma está pura
»de traición: combatí junto al primero:
»mas cuando todo se perdió, mi escaso
»aliento aproveché con la esperanza
»de poder, a tus pies llegando acaso,
»pedirte no favor, sino venganza;
»pero no para mí: yo no la quiero:
»sin honra y sin hogar morir prefiero.
»Alhama se perdió por tu abandono
»y clamó contra ti su pueblo entero:
»mas yo soy un creyente verdadero
»y, en ti mirando a Alah sobre tu trono,
»en nombre de mi raza te perdono.»

Dijo el leal; y con sublime calma
en su pecho la daga sepultando,
expiró, buen muslím, encomendando
su venganza a su rey, a Dios su alma.

La guardia de los negros, torva y muda,
ante el cuerpo del último alhameño
lloró tal vez su bárbaro heroísmo:
sólo insensible y enarcado el ceño
permaneció Muley con faz sañuda,
víctima de un segundo parasismo
de su pavor recóndito sin duda.

Reinó un punto el silencio más solemne:
luego hablando Muley consigo mismo
dijo: «¡Sí, la verdad está perenne:
»la aparición..., Alhama..., todo es cierto!
»¡Y ÉL libre ya! ¡Confúndale el abismo!
»¡Más valiera al nacer haberle muerto!»

Y aquí el rey, humillando la cabeza,
prosiguió con hondísima tristeza:
«¿Conque el cielo y la tierra se han unido
»en contra mía por tan varios modos?»
Mas irguiéndola al punto con fiereza,
dijo: «Mas no dirán que me he rendido:
»mientras vive Muley aun no han vencido.
Todos, pues, contra mí, yo contra todos.»

Y volviendo la espalda, a pasos lentos
volvió Muley de su oriental palacio
a entrar en los dorados aposentos
donde Zil le siguió tras breve espacio.

VI

«¡Ay de mi Alhama!», en su palacio dijo
Muley, que aun suya en su dolor la llama:
y el eco triste, de sus techos hijo,
suspiró: *«¡Alhama!»*

Desde las torres del gentil palacio
bajó en las brisas, y de rama en rama
corrió los huertos y gimió el espacio:
«¡Ay de mi Alhama!»

Llegó hasta el vulgo la terrible nueva.
¿Quién para el vuelo de la errante fama?

Su voz diciendo en la ciudad se eleva:
«¡*Ay de mi Alhama!*»

La turba ociosa de pavor transida
la aciaga nueva por doquier derrama:
doquier repiten por donde es oída:
«¡*Ay de mi Alhama!*»

El ruin villano y el audaz guerrero,
el noble altivo y la orgullosa dama
dicen, llorando con el pueblo entero:
«¡*Ay de mi Alhama!*»

Y el pueblo entero del palacio augusto
corre a las puertas, y furioso clama
con voz que impone a sus vivientes susto:
«¡*Ay de mi Alhama!*»

La guardia negra que a Muley defiende
«¡atrás!», las picas enristrando exclama:
se irrita el pueblo, y el clamor se extiende:
«¡*Ay de mi Alhama!*»

Las regias salas el motín conturba
que en torno de ellas cual tormenta brama,
y al grito tiemblan de la airada turba:
¡*Ay de mi Alhama!*»

Muley no duerme: cinco mil guerreros
en quienes arde del honor la llama,
de sus legiones manda delanteros
ir sobre *Alhama*.

Y al caer la noche, jineteando al frente
de hueste inmensa que la lid reclama,
partió gritando con su armada gente:
«¡*Venganza a Alhama!*»

«¡*Venganza a Alhama!*», repitió la plebe
que al rey valiente y vengador aclama:
«¡Alah, le dijo, la victoria lleve
contigo *a Alhama!*»

Mas ¿quién penetra en el destino oscuro
de su ancho velo por la espesa trama?
Voz misteriosa suspiró en el muro:
«¡*Ay de mi Alhama!*»

Eco siniestro, que la fe desmiente
de los muslimes y a su rey infama,
toda la noche repitió doliente:
«¡*Ay de mi Alhama!*»

¡Tal vez las almas de los muertos, cuyos
miembros sin tumba el agua desparrama
de los nublados, piden a los suyos
tierra en *Alhama!*

LIBRO SEXTO

LAS TORRES DE LA ALHAMBRA

Más allá de la torre de Comares,
de la Alhambra real siguiendo el muro,
recuerdo de los blancos alminares
de Damasco y esbelto cual seguro,
dominando alamedas seculares
de frescas sombras y de ambiente puro,
se alza un torreoncillo de arabesco
estilo, aéreo, blanco y pintoresco.

Su cabeza gentil no se levanta
coronada de sólidas almenas,
ni su robusta construcción espanta
con aspilleras de espingardas llenas.
Defiéndenle no más soledad santa
y quietud misteriosa y, bien ajenas
de apariencia marcial, siempre cerradas
sus celosías con primor caladas.

Tal vez despide al despuntar el día
en espirales mil humo de aromas
cual pebete oriental su celosía:
tal vez los ecos de las verdes lomas
despierta por la noche la armonía
de los cantos que exhala, y las palomas
y aves, a quienes place su murmullo,
la aduermen con sus trinos y su arrullo.

Es esta torrecilla solitaria
un sagrado alminar, y su clausura
destinada no más a la plegaria
de la mañana, goza el aura pura
del valle y la extensión y vista varia
de la vega feraz desde su altura.
Es el *mirab* del rey do solo él ora
y tal vez la mujer que le enamora.

Hoy, con escarnio de la Fe, le habita,
transformando en harén de sus amores
el alminar de la oración bendita
y en camarín de sueños tentadores,
Zoraya, la insolente favorita:
destinando sus áureos miradores
de su ocioso mirar para recreo,
para atalaya de su vil deseo.

Alcánzase desde ellos la sombría
torre que guarda a la rival sultana,
y ella afanosa sin cesar espía
desde allí la prisión de la africana.
Por eso ocupa el mirador que impía
con su presencia criminal profana:
mas Dios a su rival tendió la mano
y ya, libre Boabdil, la espía en vano.

Sobre el campo y ciudad el delicioso
mirab descuella como erguida palma;
y es, en verdad, lugar maravilloso
para elevar al Criador el alma,
ya del alba temprana en el reposo,
ya de la noche en la apacible calma:
y el moro y el judío y el cristiano
ven desde allí del Criador la mano.

¡Quién no te cree, Señor, quién no te adora
cuando, a la luz del sol en que amaneces,
ve esta rica ciudad de raza mora
salir de entre los lóbregos dobleces
de la nocturna sombra, y a la aurora
abriendo sus moriscos ajimeces
ostentar a tus pies lozana y pura,
perfumada y radiante su hermosura!

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro
dormida en el tapiz de su ancha vega;
yo te adoro, Señor, cuando respiro
su aura salubre que entre flores juega;
yo te adoro, Señor, desde el retiro
de esta torre oriental que el Darro riega;
y aquí tu omnipotencia revelada,
yo te adoro, Señor, sobre Granada.

¡Bendita sea la potente mano
que llenó sus colinas de verdura,
de agua los valles, de arboleda el llano,
de amantes ruiseñores la espesura,
de campesino aroma el aire sano,
de nieve su alta sierra, de frescura
sus noches pardas, de placer sus días
y todo su recinto de armonías!

Yo te conozco, ¡oh Dios!, en los rumores
que a este árabe balcón me trae el viento
perfumado entre pámpanos y flores,
y armonizado con el grato acento
de las aves de abril. Tantos primores

producto son de tu divino aliento;
porque a tu aliento creador se aliña
con sus mejores galas la campiña.

Tú soplas, ¡oh Señor!, desde la altura
y saltan los collados de alegría,
y se cubre de flores la llanura,
y se llenan los bosques de armonía,
y se aduermen las aguas en la hondura,
y sin nublados resplandece el día:
que en tus ojos la vida reverbera
y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay región recóndita en el mundo
en donde más tu majestad se ostente,
donde sea tu aliento más fecundo,
ni la tierra en tu prez más diligente.
Señor, tú estás aquí; tú en lo profundo
brillas aquí del corazón creyente;
Tú estás aquí; tu trono y tu morada,
tras este cielo azul, sobre Granada.

Dame, ¡oh Señor!, de querubín aliento,
porque pueda esta vida transitoria
emplear en cantar con digno acento
en medio de este edén tu inmensa gloria:
y al lanzar desde aquí mi voz al viento
dando a Granada su oriental historia,
purifique, Señor, mi arpa cristiana
el impúdico harén de una sultana.

NARRACIÓN

I

Iba a dejar en brazos de las sombras
a la tierra el crepúsculo: la vega,
el monte y la ciudad entre sus turbios
vapores comenzaban a sumirse,
y el ocaso alumbrado todavía
con desgarradas ráfagas de fuego,
última luz que el sol reverberaba,
teñía los collados con purpúreos
resplandores de incendio. A la cabeza
de su hueste Muley había apenas
traspasado las puertas de Granada
con dirección a Alhama, y en las torres,
en las murallas y altas azoteas,
para verle salir, la muchedumbre
se aglomeraba silenciosa y triste,
sus alas, ¡ay!, sobre la gente mora
el genio del dolor tendido había;
fatal presentimiento de amargura
sus corazones lúgubre llenaba,
y miraban tal vez indiferentes
de sus hermanos el socorro. Apenas
algunos grupos de la plebe sórdida
que al camino salieron vitoreaban
pagados a Muley: ardid inútil
de política torpe que aumentaba
el desprecio del pueblo entristecido.
El rumor de los gritos desacordes
confuso con las ráfagas llegaba
hasta el alto *mirab*, en donde inquieta
le escuchaba Zoraya tras las árabes
labores de su espesa celosía.
Fijos los ojos, la mirada torva,
presa de aquel fatal presentimiento
que acaso con su atmósfera pesaba
sobre la mora gente, la lectura
de su alméh favorita oía, empero
sin escucharla. A veces el oído
hacia el rumor de la ciudad tendía,
y la alméh se paraba, y en silencio
quedaba el aposento hasta que vuelta
la favorita en sí, decía «sigue»:
mas desechados iban diez volúmenes
de distraer su espíritu incapaces.

Los peregrinos viajes y aventuras,
los inspirados y divinos libros
del Korán, las leyendas orientales
de los poetas de Damasco y Córdoba,
desarrugar su ceño no podían
ni atraer su atención; guerras, encantos,
sueños, amores, himnos de alabanza
a su propia hermosura dirigidos,
pasaban por su oído resbalando
como agua por encima de las rocas;
y, sin embargo, sus lecturas eran
en los célebres libros escogidas
de los más sabios escritores, siendo
leídas con las gratas inflexiones
de una voz melodiosa, amaestrada
en el arte divino de la música,
y en la recitación que alas de fuego
presta a la encantadora poesía.
A la luz de una lámpara de plata
colocada en un trípode de concha,
la alméh tomando el séptimo volumen
comenzaba a leer los puros versos
de Abú-Taleb-Abdel-Gebar, de Júcar (1),
que cantó las victorias y virtudes
de los almoravides: «Pasa, dijo
la impaciente Zoraya interrumpiéndola,
otra leyenda busca»; y fué pasando
la alméh las hojas de su libro, en ellas
sin posar su mirada la Zoraya
diciendo distraída: «—¿Quién prosigue?
—Abí-Aly-Anás. —Pasa. ¿Quién otro?
—El faquí Zacaría. —¿De qué trata?
—Da consuelos al rey en la amargura
de sus pesares. —¿Cuáles eran? —Creo
que él solo se salvó de una batalla.
—Lee: tal vez consolar logre los míos.
—Mas no me escuchas, ¡oh sultana! —Es-
[clava,
lee y obedece.» Prosiguió leyendo
la reprendida alméh y a su profunda
e inquieta distracción volvió Zoraya.
La deliciosa voz de la lectora
resonaba en el cóncavo recinto
del camarín, como el rumor continuo
de un arroyo que corre bajo el césped
quebrando entre los guijos sus cristales;
los armoniosos versos del poeta
árabe, recitados en su lengua
riquísima, en los tonos e inflexiones
dulces sin par de andaluz dialecto,
resonaban en él inútilmente,
y en su vacío espacio se perdían
como el canto de un pájaro extraviado
en el llano infecundo del desierto.
Zoraya no escuchaba tiempo hacía
de la alméh la lectura: a los cristales
del calado ajimez pegado el rostro,
penetrar del crepúsculo anhelaba
la oscuridad creciente: pero en vano.
La ciudad se sumía en las tinieblas
y el rumor que llegaba hasta su oído
era tan sordo, tan confuso y vago,
que era imposible comprender su origen.
La humana voz asemejaba a veces
ronco, amenazador, cual si en tumulto
se agitara la plebe descontenta;
otras el triste e íntimo lamento
en que prorrumpe a un tiempo la familia
que en derredor del padre moribundo
su último aliento aguarda, y al lanzarle
en llanto universal rompe afligida.
Otras, gemido largo y misterioso,
como si algún espíritu que, errante
huyendo por la atmósfera, espantado
en sus vacíos senos le lanzara:
mas siempre, siempre al comprender la
[mora
del rumor el origen verdadero,

le encontraba con rabia producido
por alguna bandada de palomas,
o por el son del aire en la arboleda,
o por la voz de algún pastor tardío
que guiaba en los cerros su rebaño;
y volvía a tenderse despechada
en los cojines blandos, y volvía
a mandar continuar una lectura
que no escuchaba, más que el tiempo
[largo
de su impaciencia entretenía. «Sigue»,
decía a la lectora: mas un libro
y otro libro hojeado uno por uno
inútilmente había, y con tristeza
en silencio la alméh la contemplaba.
«Sigue», dijo con ímpetu la altiva
favorita, y la alméh postrada en tierra
dijo: «Imposible continuar, sultana.
—¿Por qué? —Porque tus libros uno a uno
has ido desechando, y en sus hojas
no hay ya más que leer. —Busca otros
[nuevos.
—No poseemos más. —Pues toma un
arpa
y cántame..., distráeme..., entreténme...,
si no, ¿de qué me sirves? ¿Que te valen
los talentos que encomian los imbéciles
que te enviaron a mí?» La desdichada
alméh, sus gracias y talento viendo
denostados así, dobló la frente
sobre su pecho y abrasado llanto
comenzó a derramar. Zoraya un punto
permaneció en silencio contemplándola:
empero en la impaciencia que la agita,
en la rabia tal vez que la devora
el vengativo corazón, ajena
a toda compasión, díjola: «Vete:
para nada me sirves. Di al primero
que halles en esa cámara, que venga
a divertirme: un guardia, algún esclavo
cuya cabeza al menos me responda
de su talento, si le falta. Vete.»
Salió la alméh: volvió a la celosía
Zoraya. Era ya noche: por doquiera
extendida la sombra encapotaba
la tierra. Alguna luz pálida y trémula
brillaba en los postigos entreabiertos
de las casas fronteras a la Alhambra,
del Ajeriz en el tranquilo barrio.
Más allá, por las calles angulosas
del Albaycín, se oía sordamente
la voz de sus inquietos moradores
elevarse en murmullo misterioso,
como si sus vecinos, sus moradas
dejando, por las calles reunidos
con tumultuosa plática turbasen
la solitaria calma de la noche.
Zoraya en vano sondear quisiera
lo que en el Albaycín pasa a estas horas.
Es el barrio que habitan los parciales
de Aixa y de su hijo, y en la torre
de Comares están de él fronteriza.
¿Quién sabe si el rumor que en su absoluta
oscuridad del Albaycín se alza
será efecto o señal de inteligencia
entre el barrio y la torre? ¡Oh!, tarda
[mucho
el wazir en volver. ¿Si por desdicha
la partida del rey infunde aliento
a los conspiradores, y en las calles,
tomadas ya, al wazir han sorprendido?
Todo lo teme ya la favorita;
pero todo lo ignora abandonada
en el *mirab* donde impaciente espera;
y he aquí que, al volverse, de la entrada
bajo el dintel y del tapiz delante
ve un esclavo que aguarda silencioso.

ZORAYA

¿Qué quieres?

EL ESCLAVO

¡Oh sultana!, a ti me envía
la alméh que acaba de partir llorando
despedida por ti.

ZORAYA

¿De dónde vienes?

ESCLAVO

De la ciudad.

ZORAYA

¿De la ciudad?, ¿qué pasa allí?

ESCLAVO

Ya nada: de los muros lejos
va ya Muley: el pueblo se retira
después de haberle visto.

ZORAYA

¿A despedirle mucha gente acudió?

ESCLAVO

Salió, sultana,
toda cuanta hay en la ciudad.

ZORAYA

¿Y viste a los del Albaycín?

ESCLAVO

Todos estaban
de la puerta monaita en las alturas
como bandadas de águilas.

ZORAYA

¿Inquietos se mostraban sus grupos?

ESCLAVO

Al contrario:
al rey desde los altos despedían
diciéndole: ¡buen viaje!, y saludábanle
con las manos de lejos.

ZORAYA

¿Y en qué sitio viste al wazir?

ESCLAVO

Tras de las huestes queda
hablando con el rey.

ZORAYA

¿Tú estabas próximo a ellos?

ESCLAVO

Sí: mas en torno defendidos
por centinelas platicaban ambos
en calma.

ZORAYA

Ea, pues, mientras espero
la vuelta del wazir, ve cómo puedes
distraer mi impaciencia: me fastidio.
¿Qué harás para alegrar a tu señora?

ESCLAVO

Manda y veré si obedecerte puedo.

ZORAYA

¡Si puedes!

ESCLAVO

Sí, sultana, soy cristiano:
me cautivaron en Jerez los moros
y conservo mi fe. Si contra ella
me mandaras obrar, perdona, pero
no te obedecería. Dios es antes
para mí que la vida. —La Zoraya
le oía de hito en hito contemplándole,
y recordando que en sus venas corre
sangre cristiana, chispeante y roja
con ardiente rubor la faz sentía;
su niñez con vergüenza recordaba
tímida ante el esclavo la señora;
pronto, empero, repuesta y su sonrisa
habitual en sus labios ver dejando
más terrible mil veces que su ceño,
díjole: «Eres cristiano..., enhorabuena.
Veamos lo que saben los cristianos
para abreviar el tiempo a sus señores
cuando pesa sobre ellos el fastidio,
o esperan, y esperar les importuna.
Dime, ¿en qué te ocupabas en tu patria?
—Era paje de un noble caballero
de Calatrava. —¿Cuál era tu oficio
con él. —Le preparaba sus arneses,
salía detrás de él a la campaña,
me batía a su lado. Si vencíamos
dábamos gracias al Señor a un tiempo;
si nos vencían y salía herido,
le curaba, velándole constante
junto a su lecho: y en salud completa
o en grave enfermedad, todas las noches
devotas oraciones le leía,
o leyendas sagradas de la Biblia
le recitaba. Así creí, sultana,
mi existencia pasar en su servicio
mientras durara su existencia, y luego
admitido en la Orden, como noble
pelear y morir en la defensa
de mi fe; Dios, empero, de otro modo
lo dispuso, sultana. Un día aciago,
caminando la vuelta de Antequera,
dió en nosotros una árabe algarada.
Viajábamos diez y ocho caballeros
con otros tantos pajes, y los moros
eran un escuadrón; nos aprestamos
a combatir: cayeron uno a uno
los más valientes, mi señor entre ellos.
Yo, con intento de salvar su cuerpo
o perecer sobré él, lidié con ira
y Dios me castigó: caí cautivo,
y pasto de los cuervos fué el cadáver
del último Solís, hijo de Martos;
su familia y la gloria de su casa
acabaron en él. Tal es mi historia,
sultana. Tuyo soy, manda a tu esclavo.»

La favorita de Muley sus ojos
encendidos de cólera fijaba
sobre los ojos del cautivo, en vano
de sus palabras la intención oculta
profundizar queriendo. Ella, cristiana
y de la raza de Solís nacida,

era el último ser que se animaba
con sangre de Solís. Aquel esclavo
servidor de su casa en otro tiempo,
la vió niña tal vez en el castillo
de la encomienda de su padre; ahora
en Granada cautivo; ¿conocía
de su señor a la hija renegada?
¿Su presencia en la Alhambra era un agüero
favorable o funesto? ¿Era un amigo
que velaba por ella? ¿Era un espía
que traidor la acechaba? Los recuerdos
de su infancia dichosa y sus dormidos
remordimientos, a la par alzándose
como horribles espectros a su vista,
la helaron de terror. La sombra airada
de su ultrajado padre parecía
que tras aquel cristiano a levantarse
iba, y en el pavor supersticioso
de su alma criminal y en la nerviosa
exaltación del miedo, sus miradas
fijó en la puerta de la estancia. Ante ella,
pálido como el mármol que sostiene
su cincelada bóveda, sombrío
cual fantasma del féretro evocado,
el viejo Aly-Mazer la contemplaba
en lúgubre silencio. Sus pupilas
radiaban con fulgor siniestro y trémulo,
y los hilos brillantes de sus rayos,
como los de la baba poderosa
de la culebra, al estrellarse ardientes
en las pupilas de Zoraya, a ellas
se adherían tenaces, e invisible
extendiendo una red en torno suyo,
en sus mágicos nudos la envolvía,
y el vigor de su ser paralizaba,
aunque en su helado cuerpo arder sentía
la inquieta sangre como hirviente lava.
Subyugada, incapaz de movimiento,
víctima de poder incomprensible,
vió Zoraya cruzando el aposento
llegar a Aly-Mazer con paso lento,
su mágica influencia indefinible
dominando su ser, y en su semblante
su fulgente mirar teniendo fijo,
con desdeñosa voz así la dijo:
«¿Te fastidias, sultana? ¿Te impacientas?
¿De tu infeliz almeh con las historias
vacías de interés no te contentas?
¿Por qué no lees las íntimas memorias
que en el fondo de tu ánima aposentas?
¿Por qué en vez de leyendas ilusorias
no lees sobre tu faz tu historia horrenda?
¿Crees que no hay interés en su leyenda?

Iguales son los fallos soberanos
para todos: delira y entretente
tu porvenir meciendo en sueños vanos:
mas escrito tu horóscopo en tu frente (2),
llevas: sobre las rayas de tus manos
tus ojos pon y le verás patente.
Naciste y morirás entre cristianos:
y, más fatal que el de Abdilá, tu sino
la oscuridad te anuncia solamente;
su estrella real apagará tu estrella:
su destino anonada tu destino;
extranjera a Granada, no hay en ella
para tu raza impura
ni trono, ni mansión, ni sepultura.

Esclava sin pudor, tu cuello doma
al yugo de tu dueño; renegada
sin fe y sin patria, el fugitivo aroma
de tu poder pasó: sobre Granada
de otro poder real el alba asoma;
tú no posees sobre su tierra nada:
la estrella de Bu-abdil contraria tuya
es fuerza que al brillar tu luz destruya.»

Dijo el severo Aly y con el cristiano
partió, y a la sultana fascinada
un escrito al partir dejó en la mano.

II

Su vida y su vigor recobró al punto
libre de Aly-Mazer de la presencia,
y al misterioso escrito echó Zoraya
una mirada de pavura llena.
Criada desde niña entre los árabes,
de la superstición de su creencia
es víctima su espíritu, y con miedo
de él contempló las misteriosas letras.
El escrito es su horóscopo: los datos
de la consultación que le encabeza,
de su país, su raza y nacimiento
son los nombres exactos y las fechas.
Un confuso dibujo cabalístico
marca la conjunción de los planetas
que, desde el punto en que nació, su vida
dominan con su mágica influencia;
y bajo el doble nombre entrelazado
que entre cristianos y árabes conserva,
explicando sus cálculos y signos
se leía en arábigo esta letra:

«Cinco años será cristiana,
veinte y cinco será mora,
diez esclava y diez sultana:
mas su estrella protectora
va a apagar antes de un hora
otra estrella soberana.
Ni española ni africana
ni de raza engendradora,
morirá en tierra cristiana
ni cautiva ni señora;
odiada como tirana,
oculta como traidora.»

Fijos aún los espantados ojos
en el fatal pronóstico y apenas
con tiempo de ocultarle, en la otra cámara
oyó los pasos del wazir Ben-Egas.
Dominó su emoción, dió a su semblante
su expresión ordinaria, y de la puerta
al dintel el wazir apareciendo,
diálogo se entabló de esta manera:

ZORAYA

¡Por Alah, que impaciente te aguardaba!

EL WAZIR

Detúvome Muley más que quisiera
mi impaciencia también.

ZORAYA

¿Partió?

EL WAZIR

Va lejos,
sultana.

ZORAYA

¿Y la ciudad?

EL WAZIR

Tranquila queda.

ZORAYA

Del callado Albaycín la misteriosa
oscuridad algún secreto encierra.

EL WAZIR

El que todos los barrios: por Alhama
lloran con profundísima tristeza,

y la ciudad por la perdida villa
yace de luto universal cubierta.

ZORAYA

¿Y la sultana? ¿Y Abdilá? ¿Qué órdenes
con respecto á los dos Muley te deja?

EL WAZIR

¡El infierno, sin duda, les protege!

ZORAYA

Acaba de una vez: habla.

EL WAZIR

Funestas
nuevas de ellos te traigo. El rey no quiso
que por su propia boca las supieras.
Abdilá, descolgado por su madre
por un balcón huyó.

ZORAYA

¡Maldita sea
mi confianza en tí, siempre he temido
que te burlara su infernal destreza.
Pero explícame, en fin...

EL WAZIR

Es imposible:
todo se ignora aún.

ZORAYA

Pero, ¿y la fuerza
de tu ley? ¿No eres tú juez de la Alhambra?

EL WAZIR

Muley prohibe que se emplee en ella
mi autoridad, y manda que en su alcázar
no obedecida, pero libre sea.

ZORAYA

¿Aixa libre en la Alhambra?

EL WAZIR

Sí.

ZORAYA

¿Acotada
tu autoridad?

EL WAZIR

Prohibe que la ejerza
contra ella..

ZORAYA

Wazir, te estás mofando.

EL WAZIR

No lo permita Alah. Del rey la letra
conoces: lee sus órdenes escritas
por él: ésta es su ley mientras su ausencia.
«Sin potestad, mas libre, viva Aixa
mi esposa, Abú-l'Kasin: la más pequeña
ofensa o vejación que sufrir la hagas,
la consideraré contra mí hecha.
La razón yo la sé: de la sultana
me respondes, wazir, con la cabeza.»

ZORAYA

¡Oh!, la mía se pierde en tal misterio.

EL WAZIR

Pero tal vez la mía le penetra.
He interrogado a Zil, a los esclavos
que le sirvieron, a su guardia negra,
y a la torre maldita sé que ha ido:
que en Comares furioso entró a su vuelta,
que estuvo allí con la sultana a solas,
que ella salió después altiva y fiera,
y que Muley, sombrío y aterrado,
libre la dejó ir, cielos y tierra
diciendo que contra él se conjuraban,
de una impresión supersticiosa presa.
Pues bien, Zoraya, en esa torre creo
que encontraré la explicación entera
de su superstición y de sus órdenes
incomprensibles de hoy.

ZORAYA

Bien dices: vuela,
wazir Abú-l'Kasin, vuela a esa torre,
demuele sus murallas, y sus piedras
registra una por una, y aprisiona
sin piedad, interroga y atormenta
al ser aciago que en la torre encuentres,
hasta que des con la verdad.

EL WAZIR

Modera
tu cólera, sultana: todavía
algo que hacer en la ciudad me resta.
En sus barrios acaso entre las sombras
ya criminal conspiración fermenta,
y es mi primer obligación a salvo
ponerte a ti de su furor. Te esperan
al postigo del agua tus esclavos
y una guardia leal que te defienda.
Vas a habitar los Alijares: éste
más que regio palacio es fortaleza,
y en ausencia del rey todo lo temo
de la sultana audaz.

ZORAYA

Me desesperas,
Abú-l'Kasin, con tu prudencia imbécil.
Cuando torne Muley que la halle muerta
y nos dará las gracias.

EL WAZIR

Tú deliras,
Zoraya: eso sería en ancha hoguera
tornar el fuego que debajo duerme
de la ceniza aún: mientras alienta
el príncipe Abdilá siempre los suyos
tienen un capitán y una bandera:
y en tanto que la madre está segura
rehén tenemos para el hijo en ella.
Vamos, y fía en mí; partamos antes
que la luna en los cielos aparezca,
porque importa que nadie se aperciba
de que el palacio de la Alhambra dejas.

La Zoraya, cediendo a las razones
del prudente wazir, aunque la pesa,
dejó el *mirab* y, en el espeso velo
embozada la faz, siguió sus huellas,
De la torre del agua en el postigo
una escolta leal halló dispuesta,
y al fuerte de los regios Alijares
la condujo el wazir en las tinieblas.

Mas en el punto de partir, del muro
donde la torre apoya a las almenas,
una mujer que se asomó espiaba
la ruta por do van. Era la reina.

III

Sobre el muro que el recinto
de la Alhambra real circunda,
si en fortaleza segunda
primera en esplendidez,
hay una torre morisca
frontera al Generalife,
que sobre angosto arrecife,
abre un dorado ajimez.

Este arrecife tortuoso,
que extiende sus líneas combas
entre yedras y gayombas,
madreselvas y jazmín,
solitario, áspero, umbrío,
parece el lecho de un río
que dividió en otro tiempo
el alcázar del jardín.

Fresco, umbroso en el verano,
abrigado en el invierno,
gozando el verdor eterno
de la yedra y el laurel,
es este oculto arrecife
lleno de sombra y misterio,
huella oriental del imperio
de la raza de Ismael.

A un lado Generalife
de sus floridos vergeles
le entolda con los laureles,
le impregna de aromas mil;
al otro la Alhambra espléndida
le fía por sus ventanas
de cautivas y sultanas
toda su historia gentil.

De una parte le armonizan,
por el lado de las flores,
los canoros ruiseñores
que anidan en el vergel:
de otra, por el del alcázar,
opuesto al de los jardines,
las zambras y los festines
que se celebran en él.

Por un lado le engalana
la rica naturaleza,
por otro le dan grandeza
las cien torres de Alhamar;
por allí muestra patente
Dios su creadora mano,
por aquí del soberano
se hace el poder acatar.

Tal vez en noche de estío,
al son de un arpa morisca,
desde el muro una odalisca
entona amante canción,
y algún colorín celoso,
desde la verde floresta
con trino amante contesta
del arpa amorosa al son.

En la ciudad empezando
y abriendo paso a la sierra,
¿quién sabe cuántos encierra
secretos de honra y amor
este encantado camino,
bajo flores encubierto
y sobre peñas abierto
de un palacio en derredor?

¡Cuánta hermosa enamorada
intentó el arduo descenso
del vacío espacio extenso
que hay desde él a su balcón!
¡Y cuánto noble africano
cayó en su arenosa loma,
muerto por oculta mano
y por oculta razón!

No hay un pie de este camino
que una tradición no hechice,
que un nombre no poetice,
o dé un recuerdo valor.
La torre allí *de los Picos*
se eleva, cuyos cimientos
defienden encantamientos
de un sabio conjurador.

Allá la *de la Cautiva*,
donde entre son de cadenas
viene a lamentar sus penas
el alma de una mujer:
allá la *Puerta de hierro*
por do su vida salvaron
los reyes a quien lanzaron
sus vasallos del poder.

Y allí, en fin, el pie cercado
de adelfa y silvestres plantas,
la torre de *las Infantas* (3)
se alza con regia altivez,
abriendo en su grueso muro,
frontero a Generalife,
encima del arrecife
un misterioso ajimez.

Una graciosa ventana
de arabescos y labores
orlada, cuyos colores
minió maestro pincel:
una ventana morisca
que, en dibujos de oro envuelto,
parte un pilarcillo esbelto
de mármol de Macael.

Un mirador delicioso,
cuyo arco filigranado
está en redor festonado
con leyendas del Corán:
cuyos dos graciosos huecos
ornados de medallones,
hojas, nichos y agallones,
contento a los ojos dan.

Mas, ¿quién mora en esa torre
donde jamás se percibe
ni el rostro de quien la vive,
ni ruido de humana voz?
Jamás de aquella ventana
se abre al sol la celosía,
ni de un cantar la armonía
da nunca al aura veloz.

Muestra, empero, que se habita
allá en las nocturnas horas
la luz de las tembladoras
lámparas de su interior,
que a pesar de su cerrada
celosía y su vidriera
de colores, lanza fuera
su trémulo resplandor.

Y a veces apunta el alba
ya, y tras esta celosía
se percibe todavía
de la lámpara el fulgor,
y una sombra que va y viene
por dentro del aposento,

da o quita a cada momento
luz o sombra al mirador.

Su movimiento incesante,
sus paradas repentinas
recogiendo las cortinas
para ver o para oír,
demuestran que el desvelado
de aquel ajimez espera
algo que dél por afuera
debe sin duda venir.

Mas pasa una noche y otra,
y la luz del sol se traga
su luz, y con ella apaga
el que allí esperando está
su esperanza, hasta otra noche
que vuelve a arder la bujía,
y él vuelve a la celosía
y tras ella viene y va.

Es alta noche: en el sueño
yace el mundo sumergido;
el aire se ha recogido
bajo del césped feraz;
tiéndense inmobles las ramas
de los troncos, no se mueve
ni la ráfaga más leve,
ni el murmullo más fugaz.

¡Silencio! He aquí que, en medio
del universal reposo,
el mirador misterioso
se abre por primera vez.
La celosía dorada
se levanta: la cortina
se descorre y se ilumina
por adentro el ajimez.

Y al pilar que en dos divide
el arco de su ventana
llega una figura humana
lentamente: una mujer,
sultana, esclava, cautiva,
joven o hermosa..., ¿qué ojos
a altura tan excesiva
la podrán reconocer?

Apartó de ante su rostro
su blanco y flotante velo:
una mirada del cielo
por la cavidad tendió,
y, vuelta hacia el Occidente
do ya tocando la luna
está, en la lengua moruna
y con voz triste exclamó:

«¡Un día más! La menguante
»luna hacia la mar declina,
»y su lumbrera argentina
»toca al horizonte ya.
»¡Casto fanal de la noche,
»de los creyentes lumbrera,
»que tu brillante carrera
»guíe protector Alah!

»Ve en paz, ¡oh de las tinieblas
»sultana dominadora,
»pendón de la gente mora,
»lámpara de la oración!
»¡Y plegue a Alah que mañana
»cuando vuelvas por Oriente,
»vuelva con tu luz naciente
»la luz de mi corazón!

»Ve en paz: y si sobre Loja
»al verter tu lumbre pura,
»hallas vivos por ventura

»a mi buen padre Aly-Athar
»con el príncipe mi esposo,
»que es la luz del alma mía,
»diles, ¡ay!, que noche y día
»les aguardo sin cesar.»

Dijo, y la frente apoyando
en el pilar arabesco,
dentro el marco pintoresco
del morisco mirador
quedó, como una escultura
para su cuadro labrada
la mora desconsolada,
a solas con su dolor.

Resalta, a la luz de espalda,
su contorno destacado
sobre el fondo iluminado
del aposento oriental:
y parece desde lejos
al genio de la pureza,
que va a partir con tristeza
de una cámara nupcial.

Mas aquel busto tan noble
de suave y rubio cabello,
aquel nacarino cuello
pálido como el marfil,
aquel brazo modelado
por una ática escultura,
aquella frágil cintura,
y aquel todo tan gentil,

asomado a tales horas
a una torre destinada
sólo a las princesas moras,
al ojo menos sutil
delatan a la que ocupa
su misteriosa ventana,
por la infelice sultana
esposa de Abú-Abdil.

Es ella, sí: allí apacenta
el dolor que la acongoja
Moraima, la flor de Loja,
la azucena de Aly-Athar;
la gacela de ojos garzos,
cuyas niñas de azul cielo
eran fuentes de consuelo
para el viejo militar.

Hoy son ya fuentes de lágrimas:
sus abrasadas pupilas
no reflejan hoy tranquilas
la pura luz del placer;
hoy la dulce paz del niño
su sonrisa no revela,
porque en sus labios la hiela
el dolor de la mujer.

Moraima, sí, la más triste,
la más pura de las moras,
pasa allí sus largas horas
en silencio y soledad.
Moraima, que de su esposo
encadenada a la huella,
con él de su mala estrella
parte la fatalidad.

Triste es su historia. Su padre,
la mejor lanza africana,
la otorgó como sultana
al sucesor de su rey;
temiendo al viejo soldado
en rebelión harto crítica,
con su torcida política
pensó en tal boda Muley.

El bravo Aly-Athar, más hombre
de pelea que de Estado,
se dió en ello por honrado
y a Granada la llevó.
La boda hizo el rey al punto,
pero a sí mismo se dijo:
«¡Imbécil!, le doy el hijo,
pero la corona no.»

Dos niños eran entrambos,
rubios, alegres, gentiles:
apenas sus quince abriles
cumplido habrían los dos;
hermosos como inocentes,
les unieron y se amaron:
mas en su amor no contaron
con la voluntad de Dios.

Sosegados ya los pueblos,
no fué Aly-Athar peligroso;
y en su aislamiento amoroso
afeminado Abdilá,
los hijos de la Zoraya,
merced al fatal destino
de Abdilá, libre el camino
tendrían del trono ya.

Tal pensó el rey; los dos niños
sin cálculo y sin encono,
de sus derechos a un trono
ni aún se acordaron tal vez:
pero otro ser más activo
a quien amor no adormía,
en lugar de ellos abría
sus ojos con avidez.

Aixa, la altiva sultana,
celosa de su derecho,
fué una mañana a su lecho
como un ensueño fatal.
Abrieron sobresaltados
los dos príncipes los ojos,
y ella respirando enojos
dijo con voz sepulcral:

«Aquel a quien Dios destina
»a ceñir una corona,
»sus derechos no abandona
»si no por orden de Dios.
»Hijo de reyes, despierta:
»rompe tus amantes lazos,
»y tiende el alma y los brazos
»de tu real corona en pos.

»Y a ti, flor silvestre y pálida
»de los peñascos de Loja,
»¿por ventura te se antoja
»que no hay más ley que el placer?
»¿Crees que tus ojos de cielo,
»tu alma y tu tez de nieve,
»el dote son que traer debe
»a un príncipe una mujer?

»Pues te engañas: la que espera
»dominar como sultana,
»necesita un alma entera
»con más altivez que amor.
»Despertad, pues; los lobeznos
»de la torpe renegada
»giran con planta callada
»de vuestro trono en redor.»

Abú-Abdilá, de su madre
hecho a la exacta obediencia,
tras ella sin resistencia
del aposento salió:
Moraima, sobrecogida

por la plática severa
de aquella reina altanera,
quedóse sola y lloró.

«¿Qué me importan a mí, dijo,
»su poder y su corona?
»Lo que mi amor ambiciona
»es no más su corazón;
»y si éste me le arrebatan
»por el gobierno y la guerra,
»¿qué me dejan en la tierra
»a mí, sin regia ambición?»

¡Pobre niña!, el joven príncipe
empezó desde aquel día
a dejar su compañía
y su cámara a dejar:
venía por él su madre
apenas el sol rayaba,
y hasta que el sol se ocultaba
no le veía tornar.

Entonces, aunque volvía
alegre y enamorado,
volvía tan fatigado,
tan hambriento y sin vigor,
que en la mesa devoraba,
y se dormía en el lecho,
cual si no hubiera en su pecho
ni corazón ni calor.

Moraima, en su seno amante
colocando su cabeza,
contemplaba con tristeza
su rostro franco y leal,
que empezaba en el reposo
de su fatigado sueño
a adquirir un torvo ceño
que no le era natural.

«¿Qué hará? ¿Dónde irá? (decía
»la pobre niña), ¿qué afanes
»más propios para gañanes
»me le cansarán así?
»Si tanto cuesta a los príncipes
»guardar su trono, ¡pluguiera
»a Alah que pastor naciera
»sin esperar más que en mí!»

Y una mañana Moraima
un sueño tenaz fingiendo,
fué desde lejos siguiendo
a la reina y a Abdilá,
y vió que, cruzando apriesa
de los muros el espacio,
se salieron del palacio
al bosque que al río da.

Corrió al oratorio regio
que domina su enramada,
y vióles a una explanada
tras una loma llegar.
Allí esperaban tres hombres
hasta los dientes armados,
con caballos ensillados
y en guisa de pelear.

Ciñóse una jacerina,
embrazó una recia adarga,
asió de una lanza larga
y cabalgó Abú-Abdil.
Salió el caballo botando:
Moraima tembló de gozo
y miedo al verle tan mozo,
tan armado y tan gentil.

Cabalgaron uno a uno
los otros tres: apartóse
la sultana y preparóse

la escaramuza. Abdilá
en medio de la explanada
y de los tres circundado,
a la suerte preparado
inmóvil y atento está.

Dió la señal la sultana,
y empezaron los guerreros
en torno de Abdil mañeros
en círculo a galopar,
a cada vuelta estrechándole
más, como un chacal atento
espiando él un momento
su línea para salvar.

Sereno sobre su silla,
con mirada centelleante
espía un propicio instante
en liza tan desigual,
en tanto que en torno suyo
van los tres caracoleando,
a cada vuelta cerrando
la peligrosa espiral.

Giraba él en ellos puesta
la vista: por todas partes
hallaba un arma funesta
dirigida contra él.
Vió al fin que un potro rebelde
se mostraba, y contra él hizo
un amago: espantadizo
encabritóse el corcel.

Hirió y arrancó, del círculo
dentro, a escape jineteando,
y a alguno siempre amagando
con incierta rapidez,
desigualó las distancias
ciando, hiriendo y salvándose,
y fué el círculo ensanchándose
más y más de cada vez.

Ya sobre un lado fingía
caer y sobre otro daba:
ya al escape se tendía,
ya diestro en firme paraba,
ya de todos tres huía,
ya a todos tres amagaba
y a salvo doquier hería
con certera agilidad;

hasta que romper logrando
la línea que manteniendo
iban los tres, trabajando
sobre el círculo y abriendo
más sus distancias, girando
de repente, salió huyendo,
un breve espacio ganando
con extraña habilidad.

Cubierto entonces, tendido
sobre su silla de pechos,
comenzó a alargar los trechos
de unos a otros, y fué
cargándoles uno a uno:
con lo cual, hecha la suerte
de aquel combate moruno,
echaron a tierra pie.

Moraima, que de lo alto
miraba la escaramuza,
a cada embestida y salto
temblando por Abdilá,
solamente sostenida
por su ansiedad, en el mármol
se sentó desvanecida
al verla acabada ya.

Volvióse luego a su cámara.
¡Ay!, ¡todo lo comprendía!
Abdilá pasaba el día
lección de armas en tomar.
Al fin lograba la madre
hacer de su hijo un guerrero,
tornándole áspero y fiero
de su cariño a pesar.

Dos lunas después, por fruto
de este acendrado cariño,
dió Moraima a luz un niño
que el porvenir la doró:
y al rey un año más tarde,
al prender a la briosa
Aixa, de Abdilá a la esposa
en su torre encarceló.

Tal es su historia. Moraima
la más triste de las moras,
pasa allí sus largas horas
en silencio y soledad.
Moraima, que de su esposo
encadenada a la huella,
con él de su mala estrella
parte la fatalidad.

La hermosa sultana pálida
de tez, mas de alma encendida,
es la que está distraída
en su ajimez oriental.
Sabe que Abdilá está en salvo,
mas pronto que vuelva espera
a buscar la compañera
de su destino fatal.

Y vendrá: también lo sabe
cuando al ajimez se asoma;
lo sabe, sí; una paloma
mensajero fiel de amor,
por mano desconocida
enviada hasta su ventana,
trajo un día a la sultana
un papel consolador.

Un africano, jinete
sobre un corcel del desierto,
llegó al camino encubierto
sobre el que la torre da,
con temeraria osadía,
y atada a un cordón de seda
la alzó hasta la celosía
diciendo: «Abrid a Abdilá.»

Al ruido que en ella hicieron
las alas de la paloma,
abre Moraima y se asoma,
y asiéndola con placer
mira al audaz que esto osara:
mas él huyendo, por única
despedida en voz muy clara
dijo: «Dios y Aly-Mazer.»

Su pronta vuelta anunciaba
del príncipe la misiva:
desde entonces la cautiva
cada noche le aguardó:
y aislada en aquella torre
y sin amigos por fuera,
a Aly-Athar y a Abdil espera
como el papel prometió.

El modo, el día..., lo ignora;
espera que se los traiga
la fortuna protectora,
y espéralos con afán.
Mas no está sola Moraima
en su torre: hay otros seres

que distracción y placeres
y pruebas de amor la dan.

Consigo (sin los que aguarda)
tiene entera su fortuna:
su hijo que duerme en la cuna,
su nodriza esclava fiel,
y un negrito enano y mudo
que inteligencia destella,
distracción única de ella
y ocupación sólo de él.

Ligero como una corza,
sagaz como una serpiente
y audaz como diligente,
todo lo escucha y lo ve.
Leal como un falderillo,
pero con bríos de alano,
doquier se tiende el enano
de su hermosa dueña al pie.

Mudo, jamás incomoda
con plática inoportuna,
pero no hay idea alguna
que no sepa él expresar.
Los guardas le dejan libre
teniéndole por salvaje,
y no hay más astuto paje
en el reino de Alhamar.

Ni su forma es repugnante
por sus defectos nativos,
ni sus gestos expresivos
mohines ingratos son:
la gracia de su sonrisa
de modo su rostro alegra
que se lee tras su faz negra
el placer del corazón.

Nada hay en él que amedrente,
nada en su exterior que extrañe;
nada en su interior que dañe;
ni expresa su negra faz
la envidia, el pesar o el odio
que otros seres imperfectos
abrigan con sus defectos
en su alma huraña y falaz.

No al ver la ajena hermosura
su deformidad deplora,
ve la hermosura y la adora
con sincera admiración;
ser mezquino en proporciones
le formó naturaleza,
mas bajo negra corteza
le dió blanco el corazón.

Criatura, con respeto
a su Criador acata
viendo que crió sujeto
su espíritu a cuerpo tal.
Tiene su orgullo en el alma
que el cuerpo mezquino encierra,
y como vaso de tierra
mira su cuerpo mortal.

Ve en Moraima el infortunio
y leal la compadece;
ve la hermosura y se ofrece
del débil y hermoso ser
en servicio: y, admirando
la beldad sin pesadumbre,
acepta su servidumbre,
como justa y con placer.

Amigo, juglar y esclavo,
empléase en todo oficio

y abarca todo servicio
de interior utilidad.
Entretiene la tristeza
con sus juegos de destreza,
y penetra con su instinto
la exterior seguridad.

Tal es la real servidumbre
que asiste a la hermosa mora
en la prisión en que llora,
corta y débil, pero fiel.
Tal es el mejor amigo
de Moraima, el nubio enano
que de su amparo al abrigo
vive, y se llama Kael.

Ahora, y mientras Moraima
de tristes memorias presa
en recuerdos se embelesa
asomada al mirador,
duerme el negrillo a la sombra
del lecho de la nodriza
sobre el paño que tapiza
el alhamí en derredor.

Todo calla: permanece
inmoble al balcón Moraima:
la noche se lobreguece
ausente la luna ya.
Ni una estrella en el espacio:
todo es silencio y tinieblas
dentro y fuera del palacio,
mudo el universo está.

He aquí que, como avisado
por algún ser misterioso,
el negrillo desvelado
la cabeza enderezó,
y con la boca entreabierta,
sin alentar, y clavados
los ojos sobre la puerta
por un instante quedó.

Nada se oía: el instinto
de su raza le advertía
un riesgo que todavía
se escapaba del poder
de los sentidos: sólo era
voz de su presentimiento,
no voz, rumor ni lamento
que oírse pudiera hacer.

Él, empero, a deslizarse
comenzó sobre la alfombra,
llegando como una sombra
hasta la puerta exterior:
mas al pegar al encaje
de sus hojas el oído,
le hirió otro distinto ruido
que entró por el mirador.

Volvió un punto a su absoluta
inmovilidad, tendiendo
la cabeza y conteniendo
la respiración Kael.
Alumbró luego un relámpago
su mirada inteligente,
y al lejos confusamente
se oyó trotar un corcel.

Sacó de su arrobamiento
su rumor a la sultana
que intentó con ansia vana
las tinieblas penetrar.
Kael, por las colgaduras
trepando a la celosía,
se puso el son que traía
el aire libre a escuchar.

Tal vez era algún viajero
que a ver venía a Granada,
tal vez algún mensajero,
acaso algún mercader
que, deseando temprano
ganar la alcaicería,
llegaba a la Alhambra ufano
aun antes de amanecer.

Todavía no pisaba
el camino que circunda
de la Alhambra la alcazaba
sombría, cuando Kael,
de la ventana saltando
con agilidad salvaje,
corrió a la puerta aplicando
el oído a su cancel.

Moraima a sus pantomimas
y señas acostumbrada,
con impaciente mirada
explicación le pidió.
Kael, pasando una mano
alrededor de su frente
e irguiéndose altivamente,
a Aixa por allí anunció.

¿Y el caballo?, preguntóle
la bella mora temblando,
y al mirador señalando
y con los brazos Kael
de un ave imitando el vuelo
y leer ansiosamente
fingiendo, trajo a su mente
la paloma y el papel.

Moraima aun no asegurada
de comprenderle, le hizo
su pregunta reiterada:
y él sus señas repitió.
Lanzóse ella a la ventana,
mas detúvola él a punto
que a la misma puerta junto
la voz de Aixa resonó.

«Abre.» En su imperioso tono
dijo con alguno hablando:
y ante ella el portón girando
pareció bajo el dintel.
Ante su rostro severo
calló Moraima inclinándose,
y fué a hacerla, prosternándose,
larga *zalema* Kael (4).

Con una antorcha un esclavo
seguía de Aixa la huella,
cerró la puerta y en ella
quedóse el esclavo en pie:
sin fijar la vista apenas
en Moraima, la africana
en silencio a la ventana
con paso altanero fué.

Mas no bien a su antepecho
tocó, cuando al pie del muro
sobre el arrecife oscuro
trotar al corcel se oyó.
Asomóse Aixa: el caballo
paró en firme: cesó el ruido,
y un ruiseñor, sorprendido
tal vez al huir, silbó.

Sacando entonces del seno
Aixa un torzal muy delgado
que tiene un plomillo atado
a una punta, dijo: *va*,
y por el balcón lanzóle

prestando el oído atento:
después de un breve momento
dijeron abajo: *ya.*

Recogió el torzal la mora
y de la bujía al brillo
fué a examinar un anillo
que volvía atado a él.
Él es, dijo, y una llave
en vez del anillo atando,
tornó a arrojarle tornando
a oírse abajo el corcel.

Reinó un silencio completo
por un instante. Moraima
con el corazón inquieto
miraba a Aixa, sin osar
interrumpirle: la esclava
con el infante dormía,
y el enanillo escuchaba
como Aixa, sin respirar.

Quietos, atentos, callados,
parecían esculturas
o seres que allí encantados
un Genio paralizó.
Confuso luego y lejano
comenzó un rumor a oírse,
que cada vez más cercano
por grados se acrecentó.

Al principio fué un susurro
suave, como el soñoliento
rumor que produce el viento
entre las hojas: después
pareció que muchas voces
hablaban en el camino
por lo bajo, y al fin vino
el son claro tal cual es.

Ruido de pasos unidos,
iguales y acompasados,
pasos de muchos soldados
que avanzan con rapidez:
y Moraima, no pudiendo
contenerse, adelantóse
a par de Aixa y asomóse
en silencio al ajimez.

Quitó la antorcha al esclavo
y, asiéndose al cortinaje,
al labrado barandaje
trepó con ella Kael.
Sacóla sobre el camino,
y su roja llamarada
reflejó en la gente armada
que descendía por él.

Como una inmensa serpiente
que se arrastra en la pradera,
así su movible hilera
en torno ciñendo va
del regio alcázar el muro,
hasta sumirse en lo oscuro
de la bóveda excusada
que sobre el camino da.

Subterráneos pasadizos
que en los cimientos macizos
labrar mandó de *la torre*
de los Picos Alhamar,
dan a una puerta de hierro
cuya boca honda y callada
no se cansa aquella armada
muchedumbre de tragar.

Tal vez la traición o el oro
franquean aquella puerta,
puesto que en silencio abierta

da paso al largo cordón
de armados, que en ella se hunde
cual procesión de fantasmas
que unas en otras confunde
febril imaginación.

Con fiebre a su vez las veía
deslizarse una tras otra
Moraima, y no se atrevía
a la reina a interrogar,
quien con altanera calma
y semblante satisfecho
desde el calado antepecho
las contemplaba pasar.

Como vagas creaciones
de un sueño, en el subterráneo
jinetes tras de peones
se hundieron: volvió el cancel
de la poterna a cerrarse
y tras él, desde la altura,
del arrecife a la hondura
lanzó su antorcha Kael.

Entonces, Aixa, volviéndose
a Moraima, por la mano
asiéndola y con ufano
semblante detrás de sí
llevándola, el aposento
cruzó con ella callada
hasta ponerla a la entrada
de su oriental alhamí.

Allí del lecho que parte
con su nodriza el dormido
hijo de Abdilá, corrido
teniendo ante ella el tapiz,
la dijo: «Ahora, hija pálida
»de un árabe, débil planta
»de savia fría, levanta
»con orgullo la cerviz.

»El sol que tras de la sierra
»se elevará esta mañana,
»te saludará sultana
»pese al sangriento Muley.
»Encrespa, pues, tu flotante
»melena rubia, leona
»real, porque tu tierno infante
»es desde hoy hijo de un rey.»

Dijo y comprendiólo todo
Moraima en aquel momento:
mas aunque libre y contento
dentro su pecho saltó
su corazón, ante el vano
orgullo de soberano,
ni aun el latido más leve
en holocausto ofreció.

Abrazó, con sus caricias
despertándole, a su hijo;
pero solamente dijo,
con inquietud juvenil
volviéndose a la africana:
«¿Pero supongo, sultana,
»que me ha traído esa gente
»a mi esposo Abú-Abdil?»

Miróla Aixa como un águila
mira, dejándola ir viva,
a una alondra fugitiva
que encuentra por su región,
con esa mirada propia
de los seres colosales
que a los débiles mortales
sólo otorgan compasión.

Criaturas fuertes, almas
todas vigor, que calculan
por el que ellas acumulan
el vigor de las demás:
almas en quien arde virgen
la luz de su fe divina;
mas para quien no ilumina
su luz la tierra jamás.

Seres dueños de los ímpetus
de las terrenas pasiones,
que juzgan los corazones
del suyo por la virtud,
y que siguen inflexibles
el carril de sus deberes
creyendo a todos los seres
con su firme rectitud.

Seres que nacen en tiempos
indignos de ellos: de gente
que arrastra cobardemente
su existencia terrenal;
seres que bajo su siglo
se sepultan con fiereza
sin humillar la cabeza
ante su siglo fatal.

Tal fué Aixa y tal la fría
mirada que echó a Moraima,
que trémula la sentía
sobre su frente pesar:
tales estas dos mujeres
iguales sólo en fortuna:
débil cual las flores una,
otra fiera como el mar.

El silencio de un momento
que produjo esta mirada,
Kael con un movimiento
de alegría interrumpió.
Corrió a la puerta, el oído
a sus hojas aplicando,
y ufano a los pies saltando
de su señora volvió.

Pasos presurosos, rápidos
por los jardines se oían,
y luces se percibían
de los vidrios a través:
Aixa exclamó: «Ahí le tienes:
»por suerte no es tan villano
»que como un perro cristiano
»venga a tenderse a tus pies.»

Dijo: mas ya no la oía
Moraima, que entrelazados
sus bellos brazos tenía
al cuello de Abú-Abdil:
y el viejo Aly-Athar, que entraba
detrás del rey, de su hija
embebido contemplaba
el arrebato infantil.

Ella, soltando al esposo,
corrió a los brazos del padre
que los abrió cariñoso,
y alvidando la ocasión
en que se encontraba, en ellos
la levantó como a un niño
de su paternal cariño
en la expansiva efusión.

Hasta los negros esclavos
que alumbraron tal escena
su emoción con harta pena
pudieron disimular.
Aixa tan sólo inactiva

y silenciosa a sus brazos
con circunspección altiva
dejó a Abú-Abdil llegar.

Y le abrazó: mas diciéndole:
«Abdil, ya estás en el trono:
»tuyo es, y el cielo en tu abono
»contra la injusticia está:
»piensa, empero, que Alah es justo
»y que con airada mano
»quita el trono al rey villano
»lo mismo que se le da.

»No olvides que a la fortuna,
»de los valientes amiga,
»sólo el valiente la obliga
»y huye del cobarde vil.
»Como hombre, pues, sube al trono;
»mas si Alah al fin te abandona,
»no bajes de él sin corona
»sino sin cabeza, Abdil.

Diciendo así la africana
abandonó el aposento,
y ocupáronse al momento
los fuertes por Abdilá,
En el silencio nocturno
sorprendiendo a los soldados
a quien los dejó fiados
Muley, que hacia Alhama va.

IV

El sol al asomar por el Oriente
del rey Abú-Abdil vió la bandera
flotar sobre la Alhambra y por su gente
guarnecida a Granada. Nueva era
comenzaba a correr, y alegremente
corrió la muchedumbre novelera,
al vencido Muley abandonando,
del nuevo rey a acrecentar el bando.

¡Clemente Alah, cuya potente mano
los imperios del polvo creadora
engendra y los reduce a polvo vano,
según tu santa ley niveladora
de la humildad y del orgullo humano,
tiéndela pío hacia la gente mora!
¿Qué va a ser de ella en guerra fratricida
entre el padre y el hijo dividida?

LIBRO SÉPTIMO

I

¿Quién acota los fallos del destino
ni el pie sujeta de la errante fama,
en medio del incógnito camino
por do rauda sus nuevas desparrama?
Su voz por el cristiano y granadino
reino la historia pregonó de Alhama,
y a par de su defensa como buenos
se arrojaron cristianos y agarenos.

Por recobrarla Hasán desde Granada
corrió con su veloz caballería,
y a defenderla en masa levantada
acudió la cristiana Andalucía.
Salió al campo Fernando: su morada
abandonó Isabel, y lució el día
en que a mortal y decisiva guerra
se aprestó de una vez la hispana tierra.

Juntó Muley cincuenta mil guerreros,
de Alhama al avanzar por el camino,
a cinco mil valientes caballeros
que trae del territorio granadino;
y en el valle a la vez por cien senderos

lanzando de su gente el torbellino,
en alas de la rabia que le inflama
llegó el viejo feroz al pie de Alhama.

La voz de la morisca muchedumbre
la roca estremeció donde se asienta;
mas Ponce de León desde la cumbre
la voz oyendo de la grey sedienta
de su sangre leal, la pesadumbre
para aumentar del árabe y la afrenta,
elevó las banderas alhameñas
al par de sus católicas enseñas.

Al verlas de los muros en la cima
ondear Muley, con la encendida saña
de quien su honor manchado en nada es-
[tima
el asalto emprendió de la montaña;
mas era el jefe que velaba encima
el más ilustre capitán de España,
y a la amenaza de Muley rabiosa
contestó con sonrisa desdeñosa.

Vió el árabe monarca esta sonrisa,
y al punto comprendió con pesadumbre
que su impotencia el de León le avisa
para asaltar la inaccesible cumbre.
De venganza la sed dióle más prisa
que discurso, y fió en la muchedumbre
y vió que sin inmensa artillería
jamás a los cristianos rendiría.

Tarde lo vió: mas viendo con despecho
que arriesgaba el honor y el tiempo urgía,
él mismo por el áspero repecho
sus gentes al asalto conducía:
y en impaciencia y en furor deshecho,
contemplaba que sólo conseguía
abrir a sus valientes sepultura
de aquellos precipicios en la hondura.

La encanecida barba se mesaba
el iracundo rey, y de la empresa
no desistir en su furor juraba
hasta cobrar la codiciosa presa:
correos tras correos despachaba,
máquinas de batir a toda priesa
demandando, y tenaz en tal intento
ante Alhama plantó su campamento.

Los peñascos minó, los manantiales
cegó que daban agua a los sitiados,
y de la villa en derredor sus reales
circunvalando les dejó bloqueados.
Pronto a su constancia las fatales
consecuencias sintieron los cercados,
viendo que sin socorro pronto y fuerte,
su esperanza mejor era la muerte.

El valeroso capitán cristiano
que el apellido de León tenía,
sin dar tregua al discurso ni a la mano
su valor de león no desmentía:
y viéndole al peligro el más cercano
siempre y doquier en vela noche y día,
no hubo un solo cristiano que cejara
ni que matar por él no se dejara.

Infatigable, impávido, tranquilo,
con el valor del héroe sereno,
salió seis veces por oculto silo
el campo a sorprender del agareno;
de agua otras cien por conservar un hilo
que de un peñasco les quedó en el seno,
peleó con el fango a la rodilla
mientras bebían de él los de la villa.

En vano gran refuerzo poderoso
de hondas, ribadoquines y lombardas
llegó por fin al árabe orgulloso;

él con sus arcabuces y espingardas
continuo fuego sustentó animoso,
y aunque ya asaz por el cansancio tardas
las manos, de tronar sobre las rocas
jamás cesaron sus ardientes bocas.

Asombrado Muley de tanto arrojo,
pactos amigos al marqués propuso;
mas Ponce de León con grande enojo
a sus mensajes sin dudar repuso:
«Cuando en Alhama mi estandarte rojo
»roja de sangre infiel mi mano puso,
»no fué para quitarle a tu venida,
»sino bajo él para dejar la vida.

»—Pues bien, dijo Muley, serás mi es-
[clavo
»ya que no te contenta ser mi amigo.
»—Mejor me está la esclavitud al cabo,
»replicó fieramente don Rodrigo.
»—Muere, pues, dijo al irse el viejo bravo.
»—Dios de mi honrado fin será testigo.»
Dijo el marqués; y el moro y el cristiano
volvieron a sus armas a echar mano.

Ensordeció otra vez la artillería
los precipicios cóncavos de Alhama,
y el cristiano valor vió en su agonía
de su esperanza vacilar la llama.
Habían hecho ya cuanto podía
hacerse por la patria y por la fama
los castellanos, mas al fin mortales
se agotaban sus fuerzas corporales.

Rayaba ya la postrimera aurora
que podía alumbrar su resistencia:
postrer asalto de la hueste mora
iba fin a poner a su existencia,
y viendo sin pavor su última hora,
de su muerte aguardaban la sentencia;
mas Dios, que no abandona al buen cristiano,
entre Alhama y Muley tendió su mano.

La luz de las hogueras con que invoca
socorro el pueblo a la invasión expuesto,
de ciudad en ciudad, de roca en roca,
se difundió por el país bien presto;
y al resplandor que a pelear convoca
el peligro de Alhama manifiesto,
de Cristo por los campos andaluces
avanzaron las lanzas y las cruces.

Alonso de Aguilar, el compañero
de armas de Ponce de León, la gente
de sus estados allegó el primero;
y cruzando los montes diligente,
como una estatua de bruñido acero
asomó sobre un cerro del Oriente.
Y el sol, como un fantasma de luz y oro,
la presentó a la vista del rey moro.

Los hermanos Girón, de Calatrava
con la legión ecuestre aparecieron
por un valle de sauces: con su brava
infantería por el Sur salieron
los Córdobas de Cabra, y por la cava
de un monte que al cruzarle descubrieron,
asomaron, los dos bajo una enseña,
el conde de Alcaudete y el de Ureña.

Mirábalos Muley considerando
su fuerza escasa para serios fines,
y se aprestaba a acometerlos, cuando
del montuoso horizonte a los confines
vió de peones numeroso bando,
y en el agudo son de sus clarines
conoció, y en sus cárdenos pendones,
de Enrique de Guzmán los escuadrones.

Con ira entonces comprendió que junto
un ejército entero en su mal era,
e impío blasfemó viendo en un punto
venir sobre él la cristiandad entera;
y mirando avanzar en buen conjunto
los jinetes cristianos por doquiera,
cual jabalí acosado por los perros
alzó su campo y se acogió a los cerros.

Desde ellos vió, con cólera impotente,
sus postigos abrir a los de Alhama;
y echando al corazón la mano ardiente
a contener la hiel que se derrama
en sus hinchados vasos, y la frente
al peso del baldón que se la infama
doblando, con ahogado y ronco grito
exclamó: «¡Alahuakbar!, estaba escrito.»

Entonces, silencioso y cabizbajo,
de sus gentes cubrió la retirada,
rechazando por sí, no sin trabajo,
de las huestes de Ureña una avanzada.
Cuando en salvo la vió, por un atajo
se encaminó otra vez hacia Granada,
seguido de unos pocos caballeros
de su aciaga fortuna compañeros.

Mas, ¡ay!, su estrella en la gentil Gra-
[nada
para siempre su luz oscurecía,
y era ya aquella la postrer jornada
que hacer por ella como rey debía.
Ya en la Alhambra de rayos coronada
estrella más feliz resplandecía,
y a otro pendón que al de Muley su gloria
otorgaba versátil la victoria.

En la vega al entrar, de una colina
al revolver el áspero sendero,
de la luna a la lumbre mortecina
vió correr hacia él un caballero.
Era un doncel de raza granadina
que, ante él parando el fatigado overo,
dijo con voz por la carrera ahogada:
«—Tente, señor: no vuelvas a Granada.

—¿Por qué?, dijo Muley. —Porque ya
[llegas
tarde: de ella Abdilá se ha apoderado.
—¿Y mi wazir Abú-l'Kasin-Ben-Egas?
—Está en los Alixares encerrado.
—¿Y mi Zoraya? —De las turbas ciegas
por milagro no más se ha libertado:
los pocos fieles que te quedan vivos
te buscan por la sierra fugitivos.

—¿Todo, pues, lo perdí? —La honra te
[queda.
—Te engañas, infeliz; sin ella vengo.
—La puedes recobrar mientras que leda
se conserve tu fe. —Ya no la tengo
tampoco: es fuerza que al destino ceda;
su ley fatal a obedecer me avengo.
—Aún te resta, señor, una esperanza.
—¿Cuál? —La mejor de todas: la venganza.

—Tienes razón. ¿Podemos todavía
en el alcázar penetrar? —Acaso:
si te ayuda tu intrépida osadía
yo puedo abrirte hasta la Alhambra paso
en las tinieblas de la noche. —Guía:
y si a ella subo, como frágil vaso
quebrantaré de Aixa y de su hijo
la existencia fatal que Alah maldijo.»

Y el rey, a la venganza decidido,
a los que son con él la faz volviendo
les dijo: «A este mancebo habéis oído;

uniros a mi suerte no pretendo;
abandonad si os place al rey vencido.»
Mas la mano los árabes poniendo
de los corvos alfanjes en los pomos,
respondieron resueltos: «Tuyos somos.»

Metió Muley a su corcel la espuela,
y echando por delante al granadino,
pensando en sorprender su ciudadela
hacia Granada continuó el camino.
Mas, ¡ay!, en vano el hombre se rebela
contra la ley de su fatal destino,
en vano avasallar quiere a la suerte:
la voluntad de Dios siempre es más fuerte.

Era la hora en que entregado al sueño
Abú-Abdil, en la Alhambra aposentado,
soñaba con el bien de que era dueño,
con el cetro que a Hasán había robado.
Aixa también, desarrugado el ceño,
su saña habiendo y su ambición saciado,
al fin vengada de su infiel esposo,
entregábase en brazos del reposo.

Era todo silencio en el recinto
del regio alcázar de la corte mora;
reinaba en su dorado laberinto
del descanso la paz reparadora,
cuando el eco de un ¡ay! claro y distinto
de sala en sala retumbó a deshora,
y el joven rey de sus estancias dueño,
al eco de aquel ¡ay! rompió su sueño.

Oyólo al par la varonil sultana
su madre, y fuera del suntuoso lecho
lanzándose veloz, a la ventana
escuchó atentamente largo trecho.
Sus sentidos sutiles de africana
y el velador instinto de su pecho,
la revelaron el terrible arcano
de aquel ¡ay! eco del dolor humano.

Escuchaba el rey moro todavía
el eco de aquel lúgubre gemido,
cuando su madre con vigor le asía
por el brazo en que estaba sostenido.
«—Levántate, hijo mío, le decía,
levántate, Abdilá: nos han vendido.
—¿Qué pasa, madre?, preguntó el man-
[cebo.
—Tu padre busca a la venganza cebo.»

Su alfanje Abú-Abdil blandió desnudo
y asiendo de un clarín con gran coraje,
en los senos lanzó del aire mudo
una sonata de África salvaje.
De aquel bárbaro son al eco agudo
se estremeció su guardia abencerraje,
y de su riesgo próximo avisada
acudió junto al rey precipitada.

Y a tiempo fué. Su yatagán sangriento
Muley blandiendo, apareció a sus ojos
por la puerta del próximo aposento,
rebosando sacrílegos enojos.
Feroz vampiro de su carne hambriento
sus brazos muestra con su sangre rojos,
y con los ojos en su sangre fijos
la sangre anhela de sus propios hijos.

Helóse de terror a su presencia
toda la guarnición de la alcazaba:
Aixa, empero, abrasada de impaciencia
empuñó un arcabuz gritando brava:
«¡Muera el tirano!», al punto con violencia,
lid fratricida sin cuartel se traba:
en el mismo aposento en que nacieron
los hijos con los padres se batieron.

Peleaba Muley como un demente,
y a Aixa los suyos de la lid sacaron:
hallarse no lograron frente a frente
los dos reyes por más que se buscaron.
Llamaba a Abdil con cólera estridente
el viejo rey, cuando sobre él cargaron
tantos al par, que sin lograr su objeto
cejó y huyó por corredor secreto.

En el versátil vulgo confiando
descendió a la ciudad por una cueva,
juntar creyendo poderoso bando
con que arruinar la monarquía nueva.
Metióse, pues, por la ciudad llevando
audaz a cabo tan osada prueba,
y en un momento la ciudad entera
campo sangriento de batalla era.

Doquier se escuchan con pavor lamentos,
ayes de muerte y gritos de pelea:
a salvarse no más todos atentos,
sólo en salvarse cada cual se emplea:
no hay nadie que en tan críticos momentos
presa de los cristianos no se crea:
nadie a juzgar la realidad se para,
nadie ve dónde, ni de quién se ampara.

En tanta confusión, en duelo tanto,
abandonando Hasán la lid confusa,
va a los umbrales a llamar de cuanto
moro por su parcial la fama acusa;
mas, al reconocerle, con espanto
seguirle todo musulmán rehusa,
porque se hundieron su prestigio y fama
bajo su triste expedición de Alhama.

Su nombre con horror de boca en boca
rápidamente en las tinieblas pasa,
y por doquiera contra él evoca
ira sin compasión, rencor sin tasa:
cobra valor la muchedumbre loca,
y al correr la verdad de casa en casa,
por rejas, ajimeces y balcones,
comienzan a asomar luces y hachones.

Comiénzase a ordenar la gente fiera
del Albaycín: tremólanse estandartes
que atraen a sí la juventud guerrera,
y conócense al fin por ambas partes.
¡Alah por Bú-Abdil!, gritan doquiera;
y descubriendo las traidoras artes
a que echa Hasán para vengarse mano,
gritan dando sobre él: ¡muera el tirano!

Desengañado el viejo vengativo
abandonó su despechada empresa,
dándose por feliz en salir vivo
favorecido por la sombra espesa:
y con veinte jinetes, fugitivo,
que aún le seguían, caminó con priesa
Muley hacia los altos alijares
donde aun tiene Zoraya sus hogares.

Allí la favorita con Ben-Egas
le aguardaba a caballo: a marchar prestos,
sus guardias negros como estatuas ciegas
por él se hallaban a morir dispuestos.
«—Vamos, dijo Muley. —A tiempo llegas,
repuso Abú-l'Kasin: Aixa mis puestos
descubrió ya, y a su merced estamos.
—¡Maldita sea!, dijo el rey: huyamos.»

Y entrando por las lóbregas laderas
de la sierra fragosa y escarpada,
aprovecharon cautos las postreras
sombras para alejarse de Granada:
y del alba siguiente a las primeras

luces, el que fué rey ya no era nada:
el reino se le huyó de entre los brazos
y su cetro al caer se hizo pedazos.

¡Clemente Alah, que como aristas secas
las más robustas fábricas quebrantas,
los pueblos hundes, y las razas truecas
bajo el polvo que en pos dejan tus plantas!
Del hombre vil las vanidades huecas
¿cómo han de interrumpir tus leyes san-
[tas?
De Hasán tocó tu soplo en la corona,
y fué. ¡Dios bueno, lo que fué perdona!

II

Llena al fin de su enojo la medida,
abrió el Señor la urna en que atesora
de las naciones la acotada vida;
de ella arrojó la de la estirpe mora,
y al caer en la nada desprendida
de su mano, con voz imperadora
dijo Dios a Isabel: «He aquí tu día:
parte, rayo de fe: tu empresa es mía.»

Y por el fuego de la fe abrasada,
por la celeste mano compelida,
los brazos Isabel tendió a Granada,
que por sus brazos se sintió ceñida
con angustia mortal; y al punto armada
y con el sayo de la cruz vestida,
aparición marcial salió a campaña
la fe invocando y el honor de España.

A su inspirado y vigoroso acento,
la nobleza leal de Andalucía
pareció ante Isabel en un momento,
rebosando valor y bizarría.
Llenas de emulación con su ardimiento
cuantas provincias en su reino había,
su gente enviaron de pelea en planta
en derredor de su bandera santa.

Encendida en sus bélicos deseos,
desde Córdoba envió con gran premura
numerosos y rápidos correos
a Toledo, León y Extremadura.
Cuantos gozaban en su nombre empleos
o de su autoridad investidura,
su intimación de guerra recibieron
y en campaña obedientes se pusieron.

Cartas atentas escribió a sus damas
para que a sus amantes y maridos,
de los troncos más nobles y sus ramas,
la enviasen a la lid apercibidos;
y por los pueblos esparció proclamas,
llamando a los mancebos atrevidos
a romper una lanza en la campaña
por el honor y libertad de España.

De su entusiasmo el religioso influjo
derramó el entusiasmo por doquiera,
y cuanto noble su nación produjo
en redor acudió de su bandera.
Sus vasallos a Córdoba condujo
todo barón que diez tuvo siquiera,
y en cada hora nueva que sonaba
un valiente a Isabel se presentaba.

Ella entretanto en vastos almacenes
depositó profusas provisiones
de granos, vinos y cecinas, bienes
de que abundan sus fértiles regiones;
acopió ropas y armas; montó trenes
de batir, con lombardas y cañones;
soldados instruyó que los sirvieran,
y acémilas compró que los movieran.

No se excusó ni un noble castellano
de acudir de Isabel a la cruzada,
y no quedó un solar en monte y llano
de que no hubiese en Córdoba una espada.
Todas las joyas del valor hispano
fueron parte a tomar en la jornada,
sombreando sus bizarros escuadrones
de sus casas más ricas los pendones.

Vino el primero el cardenal de España
con escolta lucida y numerosa:
desde el campo feraz que el Ebro baña,
el buen duque llegó de Villahermosa.
Trajo el conde de Cabra de montaña
ballestería diestra y vigorosa;
y a los suyos, el conde de Cifuentes,
trajo armados de hierro hasta los dientes.

Vinieron los del pródigo Infantado
armados de broquel, puñal y clava,
con rico arnés azul empavonado;
vino la gente de Alburquerque brava
con ancho escudo y espadón pesado,
y la Orden militar de Calatrava
llegó, con su maestre a la cabeza,
en caballos de indómita fiereza.

Trajo Medinaceli, sevillanos
sobre pintadas yeguas caballeros,
y el de Ureña jinetes jerezanos
en potros como el céfiro ligeros;
Vinuesa, de leales castellanos
trajo gran pelotón de espingarderos,
y leoneses con enormes mazas
que hen'ían los broqueles y corazas.

Trajo Fernando de Aragón sus huestes,
y con ellas vinieron de Navarra
los montañeses ásperos y agrestes,
al tiro afectos del balón y barra;
los de Aza y Urgel jamás contestes
armados de morisca cimitarra,
y los deudos de Pedro de Velasco
de abigarrado y penachudo casco.

Desde el muro hasta la árabe alcazaba,
de los Kalifas oriental palacio,
Córdoba un campamento semejaba;
de sus plazas y calles el espacio
el aparato militar llenaba;
y de lejos brillar como un topacio
la veían los vecinos montañeses
alfombrada de auríferos arneses.

Y he aquí que de un balcón que la [domina,
contemplaba Isabel la roja hoguera
del sol arder tras la postrer colina,
cuando dobló tendido a la carrera
la falda de la loma más vecina
un corredor cristiano de Antequera,
que en nombre de los héroes de Alhama
bastimentos y víveres reclama.

Su mensaje al oír Fernando, al punto
convocando en su estancia su consejo,
pidió opinión sobre tan grave asunto.
Pedro de Vargas, capitán ya viejo,
frontero en territorio a Alhama junto
y del país conocedor, espejo
de los cristianos jefes fronterizos,
dijo mostrando al rey sus blancos rizos:

«Mi existencia, señor, pasé en la guerra
y aun no esquivo por débil la batalla,
ni el viejo corazón que aquí se encierra
late aún con temor bajo la malla;
pero conozco bien aquella tierra:

Alhama es un peñasco que se halla
cercado por doquier de plazas moras
que le tendrán en riesgo a todas horas.

Mantenerla no pudo vuestro abuelo
San Fernando, señor, y es necesario
que para conservar su inútil suelo
empleéis la mitad de vuestro erario.
Con cinco mil jinetes aun recelo
que será su destino bien precario,
porque cada convoy que hasta allí llegue
fuerza es con sangre que el camino riegue.

Sólo quien tenga guarnición en Loja
la podrá conservar, y aun así un día
puede que el moro por traición la coja;
si yo fuera que vos la quemaría,
y de su incendio con la lumbre roja
a Granada una noche alumbraría,
dejando en su ceniza al rey pagano
un testimonio del furor cristiano.»

Dijo el anciano Vargas. Los prudentes
y graves consejeros que le oyeron,
sus razones hallando suficientes,
a su opinión unánimes se unieron:
«De Alhama retirad a vuestras gentes
y quemadla, señor», al rey dijeron:
mas Isabel, que los escucha y mira,
llena exclamó de generosa ira:

«No permita el Señor que se abandone
prenda de tal valor de esa manera,
ni que vileza tal nos ocasione
escarnio ser de la morisma entera.
No quiera Dios que entre ellos se pregone
que, del peligro en la ocasión primera,
ni en Dios ni en nuestro brío fe tenemos,
ni lo nuestro a guardar nos atrevemos.

»No se hable, pues, de abandonar a [Alhama:
cuando a lidiar mis gentes he traído,
no para empresas sin peligro y fama,
para las dignas de héroes ha sido:
auxilio Alhama de su rey reclama
y yo se le daré, que a eso he venido;
no ha de cejar ni descansar mi gente
sino cuando en la Alhambra se aposente.»

Dijo Isabel: y a la ciudad bajando,
cabalgando en su rápida hacanea
«¡A Alhama!..., dijo al castellano bando,
conmigo a Alhama quien valiente sea!»
¡A Alhama!, las banderas desplegando
clamó toda la gente de pelea;
y tras la reina que su ardor inflama
se encaminó el ejército hacia Alhama.

¡Mísero Abú-Abdil!, con luz incierta
ya tu estrella fatal sobre ti brilla:
recuerda tus horóscopos: despierta.
¡Apresta tu corcel y tu cuchilla!
Ya de la Alhambra a la dorada puerta
va a llamar con ejércitos Castilla,
y a echar van sobre ti los españoles
de siete siglos los sangrientos soles.

III

Dejó Isabel a Alhama guarnecida,
sus muros y baluartes la repuso,
y, en templo su mezquita convertida,
segura guarnición en ella puso.
A Luis Portocarrero a su salida
por su alcaide nombró, quien, según uso
de los fronteros jefes castellanos,
conservarla o morir juró en sus manos.

El católico rey dejar queriendo
a los moros señal de aquella entrada,
en sus fronteras con estrago horrendo
se corrió por su tierra amedrentada,
y su bizarro ejército metiendo
por la fecunda vega de Granada,
incendió mieses, arrasó olivares,
robó ganados y asoló lugares.

Los moros, que estos daños achacaron
del furioso Muley a la imprudencia,
partido al punto por Abdil tomaron
y rey le proclamaron en su ausencia.
Las tropas de Muley le abandonaron,
el vulgo le mofó con insolencia,
y a Málaga, frustrada su esperanza,
huyó, por fin, sin alcanzar venganza.

Aixa, empero, temiendo la inconstancia
del pueblo, y conociendo que en el trono
no tendría Abdilá segura estancia,
si no haciendo venir de él en abono
alguna empresa o triunfo de importancia
que al vulgo deslumbrara, y que su encono
contra Hasán aumentara, con secreto
se preparó para lograr su objeto.

Congregó los más diestros capitanes
de todas las opuestas banderías,
y desechando y rehaciendo planes,
oyendo escuchas y escuchando espías,
realizó sus solícitos afanes
aprontando, por fin, en breves días
numerosa y segura cabalgada,
de espléndido botín esperanzada.

«Probemos a los reyes castellanos
que aprovechar sabemos sus lecciones,
(dijo a su hijo Abdilá). Pues nuestros lla-
[nos
talan, sal a talar sus posesiones.
En nuestras tierras por llenar sus manos
sus castillos están sin guarniciones,
lo que hallan, pues, en nuestra vega ame-
[na
busca tú por sus campos de Lucena.»

Comprendió el joven rey a la sultana,
y ganoso de gloria, y con deseos
de probar en la tierra castellana
el valor que ha ostentado en los torneos,
con gallardía juvenil y ufana
resolución, sus bélicos arreos
vistiendo, mostró el joven soberano
su alma de rey y origen africano.

IV

¡Qué hermosas son las noches de Gra-
[nada!
¡Cuánto placer la atmósfera respira!
¡Con qué rumor tan grato perfumada
susurra el aura que en sus huertos gira!
Su misteriosa soledad, poblada
de árabes genios, languidez inspira,
y no encierran los senos de su sombra
el vago miedo que en la noche asombra.

El canto de los pájaros canoros
que anidan en sus bosques embebece:
el ruido de sus árboles sonoros
y de sus frescas aguas adormece;
de la brisa en los pliegues incoloros
extasiado el espíritu se mece:
todo reposa allí bajo el imperio
de un oriental incógnito misterio.

Encantada ciudad, cuyas historias
piden del rey profeta el arpa de oro:
Sultana del Genil, cuyas memorias
evoco a solas y en silencio adoro:
alcázar oriental de cuyas glorias
envidioso está el mundo, bien el moro
dijo al decir que la mansión divina
está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo
se ve la faz de Dios que centellea:
no hay quien detrás de tu flotante velo
la omnipotencia de su ser no vea.
No hay quien escrita en tu fecundo suelo
la realidad de su poder no lea;
no hay quien contemple tu nocturna calma
sin alzarle un altar dentro del alma.

¡Tierra de bendición! ¿Quién no te adora?
Tierra de amor, en que el placer se anida,
en tus dulces recuerdos se atesora
toda la gloria de mi inquieta vida!
¿Quién de ti, si te ve, no se enamora?
¿Quién tus noches espléndidas olvida?
Bien hizo el que a tus pies por no per-
[derte
peleando tenaz buscó la muerte.

Es una noche azul de primavera.
Millones de lucientes luminares
dan tibia luz a la terrestre esfera;
de flores aromáticas millares
alfombran ya la tierra, y la ligera
brisa en la regia estancia de Comares
introduce sus vírgenes olores
a través de los áureos miradores.

Sobre cojín morisco reclinada,
los pies doblados sobre escasa alfombra,
yace la que de la árabe Granada
al fin sultana sin rival se nombra.
Rico dosel de seda cairelada
da a su lánguida faz templada sombra,
y pantalla chinesca en su penumbra
guarda el mechero que el salón alumbra.

Es la azucena pálida de Loja,
es de Aly-Athar la tímida gacela,
es la mujer que, trémula cual hoja
de triste sauce, duda, ama y recela.
Moraima es, cuyo ánimo acongoja
pesar secreto que la tiene en vela.
Es la sultana de cabellos de oro
que el alma hechiza del monarca moro.

Kael, su negro y perspicaz nubiano,
yace a sus pies con languidez tendido:
la frente apoya sobre la ancha mano
fatigado tal vez, tal vez dormido;
mas la mirada fija del enano
y la abierta nariz y atento oído,
al que su instinto y lealtad comprende
advierten que sagaz a todo atiende.

En el oscuro camarín, formado
por la maciza fábrica del muro,
y en donde se abre el ajimez dorado
que da aire y luz al aposento oscuro
al estilo de Oriente fabricado,
contempla el cielo otra mujer; su duro
contorno sobre el cielo se destaca,
pues fuera del balcón el cuerpo saca.

Es Aixa, la despótica sultana,
el genio protector del islamismo,
que desde aquella arábiga ventana
mide del porvenir el hondo abismo.
Genio tenaz, encarnación humana

de la fe, del valor y el heroísmo,
genio que, a aparecer en otra era,
mentir a los horóscopos hiciera.

Con el rumor del bosque confundidos
que sombrea la torre de Comares,
trae el aura fugaz a sus oídos
del bullicioso pueblo los cantares.
A sus vasallos quiere entretenidos
tener el nuevo rey en sus hogares,
y el mal que sus horóscopos predicen
cantando olvidan y a su rey bendicen.

Pero Aixa, que jamás en ilusiones
se adormeció y a quien la edad avisa
de que las populares ovaciones
tan efímeras son como la brisa
que su murmullo trae a sus balcones,
con desdeñosa y lúgubre sonrisa
su son escucha, que al rayar el día
ser puede amotinada vocería.

Todo en la regia cámara reposa:
ajenos al turbión de los placeres
de la morisca corte voluptuosa,
aquellos tres tan diferentes seres
tristes meditan. A la fin la esposa,
la más inquieta de las dos mujeres,
dando sin duda al pensamiento giro
distinto, débil exhaló un suspiro.

Llamó de Aixa la atención el eco
de aquella exhalación enamorada,
y del balcón dejando el fondo hueco
fijó en Moraima su glacial mirada;
y con el tono desabrido y seco
de su voz, a mandar acostumbrada,
la dijo: «Afrenta de las reinas moras,
espíritu cobarde, ¿por qué lloras?»

No lloraba Moraima todavía,
mas tan duras palabras la preñaron
de lágrimas los ojos. Muda, fría,
Aixa las vió cuando a la faz brotaron
de la débil mujer que las vertía.
Las vió, mas conmoverla no lograron,
y con regio desdén a paso lento
comenzó a atravesar el aposento.

Mas al llegar del arco a los umbrales,
de la alberca en el patio embaldosado
anunciaron los roncos atabales
al rey por las sultanas esperado.
Seguido de sus deudos más leales
llegó Abdilá para el combate armado:
sonrió al verle con su arnés más bello
Aixa, y Moraima se abrazó a su cuello.

«—¡Tan pronto!, dijo la afligida esposa.
—Ya tarda, dijo la valiente madre.
—¡Alah te vuelva!..., murmuró la hermosa.
—Mas si no vences volverá tu padre,
añadió la africana vigorosa.
—¡Antes cristiana lanza me taladre!»,
dijo el mancebo rebosando enojos,
y un rayo de rencor brilló en sus ojos.

Entonces la sultana: «En paz os dejo:
(añadió con voz grave), despedíos
a solas, pero ved que no me alejo;
no me le quites con tu amor los bríos
que necesita.» Y, torvo el entrecejo,
se sumió en los tortuosos y sombríos
corredores, dejándoles a solas
del mar de su aflicción entre las olas.

En silencio abrazados los esposos
largo espacio quedaron: el exceso
de su dolor en ayes angustiosos

exhalaba Moraima, mientras preso
mantenía en sus brazos cariñosos
a Abú-Abdil: dióla él un tierno beso
de su cariño en la efusión sincera,
diciéndose los dos de esta manera:

BU-ABDIL

No llores, alma mía: cobra aliento:
llevo todo mi ejército conmigo.

MORAIMA

Abdil, tengo el fatal presentimiento
de que no has de volver: yo te lo digo.
He soñado, mi bien, tu vencimiento
y mi sueño es leal. Mi dulce amigo,
manda tus capitanes a la guerra:
tú eres el rey; no salgas de tu tierra.

BU-ABDIL

Moraima de mi vida, ¿no comprendes
que tu congoja mi valor me quita?
Esta salida que evitar pretendes
es nuestra salvación. Se necesita
que el pueblo crea en mi valor, ¿entiendes?
El rey ha de ser rey. Ve a la mezquita
a orar; mas oye, ¡oh flor de mis amores!
Delante de mi madre nunca llores.

Mi madre es una reina verdadera,
cuyo orgullo jamás ha concebido
que un rey pueda llorar. Tu amor modera
ante ella y muestra del dolor olvido:
porque ella, aunque a sus pies morir nos viera,
no exhalara, Moraima, ni un gemido;
matar sobre nosotros se dejara,
mas creyera infamarse si llorara.

MORAIMA

¿Qué culpa tengo yo de que Alah santo
débil mujer me hiciera y no sultana
feroz como ella? Contener mi llanto
no sabré yo ni tarde ni mañana,
y soñaré de noche con espanto
que muerto yaces o en prisión cristiana,
sin mí llorando o demandando a voces
el fin de tus horóscopos atroces.

BU-ABDIL

¡Calla, Moraima, calla: me estremeces!
Creo que tu exaltada fantasía
en la locura te despeña a veces.
Déjale al vulgo que la suerte mía
juzgue fatal al árabe, y tus preces
dirige a Alah, para que llegue un día
en que contra ellos la victoria arguya
y el triunfo mis horóscopos destruya.

¡Adiós!, yo parto a pelear ahora;
mas cálmate, bien mío, por que creo
que en esta correría asoladora
voy sólo a dar un militar paseo
y a recoger botín. ¡Adiós!, que es hora
ya de partir y a la sultana veo.

MORAIMA

¡Alah te guíe!

BU-ABDIL

Hasta volver contigo.

MORAIMA

¡Ay!, que no volverás, yo te lo digo.

Esta fué la siniestra despedida
de Moraima y Abdil. Muda y serena
Aixa del corredor a la salida
se presentó, y a impulso de su pena
mortal, se desplomó desvanecida
Moraima. Partió el rey para Lucena
y fué su madre a despedirle al muro,
fiando a Dios el porvenir oscuro.

LIBRO OCTAVO

DELIRIOS

الله اكبر

I

¡Alahuakbar! ¡Dios es grande! No sin causa
llamaron a Bú-Abdil desventurado,
no sin razón Moraima el fatalismo
lloró de sus horóscopos infaustos.
Desdichado en su hogar desavenido,
en sus empresas de armas desdichado
y en su amor infeliz, siempre implacable
faltóle Dios en cuanto puso mano.
La casa en que nació, la madre que hubo,
el siglo en que a luz vino, todo aciago
le fué, y a todo cuanto en torno suyo
vivió sus desventuras alcanzaron.
Dios le puso al nacer dentro del pecho
un corazón del infortunio blanco,
y el ambiente fatal de la desgracia
por doquiera que fué le fué cercando.
Odio de su nación supersticiosa
por el temor de sus siniestros hados,
y por instinto de creencia y raza
odio a la par del vencedor cristiano,
vió el mundo sus virtudes sin aprecio
y su valor inútil sin aplauso,
y árabes y cristianos, por vencido,
a un tiempo sin piedad le calumniaron.
Los moros olvidándole con ira,
mirándole con mofa los cristianos,
unos y otros infiel en sus historias
legaron a los siglos su retrato.
Los unos con lo negro de la saña,
los otros con la tinta del escarnio,
en el cuadro inmortal de la conquista
su figura real emborronaron.
La poesía, empero, cuyos ojos
escudriñan sagaces lo pasado,
y en donde quiera que lo encuentra admira
lo bello y lo infeliz, con entusiasmo
alumbra su semblante oscurecido,
y, sus forzadas formas restaurando,
su noble y melancólica figura
dibuja con contornos más exactos.
No es la de un grande rey que el fatalismo
de su sino provoca temerario,
con el valor del héroe que queda
por él vencido, pero no humillado:
es la figura triste de un monarca
que obedece al impulso de los astros,
y, sin poderse defender, sucumbe
de su destino bajo el peso ahogado.
No es la robusta encina que se troncha
del huracán gigante entre los brazos,
sino la flor que, abriéndose tardía,
muere marchita por el cierzo helado.
¡Mísero Abú-Abdil! La historia austera
no halla luz en tu rostro soberano,
pero la poesía te le alumbra
con el fulgor del infortunio santo.
La historia te ve rey y sin corona,
enamorado y sin favor, soldado
y sin victoria, muerto y sin sepulcro...
¿Dónde hallará su luz para ti un rayo?

—Alahuakbar. ¡Dios grande! No sin causa
llamaron a Bú-Abdil desventurado,
y con razón Moraima el fatalismo
lloró de sus horóscopos infaustos.

II

Rico de juventud y de hermosura
cual de esperanza y de valor sobrado,
jinete sobre un tordo berberisco
salió el rey moro Abú-Abdil al campo.
Reverberan al sol de la mañana
sus arneses con oro claveteados,
y se ciernen sobre él como palomas
las plumas de su espléndido penacho.
En lugar del lanzón que en Bib-Elvira
se hizo al salir en el quicial pedazos,
despreciando pronósticos siniestros,
corvo alfanje de Fez empuña osado.
Piafa el brioso bruto en que cabalga,
fuerza, vapor y espuma respirando,
mosqueando inquieto con la blanca cola
sus ricos paramentos africanos;
y Abú-Abdil sobre la silla, diestro
cabalgador, caracolea ufano,
tan lleno de bravura y gentileza
como de gloria y de fortuna falto.
Detrás de su pendón tranquilos marchan
seis mil peones y dos mil caballos,
la flor de la nobleza granadina,
los campeones del Islam más bravos.
Por honra del rey mozo, de Granada
los quinientos mancebos más gallardos
para salir con él a esta campaña
como para un torneo se equiparon.
Vénse tan sólo rostros juveniles
en derredor de Abú-Abdil, y el fausto
de los trajes, las armas y jaeces
turba los ojos y suspende el ánimo.
Quién con el velo de su dama lleva
hecho el turbante alrededor del casco;
quién de la suya en el crestón prendido
el ceñidor de virgen en un lazo.
Quién una trenza de cabellos negros
ata en el hierro del lanzón dorado,
habiendo prometido devolverla
empapada en la sangre del cristiano.
¡Qué de garzotas desordena el viento!
¡Qué de colores y reflejos varios
ostentan los brillantes escuadrones
en sus móviles grupos ordenados!
Desde las torres de Granada al verlos
ya de la vega en el confín lejano,
cintas de oro parecen sus hileras
del sol heridas por los limpios rayos.
Aquella tarde Abdil de las murallas
de la empinada Loja al pie llegando,
vió lanzarse cien árabes jinetes
del su enhiesto peñón como milanos.
Sobre caballo indócil del desierto
que avanza a modo de león a saltos,
bajaba a la cabeza de los ciento
el alcaide Aly-Athar, de fe relámpago.
Al ver los granadinos campeadores
llegar al fiero triunfador anciano,
con un lelí de admiración unánimes
su anhelada presencia saludaron.
«De Alah llevamos el favor, dijeron,
si con nosotros a Aly-Athar llevamos.»
Y lo creen: hace ya setenta lunas
que es su bandera de Castilla espanto.
El fuerte viejo, que indomable arrastra
el peso colosal de sus cien años,
de ellos el brío y la experiencia abriga
bajo el cendal de sus cabellos blancos.
Hijo feroz del África, en la guerra
endurecido, su nervioso brazo

con un bote de lanza todavía
al caballero arranca del caballo.
Árabe verdadero en genio y raza
y del Corán indómito sectario,
quiere para subir al paraíso
una escala de cuerpos de cristianos.
Su existencia Aly-Athar pasó con ellos
en lid no interrumpida peleando,
sin que de amigos ni enemigos reyes
respetara jamás treguas ni pactos.
Tal es el viejo capitán de Loja:
tal es el padre de Moraima; amparo
de los muslimes, vencedor doquiera,
jamás vencido y por doquier temblado.
Mas, ¡ay!, ¿quién fía en su feliz estrella,
ciego imprudente junto a sí llevando
la fortuna de un rey de quien los cielos
abrieron un abismo ante los pasos?
¿Para quién resplandece estrella alguna
a través de los lóbregos nublados?
Alahuakbar. ¡Dios grande! Hacia Lucena
marcha Aly-Athar de Abú-Abdil al lado.
Va la saña de Dios delante de ellos:
de Santaella y de Aguilar los pastos
quedan sin hoja verde, y como lluvia
corre a sus pies el oro y el ganado.
De Montilla y la Rambla las moradas
son humo nada más, y el viento vano
se lleva sus cenizas, de sus dueños
sin tumba los cadáveres dejando.
¡Allí van!, ¡allí van! Como un torrente
bajan de las montañas, y su rastro
siguen manadas de voraces lobos,
y los buitres sobre ellos van volando.
Allí van: ya las torres de Lucena
blanquean a lo lejos: espantados
huyeron los fronteros, o dormidos
yacen sin verlos descender al llano.
Todo reposa en la extensión desierta:
las sombras de la noche condensando
se van, y de los árabes protegen
la marcha lenta con que avanzan cautos.
De un silencioso valle en la espesura
donde abrieron las lluvias un barranco,
siguiendo de Aly-Athar un buen consejo
el rey Abú-Abdil mandó hacer alto.
Alzáronse las tiendas: en el centro
metieron el botín, reses y esclavos,
y esperando la luz del nuevo día
se dieron unas horas al descanso.
«Nadie se mueve, dijo el rey: sin duda
Alah por nuestro bien les ha cegado:
mañana somos dueños de Lucena,
cuando no por sorpresa, por asalto.
—Así lo espero, Amir; pero reposa
para lidiar mejor, dijo el anciano
Aly-Athar a Bú-Abdil: duerme tranquilo
y deja lo demás a mi cuidado.»
Entró Abdilá en su tienda, y apagadas
las luces que pudieran delatarlos,
sumidos en silencio y en tinieblas
los emboscados árabes quedaron.
Del valle a la salida, en una altura,
un hombre se apostó tras un peñasco,
mudo y quieto como él permaneciendo:
era Aly-Athar que vigilaba el campo.
Mas ¿cúyos son los ojos que penetran
de la mente de Dios el denso caos?
¿Cúya la inteligencia que sorprende
de sus hondos designios el arcano?
Mientras el viejo vigilante guarda
el campamento moro, confiando
en la tranquilidad del enemigo
su empresa audaz para llevar a cabo,
en el confín del horizonte oscuro,
en una torre que cual punto blanco
vió Aly-Athar con el día, una luz roja
brilló toda la noche. El africano

la vió, mas sola y sin aumento viéndola,
la contempló brillar sin sobresalto,
pues vió que no era seña ni atalaya,
en avisos de guerra ejercitado.
A la lejana luz continuamente
volvíanse sus ojos sin embargo,
no por fundado y racional recelo,
mas por tenaz presentimiento vago.
«¿Quién allí velará?», se preguntaba
a sí mismo Aly-Athar. «Si no me engaño
aquel es el castillo de Baena,
pero ausente está de él su castellano.
Si aquella luz fuera señal, seguía
consigo propio el musulmán hablando,
ya hubieran las cristianas atalayas
con otros a su fuego contestado.
¿Quién velará en Baena?» Así pensaba
el viejo moro al resplandor lejano
mirando; pero Dios sólo pudiera
ver en tiniebla tal, y a tal espacio.
Y a poder ver el moro, hubiera visto
a un castellano capitán que armado
se asomaba al balcón del aposento
donde brillaba aquella luz. Debajo
de aquel balcón y tras los gruesos muros
de aquel castillo y en su extenso patio,
hubiera visto a combatir dispuestos
trescientos caballeros: y, apoyados
los arcabuces en el muro, hubiera
visto hasta mil peones castellanos,
que aguardaban las órdenes del hombre
que estaba en el balcón iluminado.
Hubiera visto luego que otro jefe
con otros cien jinetes de su bando
llegaba, y abrazando al que esperaba
tocaron bota-silla sus soldados.
Todo esto, a poder ver, hubiera visto
Aly-Athar, o lo hubiera imaginado,
si su clara y sagaz inteligencia
no oscureciera Dios para estorbárselo:
mas no vió más que lo que ver podía;
y viendo el día a clarear cercano,
dejó su puesto y de Abdilá en la tienda
entró, diciendo respetuoso: «Vamos:
levántate, señor: ya está la aurora
próxima, está el camino solitario,
y es fuerza que a las puertas de Lucena
a un tiempo con el sol amanezcamos.»
Cabalgó Abú-Abdil: en breve tiempo
los escuadrones moros se aprestaron
a partir y partieron, a Lucena
en su poder el rey imaginando.

Alahuakbar. ¡Dios grande! No sin causa
llaman a Abú-Abdil desventurado,
ni sin razón Moraima el fatalismo
lloró de sus horóscopos infaustos.

III

Llora, esposa infeliz: tu amor es ido
para más no volver; preso en Lucena
se dejará su corazón tu esposo,
y volverá sin alma cuando vuelva.
Sultana de las flores de Granada,
llora; porque en verdad ya no te queda
más consuelo que el llanto que derrames
en los amargos días que te esperan.
Arranca, pues, tristísima Moraima,
tus rizos de oro y sin piedad cercena,
para hacerte un dogal, de tus cabellos
la rica y aromática madeja.
¡Llora, madre sin par desventurada!
Ese hijo hermoso a quien con ansia besas
nació cautivo para ser: su cuello
tiene ya la señal de la cadena.
¿Por qué uniste tu amor y tu fortuna
de Abú-Abdil a la fortuna adversa?

¿Por qué tu padre te arrancó de Loja,
blanca y olorosísima azucena?
¡Feliz de ti si nunca le dejaras!
¡Feliz si nunca, de amistad en prenda,
tu padre del monarca granadino
al oriental alcázar te trajera!
Tal vez entonces Aly-Athar, contrario
al hijo de Muley, sólo a la guerra
le dejara partir, y no quedaras
cuando su amparo necesitas, huérfana.
¿Qué has hecho tú, paloma enamorada,
víctima para ser de tales penas?
¿Qué has hecho a Dios para atraer los [rayos
de su furor a tu gentil cabeza?
¡Ay!, harto has hecho respirando el aire
que de tu rey el hálito envenena.
Nada esperes del cielo que maldijo
la raza de Bú-Abdil: nada te resta.

IV

¡Pálida sombra de Moraima!, escucha:
oye mi voz que te habla en las tinieblas,
y verás con placer que todavía
hay quien contigo de tu mal se duela.
Ven, triste sombra, ven: Dios, compasivo,
alas me ha dado como a ti, y la lengua
me ha permitido hablar que hablan las [sombras
para ir a su región y hablar con ellas.
Ven, ¡oh Moraima! El universo duerme:
desciende en una ráfaga a la tierra:
yo sé que está tu espíritu en la Alhambra
y vengo a consolártele: no temas.
¡Gracias, hermosa sombra! Ya te veo
que sobre un rayo de la luna llegas
a estos escombros que la Alhambra fueron.
¡Ay!, ¡sombras sólo en su recinto quedan!
Ven; yo te haré de mi ignorada vida
la misteriosa relación secreta,
y tú se la dirás a tus hermanas
cuando al imperio de las sombras vuelvas.
Yo más tarde que tú nací tres siglos:
mas no que vivo en mi centuria creas,
no: enamorado de las sombras, vivo
como tú en el país de las quimeras.
He venido esta noche a estas mansiones
de soledad y de silencio llenas
y, aunque tú te creías invisible
para mí, yo vagar te vi por ellas.
¿Sabes, dulce y quimérica Moraima,
cuál es la ocupación de mi existencia?
Pues es no más la de contar al mundo
de los pasados tiempos las leyendas.
Yo he venido a Granada a demandaros
no más que a solas me contéis las vuestras,
para que yo en mis versos armoniosos
a mi egoísta edad contarlas pueda.
Y ahora escucha, Moraima, otro secreto,
que mi callado corazón encierra
desde el instante en que pisé la Alhambra,
pero que tus hermanas no le sepan.
Oye: de todas las hermosas sombras
que los recintos de Granada pueblan,
tú eres la más gentil, la más simpática,
y la de que mi edad menos se acuerda.
Pues bien, sultana de las sombras, oye:
yo adoro tu fantástica belleza;
yo, que he puesto en las sombras mis [amores,
te amo, y mi tierno amor quiero que sepas.
Cuando, mujer, en la región vivías
de los mortales, en mortal tristeza
de los pesares víctima viviste,
calumniada te viste con afrenta
de tu estirpe y virtud, vendida esposa,
madre apartada de tus hijos, sierva

más que reina en tu casa, y del más noble
y más valiente de los padres huérfana;
pues bien, Moraima, ahora que, fantasma,
vives con otro ser otra existencia
en tu vida de sombra, yo, que te amo,
una vida mejor quiero que tengas.
Tú serás la sultana de mis cuentos,
yo en mi laúd lamentaré tus penas,
enjugaré tus lágrimas con flores
y regaré tu lecho con esencias.
Te llevaré conmigo a los alcázares
en donde tiene su morada regia
la noble, omnipotente poesía,
que sobre el mundo soberana impera.
Entonces tomarás, como las auras
de la montaña, transparente, aérea,
y luminosa forma, y será oscura
a par de ti la nieve de la sierra,
la claridad del alba menos limpia
que de tu vaga faz la transparencia;
y la del sol poniente menos rica
que tu rubia y flotante cabellera.
Y entonces con desdén verás que el mundo
te reconoce de las sombras reina,
tu vaporosa aparición adora,
y de tu velo azul las orlas besa.

Mas ya comienza a amanecer: al cielo,
sombra gentil de mis amores, vuela;
¡adiós, sultana de las sombras!, huye;
yo me quedo cantándote en la tierra.

V

Ya por el horizonte blanquecino
comienza a despuntar la luz primera
del sexto día, en que con hueste brava
el rey Abú-Abdil partió a Lucena;
y ya, envuelta en un schal de cachemira,
desde la parda torre de la Vela
tiende su madre los avaros ojos
por la extensión de la tranquila Vega.
Todo es silencio, el campo todavía
iluminado por el alba apenas;
duermen aún las aves en las ramas
y cerradas están todas las puertas.
Ningún viviente ser en lontananza
comienza el punto de su sombra negra
a acrecentar, sobre el sendero blanco
por donde de Abdilá se aguardan nuevas.
Fría, impasible al parecer la mora,
pero de angustia inexplicable presa,
silenciosa y sombría se mantiene,
inmóvil, apoyada en una almena.
Dentro del triste corazón materno
fiera aunque oculta tempestad fermenta,
y a sus ojos las lágrimas no suben
porque en el hondo corazón gotean.
Alguna vez su pie, que el suelo hiere
con ímpetu, delata su impaciencia,
y algún suspiro, que fugaz exhala,
la realidad de su aflicción revela.
Nadie parece aún: el sol brillante
de un día de temprana primavera
extiende ya sus purpurinos rayos
por el verde tapiz de las laderas.
Las cristalinas gotas del rocío,
que se columpian en la móvil yerba
mecidas por el aura matutina,
del sol a los reflejos reverberan.
Ya abandonando su caliente nido
bulliciosos los pájaros gorjean,
y estremeciendo de placer sus plumas
a Dios bendicen y su luz celebran.
¡Cuán hermosa en los campos de Granada
se ostenta la feraz naturaleza,
cuando del seno de las sombras sale
virgen, florida, perfumada y fresca!

Aixa desde la torre su hermosura
callada y melancólica contempla,
sin ver en la extensión de la campiña
más que de Loja la torcida senda.
«¡Alahuakbar!, clamó, sola creyéndose,
¡ya la tardanza de Abdilá me aterra!»
Y a sus palabras contestó un gemido
hondo, angustioso: de Moraima era.
Tornó los ojos la sultana madre
hacia la esposa pálida, y al verla
con la vista y la faz desencajadas,
siguió de su visual la línea recta.
¡Presentimiento de su amor, sin duda!
Un punto negro y móvil va con lenta
vacilación su forma acrecentando
sobre el camino que hacia Loja lleva.
Kael, que a los pretiles no alcanzando,
por la hendidura ve de una aspillera,
fué el primero que un árabe jinete
reconoció en el punto que negrea,
y a Moraima con muda pantomima
explicó la verdad, que aun no penetra
la vista de las moras menos clara
por la edad y las lágrimas en ellas.
«Tiene razón Kael, es un jinete»,
dijo la madre al fin, sobre las cejas
formando una pantalla con la mano
para ver más sin que la luz la ofenda.
«Es un guerrero, sí», dijo Moraima
a su enano Kael que la hace señas:
«Es un guerrero de Granada, dijo
Aixa a Moraima, tus colores lleva.»

Es, en efecto, un caballero moro,
que a escape las campiñas atraviesa
sobre un caballo del desierto, y rápido
como una nube a la ciudad se acerca.
Dos o tres veces se perdió cubierto
por los árboles altos de las huertas,
y apareció otras tantas, más distinto
cada vez y más próximo. Las cercas
dobló de los jardines exteriores,
cruzó las intrincadas callejuelas
del arrabal y entró por Bib-Elvira,
por el vigía al conocerle abierta.
«Vamos a recibirle», exclamó Aixa.
«Vamos», dijo Moraima: y, la escalera
tomando de la torre, las sultanas
bajaron de la Alhambra hasta la puerta.
Un momento después, bajo del arco
de la justicia, la rendida yegua
del caballero moro desplomóse
ante los pies de su jinete, muerta.
Era el bizarro Cid-Kaleb, amigo
de Abú-Abdil, quien respirando apenas
dobló ante las sultanas la rodilla,
mas sin poder hablar. En su impaciencia
hirió Aixa el suelo con la planta y dijo:
«—Habla, ¿qué es de Bú-Abdil? —Hacia la [tierra
cristiana, con la mano señalando,
respondió Cid-Kaleb. ¡Allá se queda!
—¿Muerto? —Cautivo. —¿Y Aly-Athar? [—Sin vida,
su cuerpo el agua del Genil se lleva.
¡Cayó sobre los árabes el cielo
y yacen sin sepulcro en tierra ajena!»

Lanzó un grito Moraima, íntimo, agudo
honda expresión de su profunda pena,
y cayó sin aliento entre los brazos
de Aixa, que la abrazó por vez primera.
Lívida, silenciosa, sosteniendo
a la infeliz Moraima con la fuerza
nerviosa del dolor, quedó Aixa un punto
los ojos con horror fijos en tierra.
«Alahuakbar. ¡Dios grande!», exclamó al [cabo;
y de su rostro por la tez morena

resbalaron dos lágrimas, dos solas:
¡mas de lava y de hiel dos gotas eran!

VI

Tórtola blanca de azulados ojos,
perla robada del peñón de Loja,
flor de la Alhambra, de su bosque ameno
cándida corza;

bella sultana, creación aérea
de mi alma triste que en los aires mora,
¿dónde me ocultas tus celestes ojos,
garza paloma?

Pálida estrella cuya luz no veo,
flor de quien busco el delicioso aroma,
¿dónde eres ida, mi gentil Moraima?
¿Quién te me roba?

¿Qué nube opaca tus estancias ciñe?
¿Qué genio infausto en su mansión se posa?
¿Por qué es hoy luto y soledad lo que antes
fué luz y gloria?

¿Qué maleficio de silencio y duelo
de tus estancias el recinto colma,
que hasta la fuente que corría en ellas
seca está ahora?

Tus frescos patios de arrayanes llenos,
tus ricos techos de marfil y concha,
tus camarines de labor morisca
yacen en sombra.

¿Dónde tus ojos que alumbrar solían
tus regias salas, imperial señora?
¿Dónde los sones de tus ya olvidadas
cántigas moras?

¡Ay!, muda oprimes en letargo yerto
los almohadones de tu umbría alcoba:
sólo tu esclavo te sostiene, sólo
Kael te llora.

Duerme: Moraima, en tu letargo, duerme;
no vuelvas nunca a las amargas horas
que las vigilias de tu vida aguardan
tempestuosas.

Duerme y no vayas al salón sombrío,
donde Aixa escucha de Kaleb a solas
las de tu padre y de tu esposo aciagas
negras historias.

Duerme y no vayas: a Kaleb no escu-
[ches,
hija sin padre, sin esposo esposa;
su voz aterra, su relato eriza:
duerme: no le oigas.

Ser vaporoso, creación de un alma
que en sombras leves su pasión coloca,
hada que hechizas de mi amor poético
la fe recóndita:

ven a mis brazos, de mis sueños hija;
ven: dame tu alma que el pesar desola,
y yo del sueño la hundiré en la sima
lóbrega y honda.

Yo, que comprendo de las sombras
[vagas
la lengua pura y la mortal congoja,
traeré a tu alma aletargada menos
fieras memorias.

Ven: yo no quiero que tu ser errante
vague esta noche por las frías bóvedas

de este palacio, que sangrientos sueños
sólo atesora.

Sé que en la angustia de tu afán doliente
hasta el consuelo de mi amor te enoja;
mas ven al campo de las almas tristes
y melancólicas.

Allí dormida soñarás quimeras
tristes y vagas, pero no angustiosas,
mientras relatan la fatal leyenda...
Ven: no la oigas.

Mas, ¡ay!, ¿quién puede interrumpir los [daños
de los pesares que al mortal acosan?
Sufre y delira, vagarosa hija
de mi alma loca.

Tórtola triste que en el sauce umbrío
tu amor perdido solitaria lloras:
ráfaga helada que el ciprés gimiendo
lúgubre azotas.

Son temeroso con que el mar airado
fiero amedrenta la desierta costa:
eco del viento que las huecas ruinas
cóncavo asordas,

dadme de vuestros funerales ruidos
las más siniestras y dolientes notas,
para que en torno de la Alhambra eleve
fúnebre trova.

VII

ORIENTAL

Sultana de la alegre Andalucía,
alcázar de la luz y de las flores,
¿qué fué de la alegría
de tus señores?
Encanto de los ojos,
¿quién causa tus enojos?
Espejo de la luz del mediodía,
kiosko oriental de excelsos alminares,
¿qué fué de la armonía
de tus cantares?

Bellísima Granada, del cielo favorita,
tu luz está apagada, tu gloria está marchita;
los ojos celestiales de tus doncellas moras
están bajo sus schales llorando largas horas;
su pecho dolorido suspira sin amores;
su voz es un gemido: su lecho ayer de flores
es lecho de agonía...
Encanto de los ojos,

¿quién causa tus enojos?
Rosal del mediodía,
nidal de ruiseñores,
¿qué fué de la alegría
de tus señores?

La Alhambra está desierta y oscuros sus salones:
cerrada está su puerta, cerrados sus balcones;
su fábrica altanera la tempestad azota
y en ella la bandera de Abú-Abdil no flota:
no anuncian la victoria sus áureos alminares:
los cánticos de gloria. placer de sus hogares,
son ayes de agonía...
Encanto de mis ojos,
¿quién causa tus enojos?
Rosal de Alejandría,
remedio de pesares,
¿qué fué de la armonía
de tus cantares?

¡Oh mísera Granada! ¡oh triste reina mora!
¡Oh madre desolada! ¡llora sin tregua, llora!
Tus hijos los más bravos, amor de tus entrañas,
o muertos son o esclavos detrás de tus montañas;
Abdil, flor de tus flores, no habita ya en Comares,
y están tus defensores sin tumba o sin hogares.
¡Lamenta tu agonía,
sultana de la hermosa Andalucía!
Mirab sin alminares,
¿quién te dará armonía
sin tus cantares?
Espejo de la luz del mediodía,
alcázar de las flores,
¿quién te dará alegría
sin tus señores?

VIII

Es alta noche ya: muda y desierta,
yace en tinieblas la oriental Alhambra;
ni una luz en sus altos ajimeces,
ni un paso, ni una voz en sus murallas.
Granada está a tus pies, como ella oscura,
muda como ella, triste y solitaria:
ni una voz en el fondo de sus calles,
ni una luz en sus lóbregas ventanas.
El peso del dolor y de la afrenta
y el ambiente letal de la desgracia
la tienen, más que en sueño sumergida,
en profundo sopor aletargada.
El duelo universal que la circunda
los lamentos inútiles apaga,
y se oyen los gemidos solamente
en la profunda soledad del alma.
Todo es silencio la morisca corte:
mas, ¿quién no vierte en el silencio lágri-
[mas?

Allí llora la madre por el hijo,
por el hermano allí gime la hermana;
la esposa llora su perdido esposo,
su cautivo galán llora la dama,
el amigo la suerte del amigo...,
¡noche horrenda y fatal para Granada!
Todos conocen la sangrienta historia,
y a su vez la magnánima sultana
Aixa, después de lamentarla, quiso
con pormenores amplios escucharla.
La madre de Abú-Abdil es una altiva
matrona, digna de la Edad romana,
que en el momento de sentir las penas
reflexiona que debe dominarlas.
Entregada a un dolor íntimo y mudo,
todo el día pasó sola en su estancia:
pero se dijo al fin: «Si está cautivo
pensar debemos en que libre salga.»
Y avisado Kaleb por un esclavo,
subió de noche al silencioso alcázar,
donde de oír la desastrosa historia
le esperaba impaciente la sultana.
«Habla, Kaleb, le dijo cuando a solas
se hallaron: cuenta la fatal jornada:
todo quiero saberlo en esta noche
y Alah, Kaleb, me iluminará mañana.»
Y he aquí que en el silencio de la noche
relatando Kaleb y oyendo Aixa,
en un salón del patio de Leones
en este punto de la historia estaban.

IX

KALEB

«No era de día aún cuando empezamos
a salir del barranco, donde a oscuras
habíamos pasado aquella noche
en profundo silencio. Las hileras
de guerreros, cautivos y ganados
que cruzaban el valle, parecían
sobre las sendas cóncavas movibles
serpientes gigantescas, a la escasa
claridad de los astros. Los enormes
peñascos dibujaban sobre un cielo
apenas azulado, los contornos
deformes de sus crestas, en las cuales
toda la noche oímos el siniestro
graznido de los buitres, y el aullido
temeroso del lobo, cuyos ojos
veíamos brillar entre las matas.
Todos éramos hombres avezados
a las escenas de la guerra, pero
un no sé qué de pavoroso y triste
nos encogía el ánimo en aquella
melancólica noche, y caminábamos
en lúgubre silencio: parecía

que iban a desplomarse los peñascos
sobre nuestras cabezas, y queríamos
salir cuanto antes del medroso valle.
Dimos, por fin, en la llanura: el alba
comenzaba a clarear y distinguimos
los almenados muros de Lucena.
Con los cautivos y la presa entonces
mil peones dejando y cien jinetes,
avanzamos, creyendo sorprenderla,
sobre la villa. Abú-Abdil, seguido
de un escuadrón de jóvenes valientes
y ansiosos de renombre, se metieron
a escape por las huertas y arrabales.
Ni un ser viviente se encontraba en ellos,
ni se abrió una ventana ni una puerta.
Prevenidos sus cautos moradores
se habían encerrado en el castillo.
¡Mas Alah estaba allí!... Su faz airada
brilló tras de los muros y, en el punto
en que tiñó la luz el horizonte,
se cubrieron de cascos de cristianos,
y una lluvia de dardos y de piedras
cayó sobre nosotros: los clarines
y tambores cristianos atronaron
el viento, y la bandera de Castilla
se desplegó con insolente orgullo.
«¡Al asalto!», gritó con voz de trueno
el rey Abú-Abdil, con una trompa
haciendo la señal. En el instante
se cubrieron de escalas las murallas,
y los turbantes moros blanquearon
envueltos con los cascos de Castilla
encima de los cóncavos adarves.
¡Ay! Alah estaba allí contra nosotros,
sultana: era un león cada cristiano,
y los genios impuros del abismo
peleaban por ellos aquel día:
sus hachas y sus mazas con horrible
martilleo caían en las frentes
de los escaladores, y rodaban
al foso con estruendo los cadáveres.
«Señor, dijo Aly-Athar a vuestro hijo
que rugía de saña: es necesario
retirar nuestra gente: prevenidos
estaban, mas la tierra está tranquila
y no han hecho señal las atalayas.
No tienen, pues, socorro, y con un sitio
de un solo día se darán.» Oyóse
tocar a recoger y comenzamos
a cejar. Una niebla blanquecina
traída por un viento de occidente
enlutaba la atmósfera, impidiendo
ver a largas distancias. Los peones
que custodiaban el botín, mirándonos
volver, picaron las revueltas reses
y comenzaron a marchar, creyendo
ya abandonada nuestra empresa. Ahora
dispénsame, sultana, si el desorden
de mi dolor confunde mis palabras,
porque de mis ideas el tumulto
no las deja mejor brotar del labio.
¡Ay!, ¿cómo te diré lo que quisiera
olvidar para siempre?» Sofocada
aquí la voz del árabe, tomaron
una expresión siniestra sus miradas;
sus músculos temblaron sacudidos
por interior agitación, su cara
palideció, y al fin con hondo acento
y en el dialecto gutural del África,
el lento e inarmónico relato
continuó así de la fatal jornada,
ora bajando el tono, ora elevándole
conforme la pasión que le agitaba.
¡Y era espantoso de escuchar su cuento,
y espantosas de ver sus exaltadas
actitudes y gestos, inspirados
por el rencor, la afrenta y la venganza.
«En medio de la niebla, como turba

de maléficos genios, los cristianos
salieron a nosotros: no les vimos
hasta que atravesados por las flechas
cayeron los muslimes. Su caballo
revolvió el rey al punto, y todos dimos
la cara a aquellos perros, que salían
por detrás a mordernos. Ya en desorden
les teníamos puestos, cuando el aire
rasgando una trompeta castellana,
nos sentimos cargar por la derecha
por una tropa de jinetes: íbamos
a volvernos allí, cuando en el monte
que a nuestra izquierda se elevaba, oímos
un clarín italiano, y cada encina
brotó un cristiano caballero. Entonces,
con tan distintas señas confundido
dijo Aly-Athar al rey: «Esa trompeta,
señor, es italiana; el estandarte
que traen aquellos otros no le he visto
en batalla jamás; el mundo entero
creo que viene aquí sobre nosotros.»
¡Alahuakbar! ¡Sultana, estaba escrito!
Cejábamos lidiando, en la esperanza
de unirnos a los nuestros; mas al punto
de mirar hacia atrás vimos que todos
huían por los montes, torpemente
el inmenso botín abandonando.
«¡Volved, gritaba el rey corriendo a ellos,
volved, desventurados, y a lo menos
sabed de quién huís.» ¡Voces inútiles!
Otro tambor, doblando en la angostura
por donde huían, aumentó su miedo
y dieron como ciervos espantados
a correr por el valle. ¡Alah potente!
Obligados a huir los que quedábamos
en rededor del rey, le circuimos
y volvimos la espalda, descendiendo
hasta un angosto paso de la sierra:
un pelotón de nobles granadinos,
caballeros leales que volvían
a buscar a su rey, en él hallamos
protegiendo a los últimos peones
de nuestro bando. El rey volvió la cara
al llegar a la cóncava angostura,
y en un estrecho llano deteniéndose,
nos dijo: «Retirémonos como hombres
que ceden a la suerte, mas no huyamos
como cobardes que la muerte temen.»
Y metiendo al caballo las espuelas
cargó sobre los perros nazarenos
que nos seguían: a ampararle todos
nos lanzamos tras él, y los cristianos,
desordenados al tremendo empuje
de los caballos árabes, nos dieron
tiempo para ganar las angosturas
donde en estrechas sendas imposible
les era acometernos; y emprendimos
la peligrosa retirada a Loja.
Los enemigos pronto rehaciéndose
entraron tras nosotros en la hondura
pisándonos las huellas; cinco leguas
combatiendo y marchando recorrimos
hasta el valle fatal de Algarinejo.
Aquí el Genil, con las crecidas ancho,
segunda vez detuvo nuestra marcha;
nos arrojamos a vadearle, y salvos
nuestros caballos a sacarnos iban
nadando vigorosos, cuando vimos
con ira y con terror que, a la ribera
bajando en rigurosa disciplina,
salía a recibirnos en sus lanzas
otro escuadrón cristiano, como un muro
de hierro levantado en el camino.
Su jefe, el gigantesco don Alonso
de Aguilar, a su frente sonreía,
mirándonos salir de entre las aguas,
con placer infernal; yo le había visto
en mi cautividad y le tenía

bien presente. Dió el grito de ¡Santiago!,
y aquel muro de hierro se nos vino
como un témpano encima. La pelea
fué horrenda. Con el agua a la cintura
los más, mucha la ira, el suelo escaso,
vinimos a las manos arrojando
las inútiles lanzas y acudimos
a los alfanjes y puñales; rojas
iban a poco del Genil las aguas.
Yo peleaba junto al rey; su brazo
era un rayo; sus ojos chispeaban
como carbones encendidos; sangre
le brotaban los labios, que rabioso
se mordía, y hendiendo, atropellando,
no con la voz, con el esfuerzo heroico,
nos animaba a combatir sin tregua,
para morir con honra ante su vista.
Mas he aquí que un cristiano que caído
se halló bajo de mí, tal vez creyendo
que era yo el rey por mi caballo blanco,
le cortó los jarretes; dió un bramido
el generoso bruto, y desplomándose
cayó sobre mi cuerpo, en torno mío
una laguna con la sangre haciendo
que sus arterias rotas derramaban.
Pasaron sobre mí cien y cien veces
amigos y enemigos, sin que fuera
posible levantarme. Entonces, Aixa,
¡Alah lo olvide!, blasfemé, escupiendo
al cielo sin piedad para los árabes;
y allí tendido, ahogado bajo el peso
de los que sobre mí cayendo iban,
y recibiendo en mi lugar la muerte
a quien en vano a voces invocaba,
vi caer a Aly-Athar, bajo el mandoble
de don Alonso. Con la frente hendida
a un tajo de su brazo formidable
cayó, mas sin soltar la cimitarra
Aly-Athar en el río, y su cadáver
las turbias ondas del Genil sorbieron.
¡En el Edén los justos le reciban!
Los que lidiar y perecer le vieron
su muerte llorarán mientras que vivan.
Con él se hundió el valor de los muslimes;
cuarenta caballeros que lidiaban
con el rey, le dijeron a mi lado
defendiéndole: «Sálvate: nosotros
moriremos por ti.» Yo vi el semblante
de tu hijo surcado por dos lágrimas,
volverse a aquellos fieles caballeros
y lanzarse otra vez en la pelea
para morir con ellos. ¡Oh, sultana!,
tu hijo es un rey valiente que combate
en la primera fila: es un rey noble
que defiende a los suyos; pero temo
que sus tristes horóscopos se cumplan:
Dios le abandona a su fatal estrella,
y por más que su aliento soberano
prodigios hace de valor humano,
la fuerza de su sino le atropella.

Persuadido, por fin, de que era inútil
ya su obstinada resistencia, tu hijo
arrojándose al agua, a su corriente
se abandonó; mis ojos le siguieron
con indecible afán: le vi alejarse;
le vi tocar en la ribera opuesta,
vi caer su caballo moribundo,
y le vi vacilante de fatiga
meterse en un jaral; le creí salvo.
Mas, ¡ay!, a poco junto a mí sin armas
le vi pasar, a la merced de un jefe
de quien iba cautivo. En su cimera
no había ya una pluma, ni una hebilla
que encajara en su arnés roto en cien
[partes.
Lleno de sangre y de sudor el rostro,
reconocíle apenas: como un sueño
le vi alejarse, y el pesar, la ira,

la vergüenza, el cansancio, me prensaron
de angustia el corazón.... pasó una nube
de sangre ante mis ojos y, en la arena
caer dejando la cabeza inerte
que para verle alcé, me eché sin pena
en los brazos del ángel de la muerte.»

Calló Kaleb y, el rostro con las manos
cubriéndose, lloró. Torva, sombría,
la sultana clavó sus negros ojos
en el suelo, las lágrimas apenas
pudiendo contener que en las pupilas
sentía aglomerársela, y gran trecho
sin pestañear inmóvil se mantuvo
porque no se la huyeran de los párpados.
Tragóselas al fin, y sobre el hombro
poniendo de Kaleb su mano ardiente,
dijo: «Bien. ¿Y qué más?» El moro al-
[zando
la cabeza y mostrando su semblante,
que surcaban las lágrimas, repuso:
«¿Qué más he de decirte? Anochecía
ya cuando en mí torné. Tendí los ojos
en rededor: cubierta la ribera
estaba de cadáveres; los buitres
aguardaban la ausencia de la vida
de algunos que aún luchaban con la muerte
para cebarse en ellos, y en las breñas
aullaban ya los lobos. Mi caballo
con las postreras ansias revolcándose,
se separó de mí, y a sus esfuerzos
desesperados, de los cuerpos libre
que pesaban sobre él, me había dejado
libre también a mí. Tendí mis miembros
entumecidos y probé mis fuerzas.
Al movimiento que hice, vi los ojos
de un árabe tendido en mí fijarse.
Era el valiente Ben-Osmín; el pecho
tenía atravesado por un dardo
que no pudo sacarse, y expiraba
con el valor sereno de los héroes.
Me conoció y al verme en pie llamóme:
«Toma (me dijo el infeliz), si vives
»y vuelves a Granada, da esa trenza
»de sus cabellos a Jarifa, y dila
»que es mi sangre la sangre en que em-
[papada
»se la envío, y que ya no espere verme
»sino en el paraíso»; y alargándome
la trenza con la mano ensangrentada,
«toma», me dijo y se tendió, cerrando
los ojos para siempre. Apoderarme
logré, al fin, de un caballo sin jinete,
y echando por lo espeso de la sierra,
corrí en un día lo que anduve en siete,
hasta salir de tan infausta tierra.»

«¡Alahuakbar! Dios es de los destinos
Señor, exclamó Aixa. Ven mañana
al trasponer el sol a este aposento:
temo a los inconstantes granadinos
y necesito meditar mi intento:
mañana le sabrás. —Adiós, sultana.»
Dijo Kaleb, y hacia la puerta un paso
dió: mas al levantar de su cortina
el cairelado azul pérsico raso,
permaneció Kaleb sin movimiento,
cual si viera en la cámara vecina
alguna aparición. Su macilento
rostro volviendo a él, dijo la mora:
«¿Qué es lo que tal admiración te inspira?»
Kaleb, ante su vista indagadora
descorriendo el tapiz, la dijo: «Mira.»

X

Más pálida que el mármol de la fuente
donde apoya su brazo nacarino,

más triste que la voz con que doliente
gime en la costa el pájaro marino
cuando cercano el temporal presiente,
en la ancha pila del jardín vecino
contemplaba Moraima silenciosa
la triste imagen de su faz llorosa.

Suelto el cabello, que a merced del [viento
por los desnudos hombros ondulaba,
en el agua, al reflejo amarillento
de una lámpara de oro, se miraba.
Su cuerpo sin acción, sin movimiento
sus enclavados ojos, semejaba
su blanca y melancólica figura
añadida a la fuente una escultura.

A la luz que su lámpara destella
su rostro con asombro contemplaron
Aixa y Kaleb, y con callada huella
a la infeliz Moraima se acercaron
solícitos: mas, ¡ay!, inmóvil ella
ni les vió ni sintió cuando llegaron.
«Duerme, dijo Aixa que tenaz la mira.
—No duerme, dijo el árabe: delira.»

«Delirando, Moraima, el ojo atento
»de la taza de mármol no quitaba,
»la imagen de su rostro macilento
»contemplando que el agua reflejaba;
»y al fin con un suspiro y con acento
»cuya tristeza el alma traspasaba,
»con el mirar en ella siempre fijo
»así a su imagen transparente dijo:

»¿Quién eres tú que pálida me miras
»debajo de la trémula corriente?
»¿Quién eres tú que como yo suspiras
»con triste faz y en ademán doliente?
»¿Eres algún espíritu que giras
»por los senos del agua transparente,
»en pos del bien a quien perdido lloras,
»y en el lugar en que se oculta ignoras?

»¡Ay!, no le busques, sombra enamorada:
»no te fatigues más, alma perdida.
»Vete, sombra: ya amor no hay en Gra- [nada;
»alma, vete: en Granada ya no hay vida.
»Mira: yo estoy también abandonada
»como tú, y en el alma estoy herida;
»¡ay!, yo busco también a los que adoro
»y el sitio en donde están como tú ignoro.

»Mas, ¿por ventura buscas a tu esposo?
»¿A tu padre, tal vez? Los dos se han ido.
»El cielo estaba oscuro y tempestuoso,
»rugía el huracán cuando han partido.
»Ibán a pelear: era forzoso:
»la tempestad allá les ha cogido...
»¿Padres y esposos buscas? ¡Insensata!,
»míralos..., el Genil les arrebata.

»Vete, pues: aún no han vuelto de Lu- [cena,
»mas, ¿por qué así me miras, sombra [vana?
»No me mires así: me causas pena.
»¿Quién eres?... Mas ¿te ríes? ¡Ah villana!
«¡Tú eres alguna esclava nazarena!
»Sí, sí: ¡tú eres la pérfida cristiana,
»que me le hechiza el corazón ahora
»con su infernal amor!..., toma, traidora.»

Dijo y tiró la lámpara a la fuente:
con hueco son al sumergirse en ella,
el agua helada salpicó su frente.
Quedó en tinieblas el jardín: la bella

y enamorada aparición doliente
se disipó, sintiéndose su huella
primero del jardín entre las flores,
y luego en los sombríos corredores.

LIBRO NOVENO

PRIMERA PARTE

كنت بالامس كبدر طالع
وانا اليوم كنجم قد هوى

Yo era ayer como luna llena y esplendorosa,
y hoy soy como estrella que desaparece.

AZZ-EDDIN ELMOCADDESSI.
(Trad. lit.)

INTRODUCCIÓN

¿Qué sabe el corazón lo que desea?
¿Qué sabe de su mal ni su ventura?
Nada le satisface que posea:
cuanto no tiene poseer procura;
no hay fealdad que, como ajena sea,
no tenga para sí por hermosura:
no tiene bien que mal no le parezca,
imposible no ve que no apetezca.

Tal anhela respetos y se infama;
tal blasona de honor y se envilece;
aquél cree que aborrece lo que ama,
cree que repugna aquél lo que apetece;
éste recoge lo que aquél derrama,
consigue el otro lo que no merece;
¡oh miserable corazón humano,
como de polvo vil mísero y vano!

¡Mísero corazón que juzga eterno
todo lo deleznable y quebradizo,
y sumiso lo adora y lo ama tierno;
que ciego, pertinaz, antojadizo,
equivoca el Edén con el Averno
y el milagro real con el hechizo!
¡Mísero corazón que diviniza
todo lo que es como él polvo y ceniza!

¿Quién dijo: «no lo haré», que no lo [hiciera,
ni quién «no lo amaré», que no lo amara?
¿Quién hubo que por ver no se perdiera,
ni quién que por burlar no se burlara?
¿Qué afición no empezó débil quimera
y no acabó pasión que avasallara?
¡Mísero corazón que nada sabe,
y de quien sólo Dios tiene la llave!

Una carta, un recuerdo o un suspiro
hacen en sus instintos y aficiones
tomar al corazón diverso giro,
distinta fe, distintas opiniones.
Unas horas de ausencia o de retiro
cambian las simpatías en pasiones,
y un dulce y solitario pensamiento
da a una pasión volcánica alimento.

Una pasión que cambia nuestra esencia,
una pasión que va con nuestra vida,
que corroe voraz nuestra existencia;
por cuyo ardiente amor todo se olvida,
el deber, el honor y la conciencia,
el padre tierno y la mujer querida:
una pasión que forma nuestra suerte,
nuestra fe, nuestra vida, nuestra muerte.

Y esa pasión preñada de misterios,
de crímenes tal vez e infamias llena,
que pierde las familias, los imperios,
que las almas sacrílega condena,

es la historia de entrambos hemisferios
Oña, Clorinda, Deyanira, Elena,
Cleopatra, Raquel, Dido y Lucrecia,
son las de España, Italia, Egipto y Grecia.

¿Qué cosa, empero, es el amor? Se ignora.
Es un grande placer o un dolor grave,
que dicha o mal eternos atesora.
¿Cómo viene o se va? Nadie lo sabe.
Aparece y se extingue en una hora:
en ningún ser está y en todos cabe;
los poetas le cantan y le cuentan:
los pueblos le maldicen y lamentan.

Dios, sin embargo, dárnosle no pudo
como pasión desoladora y fiera;
si no de la tristeza para escudo,
de esperanza y de fe como bandera.
Dios no creó el amor torpe y sañudo
que desola, emponzoña y desespera,
sino el amor feliz, íntimo y tierno,
memoria y prenda de su amor eterno.

El hombre imbécil, cuya torpe mano
mancha e impurifica cuanto toca,
fué el que hizo de un instinto soberano
una pasión desaforada y loca.
Del hombre ha sido el corazón villano,
del hombre ha sido la profana boca,
los que del don mejor del alto cielo
han hecho un germen de miseria y duelo.

De ella luego el infierno apoderado,
contra el hombre volvió sus beneficios:
hechizó al corazón enamorado
de su amor con los torpes maleficios:
le arrastró con su amor desesperado
a los más insensatos sacrificios,
y le inmoló su honor, su fe, su calma,
y, renunciando a Dios, vendió su alma.

Misteriosa pasión devastadora,
inexplicable, incomprensible, insana,
voy a lanzarme en tu región ahora.
Yo, en el templo de amor alma profana,
yo, cuya inspiración amó hasta ahora
las bellas sombras de la edad lejana,
voy a hundirme en la sima en que se [encierra
el infierno a que amor llama la tierra.

Pasión irresistible, cuya esencia
se compone de hiel y fuego y lava,
cuyo instinto feroz con complacencia
al alma ve del corazón esclava,
cuyo aliento letal de la existencia
consume el germen y el vigor acaba,
vil pasión de la fe competidora,
tú sola puedes inspirarme ahora.

Ven, pues, a germinar en mi garganta
el secreto poder de los hechizos
con que tu magia al universo encanta:
en mis palabras por los bebedizos
con que al amor tu espíritu amamanta,
con que hace a los creyentes tornadizos;
para cantarte, en fin, pon en mi seno
de tu esencia infernal todo el veneno.

Corazón de Boabdil, ante mis ojos
el libro pon de tu secreta historia;
dame a leer los sueños, los antojos
que te hicieron perder imperio y gloria,
que de Dios te atrajeron los enojos,
que mancharon tu vida y tu memoria,
que te dieron al fin fatal y oscura
muerte sin funeral, ni sepultura.

¡Venid a mis conjuros, yo os evoco,
sombras enamoradas de Baena;

almas a quienes dió por su amor loco
lecho la eternidad, la vida pena;
tú, hermosa, a cuyo amor faltó bien poco
para abrazar traidor la fe agarena,
y tú, africano rey, cuya alma insana
vendió su corazón a una cristiana.

A la vida volved por un momento:
recobrad vuestro ser a mi conjuro,
vuestra faz, vuestra voz y movimiento;
mas sólo lo poético y lo puro
de vuestro ser tomad, y al pensamiento
mostraos a través del tiempo oscuro
como fantasmas blancos y halagüeños,
cual sombras puras de encantados sueños.

I

Descuella del castillo de Baena
la torre superior del homenaje
sobre las otras torres de su fábrica,
cual pino erguido sobre humildes sauces.
Compónese esta antigua fortaleza
de un vasto cuadrilátero que, iguales,
flanquean cuatro torres, que en sus án-
[gulos
colocadas se ven y equidistantes,
y a las que unen de robustos muros
cuatro sólidos lienzos, según arte
militar de aquel tiempo, coronados
de almenas, aspilleras y baluartes.
De cada lienzo en la extensión, esbeltos,
cuatro torreoncillos sobresalen,
que a la par que duplican la defensa,
dan adorno a su fábrica elegante.
Estos lindos y aéreos torreones
del muro en la mitad toman arranque,
y en él apoyan sus ligeros cubos
rematando en graciosas espirales,
y, en el muro colgados, asemejan
borlones de arabesco cortinaje,
y sus cabezas almenadas nidos
de cigüeñas y de águilas reales.
En medio de esta fábrica se eleva
la torre principal, de la que parten
cuatro arcadas que, uniéndola a los muros,
su comunicación mantienen fácil.
Dividida en dos cuerpos esta torre,
concluye el inferior en un adarve
sobre el que cuatro puentes levadizos
dejan aislada la maciza base;
de modo que si en caso de un asalto
los muros exteriores se ganasen,
aún quedaran sus bravos defensores
señores de su centro inexpugnable.
Del cuerpo superior se alza orgullosa
la cabeza magnífica y gigante,
ceñida de almenados torreones
en que ondea de Cabra el estandarte:
y le cerca, partido por los puentes,
hermoseando los sólidos adarves,
un cinturón de huertos y jardines,
copia gentil de los pensiles árabes.
Recreo de sus nobles castellanos,
cuando tiempo les dejan sus afanes
guerreros o políticos, en ellos
se entregan a domésticos solaces.
La condesa de Cabra al fin del día
a sus floridos cenadores sale,
y sus hijas en ellos de preciosas
plantas cultivan tiestos a millares.
Y desde lejos a las dos hermanas
viendo vagar entre sus flores y árboles,
tal vez las cree el patán supersticioso
del castillo los genios tutelares.

Tal es la fortaleza de Baena
cuya historia es famosa en los romances,

y a cuya antigua fábrica del mío
la descosida narración nos trae.

II

Es una noche clara en que ilumina
el firmamento azul la luna llena,
con esa luz templada y argentina
que extiende por la atmósfera serena
un velo de fantástica neblina.
Las torres del castillo de Baena
vense a su tibia claridad distintas,
tomando en ella nacaradas tintas.

En paz reposa el señorial castillo;
todo tranquilo en su recinto calla:
del vigía que vela en el rastrillo
y el centinela puesto en la muralla,
de las móviles armas radia el brillo:
todo cerrado y barreado se halla;
no hay más que una ventaja que no
[encaje
en la torre feudal del homenaje.

De ella asomado a la robusta reja,
contempla la campiña un prisionero,
y a su ánima vagar por ella deja,
dando un solaz mezquino y pasajero
al rudo afán que el corazón le aqueja,
y al pie de su ventana un ballestero
vigila en el adarve, murmurando
la estrofa de un cantar de cuando en
[cuando.

Mas no es tan sólo al campo a lo que
[mira,
sin duda el melancólico cautivo;
ni es para la aflicción con que suspira
la libertad el solo lenitivo.
Lo que espera no es, ni a lo que aspira,
seña exterior, ni a verse fugitivo:
su esperanza tal vez está pendiente
en un balcón del torreón de oriente.

De él su mirada pertinaz no quita,
de su reja teniéndole frontero:
mas que sorprenda cuidadoso evita
su mirada el sombrío ballestero,
cuya curiosidad acaso excita
la vigilia tenaz del prisionero:
es ya, empero, la noche bien entrada
y nada justifica su mirada.

La media noche, al fin, cantó el vigía,
cuando he aquí que del balcón del muro
lentamente se abrió la celosía;
hundióse de su cárcel en lo oscuro
al ver el prisionero que se abría,
y a poco, en la región del aire puro,
de una guzla morisca acompañada,
se derramó una voz a ella acordada.

Y bien fuera por seña convenida,
o por acaso inmeditado fuera,
la guzla tras la reja fué tañida,
del balcón al abrirse la vidriera:
mas entonada por azar u oída
desde el balcón por alguien que la espera,
el cautivo esta cántiga entonaba,
y hasta el balcón el viento la llevaba.

SERENATA MORISCA

ESTRIBILLO

Azucena—de Baena,
abre tus hojas al sol del día:
desdeñosa—nazarena,
abre a mi canto tu celosía:
abre, sultana del alma mía.

1.ª

Sultana hermosa de los jardines,
ramo de mirra, tazón de flores,
bajo la huella de tus chapines
nacen rosales, mirto y jazmines;
en cuyas ramas llenas de olores
hacen su nido los colorines,
duermen los genios de los amores,
y buscan sombra los serafines.
¿Dónde hay belleza de criatura,
que se compare con tu hermosura?
Tienes el cuello airoso
de la paloma,
y el aliento oloroso
como el aroma;
tus ojos puros
son ojos de gacela,
dulces y oscuros.
Cristiana bella,
por ver un rayo de tu mirada,
sentir tu aliento, seguir tu huella,
yo te daría
el mejor carmen de mi Granada,
mi mejor torre de Andalucía.

ESTRIBILLO

Azucena—de Baena, etc.

2.ª

Sultana, hermana de las huríes,
que los jardines del cielo moran,
tus dos mejillas son carmesíes
como granadas que se coloran;
tus labios rojos como rubíes,
y me parecen cuando sonríes
los dientes puros que en sí atesoran,
corderos blancos entre alhelíes.
¿Quién es el hombre que te merece?
¿Quién la que hermosa te se parece?
Tu cintura es esbelta
como las palmas,
tu cabellera suelta
red de las almas;
suave tu acento
como el rumor del agua,
y el son del viento.
Cristiana hermosa,
de tus cabellos por solo un rizo,
por tu sonrisa más desdeñosa,
yo te daría
mi castillejo más fronterizo,
mi mejor puerto de Andalucía.

ESTRIBILLO

Azucena—de Baena, etc.

3.ª

Si tú admitieras, linda cristiana,
las verdaderas creencias mías,
a mi suntuosa corte africana
como mi esposa me seguirías.
Tendrías fiestas todos los días,
sortija y toros cada semana,
y en mis palacios habitarías
de mis vasallos como sultana.
¿Quién no te hablara puesto de hinojos?
¿Quién en ti osara poner los ojos?
Garza sobre una peña
mal anidada,
ven conmigo a ser dueña
de mi Granada.
Vuela sin ruido,
las torres de la Alhambra
serán tu nido.

Bella cristiana,
si te vinieras a ser mi esposa,
para que fueras sola y sultana,
yo te daría
para tu esclava mi alma amorosa,
para tu alcázar mi Andalucía.

ESTRIBILLO

Azucena—de Baena
abre tus hojas al sol del día:
desdeñosa—nazarena,
ven a ser reina de Andalucía.
Ven, ¡oh sultana del alma mía!

—

Así dando la voz y el instrumento
el amante cantar por concluído,
calló la guzla y expiró el acento:
de sus últimas notas el sonido
fugaz el eco remedó en el viento
con un suave y dulcísimo gemido,
y al perderse en el aire la armonía,
se cerró del balcón la celosía.

NOTAS DE GRANADA

TOMO SEGUNDO

LIBRO CUARTO

(1) Rawies de romances narradores
al compás de la guzla.

Los orientales estiman mucho estos bardos, que aún hoy entretienen con sus cantares las largas horas de la noche en los palacios de los príncipes y en las casas de los ricos. A veces estas rawies son esclavas o favoritas de estos magnates, las cuales recitan al son de la guzla los versos de los poetas árabes y persas. La palabra árabe es راوي rawi, la cual casi nunca se usa en plural

(2) Alahuakbar.

Alahuakbar الله اكبر — ¡Dios sumo! Expresión de dolor o admiración entre los árabes. Los escritores europeos traducen *Dios es grande;* pero el comparativo اكبر no tiene realmente traducción en castellano. En latín, *Deus maximus*

(3) La mora multitud, aunque villana,
civilizada.

En el libro 1.° de mi poema he dicho:

Pues por hijos de bárbaros osada
vuestra historia nos da, sea en buen hora:
no esa bárbara estirpe renegada
será por mí.

Los extranjeros, en general, creen que los árabes españoles eran una raza tan ignorante y salvaje, como los árabes argelinos y marroquíes de hoy. El desdén injusto con que miran nuestro país, la poca conciencia con que estudian y tratan sus cosas, y la rapidez con que viajan por él, en este siglo de globos y de vapor, y tal vez sus miras políticas, impiden que se propaguen rápidamente sus conocimientos sobre nuestra patria; de modo que personas que en Francia, Inglaterra y Bélgica pasan por instruídas, y a quienes he leído parte de los manuscritos de mi poema, se han manifestado admiradas al comprender que mientras las razas europeas de la Edad Media, armadas de hierro, yacían en las tinieblas producidas por sus feroces y guerreras costumbres, entre las razas moras de Córdoba y de Granada, florecían sabios, artistas y poetas, los cuales producían libros y monumentos que proclaman su civilización y eternizan su memoria. Para estos extranjeros, en general, añado estas notas históricas demasiado difusas, y casi enteramente inútiles para los españoles. Y aquí, pues viene a propósito, aprovecharé la ocasión de advertir a mis amigos que se ocupan caritativamente de mis cosas, que habiendo yo prometido al público mi poema,

dividido en tomos de trescientas páginas, tengo cuidado de que sus notas no entren en este número, empezando siempre después de la trescientas una.

De la *Historia de Granada*, del señor don Miguel Lafuente Alcántara, tomó las siguientes noticias sobre la civilización árabe del reino de Granada en el siglo XIV:

«El reino de los moros estaba reducido con poca diferencia al expirar el siglo XIV al territorio que hoy comprenden las tres provincias de Almería, Granada y Málaga. Si bien los reyes Alhamares tenían motivos para deplorar los estrechos límites de su monarquía, comparada con el imperio de los Abderramanes y de Jusef el Almoravide, podían consolarse con la idea de que reinaban en uno de los países más deliciosos de la tierra, y que regían el pueblo más industrioso, más bravo y más civilizado de la Europa. En su corte brillaban el lujo y las artes, tenían un asilo los placeres; la naturaleza había derramado en sus estados los dones de la abundancia y la particularidad de estar casi todo el país erizado de montañas, era ventajosa para contener al enemigo y reponer las pérdidas que ocasionaban en las fronteras sus correrías incesantes. La civilización granadina aparece sin embargo fantástica u oscura, y al buscar en la historia de España su verdadero origen, su desarrollo y su apogeo, desmaya el ánimo al descubrir el velo del error extendido aun sobre acontecimiento tan memorable. En este capítulo suspendemos la aciaga narración de batallas, crímenes e infortunios, y consagramos nuestra pluma a describir el estado de un imperio floreciente, y la gloria de unos reyes que, aunque moros, fueron españoles, y merecieron la palma de los genios felices que han contribuido a civilizar el mundo.

»Los límites del reino, al morir Jusef III, comenzaban en las márgenes del Guadiaro junto a Gibraltar, y seguían por las vertientes occidentales de la sierra de Ronda. Los campos de Jimena, Hardales, Antequera, Archidona, Iznájar, Alcalá la Real, Torre Campo, La Guardia, Bedmar y Quesada, formaban la línea fronteriza desde el Mediterráneo hasta las faldas de la sierra y adelantamiento de Cazorla; proseguía por Huéscar y el Chirivel hacia los confines de Lorca, y remataba en las playas de Mojácar, término hoy del reino de Murcia, como lo fué en tiempos de los romanos de las provincias Bética y Tarraconense.

»Las revoluciones y vicisitudes de la guerra habían confundido o modificado las demarcaciones geográficas de los *climas*, *coras* y *tahas*, en que los árabes tenían dividido el país granadino para su sencillo régimen administrativo. Xerif Aledris, el geógrafo del siglo XII, nos ha transmitido las circunferencias de los climas que componían en extensión arbitraria un distrito o provincia. El de Riat o de Rute, el más occidental, se extendía casi por los mismos límites del antiguo convento jurídico cordobés; tenía por Oriente las sierras de Alhama hasta Vélez-Málaga; por mediodía las playas del Mediterráneo hasta el Guadiaro; comprendía la hoya y axarquía de Málaga, y subía a buscar por Sierra Yeguas y Estepa las márgenes del Genil.

»Confinaba con el anterior el de Elvira, así llamado por su capital; extendíase por el mediodía desde la playa de Vélez-Málaga hasta Adra; comprendía los valles de la costa, el de Lecrín, la vega de Granada, y terminaba por el Norte en sus montes; a poniente tenía la línea del de Rute; a levante confinaba con el de Begaya y Albuxarrate; éstos abarcaban la provincia de Almería hasta el río Almanzora, y mucha parte del reino de Jaén.

»Subdividíanse los climas en *coras*, y algunas de éstas en *tahas*. Los árabes, al repartirse en los primeros años de su dominación la tierra conquistada, asignaron límites a sus respectivas colonias; cada una de éstas obtuvo títulos de señorío que sirvieron de base a sus denominaciones topográficas. Los granadinos conservaban con orgullo las tradiciones de su estirpe, sin consentir que se borrasen las reminiscencias de los nobles ejércitos en que habían militado sus abuelos. Al Kattib nos dice, que entre las veintitrés regiones en que estaba dividido el hermoso reino, aun se conservaban memorias de los damasquinos establecidos en Granada y su término, de los egipcios y yeménitas en Almería y la Alpujarra, de los palestinos en Ronda y Málaga y de los calcienses en algunas poblaciones de Jaén. Los moros del Africa, que abandonaron sus praderas y surcaron el Mediterráneo para gustar las delicias de nuestra tierra, mezclaron su linaje con el de las primitivas razas, y alteraron y confundieron sus antiguas divisiones topográficas. Sólo hay memoria de que la Alpujarra fué compartida en tahas y poblada de castillos por los reyes granadinos, para dictar leyes a sus habitantes belicosos e indóciles. En cada taha había un alcaide autorizado para hacer sentir los rigores de la cimitarra a la gente indómita, y un alfaki encargado de atraerla con el yugo blando de la religión.

»En el territorio comprendido entre la frontera ya señalada y el Mediterráneo, se triplicó la población bajo la dinastía de los Alhamares. Los desgraciados moros de Sevilla y Córdoba, de Murcia y Valencia, que cedieron sus hogares a los conquistadores cristianos, vinieron a labrar el suelo granadino, y a po-

nerse bajo el amparo de sus hermanos y de príncipes de su raza. La plata, las joyas, las bestias y utensilios librados de la rapacidad de los enemigos, sirvieron para enriquecer el suelo hospitalario. Las familias empobrecidas tuvieron que dedicarse a cultivar tierras eriales, a poblar parajes abandonados y a crearse un fondo de subsistencia en su economía, en su arreglo doméstico y en su trabajo. Al recorrer el país con espíritu observador, pudieran encontrarse en los valles de Ronda y de la Alpujarra nombres, costumbres y tradiciones de estas colonias. Aunque carecemos de un dato irrevocable y de una estadística cierta para fijar la población, deducimos de los anales de la guerra algunos muy importantes. Los reyes moros ponían sobre las armas cien mil caballos y doscientos mil infantes, y durante las campañas de la conquista, la destrucción de las casas, torres y alquerías de la vega de Granada, el paraje más despoblado del reino por la facilidad con que el enemigo le invadía y devastaba, ocupó a muchos millares de peones. El censo de la expulsión de los moriscos y los cálculos que se tuvieron entonces presentes, revelan que el reino granadino contenía tres o cuatro millones de almas.

»Es una máxima muy sabida por los antiguos, y repetida hoy como nueva por economistas vulgares, que la población crece en razón directa del fondo de subsistencia. Así los moros, elevando la agricultura al más alto grado de perfección y creándose una industria peculiar, pudieron mantenerse en situación próspera y resistir luego a las calamidades de una anarquía sangrienta y a las devastaciones de los cristianos. Los granadinos aclimataron en los valles templados de la costa, en la Serranía, en la Alpujarra y vegas de Granada, de Guadix y de Baza, los frutos que la naturaleza había creado en los bellos climas del Oriente y en las abrasadas praderas del Africa. En los siglos felices de los Abderramanes, en los cuales la caballería cristiana no pudo hollar los campos andaluces, los árabes, aleccionados en la agricultura caldea, multiplicaron las plantas y los árboles, los perfeccionaron con injertos, y formaron una ciencia del ejercicio más provechoso al hombre: los zeiritas, los almoravides y almohades, a quienes hoy nos representamos como inciviles y bárbaros, alentaron el cultivo con premios y estímulos a los labradores y pastores. Los libros y cartillas de agricultura de los árabes citan al Columela granadino, al moro Haf, que invirtió los años más floridos de su vida en divulgar útiles conocimientos sobre la calidad de las tierras del reino de Granada, sobre las estaciones oportunas para trasplantar e injertar, sobre economía rural, sobre pastos y ganaderías. La agricultura era considerada por los moros como un ejercicio agradable a Dios, y de aquí sentencias y proverbios agrícolas que inspiraban respeto a los conquistadores más bárbaros y duros.

»Dios, dice el Korán al recomendar la contribución del diezmo, ha criado las legumbres y los árboles que hermosean vuestras huertas; hace brotar las olivas, las naranjas, los dátiles, las diversas frutas de forma y sabor infinitamente varío; usad de estos dones.»

»Todo aquel que plante o siembre alguna cosa y con el fruto de su simiente proporcione sustento al hombre, al ave o la fiera, ejecutará acción tan recomendable como la limosna.»

»El que construya edificios o plante árboles, sin oprimir a nadie ni faltar a la justicia, recibirá premio abundante del Criador Misericordioso.»

»Procurad el cuidado de vuestra hacienda. Esto es lo que verdaderamente da fama al noble y produce utilidades sólidas.»

»Cuida con esmero y vigilancia tu pequeña posesión, para que se haga grande; y no la tengas ociosa cuando grande, para que no se haga pequeña.»

»La heredad dice a su dueño: *Hazme ver tu sombra.*»

»En tiempo del rey Al Hakem II las aguas del Genil corrían por ramales de acequia fecundando la vega de Granada. Jusef el Almoravide y su ministro Mumel cubrieron de alamedas y verjeles los contornos de la misma y los cerros de Aynadamar, haciendo correr las aguas de Alfacar al través de montañas. Alhamar y sus sucesores extendieron con nuevos canales los riegos de la vega, y bajo los auspicios de sus reglamentos benéficos multiplicáronse las producciones y creció la opulencia de millares de familias. Los habitantes de las demás ciudades rivalizaron por precisión con los de la corte, y hasta los de la Alpujarra coronaron sus cumbres con huertos y pensiles. Las escrituras y tradiciones moriscas sirven aún de código en la vega de Granada y en otros parajes para los repartimientos de las aguas y propiedades de sus pagos.

»La seda había sido una mercancía reservada en tiempo de los romanos a los pueblos del Oriente. Caravanas de comerciantes persas atravesaban en elefantes los desiertos de la Tartaria; se surtían en la China de aquella preciosa manufactura, y cuando las bandas salvajes del desierto no les arrebataban con la vida el fruto de su peregrinación remota, centuplicaban sus capitales en las ferias de Damasco. Los árabes especulaban revendiendo la delicada producción en los puertos de la Siria, hasta que el empera-

dor Justiniano, indignado del tributo indirecto que pagaban los vasallos de su imperio a los aborrecibles sátrapas, dispuso trasportar las crisálidas a la zona templada de la Grecia, y en breve propagó la raza. Las colonias de árabes españoles iniciados en secreto de esta granjería, encontraron en los valles andaluces un clima acomodado a ella, y poblaron el terreno con los árboles que alimentan a la más útil de las orugas. Concentrados los moros en el territorio granadino, y animados por un saneado lucro, multiplicaron las moreras, perfeccionaron las fábricas de seda y mantuvieron una ventajosa competencia con Pisa, Florencia y demás ciudades de la escala de levante. El Zacatín y la Alcaicería ostentaban toda suerte de ropas, tafetanes, sargas, ricos terciopelos y otras manufacturas del gusto persiano y chinesco. Una de las principales rentas del gobierno moro, era la impuesta sobre la seda, ya por el diezmo directo, ya por el medio diezmo de exportación por los puertos de Málaga, Almuñécar y Almería. Años después de la conquista se contaban en Granada cinco mil tornos, y en los gremios, ordenanzas y vocablos de los tejedores se conserva aún notable memoria de los creadores de esta industria. Los reyes moros toleraban a los cristianos y les permitían el ensanche de sus giros y negociaciones con la mayor latitud. Los genoveses tenían establecimientos mercantiles en Granada, y la fonda donde se alojaban estuvo situada en el paraje mismo donde hoy está construído el convento del Angel: traficantes de Cataluña, de toda la Italia, de Túnez y de Alejandría, vivían en Granada como en una patria común y en el más rico de los emporios; y fué tal la fama de probidad y honradez que se granjearon en los mercados y plazas extranjeras los comerciantes granadinos, que se decía: *La palabra del granadino y la fe del castellano forman un cristiano viejo.*

»Aunque el Profeta vedó a sus sectarios el uso del vino, no amplió su restricción al jugoso grano que le destila. Las vides crecían en todo el territorio morisco: anchos parrales sombreaban en cármenes y granjas; y era tal el número de viñas en las inmediaciones de la corte, que según Al Kattib ascendía el impuesto sobre esta renta a catorce mil escudos. No era tampoco desconocida la elaboración de los vinos, vinagre y aguardiente, cuyos líquidos aplicaban a medicinas, o vendían a los cristianos. Sería inoportuno probar que el olivo, símbolo de la paz, era cultivado con grandes beneficios por un pueblo tan laborioso como el morisco.

»La granada era un objeto de predilección para los moros: el nombre les recordaba una corte opulenta, el fruto la memoria del rey Abderramán. Aunque conocían sus varias especies, ninguna fué multiplicada con tanto esmero como la zafarí. Era tradición que Abderramán el Justo recordó en Córdoba las frutas que había saboreado en los jardines de la Siria, y que su hermana, sabiendo sus aflicciones, le envió desde Bagdad como rico presente varias granadas; de aquí fué llamarlas zafaris o viajeras. El rey mandó aclimatarlas para que sus súbditos gozasen de su delicioso jugo.

»La caña de azúcar fué también conocida, y su plantación esmerada entre los moros de la costa. Miles de ingenios destilaban el precioso líquido, y era tal la abundancia de miel y de azúcar, según los historiadores árabes, que bastaba para el consumo y sobraba para hacer rico comercio. Incurriríamos en la nota de molestos, si fuéramos a referir todos los objetos que constituían la granjería de los moros granadinos; baste decir, que cuantas frutas, legumbres e hilazas son conocidas hoy, eran por ellos cultivadas con singular conocimiento, y que les somos deudores de la introducción de nuevos árboles, entre los cuales merecen citarse la higuera chumba, el níspero, el algodón, el membrillo, el naranjo, la palma, el madroño, y el azofaifo y muchas plantas aromáticas y medicinales.

»El comercio y la industria crecieron en Granada al par de la agricultura. Un rey moro exigía del de Castilla en premio de su alianza y de su tributo la libertad del comercio en granos y manufacturas, como el mayor beneficio que sus vasallos podían reportar. Además de la seda, la fabricación de paños finísimos y otras telas de lana, el curtido de pieles, industria que los africanos aprendieron de los moros expulsos, y conservan aún en Fez como la más útil de sus granjerías, la de gazas, jaiques, tejidos de algodón y lino ocupaban y daban sustento a un número considerable de familias: hombres, mujeres y niños se aplicaban a las diversas elaboraciones, y los ricos paños de lana y seda, que los reyes moros regalaban a los de Castilla y Aragón, se presentaban con orgullo por los embajadores de Granada como productos de la industria de sus hermanos. Las fábricas de Almería servían de modelo a las castellanas y a las de Pisa y Florencia. Hoy que las artes han progresado mucho, pueden compararse sin descrédito algunas elaboraciones moriscas con las traídas de Inglaterra y de Bélgica. El brillo de los colores, la consistencia de los tejidos, la prolijidad de los bordados, la viveza de las flores imitadas permanecen en las ropas y alhajas de aquel tiempo conservadas aún. Las techumbres doradas de la Alhambra, los artesonados, las menudas inscripciones en estuco y piedra, las cifras, cintas y calados, las jarras de porcelana halladas en su recinto, son una prueba de la perfección a que los granadinos elevaron el arte del colorido, los trabajos en madera, en piedra y en yeso, y también la fábrica de porcelana.

»Los moros desplegaban toda su riqueza y elegancia en trajes, armas y arreos de caballos. Jactábanse los señores y donceles de su gusto exquisito en combinar los colores de sus turbantes, fajas y aljubas y en deslumbrar con sus bordados y lentejuelas de oro. La riqueza de los atavíos era un motivo de emulación entre las tribus, y una necesidad recomendada por la galantería y agradable a los ojos de sus enamoradas. Como las armas eran gala inseparable del caballero, veíanse pendientes de sus cinturas alfanjes magníficos, labrados al uso damasquino con inscripciones del Korán, o cifras marciales y amorosas; los puños de filigrana, el forro labrado con finísimos bordados, las hojas de flexible temple. Sus puñales, sus lanzas con banderolas correspondían a esta riqueza, y como todo este lustre habría causado un desagradable contraste sin los correspondientes adornos del caballo, había jinete que sólo en jaeces tenía invertido un caudal considerable. Cada uno de los infantes de Almería recibió en las particiones del caudal paterno cincuenta lanzas, veinte caballos, treinta cotas de malla, veinte coseletes, doce adargas, una marlota de terciopelo carmesí y verde, cinco jaeces de caballo labrados de seda, plata y oro en esmalte, apreciado todo en 3.568 pesantes. Los reyes de Granada procuraron mantener la esplendidez y el lujo de la juventud guerrera, y hasta consignaron en sus leyes un rasgo de galantería, ordenando que el oro y la plata empleada en guarniciones de espada, lanzas, estribos, y jaeces de caballos, como asimismo en brazaletes y adornos de señoras, o de sus esclavos, no pagasen derechos a la hacienda.

»La prosperidad del pueblo colmaba las arcas del erario. Aunque era diverso el estado de las rentas públicas según los accidentes de la guerra o de las estaciones, hay motivos para computarlas a 1.200,000 ducados; procedían del azake o diezmo, recomendado como ley religiosa y deducido de todos los frutos de la tierra, de la cría de ganados y utilidades de la industria; del almojarifazgo, que era un 12 y medio por 100 ó la octava parte del precio de las mercancías en sus importaciones o exportaciones; de la alcabala sobre las ventas, que ascendía al 10 por 100 y del *tabaíl*, que consistía en un puesto sobre las tiendas, y en una capitalización sobre los cristianos y judíos: de las minas, tesoros escondidos y presas hechas en buena guerra se aplicaba un quinto para el erario. Con estas rentas se elevaron en Granada palacios, mezquitas y baños, se abrieron canales de riego, se dotaron academias, colegios, hospitales y casas de huérfanos; en una palabra, se plantearon las instituciones que han hecho memorable la ilustración del pueblo de Alhamar.

»El esplendor, la hermosura de Granada, el lujo y la galantería de sus guerreros y damas, sus trajes, sus costumbres nos han sido transmitidos en curiosos detalles por un escritor contemporáneo. Al Kattib nació en la misma corte el año 1313 (713 de la hégira), de una familia aristocrática, que vivió sucesivamente en Toledo, Córdoba y Loja y contaba entre sus ascendientes a algunos de los capitanes célebres avecindados en España en los primeros años de la conquista. El abuelo y padre de Al Kattib figuraron en la corte de los Nazaritas por sus riquezas y por su mérito personal. El joven granadino recibió una educación esmerada y logró la debida recompensa obteniendo los favores de Mohamad V. Perseguido en la revolución que lanzó del trono a este gran rey, empobrecido con odiosas confiscaciones, acompañó fielmente a su soberano, y tuvo la satisfacción de recuperar con el triunfo de éste sus honores y sus riquezas. Aunque la historia, las matemáticas, la poesía, la botánica, la medicina y la geografía le fueron familiares, ejercitó su pluma con particular esmero en celebrar las glorias de su querida patria.

»La ciudad de Granada, dice, de extraño y peregrino nombre, la Damasco española es una ciudad de »Elvira, cuya población se alzaba floreciente en otro tiempo a cuatro millas de distancia. Constituída en »corte en el siglo IV de la hégira, creció rápidamente en grandeza y poderío.

»Granada es hoy la metrópoli de las ciudades marítimas, capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de traficantes, madre benigna de marinos, albergue de viajeros de todas las naciones, verjel perpetuo de flores, espléndido jardín de frutas, encanto de las criaturas, erario público, ciudad celebérrima »por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres, y manantial inagotable »de seda y azúcar. No lejos de ella sobresalen cumbres altísimas (Sierra Nevada), admirables por la blancura de sus nieves y bondad de sus aguas. A esto se le agregan aires saludables, muchos y amenísimos »huertos, varias yerbas y aromas exquisitos; siendo la más singular de sus excelencias que en todos los »días del año hay sembrados y lucen verdes y risueñas praderas. Su comarca abunda en oro, plata, plomo, »hierro, atucia, margaritas y zafiros. Sus montes y lagos crían peucedano o verbatum genciana y espliego; por último, produce cochinilla, y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo, y sobra para »el comercio; con la singularidad de que estas ropas de seda (se puede asegurar sin reparo) en suavidad, »delicadeza y duración, aventajan con mucho a las de Siria.

»El campo es amenísimo y rival del valle de Damasco; y tan llano y suave, que con la misma comodidad se viaja por él de día o de noche, a pie o a caballo. La naturaleza ha dotado con toda su loza

»nía a esta vega, y la ha refrescado con raudales copiosos. En ella se elevan risueñas aldeas, caseríos, »jardines, y crecen espesas y deleitosas alamedas; una serie de colinas y montañas termina su horizonte, »y abraza en ancho semicírculo un espacio de muchas millas. La gran ciudad de Granada se extiende con »sus arrabales sobre colinas, y está como recostada parte en éstas y parte en llano; y no es fácil descri»bir cuántas comodidades y bellezas proporcionan la lenidad de sus brisas, la clemencia de sus aires, la »solidez de sus puentes, la magnificencia de sus templos y la anchura de sus plazas. El célebre río Darro »nace en sus términos orientales, corre por la población, divide sus barrios, tuerce luego su curso, y se »abraza con el Genil, que después de lamer sus muros lleva sus ondas por la espaciosa vega, y enrique»cido con los tributos de otros arroyuelos y torrentes, crece a semejanza del Nilo, y se dirige soberbio »hacia Sevilla.

»La regia estancia de la Alhambra sobresale con admirable perspectiva, cual otra segunda ciudad. Al»tísimas torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes hermosean aquel »recinto y le embellecen con su magnificencia. Raudales cristalinos se despeñan, se comparten en mansos »arroyos, y se deslizan murmurando entre bosques sombríos. A semejanza de Granada, huertos y gracio»sos vergeles dan tal amenidad a la Alhambra, que las almenas de los palacios asoman entre las bóvedas »de verdura, como el cielo sembrado de estrellas en noche oscura. Por doquiera se enlazan las parras con »árboles cargados de pomas y de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas producen tantos cereales »y hortaliza, que sólo un príncipe pudiera satisfacer sus precios con ricos tesoros. La renta anual de »cada huerta asciende a cincuenta áureos, y cada una de ellas reditúa al soberano treinta libras. Este »campo, cubierto incesantemente de frutos, da al cultivo un carácter de perpetuidad, y sus productos »se calculan en nuestros días en veinticinco mil áureos. El rey posee suntuosas casas de recreo y de »incomparable deleite por sus bosques y variedad de plantas y jardines.

»A doquiera que se dirija la vista se admiran torres de hermoso aspecto; las aguas corren en opues»tas direcciones, ya para uso de los baños, ya para impulso de los molinos, cuyos réditos se aplican a res»taurar los muros de la ciudad. Estas posesiones se extienden por espacio de algunas millas, y en su »cultivo y limpieza se ocupan muchos honrados colonos y muchos animales útiles: en casi todas hay fa»bricados castillos y capillas sacrosantas. La feracidad de la tierra facilita los trabajos y da impulso a las »labores. Se elevan en estas fincas, aldeas tan alegres en sus recintos como en sus campos; y es tal la an»chura de la vega, que hay tierra de abundante esquilmo, y sobra mucha para pastos, realengas, abreva»deros, granjas y egidos. Los lugares del radio de Granada ascienden a trescientos; los colegios y tem»plos de su recinto son cincuenta, y los molinos de agua en torno de ella ciento y treinta.

»Los granadinos son ortodoxos en religión, y sectarios malequíticos, sin que la herejía haya infi»cionado sus espíritus; amantes de sus reyes, sufridos y muy generosos, esbeltos y proporcionados, por lo »común de cabello negro, y medianos de estatura. Su dicción es la arábiga más elegante, exornada de »sentencias, y a veces demasiado metafísica; en disputas y réplicas suelen ser tenaces y vehementes. »Visten al uso de los persas, finísimas telas de lana, seda y algodón, rayadas de colores con sutil artifi»cio; en invierno usan para abrigo la capa africana, o albornoz tunecino; en la estación calorosa lienzo »blanco. De aquí es que al ver a los fieles congregados en el templo, y los diversos colores de sus trajes, »nos parece admirar la diversidad de flores extendidas en los amenos prados de primavera.

»El ejército se compone de dos linajes, uno de guerreros granadinos y otro de reclutas africanos: los »granadinos no consienten ser acaudillados sino por algún príncipe de la dinastía, o por alto dignatario del »Estado. En otro tiempo usaban corazas, anchas lorigas, escudos, viseras, en calidad de armas defensivas; »como ofensivas, lanzas larguísimas de dos hierros, cimitarras y venablos, y cabalgaban en sillas de »poca firmeza. Cada escuadrón o compañía llevaba un alférez, que tremolaba su estandarte. Con el tiempo »se han mejorado la disciplina militar y la calidad de las armas, adoptando corazas ligeras, celadas o mo»rriones más airosos, sillas a la jineta, adargas de cueros y lanzas más agudas.

»Las cohortes africanas constan de varias gentes, como son los Marines, Zayanitas, Tagianitas, Agai»sitas y árabes africanos: se dividen en varias cohortes, acaudilladas por sus propios capitanes; mas éstos »quedan sometidos a la autoridad de un jefe superior, que por lo común es alto caballero de la noble tribu »de los Marines y cercano pariente de los reyes de Fez. Muy pocos de éstos usan el turbante persa, imi»tando en esto al pueblo granadino, entre el cual los sacerdotes, magistrados y doctores, son los únicos »que le conservan. Su arma favorita es un venablo armado de varias cuchillas, que disparan al ene»migo con singular destreza: habitan en cuarteles de fábrica poco elevada, y en los días festivos visten »con lujo deslumbrador, y pueblan las hosterías dando ejemplo pernicioso a la juventud con sus zambras »ruidosas y sus cantares impúdicos.

»El alimento cotidiano de los granadinos es el pan de trigo: las familias pobres y los jornaleros lo consumen de cebada en el rigor del invierno. En sus mercados abunda todo género de fruta, y principalmente las uvas vendimiadas en los fértiles pagos de Granada; y es tal la granjería de este fruto, que sus rentas están computadas hoy en catorce mil áureos. Es también copioso el surtido de otras frutas, como higos, pasas, manzanas, granadas, castañas, bellotas, nueces, almendras y otras muchas, sin que escasean en ninguna época. Además hay uvas conservadas al abrigo de la corrupción de un año para otro.

»La moneda granadina, labrada de plata y oro purísimo, se distingue por su cuño primoroso. Los ciudadanos aplicados a sus labores se alejan del ruido cortesano en la estación de las cosechas, y pasan el estío en sus granjas deleitosas. Otros, inducidos de un ardor belicoso, viven en las fronteras para molestar al cristiano con excursiones audaces, y servir de presidio y antemural a sus conciudadanos.

»Entre los adornos recomendados por el buen gusto de las princesas y damas granadinas, merecen especial mención los cinturones, bandas, ligas y cofias, labradas de plata y oro abrillantado con primoroso artificio. El jacinto, el crisólito, la esmeralda y otras muchas piedras preciosas brillan en sus atavíos. Las granadinas son graciosas, elegantes, y de estatura tan esbelta, que es muy raro encontrarlas desproporcionadas. Nimiamente pulcras, cuidan con esmero sus largas cabelleras, y hacen gala de su dentadura de marfil; el aliento de sus labios es dulce como el perfume de las flores. Dan mayor realce a sus encantos la gracia de los modales, la discreción exquisita y los donaires en su conversación. Es lamentable, sin embargo, que alcancemos un tiempo, en que las granadinas hayan elevado sus vestidos y adornos a una altura de lujo y magnificencia que raya en delirio.»

»En la antecedente pintura se advierte la cautela con que Al Kattib, escarmentado con discordias civiles, se abstiene de comentar hechos relativos a leyes o costumbres políticas. El poder de los reyes nazeritas no era un despotismo cruel, cual nos pintan el P. Haedo al de los gobernadores argelinos y el Padre Sanjuan y Alí Bey al de los califas de Marruecos. El ejercicio de la autoridad real estaba atemperado en Granada a las decisiones de un *mexuar* o consejo de Estado, compuesto de doctores y jurisconsultos esclarecidos y de individuos de la alta aristocracia. Si bien la corte de la Alhambra obtenía según las leyes musulmanas un señorío absoluto de vidas y haciendas, no podía precipitarse en los excesos de una tiranía bárbara ni ejercer venganzas impunemente. Al primer amago los magnates y alcaides izaban bandera hostil, refrenaban al monarca y le hacían conocer su debilidad. El gobierno granadino era un realismo puro, creado y sostenido por una aristocracia rica, soberbia, y si se atiende a los resultados de su influencia en la prosperidad del país, podremos llamarla también ilustrada.

»El modo de suceder en el trono, aunque carecía de una regla fija que cerrase la puerta a las ambiciones y a las intrigas, estaba atemperado a una costumbre trasmitida por los antiguos reyes cordobeses y sancionada como ley por la aprobación de la altiva aristocracia granadina. Desde Alhamar vemos con pocas excepciones a los primogénitos del rey ser declarados sucesores por sus padres, y recibir a su tiempo los homenajes e investidura de monarcas. Existía por lo tanto una combinación de monarquía electiva y hereditaria aprobada por el uso y por la aquiescencia de las generaciones anteriores. Los reyes aplicaban a sus hijos al despacho de los negocios del Estado y les ejercitaban en todos los actos de la caballería y de la milicia, para educarles como candidatos dignos del cetro y la corona.

»La proclamación de los reyes granadinos se verificaba con aparato solemne. La alta nobleza acudía a la Alhambra y esperaba en el salón regio al príncipe sucesor; presentábase éste ricamente vestido y cubierto con un manto de púrpura, e inclinándose sucesivamente sobre cuatro banderas tendidas en el suelo hacia los cuatro puntos cardinales del globo, deteníase sobre la de Oriente y recitaba una plegaria del Corán; después juraba en alta voz y ante toda la asamblea defender hasta morir, a su ley, a su reino y a sus vasallos. Acabado el juramento, uno de los magnates postrábase de rodillas y besaba en nombre de todos y en señal de obediencia la tierra donde la real persona asentaba la planta; en seguida elevaban los reyes de armas el grito de «Dios ensalce al rey nuestro señor», y besábanle la mano los circunstantes. Por último, el aclamado cabalgaba en un magnífico caballo, y precedido de los escuadrones de su guardia y rodeado de cortesanos y de servidumbre regia, paseaba las calles de la ciudad preparadas con vistosas colgaduras, y recibía los parabienes del pueblo.

»El injusto desdén de los escritores cristianos ha privado a los reyes moros del más glorioso de sus títulos: del de legisladores. La laboriosidad de un escritor ilustre ha dado publicidad a las ordenanzas del rey Jusef, capaces por sí solas de vindicar a los príncipes granadinos de las injurias con que han agraviado su memoria la ignorancia y la antipatía religiosa. El código de Jusef tuvo por objeto uniformar el culto, conservar el decoro de los templos, difundir la instrucción, mantener vivas y enérgicas las creencias del pueblo, establecer una policía severa que refrenase al criminal y protegiera al moro pacífico, y por

último, mitigar los males de la guerra, inspirando al soldado la idea de que la clemencia es la mejor prenda del valor. Sus artículos dicen así:

«Todos los pueblos del reino establecerán escuelas gratuitas y uniformes en su enseñanza.»

«En las ciudades dotadas de *aljama* (mezquita) principal habrá sermón y lectura los días festivos; »y en los arrabales que consten de doce vecinos se establecerá mezquita con alfaki y alim, que expliquen »la ley a los creyentes y les obliguen a concurrir tanto en invierno como en verano a las cinco oraciones.»

«Los habitantes en despoblado acudirán a la oración de los días festivos, saliendo de sus caseríos cuando alumbre el sol, y regresando antes de la noche.»

«Se prohibe a todo creyente establecer su morada en sierras ásperas, o en soledades tan apartadas »que no le permitan asistir con puntualidad a la mezquita: la población más cercana podrá distar dos »leguas.»

«Para evitar los perjuicios que puedan resultar a la gente agricultora con las anteriores prohibiciones, »se edificarán oratorios en las cortijadas que tengan doce casas.»

«Para conservar la reverencia de los templos, se prohibe la reunión de personas de diferentes sexos »y edades: los ancianos ocuparán la parte más avanzada del templo; los muchachos se colocarán detrás, »y en último término las mujeres: los primeros y los segundos permanecerán hasta que hayan salido todas »éstas: se reservará un lugar apartado para las niñas y doncellas, las cuales concurrirán encubiertas con »sus velos y con la debida compostura.»

«Todo creyente usará en los días festivos sus mejores vestidos, para que su limpieza exterior corres»ponda a la pureza de su corazón; y se ocupará en visitar y dar limosna a los pobres, en tratar con »hombres sabios y prudentes, o en conversar con amigos sobre leyendas apacibles y virtuosas.»

«Las fiestas para celebrar las pascuas de Alfitra y de las Víctimas han sido causa de alborotos y de »escándalos, y en ellas las loables alegrías de nuestros mayores han degenerado en locuras mundanas. »Cuadrillas de hombres y mujeres circulan por las calles arrojándose aguas de olor, y persiguiéndose con »tiros de naranjas, de limones dulces y de manojos de flores, mientras tropas de bailarines y juglares »turban el reposo de la gente piadosa con zambras de guitarras y de dulzainas, de canciones y gritos. »Se prohiben tales excesos y se previene el exacto cumplimiento de las costumbres primitivas.»

«Las limosnas y donativos que las gentes ricas de las ciudades y aldeas hacen en estos días en di»nero, en pan, en granos y en frutos, se repartirán a los pobres por dos o más personas que merezcan »absoluta confianza; en caso de que la limosna fuese excesiva, se formará un depósito para ocurrir a las »necesidades de los ancianos, inválidos, enfermos y huérfanos; el sobrante se aplicará al rescate de cau»tivos y a la reparación de mezquitas, fuentes públicas, caminos, puentes, acueductos y sendas peligrosas »en las montañas.»

«Siendo las calles y plazas lugares impropios para rogar a Dios, se prohibe hacer en ellas procesiones »ni rogativas en tiempo de seca; en tal conflicto deberán los devotos salir al campo, y postrándose en »tierra invocarán a Dios con la siguiente plegaria: «Señor piadoso; tú que nos criaste de la nada, que co»noces nuestros errores, y que no necesitas nuestros servicios, prodiga los tesoros de tu clemencia, ten »piedad de las criaturas inocentes que te imploran, de los sencillos animales, de las aves del cielo que »mueren de consunción, y de la tierra cuyas yerbas están ya mustias por falta de agua. Señor, abre tu »cielo, vuelve las nubes, desata los aires, envía tus piedades para que vivifiquen la tierra y sus yerbas »agostadas que dan mantenimiento a las criaturas; ten piedad, Señor, para que los infieles no digan que »desoyes a los verdaderos creyentes.»

«En los regocijos de bodas, en los que se celebran para poner a los recién nacidos bajo el auspicio de »las buenas hadas, y en reuniones familiares, sea lícito divertirse con zambras y convites espléndidos; »pero obsérvese el mayor decoro, reine la discreción, y no incurra convidado alguno en el abuso de la em»briaguez.»

«Granada se dividirá en barrios sometidos a la vigilancia de un cadí respectivo: uno de éstos asistirá »a los mercados para mantener el orden.»

«Cada barrio tendrá una demarcación exacta, y una ronda nocturna que vigile y abra y cierre las »puertas de sus murallas, como asimismo las principales de la ciudad.»

«El caballero o soldado que huya del enemigo, a no verse acometido por fuerzas duplicadas, o sin re»cibir la orden de los caudillos, únicos a quienes compete decidir el ataque o retirada y saber los secretos »y estratagemas de la guerra, será condenado a muerte.»

«Se prohibe a los campeadores o almogávares y a los demás individuos del ejército asesinar a los

»niños, a las mujeres, a los ancianos, a los inválidos, a los enfermos, a los ermitaños o frailes cristianos, »a no sorprenderlo» armados o en ayuda directa del enemigo.»

«Los despojos y presas se repartirán en la forma siguiente: después de deducir el quinto para el rey, »cada individuo puede tomar cuanto necesite para satisfacer su hambre, aplicando lo restante al acervo »común. El jinete recibirá dos partes; el infante una; el que preste cualquier trabajo en la hueste o arros»tre peligro no siendo soldado, será remunerado debidamente, previos los informes de los cabos y ge»nerales.»

«El judío o cristiano que se convierta al islamismo en villa o fortaleza conquistada, recobrará sus »bienes, y si estuviesen ya repartidos, recibirá una indemnización por justiprecio.»

«Se prohibe que los hijos de familia salgan en cabalgadas o correrías sin beneplácito de sus padres »a no ser en caso de suma necesidad; como asimismo que partan en peregrinación a la Meca sin licen»cia expresa de su padre, madre, abuelos o tutores.»

«El adulterio, el homicidio y otros delitos que producen pena de muerte, necesitan prueba de cuatro »testigos presenciales y uniformes; el adúltero morirá apedreado; el soltero que infrinja las leyes de la »castidad, sufrirá cien azotes y un año de destierro, si no consiente en dar su mano a la estuprada.»

«El juez puede agravar o disminuir la pena del ladrón según las pruebas, pero mitigando la dureza »de los castigos usados hasta el día.»

»El Korán era el código universal del pueblo granadino, como lo es hoy en casi todos los climas donde aún rigen los descendientes y sectarios del Profeta. La idea de un Dios eterno, inmutable, benéfico, era la base de su creencia: el genio oriental y la imaginación vehemente de los intérpretes había revestido al Ser Supremo con todos los atributos de la grandeza y sabiduría, y logrado inspirar al pueblo un saludable temor y un piadoso reconocimiento. «Dios, según la creencia de los doctores granadinos, llena el »mundo con su poder, con su sabiduría, con su inmensidad; cuanto existe es obra suya; cuanto encubre »la noche y el sol alumbra, su patrimonio; conoce lo pasado y lo presente; tiene en sus manos las llaves »del porvenir, lee en la conciencia de los hombres; con su voluntad se elevan los montes, crecen los árboles, »se enfurecen o refrenan los mares, corren los ríos y los arroyos que fertilizan los campos; la luna y el »sol nos dispensan su luz, y las estrellas giran con rumbo invariable. Su mano desata los vientos, da im»pulso al rayo, y agita las nubes que fecundan las semillas y reaniman la verdura de los campos. Todo »lo criado pregona su grandeza y aun cuando las olas del mar se convirtiesen en tinta para escribir sus »alabanzas, quedarían agotadas, sin que se celebrasen dignamente.» Estas imágenes estaban fortalecidas por los temores de un juicio final, en el cual los réprobos serían condenados al infierno y los justos conducidos a las delicias del paraíso.

»La idea sublime de Dios y de sus atributos ha sido objeto de lucubraciones profundas, discutidas con sutileza y por superiores talentos por espacio de algunos siglos. Las cátedras y los claustros de la Europa cristiana y de la España árabe, han consumido hombres de admirable ingenio en descifrar el hondo misterio de la predestinación y de la gracia, y en conciliar el libre albedrío de las criaturas con el poder y la sabiduría suprema. El insensato orgullo de una literatura aérea desprecia hoy tales cuestiones, desconoce sus nombres, y las llama dignas únicamente de siglos bárbaros; la historia imparcial las vindica, proclamando que estas controversias, aunque estériles en el día, han sido la base de las ciencias, porque obligaron a discurrir, hicieron a los ingenios despertar del letargo en que los tenía postrados la barbarie, y compartieron los laureles y los homenajes que arrancaban la fiereza de los campeones y la buena ventura de las lides. Mientras Abelardo arrebataba la admiración de la Europa del norte, y siglos después Raimundo Lulio lastimaba su juicio en el abismo de especulaciones abstractas, que las plumas de Santo Tomás, de Alberto el Grande y de San Buenaventura debían encarecer, los doctores musulmanes Ben-Althalmasah, Ben-Athia y Abu Mohamad Ben-Albaschi determinaban en las cátedras de Granada la influencia de los decretos divinos en los tiempos, lugares y acciones de las criaturas, en sus pensamientos, en su conducta moral, en su felicidad, en sus infortunios, en su salvación o en su condenación eterna. El Korán les limitaba esta cuestión a términos precisos; el hombre y el mundo están sometidos a un fatalismo inexorable; el dedo de Dios señaló a cada criatura su rumbo en esta vida y su destino en la otra; el bien o el mal le son inherentes, como un lote ganado en la eternidad; la fuerza de su sino le encadena y le arrastra al través de la tierra hasta conducirle entre coros de ángeles a las puertas del paraíso, o entre legiones infernales a la mansión de los suplicios. Esta idea desconsoladora y funesta, porque exime al hombre de responsabilidad, le inclina a la indolencia y al crimen, y le precipita en la pendiente del vicio, preocupó a los doctores, que merecieron en la academia granadina, en las escuelas de Almería y Málaga y en las cátedras modestas de sus mezquitas, la palma del saber y de la santidad. Porque

si el hombre es libre, si su voluntad nace de un principio espontáneo, de un alma que delibera y determina y que en calidad de ser espiritual desdeña la influencia de las leyes físicas de que es esclava la materia, la sociedad tiene una base firmísima y el mundo moral una existencia. Entonces se vislumbra la eternidad y se comprenden los deberes humanos. Pero si las criaturas, si yo que ahora fijo con los caracteres de la pluma los signos de mi pensamiento, si tú, lector que te dignas pasar por ellos la vista, somos átomos de materia combinada, máquinas sin albedrío que pensando deliberar incurrimos en una ilusión y no hacemos más que obedecer al impulso de un vapor, o al mecanismo secreto que fija nuestra voluntad, entonces hay que confesar que la nada es el término de nuestra peregrinación sobre este globo lanzado en el espacio. La incredulidad, el desamor, la indiferencia abren ante nuestros pasos un abismo en cuyo fondo sólo aparecen el gas y el polvo de una sepultura. La religión y la moral desaparecen: el desconsuelo seca todas las ilusiones del alma. El asesino, el ladrón, el perjuro, no son responsables de sus crímenes. «Nosotros, dirán, somos impelidos por el destino, por el soplo de Dios; la justicia es un abuso de la fuerza; las leyes son una mentira.» Tales son las horribles consecuencias que se derivan del dogma del fatalismo. Los árabes pensadores comprendieron los inconvenientes de semejante principio. Si bien no nos es dado juzgar del cúmulo de manuscritos que el celo excesivo de un prelado célebre condenó al fuego en Granada, ni de los muchos que yacen inéditos en archivos y bibliotecas, podemos por algunos fragmentos de estas obras y por la clasificación de los escritores ilustres conocer sus ideas y juzgar de sus controversias. Los doctores musulmanes apuraron todas las sutilezas del talento para conciliar el dogma del fatalismo con la responsabilidad moral e inspirar a los creyentes máximas y preceptos saludables. La templanza, el socorro y limosna del menesteroso, la clemencia, la represión de la embriaguez y de juegos de suerte, la abominación de la prodigalidad, de la avaricia, de la soberbia, de la envidia, de la vanidad, del orgullo y de la venganza, la recomendación de la piedad filial, la práctica de las virtudes domésticas y conyugales, eran elementos necesarios de vida espiritual y de práctica irremisible.

»La filosofía de los árabes, en íntimo contacto con las anteriores controversias y atemperada a los dogmas del Corán, adoptó con preferencia dos sistemas: el de Aristóteles, cuyas obras presentaban un plan ingenioso, que podía considerarse una preparación para el estudio de todas las ciencias, y el de Platón, cuyo idealismo halagaba las inclinaciones de los orientales contemplativas y místicas.

»Algunas escuelas se apegaron con tal vehemencia a las doctrinas griegas, que en breve se suscitaron entre los musulmanes sectas implacables, algo parecidas en sus controversias a la de los gnósticos cristianos. Las ideas que habían servido de base a estas disputas fueron adulteradas o interpretadas para conciliarlas con sus sistemas y con los dogmas del Korán. Juan de Damasco, Al Farabi y Avicena sembraron en las escuelas asiáticas las semillas del escolasticismo, y difundieron entre los árabes las nociones sobre lo imposible y lo posible; lo necesario y lo contingente; la sustancia y el accidente; el individuo y la especie; la acción y la pasión; la unidad, la dualidad y la pluralidad; las cualidades de la materia; y otras que fueron el tema favorito de las cátedras de Europa en los siglos medios, y que parecen sometidas hoy al examen y jurisdicción de la sabiduría alemana.

»Algacel protestó luego en la escuela de Bagdad contra las teorías de estos filósofos, los acusó de innovadores perniciosos, y quiso imponer una sumisión rigorosa y una creencia absoluta en los preceptos del Korán: entonces los escritores andaluces, a cuyo frente figuraban Averroes y sus discípulos de Sevilla, Granada, Almería y Málaga, salieron a la defensa de aquellas doctrinas, proclamando en vivas y ardientes polémicas los fueros del pensamiento y la legitimidad de la discusión libre. Esta fue la época en que brilló en nuestra patria feliz la luz que en otro tiempo había iluminado los no menos deliciosos campos de la Grecia. Los libros y las doctrinas de los filósofos griegos se hicieron familiares con las traducciones arábigas y hebreas, con los comentarios y explicaciones de las cátedras. Discípulos de nuestras ciudades y villas emprendieron peregrinaciones al Oriente, hicieron gala de su erudición y elocuencia en las escuelas de Alejandría, de Bagdad y de Cufa, explanaron sus doctrinas y perfeccionaron sus estudios con las observaciones de los viajes. Esta efervescencia despertó rivalidades provechosas; y si bien empeñó a los ingenios en un laberinto de sutilezas y de disputas tenaces, dió ensanches al pensamiento, engendró una revolución en los métodos de enseñanza e introdujo un fecundo rayo de luz en las escuelas rutinarias de la Europa cristiana.

»Las controversias de los nominalistas y realistas, las dulces explicaciones de Abelardo, los profundos raciocinios de Sto. Tomás y de Alberto el Grande y las abstracciones de San Buenaventura, consideradas con justicia como puntos de partida para la restauración de las letras en Occidente, no fueron

sino fruto de una semilla prestada por los árabes andaluces, de la mucha que sus escuelas habían acopiado con las inspiraciones de Aristóteles.

»Los andaluces no sólo facilitaron a los cristianos de la Edad Media el examen de los estudios abstractos, sino que abrieron la senda de observación y de la experiencia a las cuales son debidos tantos descubrimientos de utilidad inmediata. Los árabes elevaron las matemáticas, la medicina, la química y la astronomía a una altura que es el mayor timbre de su gloria. Perfeccionando los planisferios, las tablas astronómicas, los instrumentos de nivelación y la maquinaria, pudieron observar los cielos, estudiar, medir a palmos y dar riegos y hermosura a las comarcas sometidas a sus leyes. Los caracteres aritméticos usados hoy en Europa, los nombres y combinaciones del álgebra, tan útiles para facilitar las operaciones de las ciencias exactas, son puramente árabes. El alambique, invención griega perfeccionada por los mismos, purificó los líquidos, dedujo sus esencias y transmitió el secreto de los álcalis y de nuevos perfumes. La observación los hizo descubrir en algunos cuerpos cualidades desconocidas de los naturalistas antiguos; y el análisis de las sustancias animales, vegetales y minerales, les proporcionó el examen de sus combinaciones y afinidades, el conocimiento de sus influencias en la economía rural y sus aplicaciones diversas a la medicina y a la industria. La botánica fué cultivada con el celo más exquisito y con una perseverancia admirable. Sirva de ejemplo la vida laboriosa de Abu Beithar. Este gran naturalista, el Tournefort de los árabes, nació en Málaga a mediados del siglo XII. El estudio de las obras de Hipócrates, Galeno, Dioscórides y Plinio formó su gusto: los viajes completaron sus conocimientos. Estimulado por el deseo de saber, registró los campos y montes de Andalucía reuniendo una colección copiosísima de plantas y minerales; en seguida pasó a las costas ardientes de África, y atravesó selvas y desiertos aumentando en esta tierra virgen sus depósitos de raíces y flores. Después marchó al Cairo, peregrinó por la Siria, se internó en las provincias y montañas de la Persia, escudriñando los secretos de la creación, y observando y comparando las producciones de diferentes climas. Estas fatigas no fueron estériles para la humanidad. El ilustre malagueño escribió varias obras, que fueron recibidas en el mundo literario de los árabes de Asia, África y España, como trabajos completos de medicina e historia natural. En ellas dice Abu Beithar que todo lo escrito está comprobado por un largo uso y una constante experiencia. Más de dos mil medicamentos simples, desconocidos de los médicos de la antigüedad, se encuentran descritos, sin otros muchos clasificados por orden alfabético, con explicaciones y notas sobre los nombres griegos y latinos. Uno de sus discípulos, Aben Saiba, dice que su memoria era tan firme, que en cualquiera cuestión fundaba su dictamen, primero con argumentos de razón y después con casos prácticos y con autoridades de escritores cuyos libros y folios citaba. Tan eminente sabio no pudo menos de obtener muchos honores y recompensas de los califas: establecido en Damasco murió el año 646 de la hégira (1248 de J. C.).

»Los granadinos tenían también en el Korán sus leyes civiles aunque oscurecidas, cual escasa fruta en un árbol de excesivo ramaje. Como esta parte de la legislación se versa sobre los intereses más directos del hombre, tuvo la aplicación y el estudio que rebuscar y coordinar todas las disposiciones relativas a la seguridad, a la hacienda, a las estipulaciones y contratos, y a las relaciones locales y de familia. Así, al consultar las memorias arábigas, vemos la jurisprudencia constituída en elemento principal y base de los estudios, y, lo que no es fácil comprender hoy, aliada con estudios más amenos, como la retórica, la poesía y la historia. La profesión de jurisconsulto era respetada, proporcionaba una subsistencia honrosa y abría la puerta de los honores y de los empleos. Sus principios dimanaban de un código santo, y eran el complemento de los estudios teológicos; y por ello nos atrevemos a asegurar que el misticismo, las reglas escolásticas y una erudición indigesta entrarían por mucho en este género de obras.

»No era así de la gramática. Los árabes, envanecidos de su idioma como de una gloria inmarcesible, le cultivaron con singular aprovechamiento. Su alfabeto, la articulación de sus letras, sus signos ortográficos, las diferentes partes de la oración, la diversidad de sus verbos, la calidad de géneros, nombres, pronombres, artículos y palabras indeclinables, los principios de sintaxis, fueron atemperados a reglas fijas, que conservaron la pureza de la lengua. Ben-Malek y el Jihouri compusieron su gramática y diccionario siglos antes que florecieran Palencia y Antonio de Nebrija; y miles comentadores, entre los cuales habrá que referir muchos granadinos, ampliaron, suplieron o corrigieron las reglas de aquellos dos escritores eminentes, compendiaron sus obras, las analizaron y enriquecieron.

»La poesía nació entre los árabes, como planta indígena: sus tribus, bárbaras aún, tenían poetas encargados de alabar las aventuras de los cazadores y pastores, las querellas de los amantes, las victorias de sus emires, los placeres de la vida libre, la hermosura de una noche apacible, la melancolía misma de

los campos solitarios: una palma, un otero, una onda cristalina en medio del arenal abrasado eran objetos de dulces inspiraciones. Semejante poesía debió ser una mezcla de sublimidad y de barbarie: una flor inculta, que exhalaba perfumes en el desierto. El Korán prestó doble vigor a la imaginación del árabe y creó mayor entusiasmo y un nuevo germen de poesía. Los triunfos de las armas musulmanas en los primeros siglos de la hégira sirvieron de resorte poderosísimo para inflamar los genios orientales, y el contacto con pueblos ilustrados suplió la rudeza de los sectarios bárbaros. La influencia de un clima dulce y de un país voluptuoso despertaba sensaciones poéticas y convidaba al placer y a la molicie. Abderramán el Grande trasplantó a Córdoba los gérmenes más puros de la cultura oriental, y rival de los Abásides dió impulso a todos los elementos de aquella civilización, particularmente a la poesía que es uno de los más preciosos. Este gusto, prolongado en Andalucía y singularmente entre los granadinos, se atemperó a todos los objetos: elogios de príncipes y caballeros, tradiciones históricas, epigramas, sátiras, libros de mística, epitafios y cantares amorosos fueron dominio de la poesía de los árabes andaluces. En la historia literaria de éstos debe buscarse el origen de la rima castellana y el tipo de la gaya ciencia. Hoy nos es dado juzgar de la poesía granadina: las paredes, los frisos y techumbres de la Alhambra conservan modelos que prueban hasta qué grado de perfección y elegancia elevaron los ingenios de esta tierra la agudeza de los conceptos, la pureza de las imágenes, y hasta qué altura remontaron los vuelos de su fantasía.

»Los cuentos formaban entre los árabes una poesía tradicional, de que aún se conservan reminiscencias en Granada. La persuasión del pueblo en la influencia de la magia y en la realidad de seres sobrenaturales abría un espacio sin límites donde la imaginación podía forjar quimeras, y revestirlas de formas o gigantescas u horribles, o heroicas o espléndidas. A las ilusiones de los árabes que creían en castillos encantados, y en enanos misteriosos, y en negros alquimistas, y en brujas, y en maleficios, y en hadas, fué debida la inundación de libros absurdos, que careciendo de la originalidad y de la grandeza con que supieron los orientales revestir tales creaciones, fenecieron anatematizados por la pluma de Cervantes. Estas leyendas fantásticas, que producen admirable efecto contadas por un anciano en el hogar del pobre o en un círculo de gente campesina abrigada en cabaña solitaria, trasladadas al papel degeneran en ridículas; son un vapor levísimo, que al asirle, o querer someterle a análisis, se disipa o convierte en cuerpo delezmable.

»En cuanto a historia no participamos de la crítica severa que condena sus estudios, ni del entusiasmo que los admira ciegamente. Cierto es que los analistas árabes en nada se asemejan a los clásicos griegos ni latinos, y que la mayor parte de sus historias parecen hoy crónicas áridas, rellenas a veces de vulgaridades, o series de biografías con elogios exagerados de sus capitanes y príncipes, y amargas censuras de sus enemigos. Mas hay que considerar los caracteres de las naciones, la diversidad de sus idiomas y las formas especiales de su narración. Las máximas políticas, gala y ornato de Tucídides y Polibio, de Salustio y Tácito, debían considerarse superfluas y estériles por los historiadores árabes, a quienes los hábitos de gobierno y los dogmas religiosos del pueblo trazaban un círculo, fuera del cual no les era lícito discurrir ni censurar. La historia de Tito Livio es reconocida en la Europa como un tipo de belleza y de buen gusto porque las lenguas de sus diversas naciones han nacido de la latina: a pesar de esto los árabes no podían ser sensibles a la dulzura y armonía de aquella obra inmortal, porque la especialidad de su idioma no se atemperaba al hipérbaton, a los giros y construcciones de los romanos. La historia árabe es una creación especial como su arquitectura: en cambio de sentencias políticas, se leen proverbios admirables; brilla en sus descripciones el lujo de las imágenes; la cronología está marcada con suma prolijidad y los personajes se ven retratados con un vivo colorido. La historia clásica de la antigüedad es un edificio acabado bajo reglas convenientes de buen gusto; la de los árabes ofrece hoy materiales hacinados para que luzca en ellos la mano de un diestro artífice.

»Estas observaciones parecerían demasiado vagas y generales a todos los países dominados por la raza muslímica, si no descendiésemos a probar con los nombres, patria y linaje de los ingenios granadinos, cómo en nuestra patria estuvieron durante siglos y se acrecentaron considerablemente los tesoros de la sabiduría árabe.

»Desde la dominación de los Omíades se propagó entre los andaluces el amor a las ciencias, y la traducción de libros griegos y latinos, y el roce y controversias con los mozárabes crearon el gusto y perfeccionaron los estudios de la escuela cordobesa. Los premios, los honores, la familiaridad que los ilustres nietos de Abderramán dispensaron a los literatos, a los doctores y poetas, avivaron la afición a las letras, y crearon la original literatura arábigo-andaluza, en cuyos anales vemos con satisfacción celebrados ingenios granadinos. Razis nos ha conservado la memoria de Ased Ben-Zaid Almaschabi, poeta agudísimo de Elvira y capitán bizarro en el ejército real. Su buril corrió con tanta ligereza como imprudencia, y lanzó el ridículo sobre los ojos torcidos y miradas desapacibles de Hixem I. Indignado el califa mandó hacer un es-

carmiento ejemplar con el poeta murmurador. Ben-Zaid perdió la lengua, cortada con sutil acero; después la vista con un hierro candente; y sepultado por último en un calabozo, no sobrevivió a estas dos operaciones bárbaras (murió año 180 de la hég., 796 de J. C.). Mohamad I premió a Mumel Ben-Ragis el Ocaili, natural de Elvira, con los destinos de gobernador de esta ciudad y de Jaén, por sus exquisitos conocimientos en jurisprudencia (murió año 275 de la hég., 888 de J. C.).

»El impulso continuó durante las guerras sangrientas que los muzárabes y muslitas granadinos, aliados con algunas tribus rebeldes, sostuvieron contra los califas cordobeses: los capitanes eran poetas, y las divisiones eran animadas a la pelea por las baladas de bardos, que celebraban sus proezas y participaban de los peligros y fatigas de la campaña. Uno de éstos compuso aquellos versos amenazadores que, según hemos dicho, fueron transmitidos a los damasquinos de Granada estrechados rigorosamente y amagados de muerte en la torre Bermeja, por medio de una flecha lanzada sobre las almenas. Calmadas estas rivalidades funestas por la buena estrella de Abderramán III, renació con vigor, como planta ajada por la tempestad, el amor al estudio, y los hijos del país granadino contribuyeron con sus claros ingenios al esplendor con que brillaron los últimos califas de aquella célebre dinastía. El anticuario Muza Abo Amrru Abi Almosfareb de Elvira (murió año 289 de la hég. 901 de J. C.) y Kalabab-Ben-Muza, natural de Raya, junto a Archidona (murió año 360 de la hég., 970 de J. C.), florecieron bajo los auspicios del rey Alhakem II, y brillaron en las academias y divanes de Córdoba. El ilustre caballero de la tribu Gazanita, de Elvira, Motref Ben-Iza, viajó por la España, conversó con judíos, visitó escuelas, consultó con monjes, y no satisfecho con el caudal de conocimientos adquiridos en la península, pasó al África y recorrió regiones diversas: habiendo regresado a Granada, fué llamado por el mismo califa Alhakem II, y escribió de orden suya una descripción de su país natal (murió año 370 de la hég., 980 de J. C.). Ahmad Ben-Mohamad Ben-Farag Abi Amrru, de Jaén, difundió en este siglo entre los árabes españoles el gusto a la poesía épica, y rivalizó con los poetas orientales que brillaban en la corte de los Abásides. Sus cantos en elogio de los héroes Omiades componían cuatro volúmenes con el título de «Huerto sembrado de árboles», obra admirable por sus sentencias y corrección de su lenguaje, según un analista andaluz: favorecido y colmado de honores por el rey Alhakem II, fué víctima de sus excesos en la bebida del vino (murió año 376 de la hégira, 986 de J. C.). Es también memorable el laborioso Abdel Malec Ben-Habíb Alzalami; nació en Huétor de la Vega, y murió en Córdoba: escribió mil cien volúmenes; y entre ellos siete de ética, siete de reuniones sagradas, quince de historia y genealogía de los Coraisitas, ocho de Derecho natural, noventa de arte militar y ecuestre, veintidós de la vida de Mahoma, veinticinco de genealogías, leyes y estudios de los árabes y treinta y cinco de astrología (murió año 377 de la hég., 987 de J. C.). También Mohamad Yasadita, de Torox, educado en Granada y Córdoba, floreció como jurisconsulto y filósofo, y escribió con la mayor corrección varias obras, que legó en su testamento a la biblioteca del rey (murió año 303 de la hégira, 915 de J. C.). La luz y el esplendor de las ciencias vióse casi extinguido durante el período miserable que trajo consigo la disolución del imperio de los Abderramanes: sin embargo, los príncipes Zeiritas de Granada, algunos de los Hamudíes malagueños, y sobre todo los Moez Daulas de Almería, conservaron vivos los destellos de aquella civilización combatida por una anarquía sin término, precursora del desaliento y la barbarie. Jusef el Almoravide, el héroe del desierto, el perfido amigo y destructor de estas dinastías respetó a los moros ilustres que Abdalá Ben-Bálkin de Granada y los príncipes de Almería protegieron en sus estados: los honró, los llamó a su lado, los trató como amigos y los consultó como oráculos. Así brillaron Malec Ben-Ahmad, de Almería, jurisconsulto elocuente y autor de un comentario al código de las Tradiciones (murió año 436 de la hég., 1044 de J. C.): Abdalá Ben-Mohamad, de Málaga, escritor ameno y amigo íntimo del rey Bedici Ben-Habuz de Granada (murió año 440 de la hég., 1048 de J. C.); el erudito jurisconsulto Alí Ben Taubet, de Granada y cadí de ella (murió año 447 de la hég., 1055 de J. C.): el historiador Said Ben-Ahmad Abu Cacim, de Almería, cadí de Toledo, autor de la historia de España y anales de los mahometanos (murió año 462 de la hég., 1070 de J. C.); el viajero Ahmad Ben-Omar de Almería, que habiendo escuchado las alabanzas de los literatos célebres de las escuelas orientales, partió al Asia, recorrió las academias de Damasco y de Basora, y regresó a su patria dando a luz muchos y muy eruditos volúmenes de antigüedades arábigas (murió año 478 de la hég. 1085 de J. C.); el mismo rey Abdalá Ben-Balkin, rival de los ingenios más ilustres de su época (fué destronado por Jusef el Almoravide en año 483 de la hég., 1090 de J. C.); Malec Ben-Mohdhel, de Granada, jurisconsulto, orador y poeta (floreció año 474 de la hég., 1091 de J. C.); el matemático Abderramán Alhaqueri, de la Guardia, junto a Jaén (murió año 486 de la hég., 1093 de J. C.); y por último, Mumel, el gran ministro de Abdalá y de Jusef el Almoravide, bajo cuya dirección y por cuyos sabios consejos fué hermoseada Granada con jardines y obras de utilidad permanente (murió año 402 de la hég., 1088 d J. C.)

»La dominación de los Almoravides y Almohades se ha considerado hasta el día como una época de barbarie, en la cual los campeones y soldados de África sin dar treguas a la civilización, sumieron la Andalucía en un oscuro abismo. Sin embargo, al consultar las historias arábigas, y al hallar muchas y muy curiosas noticias de obras de ingenio, trabajadas durante este período, resulta inexacta semejante aseveración y vindicada cumplidamente la memoria de aquellas dos razas formidables. Los granadinos pueden jactarse de que en el siglo que los anales de Europa nos representan más tenebroso, fueron sus ciudades el asilo de las ciencias y de las artes: los moros feroces se aficionaron a ellas tal vez inspirados por el bello clima que mitigaba su rudeza y les convidaba a gustar los placeres de la vida, entre los cuales entran por mucho la lectura y la dulce meditación.

»Florecieron al principio del siglo los malagueños Abderramán Ahchaili, poeta, teólogo y anticuario (nació año 507 de la hég., y 1113 de J. C.), y Abderramán Abu Said Alsahili, doctísimo, según Al Kattib, y autor de diversas obras; entre otras una biografía con el título de Prado nuevo, un comentario del Korán y un libro casuístico; establecido en Marruecos, explicó jurisprudencia mucho tiempo, y falleció abrumado de años y colmado de riquezas (nació año 509 de la hég., 1115 de J. C.; murió año 581 de la hégira, 1185 de J. C.). Mereció altas dignidades, y la muy singular de secretario del califa Alí, hijo de Jusef el Almoravide, el poeta, jurisconsulto y orador granadino, oriundo de Alcaudete, Abderramán Almoaferi: fué insigne por su aplicación a las ciencias y a las artes; construyó en Granada suntuosos baños y un templo, y obtuvo el gobierno de Tortosa, donde dejó memoria suya en grandes y suntuosas obras. Acometido de grave enfermedad en Sevilla, vino a Granada conducido en una litera, y expiró en los brazos de sus amigos y parientes (murió año 518 de la hég., 1124 de J. C.). Floreció también el granadino Abdel Menez Ben-Mahomad Ben-Alfaraz: dotado de superior talento, aventajó en breve a sus mismos maestros y a los más acreditados doctores; nombrado gobernador de Guadix, de Jaén y de Granada, se aplicaba en ratos desocupados a sus favoritas tareas literarias: fueron el fruto de sus trabajos un libro de los jueces, compuesto a los veinticinco años de edad, un compendio de ordenanzas reales, un opúsculo del arte silogístico y unas cuestiones gramaticales en forma de diálogo entre académicos de Basora y Cufa; escribió además un libro apologético contra el cristiano don García, y varios poemas; él mismo compuso el epitafio para su sepulcro, que decía: «Salud, oh pasajero, que miras compadecido mi sepultura; considera que »no soy solo el que en estos parajes yace convertido en polvo; tú lo serás también; infeliz aquel que sin »consideración de la hora final no atiende a la eternidad, y sí a los caducos bienes mundanos: la vida del »verdadero creyente es semejante a la del soldado, que milita, vence y sale ileso.» (Nació año 524 de »la hég., 1129 de J. C.; murió año 597 de la hég., 1200 de J. C.). Los doctores granadinos AliBen-Kalaph Albedici, Alí Ben-Doric, gramáticos (florecieron por los años 528 de la hég., 1133 de J. C.), y Abdalá Ben-Sahl, conjurador de maleficios; éste residió largo tiempo en Baeza desde donde sostuvo polémicas sobre religión con clérigos y doctores cristianos (murió año 540 de la hég., 1145 de J. C.); Mohamad Ben-Masud Albaschini, de Jaén, gramático insigne, residió en esta ciudad, en Quesada y Jódar, desempeñó cátedras de humanidades y escribió varias obras (murió año 545 de la hég., 1150 de J. C.). Mohamad Ben-Alamad Alhassa, granadino, humanista y teólogo, comentó el código de las Tradiciones (murió año de 553 de la hég., 1158 de J. C.). También el bello sexo cultivó las letras; como María, hija del caballero Abraham Ben-Albophayel, tan entendida en literatura como diestra en la música (murió año 555 de la hég., 1159 de J. C.); Mogia, poetisa, de ilustre cuna (se ignora el año de su muerte); Mosada, famosa por sus conocimientos históricos (murió en Granada año 593 de la hég., 1190 de J. C.), y Lelia, célebre por su hermosura y su talento (se ignora el año de su muerte); todas cuatro granadinas. Omar Ben-Abdelmagid, de Ronda, se hizo también memorable; escribió una obra de gramática dividida en tres partes, en las cuales analizaba todo el mecanismo de la lengua árabe; escribió además una biblioteca arábigo-hispana, que dejó sin concluir arrebatado por temprana muerte (nació el año 547 de la hég., 1152 de J. C.; murió año 616 de la hég., 1219 de J. C.). Abdalá Ben-Favid Alansari, malagueño, literato insigne, obtuvo cargos importantes en Sevilla y Granada (nació el año 548 de la hég., 1159 de J. C., murió año 612 de la hég., 1215 de J. C.). El más erudito, el más sabio y honrado de los escritores de este siglo fué Mohamad Ben-Abdel Wahed Algaphéki, de la Malá; libre en esta aldea del ruido y turbulencias cortesanas, pasó su vida dedicado a tareas literarias; escribió una historia de los hombres ilustres de la comarca de Elvira, otra genealógica, una biblioteca de académicos granadinos, un libro de cuarenta narraciones o cuentos y un tratado de las excelencias del Corán (nació año 549 de la hég., 1154 de J. C.; murió año de 619 de la hég., 1222 de J. C.). Mohamad Ben-Abdelaxis Ben-Ayaceh, de Purchena, ocupó un lugar preferente en las escuelas de Granada, donde siguió sus estudios: se granjeó en breve gran nombradía por su erudición, su laboriosidad y su agudeza y prontitud en las composiciones poéticas; los príncipes Almo-

hades le colmaron de honores y le nombraron gran visir: su destino sirvió para demostrar la benignidad de su carácter: dulce y afable, desarmaba a sus enemigos con beneficios y les enseñaba con magnanimidad a perdonar los agravios; sus maestros Ali Abdalá, de humanidades, Albulcasim, de dialéctica, y Ben-Hoasch, de Derecho civil, fueron remunerados por las influencias de tan esclarecido discípulo; los príncipes Almohades llevaronle consigo a Marruecos, donde celebró en un elegante poema la elevación de esta dinastía y la decadencia de la Almoravide (nació año 550 de la hég., 1155 de J. C.; murió en Marruecos año 618 de la hég., 1221 de J. C.). Fueron también insignes Mohamad Ben-Ali Ben Jusef Alumul, malagueño, autor de los anales de Málaga (floreció por los años 552 de la hég., 1155 de J. C.) y los granadinos Ali Ben-Ibrahin Ben-Alcaphas, que compendió los anales de Ben-Hayan, y Ali Ben-Alcabri, doctor célebre y profesor de jurisprudencia civil y canónica, autor de muchas obras místicas: murió en el camino de Guadix (florecieron ambos por los años 557 de la hég., 1161 de J. C.). Mohamad Ben-Kalaph Ben-Muza, de Elvira, gran teólogo, jurisconsulto y médico, refutó las obras del filósofo Algacel; comentó el Corán; escribió un tratado de Dios y de Mahoma; explicó la doctrina de las cuatro sectas mahometanas; explanó además algunas opiniones de Averroes; y publicó, por último, un libro de medicina sobre enfermedades de la vista y un comentario a las obras canónicas de Ben-Malec (murió año 557 de la hég., 1161 de J. C. Fué sobresaliente el ingenio de Mohamad Ben-Ahmad Abu Abdalá, de Guadix; retórico, poeta y sobresaliente músico en Almería; escribió aquí un arte poética y un libro sobre el mecanismo de la música; inspirado por una bella cristiana de nombre Leonor, celebró dignamente su hermosura, y se quejó de su ingratitud en tiernas endechas (murió en Granada año 561 de la hég., 1165 de J. C.). Mohamad Ben-Abderramán el Gazanita, granadino, escribió un curioso libro sobre el origen del Nilo, una obra filosófica y algunas biografías de árabes ilustres (floreció por los años 568 de la hég., 1172 de J. C.). También merecen singular mención los granadinos Yahia Ben-Alsaiphari, que escribió una historia de los Almoravides continuada hasta el año 569 de la hégira (1173 de J. C.), otra que contenía las hazañas de varios reyes de España, y un poema en elogio del príncipe Taffín (murió año 570 de la hég., 1174 de J. C.), y Abderramán Abu Giafar Ben-Alcasiri, escritor erudito y laborioso; fué discípulo de Averroes e individuo de la academia cordobesa; escribió la historia natural y literaria de Granada en varios tomos, un tratado de Derecho español y otro gramatical sobre el uso de las palabras y especialmente de las anfibologías: este insigne granadino pereció en un combate naval con los cristianos a vista de Túnez (año 576 de la hég., 1180 de J. C.). Mohamad Ben-Alborac, natural de Guadix, como el anterior y contemporáneo suyo, se hizo célebre por sus diversas obras; entre ellas fueron notables una de poética, titulada «Belleza de los pensamientos y espejo de cosas memorables»; un opúsculo sobre la sociedad y la amistad; otra obra sobre elegancia del lenguaje, titulada «Huerto plantado de árboles»; un poema sobre la excelencia del mes de ramadán; otro en elogio de Mahoma; una historia de los Omiades, y unos anales de España (murió año 596 de la hégira, 1199 de J. C.). Por último, el malagueño Mohamad Ben-Ali Altagibita Ben-Addrah se hizo recomendable entre todos los escritores de su siglo por la amenidad de su doctrina y buen gusto de sus estudios; aunque ocupado por los príncipes Almohades, que residían en Granada, en la cobranza de los tributos, no interrumpió por ello sus estudios amenos; escribió entre otras obras un compendio de los libros de canciones del celebérrimo músico Alasphan, y la refutación de un libro publicado en árabe por un cristiano de apellido García, en que se vulneraban los dogmas de la religión mahometana (murió año 602 de la hégira, 1205 de J. C.).

«El siglo XIII comenzó bajo siniestros auspicios para la raza muslímica de España. Los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, y la caballería de las Órdenes vengaron en las Navas de Tolosa las devastaciones y reveses con que los habían afligido por espacio de un siglo los Almoravides y Almohades. A esta sangrienta batalla sucedieron las calamidades de una guerra civil y religiosa, y la conquista de Jaén, Córdoba y Sevilla por San Fernando. Las ciencias y las artes habrían desaparecido envueltas en la ruina común, sin la instalación de Alhamar en el trono de Granada. La resistencia que en este reino opusieron los árabes como su último asilo, hizo que se depositaran en él los tesoros de una sabiduría vilipendiada y tenida en poco por los vencedores, a pesar de la ilustración del Rey Sabio, empeñado en luchar con las antipatías de su siglo. El catálogo de moros ilustres es tan extenso e interesante como el de los anteriores. Saleh Ben-Yezid Ben-Schoraiph, de Ronda, fué uno de los ingenios más celebrados por los árabes de su siglo; poeta, orador, jurisconsulto, teólogo, cultivó sus diversos estudios con éxito feliz. La indicación de algunos de sus escritos bastará para revelar la generalidad de sus conocimientos. Compuso un libro de juicios canónicos y forenses, un tratado de metro y rima, unos ensayos poéticos en doce partes dedicados a los académicos malagueños, un opúsculo sobre las revelaciones del arcángel Gabriel, una descripción de una doncella de sonrosada y honesta mejilla; tres poemas y varios epigramas agudísimos (nació año 601 de

la hég., 1204 de J. C.; murió en Granada año 682 de la hég., 1285 de J. C.). Malek Ben-Alfaraj Ben-Almorhal, malagueño, de ilustre familia; era hijo de Ali Abderramán, caballero riquísimo del Puerto de Santa María, que habiendo emigrado de esta población conquistada por los cristianos, se estableció en Málaga y educó a su hijo en los colegios de esta ciudad; el joven Malek brilló en breve como poeta y orador elocuente; publicó algunas obras, de las cuales merecieron singular aceptación dos de retórica y poética. Este ilustre literato tomó parte en contiendas políticas, fué gobernador de la Alpujarra y construyó un castillo en Escariantes no lejos de Berja (nació el año 604 de la hég., 1207 de J. C.; murió año 699 de la hég., 1209 de J. C.). Mohamad Ben-Abderramán Ben-Alkiteb, granadino, aunque originario de Guadix, escribió dos tomos de matemáticas y humanidades; gobernó durante algunos años la provincia de Granada con beneplácito general; siendo cadí de esta ciudad, construyó una soberbia basílica para administrar justicia, y reforzó el puente de Genil, invirtiendo en esta obra cuatro mil áureos (murió año de 607 de la hég., 1210 de J. C.). Florecieron además Mohamad Ben-Alimad, de Jaén, que estableció en los Vélez junto a Lorca, fué preceptor de gramática y retórica y publicó además una obra de aritmética. Alí Ben-Alimad Abulkassim el Gazanita, de Guadix, jurisconsulto, orador y poeta, que comentó las obras canónicas del doctor Ben-Malec en diez tomos, y escribió varias obras filosóficas, y un tratado de los nombres de Dios. Abdalá Ben-Hassan Alansari, de Málaga, poeta, intérprete del Korán y catedrático de retórica y poética en Granada; aprendió en Málaga la gramática con el filósofo Alí Zeydun, en Granada la retórica y poética con Jiafar Ben-Alhaken, y la filosofía con Yaluo el madrileño; publicó varios libros de retórica y poética. Abdalá Ben-Solimán Ben-Atanthalla, de Granada, muy honrado por los príncipes Almohades por su erudición, su elocuencia y su sagaz y agudo ingenio para adquirir conocimientos, visitó las escuelas de Murcia, Valencia, Játiva, Almería, Córdoba, Sevilla y Málaga, y obtuvo cargos importantes, y falleció en su patria. (Estos cuatro murieron desde el año 607 de la hég. hasta 612, 1215 de J. C.). Murió hacia este tiempo en Granada Abdel Melik Abu Meruan, de Almería; viajó por Oriente, conferenció con los sabios más ilustres de aquellos países, y habiéndose embarcado para España con una rica colección de manuscritos árabes, perdió su libertad y sus tesoros a la vista de Málaga, donde su nave fué apresada por otra cristiana; rescatado luego murió en Granada. Fueron también ilustres Mohamad Ben-Sandat, de Almería, poeta y académico; cautivado con su hijo por los cristianos, murió en la desgraciada condición de esclavo: Nazar Abu Omar el Gafequí, jurisconsulto e historiador, explicó Derecho en Quesada, donde fué cautivado por los cristianos en el año 1224 de J. C.; rescatado luego murió en Lorca; Zahui Alhamita, de Málaga, gran controversista y defensor de la secta mahometana; Mohamad Ben-Alkamad, de Vélez, doctor y poeta, autor de la obra titulada «La suficiente»; y por último, Alí Ben-Omar Alcabzaní, de Baza, eminente poeta y jurisconsulto, explicó jurisprudencia en Granada y fué asesor de su tribunal. Florecieron a fines del siglo XIII y algunos años del XIV Mohamad Ben-Jusef Abu Hayan, de Granada; fué el más sobresaliente de los gramáticos de su tiempo y un jurisconsulto esclarecido; concluyó sus estudios en la academia de su patria; abatido y pobre partió al Cairo, donde vivió con decoro explicando retórica; comentó las obras canónicas del doctor Ben-Malec y el Korán, y compuso una gramática (nació este escritor, uno de los más ilustres de su siglo, el año 652 de la hég., 1254 de J. C.; murió en el Cairo año 745 de la hég., 1344 de J. C.); Mohamad Ben-Rubil, se hizo célebre en su tiempo por sus conocimientos en medicina, poesía y jurisprudencia; el rey Mohamad II, hijo de Alhamar, cerciorado de su mérito y de sus curaciones maravillosas, le nombró médico de cámara. El murciano Abi Giafar al Racuthi, famoso en aquel siglo, fué su maestro de física experimental, y el sevillano Abul Hacem Ben-Alsayeh de humanidades; era tal la filantropía de Ben-Rubil, que visitaba a los pobres no sólo administrándoles sin retribución los socorros del arte, sino dándoles limosna para aliviarlos en su indigencia; algunas observaciones hechas con ligereza ante los cortesanos sobre la causa ocasional de la muerte del rey, fueron origen de una persecución acerba; preguntado por algunos criados sobre el alimento que debía suministrarse al moribundo, respondió: «Vosotros le habéis acelerado »su muerte con nocivos manjares, tal vez de acuerdo con el sucesor.» Esta imprudencia le acarreó la prisión, la pérdida de sus bienes y el destierro de Granada por tres años; mitigado el enojo de sus perseguidores, regresó a la corte y recobró sus bienes; publicó dos obras de medicina y botánica, una descripción de Granada y una cronología de sus reyes (nació año 654 de la hég., 1256 de J. C.; murió año 730 de la hég., 1329 de J. C.). Mohamad Ben-Aliatim, de Almería, literato ilustre, explicó humanidades en Canjayar, y estimulado luego por el deseo de oír a los literatos árabes, viajó por la España, el África y el Asia; publicó un análisis de sus doctrinas y unas curiosas biografías. Omar Ben-Alí Alcanita, de Granada, literato y militar, concibió hastío del mundo, fundó un monasterio, y en él vivió dedicado a místicas contemplaciones; por resultado de ellas escribió un tratado de vida monástica y algunas poesías religiosas. Abderramán Ben-Alakin, de Ronda: era éste un caballero ilustre y opulento; se hizo insigne por

su piedad y por haber distribuído su hacienda a los pobres, y haberse apartado del comercio humano para entregarse al estudio y contemplación. Mohamad Alsahali, malagueño, descendiente de familia ilustre; joven, fué un modelo de piedad y virtudes; en edad provecta un monstruo de disolución y de impiedad; sus pasatiempos insanos no pudieron apartarle del cultivo de las ciencias, ni de la publicación de muchas obras elocuentes y profundas. Muhamad Ben-Alarbi, nació en Alhama la Seca, y se hizo notable por su aplicación, su modestia y la pureza de sus costumbres en los colegios de Almería y Granada; explicó tres años retórica en Ceuta, y de regreso a su patria enseñó jurisprudencia, y compuso varios tratados de esta materia. Abi Ben-Muza, de Alcalá la Real, viajó por África y Asia; escribió una historia natural y literaria, una biblioteca granadina, y una historia de anécdotas españolas. Mohamad Ben-Mohamad Ali Abdalá, de Vélez, poeta y singular humanista, se hizo notable por una perseverancia tal en el estudio, que pasaba embebido en la lectura y escritura días enteros; gastó muchas sumas en formar una biblioteca, con que después se formó una pública. Ali Ben-Alfan, de Guadix, jurisconsulto e historiador, fué gobrenador de Almuñécar, escribió unos anales granadinos y un comentario al poema de la medicina de Avicena. (Los ocho últimos florecieron a fines del siglo XIII y en los primeros años del XIV.)

»El siglo XIV los ingenios del país granadino, protegidos por reyes ilustrados, difundieron los conocimientos y multiplicaron los libros de historia, de teología, de jurisprudencia, de agricultura y artes: así lo prueban sus biografías y el catálogo de sus obras. Mohamad Ben-Cacin Kazragita, malagueño, humanista, médico y poeta elegante, se estableció en Fez, donde desempeñó destinos muy honrosos: era habilísimo en juegos de ajedrez y en caligrafía, pero de un carácter iracundo e insociable.

»Mohamad Ben-Abdalá Ben-Levi, de Almería, descendiente de ilustre familia; se educó en los colegios de Granada, y admiró por sus rápidos progresos; pasó al Cairo y perfeccionó sus estudios bajo la dirección de Ben-Hayan, el célebre literato ya referido; compuso varios poemas y entre otros uno muy elegante sobre las guerras de Granada: falleció en esta ciudad. Ali Alchesteri, nació en Schater junto a Guadix, ilustre por su piedad y doctrina, publicó una obra sobre la conducta y creencia de todo mahometano, otra de los indicios para la vocación de la vida monástica, varias epístolas y poemas; viajó por Oriente, y murió en Damieta. Abdalá Alhamari, de Guadix, fué según el historiador Abul Barrah, un caballero tan docto como rico; desempeñó en Almería el cargo de recaudador de los tributos, se avecindó luego en Granada, y compuso diversos poemas en elogio de Mahoma. Mohamad Ben-Fatis, malagueño, médico insigne y humanista; murió en Lorca. Mohamad Alansari, de Málaga, músico y poeta agudísimo, fué muy favorecido del rey de Granada por sus singulares prendas. Mohamad Ben-Kalaph el Caisita, de Almuñécar, médico afamado y poeta elegante; fué tal su acierto en el arte de curar, que el rey de Granada le nombró médico de cámara; compuso varios epigramas en elogio de algunos de sus compañeros, entre los cuales cita a Ben-Jarur, judío granadino, a Abi Zafar, sevillano, a Abul Hasbag, de Valencia, y a Abi Taleb Gabel, de Segura. Mohamad el Seguri nació en Segura, fué médico del rey de Granada, escribió varios tratados de medicina y física experimental y otro de los errores del médico. Iza Ben-Mohamad Abu Muza, nació en Loja, fué médico de los reyes Nazar y Abul Walid, y escribió una obra de medicina en varios tomos, titulada «Clave para conservar la salud». Abdalá Ben-Said el Sanegui, escritor elegante, gobernador de Granada, Ronda y Málaga, escribió una obra jurídica con el título de «Vía regia». Mohamad Almarraschi, de Almería, joven de gentil apostura y de genio extraordinario, además de la medicina que profesó con aprovechamiento singular, compuso un arte magna, en la cual aparecía en forma de árbol genealógico las diversas ramas de ciencia y artes, y las principales invenciones del espíritu humano. Mohamad Abi Bekre, de Almería, oriundo de Vera, desempeñó en Granada destinos importantes, y compuso dos poemas, uno en elogio del rey Abul Hagiz, y otro del regreso de un hermano suyo, Abil Hacem, de la peregrinación a la Meca. Abdalá Ben-Abil Maged, de Archidona, notable por su ilustración, fué alcaide de esta villa, y falleció en Granada. Mohamad Abi Amer, de Guadix, jurisconsulto, gramático y poeta, que compuso un gran poema en elogio del marino Abi Baher Alarphi por la victoria de Ceuta, en que derrotó a la escuadra cristiana. El granadino Abdalá Ben-Salomón, poeta, jurisconsulto y gramático, autor de varias obras, murió en el cerco de Tarifa. El insigne poeta y gramático Mohamad Ali Abdalá Albun, de Almería, favorecido de los reyes, que escribió las dos obras «Delicias de los huertos» y «Collar de margaritas». Mohamad Alkanani, malagueño, jurisconsulto, filósofo y muy perito en antigüedades arábigas, fué muy amigo de los cristianos y hablaba la lengua de ellos; dejó al colegio de Málaga su escogida biblioteca. Mohamad Alcatib, de Málaga, jurisconsulto y poeta, que murió de la peste que en aquel tiempo desoló a esta ciudad. Ali Ben-Hahi Alphasori, también de Málaga, poeta: murió de la misma peste. Yahia Ben-Ahmad Ben-Hazil Abu Zacaris, noble granadino, descendiente de familia ilustre, poeta, orador, médico, filósofo, jurisconsulto y astrónomo célebre por sus estudios; fué la más útil de sus obras la de «elección de medicamentos y crisis de las en-

fermedades, y algunas observaciones del médico perito»; murió paralítico en Granada. Mohamad Ben-Salvador, de Almería, gran marino e ilustre poeta; murió en Marruecos. Mohamad Ben-Abdalá Abu Amrru Ben-Alhagiagi, granadino, de ilustre familia, orador, poeta, médico y matemático; desempeñó cargos importantes en Loja, Málaga, Almería, Hardales y Granada; fué por último enviado a Egipto y Túnez, donde fué recibido con honor. Mohamad Giafar Albelbas, de Almería, alcaide de Marchena, gramático, médico y poeta; escribió un poema de teología, otro de retórica y un tratado sobre la peste. Abdalá Redun Almahiri, de Málaga, secretario de los príncipes de esta ciudad y ministro sobresaliente, dió reglamentos para la buena policía y gobierno de esta ciudad, y fué muy notable en las ciencias. (Todos los ingenios granadinos del siglo VIII de la hégira florecieron desde los últimos años del reinado de Mohamad III y primeros del de Nazar hasta los de Mohamad V.)

»Antes de dar complemento a este capítulo debemos fijar la atención sobre los estudios y celebridad de algunos judíos de nuestro país en la Edad Media. *Rabinos españoles* empezaron en el siglo XI de J. C. a rivalizar con los árabes en trabajos de filosofía, de jurisprudencia, de medicina, y a sobresalir en sus estudios favoritos del talmud y en investigaciones aéreas sobre magia y astrología.

»Aunque los israelitas se hallaban establecidos en el país granadino desde los primeros siglos de la era vulgar, no cultivaron al parecer las ciencias ni las artes, o si a ellas se dedicaron, el destino enemigo de tan humilde raza, ha destruído casi todos los testimonios de su sabiduría. El foco de la ilustración hebrea no se extinguió con los reveses de la fortuna. Los reinos orientales y principalmente la Persia, conservaron como en depósito los libros y tesoros de la doctrina de aquel pueblo desgraciado, y la academia general establecida en Pombedita, extendió sus comunicaciones a todos los países donde eran tolerados los israelitas. Los judíos andaluces siguieron como satélites el mismo rumbo que los árabes y entablaron en el siglo X de J. C. activas relaciones con sus correligionarios del Oriente; es más, habiendo llegado a Córdoba Rabí Moisés, célebre rabino de Persia, el año 948 de J. C., instituyó una academia que fué la heredera de la de Pombedita, cuyos gobernadores proscribieron a los judíos y cerraron sus aulas.

»Este fué el origen del aprecio que merecieron en Castilla y León y en las cortes de los moros los médicos y doctores judíos.

»Tal era la ilustración del pueblo granadino, a quien han injuriado ciegos y apasionados cronistas, apellidándole bárbaro.»

(5) Los cuentos
y pronósticos tristes propagados
al nacer Abdilá.

«Al nacimiento de Boabdil, los astrólogos, según costumbre, formaron su horóscopo: y el terror y el espanto se apoderaron de sus ánimos al notar los fatales portentos que su ciencia les revelaba. La vana ciencia de la astrología judiciaria era muy común entre los moros; y la supersticiosa costumbre de sacar horóscopos parece haberse observado en el caso que aquí se cita. «¡Alahuakbar!, exclamaron, ¡Dios es grande! Él es quien pone y quita los imperios; en el cielo está escrito que este príncipe ocupará el trono de Granada, pero que en su reinado se consumará la perdición del reino.» Desde este punto concibió contra él su padre una aversión decidida, y fué tan constante en perseguirle que por esto y por la predicción ominosa que le amenazaba, vino Boabdil a llamarse el Zogoiby, o el Desventurado.»

(WASHINGTON IRWING, *Crónica de la Conq. de Gran.*, t. I, c. 7).

(6) De Aixa su legítima sultana.

En el tomo 1.° se escaparon muchos defectos de impresión que he procurado evitar en el segundo, mejora que notará el lector. El nombre de Aixa se imprimió con *j* en los primeros pliegos y así se continuó por no variar la ortografía. Este nombre en árabe es عيشة (Aixa): a esta reina la dieron los moros por su honestidad el sobrenombre de الحرا (la casta), bajo cuyo título es conocida en la historia: عيشة الحرا.

(7) Pálida, lacrimosa, etc.

La leyenda de Alhamar es una tradición granadina: los moros, después de la conquista, creían que la fantasma de este rey se apareció positivamente a Muley Hasan. En las notas del tomo 1.° de mi *Cuento de Cuentos*, cuya publicación seguirá inmediatamente a la de éste, como he ofrecido en mi prospecto, hallará el lector un largo párrafo sobre las apariciones, visiones, espectros, etc.

Fué la reina más grande de la tierra.

(8)

«Dejando por ahora el examen del gobierno de la reina Isabel, para hacerlo después juntamente con el de Fernando, me limitaré aquí a considerar aquellos rasgos más notables de su carácter que nos suministra la historia de su vida.

»Su persona era de estatura mediana y bien proporcionada, tenía el color blanco y sonrosado, ojos vivos y azules y cabello castaño, clase de belleza muy rara en España; sus facciones eran simétricas, y generalmente convienen todos en que era extraordinariamente hermosa. (1) La ilusión con que se suele mirar a las personas de alta jerarquía, y especialmente cuando las realza la afabilidad de su carácter, puede hacernos sospechar que haya alguna exageración en los elogios que tan liberalmente se le prodigan; pero parece que en gran parte están justificados por los retratos que se conservan, en los cuales se encuentra reunida una regularidad exacta en las facciones con una dulzura singular y expresión inteligente y viva.

»Sus modales eran muy agraciados y apacibles, y llevaban el sello de una dignidad natural y de cierta compostura modesta, acompañada de una afabilidad que procedía de la bondad natural de su corazón. No había persona a quien menos se pudiera acercar nadie con indebida familiaridad; mas el respeto que imponía excitaba al mismo tiempo un sentimiento profundo de adhesión y amor. Tenía también gran discernimiento para acomodarse a la situación y carácter particular de los que la rodeaban; se presentaba cubierta de armadura al frente de sus tropas, y no rehuía ninguno de los trabajos de la guerra. Durante las reformas de las Órdenes religiosas visitaba los monasterios de monjas en persona, tomando la labor con ellas y pasando el día en su compañía. Cuando viajaba por Galicia vestía el traje del país, tomando prestadas al efecto las joyas y otros adornos de las señoras de aquella tierra, y volviéndoselas con regalos considerables. Por esta conducta complaciente y atractiva, así como por sus altas prendas, adquirió sobre sus turbulentos súbditos un ascendiente a que jamás pudo llegar ningún rey de España.

»Hablaba la lengua castellana con mucha elegancia y propiedad; tenía facilidad y afluencia en la conversación, la cual, aunque generalmente fuera de carácter serio, a las veces sazonaba con dichos agudos y graciosos, de que pasaron muchos en proverbio: era parca y sobria, y pocas veces o nunca probaba el vino, y tan frugal en la mesa, que el gasto ordinario que se hacía para su persona y su familia no pasaba de la moderada suma de cuarenta ducados. No era menos sencilla y modesta en sus trajes. En las ceremonias públicas desplegaba a la verdad real magnificencia; pero no le agradaba la pompa en su vida particular, y con la mayor generosidad se deshacía de las galas y joyas, regalándolas a sus amigas. Naturalmente de carácter tranquilo, aunque afectuoso, gustaba poco de las diversiones frívolas a que tanta importancia se da en las cortes, y aunque promoviera la concurrencia de cantores y músicos a su palacio, era sólo con objeto de apartar a los jóvenes nobles de los placeres más bajos y menos cultos a que estaban entregados.

»Entre sus cualidades morales, una de las más relevantes era su magnanimidad; ni en sus pensamientos ni en sus acciones había nada pequeño o interesado; sus planes eran vastos y ejecutados con el mismo noble espíritu con que habían sido concebidos; jamás empleaba agentes sospechosos, ni medios torcidos, sino la política más franca y abierta, y rehusaba aprovecharse de las ventajas que pudiera ofrecerle la perfidia de los demás. Cuando una vez había concedido su confianza, dispensaba su apoyo poderoso con la mayor voluntad, y era religiosa en cumplir cualquier promesa u oferta que hubiera hecho a los que se comprometían en sus planes, por más oposiciones que encontraran. Así es que sostuvo a Cisneros en todas sus reformas, imprudentes aunque laudables; favoreció a Colón en la prosecución de su grande empresa, escudándole contra las calumnias de sus enemigos; prestó este mismo amparo a su favorecido Gonzalo de Córdoba. No sin razón el día de su muerte fué sentido por entrambos, como el último de su feliz estrella. Su carácter era tan contrario al artificio y doblez, y tan ajenas fueron estas cosas de su política interior, que cuando las observamos en las relaciones exteriores de España, podemos estar seguros de que no procedían

(1) El cura de Los Palacios dice hablando de la reina: «Fué mujer hermosa, de muy gentil cuerpo, e gesto, e composición.» (Reyes Católicos MS., cap. 201). Pulgar, que fué otro contemporáneo, la alaba diciendo: «El mirar muy gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa» (Reyes Católicos, part. 1, cap. 4). L. Marineo se expresa así: «Todo lo que había en el rey de dignidad, se hallaba en la reina de graciosa hermosura, y en entrambos se mostraba una majestad venerable, aunque a juicio de muchos la reina era de mayor hermosura» (Cosas memorable, fol. 182). Y Oviedo, que tuvo igualmente muchas ocasiones de verla por sus propios ojos, no duda en declarar «que en hermosura, puestas delante de S. A. todas las mujeres que yo he visto, ninguna vi tan graciosa, ni tanto de ver como su persona» (Quinc. MS).

de la Reina. Era incapaz de alimentar ninguna desconfianza ni oculta malicia; y aunque fuera severa en la ejecución y administración de la justicia pública, olvidaba con la mayor generosidad las ofensas, y aun alguna vez se adelantó a llamar a los que la habían injuriado personalmente.

»Pero lo que daba un colorido especial a todos los rasgos de su espíritu era su piedad. Esta surgía de lo más profundo de su alma, con un brillo celestial que iluminaba todo su carácter. Felizmente había pasado sus primeros años en la dura escuela de la adversidad, a la vista de su madre, la cual hizo arraigar y desarrollarse en su espíritu, austero por naturaleza, unos principios tan sólidos de religión, que nada pudo hacerlos vacilar en adelante. Desde sus primeros años, hallándose en la flor de su juventud y belleza, la llevaron al palacio de su hermano; mas la molicie y los placeres de aquella corte, tan deslumbradores para una imaginación juvenil, no fueron poderosos a seducirla, porque la rodeaba, como si dijéramos, una atmósfera moral de pureza, «que alejaba de ella todo lo que pudiera ser contrario a la virtud». Fué tal el decoro de su porte, que, aunque cercada de falsos amigos y de viles enemigos, no pudo recaer la más ligera acusación contra su puro nombre, en medio de aquella corte corrompida y calumniadora.

»Isabel empleó siempre una gran parte del tiempo en la oración privada, así como en ejercicios públicos religiosos; invirtió grandes cantidades en limosnas útiles, y especialmente en la fundación de hospitales e iglesias, y en la dotación, de utilidad más dudosa, de monasterios. Su piedad llevaba en alto grado el sello de aquella natural humildad que, aunque es la esencia verdadera de nuestra religión, se encuentra tan pocas veces, y todavía menos en las personas que por su poder superior y alta categoría parece que se elevan sobre el nivel de los mortales. Hallamos un ejemplo señalado de aquella humildad en la correspondencia de la Reina con Talavera, en la cual su carácter apacible y dócil hace gran contraste con la intolerancia puritana de su confesor. No se crea por esto que queremos decir que Talavera no fuese en el fondo sujeto muy bueno y benévolo; ya hemos dado noticia de su carácter y virtudes. Por desgracia la conciencia de la Reina estuvo a veces confiada a personas de muy distinta especie, y aquella humildad, que, como hemos tenido ocasión de hacer observar repetidas veces, la hacía tener una deferencia tan respetuosa a sus directores espirituales, contribuyó bajo el fanático Torquemada, confesor que había sido de Isabel en sus juveniles años, a las profundas mancillas que hay en su gobierno: el restablecimiento de la Inquisición y el destierro de los judíos.

»Mas aunque éstas sean grandes manchas en su administración, ciertamente no deben tenerse por tales para su carácter moral. Efectivamente, sería difícil condenarla sin condenar a su siglo, porque aquellos actos, no sólo se encuentran disculpados, sino elogiados por sus contemporáneos, tanto, que le hacían creer que eran el mejor timbre de su fama y el título más señalado a la gratitud de su patria. Nacía todo esto del principio que abiertamente profesaba la corte de Roma de que el celo por la pureza de la fe podía hacer disimulables cualesquiera crímenes. Esta máxima inmoral, que descendiendo de la cabeza misma de la Iglesia era repetida de mil maneras por el clero, su subordinado, fué recibida con ardor por el pueblo supersticioso. No debía por lo tanto esperarse que una mujer sola, llena de natural desconfianza de su capacidad en semejantes materias, hiciera rostro a los venerados consejeros a quienes desde la cuna se le había enseñado a mirar como seguros guías y fieles guardadores de su conciencia.

»Por más funestas que hayan sido las consecuencias de la Inquisición en España, los principios en cuya virtud se estableció no eran peores que los de otras muchas medidas que han pasado con bastante menos censura, aun en los siglos de mayores adelantos y civilización. En el siglo XVI y en la mayor parte del XVII ¿estuvo por ventura abandonado el principio de la persecución por los partidos dominantes, ya fueran protestantes o católicos? ¿Había alguno que defendiera el de la tolerancia, como no fuese el más débil? Verdad es que, para servirme de las mismas palabras de Isabel en una carta suya a Talavera, «el imperio de una mala costumbre no puede hacer su apología»; pero debe hacernos mitigar mucho nuestro juicio contra aquella Reina el considerar que, en medio de las imperfectas luces del tiempo en que vivía, no incurrió en error mayor que el que fué todavía común a los más grandes talentos en un siglo posterior y mucho más ilustrado.

»La conducta de Isabel se regía ordinariamente por principios; y cualesquiera que sean los errores de entendimiento que puedan atribuírsele, no se puede negar que siempre procuró con el mayor afán e interés el mejor cumplimiento de sus deberes. Imparcial en la administración de justicia, no hubo ninguna intriga ni cohecho capaz de impedir o dilatar la ejecución de las leyes. Ningún motivo, ni aun el del amor conyugal, pudo inducirla a hacer un nombramiento menos conveniente para los cargos públicos; ningún respeto a los ministros de la religión pudo hacerle aprobar la mala conducta que éstos observaran; y ni aún la deferencia que profesaba a la cabeza de la Iglesia pudo inducirla a tolerar las usurpaciones que intentara contra los derechos de la corona. Parecía también que se consideraba obligada de un modo especial a mantener

íntegros los derechos y privilegios peculiares de Castilla, después de la unión de este reino con la corona de Aragón; y aunque «mientras su voluntad fué ley (dice Pedro Mártir) gobernó de tal manera que parecía que eran una sola la de Fernando y la suya»; sin embargo, tuvo cuidado de no abandonar nunca a manos de su marido las prerrogativas que le pertenecían como Reina propietaria de Castilla.

»Las medidas de Isabel se señalaban por aquel buen juicio práctico, sin el cual los talentos más brillantes pueden producir más males que bienes al género humano. Aunque empeñada durante toda su vida en reformas, no cometió ninguno de los desaciertos que son tan comunes en los reformadores; sus planes, aunque vastos, nunca fueron visionarios: prueba de ello es que vió realizados la mayor parte durante su vida.

»Era muy discreta en conocer los objetos que habían de producir utilidad positiva: desde el primer instante en que se anunció el descubrimiento de la imprenta, conoció su importancia y le dispensó su liberal protección. No tuvo ninguna de las preocupaciones exclusivas y locales tan comunes en sus compatriotas; fué a buscar el mérito y el talento a los puntos más distante de sus dominios, concediéndole generosas recompensas; trajo de otras partes a su país artesanos para sus fábricas; ingenieros y oficiales para la disciplina y adelanto de su ejército, y aun literatos extranjeros, para infundir en sus belicosos súbditos aficiones más cultas. En todas sus medidas de un orden inferior atendía siempre a lo útil; así, por ejemplo, en las leyes suntuarias combatió principalmente las modas y excesos en los trajes, y la ruinosa ostentación a que tan propensos eran los castellanos en sus bodas y funerales. Finalmente, manifestó el mismo buen juicio en la elección de sus agentes, persuadida de que las mejores medidas se convierten en malas, confiadas a manos incapaces.

»Mas aunque la acertada elección de sus agentes fué una de las causas principales del buen éxito de los planes de Isabel, era otra más importante su propia vigilancia e incansable actividad. En los primeros años de su reinado tan ocupados y turbulentos, esta solicitud llegó a un punto que parece increíble: «casi de continuo a caballo, porque hacía de esta manera todos sus viajes, caminaba con tal rapidez, que siempre se la veía en el lugar donde era más necesaria su presencia; jamás la detuvo ni el temporal, ni el estado de su propia salud, y estos incesantes trabajos contribuyeron mucho indudablemente a destruir sus buena constitución».

»Era asimismo infatigable en las ocupaciones mentales: después de haber prestado asidua atención a los negocios durante todo el día, se la veía muchas veces estar despachando toda la noche, y aún le que daba tiempo para reparar los defectos de la educación de sus primeros años aprendiendo el latín, hasta el punto de entenderle sin dificultad por escrito y de palabra, y aun de llegar a adquirir, según el dictamen de un juez competente, ciertos conocimientos críticos en esta materia. Como tenía poca afición a las diversiones frívolas, procuraba descansar dedicándose a alguna de las ocupaciones útiles propias de su sexo; y dió muchas pruebas de su habilidad en este ramo con las ricas prendas de bordados hechos por sus manos que regaló a las iglesias. Tuvo también cuidado de instruir a sus hijas en estas humildes labores, propias de su sexo, porque no creía deshonroso aprender cualquiera cosa que pudiera ser útil.

»Mas con todas sus altas cualidades, Isabel no habría podido llegar al complemento de sus grandiosos designios si no hubiera poseído un grado de fortaleza raro en uno y otro sexo. No sólo tenía aquel valor que consiste en el desprecio de los peligros personales, aunque de éste estuvo dotada en más alto grado que muchos hombres; no sólo el que da fortaleza para sufrir el extremo de los dolores corporales, aunque de éste dió también muchas pruebas soportando los mayores padecimientos propios de su sexo sin exhalar un quejido, sino aquel valor y fortaleza moral con que el ánimo se sostiene en los terribles momentos de desgracia y sacando fuerzas de sí propio desvanece la grandeza de los peligros y comunica su segura influencia a todo lo que le rodea. Esto se vió bien claramente en los turbulentos sucesos de que estuvo acompañada su exaltación al trono, así como durante toda la guerra de los moros; su voz fué la que decidió a no abandonar jamás a Alhama; sus consejos y representaciones obligaron al rey y a los nobles a volver a campaña después de haberse retirado sin alcanzar fruto alguno. A medida que las dificultades y peligros se aumentaban, la Reina multiplicaba sus recursos para hacerles frente. Cuando sus soldados desfallecían bajo las penalidades de algún sitio prolongado, Isabel se presentaba en medio del ejército montada en su caballo de batalla y cubiertos sus delicados brazos con la cota de malla de los caballeros, y en esta forma recorría las filas, y con su valor infundía nuevo aliento en el corazón de los soldados. Cierto es que a sus esfuerzos personales, así como a sus consejos, se debe atribuir principalmente el triunfo conseguido en aquella gloriosa guerra; y el testimonio nada sospechoso del ministro veneciano Navagiero, que estuvo en aquel país algunos años después, prueba que la nación así lo consideraba. «La Reina Isabel, dice, con su genio extraordinario, con su varonil fortaleza y otras virtudes, muy raras en nuestro sexo y aún más en el suyo no sólo fué gran parte, sino la causa principal de la conquista de Granada; era indudablemente señora muy

extraordinaria y virtuosa, y los españoles hablan aún de su reina con más respeto que del rey; por más prudente y extraordinario que fuera ésta para su tiempo».

»Felizmente estas cualidades varoniles no extinguían en Isabel las más dulces que constituyen el encanto de su sexo: su corazón estaba lleno de afectuosos sentimientos para con su familia y sus amigos; cuidó de los últimos años de su anciana madre, y la asistió en sus tristes enfermedades con toda la delicadeza y ternura filial; hemos visto abundantes pruebas del apasionado amor que profesó a su marido hasta el último instante de su vida, aunque este amor no fuera siempre fielmente correspondido; vivió más para sus hijos que para sí misma; y por último, se puede decir que murió por ellos, porque la pérdida de sus hijos y sus aflicciones, y no la edad, le quitaron la vida. Su elevada posición no la hacía insensible a los afectos y sentimientos de la amistad: olvidando las distinciones de su clase, tomaba parte en las felicidades y contratiempos de sus amigos, visitándolos y consolándolos cuando habían sufrido alguna desgracia o cuando se hallaban enfermos, y aceptando en más de un caso el cargo de ejecutora testamentaria. Su corazón estaba ciertamente lleno de amor y benevolencia por los demás. En medio del ardor de la guerra, su espíritu se ocupaba en discurrir algún medio para mitigar sus horrores. Dícese que fué la primera que introdujo la benéfica institución de los hospitales de campaña, y ya hemos visto más de una vez su viva solicitud por economizar la efusión de sangre de sus mismos enemigos; pero no hay necesidad de multiplicar ejemplos de este brillante rasgo de su carácter, porque son muy comunes en toda su vida.

»En estas cualidades apacibles de su sexo, es en lo que más resalta la superioridad de Isabel de Castilla, sobre la ilustre reina de su mismo nombre, Isabel de Inglaterra, cuya historia presenta algunos puntos de semejanza con la suya. Ambas pasaron los primeros años de su vida en la terrible escuela de la adversidad; las dos tuvieron que sufrir las mayores humillaciones de parte de sus más próximos deudos, que debían haberlas amado y protegido; ambas consiguieron sentarse en el trono después de las vicisitudes más contrarias; y una y otra condujeron su reino, durante un reinado largo y glorioso, a un grado de prosperidad a que jamás había llegado. Entrambas experimentaron en vida la vanidad de todas las grandezas de la tierra, y fueron víctimas de una tristeza inconsolable, y las dos dejaron un nombre ilustre que no ha tenido igual en la historia posterior de sus respectivos países.

»Pero fuera de estas pocas circunstancias de su historia, no se encuentra ya semejanza entre una y otra: apenas hay en sus caracteres ningún punto de contacto. Isabel de Inglaterra, habiendo heredado gran parte del genio orgulloso y brusco del rey Enrique, era altiva, arrogante, adusta e irascible, y a estas fieras cualidades añadía profundo disimulo y extrema irresolución. Isabel de Castilla, por el contrario, templaba la dignidad de su categoría de reina con los modales más apacibles y corteses: una vez resuelta, era constante en sus propósitos, y su conducta pública y privada llevaba el sello del candor y de la honradez. Ambas puede decirse que manifestaron una magnanimidad acreditada por haber realizado grandes cosas, venciendo los mayores obstáculos, pero Isabel de Inglaterra era en extremo egoísta, incapaz de olvidar, no sólo una injuria verdadera, sino aún la más ligera ofensa a su vanidad, y en su corazón no tenía entrada la clemencia. Isabel de Castilla, al contrario, sólo vivía para los demás, dispuesta siempre a sacrificarse por el bien público; y lejos de alimentar resentimientos personales, manifestaba la mayor bondad a aquellos mismos que la habían injuriado en lo más vivo, al propio tiempo que su benévolo corazón, buscaba toda especie de medios para mitigar la severidad autorizada por las leyes aun con los culpables.

»Ambas estaban dotadas de extraordinaria fortaleza. Isabel de Castilla se halló a la verdad en situaciones que exigían el ejercicio de esta virtud con más frecuencia y en más alto grado que su rival; pero nadie dudará tampoco que poseía en grado heroico esta cualidad la hija de Enrique VII. Isabel de Inglaterra logró mejor educación y una instrucción más elevada que Isabel de Castilla; pero ésta tenía el saber suficiente para desempeñar con dignidad su alto cargo, y protegió las letras con munificencia. El genio y pasiones varoniles de la de Inglaterra parece que la hacían extraña a las prendas peculiares de su sexo, o al menos a las que constituyen su encanto, porque no estuvo libre de gran parte de sus flaquezas, como de una presunción y deseo de ser admirada, que ni aun los años pudieron corregir; de una ligereza muy libre, si ya no culpable, y de tal pasión por las galas e inoportuna magnificencia en los adornos, que era ridícula y aun repugnante, según los diferentes períodos de su vida en que se entregó a ella. La de Castilla, lejos de esto, se distinguió en toda su vida por el decoro de sus modales y por una pureza que ni aun la calumnia pudo empañar, contenta siempre con el legítimo afecto que pudiera inspirar dentro del círculo de su familia. Bien lejos de que usara de ninguna afectación frívola en los trajes ni en los adornos, iba siempre con la mayor sencillez, y parecía que no daba valor alguno a sus joyas sino en cuanto podían servir para las necesidades del Estado, pues cuando eran útiles para esto las daba con facilidad, según hemos visto, a sus amigas.

»Ambas fueron extraordinariamente prudentes en la elección de sus ministros, aunque la de Inglaterra incurrió en algunos errores en este particular por su ligereza, así como Isabel de Castilla por sus sentimientos religiosos. Estos precisamente fueron los que, reunidos con su excesiva humildad, condujeron a la última a los únicos desaciertos graves que se encuentran en su gobierno. Su rival no incurrió en tales defectos, y estaba muy distante de poseer las apreciables cualidades que conducen a ellos; la conducta de ésta no era regida ni dirigida por los principios religiosos, y aunque fué muralla de la religión protestante, sería difícil decir si en el corazón era más ni menos protestante que católica: miraba la religión en sus relaciones con el Estado, o en otros términos consigo misma, y adoptó medidas para obligar a conformarse con sus planes, poco menos despóticas y casi tan crueles como las que dictó por motivos de conciencia su más supersticiosa rival.

Este rasgo de superstición, que ha cubierto como de cierta sombra el carácter de Isabel, por lo demás hermoso y sin mancilla, podría dar lugar a que se la considerase como inferior en talento a la Reina de Inglaterra; pero para juzgar con exactitud acerca de este punto, debemos considerar los bienes producidos por sus respectivos reinados. Isabel de Inglaterra encontró a mano todos los medios de hacer la felicidad, y se aprovechó de ellos hábilmente para construir con solidez el edificio de la grandeza nacional. La de Castilla creó estos medios; halló las facultades de sus pueblos sumidas en mortal letargo, y les infundió el aliento de vida para hacerles acometer aquellas empresas grandes y heroicas que terminaron con las consecuencias más gloriosas para la monarquía. Cuando los grandes hechos de su reinado se ven desde el punto de vista de la posición que ocupaba Isabel en sus principios, son tales, que aparecen poco menos que milagrosos. También se debe tener presente que el genio varonil de la reina inglesa resalta más de lo que naturalmente era, por lo mismo que estaba tan desprovista de las cualidades dulces de su sexo; al paso que el de su rival, a manera de una fábrica grande, pero bien proporcionada, pierde en apariencia algo de su verdadera grandeza por la misma armonía de sus partes.

»Las circunstancias de la muerte de una y otra, que fueron algún tanto iguales, presentaron la gran diferencia de sus caracteres. Las dos sucumbieron en medio de su regio estado, bajo el peso de un abatimiento incurable, más bien que a la fuerza de ninguna enfermedad física conocida. En Isabel de Inglaterra procedía éste de su vanidad herida del convencimiento profundo de que la había abandobado la admiración con que por tanto tiempo se alimentara, y aun el afecto de la amistad y la adhesión de sus súbditos; y no buscó el consuelo donde únicamente podía encontrarlo en aquella triste hora. Isabel de Castilla, por el contrario, desfalleció bajo el dolor de su tierna sensibilidad por los padecimientos de los demás; y en medio de la tristeza que la agobiaba, volvía los ojos con la confianza de la fe al brillante porvenir de otra vida mejor, y exhaló el último suspiro en medio de las lágrimas y lamentos universales de sus pueblos.

»En esta adhesión, siempre viva y nunca disminuída de sus súbditos, es en lo que vemos la prueba más inequívoca de las virtudes de Isabel. Si sólo atendiéramos a los tiempos sucesivos, en que algunas de sus medidas más desacertadas han hallado favor en España y se han perpetuado, mientras que las más ventajosas han sido olvidadas, podríamos juzgar equivocadamente acerca de su verdadero mérito. Para formarnos exacta idea, debemos atender al testimonio de sus contemporáneos, testigos oculares de la situación en que halló el Estado y en que le dejó; y no encontraremos sino una sola opinión acerca de ella, así en los naturales como en los extranjeros. En efecto, los escritores franceses y los italianos concurren unánimes a celebrar las glorias de su reinado y su magnanimidad, su sabiduría y la pureza de su carácter; sus súbditos la ensalzan «como el ejemplo más brillante de todas las virtudes, y lloran el día de su muerte como el último de la prosperidad y felicidad de su patria»; los que estuvieron cerca de su persona no cesan de manifestar su admiración por aquellas amables cualidades, cuyo poder no se revela completamente más que a los que están en la franca intimidad de la vida privada. El juicio de la posteridad ha venido a ratificar el de los contemporáneos, porque los españoles más ilustrados de nuestros tiempos, aunque no se les ocultan los errores del gobierno de Isabel, y sean más capaces de apreciar su mérito que los de otras épocas menos cultas, dan honroso testimonio de sus virtudes; y al paso que olvidan la elogiada grandeza de otros reyes posteriores, en que suele fijarse la atención vulgar, hablan siempre con entusiasmo del carácter de Isabel, considerándole como más grande que el de todos los otros reyes de su patria.»

(PRESCOTT, *Hist. de los R. C.*).

Es Ponce de León, el caballero
mejor, en fe y en armas el primero.

«El Marqués de Cádiz era de más que mediana estatura, de constitución robusta y bien proporcionada, blanca tez y cabello castaño rojo; manejaba perfectamente el caballo, y era muy diestro en la mayor parte

de los ejercicios de caballería; tuvo el raro mérito de reunir la sagacidad a la intrepidez en la acción; aun que algún tanto impaciente y tardío en perdonar, era franco y generoso, buen amigo y buen señor de sus vasallos.

»Fué muy fiel observante de los deberes cristianos, escrupuloso en guardar las fiestas, y en hacer que se guardasen en todos sus dominios, y en la guerra devoto campeón de la Virgen; era ambicioso de bienes, pero pródigo en derramarlos, y en especial gastaba en embellecer y fortificar sus pueblos y castillos, tanto, que en Alcalá de Guadaira, Jerez y Alanís invirtió, la enorme suma de diez y siete millones de maravedís. Con las damas era cortés como convenía a un buen caballero. Por su muerte los reyes y toda la corte vistieron luto, «porque era caballero muy querido», dice el cura de Los Palacios, y «como el Cid estimado por amigos y enemigos, y ningún moro temió presentarse en la parte del campamento en que ondeaba su bandera.

. . . . . .

»Las que había cogido a los moros en sus batallas se llevaron en su funeral, y «todavía ondean sobre su sepulcro, dice Bernáldez, dando testimonio de sus hazañas, no menos inmortales que su alma». Ha mucho tiempo que las banderas quedaron reducidas a polvo y aun el sepulcro que contenía sus restos mortales fué sacrílegamente destruído; pero la fama del héroe durará en tanto que en España se encuentre valor, constancia, honor o alguna otra de las virtudes de los caballeros.»

(PRESCOTT, *Hist. de los Reyes Católicos*).

(10) De *escucha* haciendo el peligroso oficio.

ESCUCHA.—Centinela que se adelanta de noche a la inmediación de los puestos enemigos para observar de cerca sus movimientos. *(Dicc. de la Acad.)*.

LIBRO QUINTO

(1) لا تحزن فالذى قضى الله يكون

No te desconsueles: lo que está determinado por Dios tiene que suceder.

(2) Y el talismán representaba un áspid.

Un talismán ordinario es la figura o imagen de un signo celeste hecha, impresa, grabada o cincelada en una piedra fina, por un artífice cuya alma esté completamente embebida en su obra, sin ser distraída por pensamiento alguno, en el día y hora en que el planeta en él representado domina en el firmamento, y en un lugar afortunado y durante un tiempo claro y sereno, a fin de atraer sobre el talismán la benéfica influencia del astro dominador. Hay talismanes de mil especies: en el tomo I de mi *Cuento de Cuentos* hallará el curioso más detalladas noticias de ellos.

(3) En ti de un filtro la influencia obra.

FILTRO.—Droga o brebaje compuesto de varios ingredientes a los cuales los libros cabalísticos atribuyen ciertos poderes mágicos. Los hay para quitar el valor, para alucinar, para cambiar el carácter, y los más usados para hacerse amar de la persona sobre la cual se ejerce su poder mágico.

(4) Los hijos y los nietos
De aquella ilustre raza degollada.

Los Abencerrajes, de cuya noble y numerosa familia fueron degollados muchos individuos por el tirano Aben Osmín. Esta leyenda y la de don Pedro Ben Egas el Tornadizo, se hallarán en mi *Cuento de Cuentos*.

LIBRO SEXTO

(1) Los puros versos
de Abú-Taleb-Abdel-Gebar, de Júcar.

Famoso poeta, nacido en este pueblo, de quien hay manuscritos en la biblioteca del Escorial.

(2) Mas escrito tu horóscopo en tu frente.

Horóscopo.—Conocimiento y predicción del destino de una persona, calculado por la posición de las constelaciones en el punto de su nacimiento. En las notas del tomo I de mi *Cuento de Cuentos*, explicaré el modo de hacer los horóscopos, el de tirar las cartas, decir la buenaventura, etc.

(3) La torre de las Infantas.

La descripción de esta preciosa torre y su leyenda se hallarán en el tomo I de *Cuento de Cuentos*.

(4) Larga Zalema Kael.

Zalema: سلامة Salutación, reverencia de los Orientales.

LIBRO SEXTO

CUENTOS DE UN LOCO

EPISODIOS DE MI VIDA

CUENTOS DE LOCO

Episodios de un viaje

CUENTOS DE UN LOCO [48]

EPISODIOS DE MI VIDA

EL EDITOR

Lector, ¿qué es lo que hacer quiso el poeta
cuando escribir imaginó esta historia?
¿Dejar tal vez de su existencia inquieta
a la futura edad una memoria?
¿En su confusa crónica incompleta
su fe o superstición hacer notoria?
¿Predicar a su siglo una fe ardiente
o esculpirle en la faz como un demente?

No sé. Sobre ello cuanto más medito
más en oscuros cálculos me pierdo.
Cosas dice este loco en este escrito
que haber leído en otro no recuerdo;
obra tal vez de un santo, de un precito
tal vez, a veces loco, a veces cuerdo,
su relato es de dudas un abismo;
no se entiende tal vez él a sí mismo.

Acaso sus fantásticas leyendas
de horóscopos y magia y predicciones,
son de un disfraz en que se emboza prendas;
de su locura acaso son visiones,
de su vida las páginas horrendas,
de su fiebre tal vez las invenciones:
su relación a veces horroriza
y a veces de placer el alma hechiza.

Yo, lector, por mi parte te aseguro
que penetrar no pude su secreto;
sin comentarios, aunque le hallo oscuro,
le doy a luz como editor discreto.
Imparcial, al autor dar no procuro
la razón, ni en quitársela me meto;
porque al fin, como él dice, importa poco
dar o no dar con la razón de un loco.

CAPÍTULO PRIMERO

QUE, DIVIDIDO EN DOS PARTES, SIRVE DE INTRODUCCIÓN A ESTA OBRA, Y EN EL CUAL SE PRUEBA QUE LOS LOCOS Y LOS POETAS NO VEN LAS COSAS DEL MUNDO COMO LOS DEMÁS HOMBRES.

PRIMERA PARTE

Epístola dedicatoria al señor DON CAYO QUIÑONES DE LEÓN, *secretario de la legación de S. M. C. en París.*

Bruselas, febrero 21-53.

Cayo, jamás de su memoria el hombre
destierra los recuerdos de la patria,

ni las semillas de la fe en que nace
del corazón voluble desarraiga.
El que la tierra en que nació abandona,
por el fiero huracán de sus desgracias
arrebatado a su pesar, quien de ella
parte de gloria o de placer con ansia,
desventurado aquél, éste dichoso,
huésped allí desde la tierra extraña,
en su bien o en su mal los ojos vuelve
hacia el país donde pasó la infancia.
En nuestra mente virgen las imágenes
de la niñez purísimas se graban,
y el renegado vil y el duro ateo
al Dios de su niñez muriendo llaman.
El huerto do corrimos cuando niños,
el oscuro desván que nos causaba
pavor, la efigie del altar del templo
donde oíamos misa, la dorada
veleta de la torre que se erguía
frontera del balcón de nuestra casa,
la oración que de noche al acostarnos
nuestra madre a decir nos enseñaba,
el antiguo cantar con que en la cuna
nuestra nodriza nos dormía, páginas
son del libro inmortal de la memoria,
bien que a la eternidad se lleva el alma.
Perenne manantial de poesía
son de la vida en la fortuna varia:
el que vive feliz, en su corriente
fresca y salubre con placer se baña;
el que infeliz, abreva su memoria
de sus recuerdos en la fuente amarga:
éste a su triste son vigila insomne,
aquél tranquilo a su rumor descansa;
mas ambos beben con delicia siempre
en el raudal de sus bullentes aguas,
las cuales el país de su memoria,
erial o jardín, regando pasan.
Nuestro espíritu, a sombra de sus zarzos
o en sus bosques de mirtos y de palmas,
sus horas de placer o de amargura
alegre goza o despechado arrastra.
Ese mundo invisible que le cerca,
esas quimeras mil que le acompañan
siempre y doquier, en sueño y en vigilia,
¿qué son? Amigos que a su lado viajan
de la existencia por la senda gota
que de la fuente del recuerdo manan,
ecos que trae al templo de la mente
desde el vergel de la niñez el aura.
El que niega traidor que les conserva,
miente a su corazón, mas no le engaña;
y, espectros vengadores, esperándole
a los pies de su féretro les halla.
El que en su corazón les aposenta
y les cultiva cual preciosas plantas
del jardín de la vida, con su aroma
de la suya los días embalsama,
de ella alumbra a su espíritu el camino
de una fe limpia con la antorcha clara,
y el ser que hubo de Dios, cuando a Dios
[vuelve,
ve que a las puertas del Edén le aguardan.
Cayo, tú que indelebles conservaste
de la niñez las tradiciones santas,
tú, vástago regado con el jugo
de aquella vieja educación que a España
dió nobles, preclarísimos varones
que, sin ciencia tal vez, mas con fe sana,
llevaron sus enseñas vencedoras
a remotas e incógnitas comarcas,
entra conmigo en las tortuosas sendas
del laberinto oscuro de estas páginas,
en cuyo centro encontrarás ardiendo
de mi creencia la escondida lámpara.
Es uno de esos libros cuyo asunto
ninguna antigua crónica relata,
ni escrito pudo ser sino en las hojas

del archivo recóndito del alma:
una de esas sinceras narraciones
que el poeta a sus solas desparrama
sobre el haz de un papel, como semilla
que se siembra al azar sin esperanza.
Acaso va a caer en tierra fértil
y fructifica: acaso cae en árida
e infecunda ladera, y ni aun las aves
por pasto vil a recogerla bajan.
Una de esas leyendas que tan sólo
la fe tenaz de los poetas narra
sólo para creyentes verdaderos
a cuya ciencia humilde la fe basta.
Una de esas historias que se cuentan
a un amigo poeta o entusiasta,
o que a la faz del siglo descreído
desde la cumbre de la fe se lanzan;
desde la cual, sin cólera y sin miedo,
como desde lugar donde no alcanzan
los chicheos del vulgo, se la arroja
cual semilla sobrante en tierra mala.
Obra de quien no mora en este mundo
ni con su siglo va ni con su raza,
sino de otro universo más poético
y más feliz en la región fantástica.
Historia ¡oh Cayo! de esas que no constan
en documento alguno consignadas
y que tan sólo los poetas saben.
¿Quién al poeta se las cuenta? El agua
tal vez de algún arroyo que murmura,
el gemido tal vez de alguna ráfaga,
alguna perezosa golondrina
que vuelve sola en el octubre al África,
tal vez el vuelo, imperceptible casi,
de un insectillo de sonoras alas,
el ruido de la lluvia que se estrella
por el viento impelida en su ventana,
algún silfo invisible que hace lecho
del capullo de alguna pasionaria,
el silencio tal vez de alguna noche
azul, tranquila, trasparente y diáfana,
el son tal vez de las marinas olas,
tal vez el de una amante serenata,
de algún pastor el cántico lejano,
el son de trompa cóncava de caza,
el rumor de las hojas de algún árbol,
el eco que suspira en la montaña,
la exhalación que rasga el firmamento,
el rojizo fulgor de una almenara,
las solitarias ruinas de un castillo,
de una campestre ermita la campana,
la misteriosa cruz de una vereda,
de un perdido bajel la vela blanca,
algún nublado que a lo lejos zumba,
algún torrente que en las rocas brama,
un fuego fatuo que movible brilla,
alguna estrella que perdida radia,
una ilusión tal vez sin faz ni nombre...
¿Quién de la inspiración sabe la causa?
¿Quién conoce el oráculo en que el estro
al corazón de los poetas habla?
¿Quién conoce los seres que producen
esos ruidos nocturnos que se escapan
de entre el tapiz que nuestro cuarto abriga,
del pabellón que envuelve nuestra cama,
del vacío cajón de nuestra cómoda,
de la trémula luz de nuestra lámpara,
del seno, en fin, desierto y silencioso,
del aire sin color de nuestra cámara?
¿Quién conoce la faz de esas quimeras
que en su vacío temerosas se alzan,
vuelan, caminan, ruedan, desparecen,
giran, voltean, gesticulan, danzan,
se aglomeran, se esparcen, se confunden,
se iluminan, se encogen, se dilatan,
ya sobre alas de dragón se ciernen,
ya del techo se cuelgan con sus garras,
ya se hunden a través de los espejos,

ya surgen a través de las mamparas,
ya en nuestra faz ingrávidas se posan,
y huyen por fin ante la luz del alba?
¿Quién sabe si esos seres incorpóreos
que en el espacio de los mundos vagan,
son los que en el cerebro del poeta
de estas historias el relato graban?
Él las lee en su cerebro de repente
por invisible mano y en palabras
misteriosas escritas, e inspirándose,
al idioma del hombre las traslada.
¿Quién excitó su inspiración?—Se ignora.
Tal vez de origen desigual dimanan:
de Dios, las que a su fe nos aproximan:
de Satán, las que de ella nos apartan.

SEGUNDA PARTE

INSPIRACIÓN

> Questioni importanti: ma che il lettore risolverà da se, se ne ha voglia. Noi non intendiamo di dar giudizi: ci basta d'aver dei fatti da racontare.
>
> (ALEX MANZONI, *I prom. Sposi*, cap: VI.)

Loco estoy, me lo dicen los doctores:
yo mismo reconozco mi demencia,
y es inútil buscar pruebas mejores
que las que suministra mi conciencia.
Ya revelado en bárbaros furores,
ya de calma y salud con apariencia,
mi mal existe siempre, y mucho o poco,
el hecho en realidad es que estoy loco.

Réstanme, empero, lúcidos instantes
en cuyos breves rápidos momentos
alumbra con relámpagos brillantes
la severa razón mis pensamientos.
Entonces con placer más firme que antes
hallo en mi corazón mis sentimientos,
y oigo sobre la voz de mi demencia
la poderosa voz de mi creencia.

La voz de un hijo que su prez adora;
que de su fe y su estirpe no reniega,
que no posee la ciencia corruptora
que el siglo actual como torrente anega;
a quien, cual luz de incendio asoladora,
la del siglo no alumbra, sino ciega:
que, cantor de los tiempos que ya han sido,
no vive en la centuria en que ha nacido.

Yo no sé si mis ojos alucinan
sus vacilantes y confusas nieblas:
mas yo veo a los hombres que caminan
perdidos en un caos de tinieblas.
¡Oh tú, por quien los átomos germinan
que al sol conduces y los mundos pueblas,
rey de la creación! ¿Soy yo el demente,
o está loca en verdad la humana gente?

¿Me engañaron mis padres en la cuna
contándome la historia fabulosa
de un Dios que no eras tú? ¿Es la fortuna,
es la ciencia tal vez del Orbe diosa?
¿Hay que tu fe mejor otra fe alguna?
¿Hay luz más que tu luz esplendorosa?
¿Puede la ciencia penetrar del hombre
el profundo misterio de tu nombre?

¿Es verdad lo que escucho y no com-
[prendo
en la noche tal vez de mi locura?
¡Que el mundo ha de seguir sin ti exis-
[tiendo!
¡Que ha de vivir sin ti la criatura!
¿Qué religión es ésta que no aprendo
por más que estudio su leyenda oscura?

¿Qué nueva fe es aquesta cuya tea
no da harta luz para que mi alma vea?

No sé.—Yo aquel que, en tiempo no le-
[jano,
a orillas del humilde Manzanares,
con temblorosa voz y torpe mano
ensayé en mi laúd pobres cantares;
hoy, en pos de la luz, mi castellano
suelo dejando y mis paternos lares,
busco la luz con férvido deseo
y, en medio de la luz, la luz no veo.

«Contempla sus vivíficos fulgores»
me dicen; pero trémula vacila
mi vista; en esta luz otros colores
hay a que no está hecha mi pupila.
Yo echo menos los suaves resplandores
del puro sol de mi niñez tranquila,
y hecho a su dulce claridad primera,
veo el siglo a esta luz de otra manera.

Paréceme que salgo de la infancia,
y que, en mi débil comprensión de niño,
lo que yo creí ciencia era ignorancia,
vil desnudez lo que pomposo aliño,
inodoro vapor lo que fragancia;
cuanto amé no merece mi cariño;
el mundo de hoy lo que soñé no encierra:
otro Dios, otro sol hay en la tierra.

De su fe, de su luz ni de sus glorias
idea no hay en la memoria mía:
alteradas me cuentan las memorias
del Hijo sacrosanto de María;
otros nombres oí y otras historias
que no encuentro en la nueva teología;
esta luz que me anuncian como aurora
las tinieblas de mi alma no colora

¿Ciego estaré?—¡Tal vez!—Llevo per-
[dido
cuanto bien encantó mi edad primera.
Padres, fortuna, patria... todo es ido.
Empieza a encanecer mi cabellera,
y empiézame a faltar cuanto he querido.
Réstame, empero, Dios y mi fe entera;
réstame aún mi aliento castellano;
réstame aún mi corazón cristiano.

De mi salvaje fe la fuerza evoco
para hablar a mi siglo frente a frente.
Enhorabucna téngame por loco:
yo le creo a mi vez sandio o demente.
En buen hora de mí se cuide él poco.
Nada me curo yo dél ni [de] su gente;
a su impudente faz va, pues, mi boca
a escupir la verdad salvaje y loca.

Escucha ¡oh siglo de la luz! el juicio
que ha formado de ti mi fantasía.
Yo no ambiciono hacérteme propicio,
ni a tu favor deber la gloria mía.
Nunca fué a hacer impuro sacrificio
ante tu ídolo vil mi poesía;
primero que inmolarte mi conciencia
permanecer prefiero en mi demencia.

Mi voz de tu poder a las regiones
no levantó jamás a cambio de oro
ni vendidas ni hipócritas canciones;
ni se ha unido jamás al torpe coro
que loa del que vence las acciones,
su dignidad hollando y su decoro;
yo a Dios tan sólo demandando ayuda,
te diré siempre la verdad desnuda.

Oye tu historia como yo la veo
bajo distinta faz, a luz distinta

de a las que el sempiterno cacareo
de tus gárrulos sabios nos la pinta.
Llámante el siglo de la luz; yo creo
que eres, según se escribe, el de la tinta:
que eres siglo de fósforos y globos,
sólo siglo de luz para los bobos.

Hijo del filosófico ateísmo
del pasado este nuestro, himnos a coro
entonó a la virtud y al patriotismo;
mas, renegado vil, su Dios fué el oro,
su ley, su fe, su ciencia fué empirismo,
cínica hipocresía su decoro.
y con la cruz y el látigo en la mano,
padre se hizo llamar y fué tirano.

«¡La ciencia es luz, la libertad es vida!»
dijo la multitud que se vió esclava.
—«¡Sacrílega! ¡Rebelde! ¡Deicida!»
la llamó la ambición que en paz reinaba.
—«¡Guerra!»—gritó la turba enfurecida.
—¡Guerra!—gritó a su vez la ambición
[brava;
y de la libertad y la fe en nombre,
en fratricida lid se empeñó el hombre.

¡He aquí ya a Satanás, que eternamente
de la raza de Adán fragua la ruina,
aparecer! La multitud demente
a quien su ciencia pérfida alucina,
corre tras sus banderas, e insolente,
impía, ciega, audaz, bárbara, arruina,
pulveriza, feroz, inmola insana
cuanto adoraba ayer la raza humana.

He aquí señora universal del mundo
a la revolución. ¡Cuán ancha copa
de dolor amarguísimo y profundo
ha hecho a los hombres apurar! Europa
humea ensangrentada: lodo inmundo
mancha el ebúrneo trono y áurea ropa
de sus proscriptos o difuntos reyes,
y otro poder la rige y otras leyes.

¿Era injusta su ley?—¿Ellos tiranos?
¿Del poder triunfador que los derroca
son santas o sacrílegas las manos?
A la posteridad el fallo toca:
hombre no más, juzgar a mis hermanos
no osa mi corazón, no osa mi boca:
no va la inspiración de los poetas
a la excelsa región de los profetas.

De nueva luz tras de la nueva aurora
doquier la humanidad se precipita,
y a ciegas por doquier hunde y devora
cuanto la nueva luz cree que la quita.
De evangélica en vez, devastadora,
la civilización al orbe agita,
y del incendio y del cañón la llama
la libertad alumbra que proclama.

¡Cuánta noble ilusión desvanecida!
¡Cuánta fe y juventud, cuánta esperanza
justa sacrificadas, cuánta vida,
a servil ambición y a ruin venganza!
¿Dónde no hay ¡santo Dios! sangre ver-
[tida?
¿En qué hemisferio no hay guerra o mu-
[danza?
¿Dónde de lo de ayer existen trazas?
Nuevas las leyes son: nuevas las razas.

Mas sobre el mundo la miseria pesa,
la discordia ante el hombre abre un
[abismo;
la sociedad se agita, a un tiempo presa
de la incredulidad y el fanatismo.

El trueno zumba, el temporal engruesa;
lucha el siglo tenaz consigo mismo:
todo, la luz buscando, lo atropella.
¿Por qué, tras tanto afán, no da con ella?

Dice la sociedad:—«errados vamos».
Dice el legislador:—«leyes haremos».
—«¿Quién nos dará la luz tras de que an-
[damos?»:
—«La civilización».—«Civilicemos».
Y para ver, los tronos incendiamos.
Ya hay luz: mas ¿qué nos falta que aún
[no vemos?
Falta la CONVICCIÓN al sabio insano:
FE es lo que falta al corazón humano.

Sin Fe no hay libertad, ni luz, ni ciencia.
Para hacer de la tierra un paraíso
no es menester alzar la inteligencia
más que lo que el Señor alzarla quiso;
para dorar del hombre la existencia
cumplir el Evangelio es lo preciso:
hermanos para hacer los hemisferios,
templos son menester, no falansterios.

Ni gobierno sin fe jamás radica,
ni hay religión sin fe que no se agote;
y la ley, la virtud hoy se predica
apoyada en el sable o el azote.
Sin fe el legislador su ley publica,
perora sin fe en Dios el sacerdote,
y la fraternidad va por la tierra
pregonando la paz, en tren de guerra.

Siglo de la banal caricatura,
estéril forjador de teorías,
augurador de paz y de ventura
cuando eres monstruo engendrador de
[harpías;
mientras no tengas fe sencilla y pura,
no esperes alcanzar serenos días,
mientras labrando pólvora y espadas
necesites ejércitos y armadas.

Mientras no deje el labrador sus bueyes
en el campo sin guarda; mientras hijas
de la fraternidad, con pocas leyes
tu virtuosa sociedad no rijas;
mientras no duerman sin guardián tus
[reyes
y con fe tus apóstoles no elijas,
tu libertad en feto aun no respira;
tu civilización es aún mentira.

Mientras que en vez de torpes narra-
[ciones
de la novela impúdica y sin ciencia,
no enseñes a tus hijos las lecciones
santas de tu católica creencia,
ni abrigarán virtud sus corazones,
ni alumbrará el saber su inteligencia;
su ilustración será vil empirismo
y su virtud hipócrita egoísmo.

Mientras desde Nembrod a tus guerreros
no des, en vez de fama laudatoria,
el título de nobles bandoleros
que ensangrientan de su época la historia,
no apoyará en cimientos duraderos
el magnífico templo de tu gloria.
Solo, y de caridad y fe provisto,
predicó, no entre lanzas, Jesucristo.

Entretanto a las grandes convulsiones
que causan tus catástrofes y ruinas,
en vano ciega buscarás razones
y aplicarás utopías y doctrinas.
A elevarse o hundirse las naciones

guían, sin tu favor, leyes divinas:
libre de tu insensato poderío
corre de su existencia el turbio río.

La misteriosa historia de la tierra
explican tus políticos en vano:
las teorías que su ciencia encierra
no son más que delirios: el arcano
del tiempo, de la peste, de la guerra,
ve sólo Dios; el hombre es un gusano
que no podrá jamás mirar al cielo
sino a través del polvo de su suelo.

Dios sólo es sabio. ÉL es quien encadena
los días con los días; ÉL excita
la tempestad, y arregla o desordena
los elementos y los pueblos; quita
la existencia y la da; lanza o refrena
el carro de su cólera, y agita
cual las ondas del mar en las naciones
las ondas de sus mil revoluciones.

No hay más poder que el del Señor. En vano
el orgullo del hombre se le opone.
Dios tiene al orbe en su potente mano,
y ÉL solo fin a los principios pone.
Dios está encima del poder humano;
sólo ÉL juzga, posterga y antepone;
Dios es el rey que está sobre los reyes:
Dios escribe su ley sobre sus leyes.

¿Quién contra Dios? Esclavo de su antojo,
sobre el haz de la tierra el tiempo pasa,
y donde fué la flor planta el abrojo;
el valle encumbra, la montaña arrasa,
torna páramo el bosque, erial rastrojo
la mies; su vida a las naciones tasa,
las razas y los pueblos pulveriza
y otras razas y pueblos entroniza.

Adiós ¡oh siglo de la luz! Mi boca
te ha revelado ya las teorías
de mi salvaje fe: mi alma loca
ni ve a tu luz ni vive con tus días,
de ti reniega y tu favor no invoca.
Tú tienes tus creencias, yo las mías;
tú crees que ante la luz rejuveneces,
yo creo que no ves y que envejeces.

He aquí por qué de ti viví alejado,
poeta de los siglos que ya han sido;
ave que a extraño clima han trasladado
y busca y no halla con que hacer su nido;
yo poesía en ti no habiendo hallado,
al tiempo viejo a demandarla he ido;
y a los viejos creyentes corazones
relato nuestra viejas tradiciones.

Por eso de mi ser las facultades
consagro a lo que fué, y en mi memoria
sólo de antiguos tiempos y de edades
pasadas vive la dorada historia.
Deploro las presentes vanidades
mirando al tiempo aquel de fe y de gloria,
y cruzo la centuria de la ciencia
a la luz del fanal de mi creencia.

Otros que ven tu luz, su fe y su aliento
consagren a tu espléndida grandeza,
¡oh siglo! Yo mi ceguedad lamento;
mas no hay en ti ni en mí culpa o torpeza.
¿Quién sabe si al marcarme nacimiento
erró un siglo tal vez naturaleza,
y a este mundo mortal me envió su mano
algún siglo más tarde o más temprano?

Como quiera que sea, en mi garganta
rebosando la voz, la poesía
inflamando en mi ser su llama santa,
voy a dar a los vientos la voz mía
cual de ave loca que perdida canta:
oye ¡oh preclaro siglo! la armonía.
Canta tú del saber la omnipotencia;
yo cantaré mi fe: Dios es la ciencia.

CAPÍTULO II

DE LOS PRIMEROS COMPAÑEROS QUE ME DEPARÓ LA SUERTE EN EL PRIMER PASO DE MI MALA VIDA.

I

Hace ya diez y seis años:
sobre la española tierra
la tempestad y la guerra
indignado enviaba Dios.
La situación era crítica
y ardua: como un torbellino
la revolución política
todo lo arrastraba en pos.

Creencias, ritos, costumbres,
razas, letras, ciencias y artes
tomaban por todas partes
nueva forma, nuevo ser.
Un vértigo irresistible
embriagaba por doquiera
los ánimos: una era
nueva empezaba a correr.

Dos pendones dividían
en dos bandos nuestra patria,
y dos razas acudían
a su parte cada cual;
y ambas para sí invocando
a la justicia y al cielo,
a cubrir de sangre y duelo
iban su tierra natal.

Un viento extranjero, en libros
y pinturas y diarios,
pensamientos incendiarios
nos traía sin cesar,
y sus átomos, lanzados
por campiñas y ciudades,
un germen de novedades
no cesaban de sembrar.

A la luz de un alba nueva
que anunciaba un nuevo día,
diferente aparecía
cuanto fué, cuanto existió:
y cuanto tuvo hasta entonces
contemplando usado y viejo,
cambió el pueblo de consejo
y lo nuevo idolatró.

Creó y dióse nuevas leyes,
libertad y luz ansiando,
y lo antiguo aniquilando
lo empezó todo a innovar.
Era un tiempo de tormenta;
los siglos y las edades
tal vez tienen tempestades
y equinoccios como el mar.

Yo, cual átomo viviente
de la raza innovadora,
vi en lo nuevo nueva aurora
que mi mente deslumbró,
y sorbido por la tromba
de las nuevas teorías,
adoptándolas por mías,
su balumbo seguí yo.

Como al centro de aquel círculo,
como al foco de aquel fuego,
a la corte desde luego
acudir imaginé;
e insensata mariposa,
de la luz vertiginosa
del nuevo astro enamorada,
a su luz me aproximé.

El tranquilo hogar paterno
una tarde abandonando,
cuanto amaba en él dejando,
por los campos me salí;
eché a lomos de una yegua,
y temiendo ser seguido,
por el fondo más tupido
de unos montes me metí.

Al abrigo de lo espeso
de sus recios enebrales,
sus silvestres matorrales
afanoso atravesé:
mas las sendas ignorando
y en sus páramos sin guía,
me faltó la luz del día
y perdido me encontré.

Las tinieblas de la noche
por la tierra se extendieron,
y en mi espíritu surgieron
los fantasmas del pavor.
Me vi a solas cara a cara
con mi Dios y mi conciencia,
y al umbral de la existencia,
mi existencia me dió horror.

Creí oír a cada paso
del desierto entre los ruidos,
de mi madre los gemidos
que por mí rogaba a Dios,
y escuchar creí mil veces
entre el vago son del viento
de mi padre el grave acento
que corría de mi en pos.

Cada rama que en su vuelo
una ráfaga movía,
colosal me parecía
brazo alzado contra mí,
y el perfil de cada tronco
sobre el cielo destacado,
ser fantástico apostado
a atajar mi paso allí.

En la angustia de mi alma
presentóme mi memoria,
de la fábula y la historia,
de la fe y superstición,
las medrosas relaciones
que, escuchadas o leídas,
mantenían escondidas
en mi joven corazón.

Cuanto oí o leí de lúgubre,
maravilloso y horrendo,
fué en mi mente apareciendo
de mi pánico al poder;
de los Amadís y Orlando
relaciones estupendas,
a las cándidas leyendas
del buen padre Nieremberg.

Exaltado mi cerebro
con los cuentos de la infancia,
sucumbió a la extravagancia
del delirio del terror;
y, al poder de mi pavura,
en fantasmas y esqueletos

convertidos los objetos,
me giraban en redor.

Y las peñas y las matas,
los enebros y zarzales,
de contornos infernales
revistiendo su perfil,
se arrancaban de la tierra
donde estaban arraigados,
y danzaban animados
por mi pánico febril.

El balar de las ovejas
recogidas en los cerros,
los ladridos de los perros
que guardaban el redil,
el susurro de las ramas,
de las auras el gemido,
germinaban en mi oído
pavorosos ruidos mil.

Nubarrones descarriados,
impelidos por el viento
del nublado firmamento
sobre el fondo sin color,
como ejércitos de monstruos
el espacio atravesaban,
y los astros entoldaban
con sus alas de vapor.

El rumor que en la hojarasca
al cruzar por su espesura
mi veloz cabalgadura
producía al galopar,
parecíame un estruendo
producido bajo tierra
por la lava opresa hirviendo
de un volcán pronto a estallar.

Yo, cobarde, amedrentado
¡ay de mí! por la pavura,
iba huyendo a la ventura,
sin que en tal desolación
comprendiera que los monstruos
que poblaban tierra y vientos,
eran los remordimientos
del culpable corazón.

¡Insensato! Yo buscaba
en fantásticos poderes
el origen de unos seres
que nacían de mi ser;
ignoraba aún que es el hombre
de miserias un abismo,
que, enemigo de sí mismo,
se las crea por doquier.

Que la aurora que la vida
tiñe en tintas de azul y oro,
es un falso meteoro
de la ciega juventud,
y que el viento de los duelos,
la amargura y desengaños,
traen al alma con los años
el hastío o la virtud.

Yo corría de este mundo
tras la gloria y la ventura,
empezando la amargura
de sus goces a probar;
en mi sed de independencia
yo mi hogar abandonaba,
y, ya libre, suspiraba
por la cárcel de mi hogar.

En aquella aciaga noche,
siempre viva en mi memoria,

comenzó mi loca historia
y mi gloria comenzó.
Al contarlas, mis biógrafos
las contaron puras, bellas:
¡ay de mí!, no saben de ellas
lo que sé tan sólo yo.

Al contar cómo corría
por los páramos perdido,
me suponen conducido
por la gloria y por la fe;
yo, que lloro los errores
a que el genio me ha arrastrado,
de sus flores coronado,
las espinas que dan sé.

¡Gloria! Edén imaginario
que a los necios alucinas,
de tus flores las espinas
nos oculta la ilusión;
ésta al fin desvanecida,
convencido quien te adora,
o se desespera u ora,
desgarrado el corazón.

Yo, a Dios vuelto, de su gloria
me guarezco bajo el manto,
y los himnos que levanto
con fe ardiente y voz audaz,
ya no aspiran a tejerme
una tienda con tus palmas,
sino a inspirar en las almas
una fe pura y tenaz.

Mas ¿dó voy, mísero loco,
por mi cuento descarriado
cual corrí descaminado
por los montes años ha?
Les cruzaba en las tinieblas,
sin amparo y sin camino,
entregado a mi destino,
descorazonado ya.

Sin osar volverme al cielo,
cuya faz me amedrentaba,
sin que viera sobre el suelo
esperanza de solaz,
escuchando los aullidos
de las fieras y alimañas,
con que hería mis oídos
cada ráfaga fugaz.

Aterrado, mas a impulsos
de la fe que en mí vivía,
con la voz de *¡madre mía!*
a la Virgen invoqué:
a mi voz, como evocada,
una luz brilló a lo lejos,
cuyos trémulos reflejos
como un faro saludé.

Arrastrada por su instinto
o por más celeste influjo,
mi montura me condujo
desenfrenada hacia allí;
y aunque ya falto de aliento
casi, y transido de espanto,
cual por virtud de un encanto
a verme entre hombres volví.

Di en un adoar de gitanos;
con mi yegua, en su carrera
ciega, a través de una hoguera
desatinado salté:
su brida asieron cien manos:
cien lamentos, cien aullidos
desgarraron mis oídos,
y caí y me desmayé.

Cuando volví a abrir los ojos,
halléme en una cabaña
cercado de gente extraña
que se ocupaba de mí.
Una desgreñada vieja
con un candil en la mano,
me salmodiaba en gitano
ensalmos que nunca oí.

Y un hombre de faz morena,
ornada de anchas patillas,
me aplicaba a las rodillas
garrote con un cordel.
Yo comprendí con espanto
que a la vida me volvía,
no la eficaz salmodía,
sino el tormento cruel.

El dolor me arrancó un grito,
y entrambos, por mi ventura,
cesaron en la tortura
que me daban a la par:
y al fin, satisfechos ellos
y yo repuesto del todo,
empezóse de este modo
conversación a trabar.

ÉL

—«Señorito, ¿adónde bueno
tan solo y descaminado?
¿Cómo así se la ha enredado
el demonio a su mercé?
Nada tema de nosotros;
explíquese francamente
su mercé; se halla entre gente
leal y de buena fe.

Vamos, no hay de qué asombrarse,
señor: deme acá esas manos
a besar; aunque gitanos
somos hijos de Undivel,
y somos agradecidos,
y yo sé que si hoy mantengo
la pobre vida que tengo,
se la debo sólo a él.

ELLA

—Sí, señorito, bien sabe
mi hijo Ramón lo que dice:
su mercé se tranquilice
y mande como señor;
aquí el agradecimiento
a su mercé es muy profundo,
y le mira todo el mundo
con respeto y con amor.»

Pasaba yo mis miradas
de la gitana al gitano,
y un recuerdo muy lejano
pugnaba por aclarar
en mi memoria; eran gentes
a quienes yo conocía
sin duda, mas no podía
quiénes fuesen recordar.

Vi empero que mi silencio
a ofenderles comenzaba,
mas a anudar no acertaba
la rota conversación:
a pesar de sus protestas
de lealtad y de celo,
no sé qué necio recelo
me embargaba el corazón.

Tal es el hombre: su instinto
la sociedad extravía,
y no le sirve de guía

naturaleza jamás;
cuanto más civilizado,
más ciego y más lejos de ella,
desconoce y atropella
su bien, le pierde quizás.

La bestia más insensata,
una vez agradecida,
jamás el semblante olvida
del amigo o bienhechor;
el perro nunca equivoca
con el amigo al contrario;
sólo el hombre temerario
funda su instinto en error.

Así yo, desconociendo
las señales verdaderas,
de las palabras sinceras
de mis amigos dudé,
y descarriado mi instinto
por mi educación viciada,
por doblez vil y taimada
la sinceridad tomé.

El gitano, más grosero
y menos civilizado
que yo, mas mejor guiado
por su instinto natural,
me perdonó generoso
aquella injuriosa duda,
mi desconfianza muda
interpretando leal.

«Vaya, señorito (díjome),
fuerza es que yo a la memoria
le traiga una vieja historia
que abone mi lealtad.
Yo soy aquel veredero
que en la sierra fusilado
iba a ser, y fué salvado
por su generosidad.

Vea su mercé si puedo
pagar con algo esta vida,
que es deuda que contraída
tengo yo con su mercé;
como su mercé a mí entonces,
estoy pronto hoy a ayudarle,
sin pararme a preguntarle
de sus hechos el porqué.»

Vínome el rubor al rostro
al tiempo que la memoria:
verdad era aquella historia:
cogido en una ocasión
como espía en la montaña,
el jefe de la partida
liberal, le dió la vida
por mi sola intervención.

Dijo el jefe: «por mi parte
que huya y se salve si puede,
yo procuraré que quede
solo: no puedo hacer más».
Fué noche: dejóle atado
su guardián olvidadizo:
le di un cuchillo, y él hizo
en la sombra lo demás.

Deslizóse cautamente
hasta el fondo de un barranco,
y probó que no era manco
llevándose hasta el cordel
y el cuchillo: mas ¿quién prueba
que generoso no quiso
librarme del compromiso
de connivencia con él?

Reconocíle con gozo,
lloré y le tendí la mano;
besóla con el gitano
su vieja madre también:
y puestos los tres de acuerdo
para el porvenir, me dijo
la vieja: «fíe en mi hijo,
señorito, y duerma bien».

Mataron la luz: cerraron
la puerta de la cabaña,
y a mis pies se acomodaron
en un mísero jergón.
Yo era aún un niño: el cansancio
me rindió en breves momentos,
y ahogó mis remordimientos
el sueño en mi corazón.

II

Coloraba el monte apenas
el albor de la mañana,
cuando la tribu gitana
se dispuso el campo a alzar.
Peregrinos incansables,
raza sin patria ni hacienda,
el firmamento es su tienda,
es el páramo su hogar.

Familia rapaz de halcones
al azar encomendados,
cual se acuestan sin cuidados
se despiertan sin afán;
la pródiga Providencia,
como a las aves del viento,
les procura el alimento
por donde quiera que van.

Indómitos moradores
del mundo civilizado,
nunca salen del estado
en que les cupo nacer;
los siglos pasan sobre ellos
sin trocar su faz salvaje;
su vida no es más que un viaje
cuyo fin no quieren ver.

A un mismo tiempo enemigos
de la paz y de la guerra,
vagan libres por la tierra
con ella en guerra y en paz;
ninguna ley reconocen,
por ningún pueblo combaten,
bajo ningún yugo abaten
su independencia rapaz.

Creen que estando al par abierta
para todos la campiña,
el engaño y la rapiña
dan derecho a posesión,
y los bienes, por la tierra
para todos derramados,
con derecho igual gozados
a la par por todos son.

Por doquiera que el descuido
buena ocasión les ofrece,
lo olvidado desparece,
lo perdido halla señor,
y al punto tal metamórfosis
sufre el objeto adquirido,
que ya no es reconocido
por su antiguo posesor.

Su tráfico es la mentira,
el pillaje sus hazañas;
su historia son las patrañas
que de ellos el mundo cree;
su astucia las alimenta,

porque su poder consiste
en el de que les reviste
la supersticiosa fe.

En las viejas de esta tribu
supone el vulgo villano
misterioso, sobrehumano
y satánico poder:
atribuye a su mirada
facultad de hacer *mal-de-ojo*,
y a su envidia y a su enojo
maleficios que temer.

Cree que curan y que hechizan
con ensalmos y conjuros,
que hacen filtros que seguros
la vida y la muerte dan;
que, para usos mil diabólicos,
de niños y de difuntos
con sangre y grasa, hacen untos,
y, en fin, que al sábado van.

Cree que en un juego de cartas
y en las rayas de la mano
abierto el lóbrego arcano
del porvenir las está,
y que cuando una gitana
ha tocado una moneda,
por ella hechizada queda
y que tras ella se va.

Esta vulgar e insensata
supersticiosa creencia,
les condena a una existencia
nómade, errante y rapaz.
La sociedad como infames
de su seno les rechaza,
y ellos conservan su raza
virgen con celo tenaz.

Infamados, mas temidos
tal vez por el mundo entero,
ellos con orgullo fiero
aceptan su baldón *(sic)*,
y si el mundo halla algún dique
que su pertinacia tuerza,
ceden siempre ante su fuerza,
pero sin darle razón.

Desconocidos de todos,
mirados como enemigos,
ellos sólo son amigos
de los que su sangre son;
jamás se mezcla su raza
con más raza que la suya,
y no hay poder que destruya
su raza y su religión.

Oculta profesan una:
tienen ritos, leyes, traje,
costumbres, barrio y lenguaje
aparte de los demás;
no hay raza que más conserve
de su tipo la pureza;
su agreste naturaleza
no se desmiente jamás.

Jamás rompen la barrera
que del mundo les separa:
jamás gitana hizo cara
a quien gitano no fué;
y si a sus pies vino un loco
por una pasión rendido,
abrazó al ser su marido
su profesión y su fe.

Cada tribu tiene un jefe
con poderes absolutos,
quien sin nombres ni atributos

ostentosos es el rey;
contra su poder omnímodo
nadie nunca se rebela;
él manda, y jamás se apela
de los fallos de su ley.

Su elección no admite intrigas:
como egipcio patriarca,
el más viejo es el monarca
por derecho natural;
muerto o ausente el reinante,
quien le sigue toma el mando,
sus derechos consagrando
la obediencia universal.

Con su miseria contentos,
fieros con su independencia,
de su nómade existencia
hacen gala y vanidad;
sin pesares, la alegría,
en sus pechos atesoran,
y fanáticos adoran
su salvaje libertad.

Sus frugales alimentos
e interminable ejercicio,
crían su cuerpo sin vicio
en vigorosa salud:
flexibles, infatigables,
como el gamo y la pantera,
su vida pasan entera
en indócil inquietud.

Como oriundos del Oriente,
perezosos y holgazanes,
aborrecen los afanes
del trabajo corporal;
y jamás labran la tierra,
ni más oficios ejercen
que aquellos que no les tuercen
su inclinación natural.

Crían bestias con las cuales
trafican, cuyo servicio
es útil para su oficio
vagabundo, y su falaz
profesión, mixta de robo,
de comercio y de empirismo,
que practican con cinismo
desvergonzado y sagaz.

Y utilizando la fama
que entre el vulgo les procura,
dicen la buenaventura,
tiran las cartas, y van
por doquiera con sus artes,
sus danzas y sus canticios,
recogiendo beneficios
sin trabajo y sin afán.

De sus bailes y sus cánticos
el son y la poesía,
rebosan una alegría
locamente original,
y el bullicio gitanesco
de una fiesta en sus adoares,
guarda el tipo pintoresco
de su origen oriental.

La hermosura de sus hembras
voluptuosa y expresiva,
por demás provocativa,
es arisca por demás,
y lo ardiente y voluptuoso
de su garbo y de su gesto,
jamás raya en lo modesto,
mas no es lúbrico jamás.

Libre y sin freno en sus gustos,
nunca una moza gitana
va a encenagarse liviana
en venal prostitución;
jamás vende sus caricias
ni da al oro su hermosura;
nunca es mercancía impura
su amor; es una pasión.

Tal es la raza gitana:
la madre naturaleza
bajo su agreste corteza
puso empero una virtud;
una que el hombre del mundo
descuida; una verdadera
virtud que el bruto y la fiera
poseen: la gratitud.

Virtud que innata en su alma
es: como el perro, el gitano
besa sincero la mano
que pan o favor le da:
virtud de toda la raza:
haced a uno un beneficio,
y entera a vuestro servicio
tenéis a su tribu ya.

Tal era la compañía
que me deparó mi estrella;
no sé si hice mal con ella
en ir de mi suerte en pos:
mas con ella entré en el mundo,
y al consignarlo en mi cuento,
ni dudo ni me arrepiento.
¡Que me lo perdone Dios!

Bañaba ya las colinas
del alba la luz de grana,
cuando la vieja gitana
de mi sueño me sacó
diciéndome: «¡arriba, hijo!
que es preciso que vayamos
un poquito lejos»—«¡vamos!»,
despertando dije yo.

Maese Ramón entonces,
dándome un traje gitano,
comenzó con diestra mano
mis cabellos a trenzar;
endoséme yo cual supe
mi gitanesco atavío,
y pasó el antiguo mío
al dominio del adoar.

Pronto fuí otro; mas antes
de salir de la cabaña,
a una operación extraña
me presté, no sin rubor;
la vieja, con no sé qué untos
que componen los gitanos,
dió a mi rostro y a mis manos
mate y cetrino color.

Mis facciones aguileñas
y mis crecidos cabellos,
diéronme pronto con ellos
semejanza singular;
miréme en un roto espejo:
en la imagen reflejada
por él, no pude ya nada
de mí mismo recordar.

Cuando quedó por completo
mi metamórfosis hecha,
dió una vuelta satisfecha
la vieja en redor de mí;
contemplóme un breve instante
el gitano sonriéndose,

y enfrente de mí poniéndose,
me dijo tranquilo así:

—«Ahora, todita su gente
y todita la justicia
de la tierra, dará picia
persiguiendo a su mercé.
Su mercé es todo un pimpollo
de la huerta de Triana:
salga, pues, y en la gitana
familia lo ingeriré.»

Abrió y salimos: el campo
vi ya levantado, y, puesta
su hacienda en las bestias, presta
hallé la tribu a marchar.
Componíanla diez hombres,
siete hembras y seis muchachos,
que de asnos, potros y machos
guiaban un centenar.

Nadie extrañó mi presencia
al parecer, ni la causa
preguntó de ella; una pausa
hubo empero en el rumor
inherente a tal escena,
y Ramón, aprovechándola,
con voz de autoridad llena
les habló en este tenor:

—«Muchachos, mi ahijado es éste:
todito el mundo gitano
lo ha de tratar como a hermano;
la ley lo quiere pescar,
y debemos del mal paso
sacarle: con que ¡al avío!
pongamos tras él el río
en un verbo, y espolear.»

Los hombres con un saludo
de cabeza, breve y mudo,
me mostraron que asentían
el mandato de Ramón;
las mujeres con un poco
descarado atrevimiento,
en palabras de contento
me expresaron su adhesión.

Como yo desfigurada,
mi yegua un mozo me trajo,
y empezamos agua abajo
el Esgueva a bordear:
pronto encontramos un vado:
por él cruzamos el río,
y del monte en lo bravío
nos metimos sin parar.

Aquella especie de *egira*
por en medio de un desierto,
acampando a cielo abierto
y asociado a gente tal,
tenía a los ojos míos
y tiene aún en mi mente,
un no sé qué del Oriente,
pintoresco, original.

¡Pobre loco! En mis delirios
estrambóticos me pinto
tal vez el mundo distinto
de como ha sido jamás;
mas ya es largo este capítulo:
reposa, lector paciente,
que siguiendo complaciente
a mi loca pluma vas.

CAPÍTULO III

DE CÓMO APARECE LA AURORA EN EL PRESENTE LIBRO DANDO PRINCIPIO A UN CUENTO MARAVILLOSO.

Iba el día a expirar. El sol poniente
cerraba el horizonte por ocaso

con cortinas de púrpura, y la luna
alzaba por Oriente en el espacio
su pálido fanal, tendiendo al aire
de su luz nacarina el velo blanco,
cual si del astro rey enamorada
siguiendo fuera el luminoso rastro.
Se anunciaba una noche deliciosa
de primavera: el aire embalsamado
con el aroma del enebro, henchía
el cansado pulmón de aliento sano.
Y la nocturna brisa por las ramas
invisible y balsámica pasando,
oreaba mi faz, dando a la atmósfera
lánguido son, y movimiento manso:
yo la aspiraba ansioso, el laberinto
de mis ideas recorrer dejando
al alma melancólica, y marchaba
con maese Ramón tras sus gitanos.
Cruzando así por páramos y dehesas,
de Castilla en el límite acampamos,
en la loma de un cerro, ante una ermita
dedicada a la Virgen. Del santuario
cuidaba, y de una lámpara que ardía
perenne ante el altar, un ermitaño,
sin otro bien que la limosna santa
recogida en los pueblos comarcanos.
Un huertecillo que acotó con piedras,
una casucha ruin y un pobre campo,
daban asilo y alimento a este hombre
y a unas mezquinas ovejuelas pasto.
Recibiónos alegre el buen santero
como a antiguos amigos, y entretanto
que la cena aprestaban las mujeres,
entre Ramón y yo pasó este diálogo:

ÉL

Ahora que libre su mercé se encuentra
de la gente de ley, hablemos claros.
¿Dónde va su mercé?

YO

Voy a la corte.

ÉL

¿Tiene amigos allí?

YO

Ninguno.

ÉL

¿Acaso
dejó allí amores?

YO

No.

ÉL

¿Qué busca entonces?

YO

Libertad y fortuna. Voy en brazos
de mi destino sin amor ni amigos,
ambicioso de gloria y de oro falto.

ÉL

Pero, en fin, ¿en qué funda su esperanza
para que la fortuna le dé amparo?

YO

En el tiempo y en mí.

ÉL

¿Su mercé piensa
recibir una herencia tiempo andando?
¿Quiere echarse a un oficio o a un comer-
[cio?
¿Tiene alguna invención, tiene algún trá-
[fico?

YO

Ni yo puedo decirte lo que quiero,
ni acertaré a explicarte lo que aguardo.
La miseria tal vez: pero resuelto,
solo a la corte, como ves, me lanzo.

ÉL

No entiendo a su mercé; pero no impor-
[ta,
le serviré leal: a Madrid vamos.
Lo he prometido a su mercé, y de cierto
lo plantaré en la corte sano y salvo;
mas me pesa que allí tan sin recursos...
porque aunque yo le deje algunos cuartos...

YO

Gracias: no están, Ramón, a tus alcances
las razones ni el fin de lo que hoy hago;
mas tal vez este viaje, estas palabras
que en solitaria plática cruzamos,
me sirvan de recóndita vereda
para llegar después a fines altos.
Si puedo conseguir que sea el mundo
lo que yo a solas en mi mente fraguo;
si logro que en un libro reunidos
mis pensamientos...

ÉL

¡Válganme los santos!
Señorito: ya alcanzo lo que intenta
su mercé allá en la corte: echarse a sabio,
meterse a hombre de ciencia, y hacer libros.
¿Pero eso da dineros?

YO

Puede darlos;
pues con un poco de fortuna y genio,
con constancia y con fe, se hacen milagros.

ÉL

Si hace eso su mercé, bien podrán luego
como a tal enseñarle: pero al caso.
Nosotros por dos días a una feria
que hay en redor de aquí nos alargamos:
su mercé, la verdad, como a esta vida
aun no se halla con mucho acostumbrado,
ni del tráfico tiene todavía
la gitanesca charla y desparpajo,
va a verse entre nosotros mal injerto,
haciendo mal papel en el mercado.

YO

Es muy cierto, Ramón.

ÉL

Su mercé puede
quedarse aquí seguro. El ermitaño
le dará la mitad de su vivienda
y yo respondo de él. Tengo a mi cargo
cuidar de su alimento por la tribu,
y le vengo a traer todos los años
dos veces lo que mandan de Triana
los viejos para él.

YO

¿Es un gitano?

ÉL

No: como su mercé, cuando mancebo
anduvo a nuestras tribus agregado
no sé cómo, su historia misteriosa
conocen nada más nuestros ancianos,
y dicen que con ella puede hacerse
un libro: a mí jamás me la ha contado;
yo sólo sé decir que es hombre justo,
sobrio, leal, caritativo y santo.

YO

Pues me quedo con él.

ÉL

Su mercé quede
seguro de que en este despoblado
nadie vendrá a inquietarle. A los dos días
yo volveré por su mercé, y en tanto
pésquele su mercé la historia, escríbala
y démela a leer.

YO

Pierde cuidado,
que como él me la cuente y sea buena,
la has de ver en un libro antes del año.

La cena estaba pronta: alegre círculo
ante un profundo marmitón formando,
nos aguardaban ya con impaciencia
mis compañeros nómades. Cenamos
y dormimos tranquilos: con el alba
a la feria partió con sus gitanos
Ramón, y el buen santero y yo en la ermita,
hospedador y huésped nos quedamos.
Era él un viejo sobre el cual pesaban
de una centuria entera los amargos
recuerdos, y a las puertas del sepulcro
vivía en sus memorias arrobado.
La calma de su espíritu bañaba
su semblante leal, sereno y plácido,
con una afable y paternal sonrisa
que inundaba de luz su rostro pálido.
Su lenguaje castizo, aunque sencillo,
y sus modales graves, aunque francos,
al hombre noble acostumbrado al mundo
revelan a través del burdo sayo.
Le abrí mi corazón: sanos consejos
con acendrada fe me dió llorando,
yo le pedí su historia, de la mía
que le acababa de fiar, a cambio.
Contómela, y a vuelta de esta hoja
te la voy a escribir ¡oh lector caro!
dando una forma regular al cuento
de sus hechos sombríos y fantásticos.
Léela; y si en ella, buen lector, meditas,
yo fío en Dios que su gentil relato
dará música dulce a tus oídos
y a las heridas de tu pecho bálsamo.

LA FLOR DE LOS RECUERDOS

No: como su merced, cuando mancebo
anduvo a nuestras tribus agregado
no sé cómo, su historia misteriosa
conocen nada más nuestros ancianos,
y dicen que con ella puedo hacerme
un libro; a mí jamás me la han contado;
yo sólo sé decir que es hombre justo,
sobrio, leal, caritativo y santo.

YO

Pues me quedo con él.

EL

Su merced quedo
seguro de que en este despoblado
nadie vendrá a inquietarle. A los dos días
yo volveré por su merced, y en tanto
pásquelo su merced la historia, escríbala
y dígnela a leer.

YO

Pierda cuidado,
que como él me la cuente y sea buena,
le juro de ver en un libro antes del año.

La cena estaba pronta: alegre círculo
ante un perfumado cazuelón formando,

nos aguardaban ya con impaciencia
mis compañeros nómades. Cenamos
y dormimos tranquilos: con el alba
a la feria partió con sus gitanos
Ramón, y el buen santero y yo en la casa
hospedador y huésped nos quedamos.
Era él un viejo sobre el cual pesaban
de una centuria entera los amargos
recuerdos, y a las puertas del sepulcro
vivía en sus memorias arrobado.
La calma de su espíritu bañaba
su semblante leal, sereno y plácido,
con una afable y paternal sonrisa.
Su lenguaje castizo, aunque sencillo,
y sus modales graves, aunque francos,
al hombre noble acostumbrado al mundo
revelan a través del burdo sayo.
Le abrí mi corazón: sanos consejos
con acendrada fe me dio Horacio,
yo le pedí su historia, de la cual
que le acababa de fiar, a cambio.
Contómela, y a vuelta de esta hoja
te ya voy a escribir ¡oh lector caro!
dando una forma regular al cuento
de sus hechos sombríos y fantásticos.
Léela; y si en ella, buen lector, medras
yo fío en Dios que su gentil relato
dará música dulce a tus oídos
y a las heridas de tu pecho bálsamo.

LA FLOR DE LOS RECUERDOS [49]

Ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos Don José Zorrilla.—México.

INTRODUCCIÓN Y PROSPECTO

I

La flor de mis recuerdos se da de una [semilla
que en el jardín del alma me puso el Cria- [dor:
el corazón es su árbol: su flor es muy sen- [cilla,
mas brota en ramilletes de inextinguible [olor.
De este árbol misterioso las ramas y raíces
se extienden, del terreno del alma en de- [rredor,
fecundizando, ricos de aromas y matices,
racimos de capullos de la viviente flor.

Sus ramas no dan hojas, producen sólo [flores;
botones inodoros en la niñez gentil,
se abrieron en capullos de espléndidos [colores
cuando empezó a nutrirlos la savia juvenil.
Cargado de follaje y henchido de fragancia,
desarrollóse el árbol en plenitud viril,
y al fin reventó, fruto de su mejor sus- [tancia,
la flor de mis amores entre sus flores mil.

La flor de mis recuerdos, eterna siempre- [viva,
florece en todo clima, terreno y estación:
ni el tiempo la deshoja, ni el viento la de- [rriba:
sus tallos no perecen, pues como el alma [son.
Sus pétalos fragantes contienen una esen- [cia,
la cual, siendo del árbol producto y nu- [trición,
cuando del árbol cae, le da nueva existen- [cia;
pues siempre de recuerdos se nutre el co- [razón.

El genio del poeta bajo su sombra nace:
crisálida adherida a la corteza de él.

Se torna mariposa que de sus flores se hace
la revoltosa amiga, la compañera fiel.
Más tarde entre sus ramas su forma y alas
[deja,
como su pluma el fénix, como el reptil su
[piel,
y tórnase versátil y luminosa abeja
que entre sus flores labra su deliciosa miel.

Entonces afanada, prolífica, sonora,
constante susurrando trabaja su panal,
y en cada flor que liba, la esencia que ate-
[sora
convierte en una gota de bálsamo vital;
y entonces, no encontrando su corazón es-
[trecho
recinto suficiente para tesoro tal,
derrama sobre un libro la miel que hay en
[su pecho,
jarrón lleno de esencia, de inspiración
[raudal.

En este libro frágil arraiga el árbol santo
de los recuerdos míos: él es mi corazón:
yo anido entre sus ramas y entre sus flores
[canto
moriscas serenatas, en cuyo extraño son
mi voz recorre todos los tonos y las claves
que encuentra en la armonía de la ancha
[creación,
desde los dulces píos del canto de las aves
hasta el rugido ronco del rápido aquilón.

Yo soy la rica abeja que labro y atesoro
para verterla luego mi nutritiva miel:
yo soy la mariposa cuyas alillas de oro
desprenden los aromas del nardo y el clavel.
Yo soy aquel poeta cuyo cantar sonoro
acordes acompañan el pastoril rabel,
el caracol marino y el tarabúk del moro,
la lira de la Grecia y el harpa de Israel.

Yo soy, átomo frágil a quien el viento
[mueve,
insecto susurrante que zumba sin cesar,
el trovador errante del siglo diez y nueve
que cruza mar y tierras en brazos del azar.
Yo voy, de mi fe mártir, mas fiel a mi des-
[tino,
los pueblos alegrando con mi pueril cantar,
y por doquiera francos encuentro en mi
[camino
amigos que me esperan y hospitalario
[hogar.

Yo en medio de sus hijos ante su hogar
[me siento,
y con su vaso bebo, y como de su pan;
me cuentan sus pesares y su pesar ahuyen-
[to
con mis canciones, hijas de mi ignorado
[afán:
porque también de penas arrastro yo mi
[carga;
¡ay! ¿sobre quién no pesa la maldición de
[Adán?
Mas dan para mí solo mis penas hiel
[amarga;
las canto, y miel y flores para los otros dan.

Yo voy por donde paso desparramando
[historias,
ya tristes, ya risueñas, de lágrimas o amor:
yo cuento a los que viven las mágicas me-
[morias
de aquellos que vivieron en época mejor.
Yo canto a las doncellas tiernísimos can-
[tares,

yo cuento a los guerreros los fastos del [valor,
yo entono sacros himnos al pie de los al- [tares,
y cojo en todas partes o siembro alguna flor.

Tal es el libro mío: un ramo de mil flores
en diferentes climas cogidas al azar,
al que coronan *Leila*, la flor de mis amores,
y *Fátima*, la perla de su agitado mar.
Tal es mi libro: un cuento por mil pasajes [roto,
un ramo de recuerdos, ofrenda hecha al [pasar
al pueblo mexicano: de gratitud un voto
del que es mi alma templo, mi corazón [altar.

II

AL EXCMO. SEÑOR
CONDE DE LA CORTINA Y DE CASTRO

Con un puñado de silvestres flores,
don de mi gratitud, de mi fe prenda,
pobres de olor y escasas de colores,
tejí la relación de esta leyenda;
de mi humilde jardín son las mejores,
de mi sincero corazón la ofrenda;
y al dárselas al pueblo mexicano,
quiero que pasen por tu noble mano.

Tú, que por sus alcázares penetras
como en el gabinete de sus damas,
que amparador y alumno de las letras,
hijos o amigos a sus sabios llamas;
tú que las obras del saber perpetras
con los favores que sobre él derramas,
presentarás el libro que te fío,
prestando autoridad al nombre mío.

Tú que me introdujiste en sus salones,
llévale al camarín de las hermosas:
dilas que son mis nómades canciones
de la luz de sus ojos mariposas;
dilas que en el montón de sus renglones
encontrarán sus nombres entre rosas,
y que en muestra de hidalga cortesía
un poeta galán se las envía.

Más explícito sé: di a las doncellas,
a los viejos de su honra tutelares
y a los esposos de las damas bellas,
que no encierran veneno mis cantares;
que mis flores son castas, que con ellas
la corrupción no asalta sus hogares:
porque es el libro que dejarles quiero,
homenaje cortés de un caballero.

Al monje austero, al sacerdote grave
y al Pastor del católico rebaño,
dirás que en este libro nada cabe
ni de la fe, ni la moral en daño;
que es obra de un autor de quien se sabe
que, a la impiedad de su centuria extraño,
la religión de Jesucristo santa
con fe profesa y con audacia canta.

A los poetas cuya noble lira
resonó generosa en mi alabanza,
di cuánto orgullo y gratitud me inspira,
cuán honda fe, cuán plácida esperanza
ver que por mí su corazón respira
cariño fraternal y confianza:
recuerda que a sus muestras de cariño
llorando abrí mi corazón de niño.

A los cantares que en mi honor han [hecho
responderá mi voz tal como pueda:
mas si por falta de vigor o trecho
débil o escasa mi canción se queda,
diles que en cambio quedará en mi pecho
mi gratitud y su memoria leda:
que no atiendan al tono en que respondo,
sino del alma que les habla al fondo.

Si a las regiones del poder que debes
llevar mi libro juzgas, ve en buen hora;
mas cuando a sus alcázares le lleves,
de ellos anuncia a la gentil señora
que yo, pájaro errante de alas leves,
de lo hermoso cantor doquier que mora,
voy a posar en su balcón mi vuelo
y a alzar mi voz de su hermosura al cielo.

Al vulgo le dirás... si por mal caso
das con vulgar y atrabiliaria gente,
que su calumnia vil intentó acaso
amancillar mi honor traidoramente;
pero que yo por entre el vulgo paso
sereno el corazón, alta la frente:
porque me escudan de su ruin malicia
el *sentido común* y la justicia.

Mas de haber descendido me arrepiento
a la esfera vulgar: sobre ella salto.
Rico de lealtad, de envidia exento,
sobrado de vigor, de miedo falto,
no despliego mis alas a ese viento;
no es esa mi región; vuelo más alto:
la espalda vuelvo sin temor ni encono;
cristiano, olvido; vencedor, perdono.

Y ahora ¡oh noble y cariñoso amigo!
que mi libro y mi fe dejo en tu mano
de tu fe y amistad bajo el abrigo,
voy a abrir ante el pueblo mexicano
el tesoro de amor que va conmigo,
de mis recuerdos el florido arcano:
¡y plegue a Dios que dejen mis cantares
halagüeña memoria en sus hogares!

¡Y plegue a Dios que el germen de mi [aliento
quede en el aire en armoniosas olas,
y arrulle sus oídos el acento
de mis americanas barcarolas!
¡Y plegue a Dios que cuando el mar y el [viento
me vuelvan a las playas españolas,
queden tras mí como memorias gratas,
ecos de mi cantar, mis serenatas!

¡Y plegue a Dios que de la edad pre- [sente
viviendo en la memoria mis cantares,
pase mi nombre a la futura gente
ingerido en sus cantos populares,
y que los himnos que mi fe valiente
alza ante los católicos altares,
conserven en el pueblo mexicano
la fe sublime y el valor cristiano!

Y tú, Conde leal, que el libro mío
al mundo sacas y a la luz arrojas,
permite para ti que a su albedrío
consagre mi amistad algunas hojas.
Quiero de mi jardín tosco y bravío
que un ramillete para ti recojas,
mas sin que estorbe que de mí recibas
esta mata feraz de siempreviva.

Junto a la cabecera de tu lecho
ponlas: y cuando ya no esté contigo,

al recorrer el camarín estrecho,
de nuestras horas de exapansión testigo,
piensa que son las flores de mi pecho
cuya semilla morirá conmigo:
flores de mis recuerdos más felices
que tienen en mi alma sus raíces.

III

LAS ROSAS MEXICANAS

SERENATA MORISCA
CON LA CUAL SALUDA EL AUTOR DE ESTE LIBRO AL BELLO SEXO MEXICANO.

MOTE

De las flores preciosas
americanas,
dicen que sois las rosas
las mexicanas:
pues si sois tales,
yo soy la mariposa
de los rosales.

ESTROFA I

Balsámicas, gentiles, incomparables flores,
orgullo de este fértil Edén occidental,
sin par en el perfume, sin par en los colores,
cual hijas de su eterno calor primaveral:
huris a quien animan la luz y los fulgores
del cielo y los volcanes de su país natal,
y a cuyos ojos prestan sus rayos vibradores
los astros centellantes del cielo tropical;

Las flores todas que dan las playas
de Asia y Europa y Africa vi,
los amarantos de Nola y Bayas,
de Fez y Tánger los alhelís,
las rosas frescas de Alejandría,
los tulipanes de Abdúl Medjid,
los azahares de Andalucía
y las camelias que ama París:

Y como sois famosas
las mexicanas,
vengo a veros ¡oh rosas,
americanas!
Y pues sois tales,
yo soy la mariposa
de los rosales.

ESTROFA II

Gacelas de estas áureas espléndidas montañas,
abejas luminosas de su feraz jardín,
palomas anidadas entre sus dulces cañas,
perlas del mar que brama de México al confín;
yo soy el vagabundo poeta de las flores,
y os traigo un ramo de ellas, que aunque es ofrenda ruin,
acaso conquistarme podrá vuestros favores,
por mariposa vuestra si me aceptáis al fin.

Yo sé la historia de los amores
de cuantas flores, vagando, vi,
y en versos dulces y arrulladores
como las auras, la sé decir.
Abrid, ¡oh rosas americanas!,
vuestra corola fresca y gentil:
las mariposas son las hermanas
de los poetas de mi país.

Los poetas de Oriente
son mariposas
que anidan muellemente
bajo las rosas:
y pues sois tales,
yo soy la mariposa
de los rosales.

ESTROFA III

Yo os traigo sólo flores y trovas, muy
[sencillas,
como ragalo tosco de bárbaro oriental;
pues aunque ser me dieron y nombre las
[Castillas,
habito los desiertos del árabe arenal.
Sus tribus me adoptaron, y al aceptar el
[traje,
la lengua y las costumbres de su región
[natal,
suinstinto vagabundo, su condición salvaje,
pegáronme a despecho del corazón leal.

Poeta moro, vengo de Oriente
a oír los cantos de esta región:
bardo cristiano, vengo a Occidente
las maravillas a ver de Dios.
Mariposilla sin compañera,
vengo saltando de flor en flor,
pues de las Galias en la ribera
se queda preso mi corazón.

Poeta, o mariposa
de amor perdida,
paso de rosa en rosa
mi inquieta vida:
y en ansias tales
vago solo y sin rumbo
por los rosales.

ESTROFA IV

Por eso, mezcla extraña de moro y de
[cristiano,
de bárbaro y de culto, católico y gentil,
del árabe salvaje y el noble castellano
la lengua y los cantares confundo veces
[mil.
Por eso en doble estilo, ya culto, ya villano,
os canto al son del arpa o al son del tam-
[boril,
y en este ramillete que os da mi torpe manol
mezclé todas las flores del bosque y de.
[pensil

Y en esta fácil alegoría,
y en este canto de extraño son,
os da las flores del alma mía,
cristiana o mora, mi inspiración.
Hurís aztecas, lindas sultanas
abridme al paso vuestro balcón:
rosas, el cáliz abrid lozanas
al manso arrullo de mi canción.

Mariposilla, dadme
vuestros olores:
trovador, aceptadme
mis gayas flores;
y perenales
para mí darán rosas
vuestros rosales.

ESTROFA V

Hermosas, no a mi oferta cerréis la
[mano arisca;
sultanas, no el oído cerréis a mi canción;
para vosotras templo mi guzla berberisca,

y dejo por vosotras en mi mansión morisca
a la que tiene sola mi fe y mi corazón.
Hurís de este Edén, rico de aromas, luz y oro,
si a cuentos y cantares tenéis aquí afición,
de cuentos y cantares juntemos un tesoro:
yo os dejaré los míos en mi dialecto moro,
y llevaré los vuestros a mi oriental región.

Y de mis flores con la semilla
haced, hermosas, aquí un plantel;
yo de los mares a la otra orilla
vuestros rosales trasplantaré.

Leila, mi grácil hurí africana,
la que de mi alma guarda el vergel,
vuestros rosales cuidará ufana,
y yo a su sombra reposaré.

Rosas de mis recuerdos,
en los pensiles
de la Europa, capullos
daréis a miles:
y allá en mis males
sombrearán mis recuerdos
vuestros rosales.

Este libro está dividido en dos partes.

La primera es un álbum de viaje, en el cual he consignado las primeras impresiones recibidas al atravesar el Atlántico. Esta primera parte no estaba destinada a ver la luz en América. Hay extendidas sobre sus hojas opiniones locas, alucinaciones hijas de una imaginación exaltada hasta el delirio, memorias y esperanzas secretas de un corazón enamorado, correspondencias, en fin, puramente personales, que no deberían entrar bajo el dominio del público; pero mis amigos me han hecho comprender que el pueblo mexicano, que me ha acogido con tan cordial hospitalidad y tan obsequiosa benevolencia, tenía derecho a que yo le abriera, no sólo mi álbum, sino mi corazón; y siendo aquél la llave de éste, yo se la entrego sin vacilar al imprimir este libro. Publicado aquí, podrá parecer a algunos una especulación mezquina o una servil adulación, cuando lean en él los nombres de ciertas personas; pero los que conocen la agreste independencia de mi carácter, no creerán ni lo uno ni lo otro; y en cuanto a los comentarios e interpretaciones del vulgo desocupado y murmurador, jamás los he tomado en cuenta.

Digo en la introducción, que esta primera parte de La flor de los recuerdos es un ramillete ofrecido al pueblo mexicano, que me ha prodigado generoso más obsequios que los que merece mi pobre reputación literaria, y no es otra cosa: un homenaje de gratitud al público en general, un tributo rendido a la hermosura y amabilidad de las mexicanas, un testimonio de fraternidad para los poetas de este país y una prenda de buena memoria para mis amigos.

La segunda parte de la *Flor de los recuerdos* contendrá algunas leyendas históricas y tradicionales de esta región; pero por razones que me son absolutamente personales, debe ser impresa fuera de la República.

José Zorrilla.

PRIMERA PARTE

ÁLBUM DE VIAJE

LEILA Y FATHMA

ليلى و فطمة عشيشة كبي

LA FLOR Y LA PERLA

La flor de mis recuerdos,—la perla de mi amor,
están en mí arraigadas———en sola una raíz;
iguales en quilates,———iguales en valor;
la flor es una perla,———la perla es una flor;
amor da ser con ambas———al corazón feliz.

Felices serán ambas,———florones de mi amor,
asidas mientras duren———a la común raíz,
tan sólo de mi alma———tomando su valor;
mas antes que se aparte———mi perla de mi flor,
acabe con mis días———amor tan infeliz!

I

Paris—Noviembre 25—1854.

Y mi mayor anhelo
Es elevarte con mi canto al cielo,
Y un eterno laurel partir contigo.
HEREDIA.

Leila, ¿por qué el jardín del alma mía
no da más que la flor de tus amores,
hoy que al influjo de tu amor debía
átomos germinar procreadores,
cuando su tierra sin cultura un día,
generosa y feraz dió tantas flores?
Hoy vierte en ella fecundante riego
de tu amor el benéfico rocío,
hoy de tus ojos la calienta el fuego...,
¡ay!, y se vuelve mi jardín bravío,
y si brota una flor, se agosta luego;
y o sus raíces el gusano hiere,
o quema el hielo su gentil corola,
o entre yerbas parásitas se muere
falta de jugo, sin olor y sola.

¿Por qué, siendo el amor fuente de vida,
la tierra de mi ser no está florida?
¿Por qué, siendo el amor del entusiasmo,
la inspiración y el movimiento germen,
en inacción y estúpido marasmo
mi inspiración y mi entusiasmo duermen?
Ansia febril mi espíritu atormenta;
honda inquietud mi corazón devora;
duda tenaz en mi alma se aposenta,
y el insaciable amor que en sí atesora,
la inspiración del genio no alimenta
en mi alma en otro tiempo creadora.
¡Ay!, bajo el peso de su férrea planta
un genio melancólico la oprime,
la poesía mi pesar no espanta,
me irritan humorísticos antojos,
se me arrasan en lágrimas los ojos,
y la canción expira en mi garganta.
Ambiciosa de luz mi inteligencia,
va tras la luz y en las tinieblas cae,
y en la rabia febril de la impotencia,
lucha mi corazón consigo mismo,
sintiendo con pavor que a sí le atrae
del hastío mortal el hondo abismo.
¿Es que se extingue de mi fe la llama?
¿Es que se seca mi raudal de vida?
¿Es que no vive el corazón que ama,
o es que tal vez mi juventud es ida?
No, ¡vive Dios! Yo siento que mi pecho
es a mi osado corazón estrecho:
rico de fe, de vida, de esperanza,
de su silencio e inacción se admira,
y su inacción a comprender no alcanza,
y en el silencio e inacción suspira;
pero no es que me falte confianza
en mi fe ni en mi amor: no es que mi esencia
se evapora fugaz en mi impotencia:
es que me aflige la estrechez de Europa,
es que me hastía su labrado suelo,
es que me abruma su plomizo cielo
y amarga me es de su placer la copa.
Es que en París, de la pereza esclavo,
me revuelvo en un círculo mezquino,
cual tigre joven, vigoroso y bravo
preso en la trampa do a enjaularse vino.
Es que en París me debilito inerme
falto del aura y libertad nativa,
cual ave atada que en su percha duerme
al mismo dueño que la halaga esquiva.
Es que en París, salvaje peregrino
atajado en mitad de mi camino,
en la molicie sin placer me acabo,
y su pálido sol no me da al cabo
un solo rayo de calor divino.
Es que la farsa ruin de sus festejos,
sus circos de cartón y de oropeles,
monumentos de talco y rapacejos,
son grandes ante el gas y los espejos,
bellos por el poder de los pinceles;
mas sus fiestas de pólvora y de viento,
su pomposo espectáculo, vacío
de fe, de corazón, de sentimiento,
¿qué dan a corazones como el mío
que les pueda servir de nutrimento?
Nada: la luz, la atmósfera, las flores,
cuanto en París en derredor me gira,
desde su religión a sus amores,
todo a extraviar al corazón conspira,
todo le induce a confusión y errores:
eco que miente, viento que se trueca,
agio, especulación, farsa, mentira,
que envejeciendo al corazón, le seca.
¡Leila de mis entrañas!, si del mío
quieres guardar, incólume, seguro,
el hondo amor y el generoso brío,
si quieres rodear de eterno muro
el jardín y la flor de mis amores

y eternizar la flor de tu belleza,
déjame ir a buscar cielo más puro,
playas de mejor luz, campos mejores,
más rica y más feraz naturaleza,
donde tejer con verdaderas flores,
vívidas de color, ricas de olores,
una guirnalda a tu gentil cabeza.
Déjame, Leila, atravesar los mares,
y como los errantes trovadores,
buscar de inspiración nuevos veneros
y enviarte sin cesar nuevos cantares;
y como los andantes caballeros,
que en nombre de su Dios y de su dama
se lanzaban por montes y senderos
a eternizar su amor, su fe y su fama,
con hechos de valor dignos de gloria
que dejar a los siglos venideros
escritos en los fastos de la historia,
así de mar en mar, de playa en playa,
de ciudad en ciudad, de risco en risco,
con el hechizo de mi ciencia gaya
y al dulce son de mi laúd morisco,
déjame, Leila, que extendiendo vaya
el eco de tu nombre berberisco.
Déjame que mi voz le desparrame
por la región feliz del Nuevo Mundo:
y cuando en ella sin cesar te llame
y en el silencio virginal, profundo,
de aquel Edén cautivo entre horizontes
que destellan el ópalo y el oro,
y con tu nombre arábigo reclame
las aves que en sus selvas hacen nido,
tu nombre dulce y mi cantar sonoro
aprenderán y ensayarán a solas
los ágiles sinsontes,
el rojo cardenal y el tocoloro;
y de tu nombre al son jamás oído,
los fosfóricos peces del Atlántico
llegarán a prestar atento oído
al suave nombre y al extraño cántico;
mostrando por encima de las olas
los curvos lomos y movibles colas.

Sí, déjame partir a esas regiones
de inspiración, de luz y de armonía,
donde entienden aún los corazones
de la fe y el amor la poesía.

Es un afán que sin cesar me acosa;
mi corazón, de libertad sediento,
necesita región más luminosa,
mayor y más vivífico elemento,
tierra y vegetación más vigorosa,
virgen, lozana, exuberante, bella,
que no destroce del mortal la mano,
que no estropee del mortal la huella,
que ostente, en fin, el lujo soberano
que el Señor al crearla puso en ella.

Fe, de mi inspiración engendradora,
audacia de mis años juveniles,
de mi atrevida fe mantenedora,
que me arrancasteis cánticos a miles
con delirio febril, volved ahora
que me siento con fuerzas varoniles,
resolución tenaz y voz sonora:
la última vez para cantar os llamo
el Dios que adoro y la mujer que amo.
Volved: pero volved más vigorosas,
indómitas, salvajes,
con alas y con garras poderosas
capaces de llevarme a otros parajes,
donde con más vigor naturaleza
produzca colosal cedros por rosas,
ceibas por olmos, palmas por maleza,
lagos por fuentes, ríos por arroyos,
y donde con titánica grandeza
cráteres de volcán abra por hoyos.

¡Gracias, genios de luz, a quien perdidos
para siempre creí!, tornar os veo
aún a mis antojos sometidos:

¡gracias, pues todavía no sois idos,
pues acudís aún a mi deseo!
Fe de mi juventud, ya en mis entrañas
tu fuego siento arder: ya el alma mía
de celestial fulgor siento que bañas:
genio de mi exaltada poesía,
ya percibo otra vez que me acompañas.
¡Vamos!, ya tengo luz, ya tengo guía.
¡Vamos!, ceñíos mi laúd con flores
a la desnuda espalda: en vuestros hombros
llevadme de un bajel sobre la popa,
y vamos a buscar climas mejores.
Partamos: arrancadme de esta Europa
atestada de crímenes y escombros.
¡A América! ¡En su luz bañarme quiero!
Vamos a esa región de los gigantes,
donde acompañen mi cantar postrero
las ondas de sus golfos espumantes,
el fuego de los trópicos ardientes,
y el estridor de sus peñascos rotos
por el ronco raudal de sus torrentes
y el temblor de sus hondos terremotos.

De gloria y fe mi corazón sediento
necesita beber otros raudales
de inspiración y fe: mi osado aliento
respirar necesita en otro viento,
luchar con los airados vendavales,
y el espacio y la luz del firmamento
disputar a las águilas caudales.
Yo necesito un mundo cual le hizo
su Criador: espléndido, sellado
de la virginidad con el hechizo,
no este mundo servil desfigurado
por el poder del hombre antojadizo.
Quiero una tierra donde no domine
la civilización con sus patrañas,
do la fe y la creencia no extermine
del corazón humano, y no adoctrine
los pueblos con hipótesis extrañas;
una tierra de fuego y poesía,
en cuyos hondos precipicios huecos
correspondan al son de la voz mía
ruidos medrosos y gigantes ecos;
sembrada de peligros y de azares,
poblada de salvajes alimañas,
de pájaros y plantas a millares,
do sienta bajo peñas seculares
lava y oro correr por sus entrañas;
donde a la faz de Dios mi pie camine
bajo un cielo radiante que ilumine
mares sin fin, atlánticas montañas.
Yo necesito un mar que airado ruja,
una estación preñada de huracanes,
una tierra horadada por volcanes
que con torrentes y cascadas muja
y que a mis pies estremecida cruja
sacudida por brazos de titanes.
Allí a lo menos gozaré la tierra
en todo el lujo y esplendor y encanto
y poesía y libertad que encierra;
y allí en mi duelo o mi placer extremos,
alzaré una oración en vez de un canto,
y a Dios veré, cuyo semblante santo
bajo las brumas de París no vemos.

¡Sus! a América voy.—¡Oh Leila mía!
Si en la mar o la América me pierdo,
guarda el tesoro de mi amor, y fía
que al apagarse mi postrero día
será tu nombre mi postrer recuerdo.

II

Southampton—Diciembre—4—1834.

EL POETA

¿Qué buque a la vela
más pronto se da?

EL BARQUERO

Aún hiérve la estela
que abrió el Paraná.

EL POETA

¿A dónde navega?

EL BARQUERO

A México va.

EL POETA

¡Un bote!—boguemos:
haz fuerza de remos
y sigue la estela que abrió el Paraná.

Cruzaba el poeta la extensa bahía
mecido en los brazos de una alma ilusión,
cuando un luminoso fantástico genio
más leve que el fresco marino vapor,
bogando en un copo de cándida espuma
el rápido bote donde iba alcanzó.

EL GENIO

¿A do va el poeta?

EL POETA

A México voy.

EL GENIO

¿En pos de fortuna
magnífica?

EL POETA

No:
en pos de la gloria,
de luz y fe en pos.

EL GENIO

¿Y esperas hallarlas
en la otra región?

EL POETA

Sin duda: es la América
la tierra del sol:
es un paraíso
do puso el Señor
la luz y la vida
como Él las creó,
espléndidas, ricas
de fuerza y calor,
que dan al ardiente
mortal corazón
la paz, la ventura,
la fe y el amor.
Es México un valle
risueño y fecundo,
abierto en un mundo
que el nuestro mejor:
allí la existencia
risueña y dichosa
no es carga penosa,
del cielo es un don.
A México parto,
la tierra del sol;
allí no se cambia
jamás de estación;
allí se da a un tiempo
la fruta y la flor;

del cielo y del suelo
se ve en la extensión
brillar noche y día
la gloria de Dios.
A México parto,
la tierra del sol.

Mirar quiero un día la luz de aquel cielo,
sentir en mi alma la fe de aquel suelo,
beber el ambiente de aquella región,
gozar embriagado los suaves aromas
que impregnan sus valles, que exhalan sus [lomas,
oír de sus vagos murmullos el son,
llenar de armonía sus campos lozanos,
dejar en mis versos a un pueblo de her- [manos
la fe de un poeta de buen corazón.

EL GENIO

¿Qué esperas que en cambio su pueblo te dé?

EL POETA

Su amor: no concibo mejor galardón;
sus bellos cantares allí aprenderé,
y cuando me vuelva de aquella región,
sus bellos cantares a Europa traeré:
mis himnos ardientes, de amor y de fe,
del pueblo me ganen tal vez la afición,
y en él un recuerdo feliz dejaré:
si al fin satisfago mi noble ambición,
a Europa cantando feliz volveré.

EL GENIO

Poeta que abrigas tan noble pasión,
a México parte, la América ve:
contigo doquiera que vayas iré,
doquier amparando tu noble misión.
Más vale que el oro
de un pueblo el amor:
tu fe por los pueblos
derrame tu voz,
y tú de las almas
serás posesor.
Tendrás donde quiera
cariño y mansión:
la buena memoria
que dejes en pos,
será una fragante
bellísima flor
que brote en las almas,
y en toda estación
dé siempre lozana
suavísimo olor.
A América parte;
contigo voy yo;
a México vamos
en brazos de Dios.

EL POETA

Mas tú, genio hermoso, que a América vas
conmigo, amparando mi oscura misión,
que luz y consuelo y aliento me das,
¿quién eres, risueña y celeste visión?

EL GENIO

La fe: de tu alma no me eches jamás,
y haré tuyo el orbe región a región.

—

Tal dijo al poeta la fe de su alma,
y al punto del aire y el mar en la calma

tornó a disiparse su blanca visión;
henchido el poeta de fe y de alegría,
cruzó la bahía
y el buque abordó.

III

A BORDO DEL PARANÁ

Las cinco. ¡Partamos!
Ya hierve el vapor;
ya el ancla levamos;
ya libres bogamos
entre humo y espuma y estruendo y pavor.

Ya rompe la quilla
por la agua revuelta,
la máquina suelta
del buque acelera la marcha veloz:
ya de una a otra orilla
la ría se ensancha;
como una avalancha
bajamos, las aguas turbando en redor.
La débil barquilla
que al paso nos halla,
con la agua espumosa perdida batalla
del rastro que abierto dejamos en pos;
sobre ella meciéndose,
con canto grosero y acción libre y ruda,
con voz y con manos tenaz nos saluda,
perdiéndose al lejos, inglés pescador.

La gente marina,
sumisa y activa y atenta la oreja
al grito de mando, su buque apareja
de un lento cantar al monótono son:
nosotros, viajeros
que, al irnos, detrás de Inglaterra dejamos
tal vez cuanto habemos, tal vez cuanto
[amamos,
acaso lloramos oyendo su voz.

¿Quién sabe la historia
con cuya secreta doliente memoria
cada uno que parte en este momento
secreto tormento se da al corazón?
Tal vez al influjo
del fuego escondido que dentro de él arde,
sin fe, arrepentida, nuestra alma cobarde
quisiera a la orilla volver con amor.
Boguemos: ya es tarde;
el mar que nos sorbe
muy pronto en el orbe
va a aislarnos en medio de su honda ex-
[tensión.
He allí ya sus olas:
ya en él nos lanzamos,
ya en él navegamos,
las olas hendiendo con hondo rumor.
La tierra se pierde

velada entre nieblas:
la noche en tinieblas
nos sume... ya estamos a solas con Dios.

—

Uno tras otro, en silencio,
la popa del Paraná
mis compañeros dejaron.
Quién, no pudiendo quizás
con su tristeza, fué a solas
en su cámara a llorar.
Quién, mercader avariento,
la futura utilidad
del viaje en cifras confusas
fué a solas a calcular.
Quién, que a incógnitas regiones

sin fe ni esperanza va,
emigrando de una patria
do no ha de volver jamás,
fué a ver si en brazos del sueño
olvida un punto su afán:
y quién, en fin, asaltado
del mareo, fué a buscar
en su lecho a sus congojas
un momento de solaz.
Yo, que ni cedo al mareo,
ni a avaricia comercial,
ni al recuerdo de una patria
que dejé por voluntad;
yo, cuyo cuerpo de barro
tan sujeto a mi alma está
que ahogo mi dolor físico
con mi fruición moral;
yo, cuya alma se rebela
cautiva en mi cuerpo a andar,
cuyas pasiones convierten
mi corazón en volcán;
yo, a quien jamás satisface
el deleite material,
que ni cuento lo que tengo,
ni necesito de hogar,
puesto que, huésped del mundo,
ciudadano universal,
peregrino de la vida,
por la tierra y por la mar
voy cantares entonando
en mi bien como en mi mal,
y por doquiera que voy
por mis cantares me dan
una alegre bienvenida
y una sonrisa al llegar,
una compañía amena
y franca hospitalidad....
pero que llevo en mí mismo
un enemigo fatal,
que me esclaviza tirano
y me atormenta tenaz,
que es mi propio corazón,
que destila sin cesar
el acíbar para mí,
la miel para los demás;
me quedo sobre cubierta
a solas a devorar
la hiel de mis pensamientos
que en él goteando va.
Mas esta hiel, por mis labios
de mi pecho al rebosar,
no mortíferos miasmas
por la tierra esparcirá;
no irá las almas sencillas
a traición a emponzoñar
con su maligno veneno,
sino que suave saldrá
como depurada esencia
en la forma de un cantar,
suspiro ardiente, a los cielos
de remontarse capaz.
En un cantar que, aunque libre,
independiente y audaz,
sólo la fe y el consuelo,
en las almas verterá,
pues bebe su inspiración
en tan divino raudal,
que su son es un rocío
tan puro como el maná;
refleja el cielo en el fondo
de su limpio manantial,
y a Dios ve, al beber sus aguas,
la sedienta humanidad.
Tal es de mi poesía
la condición: sólo da
el acíbar para mí,
la miel para los demás.

IV

Reina la oscuridad en torno mío:
solo estoy del bajel sobre la popa,
pálido de emoción, yerto de frío;
los ojos tiendo a la cercana Europa
de quien me aleja el rápido navío,
y las tinieblas penetrar deseo;
pero ya nada en las tinieblas veo.
Bajo mis pies el buque se estremece
por su máquina enorme sacudido,
y el oleaje desigual le mece
con temeroso ruido.
Monstruo de fuego y de rumor preñado,
pez que nada veloz sin piel ni escama,
ave que vuela rápida sin pluma,
Leviatán que sin voz furioso brama,
avanza por sí mismo arrebatado,
entre la mar, los cielos y la bruma,
dejando tras su curso violento
una estela en el mar de hirviente espuma,
y una columna de humo por el viento.
Atónito e inmóvil, en el pasmo
que embargaba mi ser en tal momento,
sin dejarme ceder al entusiasmo
ni al temor, admiraba yo a mis solas,
del hombre la ambición y atrevimiento
que domina los vientos y las olas,
rey de la creación, y burla osado
y atraviesa contento
uno y otro elemento,
para ver una fiesta o un mercado,
por alargar un día su memoria,
por una chispa de soñada gloria
o tal vez de oro vil por un puñado.
Contemplaba embebido el movimiento
de la elevada esbelta arboladura
del Paraná, que se mecía lento,
y sobre el fondo azul del firmamento
se destacaba móvil e insegura,
sin cesar oscilando sobre el fondo
del estrellado cielo y del mar hondo,
la triple cruz y la ondulante cofa
de sus tres masteleros envergados,
ramilletes del mar, del viento mofa.
Cual gigante y fantástico esqueleto
que en sus inmensos brazos
el espacio abarcar anhela inquieto,
y entre ellos, esquivando sus abrazos,
pasan, sin alzar son ni dejar huellas,
del ambiente impalpable los pedazos
y el resplandor fugaz de las estrellas.
Muy pronto esa tenaz melancolía
que el solitario mar inspira al alma,
mortal angustia se tornó en la mía,
y de su paz interrumpió la calma,
y extinguió con mi fe mi poesía;
miré dentro y en torno de mí mismo,
y al verme de la mar y el firmamento
perdido ir por entre el doble abismo,
solo, sin fe y a la merced del viento,
temblé como un cobarde, eché de menos
la abandonada tierra, y como un niño
que necesita el maternal cariño,
de lágrimas sentí mis ojos llenos.
Surgieron mil imágenes extrañas
en mi calenturienta fantasía,
e hirió un pesar profundo mis entrañas;
sentí a la fe mi corazón cerrado,
mi alma al despecho y al terror abierta,
me arrepentí del viaje comenzado,
y exánime, febril, desesperado,
llorando me tendí sobre cubierta.
Y entonces ¡ay de mí! yerto de asombro
y con hondo pavor, sentí a mi lado
tenderse, pie con pie y hombro con hombro,
dos genios de inmortal naturaleza
creados de los cielos en la alteza,

mas con Luzbel caídos de los cielos:
el espíritu ruin de LA TRISTEZA
y el demonio rabioso de LOS CELOS.
Yo percibí, de pánico transido,
de estos horribles genios la influencia;
sentí que cada cual por un oído
son negras frases de infernal sentido
vertía su veneno en mi existencia;
y en aquel cuarto de hora de agonía,
oí que de este modo me decía
cada cual de los genios por su lado,
y de cada palabra se exprimía
una gota de hiel que me caía
dentro del corazón atribulado.

LA TRISTEZA

«¡Qué triste es alejarse de la tierra
donde humea el hogar de nuestra casa,
donde cuanto ama el corazón se encierra,
donde ya el tiempo sin nosotros pasa!
Donde los seres a quien más queremos,
aquellos ¡ay! por cuyo amor vivimos,
lloran nuestra partida y no los vemos,
oran por nuestro bien y no lo oímos!
¡Qué triste es navegar solo y amando,
en tierra solo a nuestro amor dejando!
Y así navegas tú, que en Francia dejas
amor, familia, hogar, cuanto ama el hombre,
y de cuanto amas por el mar te alejas
cargado con el fardo de tu nombre.
¡Oh miserable vanidad humana!
¡Necios delirios de ambición y gloria!
¿Qué le importa a la gente americana
oír tu canto ni saber tu historia?
Poeta que abandonas tus hogares
en alas de tu amor y tu fe ardiente,
¿qué importan a los pueblos de Occidente
ni tu fe, ni tu amor, ni tus cantares?
¿Qué es lo que tus inútiles endechas
a su ventura añadirán mañana?
Las ovaciones por amigos hechas,
ventura tan fugaz como ilusoria,
¿valen la pena de cruzar los mares,
llena de hiel llevando la memoria
y el corazón henchido de pesares?
¿Qué es lo que allende de la mar te espera?
Vana curiosidad, desdén acaso.
¿Qué es lo que dejarás tras de tu paso?
Lágrimas como siempre por doquiera
que fuiste... tu vigor, tu vida entera
tal vez, amortajada en tus canciones,
cuyos ecos perdidos
en vano llamarán a los oídos,
en vano a los cerrados corazones;
peregrino del mundo, el mundo entero
te verá sin amor como a extranjero.
¿Ves esa nube de volátil humo
y esta estela de espuma que dejamos
por el viento y el mar? Así presumo
que es de tu gloria y de tu amor la base:
en cuanto el buque fugitivo pase,
en cuanto un soplo de la brisa corra,
la doble huella que dejando vamos
el mar se traga y el ambiente borra;
tal vez es en América tu suerte
amarga vida y escondida muerte.»

Mientras así decíame al oído
el espíritu ruin de LA TRISTEZA,
yo vertía, cobarde y abatido,
lágrimas vergonzosas de flaqueza.

LOS CELOS

«¡Imbécil corazón! Si como ese humo
que la vacía atmósfera se traga,
y si como esa estela, que a lo sumo

dura un minuto turbulenta y vaga,
se borra tu memoria en tus hogares,
si se olvidan de ti los corazones
a quienes alza tu cariño altares,
¿qué te valdrá tu fe ni tus canciones
llevar al otro lado de los mares?
¡Mísero! Si ese ser a quien tú llamas
ser de tu ser, y vida de tu vida,
por quien osado y pródigo derramas
cuanta esencia en tu ser hay contenida:
si esa mujer, en fin, a quien proclamas
sultana sin rival, por ti querida
más que el honor, la luz, la fe y la gloria,
mientras reina en América la aclamas,
echándote del alma y la memoria,
falsa te vende y en París te olvida,
¿qué vas a hacer allende de los mares
con tu fe, con tu amor, y tus cantares?

»Tú que por ella ¡insensato!
nada imposible concibes,
que sólo por ella vives,
que entero a su amor te das,
¿comprendes la horrible duda
de que mientras tú la adoras
puede ella pasar sus horas
con otro amante quizás?

»Mientras llorando su ausencia
tú arribas a extraños puertos,
cruzas montes y desiertos
por insalubre país,
ella, en tu ausencia fiada,
y a sus promesas perjura,
con otro tal vez apura
los deleites de París.

»Mientras tú, como Macías
en su siglo novelesco,
de tu amor caballeresco
haces una religión,
tal vez ella en el abismo
de París se hunde sorbida,
y en su fosa corrompida
encenaga el corazón.

»Tal vez tus propios amigos,
si tenerlos en el mundo
crees, del vicio al cieno inmundo
arrastrarla intentarán,
mientras tú, con fe sincera
cual de ti de ella seguro,
tu cariño ileso y puro
guardarás con necio afán.

»Acaso una americana
que tu secreto sorprenda,
que tu alma leal comprenda
y que ame con tu pasión,
querrá templar tus tormentos
con una amistad sincera,
cuando ni amistad siquiera
podrá dar tu corazón.

»Porque tu alma, roída
por la fiebre de los celos,
culpará a los mismos cielos
de la humana ingratitud:
y tornándote perverso
e incrédulo tus pesares,
no creerás que el universo
tenga amor, fe, ni virtud.

»Vivirás viendo en tus sueños
y sabiendo a todas horas,
que la hermosa a quien adoras
idolatra en un rival;
y aunque quieras por despecho

entregarte a otro cariño,
no podrá tu alma de niño
ser al suyo desleal.

»Pues tú, alma privilegiada,
de tu pasión quijotesca,
de tu fe caballeresca
serás mártir, porque fiel
tan sólo un amor concibes
que pueda albergar un alma,
y esclavo del tuyo vives
para enterrarte con él.

»Boga, pues, boga insensato:
lleva a América tus rimas,
tu fe y tu amor; en los climas
que a cruzar con ellos vas,
sólo viéndote vendido,
por los celos devorado
vivirás abandonado
y rabioso morirás».

El demonio de los celos
me decía así al oído,
y al pesar se dió rendido
mi celoso corazón,
y envolviendo mi cabeza
en mi capotón de viaje,
lloré del lento oleaje
al melancólico son.

¡Y Dios solamente sabe
lo que en aquellos momentos
lograron mis pensamientos
mi triste vida roer!
Años viví en los minutos
de una hora, y sentí en ellos
de mis sienes los cabellos
gotear y encanecer.

Yo miré en estos instantes
mi salvación y existencia
con tan honda indiferencia,
que mi yerto corazón,
víctima de la tristeza,
presa infeliz de los celos,
no pensó, ingrato, a los cielos
en alzar ni una oración.

Mas Dios, que nunca abandona
ni al infeliz ni al demente,
hirió con su luz mi frente
y vino a mi alma a llamar:
al rumor de una maniobra
volví en mí: alcé la cabeza,
y vi de Dios la grandeza
resplandecer sobre el mar.

La luna, de los nublados
desgarrando el torvo velo,
brillaba del mar y el cielo
en la azul inmensidad:
y con las velas tendidas
que el viento propicio hinchaba,
raudo el PARANÁ bogaba
con serena majestad.

Yo contemplé tan magnífico
espectáculo con pasmo,
y al religioso entusiasmo
de su inspiración cedí:
y de los malos espíritus
conjurando los antojos,
sobre cubierta de hinojos
postrándome canté así:

A DIOS

¡Señor, bendito seas! Bendito cuanto sale
de tu fecunda mano, de tu inmortal saber!

¿Adónde está el soberbio que tu poder
[iguale?
Para crear el mundo, ¿qué has hecho tú?
[Querer.
¿Qué son los astros? Chispas de tu mirada
[santa.
¿Qué son los mundos? Átomos de tu vi-
[viente ser.
¿Qué son los mares? Móvil alfombra de
[tu planta.
¡Señor, bendito seas que me los haces ver!

Señor, el mar que ondea bajo mis pies
[en calma
y el cielo que se pinta sobre su móvil haz,
cual bálsamo celeste, derraman en mi alma
tu inspiración divina, tu religiosa paz.
Señor, deja que eleve de gratitud un cán-
[tico
al cielo donde veo resplandecer tu faz.
cuyo esplendor reflejan las ondas del At-
[lántico
rasgadas por la quilla de mi bajel fugaz.

Señor, quien niegue impío que el mundo
[tu obra sea,
quien de tu ser dudando bravee tu poder,
conmigo en esta noche sobre la mar te vea,
y adorará conmigo tu omnipotente ser.
Señor, ¡bendito seas! Yo siento mis en-
[trañas
estremecerse henchidas de juvenil placer,
mirando ante la luna, con cuya luz las
[bañas,
las olas que en mi nave se vienen a romper.

Sobre la mar en calma comprende el más
[impío
que lámparas los astros de tu santuario son;
sobre la mar en calma, tu gloria y poderío,
tu Majestad inmensa comprende mi razón.
Señor, tú derramaste sobre la mar tran-
[quila
las grandes impresiones, la luz, la inspi-
[ración;
Señor, desde esta nave que sobre el mar
[oscila,
con honda fe te adora mi ardiente corazón.

Tu esencia no concibe mi humano en-
[tendimiento,
Señor; sólo te puede mi espíritu adorar:
a Ti de cuyos hombros es manto el firma-
[mento,
la eternidad tu tiempo, la creación tu altar.
Señor, yo no echo menos los bosques, las
[montañas,
la sociedad del hombre, los mares al
[cruzar:
con tu presencia sola tú animas y acom-
[pañas
la inmensidad del cielo, la soledad del mar.

Su faz no está desierta para mis ojos:
[falta
no está su región turbia de vida para mí:
cada ola que se rompe y cada pez que salta,
me dice: todo vive como en la tierra aquí.
Jamás me apareciste tan grande, tan in-
[menso,
Señor, como esta noche que sobre el mar
[te vi,
y nunca mi existencia, como en su azul
[extenso,
tan bella y tan fecunda de goces concebí.

Yo no echo aquí de menos los ricos ac-
[cidentes

que dan a los paisajes animación local,
los movimientos varios, los ruidos dife-
[rentes,
los pintorescos cuadros del mundo vegetal.
¿Cuál como ver al lejos la vela que aparece
la línea azul cortando del horizonte igual,
que se destaca móvil, y se aproxima y
[crece
cerniéndose en el viento como una garza
[real?

¿Cuál como desde el buque mirar sobre
[las olas,
de su murmullo flébil al soñoliento son,
los peces a flor de agua dar remo con sus
[colas
al ondulante nido del cándido Alcyón?
Asoman sus hijuelos, escasos aún de pluma,
de sus nevadas alas por bajo el pabellón,
y atónitos contemplan entre humo, luz y
[espuma,
pasar de nuestro barco la negra aparición.

Los peces azorados ante nosotros huyen,
dejando con su estela fosforescente el mar:
luego a los peces monstruos voraces sus-
[tituyen
que intentan nuestro buque feroces asaltar.
A la movible sombra de la flotante vela
se lanzan engañados, y al irla a asegurar,
las ondas les repelen de nuestra hirviente
[estela,
y quedan asombrados mirándonos pasar.

La luna, que derrama su luz sobre los
[montes
en ásperas quebradas rompiéndola doquier,
¿tendrá en la tierra nunca tan vastos ho-
[rizontes
ni espejo tan brillante donde su imagen ver?
Si ese astro que de noche nuestro hemiste-
[rio aclara,
gozar pudiera acaso de vida y de placer,
¿con cuánto no vería su luminosa cara
en el espejo inmenso del mar resplandecer?

¿El ruido de las selvas tan hondo sen-
[timiento
podrá con sus murmullos al ánimo inspirar,
cual de las verdes olas el son y el movi-
[miento
y el aura que en las jarcias suspira sin
[cesar?
¿Y cuánto no es más rico de fuerza y vor
[el viento
que eleva montes de agua sobre el hir-
[viente mar,
que el huracán terrestre que pueden en
[su asiento
inmobles la colina y el árbol arrostrar?

Señor, yo amo los mares y sus peligros
[amo,
porque en el mar mi alma tu omnipotencia
[ve:
ante tu faz de hinojos, tu omnipotencia
[aclamo,
y el bien o el mal acepto que tu bondad
[me dé.
De hoy más ya de ti nunca se apartará mi
[vista;
yo voy en ti fiado: que tú me guíes sé:
ya el mar mi buque trague, ya su furor
[resista,
Señor, en ti ya nunca vacilará mi fe.

Cuando perdí de vista las playas de la
[Europa,

desfallecer de angustia sentí mi corazón:
al encontrarme solo del PARANÁ en la popa,
desesperé del cielo, perdida la razón.
Señor, yo dejo en Francia cuanto del hom-
[bre abona
el terrenal apego a su mortal mansión;
allí quedó cuanto amo... ¡Dios de bondad!
[perdona
que me dejara un punto vencer de la
[aflicción.

Mas al sereno cielo cuando volví los ojos,
cuando del mar en calma la inmensidad
[miré,
Señor, en tu presencia me ví, caí de hi-
[nojos,
reconocí tu inmensa bondad y te adoré.
¿Y en dónde te revelas como en la mar en
[calma?
Se or, mi fe te adora, mi corazón te cree:
el mar tranquilo adúerme las penas de mi
[alma:
Señor, sobre él te canta mi solitaria fe.

Yo amo, como nadie jamás amó en el
[mundo;
mas si mi amor me quita tu voluntad,
[Señor,
yo acataré tus fallos, y en mi pesar pro-
[fundo
no cesará mi canto para llorar mi amor.
Sé que a mi bien me guías, pues para el
[bien me creas,
y erguido en la ventura o hundido en el
[dolor,
yo te diré postrado: «¡Señor, bendito seas,
te adoro en tu clemencia, te adoro en tu
[rigor!»

Y seguiré cantando tu gloria por la
[tierra,
en ti poniendo siempre mi corazón leal;
y si mis ojos lloran por el amor que en-
[cierra
mi corazón, acuérdate de que nací mortal.
¿Quién es el inocente que, exento de fla-
[queza,
su corazón conserva cual lirio virginal?
Amé, Señor; vencióme mi ruin naturaleza:
aún amo: mas perdone tu rayo mi cabeza;
recuerda, si fuí débil, que me creaste tal.

Mientras aliente, empero, por donde
[quier que vaya,
de mis cerencias mártir y fiel a mi misión,
cantando irá tu gloria mi fe de playa en
[playa,
sembrando mis creencias irá mi corazón.
Y si arenal ingrato que atravesar me
[espera,
y si mi fe o mis cantos escarnecidos son,
sin arrogancia vana ni humillación ras-
[trera,
yo apuraré mi cáliz hasta su hez postrera,
y agotaré mi aliento con mi postrer can-
[ción.

Porque errará quien juzgue que con mi
[canto anhelo
crearme una aureola de gloria mundanal:
a remontarse aspiran mis cánticos al cielo,
mas no sobre las alas de orgullo terrenal.
Yo soy como esas algas que arrastra el
[Océano,
como esa espuma que hace su bullidor
[cristal,
un átomo viviente salido de tu mano.
¡Señor, que no me sea mi vanidad fatal!

Tú, en cuyos ojos bebe su resplandor el día,
de cuyo ser recibe, cuanto le tiene, ser,
Tú que la causa sabes qué a América me guía,
no dejarás mi causa sobre la mar perder.
¡Sus, Paraná! desgarra los mares viento en popa:
no tiene el mar ni el viento contra mi fe poder:
Dios va conmigo: boga y aléjame de Europa.
El mar y el viento paso tendrán a Dios que hacer.

Bajo ese cielo puro, sobre ese mar sereno,
en alas de esa brisa que vuela entre los dos,
mi corazón sonríe de confianza lleno,
llevando la esperanza de mi bajel en pos.
Señor, pasiones tiene mi corazón de tierra,
pues que sujeto a ellas me le entregasteis vos:
mas cuanto caro al hombre mi corazón encierra,
lo dejan mis creencias a la merced de Dios.

Para cantar pusísteis la voz en mi garganta,
para creer henchísteis mi corazón de fe,
para cantaros siempre mi acento se levanta,
para adoraros mi alma por donde quiera os ve.
Señor, sea escuchada mi voz o escarnecida,
para cantaros siempre con brío la alzaré:
yo cruzaré cantando del golfo de la vida
las agitadas hondas hasta expirar.—¿Por qué?

Si a cuantos átomos
tienen acento
bajo la bóveda
del firmamento,
interrogarse pudiera un día:
«¿Por qué se exhala de tu garganta,
por qué produce tu movimiento
tal armonía?»
Todos los átomos
que hacen el mundo,
de el cielo cóncavo
al mar profundo,
aves del bosque, brisas del viento,
aguas del valle y ecos del monte;
cuanto murmullo vago y sonido
brota desde uno a otro horizonte,
surge por uno y otro elemento:
cuanto vagido
desconocido,
cuanto lamento
jamás oído,
deja en el viento
rumor perdido;
cuanto con ruido
de movimiento
o con aliento
de su garganta,
de sí exhalando son o armonía,
suspira, gime, murmura o pía,
o de otro modo su voz levanta
cumpliendo el sino feliz o adverso,
que la sujeta
a ser un átomo del universo
que su armonía nutre y completa:
como el poeta
que la interpreta,
respondería:
«Porque ley santa

fué de Dios que al crearme
me dijo: «¡Canta!»

I

¿Qué importa lo que forme la esencia del
[poeta?
¿Qué importa lo que guarde su inquieto
[corazón?
Su alma, cual los vientos, a nada está
[sujeta:
su espíritu no tiene ni patria ni región.
Su pecho está colmado de amor y de ar-
[monía:
los átomos más leves le traen la inspiración,
y canta como canta la luz del nuevo día
el ave a quien da el bosque nocturno pa-
[bellón.

Él es un átomo que forma coro
con cuanto tiene cuerpo sonoro,
armonizando la creación.
Mas, ¿por qué canta? ¿Con qué se inspira?
Por lo que canta cuanto respira,
cuanto en el orbe produce son.

Canta porque su germen
es la armonía:
por ley de quien del caos
le trajo al día:
cuya ley santa
con cuanto es le dice:
«¡Cántame!», y canta.

II

Su voz, como las voces del agua y de los
[vientos,
recorre cuantos tonos producen a la par,
henchidos de armonía como él, los elemen-
[tos
la gloria de Dios hechos como él para
[cantar.
Él gime como el cierzo que zumba entre
[las cañas,
susurra como el aura los olmos al cruzar,
murmura cual arroyo que corre entre
[espadañas,
como las ondas verdes del sosegado mar.

Canta cual canta cuanto suspira,
ama cual ama cuanto respira,
da lo que el cielo le ordenó dar,
como el mar conchas, césped el prado,
sombra la noche, lluvia el nublado,
ramo la palma, flor el azahar.

Canta y ama al unísono
con cuanto mira,
porque cuanto halla, cánticos
y amor le inspira:
su voz levanta,
porque cuanto es le dice:
«¡Cántame!», y canta.

III

A él, como a la gaviota de las desiertas
[playas,
como a la golondrina, viajera universal,
le dan un doble nido las torres y atalayas
que se alzan sobre el uno y el otro litoral;
su voz al par por eso, ya lánguida o po-
[tente,
ya en eco desmayado, ya en grito colosal,
retumba con el ronco bramido del torrente,
susurra con la abeja que zumba en el rosal.

Gime en el valle bajo los tilos,
ruge del monte dentro los silos,
silba en las grietas del peñascal;
para que pase su voz bendita,
sus ajimeces da la mezquita,
sus rosetones la catedral.

Con el bálsamo suave
de sus canciones
adormecen sus penas
los corazones:
todo lo encanta,
porque todo le dice:
«¡Cántame!», y canta.

IV

Óyeme, pues, ¡oh mundo! Mi ser con sus [tesoros
de amor y de armonías ha henchido el [Criador,
y canto como cantan tus átomos sonoros,
y amo como aman tus átomos de amor.
Yo hechizo de la vida las horas más in- [gratas,
yo aduermo las febriles vigilias del dolor,
al son de mis moriscas nocturnas serenatas
que imitan al amante cantar del suiseñor.

Creólas loca mi fantasía,
vistiólas rica mi poesía
con cuanta supo crear mejor;
y sus compases acaso extrañan,
porque a mi antojo les acompañan
ática lira, moro atambor.

Porque yo, bardo errante
cosmopolita,
canto al par en el templo
que en la mezquita:
y risa y llanto
dícenme al mismo tiempo
«¡cántame!», y canto.

I

Todos los átomos
que con acento
bajo la bóveda
del firmamento,
ya con ruido
de movimiento,
ya con aliento
de su garganta,
prestan al viento
rumor perdido:
desde el nublado
que ruge airado
y se adelanta
de piedra y cóncavos
truenos preñado,
hasta el insecto
que imperceptible
zumba en la atmósfera
más apacible:
desde el profundo
mar que, iracundo,
con voz inmensa
de enorme estruendo
la playa extensa
de la bahía
ensordeciendo,
acaso piensa
que podrá un día
sorber al mundo;
hasta la fuente
que con son blando
va murmurando,
su transparente
fresca corriente

desarrollando
como espejo de plata
límpido y terso,
forman la serenata
del universo.
Yo, como cuanto
del aire hueco
despierta un eco
o arranca un son,
mi voz levanto
lanzando el mío
por el vacío
de su región.
Mas a la inmensa
sacra armonía
que a Dios envía
la creación,
ante la densa
nube de incienso
que orla en su ascenso
su sacro son,
¿qué es el insano
son de la mía?
¿Qué es el ruin grano
que quemo yo?
¿Acaso pienso
yo en mi osadía
que ni su incienso,
ni su armonía,
con mi vil átomo
se acrecentó?
¿Mi alma insensata
piensa en su orgullo
que ni un murmullo
se oye quizás?
Sí, que aunque es átomo
vil y mezquino,
como arrebata
la catarata
la última gota
que en su camino
la peña brota
con las demás,
el torbellino
de la armonía
del son divino,
lleva la mía
de sí detrás.

He aquí por qué canto
mientras aliento;
porque sonoro mi átomo
se lleva el viento:
átomo leve,
mas que a los otros átomos
unirse debe.

V

CORRESPONDENCIA

AL SEÑOR DON J. M. TORRES-CAICEDO

Prometí a usted, mi querido amigo, que sería el primero a quien de la buena o mala ventura mía llegaran las primeras nuevas, y me apresuro a dárselas a vista de la isla de Santo Tomás, hasta la cual nos ha conducido a los navegantes del PARANÁ la voluntad de Dios, a pesar de la torpeza y descuidos de los hombres. Confío en que por un

mi amigo, de quien hablaré a usted más adelante y que en la isla que a la vista tenemos se halla hace años establecido, le será a usted remitida la presente carta, mucho antes tal vez de que yo pueda dirigirle otra por los paquetes de la Habana, a donde llegaré no cuando yo me proponía, esperaba y debía llegar, sino cuando Dios fuere servido, que es quien dispone de cuanto los hombres proponen, como supremo y absoluto dueño y gobernador del universo. Yo creo en Él a puño cerrado y en Él fío a pies juntillas como cristiano viejo y católico que soy, y en su creencia y fe voy a todas partes a donde debo ir, sin hacer caso de los obstáculos que a mi paso puedan oponer los peligros del mar o de la tierra, ni las dificultades y atolladeros de que el hombre se rodea cada día en la sociedad con sus pasiones o sus necesidades. Todo lo cual, y mucho más que me ocurre, viene aquí como de molde, mi querido Torres, aunque a usted no se lo parezca, por lo que voy a escribir a usted en ésta y en otras que escribirle me propongo, y por cuyo tenor irá comprendiendo que yo soy hombre que tomo la vida conforme Dios me la envía, que me pongo la capa conforme viene el aire, y que convencido de que en esta nuestra bien constituída y fraternal sociedad es preciso que medio mundo se ría del otro medio, estoy siempre dispuesto a reírme del medio mundo que del medio mío ríe, y aun del mundo entero si a la mano se me rodare. Yo, que tengo entre el vulgo nombre y fama de poeta, y que si lo soy, no es por mi talento, que es bien escaso, ni por mi ciencia, que es casi nula, ni por mi instinto e inspiración, que son extravagantes y descabellados, sino por la permisión benévola de Dios, el capricho de la fortuna y la gracia de nuestro siglo, en el cual con un poco de atrevimiento y aplomo puede cualquiera llegar a ser lo que más le convenga, apetezca o ambicione, me he propuesto dar a usted y a algunos otros amigos cuenta de las más principales cosas y personas con quienes vaya topando por esos mundos que se me ha sentado en el magín recorrer y visitar. Mas no por este preámbulo, un si es no es pedantesco, que por los puntos de mi pluma se va destilando sobre el papel, vaya usted a colegir, mi querido Torres, que voy a escribir a usted largos discursos sobre los países que atravieso, ni menos pensarlo. Que tal o cual isla, que tal o cual república o capital se halle a tantos o cuantos grados de latitud, tenga tales o cuales instituciones, tal o cual preponderancia política, buena o mala administración, *et coetera*, ni a mí me atañe tomarlo en cuenta, ni a usted le faltan libros y papeles donde enterarse de ello cuando interesarle pudiere. Escrita está en ellos la historia pasada de los pueblos hacia los cuales he enderezado mi rumbo, y no soy yo quien de ellos puede escribir la presente. Mi limitado saber y mi no muy asentado juicio, no son balanza fiel de la cual pueda yo pesar cuestiones de tan alta gravedad; contaré a usted sencillamente lo que fuere viendo, consignaré simplemente los hechos, y si usted o los amigos a quienes mi correspondencia mostrare, me la comentan un poco maliciosamente, a fe que no serán míos sus comentarios, ni yo seré responsable de las consecuencias que de ellos sacar pudieren las murmuradoras lenguas. De la mía sé que no dirá más que lo que deba decir, ayudada de mi pluma: las fábulas divertidas y las ejemplares historias

en versos como mejor mi comezón de hacerlos me los inspire, y en un libro que llevo idea de hacer imprimir para quien quisiere leérmele o criticármele, y las verdades en la prosa desaliñada de algunas cartas que pienso dirigir a algunos amigos para que se rían al leerlas, como yo al escribirlas, de los que de nosotros a su vez se rieren, se hayan reído o piensen reírse; que puesto que tengo para mí que siempre es mejor reír que llorar, procuro en todas ocasiones dar a las cosas de la vida una vuelta, para ver de ellas no más que la cara de risa, pues hartas pesadumbres se tiene el hombre con haber nacido, sin que otras nuevas se procure por su mal carácter. Así que yo doy a Dios gracias todos los días por habérmele dado tal, que no le dominan ni abaten las contrariedades y pesadumbres de la vida; y en verdad que de ello me congratulo, porque a ser mi carácter otro, hubiera en este bendito barco tragado mucha saliva y hecho no poca bilis, como algunos de mis compañeros de viaje.

Es, pues, el caso, y Dios se lo tenga en cuenta a quien tales los ocasiona, que como la guerra de Oriente es ahora en Europa la suprema razón de todo lo razonable y la irrecusable disculpa de todo lo inconsiderado y absurdo, nuestro buque estaba en Southampton destinado a llevar tropas a la Crimea: mas habiendo recibido su capitán repentina orden de salir para América y continuar su servicio, los preparativos y abastecimientos para este viaje tuvieron que hacerse con la mayor precipitación; de cuyas consecuencias amargas somos las víctimas inocentes los viajeros del PARANÁ. El capitán tuvo que enganchar en el puerto para su tripulación a los primeros vagabundos que tal enganche solicitaron, sin poder darse tiempo para averiguar lo que de achaque de marinería a los tales se les alcanzaba. A él, indudablemente, se le alcanzaron los inconvenientes de semejante tripulación; pero dijo para sus adentros: «El Gobierno manda y yo obedezco: de lo que acontecer pudiere a mi barco sobre la mar, no tendré yo, a fe mía, la culpa, sino los rusos, que se están en sus trece dentro de Sebastopol»; y embarcó sus improvisados marineros. El maquinista, al recibir la orden de montar inmediatamente la máquina del PARANÁ, que en reparación estaba, obedeció sin curarse de que muchas de sus piezas no estaban aún convenientemente pulidas ni graneadas. Alcanzósele a él muy bien que semejantes piezas podrían llegar a encandecerse con la violenta rotación de la máquina; pero dijo como el capitán: *la culpa tienen los rusos de Sebastopol;* y el abastecedor, al embarcar nuestros poco aceptables víveres, y el camarero al recibir nuestra inepta o bisoña servidumbre, se hicieron, a no dudarlo, la misma cuenta; así es que viajamos en el PARANÁ con tanta comodidad y tan libres de cuidados como los rusos de Sebastopol. Las palancas motrices y los espigones de los émbolos de nuestra máquina de vapor comenzaron a enrojecerse al cuarto día de navegación, amenazándonos con un incendio: pero a fe que debajo teníamos el mar y no podía faltarnos con que apagarlo, de modo que con un hombre que hemos traído encargado de echar continuamente agua y aceite sobre los ejes enrojecidos, hemos venido como sobre flores: es verdad que llegamos a Santo Tomás con cinco días de retraso y que hemos estado diez veces expues-

tos a estallar; pero si tal hubiera acontecido, no fuera poca satisfacción el saber y conocer la causa de nuestro estallido: *los rusos de Sebastopol*, consuelo que no logran tener todos los que truenan en este mundo. Algunos de mis compañeros de viaje, acaso muy melindrosos o todavía no bien civilizados y hechos a la sencilla, saludable y nutritiva cocina inglesa, murmuraban de los sendos tasajos de carne y de los macizos pudines que a la mesa nos han servido; pero además de que bien puede ser animosidad nacional, pues los que no los hallan de su gusto no son ingleses, yo tengo para mí que no tienen gran fundamento para semejantes plañidos, pues los dichos tasajos y pudines han estado siempre mucho más tiernos que las pastas de los pasteles y la galleta que con ellos nos han ofrecido constantemente; y además yo estoy convencido de que en el Paraná y en cualquiera de los buques ingleses que sirven nuestra travesía, comen, han comido y comerán siempre los viajeros mucho mejor mil veces que los rusos de Sebastopol: y visto lo que éstos duran allí, no tienen aquéllos grandes motivos para hacer aspavientos.

Y dejando esto aparte, mi querido Torres, dejo la pluma porque estamos entrando en el puerto: de lo que en él me sucediere procuraré tener a usted al corriente; y entretanto le incluyo adjunta la composición que le prometí para el álbum de la linda Bolivia de Francisco Martín; que dado que no sea ofrenda digna para su hermosura, será siempre una prueba del buen recuerdo que llevo de la amistad y favor con que sus señores padres en su casa me han recibido.

A LA SEÑORITA

BOLIVIA DE FRANCISCO MARTÍN

IMITACIÓN DE UNA KÁSIDA ÁRABE

Dió el cielo a la criatura
tres flores: la juventud,
la esperanza y la hermosura;
la inocencia es su frescura,
su perfume la virtud.

Bolivia, tu álbum es un espejo:
quien en él firma se mira en él;
mas de su imagen queda el reflejo
sobre su luna perpetuo y fiel.
¿La mía quieres? Yo te la dejo
sobre el haz blanca de este papel,
bajo la forma de un buen consejo
útil y dulce como la miel.

Como las flores, la criatura
rica de aromas y de hermosura
crece y ostenta su juventud:
como a las flores el sol las trueca,
su cáliz aja, su tallo seca,
y caen en mustia decrepitud:
mas mientra el tiempo la flor consume,
nos vivifica con su perfume
y átomos puros da de salud.

La mujer crece como las flores,
fresca, lozana,
rica en colores,
mostrando ufana
su juventud:
pasa como ellas y se consume;
pero tras ella deja el perfume
vital y eterno de la virtud.
¿Sabes, empero, Bolivia hermosa,

en qué a las flores lleva ventaja
la mujer pura, la virtuosa,
flor de las flores la más preciosa,
cuya semilla del cielo vino,
y en los jardines de Edén florece,
flor perfumada de olor divino
que nunca al aire se desvanece,
flor de almo origen y excelsitud?
En que a las flores el sol las aja,
su tallo dobla, su olor rebaja,
y caen en mustia decrepitud;
mas la memoria de la dichosa
mujer sencilla, fiel, virtuosa,
flor siempre viva, perpetua, hermosa,
estrella fija y esplendorosa,
no tiene ocaso ni senectud;
cuando al sepulcro su cuerpo baja,
de su sepulcro bajo la losa
es cuando el ámbar de su memoria,
su luz, su gloria
se desarrollan en plenitud.
Raíz eterna prende en su fosa
como en chinesco tazón la rosa;
capullo fresco la es la mortaja,
y más vivífica, más aromosa
su esencia exhala de su ataúd.

Flores con alma sois las mujeres:
mas las que vanas con su hermosura,
del mundo fútil en los placeres
su gloria cifran y su ventura,
son margaritas faltas de olor,
las que constantes y cuidadosas
en sus costumbres puras, sencillas,
miran atentas a sus deberes,
hijas humildes, fieles esposas,
madres amantes y piadosas,
son azucenas siempre olorosas,
de cuyo cáliz, rico en semillas,
queda en la tierra germen y olor.

Bolivia hermosa, flor que temprana
tu tallo elevas gentil y ufana,
tus hojas abres fresca y lozana,
rica en colores y en juventud,
hoy que a su oriente tu vida asoma,
germen fragante y esencias toma,
conserva siempre puro el aroma
vital y eterno de la virtud.

¡Adiós, Bolivia! De ti me alejo:
versos me pides: yo te los dejo
sobre el haz pura de este papel;
mas como tu álbum es un espejo,
y quien le firme, de su reflejo
deja la imagen grabada en él,
cuando mis versos a solas leas,
cuando en su luna mi imagen veas,
como tu espejo quiero que creas
que soy tu amigo sincero y fiel.
Crece y arraiga, Bolivia hermosa:
crece, flor pura, fresca y pomposa,
gala y ornato de tu vergel:
mas ten presente mi buen consejo,
y tu existencia será dichosa,
y tu memoria será un reflejo
de luz celeste y esplendorosa,
será fragante como la rosa
y será dulce como la miel.

Sábelo por tu ventura:
tres flores son *juventud,*
esperanza y hermosura:
la INOCENCIA es su frescura,
su perfume es la VIRTUD.

Isla de Santo Tomás—Diciembre, 23—1854.

Bueno es vivir para ver, porque cuanto más se ve, más se sabe, mi querido Torres, y en Dios y en mi ánima le aseguro a usted que me alegro de haber nacido para ver y saber cosas que jamás me pasaron por el magín: y dígolo porque ayer vi y aprendí una, que me convenció de cuán engañado había yo vivido hasta ahora acerca del empleo y utilidad de los buques-correos que sirven la línea de Southampton a Veracruz. Ya sabe usted, amigo mío, que el que de Southampton parte, encuentra en Santo Tomás otro al cual trasborda sus pasajeros y correspondencia, partiendo con ellos y con ella a la Habana, Veracruz y Tampico, el buque estacionado en Santo Tomás, y estacionándose en este puerto el que arribó a Southampton, para conducir a Europa los pasajeros y la correspondencia que de aquellos puntos de América a su tiempo debe arribar.

Usted sabe que los ingleses son la gente más exacta del mundo, y que en donde quiera que dos empresas o dos compañías están planteadas, no importa para qué objeto, como una de ellas sea inglesa, se capta el favor del público, por la fama de exactitud y formalidad de que goza la Inglaterra por todo el universo; pues bien, ahora verá usted la exactitud y formalidad con que sirve esta línea la Inglaterra. Ayer, al entrar en este puerto, no vimos en él buque alguno que a la compañía inglesa perteneciera; pedimos nuevas del que debía esperar el arribo del PARANÁ, y el agente de la Compañía nos respondió que como nos habíamos retrasado cuatro días, no había podido esperarnos y habíase hecho a la mar para la Habana el 20, como era su deber, según el contrato que con el Gobierno inglés tiene hecho la Compañía. Los poetas no solemos ser muy fuertes en lógica, pero había aquí un argumento que saltaba a los ojos y que no pude menos de hacer al agente inglés, preguntándole:

—¿Para qué se estacionan cada mes en Santo Tomás dos buques correos?

—Para recibir y conducir a las Américas los pasajeros y la correspondencia de Europa—me respondió el inglés.

—Entonces, ¿qué es lo que va a hacer a la Habana sin una ni otros el buque que de aquí salió el 20?

—A cumplir con su obligación de partir de aquí y arribar allá exactamente en los días marcados. Caballero, la compañía no debe, según el contrato, alterar el servicio de los correos por ningún motivo.

—Yo creía que el servicio a que la Compañía estaba obligada era la conducción de la correspondencia. ¿Qué hace, pues, en la Habana, vuelvo a preguntar, el capitán del buque que partió de aquí sin ella el 20?

—Dar parte de que a su salida de aquí no había llegado el buque de Europa, y pre-

bar su exactitud y la mía. Y basta de preguntas, caballero; no es a usted a quien tengo yo que dar cuentas ni explicaciones.

Y el inglés me volvió la espalda.

A los pocos minutos, el capitán del PARANÁ fijó en la cámara de popa un cartel en el cual anunciaba a sus pasajeros que permanecerían en aquella isla hasta el 20 de enero de 1855, para cuya época debía llegar de Southampton el buque correo del 2 del mismo mes, si el Gobierno no le embargaba para conducir tropas a Sebastopol.

Ante aquel inesperado anuncio, fueron de ver y de oír la estupefacción de los unos y los reniegos de los otros: el temblor de los nerviosos o pusilánimes, y las quejas e imprecaciones de los biliosos e iracundos. Hubo lágrimas, gritos, ataques de nervios, maldiciones y tirones de pelos, ante la risueña perspectiva de permanecer un mes en aquella isla, en la cual dicen que el cólera, el vómito, el pasmo y las cuartanas esperan con los brazos abiertos a los vagabundos europeos. Los que de nosotros no iban sobrados de dineros, ponderaban los fabulosos precios a que los indígenas nos iban a hacer pagar los artículos de primera necesidad en su hospitalaria isla; una mala cama, a una buena onza; una libra de carne, a una esterlina; un plátano, a un peso. Los tímidos y aprensivos aseguraban que en Santo Tomás no se podía comer fruta, ni beber vino, ni bañarse, ni salir al sol, ni pararse a la sombra, ni mirar a la luna, ni transpirar de noche sin ser acometido de una enfermedad tan violenta como incurable, noticias todas agradabilísimas para quien tenía mucho miedo, pocos dineros, menos conocimiento del país y grande necesidad y priesa de llegar a su destino.

Yo, amigo mío, que conozco y practico el refrán de «a Dios rogando y con el mazo dando», y que comprendí que los lamentos ni los reniegos no nos sacarían del atolladero en que la exactitud del inglés nos había metido, anuncié mi determinación de saltar en tierra, para ver de hallarle alguna salida con ayuda de los cónsules europeos residentes en la isla de Santo Tomás. Adhiriéronse a mi pensamiento Pancho Baralt y Leonardo Delmonte, pariente el primero de Rafael M. Baralt, poeta e historiador de Nueva Granada, que lleva su mismo apellido, que es ya justamente célebre por sus escritos, a quien no conozco personalmente, y a quien tengo en no poca estima por lo que de su pluma he leído, e hijo el segundo del malogrado habanero Domingo Delmonte, a quien debí una buena amistad en París y muy delicados servicios en Madrid: mozos ambos el Pancho y el Leonardo a quienes hallé a bordo del PARANÁ, y de quienes hablaré a usted más adelante en ésta y en mis siguientes cartas. Saltamos en un botecillo gobernado por un robusto negro, y nos dirigimos a aquella tierra que tan insalubre e inhospitalaria nos habían pintado y que a mí tan pintoresca me parecía, por encima de un mar azul y tranquilo y bajo un sol cuyos rayos no poco nos calentaban a pesar de hallarnos en el mes de diciembre. Aquella población construída en anfiteatro en la falda de aquellas colinas eternamente verdes, aquella rica vegetación de los trópicos que yo por primera vez veía, aquellos penachos ondulantes de palmas y cocoteros que coronaban los cerros,

aquella alfombra de arbustos y yerbas aromáticas que vestían sus fecundas lomas, aquellas flores abiertas y aquellos frutos maduros que mis ojos por doquiera alcanzaban a ver, el espectáculo, en fin, de una naturaleza y una gente tan distintas de las por mí hasta entonces conocidas, me tenía embebecido y encantado; y no podía convencerme de que aquella atmósfera tan luminosa y transparente, y aquella tierra tan fértil y tan florida, encerrasen traidoras en su seno tantos gérmenes de muerte en sus miasmas epidémicos tan fatales a los europeos. Parecíame que estaba contemplando uno de aquellos panoramas que nos enseñan en Londres, en los cuales ve uno pasar ante sus ojos y visita en una noche todas las riberas del Ganges y las maravillas de la India; y yo era sin duda el solo viajero del PARANÁ que daba gracias a Dios por haberle traído a aquella isla que los europeos abordan siempre con inquietud y desconfianza. Yo veo a Dios por todas partes, mi querido Torres; yo encuentro a la divinidad y su poesía hasta en los más desiertos arenales, y bendigo al Criador hallando admirable y portentosa la creación en la cual no veo malo nada más que el hombre, que viciado por sus malas pasiones, alucinado por las teorías de su falsa ciencia y corrompido por los vicios de la loca sociedad, ha degenerado física y moralmente del hombre a quien Dios colocó, bello, noble, vigoroso, inteligente y sabio, en los jardines del Edén. Por donde quiera que se torne la vista, la creación impregnada del perfume de la religión y la poesía, revela a Dios; mas por donde quiera se encuentra al hombre envilecido en el fango del egoísmo y del interés, puesto que nuestra moderna y tan decantada civilización convierte en avarientos comerciantes a nuestros nobles, a nuestros héroes, a nuestros ricos, a nuestras hermosas y hasta a los sacerdotes de nuestra religión de caridad y fraternidad, cuyo generoso Fundador, para enseñarnos estas dos universales obligaciones y cristianas virtudes, vivió pobre derramando beneficios, murió dando liberal hasta la última gota de su sangre, y la única vez que se armó de un látigo, fué para echar del templo a los mercaderes.

Pero dejémonos, mi querido Torres, de reflexiones y moralidades que no están en su lugar en esta nuestra correspondencia.

De ellas me sacó el ruido de un bote que tras del nuestro venía, o mejor dicho, volaba, impulsado por cuatro vigorosos negros, que al acompasado impulso de cuatro remos le hacían rasar como una golondrina la superficie de las tranquilas aguas. En él venía sentado un joven rubio y pálido, cuyo cuerpo débil y enfermizo se envolvía en una capa a pesar del calor casi sofocante de aquellos tropicales climas. Deslizóse rápido al lado del nuestro el bote en que el joven iba, y al emparejar con nosotros, sacando de bajo la capa una mano descarnada, blanca y aristocrática, me saludó descubriendo al quitarse su sombrero de fieltro una frente alta, despejada e inteligente, y enviándome una mirada afectuosa y melancólica y una sonrisa casi imperceptible. Devolvímosle su saludo mis compañeros y yo, y preguntáronme quién era; no supe qué responderles; la fisonomía de aquel mancebo no me era desconocida, pero ni recordaba su nombre

ni el lugar u ocasión en las cuales le hubiese visto ni encontrado. Por pasajero del PARANÁ no podía tenerle, puesto que a bordo del buque estaba yo seguro de no haberle apercibido durante nuestra navegación, y eso que hubo momentos de susto, en que se asomaron sobre cubierta hasta los ratones de la bodega. Como quiera que fuere, yo no pude menos de seguir con los ojos al desconocido hasta verle saltar en tierra y desaparecer entre las casas; su recuerdo duró vivo todo el día en mi memoria, por no sé qué de fantástico y misterioso que descubrir se me antojaba en su figura noble y melancólica, en torno de cuya expresiva cabeza se me figuraba apercibir esa aureola de poesía y de desventura que creemos ver la gente de arte alrededor de las de Cervantes, Carlos I de Inglaterra, Byron y Andrés Chenier. Atracó nuestro bote en el mismo lugar en que el suyo atracado había, y dirigíme inmediatamente con mis amigos en busca del cónsul español, don Federico Segundo, a quien hallamos en el corredor de una fonda que, como todas las casas de aquella población construída en anfiteatro, abría sus vistas sobre la mar. Recibiónos con la cortesía noble pero franca, característica de los españoles, exenta de la gravedad erguida y ceremoniosa de los ingleses y de la afectación exagerada de los franceses; expusímosle en breves palabras nuestra posición, comprendióla el cónsul en más breves momentos, y apareciéndose en aquéllos el agente inglés en la fonda, punto de reunión general al arribo de los buques de Europa, abocóse con él el español, y en la lengua de Albión, que el señor Segundo correctamente habla, le probó que el toque de su empleo no estaba en la exactitud de las salidas de los buques correos de la isla de Santo Tomás, sino en la del arribo de la correspondencia a los extremos de la línea por ellos establecida; y que los intereses de los Gobiernos y el servicio del público, era antes que los de la Compañía. Replicó el inglés y tornóle a argüir el español; tornó a resistir aquél y a insistir éste; comenzó a llenarse el corredor de curiosos e interesados, entre los cuales acertó a estar el cónsul inglés; enteróse de la discusión y púsose de parte del español; tornaron juntos a argüir al agente de la Compañía inglesa y tornó éste a replicar y a resistir; excusóse él con su obligación y las órdenes de sus principales de Londres, y opusiéronle ellos la que sus cargos consulares les imponían y las órdenes de sus respectivos Gobiernos; atrincheróse el inglés en su responsabilidad ante la compañía inglesa, de quien era allí único y absoluto representante; opusiéronle los dos cónsules su responsabilidad ante las dos naciones a las cuales representaban, y finalmente el inglés, que a mi ver luchaba sólo para no ceder sin pelear, se dió por vencido y propuso fletar una goleta que anclaba en el puerto para conducir a la Guaira los viajeros y la correspondencia de la América del Sur, y enviarnos a los que íbamos a la Habana y Veracruz en el PARANÁ a la Jamaica, donde hallaríamos el *Wye* pronto a conducirnos a nuestro destino. Aceptaron los cónsules su proposición y diéronle las gracias por semejante complacencia: dímoselas nosotros a los cónsules; enteráronse nuestros compañeros de viaje, que tras nosotros poco a poco desembarcado habían, del nuevo y ventajoso arreglo hecho en nuestro favor, gracias a nuestro cónsul, y los que habían comen-

zado por llorar, concluyeron por reír; los que se habían encolerizado, empezaron á sentir el apetito que da la bilis, y comenzaron los tímidos y aprensivos a ver menos desagradable la perspectiva de nuestra permanencia en Santo Tomás a la luz de la esperanza de nuestra próxima partida, la cual debía verificarse a las cuatro de la tarde del siguiente día. Cambiáronse, pues, los temores en confianza, los ataques de nervios en tranquila serenidad, el llanto en risa, en aplausos las reclamaciones y en alegría, en fin, la tristeza. Partió el agente inglés cargado de nuestras bendiciones a fletar la goleta para la Guaira, y a mandar aprestarse el PARANÁ a conducirnos a la Jamaica a los que a la Habana debíamos ser conducidos, y, concluída en comedia la tragedia de nuestro viaje, nos dispusimos a celebrar su cómica conclusión con un almuerzo que nos quitase de la boca el gusto acre y las ampollas que en ella nos habían dejado la mostaza y los pudines del PARANÁ. El señor don Federico Segundo, viéndonos en tan felices disposiciones y a salvo de la disipada tormenta, se despidió de nosotros, no sin hacernos en especial a mis dos amigos y a mí las más francas y generosas ofertas; quedamos por ellas y la poderosa intervención con que en nuestros asendereados negocios había terciado, grandemente agradecidos, y contentísimos de haber hallado en aquellos parajes un tan cortés y cumplido caballero representando los derechos y protegiendo los intereses de la España.

Partió nuestro cónsul y apareció nuestro almuerzo, del cual sólo podía amargarnos el fabuloso precio que según los pronósticos pasados debía costarnos; pero la Providencia tenía dispuesto que yo no participara de ninguna de las amarguras de la isla de Santo Tomás. A punto de sentarme a la mesa, recibí una invitación apremiante, sin admisión de excusa ni demora, para pasar con mis dos amigos a casa del general don Buenaventura Báez, ex presidente de la República dominicana, que en su casa nos tenía dispuesto almuerzo y hospedaje, más suculento, más cómodo y más económico que el de la fonda. Un carruaje nos esperaba a su puerta, y no habiendo medio, ni pasándonos, en verdad, por la cabeza pensamiento de rehusar, abandonamos a nuestros compañeros que nuestra buena fortuna envidiaron, y partimos a casa del general.

Nada puedo decir a usted de este personaje, mi querido Torres, que usted no sepa. Usted y yo le hemos conocido en París de embajador de su República, y la parte que en los sucesos políticos de la isla de Santo Domingo ha tenido está consignada en los periódicos de la época; ni a mí me cumple ahora recordarla, ni juzgarla me corresponde; tanto más cuanto que siendo el general Báez amigo mío, no podría yo menos de ser parcial hablando de su persona. En esta ocasión tomó delicadamente pretexto para hacernos sus huéspedes, el de hacerme probar, a mí, europeo que por primera vez visitaba aquellas islas, las exquisitas frutas americanas. Ofrecióme, en consecuencia, una mesa sobre la cual campeaban la olorosa piña, la jugosa chirimoya, el plátano nutritivo, el rojo y suave mamey, el azucarado zapote, el delicado mango, las sabrosas conservas de guayaba, de icaco y de limoncillo, adornada con flores de toda especie y cuyos cuatro

ángulos flanqueaban sendas botellas del Rhin, de Bordeaux y la Champagne; a través de las cuales comencé a ver la isla de Santo Tomás como la tierra de promisión, la casa del general como el encantado palacio de Aladín en las *Mil y una noches*, y la América como un Edén. No necesito describir a usted el almuerzo, que alegró Baralt con su erudita y picante conversación, en medio de la cual me pidió el general la historia de mi serenata a la Emperatriz Eugenia, que de mil modos había oído contar, y cuya composición no había podido haber a las manos. Repuse yo, que si quería oír la serenata estaba pronto a recitársela, y que de su historia le diría cuatro palabras después de habérsela recitado. Aceptó él, holgáronse mis amigos de comenzar a hacer la digestión al rum-rum de mis versos, y comencé yo a decirlos, no poco halagado de que ellos quisieran oírmelos.

A S. M. I. EUGENIA
EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES

SERENATA MORISCA

INTRODUCCIÓN

I

Yo adoro, bardo errante, la gloria y la hermosura;
mi templo es el espacio, mi altar la creación;
yo vivo en la pasada para la edad futura,
y aislado entre dos siglos está mi corazón.
Tu gloria y tu hermosura por eso solitaria
mi voz canta en las sombras al pie de tu balcón:
perdona, pues, señora, si viene temeraria
a perturbar tu sueño mi bárbara canción.

Yo habito de Granada las arabescas ruinas:
allí donde los muros de tu mansión natal
del áureo Darro lamen las ondas cristalinas,
cual ora las del Sena tu alcázar imperial.
Yo habito aquellas lomas y páramos felices,
do reverbera espléndido el sol meridional
que ha dado a tus cabellos del oro los matices,
y a tu purpúrea boca las tintas del coral.

Yo habito allí, señora, muy lejos de los hombres,
de seres misteriosos en otra sociedad,
do hablamos otra lengua y usamos otros nombres
perdidos ya o extraños a la presente edad.
Yo habito aquel imperio de luz y poesía,
de calma religiosa, de santa soledad,
do son mi amistad sola, mi sola compañía
las sombras de los dueños de la gentil ciudad.

Las nómades costumbres de su africana tierra
cambiaron mi lenguaje, mi fe, mi educación:
la fe de los poetas que el cristianismo encierra
desdeñará a las mías unir su inspiración;
tu gloria y tu hermosura por eso solitaria
mi voz canta en las sombras al pie de tu balcón:
perdona, pues, señora, si viene temeraria
a perturbar tu sueño mi bárbara canción.

II

Mas de esta voz salvaje que, sola y a deshora,
te envía en las tinieblas su cántiga oriental,
es mágica la historia: escúchala, señora,
si aún no ha cerrado el sueño tu cámara imperial.
Es una historia de hadas: de aquellas que los magos
de Oriente, en sus leyendas de origen celestial,
escuchan en la noche entre los ruidos vagos
contar a una paloma posada en un rosal.

De aquellas que, en la lengua del árabe sonora,
y en caracteres de oro con puntos de carmín,
nos vienen en los libros de Alepo y de Bassora,
y allá leen las sultanas al son del bandolín.
Es una historia de esas cuyo relato exhala
de pájaro gorjeos y aromas de jazmín,
y halaga los sentidos y el ánimo regala
cual son de agua que corre, cual aura de jardín.

Tal es, tan delicada, la trova peregrina
que a solas en la noche te vengo yo a cantar,

errante e ignorado como una golondrina
que deja el nido frágil allende de la mar.
Las sombras de Granada que moran sus palacios
y pueblan sus florestas de mirtos y azahar,
abriéndome del aire los límpidos espacios,
prestáronme unas alas con que a tus pies llegar.

Mas, ¡ay!, como en las sierras de Elveira y Alpujarra
la arpa y la griega lira desconocidas son,
mis versos acompaña de rústica guitarra,
escaso de armonías, el berberisco son.
He aquí por qué, señora, mi trova solitaria
entono en las tinieblas al pie de tu balcón;
perdónala, sultana, si viene temeraria
a interrumpir tu sueño mi bárbara canción.

III

Era, ha muy pocas noches y en altas horas, una
de esas serenas, limpias con que comienza abril;
mi espíritu en los rayos de la menguante luna
vagaba en las riberas de Darro y de Genil.
Ya están allí avanzados los árboles con hojas:
ya allí la primavera su fuerza juvenil
ostenta, y ya las rosas empiezan a ser rojas,
y rompen ya las lilas en plenitud viril.

Al penetrar cansado por el alcázar moro,
retiro a que mi alma se acoge con amor,
oí de sus techumbres filigranadas de oro
estremecer los ecos insólito rumor.
Su espacio estaba lleno de misteriosos ruidos,
sus auras impregnadas de aroma embriagador,
y de invisibles seres por ellas esparcidos
sentía yo agitarse las alas sin color.

Que henchía del alcázar la residencia quieta
la fuerza de un misterio recóndito juzgué,
y oyendo de los Genios amigos del poeta
la voz susurradora, tranquilo me acerqué.

Yo, familiar con ellos y favorito suyo,
su lengua misteriosa y encantadora sé,
y de ella con las frases armónicas construyo
los himnos que me inspira mi solitaria fe.

He aquí por qué las sombras que en el Alhambra habitan
y los esquivos Genios que guardan su mansión,
a sus nocturnas rondas benéficos me invitan
y a hacer de sus historias la amena relación;
y he aquí por qué, señora, mi trova solitaria
te canto en las tinieblas al pie de tu balcón:
perdónala, sultana, si viene temeraria
a interrumpir tu sueño mi bárbara canción.

IV

No es hija de mi numen mi tosca serenata;
los Genios del desierto crearon mi cantar;
agreste es su palabra, su melodía ingrata,
suspiro de las tribus indómitas de Agar.
Los Genios del desierto, que en el Alhambra moran
después que la perdieron los hijos de Alhamar,
las hadas musulmanas, que su partida lloran,
la hicieron, himno rudo del Agareno adoar.

Los Genios, las Huríes, los Silfos y las Hadas
que vienen por las noches a reunirse allí,
dejando sus silvestres incógnitas moradas
ocultas en la fértil comarca Granadí,
de la árabe creencia los ángeles caídos
de quienes esta noche la vela sorprendí,
la hicieron en su lengua sonar en mis oídos
mandándome en la mía tornarla para ti.

Los Silfos que se labran su tienda de reposo
con las plegadas hojas del fresco tulipán,
en cuya alcoba móvil con su hálito oloroso
las ráfagas nocturnas a columpiarles van:
las vírgenes perpetuas, las célicas Huríes

que, huyendo el paraíso do las creó el Korán,
la vuelta de los reyes, sultanas y walíes
esperan del caído imperio musulmán;

aquellas voluptuosas divinidades moras,
de su sensual creencia soñada creación,
en pájaros y flores tornadas a estas horas,
habitan en tus valles de Orgiva y Lanjarón.
En nombre suyo vengo: por eso solitaria
mi trova en las tinieblas se eleva a tu balcón:
perdona, pues, señora, si llega temeraria
a interrumpir tu sueño mi bárbara canción.

V

Aquellos lindos seres que, fieles a sus lares,
quedáronse en las tierras que hubiste tú después,
te amaban como dueña gentil de los lugares
que habitan, do ya nunca se posarán tus pies.
Y aquellos lindos seres, que viven encantados
allí bajo las sombras del tilo y del almés,
su tierna despedida te envían desolados
en estos versos rudos que de mi numen crees.

Los Genios de las aguas, las aves y las flores
de Lanjarón y Orgiva, de quienes soy rawí,
su intérprete me hicieron, sus alas de vapores
prestáronme y un himno me dieron para ti.
Yo soy quien te le canto: mas, de ellos mensajero,
repito sus palabras cual me las dan a mí;
con ellas va, señora, mi corazón sincero,
yo, más no poseyendo, con él contribuí.

Balsámica azucena del campo de Granada
que dejas nuestras vegas tornada en flor de lis,
paloma de la Alhambra de allí desanidada
para anidar a sombra del trono de San Luis:
olvida unos momentos, feliz emperadora,
la cortesana lengua de tu imperial París,

para escuchar atenta mi serenata mora
en la robusta lengua de tu oriental país.

En medio de tu corte que leyes da a la Europa,
y el ostentoso lujo de tu imperial salón,
parecería pobre mi berberisca ropa,
se arrastraría débil mi pobre inspiración.
Por eso en las tinieblas mi trova solitaria
que oyeras quise a solas al pie de tu balcón:
permite, pues, señora, que suba temeraria
a interrumpir tu sueño mi bárbara canción.

SERENATA

I

LOS GENIOS

Genio de alas doradas
y ojos risueños,
rosa de nuestros valles
alpujarreños,
Alah dé en Francia
digno espacio a tu vuelo
y a tu fragancia.
Alah dé el ser del ángel
a tu hermosura,
y a tu ser de las flores
la esencia pura,
y piensen que eres
el ángel de las flores
y las mujeres.
Al contemplar tus pueblos
tu donosura,
flor te crean o ángel,
no criatura:
Naturaleza,
la de la flor y el ángel
dió a tu belleza.

En Granada naciste:
bien lo pregona
la oriental gentileza
de tu persona:
tú te asemejas
a los Genios benignos
de sus consejas.
El alcázar augusto
donde tú mores,
urna sea en que gracias
sólo atesores:
desde tu estancia
el benéfico Genio
sé de la Francia.

II

LAS FLORES

Tu presencia es, ¡oh rosa
de la Alpujarra!
aura fresca de río,
sombra de parra:
donde aparece,
todo se vivifica,
todo florece.
De la Alpujarra sales;

bien los olores
lo dicen que tu cuerpo
trae a sus flores:
en tus entrañas
arraiga un pie de lirios
de sus montañas.
Tus ojos son más puros
que los raudales
de sus frescos arroyos
y manantiales:
y tus cabellos
tienen las mismas ondas
que tienen ellos.
Tu aliento huele al ámbar
de la azucena
de los valles de Yegen
y Lucainena:
según trasciendes,
es de una mata de ellas
de quien desciendes.
Flor que dejas los cármenes
del reino moro,
tu cáliz de virtudes
sea tesoro:
y su fragancia
se derrame en favores
sobre la Francia.

III

LOS PÁJAROS

Ya al brotar los albores
de la mañana,
no oirás nuestros píos
a tu ventana;
porque leales
defenderán tus rejas
águilas reales.
Paloma no apareada
con las palomas,
al aire de las águilas
el vuelo tomas:
pues te dió el cielo
el alma de paloma,
de águila el vuelo.
Tórtola que te acojes,
de amor herida,
al alcázar en donde
tu amor se anida,
¡que el aura leve
la ventura a sus torres
contigo lleve!
Nosotros en tus valles
anidaremos,
y en tus techos desiertos
nos posaremos:
mas del olvido
no haremos en el árbol
jamás el nido.
Golondrina que partes
¡que el bien te siga!
Águila coronada
¡Dios te bendiga!
¡Dios de tu infancia
la paz dichosa lleve
contigo a Francia!

IV

EL POETA

Al ¡adiós! que te envía
por mí Granada,
tolérame, señora,
que el mío añada:
halle acogida
en tu gracia por ella
mi despedida.

Excusa que mi audacia
llevar pretenda
al altar de tu gloria
mi propia ofrenda:
mas que te muestre
mi fe quiero a lo menos
ramo silvestre.
Yo, a estilo de mi tosca
tierra africana,
dejo un ramo de flores
en tu ventana:
¡y ojalá en ellas
el favor te dejara
de las estrellas!

¡Plegue a Dios que mañana,
cuando las halles,
de Granada te acuerden
los frescos valles;
y que al cogerlas,
en tus manos de nácar
se tornen perlas!
Emperatriz augusta,
yo te saludo
y parto: da al olvido
mi canto rudo.
Fué en mí arrogancia,
pero fué deber mío
cantarte en Francia.

Concluí de recitar mis versos, y mostráronseme muy pagados de ellos el general y mis dos amigos: calificómelos aquel diplomático de superiores, y pusiéronmeles aquéllos sobre las nubes, y lo que fué más sobre el Chambertin: lo cual me escandalizó; porque en verdad, mi querido Torres, el del general era delicioso, puesto que al atravesar el Atlántico se había grandemente avalorado. Además, creía yo entonces y ¡Dios y los poetas me lo perdonen!, pero sigo todavía creyendo, que todos los versos hechos y por hacer, no valen una botella de Chambertin como la que a su mesa nos sirvió el general: y cuando allá en el siglo XII dijo de los suyos Gonzalo de Berceo:

Bien valdrán según creo un vaso de bon vino,

tengo para mí que

o erró de medio a medio diciendo un desatino,
o no bebió en su vida un vaso de buen vino,
o estaba ya chocheando y hablaba ya sin tino
o miente por la barba el buen Benedictino.

Tal es mi opinión sobre el vino y los versos, en la excelencia y utilidad de cuyos dos productos del discurso y trabajo del hombre no hay comparación ni duda posible; porque las del buen vino son universalmente reconocidas y respetadas, y las de los mejores versos del mundo andan siempre como la fama de las mujeres bonitas, en lengua de todos los desocupados y murmuradores, sin poder jamás establecerse definitivamente en parte alguna. En el fondo de una botella de buen vino, halla inspiración el hombre de genio, valor el cobarde, y alegría el triste; y hablo aquí del hombre moderado que con talento le bebe: porque a los tontos que de nada saben usar sino que de

todo abusan, el vino siempre les rinde, y en vez de la excitación del genio no les da más que la modorra de la estupidez. Pero hasta en eso prueba su excelencia el buen vino; pues mientras hace dormir a los tontos, libra al mundo de su tontería: cosa que no lograrán hacer jamás todas las universidades, academias e institutos científicos conocidos. Con el buen vino no se atreve a mayores ni el más valiente, porque el sabio está seguro de que por él ha de ser vencido, y el tonto se encuentra subyugado por su poder desde el principio de entrar con él en abierta lucha; pero a los versos no hay presumido que no se atreva: su excelencia está siempre en controversia, y no hay cirujano romancista, ni barberillo latini-bárbaro, ni licenciadillo sin pleitos, ni doctorzuelo sanguijuelista sin clientela, que no se crea con derecho a decidir ex cátedra del mérito de Homero o del Tasso, a enderezar como palos de trucos a Cervantes y a Calderón, a Lope y a Cienfuegos: y encuentra falto de gusto a Bretón, el primer poeta cómico de nuestra tierra, y el más rico y poderoso y correcto versificador de todos los poetas nacidos; y falto de armonía a Espronceda, cuyos versos se cantan solos, y falto de inspiración a Heredia, cuyas fogosas estancias estremecen las fibras de la sensibilidad y del entusiasmo, como la máquina de vapor las jarcias de nuestro buque; y para oír a estos tales no hay sino alquilar balcones; de donde resulta que ni cuando vivos ni después de muertos logran descanso los pobres poetas, ni tienen asilo sus pobres versos, y andan siempre su reputación y su gloria colgadas al sol como trapos en azotea, y espantajos entre hortaliza; que así me dé Dios buena muerte, como nacen entre ella alcachofas y calabazas con más sustancia y meollo que las cabezas de muchos doctores, académicos y licenciados que dejo en Europa, y de otros muchos que no dejaré de hallar por donde quiera que vaya. Del buen vino nadie dijo mal hasta la hora presente, y en que el vino bueno sea bueno han convenido siempre todos, estando todos de acuerdo sobre su bondad, utilidad y excelencia; desde la Biblia que dice:

Vinum laetificat cor hominis,

hasta Miguel de los Santos Álvarez, que es en mi juicio quien mejor comprendió la bondad del vino, cuando de él dijo con sentenciosa y espartana concisión:

Bueno es el vino, cuando el vino es bueno;

pero ¿de los versos? de los mejores del mejor poeta se ha hablado peor que de la Cava. Y a propósito de la Cava, mi querido Torres, (y que sea esto dicho con perdón de los académicos de la historia): si los cronistas cristianos hubieran sabido como debían saber, el árabe para escribir la historia de los moros, no hubieran quitado a la bella hija de don Julián su bello nombre de Florinda, para darla un apodo tan injurioso, villano y soez. Que se le dieran los moros, pase: que al fin eran bárbaros y enemigos; pero que se le confirmaran los cristianos ,que se daban y pasaban por civilizados y caballeros, no me pasa a mí de los dientes; tanto más cuanto que todavía parece que está por ave-

riguar si la Cava lo fué o no lo fué. Pero volviendo al vino y a los versos, digo: que si algún día llegara a ser célebre por algo, quisiera mejor que mi fama se cimentara en un viñedo de Jerez, Burdeos, la Borgoña o la Champaña, y que mi nombre anduviese en rótulos de botellas, diciendo en letras de oro orladas de pámpanos, *Zorrilla añejo*, *Zorrilla espumoso*, *Zorrilla rosado* y *Zorrilla seco*, que no en portadas de libros de versos y en artículos de periódicos: porque en los rótulos de mis botellas todos leerían mi nombre sin alterármele, y lo que vale más sin añadírmele epítetos poco caritativos, tal vez hijos de animosidad y enquina; todos procurarían tomarle y conservarle bien en la memoria como nombre simbólico de alegría y solaz; mientras que en los libros y los periódicos, mis amigos y los que de mis versos gustaren me llamarían con entusiasmo cisne inspirado y ruiseñor canoro, y aquellos a quienes no agradaran, que al fin los versos y los poetas, por buenos que sean, no son onzas portuguesas para agradar a todos, me apellidarían con mofa grajo graznador y desapacible mochuelo; en el rótulo de las botellas deletrearían todos mi nombre con cariñosa sonrisa y me le recibirían con los brazos abiertos; y en los libros y los periódicos, si bien no me faltarían parciales y aficionados que con sonrisa y cariño me le leyeran, aplaudieran y encomiaran, siempre serían más los que me le recibieran con ceño, y tal vez sin conocerme ni a mí ni a mis libros me le escarnecieran y difamaran. Tal es mi opinión sobre el vino y los versos, mi querido Torres; y note usted que este juicio mío debe ser imparcial y exacto, puesto que al cabo de mucha experiencia y observación, he parado en formarle yo, que tuve viñas y bodegas en Castilla, y las vendí para imprimir libros de versos; yo, que hago de estos todos los días, y que no bebo vino sino tres en el año: el del aniversario de uno feliz, para conservarle en mi memoria; el de otro nefasto, para ver si puedo dejarle olvidado en el fondo de una botella; y el día de mi cumpleaños, para perder la cuenta de los que tengo.

Y este juicio y opinión mía sobre los versos y el vino lanzado por mí sobre la mesa del general, excitó la general indignación, y produjo un magnífico discurso de Baralt en favor de los versos, cuyos rotundos y verbosos períodos regó con sendas copas de Champaña, por cuyo riego coligiendo yo que lo que en el discurso de Baralt daba fuerza y apoyo a la poesía era el vino, y que al fin iba probablemente a probar la excelencia de éste, le interrumpí bruscamente proponiendo con él un brindis a la emperatriz Eugenia, la más hermosa de las emperatrices. Amoscóse un poco Baralt de que yo le interrumpiera, pero siendo mayor y más sólida su galantería de caballero español, que su amor propio de orador, aceptó gustoso y resonó la sala con aquel brindis de corazón propuesto y de corazón aceptado: y con él concluyó nuestro almuerzo y se olvidó la historia de mi serenata, de la cual no sé yo cómo hubiera salido, puesto que la tal serenata no tiene historia. La gente vulgar y desocupada se empeña en ver misterios y maravillas en las cosas más simples, y algún desocupado debió de contar al general alguna, que a mí no importa saber, porque así se parecería a la verdad, como el templo de Salomón a los gigantones de Burgos. La condesa de Teba vino a parar en emperatriz

de los franceses; hecho histórico que nada perdían en celebrar los poetas españoles: yo, que soy español y tengo mis puntas de poeta, porque, según el refrán,

De poeta, de músico y de loco
no hay nadie que no tenga mucho o poco,

quise también hacer mi baza y meter mi cuarto a espadas con mi serenata; creyeron algunos que yo iba a oros en semejante juego, pero al descubrir el mío, vieron que mis cartas eran blancas, y que los versos que hago a las hermosas, siquiera sean emperatrices, están más que imperialmente recompensados con el honor que ellas les hacen al aceptarlos. Esto es todo: y como todo esto no forma historia y queda reducido a que yo hice una serenata a la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, porque tal era mi deber, y S. M. recibió mi manuscrito porque yo se lo presenté, único objeto con que fué puesto en sus hoy imperiales y siempre nacarinas manos, y único favor a que mi composición aspiraba, esquivé yo la cuestión de su historia, para no quitar al general Báez la ilusión que algún amigo de lo maravilloso y poético pudo hacerle formar sobre un hecho tan sencillo. Así es que ahogada felizmente por el brindis la memoria de la serenata, sirviéronnos el vivificador café de las Antillas; y como yo, que soy muy nervioso, me veo obligado a privarme de él, mientras mis amigos con no poca delicia le saboreaban, salíme al aire libre del mirador y me puse a contemplar a través de las espirales del humo de un habano veguero, el bello panorama del puerto de Santo Tomás, cuyo variado horizonte cierran en torno sus siempre verdes y pintorescas montañas; y a poco, sumiéndose mi alma en la distracción melancólica que produce generalmente en las creyentes o enamoradas la contemplación de la naturaleza, se dió la mía a vagar por el espacio, perdiéndose con mis pensamientos en el abismo de mis recuerdos.

. . . . . .

A las seis de la tarde nos despedimos con pesar del general Báez, pues no podíamos arriesgarnos a dormir en tierra, porque la actividad del agente de la Compañía inglesa, habiendo puesto en juego todos sus recursos para abastecer de víveres y carbón nuestro buque, nos hizo prevenir que estaría pronto a hacerse a la mar a la media noche. Abrazamos, pues, al general y volvimos a la fonda. Pensábamos hallar a nuestros compañeros algo mohinos y descontentos por sus comidas y sobre todo por sus precios; pero con no poco asombro nuestro les hallamos alegres y repletos, cantando alrededor de una mesa cubierta de botellas vacías, y de abundantes frutas y postres a los cuales no habían podido dar fin. Pedímosles nuevas de su ventura y supimos que su almuerzo y su comida habían sido servidos con la misma esplendidez, esmero y economía que en cualquiera de los buenos hoteles de la civilizada Francia. Así es siempre la fama en boca del vulgo, embustera y calumniadora, y dice bien el refrán:

Nunca es tan fiero el león
como la gente lo pinta.

La Isla de Santo Tomás tiene ni más ni menos los mismos inconvenientes y riesgos que todas las islas del mundo: y en cuanto a insalubridad, no son menos peligrosos para los americanos nuestras pulmonías que su vómito para los europeos. Los locos repúblicos y de gobierno, como llama Quevedo a los arbitristas y como podemos hoy llamar a nuestros fanáticos por la política, hallan insoportable la residencia en la Isla de Santo Tomás, porque no ofrece suficiente campo para conspiraciones y pronunciamientos: los agiotistas, porque no hay en ella agio que revolver, valores imaginarios que cotizar, ni tontos cuyos dineros cambiar por títulos y acciones que les dejen sin acción y sin blanca; las coquetas y los *leones* de Londres y de París, porque no tiene *boulevares*, teatros, parques, ni bosque de Boloña; los mercaderes porque siendo estación de paso no tienen tiempo de abrir sus cajas, ni ocasión de vender sus géneros; pero los pintores y los poetas la hallan bellísima por sus pintorescos puntos de vista, brillantemente iluminados por una luz pura y transparente que se refleja en un mar tranquilo y azul, rodeados de un aire de cristalina limpidez, y cubiertos por un firmamento vívido y aterciopelado; y yo guardaré toda mi vida el agradable recuerdo de esta Isla, por haber en ella visto y gozado por la vez primera la exuberante vegetación y la rica y edénica naturaleza de las Américas, donde se revela la grandeza, la majestad y la poesía de Dios, a quien pedí siempre que me dejara visitar los bosques seculares, las volcánicas montañas y los opulentos valles de sus continentes, y los floridos pensiles de sus islas. Tal me pareció a mí la Isla de Santo Tomás, aunque tal no le haya parecido hasta ahora a ningún otro europeo.

Cerró la noche: una de esas noches sin luna de las Antillas, en las cuales la luz de las estrellas rodea los objetos de una aureola nacarada, que no deja a las tinieblas posesionarse completamente de la tierra con su densa oscuridad. Mis dos amigos y yo, deseando prolongar el placer de la existencia de pereza y voluptuosidad que en estos países se goza, nos propusimos dar un paseo por la bahía antes de encerrarnos otra vez en nuestros camarotes del PARANÁ. Tomamos un bote con dos remeros negros, y nos lanzamos muellemente sobre las ondas. El mar estaba tranquilo como un estanque; los balcones y miradores de la población, profusamente alumbrados y abiertos sobre la mar, derramaban sobre el puerto su claridad fantástica, sobre la cual se destacaban las inquietas figuras de los que en sus aposentos paseaban, en sus descubiertos corredores comían, y bailaban en sus salones. La música de sus danzas, el rumor de sus festines, y los cantares de los doscientos negros que lastraban de carbón el PARANÁ, llegaban a nuestro oído resbalando sobre las ondas, despertando su eco mil veces roto en todas las colinas y repetido mil veces en todas las cañadas. Sobre el fondo del firmamento se destacaban mecidas dulcemente por las brisas o por las olas, los esbeltos masteleros de los buques

anclados y los pomposos abanicos de las palmas y de los plátanos que coronaban las colinas. Nos acordamos de Nápoles y de Venecia; Baralt, cuya erudición es vasta y cuya memoria es envidiable, recitó las octavas del Tasso que cantan los gondoleros del Lido en su dialecto dulcísimo, y recordó las barcarolas de los pescadores de Amalfi; yo, que perdí mi corazón a los diez y siete años en un valle desconocido de una provincia de Castilla la Vieja, y que volví a encontrarle a los treinta y seis en un elegante camarín, cuyos balcones se abren sobre un boulevard de París, no tenía palabras con que expresar la emoción que me causaba el placer de aquella noche de libertad e indolencia bajo los trópicos, y dejaba en silencio correr las lágrimas por mis mejillas, y volar mi pensamiento hacia aquella casa donde hallé mi corazón. Baralt y Delmonte, viendo que yo no hacía coro a sus barcarolas, callaron también; ellos cantaban alegres porque tal vez pensaban hallar en los jardines de Cuba lo que yo sentía dejar entre las nieblas de París.

Como nos halláramos ya casi a la boca del puerto, del cual no podíamos salir a semejante hora, los negros cesaron de remar aguardando nuestras órdenes. Entonces llegó a nuestros oídos la voz de un hombre que cantaba sobre la mar, sin duda en otro bote que a poca distancia nuestra bogaba, y del cual sólo percibíamos la luz de una linterna que en su popa lucía. Escuchamos atentamente y oímos que la voz cantaba en español, acompañándose con una guitarra, esta melancólica balada:

Los pensamientos que me entristecen,
¿de dónde vienen, a dónde van?
En mí germinan y en mí fenecen
y de mí mismo nunca saldrán.

Mi fe alimento
sin esperanza:
en mí la siento
siempre brillar,
y un pensamiento
no más alcanza
con rayos trémulos
a iluminar.
Esta memoria
sin esperanza
es una historia
sin acabar.
A esta memoria
sin esperanza
dentro de mi ánima
labré un altar.

Mas los pensamientos
que creó mi afán,
yo sé de do vienen,
yo sé dónde van.

Id, pensamientos
que el alma lanza,
cruzad los vientos,
salvad el mar;
mi pensamiento

sin esperanza
a mi amor místico
id a llevar.
Mi pensamiento,
como las olas,
en incremento
va sin cesar,
y ni un momento
ceso a mis solas
sus ondas móviles
de ver rodar.

Mas mis pensamientos,
que a matarme van,
a la par conmigo
pronto morirán.

Calló el que cantaba, y yo que conocía aquella voz, aquella música y aquella canción, mandé a los negros que abordaran el bote donde el desconocido cantor la entonaba. Remaron ellos con precaución para no ser sentidos por los del iluminado esquife; mas volviendo a comenzar la música, volví yo a detener a nuestros remeros, y volvimos ya más de cerca a oír la voz que cantaba:

Tomó un esposo la golondrina
y un nido en Túnez le construyó:
llegó el verano, y a la vecina
costa su esposo se la voló.
Y ella dijo entonces:
«Pues su esposa soy,
a mi esposo busco, tras mi esposo voy.»

Pasóse a España la golondrina;
solo en Marbella su esposo halló,
y en una torre del mar vecina
un nuevo nido le fabricó.
Y dijo: «yo le amo,
y pues suya soy,
con mi amor me vengo, con mi amor me voy.»

Un nido en Túnez la golondrina
y otro en Marbella se construyó,
y en nuestra costa y en la vecina
casa y esposo siempre encontró.
Yo, que enamorado
como aquella estoy,
tras mi amor me vengo, tras mi amor me voy.

De África viene la golondrina
buscando el nido que abandonó,
y a África vuelve la peregrina
dejando el nido que fabricó.
Y dice, su esposo
no hallando en él hoy:
«Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy».

De África a España la golondrina
tras su amor vuela que se perdió:
ni en nuestra costa ni en la Argelina
volverá a hallarle, porque murió.
Y ella vuela y dice:
«Mientras viva estoy,
tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy».

A África fuése la golondrina,
mas ¿qué fué de ella que no volvió?
Cansóse, y presa fué de argelina
nave corsaria do se posó.
Y dice en la jaula
do la tienen hoy:
«Ni sé dónde vengo, ni sé dónde voy».

Cesó la voz y volvimos a remar hacia el bote de donde salía, y hacia el cual nos guiaba su luz; mas los que le montaban nos apercibieron sin duda, y la apagaron; hicimos fuerza de remos, pero mejor ayudado de los suyos que el nuestro, se alejó de nosotros el bote ganando mar; seguímosle cuanto espacio pudimos, mas le perdimos muy pronto en las tinieblas, perdiéndose él entre los buques surtos en el puerto; tomamos nosotros el mismo rumbo, y abordamos el PARANÁ. Eran las once de la noche: todos dormían en nuestro buque: los negros solos continuaban lastrándole al son de sus coreados cantares. Díjonos el vigía que no podríamos partir hasta el día siguiente, porque los negros no acabarían su faena hasta el amanecer. Cansados de los placeres del día ganamos nuestros camarotes. El mío se abría sobre babor; quise contemplar aún el mar desde su lucerna; pero me cerraba la vista la goleta que debía partir para la Guaira, la cual anclaba a pocas varas de distancia del PARANÁ. Acostéme preocupado con el recuerdo del misterioso cantor y de mis versos por él cantados, y arrullado por el coro de los negros

no tardé en quedarme dormido; más el rumor de sus tristes y monótonas canciones, que conservan aún algo de su origen africano, y el de sus pasos que crujían sin cesar sobre el techo de mi camarote, me tuvieron por largo tiempo en una especie de insomnio entre el sueño y la vigilia. Abría de cuando en cuando los ojos y percibía por mi lucerna la ligera arboladura de la goleta que junto al PARANÁ se mecía, y resonaba confusamente en mis oídos el cantar de los negros que aún trabajaban; otras veces soñaba con los recuerdos que en mí excitaban las exteriores sensaciones: ya que atravesando los arenales de Fez sentía tras mí el galope de los caballos de los beduínos que me perseguían; ya que sentado sobre los pies en un café de Mequínez, me adormía el murmullo de las suras del Corán y las Kásidas de Hariri, recitadas por un almée, al son de la guzla y el tarabuk. Poco a poco, la rebelde imaginación vencida al fin por la exigente naturaleza, fuéronse mis sentidos rindiendo al sueño y la inquietud de mi alma cedió al fin a su tenebrosa tranquilidad, sumiéndose en la sima de su olvido. Cuando a la mañana siguiente subí a la cubierta del PARANÁ, la goleta que iba a la Guaira se daba a la vela para su destino, y bogaba ya casi a la boca del puerto; desde su popa me saludó, en el momento en que llegó a apercibirme, aquel joven misterioso y simpático cuyo bote adelantó al mío al desembarcar en Santo Tomás, y que para la Guaira partía. Apresuréme a contestar a sus repetidos besamanos de despedida, y aún me hilaba yo los sesos discurriendo y sin dar en quién fuese, cuando vino a darme la explicación de todo una carta y un legajo de papeles que me entregó el *timonel* del PARANÁ diciéndome: «aquel amigo de usted que va a la Guaira me encargó que diese a usted esto, cuando ya se hubiera dado a la vela».

Abrí la carta y desaté el legajo que con un cordón de seda venía sujeto... y aquí, mi querido Torres, me permitirá usted que corte por ahora nuestra correspondencia en prosa, sustituyéndola con la doble HISTORIA DE DOS ROSAS Y DOS ROSALES, cuya relación y la carta que la sirve de prólogo, explicarán a usted y a todo curioso que me leyere, la relación que existe entre el joven que navega en la goleta de la Guaira y las rosas de mi libro, y las razones que me asisten para plantarlas a continuación de esta correspondencia.

Adiós, pues, mi querido amigo, y plegue a Dios que los centenares de versos que siguen, indemnicen a usted del mal rato que temo haberle dado con la difusa y amarga prosa que antecede. [50]

CORRESPONDENCIA

AL EXCMO. SEÑOR DON ÁNGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS

MÉXICO Y LOS MEXICANOS

I

No se encuentra tal vez en ningún punto del globo un paisaje cuyo panorama sea comparable con el valle de México; porque hallándose situado a una elevación de cerca de 7.500 pies sobre el nivel del mar, y abarcando la extensión de una magnífica llanura de 67 leguas de circunferencia, cuyos horizontes cierran por todas partes las más pintorescas montañas, la limpidez y enrarecimiento de su atmósfera hacen que el sol ilumine su perspectiva con unos tonos de luz suavísimos: y la diafanidad del aire interpuesto deja percibir a la vista, con una admirable claridad, los más lejanos objetos de los últimos términos del paisaje. El ojo del europeo no puede apreciar ni las distancias ni la magnitud de los múltiples y variados accidentes de este mágico panorama, hasta que su pupila se acostumbra a contemplarles y hasta que los repetidos desengaños de la experiencia le enseñan a rectificar la inexactitud de sus primeros cálculos. Este fenómeno se nota de la manera más palpable, al tomar el lápiz para tantear sobre el papel o el lienzo cualquiera de sus ricos puntos de vista. Según se van apuntando los objetos que llenan su primer término, se van aglomerando y viendo encima los del segundo y el último; la transparencia de la atmósfera hace que todos se acusen con poca diferencia de tamaño y con la misma claridad, a pesar de lo vario de las distancias; el boceto se llena pronto con los primeros términos y se declara escaso para los últimos; la mano cree que el ojo se equivoca, y corrige y disminuye sus trazos:; el ojo cree que la mano desobediente es la que yerra, y la inteligencia concluye por concebir que necesita calcular con una exacta y matemática precisión las proporciones del cuadro, para poder extenderle sobre el papel o el lienzo como los ojos le ven y la mente le concibe. El cielo de México, de un azul tibio, transparente y límpido de nubes como el de Madrid, lleva sobre éste la ventaja del clima, que da a su limpidez una estabilidad casi inalterable, y brilla en el verano sin aquella irradiación insoportable de nuestra atmósfera de fuego, y sin la crudeza de su temperatura glacial en el rigor del invierno. Las lagunas de Texcoco y Chalco, que se dilatan al oriente de la ciudad en una extensión de catorce leguas, quiebran los rayos de la luz en la tranquila superficie de sus aguas, como en los losanges desiguales de un roto espejo, y se la devuelven al cielo que la desparra-

ma en hebras de oro en sus siempre verdes campiñas. Ver la salida y la puesta del sol desde las lomas de San Ángel o de Tacubaya, es un espectáculo del cual la poesía no puede hacer descripción, ni la imaginación formarse idea sin presenciarle. A la salida del sol, se ve la blanca ciudad de México destacarse sobre el espléndido cortinaje de púrpura desplegado sobre el horizonte, como uno de esos complicados y primorosos palacios que los chinos labran en el marfil, colocándolos en el quitasol de plumas rojas de guacamayo de un mandarín opulento; vista a la luz de incendio de la última hora de la tarde, parece la isla de oro de un cuento de las *Mil y una noches* flotando sobre la zona azul que tiende tras de la ciudad el agua trémula de la laguna, y cobijada por el soberbio pabellón de su cristalino firmamento; que tiñe los reflejos del sol poniente con purísimas tintas opalinas, abigarrándole por los horizontes con caprichosas ráfagas de púrpura y amaranto, prendidas en las crestas verdes de las montañas como los lambrequines rojos del capacete de un rey de la Edad Media. Dos montañas gemelas, el Popocatepetl y el Ixtasihualt, en cuyo seno hirvieron en otro tiempo dos volcanes y cuya parda mole corona hoy, como un turbante africano la faz morena de un beduíno, un gigantesco y redondo copo de perpetua nieve, dominan este espectáculo sorprendente, como las hijas gemelas de un califa persa presiden, sentadas en una alkatifa de cachemira, la última danza de sus esclavas en medio de los voluptuosos jardines de su harén. Y estas dos montañas gemelas, que elevan eternamente sus blancas crestas sobre el valle de México, recuerdan sin cesar a los mexicanos que hay otros climas sobre la tierra, cuyos moradores se despiertan todos los inviernos para ver el fondo de sus valles revestido por largo tiempo con aquel manto blanco, que ellos miran con asombro servir solamente de tocado para sus cabezas; pero las brisas heladas del Popocapetl y del Ixtasihualt, bajan muy rara vez a ensañarse sobre la perenne y exuberante vegetación de su siempre florido valle; pues aunque se abren en la superficie por las orlas de las lagunas, como jirones hechos en una rica alfombra, franjas estériles de terrenos salinos, debidos a la rápida evaporación de las aguas bajo su enrarecido ambiente, matiza en toda estación la mayor parte del valle la verdura incesantemente mantenida por árboles, hierbas y plantas, que nunca se desnudan completamente de su frescura ni de sus hojas. En él puede afirmarse con verdad que no hay invierno ni verano; pues las estaciones se suceden con imperceptible diferencia en la temperatura, y la tierra no cesa de producir en ninguna. El pueblo indígena usa en todas, sin peligro para su salud, el mismo ligero traje, compuesto de un pantalón de lienzo, una camisa, un sombrero de paja y el imprescindible *zarape* o una manta, que le sirve de capa por el día y de cama por la noche. Los indios campesinos viven en todos tiempos en unos jacales o chozas de tejamanil, o de pencas de maguey *(agabe—la pita de Andalucía)*, en cuyas desabrigadas habitaciones no les son molestos más que los aguaceros de la estación de las lluvias; la tierra, madre generosa del labrador, le centuplica la semilla sembrada en todo tiempo: y a veces, a lo largo de los caminos que recorre, ve con asombro el curioso extran-

jero a un indígena ocupado en sembrar o arar una tierra, inmediata a otra en la cual su vecino está segando su ya sazonada cosecha. Los mexicanos, acostumbrados desde niños a la belleza, templanza y feracidad de su rico valle, no las aprecian en su valor hasta que salen de su país: y entonces concibo yo que les sea ingrata la vida de cualquier otro: la del mediodía y los trópicos por su luz deslumbradora y sus bochornosos calores, y la del norte por sus insoportables fríos y la oscuridad de su siempre nublada atmósfera.

En una palabra, mi querido duque, el valle de México es la estancia más grata para detenerse a reposar en la mitad del viaje fatigoso de la vida, y el panorama más risueño y más espléndidamente iluminado que existe en el Universo.

La ciudad, fundada por los antiguos en no muy conveniente lugar, pues está expuesta a inundaciones producidas por el desnivel de las lagunas en la estación de las lluvias, y sin poseer esos colosales monumentos arquitectónicos, huellas indelebles del saber de Grecia y del poder de Roma, ni esos afiligranados edificios góticos de la Edad Media que tan suntuosamente decoran nuestras capitales de Europa, porque su fundación no se remonta a épocas tan atrasadas, está, sin embargo, formada de bellos y simétricos edificios tendidos en calles uniformemente rectas, cuyas líneas cortan por todas partes infinitas cúpulas y campanarios de parroquias y monasterios. Ya sabe usted, puesto que no soy yo el primero que lo dice, que dondequiera que llegan a dominar, los ingleses establecen una factoría, los franceses un teatro y un salón de baile y los españoles un convento: y México tiene tantos de estos últimos, que apenas hay calle sobre la cual no se abra el enverjado pórtico de alguna iglesia, o no se cierren algunas de sus ventanas con las espesas celosías de algún convento de monjas, lo cual, dando a la ciudad el tranquilo y misterioso carácter de las nuestras, la impregna de una atracción simpática para los españoles, que encuentran en ella por todas partes recuerdos y semejanzas de las poblaciones de su patria. Mas como no me propongo en mis cartas hacer alarde de la sesuda madurez de un filósofo, ni de la minuciosa exactitud de un cronista, ni de la pesada erudición de un anticuario, sino de extender mis impresiones sobre el papel con la ligereza y el ilógico desorden de un poeta, le haré a usted gracia de todo detalle topográfico y de toda arqueológica descripción de edificios: diciéndole sólo, por ahora, que el palacio de los virreyes, el colegio de minería y la catedral, son dignos de la atención del curioso viajero y del aplicado artista: especialmente la última, que aislada por sus cuatro frentes, eleva su principal fachada, con sus puertas del Renacimiento y sus bellos adornos plateresco, sobre una plaza espaciosa, cuyo cuadro se cierra con sólido caserío de vistoso balconaje, y sostenido en su mayor parte por numerosos pilares. Sus casas, coronadas de planas azoteas con pretiles y balaustrados rematados en macetones, no ofenden la vista con aquellas abominables tejas encarnadas de nuestras Castillas; y contemplada la ciudad a vista de pájaro, recuerda las alegres ciudades de Andalucía; y positivamente la de México es la más alegre y bulliciosa del mundo: porque raro es el día en el cual un aniversario nacional, una fiesta religiosa, un monjío, un si-

mulacro militar, o al menos una fausta noticia, no se celebra con campaneo triunfal, alarmadores cañonazos y estruendosa cohetería. Jamás he recorrido el más estrecho territorio, ni he hecho el más limitado viaje por carretera ni senda de su hermoso valle, sin tropezar en ellas con indios cargados de cruces, faroles, ciriales o castillos de pólvora, destinados a la función de algún inmediato pueblo.

Los mexicanos son, en general, ostentosos en sus casas, cuyos patios apilarados, que sustentan corredores cargados de macetas, comunican a sus aposentos la luz y el aire que no necesitan mitigarse en tan benigno clima: un carruaje, siempre pronto al servicio, ocupa el fondo del patio en las casas de las familias acomodadas, cuyas habitaciones decoran el mueblaje, las tapicerías y los estucados de las capitales de Europa: a pesar de que estos artículos de lujo, bien sea por el exceso con que les recargan los comerciantes, o bien por los derechos con que están gravados, se adquieren a precios exorbitantes. Las casas de don Eustaquio Barrón, de don Gregorio Mier y Terán, Palacio de Buenavista, de la viuda de Pérez Gálvez, y lo que hoy es Hotel de Itúrbide, en la ciudad, y las del conde de la Cortina, Escandón y Adalid, en el campo, ostentan un exquisito gusto y una positiva opulencia. Los mexicanos son corteses y francos en su manera de recibir: el extranjero puede penetrar en sus aposentos interiores y en sus jardines desde su segunda visita; y con poco que le acrediten sus circunstancias o sus recomendaciones, está seguro de ser invitado a su mesa y admitido en la intimidad de su familia. Son espléndidos en sus convites, y en sus mesas luce al lado de la porcelana de Sèvres, la cristalería bohemia y las mantelerías alemanas, la maciza argentería cifrada o blasonada, que acusa la antigüedad de sus solares y la estima en que tienen a sus mayores. Su pronunciación, de la cual están desterradas las *zetas* y las *elles*, y las inflexiones suaves y musicales de su acento, hacen muy agradable su conversación; especialmente la de las señoras, cuyo órgano vocal está timbrado en un tono de una sonoridad dulce y poco aguda, como la voz de todos los pueblos que respiran una atmósfera cargada de sales, o que habitan las orillas del mar, como la de las mujeres de Cádiz, Nápoles y Venecia. El tipo de las mexicanas tiene mucha afinidad con el de las de la antigua reina del Adriático: su estatura es mediana, y rara vez alcanza grandes proporciones; sus manos y sus pies son pequeños, y cifran su amor propio en el reducido tamaño y el esmero con que se calzan. Su andar es resuelto y airoso como el de las andaluzas; su cabellera rica, y el color de su tez, más moreno que blanco, está en general templado con una suavísima tinta de palidez, a cuyo color dan ellas, y no sin propiedad, el epíteto de *apiñonado*. Su traje de sociedad es el mismo que el de las europeas, siguiendo las modas francesas; pero aun conservan la mantilla y se sirven del abanico como las españolas. Las mujeres del pueblo tienen, como las de nuestras provincias de Andalucía, grande afición a los colores vivos y a los ondulantes *jaralás*, con los cuales orlan la falda superior de sus vestidos; pero su lujo principal estriba en la limpieza y bordados de sus enaguas, cuyos festonados picos dejan más largos que la falda exterior; comprendiendo

a todas las de que su traje se compone, bajo el nombre general de *naguas*, y sujetándolas al talle con una faja de seda, cuyos extremos dejan colgar de su cintura con una gracia característica del país. El traje de los hombres, que se compone de chaqueta y pantalón, esta sobrecargado de botonaduras y herretes de plata y oro, como los arneses de sus caballos y las toquillas de sus sombreros: todo su traje está, en fin, calculado para montar. Y en verdad que son gallardos y consumados jinetes; y siendo sus caballos de raza fina, ligera y airosa, y usando de sillas de grande seguridad y de frenos de poderosa palanca, se lanzan en sus diversiones ecuestres a ejercicios de inmediato riesgo y de extraordinaria destreza. Grandemente aficionados a la música y al baile, y dotados de grande instinto para aquélla, tienen profesores que, como Marsán, Oviedo y otros, merecen el nombre de tales: y pueden contarse en la buena sociedad mexicana aficionadas que, como las señoritas Amat y Arellano, rayan en profesoras. Esta última, a quien son familiares varios idiomas europeos, conoce y canta en su lengua original todas las canciones populares y características de estas naciones. La música popular mexicana, como todo lo que caracteriza la nacionalidad de un pueblo, rebosa en originalidad. Sus instrumentos son una arpa pequeña y sin pedales, de agradabilísimo sonido, y que tocan con una admirable limpieza de ejecución; una guitarra de siete dobles cuerdas metálicas, de caja oval y de largo mástil que sirve de tiple y que pulsan con una púa de nácar; otra guitarra de grandes dimensiones y de cuerdas de tripa que lleva los bajos, a la cual llaman bandolón, el salterio que llaman dulzaina y la bandurria a la cual llaman jaranita. No puede usted figurarse el maravilloso efecto que produce la combinación de estos instrumentos con una flauta que lleva el *cantabile*, y un cornetín de pistón o una trompa de llaves que ataca vigorosamente los compases de bravura. Con estos instrumentos forman una orquesta, que ejecuta con una prodigiosa exactitud y afinación las sinfonías más difíciles y las variaciones más complicadas de los modernos maestros europeos: y acontece mil veces que entre los ocho músicos que componen esta orquesta popular, hay dos o tres que no conocen una nota y tocan de oído. La música de las canciones mexicanas recuerda, como las botonaduras, los alamares y los bordados de sus trajes, los aires característicos de los bailes y cantares que alegran las alamedas que riegan el Darro y Guadalquivir; pero las modificaciones que en ella han hecho el tiempo, la distancia y el carácter del pueblo en que se ha naturalizado, la han regenerado de tal manera, que sólo reconoce su origen el corazón y el oído del que niño se adurmió con sus cadencias y las recordó ya adulto en extranjera tierra, donde le halagaron los dulces sueños de su memoria. El *jarabe*, que rompe franca y resueltamente en unos compases de boleras, se aparta ya de este aire español desde la mitad de su primera parte: las cadencias de la copla, en cuyos compases hay más notas que las que requieren las reglas del contrapunto, se sostienen o se quiebran de una manera tan agradablemente extraña y original, que hasta que el oído no se hace a ellas se le figura que el cantador se ha perdido; y su acompañamiento de baile sale de tonos y ondula y se mece,

y se rasga en armonías, arpegios y trinos tan profusamente ricos y nutridos de notas, volviendo mil veces sobre sí mismo por medio de transiciones tan inesperadas, que los músicos de todos los países y de todas las escuelas escuchan con placer hasta el último de aquellos compases, que acompañan generalmente un baile tan gracioso y tan picante como el Saltarello y la Tarantela de Nápoles, las jotas de Aragón y las corraleras de Sevilla. Las mexicanas del pueblo bailan el jarabe con una languidez y un abandono tan incentivos, como nuestros pueblos del mediodía sus expresivas danzas. El jarabe, música y baile, es el aire más popular en toda la república mexicana; y es acaso de todos los aires nacionales conocidos, el más rico y complicado en pasos y en armonías; los cuales, como los de nuestras playeras y rondeñas, resistiendo a los esfuerzos de los extranjeros, no pueden jamás ser ejecutados con perfección por manos ni pies que no sean mexicanos. Tengo por excusado advertir a usted que las mexicanas de la buena sociedad no bailan ya más que la Schotisch, la Polka-mazurca y esos bailes de los pueblos del Norte, que parecen inventados expresamente para hacer dormir de pie a los del Mediodía; aun quedan, sin embargo, algunas señoras que en la sociedad íntima y en las fiestas familiares de sus haciendas, le bailan con gran contentamiento y aplauso de los que apreciamos, con la imparcialidad de los hombres de arte, la poesía, el carácter y los recuerdos nacionales de todos los países; y le bailan, mi querido Ángel, como la duquesa de Alba y otras de nuestras nobles señoras españolas no se desdeñaban en otro tiempo bailar nuestros bailes, es decir, sin que el decoro y la dignidad de la dama hagan desmerecer un quilate de su gracia original al movimiento onduloso del cuello y de la cabeza, a la cimbradora flexibilidad del talle y a las atrevidas mudanzas de los enanos pies: que son absolutamente peculiares dotes de la mujer y del baile mexicano.

Los mexicanos, a pesar del abandono en que sus Gobiernos han dejado yacer la educación del pueblo, imposibilitados de atender a la propagación de los estudios por la instabilidad en que continuamente les han tenido los vaivenes y disturbios políticos, poseen hombres de ciencia y de vastos conocimientos en los diversos ramos del saber humano avanzados por los adelantos del siglo; y los ingleses, franceses, italianos y alemanes, encuentran pronto sociedad y amistades en México, especialmente en la juventud, entre la cual están muy extendidos los idiomas de aquellas naciones. Desgraciadamente, la mayor parte de los extranjeros que han visitado su república, después de recibir la pródiga y obsequiosa hospitalidad de los mexicanos, les han tratado rudamente en los escritos que de ellos y de sus cosas han publicado en Europa, y empeñados en no mirarles más que a través del prisma político, ya por falta de observación, ya por espíritu egoísta de un nacionalismo mal entendido, ya por la manía de aplicar a las costumbres de los pueblos americanos la misma medida que a los de París y Londres, o ya, en fin, afectados por sus primeras impresiones y sin detenerse a investigar las causas de los efectos, no han comprendido o han denigrado su carácter nacional. Las costumbres de todos los pueblos son hijas de sus necesidades; y los mexicanos en su benigno clima

tienen pocas, y aun estas pocas difieren de las muchas a que están sujetos los países criados del Norte; de aquí estas costumbres tan distintas de aquéllas. Pero si al estudiar las de una nación, sólo aprecia el extranjero las que tienen analogía con las de la suya, despreciando las que de ellas se alejan, no se pone en el verdadero punto de vista para estudiarlas y no las comprenderá jamás. ¿Qué inglés escribió nunca con acierto de las de la moderna Andalucía, si empezó por no comprender la gracia de su verbosidad picante y de doble sentido, ni el valor de su pronunciación morisca y semi-bárbara, pero llena de bizarra originalidad y de inculta poesía? Esta conducta de los extranjeros ha engendrado en el corazón de los mexicanos una secreta desconfianza hacia los que venimos después de aquéllos a su bella y hoy independiente patria: y aunque esta desconfianza no les impide hacernos una acogida tan benévola y hospitalaria como a los primeros, están predispuestos a interpretar desfavorablemente nuestras intenciones, recelando siempre que al volvernos a hallar fuera de su país, les tratemos, en nuestros escritos, con la misma parcialidad agresiva que el alemán Lowenstern, Mr. Chevalier, Misis C. y otros; los cuales, al hallar tintas tan negras para bosquejar el cuadro de sus defectos, no encontraron una suave y delicada para colorar el de sus buenas cualidades, ni supieron buscar un lente exacto, sin aumento ni disminución, para examinar las causas engendradoras de los unos y de las otras. Desgraciadamente, es verdad que la industria, la agricultura y las mejoras materiales, reconocidas ya como indispensables para el bienestar de los pueblos según los adelantos y exigencias de la época, están todavía en México en evidente retraso; sin embargo, si nos empeñáramos en apurar las causas de los obstáculos que se han opuesto hasta ahora a sus adelantos materiales, ¿quién sabe si no las hallaríamos más en el interés ajeno que en su falta propia? El propietario mexicano no puede hacer más que pagar las no escasas contribuciones que pesan sobre sus fincas, y comprar a los comerciantes extranjeros, al precio que ellos se les ponen, los artículos que no produce su industria, para tener su casa bajo el pie de lujo y comodidades que los adelantos del siglo ponen al alcance de las menos acaudaladas familias de Europa; protegiendo en sus posesiones la introducción de las mejoras y los inventos útiles importados de otras naciones más avanzadas; pero el propietario y el particular no pueden extender su protección más allá de las cercas de sus posesiones y haciendas; los particulares no pueden, sino por medio de la asociación, patrocinada vigorosamente por los Gobiernos, construir puentes y acueductos, abrir carreteras en los terrenos ásperos y ferrocarriles y canales en los llanos, ni embellecer las poblaciones con paseos, institutos y monumentos públicos; y si la industria no avanza según las exigencias de la época, si las letras no florecen, si las artes se ven faltas de estímulo, si los pueblos no mejoran rápidamente de costumbres porque la instrucción no está al alcance de sus últimas clases, si los caminos se inutilizan por el abandono, si faltan asilos de mendicidad y las calles de las grandes ciudades están llenas de mendigos por el día y de rateros por la noche, y si la agricultura se encuentra escasa de brazos y de instrumentos de la-

bor, no es culpa de los mexicanos ricos, que compran cuanto necesitan a fuerza de oro donde lo encuentran, o se lo hacen traer del extranjero con enormes gastos; no es culpa de los propietarios y hacendados que, manteniendo con el laboreo de sus fincas cientos de familias menesterosas, tienen que malvender sus semillas por falta de exportación, para dar cabida en sus trojes a las de la cosecha venidera; sino de sus Gobiernos, que se ven a su vez obligados a desatender las mejoras materiales y arrancar los brazos de las labores, para hacer soldados con que sofocar las perpetuas insurrecciones de los departamentos. Pero acaso me preguntará usted ahora: ¿y en qué consiste que esos Gobiernos hallen tan poca estabilidad y esos pueblos estén agitados por esa perpetua inquietud? ¡Ay, amigo mío! Si en lugar de ser un poeta vagabundo, incapaz de profundizar ninguna materia grave, por mi falta de saber y por la versatilidad de mi carácter, fuera yo un filósofo pensador y sesudo, un hacendista calculador, un estadista lleno de experiencia en materias de gobernación y de economía política, o a lo menos un diputado energúmeno de la oposición o un político de cualquier especie, aunque fuera de aquellos a quienes Quevedo llamaba en su GRAN TACAÑO *locos repúblicos y de gobierno*, tal vez me arriesgaría a dar a usted una respuesta a su pregunta. Pero en mi supina ignorancia, en mi absoluta incompetencia para semejantes cuestiones, no puedo hacer más que una observación general, aplicable a todos los pueblos y a todas las revoluciones del mundo. Cuando una nación se ve trabajada largo tiempo por las revoluciones, bien sea porque en ella se efectúe una de esas regeneraciones sociales que traen irremisiblemente consigo el trascurso de los siglos y el adelanto y perfeccionamiento de los conocimientos humanos, bien sea por un cambio de dinastía o de dominación, que engendren en su seno la fermentación de dos principios y, por consiguiente, de dos partidos incompatibles uno con otro, la revolución producida por la pugna continua de estos dos principios penetra al fin en todos sus pueblos, en todas sus familias y en todos sus intereses privados, necesariamente arraigados e inseparables del suelo patrio. Cuanto más cuerpo va tomando este incendio político, cuanto más se prolonga la guerra civil, se van exagerando más estos principios, más se van extendiendo sus influencias, más prosélitos va ganando para sí cada cual; los sucesos, favorables para unos, los trae al partido innovador; desfavorables para otros, arrastra a éstos a las filas de la oposición, les aparta de sus hogares, de sus familias y de sus intereses; y la agricultura y la industria, los negocios, en fin, en los cuales se empleaban, se resienten de su falta. La mayor parte de los que tienen capitales que arriesgar, aguarda, para ponerles en circulación, a que se calme la tempestad política y a que el país se sosiegue; pero el país tarda mucho en serenarse, porque esta desconfianza general, teniendo alejados los capitales de los negocios, mantiene a los pueblos en la misma agitación: y al fin tienen que filiarse en uno u otro partido y engolfarse en la política hasta los más pacíficos o indiferentes ciudadanos. Entonces, paralizada la industria, entorpecido el comercio, olvidadas las ciencias, improductivas las artes, inseguras o arriesgadas casi todas las especulaciones, incierta la agricultura de

para quién siembra las cosechas, todos los que carecen de capitales seguros y de rentas con que vivir independientes, van a ampararse del Gobierno, diciéndole: «Puesto que no hallo industria, ni comercio, ni ciencia, ni artes, ni especulación, ni agricultura que me mantengan, empléame.» Y la nación entera quiere vivir del erario; mas como no hay Gobierno que pueda emplear a toda su nación, los que no son por él empleados se vuelven sus enemigos: y no dándoles espera la necesidad, van muy pronto a buscar remedio a ella en el campo de la revolución. Llegadas las cosas a tal estado, los principios se exageran, las opiniones se exaltan: y exasperadas con el tiempo y los sucesos adversos, llegan al fin a convertirse en un fanatismo político: el peor de todos los fanatismos, porque no es hijo de una fe verdadera, ni de una convicción sólida, sino de unas opiniones inspiradas tal vez por la fuerza de las circunstancias, y por las necesidades personales del momento: opiniones de las cuales no participaríamos ciertamente, ni serían apoyadas por nuestras creencias y convicciones, si hubieran sido otras nuestras circunstancias y nos hubieran dejado tiempo para examinarlas y libertad para elegirlas. Este fanatismo, tanto más intolerante y tanto más frenético, cuanto más absurdo nos le presentan a solas nuestro recto juicio y nuestra inflexible conciencia, sostenido no más por un quisquilloso amor propio, por un interés personal que tenemos vergüenza de reconocer y que nos resistimos a confesar, y por una terquedad indigna de la razón humana, engendra en los corazones de los hombres más leales intentos mezquinos, pasiones villanas, odios injustos, juicios temerarios, antipatías personales que, dando sólo por resultado las más absurdas preocupaciones, las más infundadas calumnias, las más patentes injusticias, oponen una barrera casi insuperable a la paz necesaria para la prosperidad de las naciones, a la calma precisa para plantear los adelantos de su civilización y para la moralización de su sociedad. En estos países, agitados por semejantes revoluciones, y llegados ya a semejante situación, basta que un partido dominador, aunque gobierne con legalidad y buena fe, proponga el mejor plan de conciliación universal, la reforma más útil y más perentoriamente precisa, para que el opuesto partido la declare absurda, perjudicial y hasta atentatoria a los intereses, al honor y a las creencias de la patria; basta que un hombre (hasta entonces buen ciudadano, buen padre de familia, buen amigo y de talentos y virtudes incontestables), prestando oídos al sentido común, reconozca por conveniente aquel plan o por útil aquella reforma, para que el bando a que pertenece se juzgue vendido por él y le llame inmediatamente traidor, apóstata, prevaricador y tal vez hereje. De aquí la división de las familias, la discordia entre las razas y los pueblos que por intereses y simpatías debieron estar unidos; de aquí las vejaciones, los destierros, las expatriaciones voluntarias o forzosas, la desconfianza universal, el estado eterno de sobresalto de los corazones y el desarreglo general interior de la máquina política. ¿Y quién exige de los Gobiernos de un país en semejante situación que se curen del porvenir? Harto harán con pensar en el día presente. Estas desconsoladoras verdades y esta historia tan lamentable como verdadera de los vicios

y crímenes políticos de todas las revoluciones modernas, aplicables a todos los países, pierden mucho de su carácter siniestro y de su negro colorido al ser aplicadas al pueblo mejicano. En él fermentan sin cesar las guerras civiles, se suceden unos a otros los pronunciamientos y puede decirse que esta agitación febril es el estado normal de la nación; pero sus revoluciones no dejan detrás de sí, como las de Inglaterra, Francia y otras naciones europeas, un rastro de sangre y una página negra en los anales de su historia. Es un estado de fiebre política crónica, semejante a la exaltación febril de un hombre que se connaturaliza con un clima insalubre, que se apercibe ya de sus síntomas con indiferencia y cuyas crisis no le infunden recelo alguno por su existencia. Al leer los periódicos, al oír las narraciones y al contemplar las continuas alarmas de los mexicanos, teme el extranjero presenciar de un momento a otro las más espantosas catástrofes. En cuanto las cuestiones políticas se enmarañan un poco, en cuanto las relaciones diplomáticas se agrian algún tanto, no se ven más que movimientos de tropas, levas y preparativos de campaña y de defensa: no se habla más que de próximas conflagraciones, de conspiraciones extensamente ramificadas, de sorpresas hechas por la policía y de decretos de proscripción. Cuando el río suena, agua o piedras lleva: positivamente la conspiración o el pronunciamiento se cuajan al son de estos rumores, y al fin estallan. Una población o un departamento se pronuncia; llega la noticia a la capital y tras ella las más alarmantes nuevas; al pasar éstas por las bocas de los políticos, toman un gigantesco incremento; los partidarios del Gobierno pintan a los insurreccionados como hordas salvajes, atropelladores del derecho de gentes, salteadores de las propiedades y capaces de toda especie de desafueros; los partidarios de éstos, dan a los del Gobierno por forajidos desesperados, quienes, viendo ya que llevan lo peor, se entregan a los mayores excesos y cometen las más infames vejaciones y tropelías en el terreno que ocupan, ejerciendo sobre los rendidos y prisioneros venganzas de inaudita atrocidad. Entre tanto sigue la lucha, que dura a veces meses enteros y de cuya historia es imposible ver la verdad a través de tal nublado de mentiras. Al cabo, como todo lo que comienza toca su fin, la revolución necesariamente tiene que vencer o que ser sofocada. En ambos casos, si los hechos fuesen acordes con las palabras, si las consecuencias correspondiesen a las prevenciones, cualquiera diría que el triunfo de la revolución iba a traer detrás de sí el saqueo de la capital o el degüello de todo empleado del Gobierno derrocado, o, en fin, una completa dislocación social: y, por el contrario, a ser el Gobierno el vencedor, iba a manchar su victoria con fusilamientos, destierros y confiscaciones, hasta deshacerse de la mitad de la nación que no profesa sus principios: pues bien, no; los mexicanos tienen más talento, más fraternidad, más civilización y mejor carácter que los que les atribuímos los extranjeros y que los que les dan al parecer las relaciones de su historia escrita y de su historia tradicional de sus últimos veinte años. Vencida o triunfante, averiguados los hechos, al concluir la revolución, se ve que no sólo son apócrifas todas las inauditas atrocidades achacadas a ambos partidos, sino que todo ha pasado

mucho mejor que en otras naciones más cultas; y he aquí lo que sucede. Salvo los que han sucumbido en las acciones de guerra, o los que han sido víctimas del primer ímpetu de la victoria, si la revolución es la que ha vencido, los más comprometidos partidarios del Gobierno caído y sus principales corifeos, evitan el encuentro de los victoriosos, sustrayéndose de ellos en las casas y las haciendas de sus amigos, mientras aquéllos celebran su triunfo con repiques, salvas, cohetes, iluminación, fiestas y procesiones; y al cabo de veinte días de oscuridad o de ausencia, vuelven a aparecer en la escena social, sin que les inquiete en lo más mínimo el encono de los nuevos dominadores. Si la revolución es vencida, mientras el Gobierno repica a su vez, los revolucionarios se despiden de sus jefes, se dispersan y se amparan de sus amigos en los pueblos, ranchos y haciendas inmediatas al departamento que fué teatro de la guerra: a donde les sigue, pero rara vez les persigue, la vigilancia del Gobierno vencedor; y por poco que un pariente o un amigo abogue por ellos con el Gobierno, vuelven a sus hogares tranquilamente: todo queda en calma por algunos meses, y hasta otra.

De estos hechos sacan algunos políticos extranjeros, que no quieren ver más que la superficie de las cosas, la errónea consecuencia de que los mexicanos son de un carácter díscolo, inquieto y desapacible, ineptos para gobernarse por sí mismos, incapaces de la ilustración a la cual indudablemente conduce a los pueblos la civilización moderna; pero yo que (sin duda porque no soy político) no creo en las virtudes políticas ni en sus teorías, tengo para mí que estos hechos prueban al contrario que los mexicanos, cuyos odios y venganzas políticas tienen tan benignas consecuencias en sus guerras civiles, cuyos instintos de fraternidad, tolerancia y hospitalidad sobreviven a treinta años de discordias, a pesar de las cuales subsisten todavía universidades, academias, e institutos científicos productores de hombres respetables por su saber y de quienes hablaré más adelante, si alcanzaran algun día otros veinte años de gobierno estable, capaz de dirigir sus buenos instintos y su carácter flexible y dócil, se elevarían rápidamente a la altura de las naciones europeas.

Y al llegar a este párrafo de mi carta, mi querido duque, yo mismo me asusto de la hondura en que me he metido, y me digo con el portugués: «eu mesmo me teño miedo», y me temo que usted y los mexicanos, si llegan algún día a leer esta carta, me pregunten con una carcajada poco halagüeña para mi amor propio: «¿Y a usted quién le mete donde no le llaman, ni a dar su parecer donde no se le piden, ni a arreglar la casa ajena sin autorización de su dueño?» A cuya triple pregunta, responderé con un cuentecito cuya aplicación, hecha por mí contra mí mismo, podrá probar que cuando cometo la torpeza de meterme donde no me llaman, no me falta talento para echarme fuera antes de que me adviertan de que no estoy en mi lugar. Mi cuento es este: Un gallego que se llamaba Pedro y que jamás había visto un papagayo, fué a servir a Madrid: y pasando por el *Prado* en hora en que el paseo estaba desierto, vió posado en un árbol uno de aquellos pájaros escapado sin duda de alguna inmediata casa. Acercóse el gallego a con-

templar tan extraño volátil: y como el ave doméstica permanecía con la mayor tranquilidad en su rama, antojósele cogerla, y empezó a trepar al árbol. El loro, que atendía al nombre de Perico y que había aprendido algunas frases en las cuales entraba su nombre, cuando el gallego encaramado en las ramas se preparaba a echarle mano, dijo de repente: «buenos días, Perico»; a cuya salutación el asombrado gallego, echando respetuosamente mano al sombrero, dijo al papagayo: «su merced perdone: creí que era pájaro», y se bajó del árbol.

Yo hago lo mismo: en cuanto la política me da los buenos días, me bajo de su árbol.

II

LITERATURA Y ARTES

Le enviaría a usted un libro en lugar de una carta, mi querido Ángel, si fuera mi intento que este número de la mía llenara en conciencia las condiciones del título que le encabeza, o si me propusiera hacer en él una historia completa de la literatura y de los literatos de México. Es verdad que en otro tiempo abrigué la idea de reunir y publicar una colección de poesías, un catálogo de las obras y una noticia biográfica de los poetas de las Américas españolas; creyendo hacer una buena obra dando a conocer en la tierra de Lope y de Alarcón, nuestra madre común, los brillantes destellos del claro ingenio de nuestros hermanos de aquende el mar, hoy emancipados ya de su patria potestad; pero he desistido de llevar a cabo semejante idea, porque tiene visos de una especulación hecha a costa del ingenio ajeno, bajo la apariencia de un servicio prestado a las letras. Así es que me limitaré, por ahora, a remitir a usted una sucinta reseña del estado actual de la literatura mexicana, especialmente del de la poesía, que es la parte de ella que me ocupa casi exclusivamente por el momento; dejando como obra póstuma la colección más arriba citada, pues entonces será servicio a las letras españolas y no especulación mía con los ingenios americanos. Yo no renunciaré fácilmente a nuestra fraternidad con ellos, mientras hablando nuestra misma lengua conserven los mismos apellidos de nuestras familias; y por lo mismo que les miro con esta innata y fraternal simpatía, quiero evitarles todo motivo de duda acerca de mi desinterés y buena fe para con ellos; porque en estos mezquinos tiempos que atravesamos, el Demonio de la política está tan apoderado de los corazones y tiene tan exaltadas y nerviosas las *susceptibilidades* nacionales, que hay muchas gentes incapaces ya de concebir que pueda haber buena fe y desinterés entre ciertos países y ciertas razas: como si Cristo no hubiera predicado para todos la caridad y fraternidad universales en el Evangelio, mucho mejor y mucho antes que Fourier y Proudhon en sus socialistas elucubraciones; como si todas las naciones de la tierra no estuviesen formadas por la misma raza de Adán; como si fuera posible atajar los adelantos del tiempo, y como si la civilización no hiciera eviden-

tes progresos en nuestro siglo XIX, a pesar de las revoluciones entre cuyo torbellino avanza arrebatada, y a pesar de los diques que oponen en vano a su irresistible curso las serviles preocupaciones del XVIII. Así que yo, que soy acérrimo partidario de la fraternidad universal predicada por Jesucristo en el Evangelio, pese a todas las susceptibilidades nacionales y a todas las teorías políticas del mundo, empiezo probando la mía hacia los pueblos hispanos-americanos con esta carta, introducción acaso de un libro que acerca de México y sus cosas escribiré algun día, *si el tiempo lo permite*, como dicen ahí nuestros carteles de toros; y como espero que en aquel mi presunto libro se vea patente mi imparcialidad como en esta mi presente carta, no les quedará a los incrédulos faltos de fe y atrasados en civilización, ni a los preocupados por el orgullo y susceptibilidad nacionales, otro género de duda que la que puedan fundar en mis intenciones, y de éstas juzga sólo Dios; pues en cuanto a los hombres, ahí está bien claro el refrán castellano: «Obras son amores»: y todavía lo dice mejor el proverbio árabe, con aquella sencillez y belleza de los proverbios, fábulas y alegorías orientales:

Que es ya mi enemigo
me dicen de Alí;
pero yo me digo:
«Si obra bien conmigo
»y habla bien de mí,
»sea o no mi amigo
»yo lo soy de Alí.»

Tras de cuya digresión voy adelante con mi carta; y la emprendo con la literatura: y repito que, por ahora, al decir literatura hablo especialmente de la poesía.

La mexicana fué sólo un reflejo de la española mientras México fué español: por cuya razón sólo trataré de los poetas que ha producido su independencia bajo un carácter exclusivamente mexicano, y no de los anteriores a su emancipación política; necesito, sin embargo, remontarme unos cuantos años a la época de aquel acontecimiento, para hablar a usted de dos que merecen la pena de ser conocidos, y de quienes tenemos por ahí muy escasas noticias; que son el P. Fr. Manuel Navarrete y don Francisco Manuel Sánchez de Tagle.

El P. Navarrete pertenece a la escuela clásica, tal como se comprendía a fines del siglo XVIII: a aquella escuela de imitación de la imitación francesa que Corneille, Molière y Racine hicieron de los modelos griegos, dando a sus obras las severas y correctas formas áticas de aquellos, pero enmascarando a los personajes de las suyas con los retruécanos, las galanterías, los encajes, los lazos y las pelucas, de su lenguaje, sus costumbres y sus atavíos a la Luis XIV. España, al aceptar a los Borbones en Felipe V, se sometió a todas las influencias de Francia, entre las cuales la fué también impuesta la de la poesía;

así que en vez de imitar a Homero, a Píndaro, a Sófocles y a los demás excelentes maestros de la Grecia, imitaron a Racine y a Corneille, que habían imitado a los latinos, quienes a su vez copiaron a los griegos. Resultó, pues, que la literatura española de aquel tiempo, como imitación de la imitación francesa, carecía de la pureza y perfección áticas de la griega, de la riqueza, majestad y filosofía de la latina, y de la elegancia cortesana característica de la francesa. A esta escuela pertenecía Fr. Manuel Navarrete; pero como todos los géneros de literatura de todos los tiempos y de todas las naciones, tienen sus bellezas positivas envueltas en los defectos de su época, influencia de la cual se emancipan sólo los genios destinados por Dios para regenerar sus siglos, Navarrete participó de los del suyo. Hay, sin embargo, que tener en cuenta al juzgarle, que los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales. Navarrete creía con Boileau que Dios, la Virgen, los santos y los ángeles del cielo cristiano no podían jamás ser tan poéticos como Júpiter, Venus, y las demás creaciones del mito pagano; y en un soneto a la Concepción dice: «que el alto Jove preparaba en su divina mente la más pura beldad»: y en una paráfrasis de las palabras de Job «vocabis me et ego respondebo tibi», hace al paciente varón de la escritura compararse con Prometeo amarrado; incurriendo en otras mil aberraciones casi heréticas a este tenor, que hoy nos parecen ridículas porque las hemos visto a la luz de la razón y de la lógica, pero que el gusto de la época de Navarrete autorizaba y embellecía, y sobre cuyas aberraciones pasaban los teólogos, porque los de entonces en general ni entendían ni se curaban de poesías ni de bellas artes. Pero Navarrete era poeta y en sus poemas *El alma privada de la gloria* y *la Providencia* y en sus *Ratos tristes*, dejó composiciones dignas de ser leídas y estimadas, por su profundidad filosófica, por la perfección de su forma, por la verdad de su expresión y por la riqueza y número de su versificación. La brevedad de estos apuntes y los estrechos límites en los cuales me he propuesto encerrarme, no me permiten citar a usted más que los dos trozos siguientes que, perteneciendo a dos géneros distintos, demostrarán a usted el talento flexible de Navarrete.

¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!
Llega del año la estación más cruda,
y mostrando el invierno sus enojos,
todo el campo desnuda
a vista de mis ojos,
que ya lloran ausentes
los pájaros, las flores y las fuentes,
en los que miro ¡ay triste! retratados
los gustos de mi vida,
por la mano del tiempo arrebatados,
cuando helada quedó mi edad florida.
¡Dulces momentos, aunque ya pasados,
a mi vida volved, como a esta selva
han de volver las cantadoras aves,
las vivas fuentes y las flores suaves,
cuando el verano delicioso vuelva!
¡Mas ay! votos perdidos,
que el corazón arroja
al impulso mortal de mi congoja!
Huyéronse los años más floridos,

y la edad, que no para,
allá se lleva mis mejores días...
Adiós, pasadas, breves alegrías:
qué ¿no volvéis siquier la dulce cara?

(A la inmortalidad.)

II

Desde que este cuidado me rodea,
melancólico vago por el mundo,
como hurtando el semblante a la alegría;
conformes sólo con mi triste idea
son tus lúgubres sombras, tu profundo
silencio, noche oscura. El claro día
en vano para mí su luz enciende:
la ciudad, su rumor, todo me ofende.
El espanto se sigue a la tristeza,
y el más leve ruido
me parece el horrísimo estallido
de un rayo que me hiende la cabeza.
La imagen de la muerte a cada instante
se me pone a los ojos;
pero aun más me horroriza tu semblante,
¡eterno Dios!, de donde se desprende
contra mi alma el raudal de tus enojos
que en tu furor la enciende.
¿Fallezco? En el instante me parece
que el hermoso espectáculo del mundo
con sempiterna noche se oscurece.
Sale del hondo pecho, el más profundo,
el último suspiro, en que lanzada
va mi alma a tu presencia,
de crímenes horrendos acusada:
y herida de tu voz, como de un trueno,
de tu justicia escucha la sentencia
de tu eterno castigo irrevocable:
atérranla tus ojos, y el sereno
resplandor de tu rostro, le parece
nube que anuncia rayo formidable
cuando truena el olimpo y se enardece.

(El alma privada de la gloria.)

El P. Navarrete nació en 1768, y murió en 1809 siendo guardián de los franciscanos de Tlalpujahua. Sus poesías se imprimieron en México en 1823 y en París en 1835. Se ensayó en todos los géneros; pero en el único en que fué feliz es en el filosófico.

Tagle pertenece casi a la misma época, pues nació en 1782; pero su genio más inspirado, su gusto más exquisito y su instrucción mucho más vasta que los de Navarrete, le colocan a mayor altura que éste, y en primera línea entre los poetas mexicanos. Navarrete en la soledad del claustro, falto de sociedad y de conocimiento del mundo, era poeta cuando se dejaba guiar por su buen instinto e inspirar sólo por su corazón; pero no podía romper las trabas del mal gusto de su tiempo, ni deshacerse de la pesadez de su ciencia escolástica y conventual. Navarrete fué lo que pudo ser; Tagle, por el contrario, como poeta, fué lo que quiso; y no fué más porque no aspiró a más. Creíase universalmente entonces que la poesía no podía ser más que un arte de mero adorno, y que los que a ella se dedicaban, era preciso que tuvieran otra profesión más digna que abonara ante los juicios de la sociedad la locura de hacer versos; aquel que cometía la torpeza de declararse poeta y sólo se dedicaba al cultivo de este arte, era colocado en la opinión del vulgo poco más o menos en la misma categoría que los equilibristas y bailarines de cuerda y los cómicos ambulantes; y la idea de la miseria y de la bajeza

personal, iban unidas con la improductiva poesía: a lo cual contribuyeron no poco los mismos poetas, aceptando ignominiosamente tan degradante calificación y haciendo gala de la abyección y de la pobreza en que les colocaba la opinión vulgar, aunque estuviesen muy lejos de ella por su posición social: como sucedía con Moratín, quien, teniendo rentas y capellanías y protección debidas a su talento que le procuraban independiente subsistencia, para dar los días a un grande de España, empezaba un romance diciendo:

Musa, mañana sin falta
has de llevar un recado;

y para llevar este recado, mandaba a su vergonzante musa que se pusiera

la basquiña de pedir
y el gesto de no hay un cuarto.

¿Qué decoro había de dar el pueblo, ni cómo había de juzgar a unos poetas, que de «motu proprio» se declaraban inspirados y asistidos por una musa con basquiña de pedir? Así es que los poetas de buena educación, de buena raza o posición social, se veían en la precisión de advertir al público en el prólogo de sus poesías, cuando las imprimían, que eran abogados, médicos, presbíteros o militares, para dar valor a sus versos y sincerarse de la fea culpa de hacerlos; de modo que Tagle, no pudiendo por sí solo forzar las opiniones de su tiempo con respecto a los poetas, dedicó a la poesía sus ratos de ocio, y se negó siempre a imprimir sus versos mientras vivió. ¿Quién sabe si temió que su publicación, al declararle poeta a la faz de su patria, rebajase en algo su carácter o su dignidad ante ella que le estimaba como hombre sabio, íntegro y buen patriota? Como quiera que sea, conociendo a fondo los autores griegos y latinos, versado en historia, inteligente en artes, instruído en matemáticas, física y astronomía, familiarizado con las obras de Newton, Leibnitz y Cartesio, poseyendo las lenguas inglesa, francesa e italiana, y uno de los hombres más adelantados de su sociedad y de su tiempo, Tagle bebió su saber en ricos y vírgenes manantiales, depurando su gusto con la lectura de Milton y de Pope, del Tasso y del Petrarca, de Metastasio y Alfieri. Tagle, hombre de fe religiosa, de sana moral, de esmerada educación y de leales instintos, buen padre, buen amigo y patriota desinteresado, derramó en sus versos la esencia de su saber y la ternura de su corazón amante: haciéndoles brotar de él como la tierra sus flores, impregnados con el aroma de sus virtudes domésticas y civiles. Los mexicanos hicieron justicia a sus talentos y probidad confiándole cargos importantes, y conservan hoy su memoria incólume de toda mancha. Tagle nació en 1782 y murió en 1847. Conténtese usted con estas pocas palabras acerca del hombre social y político, porque a mí no me toca juzgarle más que como poeta.

Clásico puro, por el tiempo en el cual se educó y por los estudios que hizo, Tagle es elevado en sus ideas, poético en su lenguaje, grandemente atinado en la elección de sus palabras, las cuales redondean a veces su pensamiento de una manera que le es particular; tierno y amoroso en sus composiciones amatorias, jamás permite a su pluma salir del más estricto decoro; y la pasión que se las inspira tiene un *no sé qué* de castidad cristiana, que recuerda los esposos de los primitivos tiempos de la Iglesia. En el giro de sus frases y en la estructura de sus versos, se ve el estudio que hizo de Rioja y de Fray Luis de León: y en la flexible cadencia de sus endecasílabos, se revela lo acostumbrado que estaba su oído a la armonía de los italianos.

He aquí varias muestras de las bellezas que encierran sus poeías, cuya edición no hay más que abrir al azar para encontrarlas abundantemente por todas sus páginas.

En la oda «al Ser Supremo» en el día de sus bodas dice:

. . . . . .
Yo te miro gran Dios ¡te miro y vivo!
Tus arcanos revela
mi humilde fe, tu inmensidad percibo.
En un trono de luz tu gloria asientas,
allí te acata el querubín ardiente;
y tu poder ostentas,
y emana el Ser en vena indeficente.
Bajo tus pies, el tiempo en raudo vuelo
pasa, arrollando deleznables seres:
pueblan horas el suelo,
y pasan, y no son; ¿y tú? siempre eres.
Mas otros le suceden al momento;
ocupa nuevo pie la huella vieja;
y en raudo movimiento
llega el futuro, y a su vez se aleja.
Tu poder inefable y soberano
el universo sin cesar renueva;
y cada ser, ufano,
al que ha de sucederle dentro lleva.
Al hombre, al hombre, tu mejor hechura,
le formas de sus huesos compañera,
resumen de hermosura,
y les mandas poblar la baja esfera.
Uno son desde entonces: venturosos,
una vida y una alma sola anima
dos felices esposos;
y, unido, el ser humano se sublima.
Sí, sí, dulce mitad del alma mía,
modelo de virtud y de hermosura,
sin ti no me sería
la vida amable, ni hallaría ventura.
Carne eres de mi carne, y las delicias
formarás, las más puras, de mi vida:
ya gozo las primicias
de la felicidad apetecida.
Ahora comienzo a ser; ahora me es cara
y en extremo sabrosa la existencia:
Señor, tu brazo ampara
mi ventura: descanso en tu clemencia.
Tú de Abraham y Jacob el padre fuiste:
sólo mío, tiernísimo y clemente:
a ellos les acorriste,
a mí me escucha en mi rogar ferviente.
Pues tus almos ministros nos bendicen,
entre el amor más puro nuestros días
haz, padre, se deslicen
envueltos siempre en castas alegrías.
He aquí también a los que el ser me dieron, desde la débil cuna, cariñosos
objeto me escogieron
de sus cuidados tiernos y afanosos.

No quiero ser feliz sino a su lado,
y sin la suya amarga es mi ventura:
vélos, pues, apiadado,
y en todo bien les muestra tu ternura.

Y yo bendeciré tu nombre santo
desde que el sol asome en el Oriente,
y seguirá mi canto
cuando se hunda en el lóbrego Occidente.

He aquí unas bellas estrofas de su INFELICIDAD HUMANA:

Corre tras el saber el hombre ansioso;
día y noche se afana,
y su salud lozana,
por la primera víctima, gozoso
en las aras ofrece
de ese ídolo que nunca se enternece.
Cree mirar la verdad, va a darle caza,
se acerca sudoroso, error abraza;
o bien en lides rudas
su mente lucha con eternas dudas.

Le hace el honor trillar áspera vía,
vivir siempre agitado,
tétrico y angustiado,
corriendo en pos de vana nombradía,
cree ya eterna su gloria;
ese hecho es digno de inmortal memoria:
mas ¡ah vil detractor! ¡Ah patria injusta!
Lograste calumniarlo, y en la adusta
tiniebla del olvido
verle con sus hazañas sumergido.

La alma del hombre, mal su grado, encierra
mil afectos contrarios,
que tercos siempre y varios,
juran a la razón eterna guerra:
ama el bien, y no lo hace;
quisiera huir el mal, y el mal le place;
hace hincapié en el fango, mira al cielo,
y se hunde más, y más se apega al suelo;
verla quisiera suelta,
y anuda su cadena en otra vuelta.

Sus esfuerzos inútiles semeja
el fatigoso empeño
de al que amedrenta un sueño,
que en levantar los párpados forceja,
y con ahincos crecidos
lucha sudando, y ellos más unidos;
el uso busca de los pies y brazos,
mas los embargan del sopor los lazos,
y como roca inmensa
así le pesan si moverlos piensa.

A la mañana por un bien anhela
que su razón ofusca,
desvivido le busca,
ni sacrificio habrá que hacer le duela.
¿Logró lo que apetece?
A la tarde le cansa y le aborrece.
Siempre inconstante, cual la frágil caña,
que recio bate de aquilón la saña,
a doquier se doblega,
va, viene, vuélvese a ir y no sosiega.

¿Qué es lo que quiere el hombre? ¿Qué aborrece?
Él se ignora a sí mismo;
negro y oscuro abismo
do un enjambre de monstruos nace y crece;
y si corta y desecha
de ellos alguno, mil retoños echa.
Él los ve con horror, se huye cuitado,
cual ciervo por los perros acosado:
de placeres mendigo,
¿a dónde vas, si siempre vas contigo?

PARA EL PANTEÓN DE SAN FERNANDO

SONETO

De su cuerpo y de sí vive olvidada
del hombre el alma, huyendo sus enojos,
y ocultando a los otros y a sus ojos
la espantosa miseria de su nada.

Llega la muerte, y la costumbre usada
prosigue, y de engañarse los antojos,
y los humanos míseros despojos
entre marmórea lápida dorada.

No en ella te detengas, pasajero.
Ábrela, y ve lo que ocultarte quieren
de los llegados a su fin postrero.

¿Qué ves?—Horror—. Tus ojos más no espe-
que prodredumbre y polvo lastimero. [ren
Así viven los hombres, y así mueren.

EN LA MUERTE DEL ILMO. SEÑOR DON MANUEL POSADA

SONETO

¡Y de tu cara grey, Pastor, te alejas,
cuando más necesita de tu esmero!...
¡Ay, que ya aúlla lobo carnicero!
¡Ay del redil que abandonado dejas!...

¡En noche oscura, solas tus ovejas!...
¡El brazo yerto!... la honda sin hondero,
de quien las fieras recibían primero
el golpe, que el chasquido sus orejas!...

Manuel, retorna y el cayado apaña,
que nos llevaba por la fértil vega,
donde el verdor del pasto nunca engaña,

y agua de vida sin cesar lo riega...
Mas ¡oh dolor! desierta la cabaña,
nuestro balido triste no le llega.

Basta de Tagle; la amistad que me une con su familia podría hacer aparecer los justos elogios prodigados al padre, como bajas e interesadas adulaciones presentadas a sus hijos.

Antes de pasar a la época de la independencia, es preciso que le haga a usted una observación. La libertad mexicana, al romper las trabas que ponían al comercio de libros la Inquisición, la censura clerical y el gobierno *iliterato* de Fernando VII, los cuales, so pretexto de atajar el contagio de las ideas perniciosas para la moral, o perjudiciales para su dominación, que podían difundir en la Nueva España los escritos de los ingleses protestantes o de los franceses revolucionarios, monopolizaban el comercio de libros, no permitiendo la circulación de los que no estaban impresos en España (lo cual no era despreciable ventaja en un país en donde se vendían a precios exorbitantes); la libertad mexicana, repito, no trajo a la república la emancipación del talento, ni produjo como nuestra revolución liberal de 1833, leyes oportunas y suficientes a garantizar los derechos del ingenio a la propiedad de sus obras, acotando los abusos de los libreros especuladores y reimpresores, ni una reconstitución teatral que asegurara a los poetas dramáticos la de las suyas, les declarara con derecho a una parte de las ganan-

cias metálicas que su representación produce a los empresarios, y elevando a profesión la literatura, procurase a los literatos y a los poetas medios de susbistencia independiente. Aquí hay poquísimos ejemplos de que las empresas teatrales hayan pagado los manuscritos de los poetas; y las cantidades que los libreros han dado por versos, hoy en boca de todos y cuyos autores han llegado adquirir por ellos una alta posición social y empleos lucrativos, han sido tan mínimas, que pocos o ninguno de los literatos de alguna reputación en España las hubieran aceptado. Los gobiernos mexicanos, olvidando o no pudiendo en su instabilidad ocuparse de proteger vigorosamente las letras, dejaron la censura literaria en manos de los teólogos: los cuales, no ocupándose en general de los estudios profanos, podían muy bien juzgar de la moral de un drama o de un poema, según las opiniones de los SS. PP. o las decisiones de los concilios; pero no de su mérito literario según los preceptos de Horacio y las reglas del buen gusto, cuyo instinto se adquiere sólo con el estudio de las humanidades y la asidua lectura de los buenos autores; con cuyo sistema, quedó el pueblo libre y republicano en las viejas opiniones de la colonia sometida a un gobierno absoluto e inquisitorial, de que los teatros son lugares de corrupción, los literatos y los poetas unos locos condenados a la miseria, y todos los que viven de los espectáculos escénicos unos entes infamados y excomulgados, desde el propietario del teatro y los empresarios, hasta el portero y el sota-espabilador. En un país en donde treinta años de independencia y de gobierno republicano, no han desterrado tan vulgares preocupaciones, y no han enseñado a los pueblos que los gobiernos ilustrados de las naciones más civilizadas tienen sus teatros ricamente subvencionados, y los consideran como uno de los más eficaces conductores de la ilustración, como la más útil diversión popular, como uno de los más fáciles medios de inculcar en el corazón y en la inteligencia de los pueblos las ideas morales, que trae consigo el espectáculo del crimen castigado y el vicio despreciado o corregido por la sociedad, y como un panorama histórico en cuyo campo el pueblo poco instruído puede ver las glorias de su patria, puestas en acción por los poetas en sus dramas históricos, ¿no es admirable que en tal país y con tales creencias hayan aparecido hombres con suficiente valor para dedicarse a la poesía? Pues va usted a ver, mi querido Ángel, que no son pocos ni sin mérito los que existen, ni despreciables las obras que han producido: aunque voy a hacer a usted su enumeración con la suma rapidez que tiránicamente exige de mi pluma la estrechez de los límites de este reducido trabajo.

En 1821, la literatura mexicana fué naturalmente arrastrada por el torbellino revolucionario que consumó su independencia, y los poetas se lanzaron a la arena política entonando himnos a la libertad. Entre aquellas composiciones hay pocas buenas: porque la inspiración del entusiasmo político rara vez produce más que lugares comunes y exageraciones, que son naturales desahogos del corazón, pero no verdaderos arranques del genio; yo paso por alto algunos bellos rasgos poéticos que vieron la luz en aquella época y a causa de aquellas circunstancias, porque si bien en mi cualidad de aficionado

a las bellas letras, no puedo menos de reconocer su mérito, en mi naturaleza de español no cabe decorosamente la alabanza de obras que, con razón o sin ella, fueron escritas contra mi país y mis compatriotas: delicadeza que será respetada en lo que vale por los que tengan sentido común. Cuando empezó a calmarse la efervescencia de las pasione políticas, la libertad de imprenta, la afluencia de libros extranjeros y los excelentes escritos de don Bernardo Couto, hombre de vastos conocimientos literarios; de don Francisco Ortega, poeta no indigno de buena memoria, y principalmente de don Andrés Quintana Róo, yucateco, que puesto a las órdenes de Morelos, fué apóstol de la independencia mexicana y escribió muchísimo, despertaron una extraordinaria afición a la literatura y especialmente a la poesía. Sobre este vuelo rápido de la regeneración de las letras en México, ejercieron poderosa influencia, primero, la Academia de Bellas Letras que fundaron en Puebla Ortega y Carpio, y después las lecciones de literatura del famoso poeta cubano Heredia, de quien por no ser mexicano hablaré en mis posteriores cartas sobre Cuba, que es el lugar que en mis escritos le corresponde. De 1821 al 25, vieron la luz bellas traducciones de los salmos de don Bernardo Couto y otros autores anónimos en diversos periódicos, en los cuales tomaban parte poetas distinguidos como Tagle, y literatos acreedores a honrosa mención, como don Francisco Olaguibel, don José María Tornel, don Joaquín Cardoso, Vargas, el Dr. Hernández y otros. De 1824 al 30, hubo algunas publicaciones que, aunque pasaron desapercibidas entre los enconos políticos, son, sin embargo, notables: como las primeras del *Pensador mexicano* don Manuel Fernández Lizardi, quien escribió unas fábulas ingeniosísimas y una especie de *Gil Blas*, que ejercieron grande influjo en las costumbres y cuyo recuerdo vive todavía en la memoria del pueblo. Del 30 al 33, se dió a conocer Pesado, erudito estudioso, buen humanista, aficionado a la lengua griega y conocedor de la latina, versificador suave y mantenedor por entonces, con Carpio, de la escuela clásica. En aquel tiempo, con motivo de una polémica literaria entre Quintana Róo y el Padre Ochoa, se extendió la lectura de la ortología y prosodia de Sicilia, de la poética de Martínez de la Rosa y, sobre todo, del *Moro Expósito*, de usted, que inició la revolución del romanticismo en México. Aquí se llevó a cabo otra revolución política de no poca influencia en la literatura: pues esta revolución, elevando al ilustrado Farías a la Presidencia de la República, trajo, con su Gobierno, una reforma completa en el plan de estudios. Se abrió el colegio de Jesús, bajo la dirección del sabio Dr. Mora; se dieron lecciones orales de literatura, elocuencia e historia; se trajeron de Europa libros e instrumentos científicos; se publicaron opúsculos notables contra la educación aristotélica, y se hizo, en fin, una reforma radical en la enseñanza pública. A ella debe lo que es, pues con ella ha sido amamantada casi toda la juventud ilustrada que figura hoy en primera línea en los destinos públicos de todos los partidos. En 1837 se estableció la Academia de San Juan de Letrán, por don José María Lacunza, su hermano don Juan, don Manuel Tossiat Ferrer y don Guillermo Prieto; cuya Academia es el verdadero punto de partida de lo que hoy puede llamarse literatura origi-

nal mejicana, porque empezó a volar por sí misma; aunque, como usted puede suponer, sin poder emanciparse de las influencias de la nuestra. Esta Academia dió nacimiento a Rodríguez Galván, quien desde la oscuridad de la librería de un su tío, remitió a la Academia una composición que le valió el ser honoríficamente admitido en su seno; a Antonio Larrañaga, mozo lleno de interés, poeta de buenas esperanzas, muerto en flor a los diez y nueve años; a Eulalio Ortega, poeta de corazón; a Paino, narrador fácil y prosista castizo, quien bajo el epígrafe del *Río Bravo*, publicó una serie de artículos en los cuales llenó de interés y de poesía a los indios salvajes, en un género semejante al de las buenas novelas de Cooper; a Juan N. Navarro, médico y poeta, versificador armonioso y correcto, autor de uno de los más sentidos romances que posee el parnaso mexicano, el cual remata con este bello y filosófico pensamiento, dirigido a un celaje de nubes:

Sigue, celaje apacible,
sigue tu carrera mansa,
al son de la brisa fresca
que murmura entre las palmas,
arrullándote armoniosa
cual madre que con voz grata
adormece con canciones
al hijo de sus entrañas.
Mas ya te ocultas... ¡cuán presto
traspusiste la montaña!
Así traspuso mis años
el celaje de mi infancia.

De esta Academia salieron también Ramón Isaac Alcaraz, joven de íntima y melancólica inspiración, autor del *Fuego fatuo*, composición en la cual rebosa la más acendrada ternura filial y destella la más brillante imaginación; permítame usted que le cite algunas estrofas de ella, ya que la brevedad de este escrito me impide detenerme a hacer un juicio de todas las obras que de este autor me han caído a las manos, y por ellas verá usted que mis elogios no son inmerecidos ni exagerados. He aquí cómo brota en el centro de la composición el fuego fatuo:

Mas ahora que ni zumba
ni suspira el viento flébil,
¡qué luz se levanta débil
de aquella modesta tumba,

triste como la mirada,
postrimera de un amante,
pálida como el semblante
de una virgen deshonrada;

que se extingue, y de repente
renace más encendida,
como el fuego de la vida
del moribundo en la frente;

que en el suelo del panteón
misteriosa se derrama,
y con su trémula llama
ilumina una inscripción!

Una inscripción que mi mano
con tosca letra grabó,
do la historia consignó
de una madre, de un hermano.

.....

¡Oh fuego!, que así importuno
a mi memoria has traído
de un pasado ya en olvido
los recuerdos uno a uno.

Lámpara del cementerio
que mano ignorada enciende,
¿por qué mi alma no comprende
de tu fulgor el misterio?

Más adelante, identificando el fuego fatuo con el alma de su perdida madre, le dice como si hablara realmente con ella:

Sí, tú eres esa alma pura
que de su tumba ha salido,
llamada por el gemido
de mi negra desventura.

Yo te vi, cuando lloroso
bebí su postrer sonrisa,
ir en alas de la brisa
por el éter vaporoso,

y perderte en las regiones
do la luz es engendrada,
y por ángeles llevada
en blandas oscilaciones.

.....

De mi corazón cansado
de respirar y latir,
ven en el centro a dormir
por su cariño amparado,

cual duermen tras los furores
del agua y del aquilón,
en los mares el alción
y el rocío entre las flores.

Ven, en mi pecho tenerte
quiero un momento, un segundo...
¡Búrleme entonces el mundo,
hiérame entonces la muerte!

Mas te extingues, ¡oh visión!
No engañes así mis ojos:
mírame ante ti de hinojos...
Despareció... ¡Fué ilusión!

¡Ilusión, tú me condenas
a sempiterno martirio!
¡Ay!, mi goce fué un delirio:
sólo son ciertas mis penas.

Por estas pocas redondillas puede usted comprender el carácter de la poesía de Alcaraz, que ha dejado desdichadamente romperse una a una las cuerdas de su lira, al estruendo de los cañones y al frío de la vigilias del campamento.

A la Academia de San Juan de Letrán presentaban sus trabajos Carpio, que leyó en ella sus mejores composiciones bíblicas: Pesado, *Su amada en la misa de alba;* Calderón, su comedia *A ninguna de las tres;* Lafragua, su *Itúrbide*, etc. En esta sociedad se dieron a conocer Joaquín Navarro, Aguilar, Munguía, Félix M. Escalante, Collado y otros, hoy ya con justa reputación, y en ella dió sus lecciones de historia, Lacunza, abogado de recto juicio, de sólida instrucción y hoy jurisconsulto de gran reputación, justamente apreciado por sus conciudadanos. Dividida más tarde en dos bandos la Academia de San Juan de Letrán, sus discusiones produjeron dos periódicos literarios,

el *Liceo* y el *Museo:* al primero fueron a escribir Franco, poeta mediano, pero gran capacidad, hombre de vasta erudición y clarísimo talento, Martínez de Castro, Navarro y Alcaraz; el *Museo* le redactaron casi exclusivamente Paino y Prieto, ya bajo su firma, ya bajo varios seudónimos. En ambos periódicos vieron la luz varios artículos y poesías de mérito real y merecedoras de estima. La Academia de San Juan, cuya decadencia tuvo origen en la revolución de 1846, pero que existe todavía, mantuvo corresponsales en todos los departamentos: siendo la mayor parte jóvenes, entre los cuales sobresalieron, en Morelia, Gabino Ortiz, y en Veracruz, José M. Esteva, hijo de uno de los primeros ministros de Hacienda que tuvo la república independiente, y cuyas composiciones son las más genuinas y características del país, como cuadros de costumbres de la costa oriental, publicadas por él bajo el seudónimo de *El Jarocho.*

Por el mismo tiempo se abrió un Ateneo, en cuyos salones, Carpio y Lafragua hicieron lecturas y discursos literarios, páginas ricas de erudición y utilísimas a la juventud, y dió sus lecciones de historia don Lucas Alamán.

De la Academia de San Juan de Letrán nació más tarde el Liceo Hidalgo, del cual han salido, entre otros, Bocanegra, que ha presentado al teatro una pieza dramática recibida con entusiasmo, y Granados Maldonado, que en sus discursos literarios ha derramado ideas muy avanzadas y teorías muy civilizadoras, que prueban su amor a la patria y sus buenos instintos literarios.

He aquí, en rapidísimo resumen, la historia de las letras en México después de su independencia, por la cual comprenderá usted, mi querido duque, que el impulso de las revoluciones políticas ha producido forzosamente muchas revoluciones literarias, por las cuales ha tenido que pasar y está pasando la poesía; y que los frutos de su magnífico árbol no han podido nunca llegar a sazón, sacudidos cuando no arrancados en flor, por las tormentas continuas que han trabajado el suelo desventurado en cuya tierra se arraiga. La poesía meixcana parece que debería de haber producido, sin embargo, más de lo que ha producido en los veinte años que cuenta de independencia y libertad. ¿Por qué no lo ha producido? Reflexionemos un instante sobre ello.

Sucede en las revoluciones literarias lo que en las políticas. Cuando un pueblo, cansado de sufrir el yugo de un Gobierno tiránico y opresor, o harto ya de uno cuyas instituciones han envejecido, que tal es la inconstancia del carácter humano así en los individuos como en los pueblos, se insurrecciona contra él, le derroca y establece otro que juzga más liberal y más adaptado a las necesidades de su tiempo, adora entusiasta la forma legislativa y democrática del nuevo que le promete la libertad, abre sus cámaras y elige para sus diputados y representantes a los hombres que cree más eminentes, y cuyo pasado le presenta más garantías para el porvenir, por haber cooperado más eficazmente a llevar a cabo la revolución.

Pasa el tiempo, y aquellos dignos patriotas, por aceptación de otros cargos, por divergencia de opiniones, por cansancio, o en fin, por la muerte, dejan su puesto a otros

más jóvenes, de distintas ideas y de diferentes aspiraciones; poco a poco el pueblo va acostumbrándose a aquel sistema que tanto ansió y que tanto trabajó por establecer, y comienza a hallarle sus defectos, porque todas las cosas de la tierra les tienen: y entonces es cuando se apoderan de la tribuna aquellos diputados que van a las Cámaras sin talentos, ni méritos, ni antecedentes, a quienes la indiferencia y apatía populares han dejado asaltar aquel honroso cargo por intriga, influencia o apoyo de particulares intereses; y el gobierno constitucional se desvirtúa y no conserva de tal más que el nombre, y el ministerio, con una inmensa mayoría en las Cámaras, gobierna poco más o menos como el tiránico anterior que se derrocó, y los hombres eminentes, íntegros, honrados y verdaderos patriotas, se retiran poco a poco de la escena, para no contribuir al descrédito de unas instituciones en las cuales conservan fe y que creen las solas capaces de hacer la felicidad de la patria. Y en esta época es cuando las medianías y los intrigantes políticos salen a la palestra, y adquieren y se dan la importancia de grandes hombres; lo mismo sucede en las revoluciones literarias que tienden a dar libertad al entendimiento humano, y especialmente en las revoluciones de la poesía. Brilla una aurora de regeneración y se da el grito de libertad; prescindo de que esta revolución innovadora traiga o no consigo mejoras necesarias y reformas de buen gusto: es una revolución y basta; todas las revoluciones, buenas o malas, literarias o políticas, se llaman al principio regeneraciones: fermenta el entusiasmo; se agita la juventud capitaneada por algún hombre de reputación anterior; establécense periódicos literarios, en cuyas columnas aparecen cada día composiciones notables firmadas por nombres desconocidos ayer y de los cuales llegan pronto a adquirir celebridad los que más descuellan entre todos; fórmanse sociedades literarias, liceos y ateneos; comienzan las polémicas razonadas entre los órganos de la vieja escuela y los corifeos de la nueva; inaugúrase, en fin, una era brillante de poesía y rica de porvenir para las letras: siquiera empiece en medio de esos desbordamientos del gusto, de esos desvaríos de la imaginación y de esa exageración de opiniones con que empiezan necesariamente todas las revoluciones políticas y literarias; el gobierno toma en cuenta los talentos eminentes que hacen honor a su país y les utiliza como mejor lo entiende, si no les ahoga sumiéndoles en una oficina o en un archivo, por querer y no saber protegerles. Entonces la gente de letras se divide en dos clases: una que teniendo fe en su talento y en sus propias fuerzas y no queriendo abandonar sus estudios favoritos ni renunciar a su independencia por unos destinos para los cuales se conceptúa inútil, toma las letras como profesión, y trabaja, y produce obras, que si no la conducen al templo de la fortuna, la abre las puertas del de la fama: los de esta clase son pocos. La otra, que comprendiendo que son más lucrativos y más cómodos de desempeñar los empleos que la profesión de las letras (y sobre todo la poesía), dejan secarse su pluma y enmohecerse su lira entre el polvo de los legajos, cediendo poco a poco su lugar en el campo literario y en la prensa periódica a otros más atrevidos pero menos aptos, los cuales no hubieran jamás llegado

a ocuparle, si aquellos hombres de verdadero mérito no se le hubieran abandonado. Entonces aquellos talentos de segundo orden, no acertando a hacer nada bueno ni nuevo por sí propios, unos por fanatismo de escuela, otros por no conocer lo que hacen en su insensatez o en su vanidad, se convierten en imitadores serviles de los primeros: echando a perder las obras de sus predecesores, que tuvieron al menos el mérito de la oportunidad y la gracia y frescura de la originalidad. Aquellos que con genio innovador, con mérito positivo y conciencia de sí mismos, lograron el fruto de sus trabajos y el aprecio y la recompensa de su valer, no se sienten, y con razón, dispuestos a ayudar las pretensiones de los que vienen tras ellos, sin saber añadir una sola piedra al pedestal que ellos levantaron, ni aumentar un quilate al valor de lo que ellos hicieron. Entonces los segundos, creyéndose injustamente desdeñados por la gente de valer literario, y sin comprender que su empeño es inoportuno, y que nada puede añadir a una obra que ya está hecha, a una regeneración que está ya lograda, a una revolución que ya está concluída, se dejan arrastrar por el mal impulso de su exaltada bilis y cegar por su ignorancia, y se lanzan a criticar cuanto ha quedado ya reconocido como valioso y de buena ley; y tan faltos de criterio y de ciencia para aplicar a nada el compás de una crítica sana, como sobrados de osadía y de impudencia para atreverse a todo, descienden pronto al terreno cenagoso de las personalidades, a donde no les sigue por supuesto ninguna persona de juicio y de educación; pero en el cual divierten mucho a los ignorantes de mala intención, a las lavanderas y a los cocheros. Entonces es cuando se desacreditan las letras, los literatos y sobre todo los poetas: quienes confundidos por el vulgo con estos copleros rodeores de famas, pasan a los ojos de la multitud por gente perdida, díscola y perjudicial o cuando menos inútil; y llega el caso en que un joven que pretende por esposa a una señorita de buena familia, o un empleo de alguna responsabilidad y posición social, se ve poco menos que obligado a jurar en manos del sensato padre de la novia, o del ministro del ramo a que pertenece el destino que solicita, que ni en su vida ha hecho ni leído un verso, ni conoce de vista ni de nombre a poeta alguno vivo ni muerto. En estas situaciones, pasajero reinado del desorden y de las medianías, tanto literarias como políticas, es cuando nacen aquellos pequeños periódicos, cuyos redactores guardan el anónimo porque o su nombre no es conocido o lo es desventajosamente, y en cuyas columnas aparecen en vez de artículos, filípicas agresivas y personales, que tienden a empañar las más altas reputaciones políticas o literarias con recuerdos malignamente intempestivos, con aserciones calumniosas, o con coplillas personalmente insultantes. Entonces es cuando aparecen aquellos libelistas que, sin respeto al decoro de las personas ni al secreto de las familias, para probar que un hombre es un mal hacendista, un mal general, un mal gobernador, un mal médico o un mal poeta, no se paran en penetrar villanamente en el sagrado interior del hogar doméstico, para descubrir y alegar en contra de las personas los defectos, los vicios, o las miserias inherentes a la flaqueza humana, y que no influyendo de modo alguno